AUGE Y CAÍDA DEL ORDEN NEOLIBERAL

GARY GERSTLE

LA HISTORIA DEL MUNDO
EN LA ERA DEL LIBRE MERCADO

PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Introducción
Parte I. El orden del New Deal, 1930-1980
1. Auge
2. Caída
Parte II. El orden neoliberal, 1970-2020
3. Inicios
4. Ascenso
5. Triunfo
6. Soberbia
7. Desintegración
8. Fin
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una historia crítica del neoliberalismo, la idea económica que se convirtió en credo y que ha moldeado la vida política de las últimas cuatro décadas

El triunfo del neoliberalismo a finales de la década de 1970 transformó radicalmente el mundo. Más que una teoría económica se erigió en una religión que abogaba por la liberación de las restricciones al capitalismo y por la desaparición paulatina de los Estados a manos del mercado, lo que a la postre iba a repercutir en un aumento exponencial de la riqueza y de la prosperidad. Su éxito fue tal que sustituyó al orden político anterior, el del New Deal, y se instaló como un dogma a izquierda y derecha del espectro político.

Hoy, ante el auge de los populismos, el rescate de las instituciones bancarias, el crecimiento de la desigualdad y la progresiva desaparición de la clase media, el neoliberalismo ha perdido la legitimidad de la que gozó a lo largo de tres décadas. Su progresiva desaparición le ha permitido al historiador Gary Gerstle hacer una reflexión crítica sobre sus años de hegemonía y sobre cómo fueron sus propias recetas —el debilitamiento de los Estados, la concentración de la riqueza, su dualismo moral o la desaparición de las fronteras— las que al final provocaron su hundimiento.

Un magistral recorrido crítico por la historia del neoliberalismo que permite, no solo entender su conquista de la vida cotidiana, sino también conocer a fondo su legado y su rol en la presente era de incertidumbre que se vislumbra ante nosotros.

Auge y caída del orden neoliberal

La historia del mundo en la era del libre mercado

Gary Gerstle

Traducción de Gemma Deza Guil

ediciones península

Para la cuadrilla de las cenas

Introducción

Septiembre de 2021

Durante la segunda década del siglo XXI, las placas tectónicas sobre las cuales se edifican la vida y la política estadounidense empezaron a moverse. Incluso antes de la pandemia, eventos que diez años atrás parecían inconcebibles dominaban ya la política y la conciencia popular: la elección de Donald Trump y el lanzamiento de una presidencia distinta de todas las demás; el ascenso de Bernie Sanders y la resurrección de una izquierda socialista; el cuestionamiento repentino y profundo de la apertura de fronteras y del libre comercio; el auge del populismo y del etnonacionalismo y la reprobación de unas élites globalizadoras antaño celebradas; el declive de la figura de Barack Obama y de la promesa de transformación que en su día representó su presidencia para tantas personas, y la convicción, cada vez más generalizada, de que el sistema político estadounidense había dejado de funcionar y de que la democracia del país estaba en crisis, una crisis desconcertantemente escenificada por el asalto al Capitolio por parte de una turba el 6 de enero de 2021.

En este abrumador despliegue de eventos políticos yo detecto la caída —o, por lo menos, la fracturación— de un orden político que cobró forma en las décadas de 1970 y 1980 y se impuso en la de 1990 y en la primera década del siglo XXI. Yo lo denomino la formación política de un orden neoliberal. Ronald Reagan fue su arquitecto ideológico y Bill Clinton, su principal coordinador. Este libro narra la historia del auge y la caída de ese orden político. Explica una historia de nuestro tiempo.

La expresión «orden político» connota una constelación de ideologías, políticas y circunscripciones electorales que moldean la

política estadounidense de modos que exceden los ciclos electorales de dos, cuatro y seis años. En los últimos cien años, Estados Unidos ha tenido dos órdenes políticos: el orden del New Deal que surgió en las décadas de 1930 y 1940, alcanzó su cima en las de 1950 y 1960, y cayó en la de 1970; y el orden neoliberal que fraguó en las décadas de 1970 y 1980, se coronó en las de 1990 y 2000 y se derrumbó en la de 2010.

En el núcleo de estos dos órdenes políticos se erigía un programa de economía política característico. El orden del New Deal se fundamentaba en la convicción de que el capitalismo abandonado a su suerte conducía al desastre económico. Tenía que gestionarlo un Estado central fuerte capaz de gobernar el sistema económico en el interés público. En cambio, el orden neoliberal se cimentaba en la creencia de que las fuerzas del mercado debían desembarazarse de los controles reglamentarios del Gobierno que obstaculizaban el crecimiento, la innovación y la libertad. En las décadas de 1980 y 1990, los arquitectos del orden neoliberal se dispusieron a desmantelar todo lo que el orden del New Deal había construido en sus cuarenta años de existencia. Y ahora ese orden neoliberal también está siendo desmantelado.

Para establecer un orden político se requiere mucho más que ganar una o dos elecciones. Hacen falta donantes con los bolsillos bien llenos (y comisiones de acción política) dispuestos a invertir en candidatos prometedores a largo plazo; es preciso crear grupos de expertos y redes políticas que conviertan ideas políticas en programas de acciones; se necesita un partido político en auge capaz de ganar de manera reiterada en múltiples distritos electorales; se requiere capacidad para modular la opinión política tanto de las instancias más elevadas (el Tribunal Supremo) como de los medios de comunicación populares, tanto de la prensa escrita como de los medios audiovisuales, y hay que ser capaz de desplegar una perspectiva moral que inspire al electorado con la ilusión de una buena vida. En otras palabras, los órdenes políticos son proyectos complejos que exigen avances en un amplio frente. No suelen aparecer nuevos órdenes y, normalmente, lo hacen cuando los fundadores del antiguo se hallan en medio de una crisis

económica que precipita una crisis gubernamental. La «estanflación» o estancamiento de la inflación precipitó la caída del orden del New Deal en la década de 1970 y la Gran Recesión de 2008-2009 desencadenó la fracturación del orden neoliberal en la década de 2010.

Un atributo clave de un orden político es la capacidad del partido de la ideología dominante para doblegar a su voluntad al partido de la oposición. Un doblegamiento de este tipo se percibe como necesario dentro de las filas de los políticos que compiten por los máximos premios en la política estadounidense: la presidencia y el control del Congreso. De ahí que el Partido Republicano de Dwight D. Eisenhower aceptara los principios nucleares del orden del New Deal en la década de 1950 y que el Partido Demócrata de Bill Clinton suscribiera los principios nucleares del orden neoliberal en la de 1990. Dicha aceptación nunca es completa; siempre hay puntos de tensión y vulnerabilidad en un sistema político tan escindido como el estadounidense. Y, sin embargo, el éxito de un orden político depende de su habilidad para dar forma a lo que las amplias mayorías de los representantes electos y los votantes a ambos lados de la división partidista consideran políticamente posible y deseable. Por la misma razón, perder la capacidad de ejercer la hegemonía ideológica señala el declive de un orden político. En estos momentos de declive, las ideas y los programas políticos que en épocas anteriores se consideraron radicales, heterodoxos o impracticables o se descartaron por considerarse producto de la imaginación desbocada de grupos extremistas a la derecha y la izquierda, consiguen desplazarse desde los márgenes hasta la centralidad. Así ocurrió en la década de 1970, cuando el desmoronamiento del orden del New Deal permitió que arraigaran ideas neoliberales para reorganizar la economía anteriormente desdeñadas; y volvió a suceder en la década de 2010, cuando la desestructuración del orden neoliberal posibilitó el florecimiento de un autoritarismo al estilo de Trump y de un socialismo al estilo de Sanders.

Steve Fraser y yo introdujimos el concepto de orden político en un libro que coeditamos en 1989, titulado *The Rise and Fall of*

the New Deal Order, 1930-1980.[1]Desde entonces, la expresión «el orden del New Deal» se ha generalizado para subrayar el predominio que el New Deal y el Partido Demócrata ejercieron en la política estadounidense desde la década de 1930 hasta finales de la de 1960. Empiezo este libro relatando cómo ese orden político previo consiguió imponerse en las décadas de 1930 y 1940 y cómo se desmembró en las de 1960 y 1970. No se trata de volver a relatar lo explicado en la recopilación coescrita con Fraser; estas páginas incorporan mi propio replanteamiento de elementos clave de aquella narración. Además, retrotraernos al New Deal al principio de este libro cumple el objetivo útil de recalcar cuánto se ha diferenciado el orden neoliberal de los últimos tiempos del orden que lo precedió.

A continuación me centro ya en el acontecimiento en sí, en la construcción del orden neoliberal. Esta historia se desarrolla en tres actos: el primero es el auge, en las décadas de 1970 y 1980, de Ronald Reagan y el Partido Republicado del libre mercado al que dio vida; el segundo es la emergencia en la década de 1990 de Bill Clinton como el Eisenhower demócrata, el hombre que consiguió que su partido aceptara el orden neoliberal; y el tercero explora la determinación de George W. Bush de aplicar los principios neoliberales a todo, en proyectos tan radicalmente distintos como la construcción de un Irak posterior a Sadam Husein y la conversión de Estados Unidos en un país racialmente más igualitario. El intento de Bush de universalizar la implantación de los principios neoliberales respondía más a la soberbia que a un planteamiento serio de los problemas que se afrontaban y acabó por empujar a la economía estadounidense a la peor crisis desde la Gran Depresión. Pero la soberbia de Bush no solo revela los defectos de un hombre, sino también el prestigio incuestionable de los principios neoliberales, una influencia que las elecciones de Barack Obama de 2008, en un principio, hicieron poco por cambiar. Los dos capítulos finales analizan las explosiones políticas derivadas de la Gran Recesión de 2008-2009 (el Tea Party, los movimientos Occupy Wall Street y Black Lives Matter, y el auge de Donald Trump y de Bernie Sanders), las cuales llevaron al orden

neoliberal a su punto de inflexión. El orden neoliberal se hallaba ya en proceso de descomposición cuando la pandemia de 2020 le asestó el golpe de gracia. Este libro narra toda la historia de dicho orden, desde sus orígenes en las décadas de 1970 y 1980, pasando por su predominio en las de 1990 y 2000, hasta su final, con su fragmentación y declive en la década de 2010.

Ajuste de cuentas con el neoliberalismo

En Estados Unidos, el término preferido para enmarcar los acontecimientos políticos en los cuales se concentra este libro ha sido «conservadurismo». ¿Por qué, entonces, etiquetar el orden político que imperó en Estados Unidos a finales del siglo XX y principios del XXI como «neoliberal», en lugar de «conservador»? Dicha elección merece una explicación.

«Conservadurismo», en el sentido clásico, significa respeto por la tradición, deferencia hacia las instituciones existentes y las jerarquías que las estructuran y recelo del cambio. Pueden hallarse manifestaciones de estas ideas en la política estadounidense a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX, en especial en la determinación generalizada entre la población del sur del país de mantener los privilegios raciales en la época de la lucha por los derechos civiles y entre los estadounidenses de toda la nación que, en nombre de la tradición, se oponían a los movimientos de liberación que exigían la igualdad de derechos para las mujeres y los homosexuales y la libertad sexual.[2]

En cambio, otras creencias habitualmente asociadas con el conservadurismo en Estados Unidos no encajan bien bajo esta etiqueta política. La celebración del capitalismo de libre mercado, el emprendimiento y la asunción del riesgo económico fueron centrales para el Partido Republicano de finales del siglo XX. Pero esta política no apostaba por mantener la tradición ni las instituciones que la sustentaban; por el contrario, consistía más bien en alterar las tradiciones y cambiar radicalmente las instituciones que se interponían en su camino. El neoliberalismo es

un credo que exige explícitamente liberar todo el potencial del capitalismo. Invocar ese término nos permite desviar el foco de la historia política del último tercio del siglo XX en Estados Unidos de los sureños blancos y los patriarcas de familias que se resistían a los cambios y ponerlo en los inversores de riesgo, en los «modernizadores» de Wall Street y en los pioneros de las tecnologías de la información que buscaban impulsar cambios. Ese cambio de énfasis, según se sugiere en estas páginas, hace tiempo que debería haberse producido. Un elemento central de la política de los años de Clinton fueron los grandes paquetes legislativos que, en esencia, reestructuraron los sistemas de información/comunicación y financiero estadounidenses y cuya influencia ha sido decisiva en la economía política del siglo XXI. Y, pese a ello, todas aquellas reestructuraciones han atraído menos atención de la que merecen y su significado ha quedado empañado por la cortina de humo generada por las encarnizadas guerras culturales de la década. Dichas guerras culturales no pueden ignorarse, como tampoco puede menospreciarse la reacción violenta racial contra el movimiento por los derechos civiles. Pero ha llegado el momento de poner el foco en el proyecto de transformación económica, de someterlo al exhaustivo examen que merece y de ajustar nuestra concepción de los Estados Unidos de finales del siglo XX en función de ello. Y poner en el punto de mira el neoliberalismo puede ayudarnos a hacerlo.[3]

El neoliberalismo es un credo que premia el libre comercio y la libre circulación de capital, bienes y personas. Celebra la desregulación como un bien económico que deriva de evitar que los gobiernos interfieran en el funcionamiento de los mercados. Valora el cosmopolitismo como un logro cultural, producto de la apertura de las fronteras y de la consiguiente mezcla voluntaria de grandes números de personas diversas. Ensalza la globalización como una opción ganadora universal que, por un lado, enriquece a Occidente (el puesto de mandos del neoliberalismo) y, por el otro, lleva un nivel de prosperidad sin precedentes al resto del planeta. Y estos principios moldearon profundamente la política estadounidense en la era dorada del orden neoliberal.

El neoliberalismo, defiendo yo, pretendió infundir los principios del liberalismo clásico a la economía política. El liberalismo clásico (nacido en el siglo XVIII) discernía los mercados con un dinamismo extraordinario y las posibilidades de generar negocio y riqueza y de aumentar el nivel de vida. Pretendía liberar los mercados de impedimentos como la monarquía, el mercantilismo, la burocracia, las fronteras artificiales y los aranceles. En otras palabras, aspiraba a liberar la economía de la garra del Estado, en sus diversas versiones. Quería que la gente pudiera desplazarse movida por su propio interés y en busca de fortuna; que pudiera «trocar, permutar y cambiar una cosa por otra»[4]como mejor le conviniera. El liberalismo clásico buscaba que el talento individual pudiera elevarse (o caer) a su nivel natural. Y planteaba unas expectativas emancipadoras, incluso utópicas, de personas liberadas y de un mundo transformado.

Mi argumento para tratar el neoliberalismo como un descendiente del liberalismo clásico me enfrenta en cierta manera a los estudiosos que han recalcado las diferencias entre ambos. Lo que suele esgrimirse para distinguirlos es que el neoliberalismo, para poder revigorizar los mercados, requiere un grado mucho más elevado de intervención estatal de la que necesitó nunca el liberalismo clásico.[5]Coincido en que se requieren Estados sólidos para organizar mercados (enérgicos), pero rebato la afirmación de que el recurso a dichos Estados fuera algo que empezara a darse con la aparición del neoliberalismo. La excelente labor realizada durante los últimos quince años por historiadores de la construcción del Estado en Estados Unidos durante el siglo XIX ha revelado que la presencia de un Gobierno robusto con la capacidad de establecer reglas para hacer contratos y para velar por su cumplimiento y para ampliar y proteger los mercados tanto mediante legislación como mediante la fuerza militar y los aranceles fue esencial para el éxito del liberalismo clásico en los Estados Unidos del siglo XIX. Unos mercados florecientes, tanto entonces como ahora, requieren de gobiernos fuertes capaces de hacer cumplir la normativa sobre los intercambios económicos. Los mercados necesitan estructura para funcionar libremente. Este

principio era tan intrínseco al liberalismo clásico como lo ha sido al neoliberalismo.[6]

Prefijarle el «neo» a «liberalismo», sugiero en las páginas siguientes, tuvo menos que ver con distinguir el liberalismo del liberalismo clásico que con separarlo de aquello en lo que se hubiera convertido el liberalismo moderno a manos de Franklin D. Roosevelt: una versión de democracia social que exigía una mayor intervención gubernamental en los mecanismos del mercado de la que los liberales del modelo clásico, como el predecesor de Roosevelt en la presidencia del país, Herbert Hoover, eran capaces de tolerar. Los políticos que apoyaron a Hoover acabarían por definirse como conservadores. Pero muchos intelectuales entre sus filas entendían que el conservadurismo, con su énfasis en el orden, la jerarquía y el arraigo de las personas a las instituciones, era contrario al espíritu liberal de disrupción, invención e innovación que tanto habían admirado.[7]De alguna manera, había que reapropiarse del término «liberal». E invocar el término «neoliberal» era una manera de hacerlo.[8]

Reconocer esa estrecha afinidad entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo nos permite entender que algunos de quienes adoptaron los principios neoliberales pretendían resucitar la promesa de emancipación e individualismo central para el liberalismo clásico. La idea de que el neoliberalismo encarna esa promesa puede generar escepticismo en algunas personas. Es frecuente entender el neoliberalismo como un producto de las élites y sus aliados aspirantes al poder económico y político. Quienes así lo entienden creen que algunos de los máximos exponentes del neoliberalismo son intelectuales influyentes o multimillonarios y los laboratorios de ideas a quienes apoyan o instituciones financieras, tanto nacionales (la Reserva Federal) como internacionales (el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial), que operan en gran medida al margen de la supervisión democrática. El neoliberalismo, desde este punto de vista, se configura como el enemigo del «pueblo» y se entiende como una herramienta que las élites utilizan para subvertir la democracia y debilitar los movimientos emancipadores. Puede interpretarse

incluso que estos planteamientos se fundamentan en la convicción de que las élites han sido las creadoras y propagadoras del pensamiento y la práctica neoliberales.[9]

En las páginas siguientes, presto especial atención a los aspectos más duros del neoliberalismo, incluidos los mecanismos de coacción que defendió para imponer la disciplina del mercado a una sociedad; el apoyo, en ocasiones despiadado, a la persecución de la acumulación capitalista, y la indiferencia hacia las cuestiones de la igualdad económica y la redistribución de la riqueza. Pero también insisto en que el modelo impulsado por las élites para entender el neoliberalismo no es el responsable único de la popularidad que alcanzó en Estados Unidos. Ronald Reagan convenció a muchos estadounidenses de que unirse a su cruzada política liberaría la economía de la regulación y también liberaría a la población. Y vendió esa libertad como el derecho de nacimiento de todo estadounidense; precisamente por esa libertad, les dijo a sus seguidores, se había librado la Revolución estadounidense y precisamente por esa libertad había fraguado Estados Unidos como nación. Reagan resucitó el lenguaje emancipador del liberalismo clásico para el público de finales del siglo XX, una labor de recuperación que ayudó a convertirlo en una de las figuras políticas más populares de Estados Unidos. Para entender el porqué de su popularidad hay que trascender la idea del neoliberalismo como un movimiento de las élites e indagar en los motivos por los que personas de todos los estratos de la escala social se vieron seducidas por la retórica y las políticas neoliberales del estilo de Reagan.

Reagan no solo fue una figura popular, también fue divisorio. Azuzó deliberadamente las tensiones raciales para consolidar su base política. A medida que su presidencia fue asociándose con la libertad del mercado por un lado, alimentó una revuelta contra los avances de los derechos civiles por el otro. En la década de 1980 fraguó un discurso perturbador que describía a los negros pobres como parte de una «subclase» que ni era capaz ni merecía participar en la economía de mercado que Reagan estaba tan determinado a establecer. Fueron años en los que cobró forma un

programa de encarcelación masiva, un programa concebido para expulsar a centenares de miles y luego a millones de personas, una minoría desproporcionada, de la actividad económica normal y de los procesos habituales del intercambio mercantil. Para que los experimentos con la libertad dieran su fruto, parecían insinuar los apóstoles del reaganismo, había que denegar la libertad a aquellos (supuestamente) incapaces de manejar sus privilegios y responsabilidades. Varios capítulos en este libro exploran la propagación de la opresión en pleno avance del libre mercado. Esta paradójica característica de la era neoliberal, entre otras, arraiga en las prácticas del liberalismo clásico decimonónico.

Si el atractivo de las políticas neoliberales hubiera estado restringido a Reagan y sus partidarios, el problema de la encarcelación masiva se habría abordado antes de lo que se abordó. Pero el neoliberalismo desbordó los límites políticos de Reagan y permeó también el terreno de la nueva izquierda, una constelación de movimientos de liberación radicales que emergió en la década de 1960.

El compromiso de la nueva izquierda con los principios neoliberales puede apreciarse en la vehemencia de su revuelta contra lo que consideraba una organización y una burocratización excesivas de la sociedad estadounidense derivadas de la reforma del New Deal, así como en el deseo de multiplicar las posibilidades de la libertad personal. Esta revuelta de la nueva izquierda contra una regulación excesiva resulta evidente en el *cri de coeur* de Paul Goodman, *Problemas de la juventud en la sociedad organizada*; en la Declaración de Port Huron de 1962 que definió los primero objetivos de la nueva izquierda; en la retórica que empleó Mario Savio para enmarcar las ambiciones del movimiento de la Libertad de Expresión de Berkeley en 1964, un primer momento de protestas generalizadas de la nueva izquierda; en el primer movimiento cibernético que inspiró a personas como Stewart Brand y Steve Jobs a asociar la creación del ordenador personal con la búsqueda de la libertad individual; y en la determinación de Ralph Nader y sus aliados políticos de «liberar» al consumidor de las represivas élites gubernamentales y corporativas. Liberar al

individuo y su conciencia de la garra de grandes instituciones idiotizantes; privilegiar la perturbación frente al orden; celebrar el cosmopolitismo (y el multiculturalismo) y las mezclas e hibridaciones inesperadas que afloran bajo estos regímenes fueron creencias que, marinadas durante años en los medios culturales y políticos de la nueva izquierda, impulsaron las aspiraciones neoliberales y ayudaron a convertir el neoliberalismo en una fuerza ideológica hegemónica.[10]

Enfatizar la influencia del liberalismo clásico en el neoliberalismo (y demostrar cómo los elementos emancipadores del primero volvieron a aflorar en el último) es una de las diferencias que caracterizan el relato del neoliberalismo que presenta este libro. Ampliar nuestro entendimiento del auge del neoliberalismo más allá del modelo político centrado en las élites para incluir también cómo lo promovieron fuerzas populares y de izquierdas es otro rasgo distintivo. Y luego está su tercera particularidad: la importancia que este libro atribuye a la política internacional en la creación de la coyuntura que permitió al neoliberalismo pasar de ser un movimiento político a ser un orden político.

Los orígenes y el alcance internacionales del neoliberalismo han quedado bien documentados por un amplio abanico de estudios en la materia. Angus Burgin, entre otros, ha explorado hábilmente las raíces europeas del neoliberalismo en la Viena posterior a la Primera Guerra Mundial, patria de los economistas neoliberales Friedrich Hayek y Ludwig von Mises. La Ginebra de entreguerras ha emergido como una incubadora crítica de las ideas neoliberales y, en general, se considera que Mont Pèlerin (Suiza) fue el lugar donde Hayek y otros intentaron convertir el neoliberalismo en una disciplina de pensamiento colectivo. Quinn Slobodian ha examinado de manera experta cómo las políticas neoliberales dieron forma a las relaciones entre los países del norte y los países del sur en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, especialmente a través de organizaciones como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Amy Offner ha diseccionado la diseminación y el impacto de estas políticas en

Latinoamérica. Y David Harvey fue el primero en detectar las aportaciones del neoliberalismo al llamado Consenso de Washington que estructuró la participación de Estados Unidos en el mundo durante el apogeo del neoliberalismo en la década de 1990. Su trabajo sirve de base esencial a este estudio sobre el orden neoliberal en Estados Unidos.[11]

Los estudios sobre las raíces y el alcance internacional del neoliberalismo suelen pasar por alto el papel de la Unión Soviética y el comunismo en general. Y, sin embargo, según se defiende en estas páginas, la Unión Soviética y el comunismo internacional no pueden ignorarse. Pocos eventos internacionales del siglo XX pueden compararse en importancia a la Revolución rusa de 1917. En los cincuenta años posteriores a su ascenso al poder en Rusia, los comunistas amurallaron grandes partes del mundo frente a la economía capitalista, primero la inmensa Unión Soviética, luego la mitad de Europa y finalmente China. Durante el primer tercio de la era de la Guerra Fría, el comunismo fue una amenaza seria en la Europa occidental y durante los dos primeros tercios de este período supuso una amenaza equiparable en innumerables países que emergieron en África y Asia y también en toda Latinoamérica. El fascismo y el nazismo pueden entenderse como reacciones de la derecha radical al auge del comunismo. Por su parte, en Estados Unidos, a partir de la década de 1920, el comunismo se consideró una amenaza de muerte al modo de vida americano. La Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial moderaron el anticomunismo en Estados Unidos, si bien solo de manera temporal. Ninguna otra fuerza política tuvo una influencia comparable en la política mundial ni estadounidense durante todo el siglo XX.[12]

La fuerza de la amenaza comunista y el temor que desencadenó ahora han caído en gran medida en el olvido. Pocos estudios sobre el neoliberalismo abordan la desintegración de la Unión Soviética entre 1989 y 1991 o el derrumbe del comunismo como antagonista principal del capitalismo en el mundo como acontecimientos esenciales. Sin embargo, las consecuencias de la caída de ese imperio y la derrota simultánea de la ideología que lo

legitimaba fueron inmensas. En combinación, posibilitaron el triunfo del neoliberalismo en Estados Unidos y en el mundo en su conjunto.

Hubo una consecuencia evidente del desmoronamiento del comunismo: expuso a una gran parte del mundo, Rusia y la Europa del Este, a la penetración del capitalismo. Y también amplió de manera espectacular la voluntad de China (que supuestamente sigue siendo un Estado comunista) de experimentar con la economía capitalista. Y eso propició que, en la década de 1990, el neoliberalismo se internacionalizara como no lo había hecho antes de la Primera Guerra Mundial. El mundo globalizado que dominó los asuntos internacionales en las décadas de 1990 y 2000 resulta inimaginable sin el derrumbe del comunismo.

Otra consecuencia de la caída del comunismo puede resultar menos obvia, pero reviste idéntica importancia: suprimió el compromiso de clase que se había considerado imperativo en Estados Unidos (y también en Europa y en el resto del mundo) entre las élites capitalistas y las clases trabajadoras. A partir de la década de 1930 y hasta finales de la de 1960, el comunismo se contempló a través de la lente del totalitarismo, lo cual comportó que se lo considerara un sistema de gobierno totalizador que, una vez establecido, no podía derrocarse. Cuando un país sucumbía al comunismo, no volvía a formar parte del mundo capitalista (o eso explicaba la influyente teoría del totalitarismo).[13]De ahí que el espectro del avance comunista requiriera aplicar en Estados Unidos una política de contención militar sin precedentes en la historia del país. Y también espoleó a las élites capitalistas de los países industriales avanzados, incluido el propio Estados Unidos, a cerrar unos pactos con las clases sociales antagonistas que, de otro modo, no habrían suscrito nunca. El miedo al comunismo hizo posible el compromiso de clase entre el capital y la mano de obra subyacente al orden del New Deal. Y posibilitó compromisos de clase similares en muchas socialdemocracias europeas tras la Segunda Guerra Mundial.

Y entonces, el derrumbe del comunismo eliminó de la faz de la tierra al enemigo más fiero del capitalismo. Inmensos territorios

nuevos y poblaciones pudieron incorporarse a un único mercado capitalista. Las posibilidades de crecimiento y de obtener beneficios se antojaban infinitas. Estados Unidos se beneficiaría de esta expansión, por descontado. Y quizá el compromiso de clase que había conformado la base del orden del New Deal pudiera desecharse ya. Al fin y al cabo, ya no había una izquierda dura a la cual temer.

El momento preciso de la desintegración de la Unión Soviética y del comunismo en general, entre 1989 y 1991, explica por qué la década de 1990 fue más decisiva para el triunfo del neoliberalismo que la de 1980 y por qué el papel de Bill Clinton en el afianzamiento de ese triunfo fue, en ciertos aspectos, más relevante que el del propio Reagan. Después de 1991, la presión sobre las élites capitalistas y sus simpatizantes para que llegaran a acuerdos con la clase obrera se desvaneció. Y el margen de maniobra político de las fuerzas progresistas con sesgo de base se redujo de manera drástica. Fue precisamente en ese momento cuando el neoliberalismo dejó de ser un movimiento político para convertirse en un orden político. En suma, la caída del comunismo es una pieza clave en el relato del triunfo del neoliberalismo.

Para situar el derrumbe del comunismo en el centro del relato del auge del neoliberalismo es preciso entender en qué medida el comunismo moldeó la política estadounidense durante los sesenta años previos a la década de 1990 y en qué sentido esa influencia difiere mucho de la que plantean muchas revisiones. En dichas revisiones, el temor al comunismo se trata como una fuerza limitadora para las políticas progresistas. Incontables movimientos progresistas, se ha defendido, recortaron sus velas políticas por miedo a asumir el riesgo a que se los considerara «blandos con el comunismo».[14]Sin embargo, la amenaza del comunismo, argumento yo, en realidad actuó en la dirección opuesta: inclinó a las élites capitalistas a aceptar compromisos para evitar lo peor. La fuerza de los obreros en Estados Unidos fue mayor cuando mayor fue la amenaza comunista. El apogeo del estado del bienestar en Estados Unidos, con todas sus limitaciones, coincidió con el punto álgido de la Guerra Fría.[15]El desmantelamiento del estado del

bienestar y del movimiento obrero, por su parte, fue de la mano del colapso del comunismo.

Esta defensa de la importancia del comunismo no aspira a rehabilitarlo como movimiento político. El comunismo fue un sistema de tiranía indefendible. Lo que pretende es ayudarnos a entender el papel que el comunismo desempeñó durante el siglo XX, mientras fue una fuerza temida, y llamar la atención sobre las repercusiones de su desaparición completa y repentina de los asuntos nacionales e internacionales. La amenaza real del comunismo en la época comprendida entre 1930 y finales de la de 1960 propició el compromiso de clase entre el capital y la mano de obra que apuntaló el orden del New Deal. La desaparición de esa amenaza entre 1989 y 1991 facilitó el saboteo de dicho compromiso y la imposición del orden neoliberal. Esta perspectiva subraya la importancia de situar la historia del neoliberalismo, y del orden político que sustentó, en el contexto más amplio de la épica lucha mundial durante setenta y cinco años entre el capitalismo y el comunismo.[16]

«POLARIZACIÓN» Y ORDEN POLÍTICO

Todo orden político presenta contradicciones y conflictos ideológicos entre los diferentes grupos interesados que debe gestionar, y el neoliberalismo no fue ninguna excepción en este sentido. Ya se ha indicado una de tales contradicciones, la existente entre quienes veían en el neoliberalismo una estrategia para potenciar el gobierno de las élites y quienes lo consideraban un camino hacia la emancipación personal. Otra contradicción radicaba en la incómoda convivencia en el seno del orden neoliberal de dos perspectivas morales radicalmente distintas sobre cómo alcanzar una buena vida. La primera, que yo denomino «neovictoriana», celebraba la autosuficiencia, una familia fuerte y unas actitudes disciplinadas con respecto al trabajo, la sexualidad y el consumo. Tales valores, argüía esta perspectiva moral, eran necesarios para constreñir a las personas frente a los excesos del

mercado y evitar, por ejemplo, que se endeudaran comprando por encima de sus posibilidades o que se recrearan en su deseo de sexo, drogas y alcohol, y otros caprichos que los mercados libres podían poner a su alcance. Dado que el neoliberalismo veía con malos ojos la regulación del comportamiento individual por parte del Estado, otra institución tenía que encargarse de eso. Y el neovictorianismo halló dicha institución en la familia tradicional: heterosexual, con patriarcas como cabeza de familia y subordinando a las mujeres a su papel de amas de casa y a la crianza de los hijos. Estas familias, guiadas por la fe en Dios, inculcarían la virtud moral a sus miembros y, en especial, a los jóvenes, y prepararían a la siguiente generación para los rigores de la vida del libre mercado. Los faros intelectuales de este movimiento, como Gertrude Himmelfarb y su esposo, Irving Kristol, creían que la Gran Bretaña decimonónica, bajo la reina Victoria, había logrado esta simbiosis de familia y mercado y que los Estados Unidos de las postrimerías del siglo XX volverían a alcanzarla bajo la tutela de Ronald Reagan y el Partido Republicano que estaba modelando. Esta concepción halló un seguimiento masivo en las legiones de cristianos evangélicos seguidores de Jerry Falwell, movilizadas políticamente como parte de una influyente organización religiosa conocida como la Mayoría Moral.[17]

La otra perspectiva moral alentada por el orden neoliberal, que yo denomino «cosmopolita», estaba a un mundo de distancia del neovictorianismo. Veía en la libertad de mercado una oportunidad para modelar un yo o una identidad despojada de tradición, de legado y de roles sociales prescritos. En Estados Unidos, esta perspectiva moral se alimentó de los movimientos de liberación que se originaron en la nueva izquierda, entre ellos: el *black power*, el feminismo, el multiculturalismo y el orgullo gay, y floreció en la era del orden neoliberal. El cosmopolitismo era profundamente igualitario y pluralista. Rechazaba la idea de celebrar la familia heterosexual y patriarcal como la norma. Abrazaba la globalización, la libre circulación de las personas y los lazos transnacionales posibilitados por el orden neoliberal. Ponía en valor todo lo bueno que podía derivar del encuentro de pueblos

diversos, de compartir sus culturas y desarrollar modelos de vida nuevos y, a menudo, híbridos. Celebraba los intercambios culturales y el dinamismo que caracterizaba cada vez más a las capitales del mundo: Londres, París, Nueva York, Hong Kong, San Francisco, Toronto y Miami, entre otras, desarrolladas bajo el auspicio del orden neoliberal.

La existencia de dos perspectivas morales tan dispares fue tanto una fortaleza como una debilidad del orden neoliberal. La fortaleza radicaba en la capacidad del orden para abarcar dentro de un programa de economía política común grupos de interés muy distintos con planteamientos radicalmente divergentes del orden moral. Y la debilidad estribaba en el hecho de que las batallas culturales entre estos dos grupos de interés podían amenazar con erosionar la hegemonía de los principios económicos neoliberales. Los cosmopolitas arremetían contra los neovictorianos por discriminar a los homosexuales, a las feministas y a los inmigrantes, así como por estigmatizar a los negros pobres por su «cultura de la pobreza». Y los neovictorianos atacaban a los cosmopolitas por tolerar prácticamente cualquier estilo de vida, por excusar comportamientos deplorables como un ejercicio de tolerancia de la diferencia y por mostrar más consideración por las culturas foráneas que por la propia cultura estadounidense. La década del triunfo del orden neoliberal, la de 1990, fue también una década en la que los cosmopolitas y los neovictorianos se enfrentaron en una serie de batallas que pasaron a conocerse como «guerras culturales». De hecho, al escribir la historia política de dichos años suele ponerse el foco en estas divisiones culturales.[18]Muchos científicos políticos contemplan la «polarización» como el fenómeno clave de la política estadounidense y se dedican a explicar cómo surgió y cómo ha modelado, o, mejor dicho, deformado, la sociedad norteamericana.[19]

Yo no niego que tal polarización sea real, ni que, en última instancia, contribuyera a la fracturación del orden neoliberal. Pero no debería permitirse que dicha realidad opaque la convivencia de la polarización cultural con un amplio acuerdo sobre los principios

de la economía política. Esta convivencia paradójica de la división cultural y el acuerdo en política económica se manifestó en la compleja relación entre Bill Clinton y Newt Gingrich en la década de 1990. En los medios de comunicación se los calificaba (y ellos mismos se consideraban así) como archienemigos que habían jurado su destrucción mutua. Clinton se presentaba como el tribuno de la Nueva América, una nación que abría los brazos a las minorías raciales, las feministas y los homosexuales. Se lo percibía como la encarnación del espíritu de la década de 1960 y, en ciertos aspectos, como el personaje insurgente y de espíritu libre de la nueva izquierda. Gingrich se presentaba como el guardián de unos Estados Unidos más vetustos y «auténticos», anclados en la fe, el patriotismo, el respeto de la ley y el orden y los valores familiares. Ambos hombres se habían forjado un inmenso prestigio con sus tremendas victoriales electorales en la década de 1990. En 1992, Clinton se convirtió en el primer demócrata en dieciséis años en llegar a la Casa Blanca; en 1996, se convirtió en el primer presidente demócrata reelegido desde que Roosevelt ganó un segundo mandato en 1944. En 1994, Gingrich se convirtió en presidente de la Cámara de Representantes tras idear el primer barrido de los republicanos en ambas cámaras del Congreso desde 1952. Gingrich se comprometió y comprometió a su partido a obstruir el avance de Clinton a cada paso, en derrotarlo en las elecciones de 1996 o, en caso de no lograrlo, en destituirlo de la presidencia mediante un *impeachment*. Y estuvo a punto de conseguirlo. Clinton, por su parte, consideraba a Gingrich el líder sin escrúpulos de una amplia conspiración de derechas para socavar su presidencia.

No obstante, pese a sus diferencias y al odio que ninguno de ambos se abstenía de demostrar en público, estos dos hombres poderosísimos de Washington colaboraron en aprobar una legislación que daría forma a la política económica de Estados Unidos durante toda una generación. Su colaboración entre bambalinas posibilitó el triunfo del orden neoliberal. Este libro abre el telón de la década de 1990 y revela el potente y coherente acuerdo económico que sostuvo el orden neoliberal durante los

decenios de las guerras culturales.

Con el relato que sigue mi objetivo es demostrar la utilidad del concepto del orden político para la historia de los últimos cien años. Este concepto nos permite comprender el complejo despliegue de fuerzas, de las élites y populares, económicas y morales, nacionales e internacionales, que operaron para configurar la vida política. Amplía nuestra concepción del tiempo político y nos invita a contemplar intervalos que se extienden más allá de los ciclos electorales que dominan gran parte del pensamiento y los análisis escritos sobre la política estadounidense. Nos permite entender el poder que, una vez establecida, puede ejercer una ideología política sobre un sistema político. Y nos insta a examinar a través de nuevos prismas cómo el conflicto puede existir e incluso florecer en medio del consenso. Asimismo, llama nuestra atención sobre esos momentos decisivos, como las décadas de 1970 y 2010, en los que un orden político imperante se desintegra y otro pugna por nacer.[20]

El orden neoliberal surgió de las cenizas del orden del New Deal. Y para poder entender el orden neoliberal es preciso comprender el auge y la caída del orden que lo precedió.

Parte I
El orden del New Deal, 1930-1980

1

Auge

Herbert Hoover era un hombre realizado con un talento excepcional. Huérfano y criado en un entorno modesto en Iowa, obtuvo una codiciada plaza en la Universidad Stanford, se formó como ingeniero de minas y no tardó en ascender a los máximos cargos de dirección de empresas mineras de ámbito internacional. Administrador dotado e incansable, Hoover se forjó una reputación internacional por su trabajo al frente de la Administración de Alimentos y Medicamentos de Estados Unidos, la FDA, gracias al cual millones de soldados y civiles europeos no murieron de hambre tras la Primera Guerra Mundial. En 1921, Hoover se convirtió en un secretario de Comercio activo e influyente, además de en uno de los agentes que propició la sobresaliente prosperidad de Estados Unidos durante los «locos años veinte». Durante su campaña como candidato republicano a la presidencia en 1928 declaró: «Hoy, en Estados Unidos, estamos más cerca de la victoria final sobre la pobreza de lo que se ha estado nunca en la historia de cualquier territorio. Las casas de la caridad han desaparecido entre nosotros». El pueblo estadounidense, que compartía el optimismo de Hoover, le dio una victoria rotunda en noviembre de 1928.[1]

No obstante, la experiencia pasada de Hoover no lo preparó para el catastrófico colapso del mercado bursátil que aconteció transcurridos apenas ocho meses desde que había accedido al cargo. Entre octubre y diciembre de 1929, la Bolsa perdió el 50 por ciento de su valor. En 1932, el peor año de la Gran Depresión, el

mercado había caído otro 30 por ciento. Más de cien mil negocios quebraron y miles de bancos cerraron sus puertas, con el consiguiente desvanecimiento de los ahorros de millones de personas. El desempleo se disparó a un 25 por ciento. Los precios cayeron en una espiral deflacionaria. Los granjeros empezaron a sacrificar a sus vacas y cerdos porque los costes de criarlos y transportarlos al mercado excedían los precios que conseguían por su ganado. La imagen de los granjeros masacrando a sus reses mientras millones de estadounidenses desnutridos hacían cola en los comedores sociales para recibir un cucharón de gachas aguadas parecía subrayar tanto la irracionalidad del sistema capitalista estadounidense como la incompetencia de su clase política. Nada de lo que Hoover intentara parecía funcionar. Cuanto más fracasaba, más se replegaba en perogrulladas morales acerca de la seguridad en uno mismo, la autoayuda y poner orden en los asuntos fiscales propios. Hoover empezó a parecer insensible y alejado de la realidad, indiferente al destino de los ciudadanos de a pie. En 1932 se había convertido en uno de los presidentes más denostados de la historia de Estados Unidos y en los comicios celebrados en noviembre de aquel año fue derrotado por su oponente demócrata, Franklin D. Roosevelt.[2]

El éxito de Roosevelt durante los doce años que siguieron fue tan impresionante como el fracaso presidencial de Hoover. Fue reelegido en tres ocasiones, el mandato más largo al frente de la Casa Blanca que ha ostentado nunca ningún presidente en Estados Unidos. Concibió un conjunto de políticas conocidas con el nombre de «un nuevo pacto para el pueblo estadounidense» o «New Deal», las cuales consiguieron reformar el capitalismo estadounidense, restaurar la prosperidad y asegurar unas mejores oportunidades para las personas económicamente desfavorecidas del país.[3]El prestigio del New Deal fue tal que el Partido Republicano, cuando finalmente volvió a hacerse con la Casa Blanca en 1952, acató sus principios nucleares. A medida que la presidencia de Dwight D. Eisenhower fue progresando, quedó claro que tanto él como otros republicanos se habían doblegado a la voluntad de los defensores del New Deal, quienes habían estructurado el mismísimo terreno

en el que se veían obligados a luchar. La capacidad de un movimiento político partidista para definir los parámetros de la política estadounidense de manera duradera indica la presencia de un orden político. ¿Cuáles eran los elementos principales de dicho orden? ¿Y qué lo convirtió en la formación política predominante de la vida en Estados Unidos desde la década de 1930 hasta finales de la de 1960? Tales son las cuestiones que abordamos en este capítulo.

El orden del New Deal

En el corazón del orden del New Deal se alzaba un poderoso Partido Demócrata cuyo predominio súbito se tradujo en su capacidad para ganar elecciones de manera consistente. Trabajadores de las minorías étnicas urbanas, en particular de ascendencia europea, y una clase media étnica en el norte del país formaron un electorado clave, mientras que los votantes protestantes blancos constituían otro electorado igual de relevante en el sur. Cada vez más, los votantes negros del Sur y del Norte se unieron a las filas demócratas y dieron la espalda al partido de Lincoln que había ingeniado su emancipación de la esclavitud. Un amplio movimiento obrero movilizado proporcionó al Partido Demócrata muchas tropas de asalto; sus integrantes se esforzaron con denuedo para promover el voto, enviaron a personal a los centros de votación y pusieron todo su empeño en generar entusiasmo por Franklin D. Roosevelt y todos los candidatos demócratas de las papeletas. Sectores de la clase empresarial equipararon esta influencia de la clase obrera (e incluso la superaron con sus aportaciones a la campaña), convencidos de que sus industrias se beneficiarían del pleno empleo y del sistema de consumo masivo propuesto por el capitalismo regulado que el New Deal prometía crear. Además, el éxito comunista en la Unión Soviética asustaba a los empresarios estadounidenses, como también lo hacía la influencia de los comunistas en el movimiento obrero estadounidense, lo cual los hizo inclinarse a llegar a

acuerdos con los sectores más moderados de dicho movimiento.[4]

El orden del New Deal no solo cobró ímpetu gracias a estas circunscripciones electorales y empresariales fiables, sino también gracias a su capacidad de implantar sus principios ideológicos fundamentales en el panorama político. Un dogma de fe era que el capitalismo salvaje se había convertido en una fuerza destructiva que generaba inestabilidad económica y unas desigualdades demasiado grandes para resultar tolerables a la sociedad estadounidense. La tasa de desempleo era calamitosa; durante toda una década, Estados Unidos lidió con índices de paro que rondaron y a menudo superaron el 20 por ciento de la población activa. Este nivel de desintegración del mercado clavó una estaca a la ideología de la no intervención, santo y seña de la vida económica estadounidense de finales del siglo XIX y principios del XX. Grandes mayorías de estadounidenses convenían ahora en que se necesitaba alguna fuerza que contrarrestara el caos destructivo de los mercados y gestionara el crecimiento del capitalismo en el interés público. Quienes impulsaban un cambio contemplaban al Gobierno federal como la única institución con el tamaño, los recursos y la voluntad para desempeñar esa función.

Franklin D. Roosevelt y los administradores del New Deal desataron el poder del Estado central de un modo rara vez visto antes en tiempos de paz. Parte de su trabajo se centró en un reacondicionamiento claramente visible de la infraestructura económica del país. Los administradores del New Deal construyeron incontables carreteras, puentes, aeropuertos, presas, escuelas y bibliotecas. Una agencia de empleo, la Works Progress Administration (o WPA), contrató a cinco millones de personas para trabajar en estos proyectos y otros relacionados. Fue tal el compromiso con la obra pública que el New Deal incluso reclutó a artistas para adornar los interiores de centenares de edificios gubernamentales. Murales de colores, muchos de ellos impresionantes, en los que se retrataba a estadounidenses trabajando y jugando, cooperando y luchando en la guerra, empezaron a hacer aparición en dichos interiores, desde las majestuosas paredes del Departamento de Asuntos Interiores de

Washington D. C., hasta incontables oficinas de correos anodinas y escuelas de ciudades y poblaciones de todo el país. Los artistas que pintaron dichos murales plasmaron vívidamente en sus obras el espectáculo de Estados Unidos. Todo el mundo sabía que la construcción de dicho espectáculo y la celebración del país que implicaba era obra del New Deal.[5]

Como parte de su campaña para asumir nuevos poderes, el Gobierno federal impuso amplios y novedosos controles al sistema financiero del país. En 1933, el Congreso aprobó la Ley Glass-Steagall o Ley de Bancos de Estados Unidos, que separaba la banca comercial de la de inversiones y establecía la Corporación Federal de Seguro de Depósitos, la cual daba a los ahorradores la seguridad de que el Gobierno federal les garantizaba sus ahorros. La Ley de Valores de 1933 y la Ley de Mercado de Valores de 1934 refrenaron la compra de títulos bursátiles marginales (por ejemplo, mediante préstamos que debían reintegrarse con las ganancias de los aumentos esperados de los valores bursátiles) y establecieron la Comisión de Bolsa y Valores para velar por el cumplimiento de las nuevas regulaciones financieras que imponía el New Deal. Estas leyes aportarían al mercado bursátil una estabilidad desconocida hasta entonces.[6]

La Administración Roosevelt también adoptó una forma vernácula de keynesianismo en 1935 y 1936. La teoría keynesiana, así llamada porque su arquitecto fue el economista de Cambridge John Maynard Keynes, postulaba que un gasto público que excediera sobradamente los ingresos del Gobierno era positivo durante los tiempos de depresión de los ciclos empresariales, como también lo era el déficit que generaba. Dicho gasto deficitario ponía en manos de los consumidores un líquido del que de otro modo carecían y, en consecuencia, los estimulaba a adquirir artículos de consumo. Ese dinero en los bolsillos de las masas podía tener distintos formatos: prestación por desempleo, pensiones de vejez, empleo público, esfuerzos por reforzar la capacidad de los obreros para reclamar aumentos salariales más amplios a los empresarios, y unos tipos de interés bajos para los préstamos concedidos para adquirir casas y automóviles. Una vez se

conseguía la recuperación económica, el gasto gubernamental y las políticas de dinero fácil se revertían y los presupuestos se equilibraban. En la década de 1940, la mayoría de los economistas que trabajaban para los demócratas estaban comprometidos formalmente con las ideas económicas keynesianas, que seguirían defendiendo durante las tres décadas posteriores.[7]

El keynesianismo no estaba concebido para sustituir al capitalismo, sino para apuntalarlo. Quienes insistían en argumentar que había que dejar que la economía se regulara sola y que el mercado se reequilibraría solo mediante las decisiones de los compradores y vendedores individuales quedaron relegados a la periferia de la política estadounidense, con escasas oportunidades de ganar unos comicios o de obtener una mayoría en el Congreso. La caída de Herbert Hoover fue paradigmática en este sentido. Friedrich Hayek, uno de los arquitectos del neoliberalismo, entendió perfectamente que el liberalismo no intervencionista se había vuelto algo marginal, lo cual podría explicar la aislada montaña suiza que escogió en 1947 para fundar la Sociedad Mont Pelerin, donde las ideas liberales clásicas podrían sobrevivir a la nueva era del keynesianismo y el colectivismo. Allí se regenerarían y volverían a empaquetarse como un nuevo conjunto de mandamientos que algún día descendería de la cima en manos de un nuevo Moisés del liberalismo. Pero, en la década de 1930, la opinión de Hayek, como la de Hoover, era desdeñada.[8]

El compromiso del New Deal con llegar a un acuerdo de clases entre las fuerzas enfrentadas del capital y la mano de obra expresaba, de igual modo, el imperativo de restringir el caos destructivo del capitalismo. En la década de 1930 hubo abundantes huelgas, 2.000 solo en 1934. Algunas fueron masivas, como, por ejemplo, los 400.000 trabajadores del sector textil que se manifestaron desde Maine hasta Alabama. Otras abarcaron ciudades enteras, como la huelga general de San Francisco de aquel mismo año. Numerosos centros urbanos, incluidos San Francisco, Minéapolis (en Ohio y Woonsocket (en Rhode Island), registraron graves incidentes violentos. Los empresarios también se armaron. Republic Steel en Chicago, que libró un enfrentamiento

violento con sus trabajadores en 1937, se había hecho con un arsenal que superaba todas las armas en posesión del Departamento de Policía de Chicago, la institución encargada de mantener el orden en una ciudad de varios millones de habitantes. Los comunistas estuvieron presentes en múltiples emplazamientos donde el movimiento obrero fue militante y participaron de manera intensa en organizar huelgas y enfrentamientos con los empresarios.[9]

Para poner remedio a esta situación, en 1935 el New Deal instauró un nuevo sistema de relaciones laborales que obligaba a los empresarios y a los sindicatos a negociar. Dicho sistema ponía freno al poder de los empresarios y daba a los trabajadores más derechos en su lugar de trabajo de los que habían tenido nunca. Además, establecía un mecanismo, la Junta Nacional de Relaciones Laborales (NLRB, por sus siglas en inglés), destinado a velar por dichos derechos y a obligar a los empresarios a entablar negociaciones fructíferas con los trabajadores afiliados a los sindicatos. En consecuencia, el New Deal inclinó la balanza del lado de los trabajadores y facilitó la expansión del movimiento obrero, que pasó de tener menos de tres millones de afiliados en 1932 a más de quince millones en 1945 o, lo que es lo mismo, de representar a menos del 10 por ciento de la mano de obra industrial a representar a más del 35 por ciento. Con este apuntalamiento, los obreros pudieron forzar a los empresarios a compartir con ellos un mayor porcentaje de sus ganancias y beneficios.[10]

La resistencia a este nuevo sistema entre los empresarios fue férrea hasta que una serie de huelgas radicales con ocupación de las fábricas acaecidas entre finales de 1936 y principios de 1937 obligaron tanto al mundo empresarial como al Tribunal Supremo a doblegarse al New Deal y sus partidarios. Como parte de dichas huelgas, los obreros del sector automovilístico ocuparon las fábricas de General Motors, a la sazón una de las empresas más poderosas del mundo. Permanecieron allí durante semanas, imposibilitando con ello a General Motors continuar con su producción y generar nuevas ganancias y beneficios. Ni el estado

de Míchigan ni el Gobierno federal hicieron lo que tantas veces habían hecho los gobiernos estadounidenses en circunstancias similares, a saber: enviar a la Guardia Nacional o tropas federales para desarticular la huelga. General Motors capituló en marzo de 1937, al igual que el Tribunal Supremo, que votó por el margen más ajustado (5 a 4) mantener la constitucionalidad de la ley del Congreso que creaba un nuevo sistema de relaciones laborales. En aquel momento, en marzo de 1937, la política de no intervención perdió la poca fuerza moral y jurisprudencial que aún tenía en la política estadounidense.[11]

El resultado no fue el socialismo. Cuando la clase obrera se volvió demasiado progresista en sus demandas, la Administración Roosevelt la contuvo. Y lo mismo ocurrió con el sucesor de Roosevelt, Harry Truman, que no secundó una huelga del sindicato United Auto Workers (UAW) en 1946 cuyo objetivo era convertir el sindicato en un agente de peso en la toma de decisiones empresariales. El cometido de Truman, como el de Roosevelt, no era ceder el control a los trabajadores ni nacionalizar la industria, sino llegar a un acuerdo de compromiso entre los empresarios y los obreros con relación a los términos laborales y la distribución de las ganancias entre ambos colectivos. El acuerdo de 1950 entre UAW y los tres grandes fabricantes automovilísticos —General Motors, Ford y Chrysler— fue paradigmático en este sentido. Los trabajadores sindicados recibieron un aumento de sueldo del 20 por ciento, una pensión de prestaciones definida con términos generosos y un plan de asistencia sanitaria asombrosamente amplio extensivo hasta el final de la vida de cada trabajador del sector automovilístico. Los fabricantes, por su parte, recibieron la garantía de cinco años de paz laboral (y, por ende, de producción ininterrumpida en un mundo sediento de automóviles) y la promesa de UAW de no inmiscuirse más en las decisiones sobre inversiones y fijación de precios, que pasaron a contemplarse como un aspecto exclusivo de la dirección. A cambio de ceder a sus exigencias más radicales, UAW recibió recompensas importantes, la más destacada de ellas abrir las compuertas a que más de un millón de trabajadores de la industria automovilística y sus

familias entraran a formar parte de la clase media. Otros empresarios replicarían con el tiempo este acuerdo laboral, conocido como el Tratado de Detroit, tanto con sindicatos como sin ellos. De hecho, definió los términos del acuerdo de clases fundacional del orden del New Deal.[12]

Los representantes del New Deal también forzaron la aprobación de políticas fiscales y sociales que beneficiaban a los pobres. Por primera vez se estableció un amplio estado del bienestar nacional, en gran parte financiado por el compromiso del New Deal con una tributación progresiva. En 1935, el tipo impositivo marginal aplicado a los estadounidenses más ricos aumentó hasta un 75 por ciento. Durante la Segunda Guerra Mundial, el tipo marginal máximo se incrementó incluso más, hasta un asombroso 91 por ciento. Esta elevada tasa impositiva, en combinación con las concesiones salariales que los empresarios hicieron a las fuerzas laborales sindicadas, comportó una importante redistribución de los recursos de los ricos a las clases obrera y media de Estados Unidos. La desigualdad económica cayó a su nivel mínimo del siglo XX en la década de 1940, y ahí permaneció mientras prevaleció el orden del New Deal.[13]Paul Krugman, Thomas Piketty y otros economistas han etiquetado esta contracción de la desigualdad como la «gran compresión».[14]Esta contracción no se debió a fuerzas económicas impersonales (que es lo que algunos interpretan que significa el término «gran compresión»), sino que fue el resultado de la lucha política que consiguió un compromiso de clase entre el capital y la mano de obra. Este gran acuerdo repartió la riqueza de Estados Unidos entre una franja mucho más amplia de trabajadores y consumidores del país, generando y manteniendo con ello unos niveles más elevados de demanda y, en las dos décadas que siguieron, una era de una abundancia impresionante. A los pobres, el Gobierno federal les ofreció un amplio abanico de programas de bienestar, desde seguridad social y pensiones por una parte hasta ayuda para los hijos dependientes por la otra, algo desconocido hasta entonces.

El orden del New Deal dependía de un electorado fiel, de un compromiso de clase entre el capital y la mano de obra y de una

creencia hegemónica en el valor de la limitación gubernamental de los mercados, pero también aportó a la política una perspectiva moral idiosincrática: en primer lugar, el bien público debía prevalecer al derecho privado; en segundo lugar, el Gobierno era el instrumento a través del cual el bien público debía perseguirse y conseguirse; y, en tercer lugar, el objetivo de la acción gubernamental, y una parte central de la búsqueda del bien público, debía ser mejorar las oportunidades de todas las personas para realizarse. El liberalismo clásico hacía tiempo que había convertido el pleno florecimiento de la individualidad de cada persona en uno de sus elementos programáticos centrales. Los suscriptores del New Deal no abandonaron este objetivo liberal de antaño, simplemente argumentaron que la intervención gubernamental en los mercados y, hasta cierto punto, en la vida privada, se había hecho necesaria para que las personas pudieran disfrutar de su plena libertad.[15]

El amplio compromiso con el bien público, y utilizar al Gobierno para conseguirlo, resultó evidente en la determinación de los partidarios del New Deal de regular los centros privados de poder, como Wall Street y las empresas privadas, en un amplio frente. Este compromiso se extendió a las nuevas empresas de los medios de comunicación surgidas para proporcionar al país servicios radiofónicos y telefónicos. La Ley de las Comunicaciones de 1934 estableció que las ondas aéreas eran propiedad del pueblo estadounidense, no de empresas privadas. En este sentido, este sector debía regularse de tal manera que fuera en beneficio del «interés público». La ley instituía la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC, por sus siglas en inglés), encargada de supervisar las empresas de comunicaciones y de crear las reglas de acceso, competencia y servicio necesarias. A la FCC le preocupaba, en particular, la amenaza de los monopolios mediáticos, y establecía políticas para impedir su creación. Por el bien del pueblo estadounidense era necesario contar con un panorama mediático diverso y regulado.[16]

En sus esfuerzos por posibilitar (y por medir) la búsqueda de la realización personal, la aplicación del New Deal comportó una

definición cada vez más precisa de la buena vida en términos de cantidad y variedad de artículos de consumo que la ciudadanía podía adquirir. Ahora bien, esta orientación al mercado no era meramente materialista. Para empezar, transmitía un potente mensaje igualitario: todos los estadounidenses tenían que poder participar en el mercado, al margen de su clase, raza, género, religión o nacionalidad. Asimismo, el New Deal contemplaba el consumo en términos cualitativos, en la creencia de que un mercado precoz y atractivo mejoraría las posibilidades de expresión individual.[17]Dicha expresión compensaría la creciente impersonalidad de la vida pública, cada vez más dominada por grandes instituciones, tales como empresas, sindicatos laborales centralizados y un Gobierno grande. Los partidarios del New Deal creían que lo personal podía gestionarse con la misma destreza que lo económico. Tenían una enorme confianza en la experiencia laica, en las ciencias duras, por descontado, pero también en las ciencias blandas: en la sociología, la antropología, la psiquiatría y el trabajo social, así como en la capacidad del Gobierno para difundir los beneficios de dicha experiencia entre la ciudadanía.[18]Los aspectos que configuraban la perspectiva moral del orden del New Deal eran: la prioridad del bien público por encima del derecho privado; la felicidad y la expresión a través del consumo; la capacidad del mercado para cumplir la promesa de igualdad de Estados Unidos, y la fe en la capacidad de la experiencia para alimentar la individualidad.

Cabe aclarar que esta perspectiva moral declinaba posicionarse en términos de religión. Si bien Roosevelt se tenía por un hombre religioso, no le interesaba invertir demasiada energía en imponer su fe a la política. Mantener la religión al margen fue, en parte, una decisión estratégica: todavía existían hondos recelos entre los católicos norteños y los protestantes sureños, y los demócratas necesitaban el apoyo de ambos grupos para que su orden político prosperara. La mejor manera de satisfacer a ambos electorados era dejar la religión fuera de la política. Con todo, la ausencia de la religión en la perspectiva moral del orden del New Deal reflejaba algo más profundo: la creencia en que un Gobierno

laico era superior a uno basado en la fe, y en que la religión debía relegarse al ámbito privado y a una decisión individual.[19]

El New Deal también fue lento en su asimilación de la causa de la justicia racial y toleró el sistema de la supremacía blanca en el Sur conocido como Jim Crow. Muchos integrantes de las filas del New Deal abogaban por la igualdad racial, pero no consiguieron convertir este tema en un elemento central de la perspectiva moral del New Deal. Fue un caso en el que la moralidad sucumbió a la *realpolitik*: Franklin D. Roosevelt había calculado que, por encima del voto negro, necesitaba el apoyo de los supremacistas blancos del Sur para crear y sostener su New Deal. Pasaría toda una generación antes de que el tema de la igualdad racial se desplazara de la periferia al centro de la perspectiva moral del orden del New Deal.[20]

El desafío comunista

Cuando Steve Fraser y yo publicamos *The Rise and Fall of the New Deal Order* en 1989, retratamos la década de 1940 como un tiempo de racionalización de gastos. El orden del New Deal sobrevivió, argumentamos, pero esquilado de varios de sus elementos radicales. Este esquileo resultaba evidente en diversos aspectos: en la articulación de un conjunto de derechos de los directivos de las empresas que los sindicatos no estaban autorizados a cuestionar; en el abandono, después de la Segunda Guerra Mundial, de las formas democráticas de planificación industrial mediante juntas directivas tripartitas integradas por ejecutivos corporativos, líderes sindicales y representantes de la población, y en la aprobación de la Ley de Relaciones Laborales Taft-Hartley, una medida con la que se limitaba expresamente el poder de los sindicatos, pues despojaba a los sindicatos liderados por comunistas de derechos de negociación colectiva y autorizaba a los estados a aprobar leyes del «derecho al trabajo» que permitían a los trabajadores individuales negarse a afiliarse a sindicatos, incluso cuando estos últimos habían ganado elecciones para representar a todo el personal de

una fábrica.[21]

La década de 1940 fue testigo del retroceso de determinados derechos laborales y también de algunas de las ambiciones del New Deal. Pero nuestro análisis no se tomaba en serio la posibilidad de que las cosas pudieran haber ido mucho peor para la coalición del New Deal. El New Deal podría haberse desmantelado por completo. Desde luego, eran muchos los republicanos conservadores en el Congreso que deseaban avanzar por esta senda. Fraser y yo no contemplábamos esta como una posibilidad histórica plausible.[22]Compartíamos demasiados aspectos de la visión de los propios defensores del New Deal: en concreto, pensábamos que el conservadurismo había quedado demasiado desfasado con los tiempos modernos para perpetrar un ataque de esa índole. Era un atavismo que las arenas de la modernidad acabarían por erosionar, de una manera u otra, si no en diez, en treinta años.

Huelga decir que ahora sabemos que (como muchos otros) nos equivocamos al tratar el conservadurismo como una ideología agotada. Aún tenía fuerza, y no tardaría en imponerse en la sociedad estadounidense. De hecho, ya en la década de 1940 había indicios de que estaba registrando una fuerte recuperación. Las elecciones de 1946 dieron sendas mayorías a los republicanos en la Cámara de Representantes y en el Senado por primera vez desde los comicios de 1930. Bajo el liderazgo de Robert Taft, el senador más destacado del partido, los republicanos parecían preparados para hacer lo que habían hecho después de la Primera Guerra Mundial: desmontar el gran Estado central que los demócratas habían construido para el esfuerzo bélico, no reparar en esfuerzos para reprimir al movimiento obrero organizado, obstaculizar las ambiciones internacionalistas de un presidente demócrata y volver a instalar a Estados Unidos en el aislamiento, con un Gobierno débil y una economía regida principalmente por el poder de las empresas privadas.

Sin embargo, la América de la década de 1920 no se repitió en la de 1940. En 1950, Taft fue descabalgado como portaestandarte del Partido Republicano, sus políticas pasaron a

ser vistas como dulces anacronismos o, algo peor, como vergonzantes. En 1948, Truman se impuso en una carrera presidencial en la que todo el mundo lo daba por perdedor. En 1952, los republicanos recuperaron la Casa Blanca por ocho años. Pero el hombre que consiguió esa victoria, Dwight D. Eisenhower, parecía tan demócrata como republicano. A finales de la década de 1940, prácticamente todo el mundo tenía problemas para discernir a cuál de los dos grandes bandos políticos de Estados Unidos pertenecía el excomandante supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa. En 1952, Eisenhower era un firme integrante de la columna republicana. Pero, al asumir el poder, no desmanteló el orden del New Deal. Al contrario, lo afianzó. De hecho, facilitar que el Partido Republicano comulgara con el orden del New Deal tal vez fuera el mayor logro político de Eisenhower en el ámbito nacional.

¿Por qué el Partido Republicano liderado por Eisenhower suscribió el New Deal? En realidad, esta decisión tuvo menos que ver con Eisenhower que con la coyuntura política a la que el nuevo presidente y su partido se vieron abocados. Eran tiempos de la Guerra Fría. Había que detener a la Unión Soviética. En parte, esto debía conseguirse por medios militares. Pero, en otra parte, también mediante políticas domésticas. El gobernante del «mundo libre» tenía que demostrar que era capaz de cuidar mejor de sus ciudadanos que los líderes del comunismo soviético.

Transcurridos treinta años desde el fin de la Guerra Fría, hemos olvidado lo potente y prestigioso que fue en su día el movimiento comunista. Posiblemente, el acontecimiento más importante del siglo XX fuera la Revolución rusa de 1917.[23]Allá donde llegaron al poder, en el propio imperio ruso, en Europa del Este y en China, los comunistas repudiaron el capitalismo. Entre la década de 1940 y hasta finales de la de 1970, fueron una fuerza política en gran parte de la Europa occidental. En ese mismo período, aspiraron al poder en Latinoamérica y en los nuevos países asiáticos y africanos surgidos de las excolonias europeas y japonesas.[24]En Estados Unidos, el comunismo se contempló como una amenaza existencial a la economía, la política y la cultura.

Ninguna otra fuerza tuvo una influencia comparable en el mundo a este movimiento político durante el siglo XX.

En un sentido muy real, la amenaza comunista disuadió a los republicanos de desmantelar el New Deal cuando volvieron a hacerse con el Congreso en la década de 1940 y con la presidencia en la de 1950. Los historiadores han escrito extensamente acerca de cómo el temor al comunismo y, en particular, el temor a ser visto como «blando» con el comunismo acorraló al Partido Demócrata en las décadas de 1950 y 1960.[25]A mi modo de ver, la amenaza del comunismo internacional acorraló aún más a los republicanos. Para entender por qué, primero debemos conocer cómo este movimiento político radical acabó por ser contemplado como una fuerza temible capaz de dominar Estados Unidos y el mundo, incluso durante las décadas de 1940 y 1950, las de mayores victorias y mayor fortaleza geopolítica de Norteamérica.

El comunismo articulaba un mensaje potente: liberar a los pobres del mundo de la opresión, poner el vasto sistema productivo surgido bajo el capitalismo al servicio del bien público, sustituir el caos de los mercados por una planificación inteligente y eliminar todas las manifestaciones de desigualdad. Su empeño en crear una sociedad en la que todo el mundo pudiera liberarse de la necesidad y de la dominación compartía muchos aspectos con su aparente oponente, el liberalismo clásico. Tanto el comunismo como el liberalismo tenían sus orígenes en un momento común de la revolución del siglo XVIII; el primero se retrotraía a la Revolución francesa y el último a la estadounidense. Ambos bandos se contemplaban como libertadores de la humanidad de órdenes sociales caducos y enquistados caracterizados por los privilegios, la desigualdad y una pobreza generalizada. Ambos bandos creían en la universalidad de su mensaje y aspiraban a difundirlo a todos los rincones del mundo. El presidente Woodrow Wilson había desatado un «nuevo liberalismo» tanto en Estados Unidos como en el extranjero que, en su opinión, sería equiparable al desafío comunista y redimiría al mundo en la estela de la barbarie y la masacre desencadenadas por la Primera Guerra Mundial. A su llegada a Europa en 1919 para negociar el Tratado de Versalles,

Wilson se dio un baño de multitudes en París, Milán y el resto de los sitios que pisó, las muchedumbres más numerosas congregadas jamás en suelo europeo. Tanto Wilson como Vladímir Lenin, el líder de la Revolución comunista de 1917 que estaba transformando el Imperio ruso en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (la URSS o Unión Soviética, para abreviar), se habían convertido en figuras aduladas a escala mundial, ambos transformados en mesías que prometían la emancipación y el renacimiento a millones de personas que pasaban penurias.[26]

No obstante, tal como tanto Wilson como Lenin sabían muy bien, el liberalismo y el socialismo eran radicalmente distintos. El liberalismo consideraba la propiedad privada y los derechos individuales las piedras angulares de la economía y de un sistema de gobierno perfectos. Celebraba los mercados donde compradores y vendedores podían actuar a su libre albedrío para animar la economía. Los estados podían nutrir y sostener los mercados, pero, por lo demás, debían mantenerse al margen de la toma de decisiones económicas. El comunismo, en cambio, abogaba por la socialización de toda propiedad privada, a la fuerza si era necesario, y por la priorización del bien público, que definía en términos de las necesidades de la clase obrera, por encima de los derechos individuales. La planificación estatal sustituiría a los mercados, que, a juicio de los comunistas, nunca habían sido lugares de libre intercambio. Un Estado centralizado potente era un imperativo comunista; la nacionalización de la industria y de los demás centros privados de riqueza y privilegio se contarían entre sus primeras acciones. Los comunistas dejaron claro que eran enemigos implacables de los capitalistas y de los liberales, tanto partidarios del liberalismo de antaño como del nuevo, a quienes consideraban siervos del capitalismo. No dudaron en despojar de riqueza, poder e influencia tanto a capitalistas como a liberales de su entorno.[27]

Los comunistas también eran hostiles a la economía capitalista internacionalista y al mundo del libre comercio y la libre circulación de personas que los liberales como Wilson tanto ansiaban ver emerger de la escabechina de la Gran Guerra. No

vacilarían en bloquear el acceso del capital internacional a la Unión Soviética o cualquier otro país bajo su control. Eso fue precisamente lo que hizo Iósif Stalin, el sucesor de Lenin, cuando en 1928 acometió un programa de industrialización estatal con el fin de transformar la Unión Soviética en un país industrial autosuficiente y avanzado de la noche a la mañana. El llamado «plan quinquenal» de Stalin establecía objetivos de producción, precios e industrias e invertía recursos estatales para conseguirlos. Este programa tenía por finalidad tanto dar a la Unión Soviética la fortaleza para resistir los embates de sus enemigos del mundo como demostrar que la industrialización regida por un Estado socialista era la senda hacia un futuro luminoso que todos los países subdesarrollados podían transitar.[28]

Stalin y la Unión Soviética permanecieron a la sombra de Estados Unidos en la década de 1920. La máquina capitalista norteamericana parecía girar a la perfección, sin averías ni defectos. Estados Unidos suplantó a Gran Bretaña como el motor internacional de la fabricación y las finanzas. El mundo industrial quedó pasmado por las técnicas de producción estadounidenses desarrolladas por prohombres como Henry Ford y los discípulos de Frederick Winslow Taylor, así como por los principios de gestión científica que desplegaban. Estados Unidos producía automóviles y bienes de consumo duraderos a una velocidad asombrosa. La abundancia de artículos y el descenso de los precios se antojaban tan fantásticos que los estadounidenses, con Hoover a la vanguardia, empezaron a soñar con sacar a todos sus conciudadanos de la pobreza. Y entonces la Gran Depresión sacudió al país.[29]

Al tiempo que la producción caía en picado en Estados Unidos y el resto del mundo capitalista occidental, en la Unión Soviética se disparaba. De hecho, la Unión Soviética triplicó con creces su cuota de productos manufacturados a escala mundial en la década de 1930.[30]Y, en el sector industrial ruso, parecía haber empleo para todo el mundo. La Unión Soviética alardeaba de que su éxito radicaba en su capacidad para reemplazar los caóticos mecanismos del mercado por una planificación gubernamental inteligente.

En la década de 1930, la Unión Soviética recibió un flujo constante de visitantes, muchos de ellos estadounidenses, que viajaban allí movidos por la curiosidad de contemplar el mundo de la planificación comunista en acción.[31]Uno de ellos fue Walter Reuther, un joven fabricante de herramientas y matrices de Wheeling, Virginia Occidental, que trabajaba en la industria automovilística de Detroit. Diez años después, Reuther se convertiría en el presidente del sindicato United Auto Workers (UAW) en Estados Unidos y, en dicho cargo, en el principal arquitecto del movimiento obrero y del estado del bienestar estadounidense (y del Tratado de Detroit). En 1933 viajó junto con su hermano Victor a la Unión Soviética para contemplar con sus propios ojos aquel paraíso obrero. Se reunieron con fabricantes de herramientas y matrices en la recién creada fábrica de automóviles y camiones Gorki, una empresa construida en una ciudad, Nizhni Nóvgorod, situada a 400 kilómetros al este de Moscú, en medio de la nada. Su escala estaba concebida para rivalizar con el impresionante complejo de River Rouge que Henry Ford, el principal capitalista estadounidense, había construido en Dearborn, Míchigan, justo a las afueras de Detroit. Los soviéticos habían contratado al arquitecto de Ford que se había encargado de proyectar River Rouge, Alfred Kahn, además de a multitud de ingenieros estadounidenses, para diseñar lo que pasó a conocerse como la Fábrica de Automóviles de Gorki. Reclutaron a decenas de miles de trabajadores del mundo rural y los formaron para manejar el material más puntero y las técnicas más avanzadas, muchas de ellas importadas de Estados Unidos. Las fábricas de Gorki se contaban entre los sistemas de producción más rápidos e integrados del mundo. Pero este sistema soviético, a diferencia del regentado por Henry Ford, estaba bajo control público, no privado. La fabricación automovilística en la Unión Soviética se había logrado a una velocidad alucinante, en cuestión de años, y sus artífices no habían sido capitalistas privados que respondían a los estímulos del mercado, sino los líderes «ilustrados» de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) comprometidos, creía Reuther, con la planificación de toda la sociedad y el bien común.

En 1937, Gorki producía la impresionante cifra de 200.000 vehículos al año.[32]

El éxito productivo de Gorki convenció a Reuther de que los comunistas no solo estaban capacitados para aplicar las formas más avanzadas de dominio de las tecnologías, sino lo que a la sazón el sindicalista bautizó con el apreciativo término de una «democracia proletaria». Con el tiempo, Reuther renegaría de su entusiasmo por el experimento soviético y lucharía por expulsar a los comunistas del UAW. Pero entre principios y mediados de la década de 1930 creyó haber encontrado en la Unión Soviética un modelo de renovación industrial y justicia proletaria.[33]

En la década de 1930, las contrapartidas del auge económico de la Unión Soviética solo se apreciaron parcialmente (incluso por parte del propio Reuther): el sufrimiento, la hambruna y la mortalidad resultantes de la socialización de la agricultura, en especial en Ucrania; la naturaleza forzosa de la industrialización, el desarraigo que comportó de las poblaciones rurales y su hacinamiento en ciudades, a menudo construidas (como Gorki) de cero en zonas aisladas; la carencia de derechos laborales o de derecho a expresar su opinión en la política nacional de aquellos nuevos obreros, y la determinación de Stalin de concentrar todo el poder en sus propias manos y de purgar el Gobierno y el partido de cualquiera que representara una amenaza a su autoridad.[34]El magnetismo ejercido por la estrella roja del comunismo, la creencia en que aquel movimiento pondría fin a las brutalidades del capitalismo, sencillamente era demasiado potente para que quienes se hallaban en su campo de fuerza pudieran escapar de él. En Estados Unidos, esta creencia en un futuro comunista nunca arraigó con tanta fuerza como en el resto del mundo, pero sí había un número importante de simpatizantes comunistas en los sindicatos laborales estadounidenses, en Hollywood (y, por extensión, en otros sectores de la industria cultural, como el teatro, el periodismo, el mundo editorial y el arte), en ciertos reductos de los administradores del New Deal (como la Administración de Ajuste Agrícola y la Junta Nacional de Relaciones Laborales) y en movimientos políticos de terceros partidos en distintos estados,

incluidos Nueva York, Wisconsin, Minnesota y California. La promesa del comunismo sedujo la imaginación de un número considerable de estadounidenses talentosos, ambiciosos y comprometidos impacientes por ver cómo se revolucionaba y transformaba el mundo duro y oprimido que les había tocado vivir.[35]

En un principio, el estallido de la Segunda Guerra Mundial debilitó el atractivo comunista. En 1939, Stalin había negociado en secreto un acuerdo de paz aparte con su archienemigo, Hitler, para librar a la Unión Soviética del impacto de un ataque alemán en la guerra que vislumbraba en el horizonte. Comunistas de todo el mundo quedaron atónitos al tener noticia de aquel pacto. Se les había instruido para concebir el fascismo como su enemigo más peligroso; de hecho, antes de 1939, los comunistas habían sido quienes habían encabezado la movilización contra los nazis y sus aliados. Sin embargo, Stalin se libró de tener una mancha permanente en su reputación por la airada decisión de Hitler en 1941 de anular su pacto con la Unión Soviética y desatar toda la furia de sus ejércitos contra el país comunista. Solo la vasta expansión de la Unión Soviética y la crudeza de sus inviernos salvó de una derrota ignominiosa a un país que no estaba preparado para la guerra. Gran Bretaña y Estados Unidos aparcaron sus diferencias ideológicas y acogieron al país comunista como aliado, enviando a toda prisa a los soviéticos apoyo y material. En realidad, actuaban en interés propio: el objetivo de Churchill y Roosevelt era que la Unión Soviética asumiera toda la furia del ataque nazi y ahorrar con ello a las tropas occidentales una carnicería. Y así fue como ocurrió, a un coste atroz para la Unión Soviética y con un Stalin que cada vez fue desconfiando más de los motivos de Occidente al ver que transcurrían primero meses y luego años sin que Gran Bretaña y Estados Unidos abrieran el prometido segundo frente contra los nazis en la Europa occidental. Cuando aquel segundo frente finalmente se abrió, en junio de 1944, con la invasión de Normandía, la URSS llevaba tres años luchando prácticamente sola contra los nazis en la Europa del norte. El peaje que pagó fue espantoso. Se calcula que unos siete millones de soldados

soviéticos perecieron en combate o en campos de prisioneros alemanes. Y se cree que, en total, entre 17 y 20 millones de civiles rusos murieron durante el conflicto, lo cual representa la abrumadora pérdida total, durante la Segunda Guerra Mundial, de entre 24 y 27 millones de vidas soviéticas.[36]

La magnitud del sufrimiento de los rusos y el estoicismo con el que lo soportaron restauraron el prestigio que los comunistas habían sacrificado cuando Stalin cerró su acuerdo con Hitler. Y también lo hizo el papel de liderazgo que los comunistas adoptaron en toda la Europa ocupada por los alemanes en su resistencia al dominio nazi. La disciplina férrea de los partidos comunistas, la larga formación de sus altos cargos en circunstancias de ilegalidad y guerra y la naturaleza apasionada de su devoción por sus ideales les fueron de gran ayuda para enfrentarse a unas fuerzas enemigas muy superiores y en circunstancias en las que se exponían a ser objeto de encarcelamiento y ejecución.

A resultas de ello, los comunistas emergieron de la Segunda Guerra Mundial con un enorme prestigio en toda Europa. En Francia y en Italia, en 1945, los comunistas formaron el partido político más amplio, con 900.000 miembros en la primera y 1,8 millones en la segunda. En las elecciones de posguerra en ambos países, los comunistas obtuvieron el 29 por ciento de los votos en Francia y el 19 por ciento en Italia. En Finlandia se hicieron con el 23 por ciento, en Bélgica con el 13 por ciento e incluso en Noruega, considerada parte del bloque escandinavo congénitamente hostil al comunismo (y socialdemócrata), lograron un destacable 12 por ciento.[37]Los comunistas también habían desempeñado un papel destacado en los movimientos de resistencia contra las fuerzas de ocupación japonesas en el este y el sur de Asia, lo cual les había otorgado prestigio e influencia en los movimientos de liberación nacional de países como Vietnam, que habían sido colonias europeas y que a la sazón aspiraban a independizarse.[38]Tanto en Oriente como en Occidente, los comunistas, y su benefactora, la Unión Soviética, se convertirían en actores centrales en la modulación del mundo de posguerra. Su papel líder en la derrota del fascismo los bañó en gloria y los

convirtió en modelos de liberación para muchos de los oprimidos del mundo.

La Guerra Fría y la aceptación del orden del New Deal por parte de los republicanos

En Estados Unidos había quien, como Franklin D. Roosevelt y su anterior vicepresidente y secretario de Agricultura, Henry Wallace, creían que la Unión Soviética podía convertirse en parte de un nuevo orden mundial operativo surgido después de 1945.[39]Pero Franklin D. Roosevelt falleció aquel mismo año y Wallace perdió lustre después de que su campaña presidencial de 1948 en las papeletas del Partido Progresista se torciera. Fueron reemplazados por dirigentes como Harry Truman, que consideraba a los comunistas una amenaza para el modo de vida americano tan letal como lo habían sido los nazis. Truman y otros como él equiparaban el nazismo y el comunismo como manifestaciones gemelas de una forma nueva y maligna de dictadura. Era una tiranía distinta de la de los monarcas, sultanes u oligarcas de pequeños países. Era moderna. Utilizaba tecnologías de control novedosas y a los medios de comunicación para penetrar en todos los aspectos de la sociedad y para, en palabras de Hannah Arendt, conseguir la «dominación total». Los regímenes «totalitaristas» necesitaban enemigos a quienes pudieran castigar, y luego conquistar, encarcelar y matar. Por consiguiente, eran una fuente perpetua de peligro para sectores de su propia población y para los países que quedaban allende sus fronteras. A nivel interno, los regímenes totalitaristas necesitaban mantener a sus propios súbditos a raya y, por ende, los hacían vulnerables a propaganda acerca de amenazas internas y externas al bienestar de su nación. Exacerbando ese temor y esa vulnerabilidad, se creía que dichos regímenes habían privado a quienes estaban bajo su control de la capacidad de diferenciar entre la verdad y la falsedad y, por consiguiente, los habían despojado de su voluntad de resistirse. En novelas y en reportajes que leían millones de personas, escritores como George Orwell y

Arthur Koestler retrataban los regímenes totalitarios como impermeables a la disidencia y la protesta, pese a los atroces crímenes que habían cometido contra sus enemigos externos y también internos. Dichos regímenes solo podrían conquistarse mediante una guerra a gran escala y ejerciendo una gran presión desde el exterior. La Segunda Guerra Mundial demostró que era posible hacerlo (las fuerzas aliadas habían destruido a Hitler), pero con un abrumador coste en vidas e inversión de recursos.[40]

A los funcionarios de la Administración Truman les preocupaba que en la Europa occidental estuvieran madurando las condiciones para un segundo apocalipsis totalitario. El hambre y el frío obstaculizaban los esfuerzos de recuperación económica. Tras la horrible cosecha de 1946 se había producido una grave escasez de carbón. Y se temía que los partidos comunistas de la región se aprovecharan de las penurias y el nerviosismo de sus poblaciones. El vicesecretario de Estado Dean Acheson atemorizó al Congreso en febrero de 1947 con unos informes que aseguraban que los comunistas franceses controlaban la federación laboral más extensa del país y habían colocado a sus altos mandos en «despachos gubernamentales, fábricas y servicios armados», incluidos cuatro puestos del gabinete. Con los comunistas situados en tan altas instancias en el Gobierno francés, advirtió Acheson a los senadores y congresistas, los rusos podían «desconectar [Francia] en cualquier momento».[41]Probablemente, Alemania iría después de Francia y «toda Alemania quedaría bajo la esfera de influencia soviética».[42]

Estos temores constituyen el trasfondo crítico para un programa de gran calado de ayuda extranjera para Europa conocido como el Plan Marshall y anunciado por el secretario de Estado, George Marshall, en su discurso inaugural de Harvard en junio de 1947. El programa no tenía precedentes en tiempos de paz, no solo en términos de escala (13.000 millones de dólares), sino tampoco en estructura. Su gestión no recaería en bancos privados estadounidenses, sino en el propio Gobierno de Estados Unidos. Se ofrecería financiación a los Gobiernos europeos a modo de becas, en lugar de préstamos, de manera que no tendrían que

reintegrarla. Los Gobiernos receptores tenían que cumplir algunos requisitos. Tenían que ser democráticos (de manera que los regímenes comunistas quedaban excluidos); debían renunciar a cualquier deseo de imponer términos de reparación basados en la ira a Alemania, como habían hecho Gran Bretaña y Francia tras la Primera Guerra Mundial; y se les solicitaba que analizaran con otros Gobiernos europeos cómo podían colaborar entre sí para reconstruir las infraestructuras, las industrias y los mercados. Así pues, el Plan Marshall espoleó a quienes ya entonces aspiraban a avanzar en la integración europea. Pero, más allá de esos tímidos requisitos, se concedía a los Gobiernos nacionales un amplio margen de decisión para utilizar las ayudas del Plan Marshall; de hecho, los estadounidenses dejaron clara su voluntad de tolerar un extenso espectro de partidos políticos, incluidos socialistas y socialdemócratas por la izquierda y democristianos por la derecha. Los dirigentes europeos agradecieron el grado de autonomía que se les concedió, ya que les permitía vender el plan a sus propias poblaciones como algo más que un crudo ejercicio de imperialismo estadounidense. Ni el generoso nivel de ayuda ni la libertad concedida a los países receptores para utilizar la financiación a su antojo habrían existido de no existir también el temor a que la Europa occidental estuviera al borde de desaparecer tras lo que Winston Churchill había descrito con el escalofriante término del «telón de acero».[43]

El Plan Marshall ayudó a estabilizar la Europa occidental y aquietó el atractivo del comunismo en la región. Los planes para incluir formalmente a la Europa occidental bajo el paraguas de la defensa de Estados Unidos mediante el establecimiento de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) incrementaron la sensación de seguridad de la región. Pero tales avances apenas acababan de producirse cuando la Guerra Fría volvió a subir de temperatura. La Unión Soviética hizo estallar una bomba atómica en agosto de 1949, años antes de que nadie en Occidente esperara que lo hiciera. En octubre de 1949, los comunistas de Mao Zedong se proclamaron victoriosos en la guerra civil de China e inmediatamente establecieron un segundo Estado

comunista, este también situado en un país de grandes dimensiones y con una población mucho mayor que la propia Unión Soviética. Poco después, en 1950, tropas comunistas norcoreanas hicieron una incursión en Corea del Sur, desencadenando con ello la guerra de Corea.

Estados Unidos respondió a tales desafíos con una política de contención internacional, recogida en el célebre Informe del Consejo de Seguridad Nacional 68, publicado en 1950. Dicho informe declaraba que Estados Unidos combatiría la amenaza comunista allá donde asomara la cabeza y emplearía todas las armas de su arsenal (militares, económicas, políticas y psicológicas) para proteger el «mundo libre». Esta agresiva postura exterior anticomunista se tradujo en el seno del país en un esfuerzo sistemático por erradicar a los comunistas de allí donde hubieran establecido cabezas de playa: en sindicatos, Hollywood, el Gobierno, universidades y aulas escolares. Un segundo Terror Rojo cobró fuerza, comandado por un legislador de Wisconsin novato, tosco y sin escrúpulos, pero con una influencia inmensa, el senador Joseph McCarthy.[44]

Durante muchos años, los estudiosos de la década de 1940 han subrayado que el intento de derrotar a los comunistas tanto a nivel doméstico como en el extranjero hizo descarrilar el liberalismo del New Deal. Hace cincuenta años, Alonzo Hamby enmarcó esta interpretación en una obra fundamental que analizaba la transición desde el «liberalismo de frente popular» expansivo de la década de 1930 hasta el temeroso «liberalismo de la Guerra Fría» de la de 1940. Desde su punto de vista, los liberales de la Guerra Fría se propusieron purgar a los comunistas de todas las instituciones públicas y privadas. Dichos liberales también buscaron expurgar de las iniciativas políticas y las plataformas de su partido cualquier idea que pudiera interpretarse como socialista. Lo que más asustaba a los liberales era que los etiquetaran de comunistas o, en el vocabulario de aquel entonces, de «blandos con el comunismo». De acuerdo con esta línea interpretativa, el liberalismo perdió su ímpetu combativo y se volvió mucho más modesto (y mucho más parecido al conservadurismo) en sus

objetivos. Algunos estudiosos de aquella época proclamaron que la reculada de las expectativas liberales constituía un «centro vital», el único camino viable en una era de amenaza comunista.[45]Pero una brigada mucho más numerosa de historiadores interpretó que este giro desencadenó una era descorazonadora de consensos en la que el liberalismo sacrificó sus grandes demandas.[46]

Y, en efecto, se produjo una purga de la izquierda comunista de los movimientos liberales y se expurgaron las ideas «de izquierdas» de las filas liberales. Pero este foco en el liberalismo y la izquierda desatiende los acontecimientos paralelos que registró la derecha. A finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, los republicanos de línea dura, en su búsqueda por derrotar el comunismo, afrontaron un conjunto de decisiones similares: o bien hacer concesiones que detestaban en la política nacional o, si se mantenían fieles a sus ideales, arriesgarse a convertirse en actores secundarios de las grandes contiendas políticas de la época. Si observamos con atención la política de finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, apreciamos que el imperativo de combatir a los comunistas obligó a los republicanos a hacer mayores concesiones que a los demócratas. Para garantizarse el éxito en su pugna contra el comunismo, los integrantes de la corriente principal del Partido Republicano secundaron los principios nucleares del New Deal, con lo cual facilitaron la transición de este de un movimiento político a un orden político.[47]

La claudicación de los republicanos con el New Deal se aprecia mejor observando los destinos contrastantes de sus dos líderes durante esta época. El primero fue Robert Taft, senador por Ohio, que ansiaba restaurar la política de no intervención y un Gobierno pequeño en Estados Unidos, pero que, en un mundo organizado alrededor de la Guerra Fría, no fue capaz de encontrar una manera de convencer a suficientes republicanos y norteamericanos de apuntarse a su corriente. El segundo fue Dwight D. Eisenhower, cuya disposición a apoyar el New Deal como presidente aseguró el ascenso de su estrella mientras la de Taft se apagaba.

Robert Taft, hijo primogénito del presidente William Howard

Taft, sirvió en la Cámara de Representantes y el Senado de Ohio entre 1921 y 1933, y posteriormente en el Senado de Estados Unidos desde 1939 hasta su deceso en 1953. En la década de 1940 se lo consideraba ya como uno de los principales senadores del Partido Republicano de Estados Unidos, al cual apodaban cariñosamente «Míster Republicano». En ausencia de la Guerra Fría, podría haberse proclamado perfectamente presidente en 1948 o 1952 y haber liderado la desarticulación del New Deal. Pero en ambos comicios se le negó la candidatura republicana a la presidencia, en gran parte porque su política se consideraba demasiado reaccionaria en un mundo dominado por la amenaza del comunismo.[48]

Pocos republicanos detestaban el New Deal tanto como Taft. En eso se parecía a uno de sus mentores, Herbert Hoover, para quien había trabajado en 1919 y en 1920 en la sede central parisiense de la Administración de Ayuda Alimentaria de Estados Unidos. Para Taft, como para Hoover, la libertad individual era el valor político más preciado en Estados Unidos. Taft consideraba que el sistema político federal norteamericano, con un Gobierno central muy limitado en sus poderes y una autoridad política diseminada entre incontables estados y municipios, era la clave para conservar esa libertad. Desde buen principio, Taft vio en el New Deal una amenaza al sistema político basado en la libertad de su país. Denunció los programas de emergencia que Roosevelt había aprobado en 1933 y 1934 para salvar a bancos, aliviar el sufrimiento de la población y reanimar la industria y la agricultura. La «incorporación permanente» de estos programas en «nuestro sistema», advertía Taft en 1934, «abandonaría políticamente toda la teoría del Gobierno estadounidense e inauguraría lo que, de hecho, es el socialismo». En 1935, el New Deal se le antojó revolucionario y propicio a destruir el bien más preciado de Estados Unidos. Los ataques retóricos de Franklin D. Roosevelt a los estadounidenses adinerados podían desencadenar «una redistribución de la riqueza que pronto derivaría en el control socialista de todas las propiedades e ingresos».[49]La redistribución de la riqueza solo podía ocurrir mediante una gran ampliación de

los poderes del Estado central, que Taft consideraba el peor mal de la Administración Roosevelt. «La historia ha demostrado —afirmó Taft en 1936— que, una vez cedido el poder, a la población le resulta imposible recuperarlo. En Grecia, las repúblicas dieron paso a tiranías. La República romana acabó siendo un imperio. Las repúblicas medievales acabaron convirtiéndose en monarquías. Si ampliamos el poder federal de manera indefinida, si concentramos el poder sobre los tribunales y el Congreso en el Ejecutivo, no tardaremos en conocer el fascismo en Estados Unidos.»[50]

Antes de ocupar su escaño en el Senado, Taft se había convertido ya en cabecilla de un movimiento que pretendía primero detener y luego desmontar el New Deal. Incluso en 1940, cuando los tanques alemanes ya circulaban por toda Europa, Taft seguía defendiendo que la «excesiva autoridad del Ejecutivo» acumulada por la Administración Roosevelt en Estados Unidos era un peligro mayor para la libertad de Estados Unidos que una «autocracia armada en Europa». Si aquel nivel de concentración de poder en el Ejecutivo continuaba, advertía, Estados Unidos no tardaría en «ver un Gobierno completamente totalitario en su territorio».[51]Llegó a declarar que «suponía mucho más peligro que se infiltraran ideas totalitarias del círculo del New Deal en Washington que cualquier actividad de los comunistas o de los nazis».[52]Taft no dejó de denunciar el New Deal por convertir Estados Unidos en un «Estado totalitario». Esgrimió esta misma crítica contra la elaboración de Truman de un Fair Deal o «trato justo» en 1948 con el fin de asegurar y ampliar el New Deal.[53]Embadurnar el programa de reformas demócrata con el pincel del totalitarismo no era baladí, puesto que, en esencia, equiparaba el New Deal con el nazismo o el comunismo.

Cuando los republicanos se hicieron con el control del Congreso en 1946, Taft lideró la carga para desmontar el estado del New Deal. La histórica legislación antilaboral de 1947, conocida como Taft-Hartley, lleva su nombre. También estuvo muy implicado en movimientos para reducir el ejército estadounidense, eliminar el extenso aparato regulador que emergió durante la Segunda Guerra Mundial y hacer retroceder el estado de alta

fiscalidad creado con el New Deal.

En poco tiempo, la reputación de Taft se alzó por los aires. Pero, cuando la Guerra Fría volvió a agravarse en 1948 y 1949, Taft trastabilló. No tenía una respuesta convincente a la declaración de Truman de que Estados Unidos tenía que movilizar todos sus recursos y concentrar el poder en un Estado central para contener la amenaza comunista allá donde apareciera. Taft se adhería a la antigua imagen que Estados Unidos proyectaba al mundo, una imagen alineada con los conocidos aislacionistas de la década de 1930. Este grupo consideraba que Estados Unidos debía hacer todo cuanto estuviera en su mano por evitar conflictos en el extranjero, sobre todo con potencias europeas. Invertir demasiado tiempo en mantenerse en pie de guerra y demasiado dinero en mantener a un gran ejército activo, argumentaba Taft, demolería los cimientos de la república estadounidense. Taft consideraba que el aislamiento geográfico propiciado por los amplios océanos en las fronteras este y oeste concedía a Estados Unidos una enorme ventaja natural. Esta excepcionalidad, que Taft y muchos otros contemplaban como algo providencial, evitaba a Estados Unidos tener que preocuparse sin motivo por las crisis y los conflictos en Europa.

Por un tiempo incómodamente largo tras el estallido de la guerra en Europa, Taft se mostró dispuesto a sacrificar todo el Viejo Continente al dominio nazi. Durante los primeros años de la Guerra Fría, pareció también dispuesto a ceder toda la Europa continental a los soviéticos. Le costaba aceptar la consecuencia para la política exterior derivada de la teoría totalitaria que suscribía sin ambages: la necesidad de emplear hasta el último músculo en contener a los regímenes totalitarios dentro de sus fronteras existentes. No le preocupaba la perspectiva de que otros países cayeran bajo la esfera de la Unión Soviética, siempre que estuvieran lejos de las orillas estadounidenses.[54]

Taft no se equivocaba acerca de los peligros que comportaba para Estados Unidos mantenerse en pie de guerra de manera indefinida, combatir en todas partes y degenerar en lo que el sociólogo Paul Lazarsfeld advirtió que sería un «Estado

cuartel».[55]Pero no logró ofrecer a sus correligionarios republicanos una política convincente alternativa al plan de Truman para contener el poder soviético. Sus pronunciamientos acerca de cómo lidiar con las amenazas comunistas en el este asiático, en China y Corea, fueron especialmente confusos. De manera que, entre finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, su estrella empezó a apagarse. El liderazgo del Partido Republicano pasó a un hombre percibido como mucho más capaz que Taft para contener la amenaza soviética. Su nombre era Dwight D. Eisenhower.

Eisenhower no consideraba que un Estado central fuerte representara una fuerza que pusiera trabas indebidas a las libertades de los estadounidenses. Su carrera militar había languidecido bajo las administraciones de un gobierno reducido de Coolidge y Hoover, y había florecido bajo los regímenes de un gran gobierno de Roosevelt y Truman. Un Estado centralizado grande y capaz de movilizar a enormes cantidades de hombres y materiales había ganado la Segunda Guerra Mundial y había otorgado al general Eisenhower su codiciada quinta estrella. El hecho de haber estado al mando de las fuerzas estadounidenses y aliadas en Europa implicaba que Eisenhower en persona se había ocupado de una inmensa burocracia pública, en este caso militar. Eisenhower salió de aquella experiencia sintiendo un hondo respeto por lo que un Gobierno y una burocracia bien organizados eran capaces de hacer. El Gobierno estadounidense, creía, sería indispensable para ganar la Guerra Fría, tal como lo había sido para ganar la Segunda Guerra Mundial.

En su primer discurso de investidura, pronunciado en enero de 1953, Eisenhower dejó claro que el comunismo representaba, con mucho, la mayor amenaza para Estados Unidos. Era una amenaza terrible, y de alcance mundial. «La libertad se enfrenta a la esclavitud —proclamó— y la luz a la oscuridad.» Era imperativo que «todos los pueblos libres» del mundo se unieran para ofrecerle resistencia. «El destino ha encargado» a Estados Unidos «la responsabilidad de asumir el liderazgo del mundo libre». Y ello requería que Estados Unidos no solo fuera fuerte, sino que insuflara «esperanzas a los hombres libres en todas partes».[56]En

repetidas ocasiones, Eisenhower se refirió a su fe religiosa y a la del pueblo estadounidense como una fuente esencial de inspiración. La lucha contra el comunismo no era solo una partida de ajedrez a escala mundial; para los estadounidenses y para muchos de sus aliados, se había convertido en una cruzada religiosa para salvar al mundo del ateísmo y de la tenebrosidad.

En ninguna parte del discurso de Eisenhower sobre el comunismo y la fe se discierne simpatía por las ideas que tanto estimulaban a Taft y sus colegas, a saber: que el New Deal era el mal, que había que desmantelar el poder de la clase obrera, que había que poner fin a la regulación gubernamental de la economía, que había que recortar y equilibrar los presupuestos federales y que había que restaurar una concepción decimonónica de la libertad. El senador Lyndon Johnson, el nuevo líder de la minoría demócrata, tuvo el descaro de señalar que el discurso de investidura de Eisenhower contenía «una excelente valoración de los programas demócratas de los últimos veinte años».[57]De hecho, en su discurso, Eisenhower no hizo ninguna alusión a su apoyo u oposición a las reformas domésticas. Pero Johnson acertó al leer entre líneas un repudio a Taft en el silencio de Eisenhower acerca de la política nacional.

De hecho, las acciones de Eisenhower como presidente pronto revelarían que había adoptado los elementos nucleares del New Deal. Creía en utilizar herramientas fiscales y monetarias keynesianas para suavizar los picos y valles del ciclo económico. El contrato histórico que el sindicato UAW había alcanzado con los principales fabricantes automovilísticos estadounidenses en 1950, el Tratado de Detroit, no le inquietaba.[58]Al contrario, aceptaba la necesidad de que existieran sindicatos fuertes para moderar el poder de las empresas y repartir los beneficios del capitalismo estadounidense entre toda la escala social. Más aún, Eisenhower aspiraba a conseguir en el sector público lo que el UAW y los fabricantes automovilísticos habían logrado en el sector privado. De ahí que, en lugar de reducir o abolir la seguridad social, Eisenhower se esforzara, con éxito, por ampliar el número de estadounidenses cubiertos por aquel programa del bienestar y por

aumentar sus beneficios. Incluso avaló el régimen progresista de alta fiscalidad que el New Deal había ido implementando durante la década de 1930 y principios de la de 1940. Los republicanos de la corriente de Taft contemplaban la progresión del sistema fiscal con espanto, equiparándola con una estrategia poco menos que comunista para confiscar y redistribuir la propiedad privada.

La decisión de Eisenhower de mantener este régimen de alta fiscalidad estuvo impulsada, en primer lugar, por los imperativos de combatir el comunismo en todas partes. Eisenhower era perfectamente consciente de que el 70 por ciento de cada dólar salido de los impuestos de los contribuyentes en los Estados Unidos de la década de 1950 se destinaba a financiar el inmenso gasto militar de la Guerra Fría, como parte del cual se estaba desarrollando un arsenal nuclear a gran velocidad.[59]No obstante, también es cierto que Eisenhower empezaba a comprender que los beneficios generados por un régimen de alta fiscalidad no solo ayudaban a contener la amenaza militar soviética, sino que, además, mejoraban las vidas de millones de estadounidenses. Su postura quedó clara cuando se dirigió a la nación en 1954 para hablar de la importancia de apoyar el proyecto de ley general tributaria que debía votarse en el Congreso, una ley que mantendría el tipo marginal más elevado en más del 90 por ciento.

En aquel discurso de 1954, Eisenhower no justificó su apoyo a una fiscalidad alta aludiendo meramente a la necesidad de mantener un ejército de alto nivel preparado para cualquier eventualidad, sino que, además, compartió con el pueblo estadounidense su idea de un «gran programa para construir un país más fuerte para todos los estadounidenses», todo ello financiado por un amplio régimen fiscal progresivo. «Nuestro deseo es mejorar y ampliar nuestro programa de seguridad social —declaró Eisenhower—. Queremos crear un sistema más amplio y robusto de prestaciones para el desempleo. Queremos más y mejores viviendas para nuestra población. Queremos acabar con los barrios marginales en nuestras ciudades. Queremos impulsar un programa sanitario mucho mejor.» Una seguridad social ampliada, mejores prestaciones por desempleo, regeneración urbana y

asistencia sanitaria nacional: tal era el embrión de la visión que daría vida a la Gran Sociedad, el ambicioso programa legislativo que el presidente demócrata Lyndon Johnson presentaría ante el Congreso en la década de 1960 para completar el estado del bienestar que Roosevelt y el New Deal habían inaugurado en la de 1930. En los años cincuenta, no solo los demócratas articulaban esta visión reformista, sino que también lo hacía un republicano moderado.[60]Eisenhower no tardaría en comprometer grandes cantidades de impuestos federales a construir un gigantesco sistema de autopistas interestatales y a reacondicionar la vía navegable de San Lorenzo. En el transcurso de sus dos ejercicios en el cargo, el gasto de su Administración en obras públicas llegaría a superar el de Franklin D. Roosevelt y Truman.[61]

Eisenhower se cuidó de justificar esta ampliación de la actividad gubernamental vinculándola con la seguridad nacional. La ley que autorizaba la creación del nuevo sistema de autopistas interestatales se titulaba «Sistema Nacional de Autopistas Interestatales y de Defensa». Los defensores de esta legislación argumentaban que construir 66.000 kilómetros de carreteras nuevas facilitaría la rápida transferencia de unidades militares a las regiones de Estados Unidos que estuvieran siendo atacadas y, simultáneamente, la evacuación rápida de ciudadanos de las zonas amenazadas por bombas nucleares.[62]

En la misma línea, crear una sociedad libre y abundante para todos sus ciudadanos se enmarcaba ahora como un imperativo de la Guerra Fría. La modelación de dicha sociedad, creía Eisenhower, no podía seguir dejándose a los caprichos del libre mercado. Demasiados estadounidenses habían visto cómo sus medios de subsistencia eran destruidos en la década de 1930, el período más dilatado de caída de los mercados en toda la historia de Estados Unidos. La seguridad nacional requería ahora un sistema capitalista gestionado; exigía no ya el mantenimiento, sino la expansión del New Deal. Los programas sociales que antaño habían sido anatema para los republicanos se consideraban ahora legítimos, porque ayudarían a contener la amenaza soviética, tanto a nivel nacional, para que los estadounidenses no tuvieran causas

para dejarse seducir por el comunismo, como a escala internacional, al demostrar las bondades del sistema estadounidense a los países emergentes de Asia y África.

Determinar qué sistema era mejor para generar una sociedad de consumo —llenar los comercios de artículos atractivos, permitir a los ciudadanos de ambos sistemas participar plenamente en esos mercados— se convirtió en la manzana de la discordia entre los adversarios de la Guerra Fría. De ahí el «debate en la cocina», sumamente serio bajo su cómica apariencia, que mantuvieron Nikita Jruschov y Richard Nixon en Moscú en 1959. Era el tercer encuentro del primer secretario de la Unión Soviética y el vicepresidente de Estados Unidos para comparar los méritos de los sistemas comunista y capitalista. Dicho debate tuvo lugar en una cocina americana de una vivienda de un barrio residencial estadounidense cuyos componentes se desmontaron para transportarlos a Rusia y volvieron a montarse en Moscú para la ocasión. Nixon mostró con orgullo un frigorífico, una cocina eléctrica y lo más emocionante de todo (porque era un electrodoméstico que aún tenía que estandarizarse en los hogares estadounidenses): un lavavajillas. Jruschov opinaba que los estadounidenses eran demasiado adictos a los cachivaches, aunque entendía que la superpotencia que proporcionara a los hombres y mujeres corrientes una vida más cómoda podía ganar la Guerra Fría. Jruschov le comentó en broma a Nixon que sus nietos crecerían bajo el comunismo y Nixon le respondió del mismo modo, prediciendo que los nietos de Jruschov solo conocerían el capitalismo.

El hecho de que Nixon se viera obligado a debatir con Jruschov las virtudes comparadas de las cocinas soviéticas y estadounidenses reveló la importancia geopolítica que otorgaba a poner al alcance de todo estadounidense un mercado de consumo atractivo. Se trataba de un objetivo demasiado importante para dejarlo en manos del «libre mercado». Nixon e Ike habían acabado por entender que las políticas del New Deal, sobre todo el keynesianismo, eran necesarias para mantener la demanda global y el flujo de artículos en las tan celebradas utopías de los barrios

residenciales en las que por entonces vivían muchos estadounidenses.[63]

Quizá, en el fondo, Eisenhower quisiera devolver Estados Unidos al pasado anterior al New Deal imaginado por Taft. Pero, a su juicio, un político que aspirara a triunfar en los Estados Unidos de la década de 1950 no podía hacer tal cosa. Tal como escribió a su hermano a principios de la década de 1950, «Si algún partido político intenta abolir la seguridad social, la prestación por desempleo y eliminar las leyes laborales [...] no volverás a oír hablar de dicho partido en nuestra historia política».[64]Y Eisenhower tenía esta misma opinión acerca de una alta fiscalidad progresiva y acerca de la reducción de la desigualdad económica que dicha fiscalidad elevada había desencadenado. Con la presión de la Guerra Fría, Eisenhower convirtió el Partido Republicano en partidario de los programas del Partido Demócrata. Ese fue el momento en el que el New Deal pasó de ser un movimiento político a convertirse en un orden político, cuando todos los agentes importantes del terreno político se sintieron obligados a regirse por sus principios.

Por supuesto, también había disidentes. Justo en aquel momento, el brillante e iconoclasta graduado de Yale William F. Buckley andaba reuniendo a un grupo ferozmente contrario al New Deal para formar una nueva revista, *National Review*.[65]El actor y anterior entusiasta del New Deal Ronald Reagan se había convertido en un evangelista del sistema de libre empresa en Estados Unidos y se dirigía al público de todo el país en anuncios televisivos patrocinados por General Electric.[66]Henry Hazlitt, un columnista de economía de la popular revista *Newsweek*, fue otra figura que, como Reagan, había migrado del centro izquierda (antaño había sido editor literario de *The Nation*) a la derecha y había entrado en la órbita de Hayek como miembro de la Sociedad Mont Pelerin en el camino. Consideraba repugnante la política de Eisenhower, una traición a los principios del Partido Republicano. Al principio de la presidencia de Eisenhower, Hazlitt hizo sonar una alarma tildando las políticas de Ike de «semi-New Deal».[67]Poco tiempo después declaró, con profunda consternación, «que el

presidente había aceptado el grueso de las filosofías keynesiana y del New Deal».[68]Tras hacer una disección de las políticas fiscal y monetaria de Eisenhower que reveló el grado en el que el presidente acataba los preceptos keynesianos, Hazlitt lamentó: «Ahora todos somos keynesianos».[69]Se cree que Milton Friedman, quien, en las décadas de 1960 y 1970 lideraría el asalto ideológico al orden del New Deal, originó este lamento en una columna publicada en diciembre de 1965 en *Time*, a la sazón el archirrival de *Newsweek* en el mundo de la prensa escrita. Pero Hazlitt se avanzó a Friedman en una década, pues su observación acerca del predominio del pensamiento keynesiano no hacía alusión a la política demócrata de la década de 1960 (como en el caso de Friedman), sino a la política republicana de la década de 1950.[70]Tal como revela el comentario de Hazlitt acerca del carácter hegemónico de la economía keynesiana, incluso en la década de 1950 y bajo un presidente republicano, los críticos con el orden del New Deal tenían un codiciado espacio político reducido en el que operar.

La Guerra Fría fue el motor que encauzó a la corriente general del Partido Republicano hacia la izquierda. Sus imperativos forzaron a un partido político que detestaba la idea de un gran Estado centralizado y la gestión amplia de la empresa privada en el interés público a aceptar estas mismas políticas como los principios rectores de la vida en Estados Unidos. La amenaza del comunismo internacional hizo posible la transición del New Deal de un movimiento político a un orden político y garantizó su predominio en la vida estadounidense durante treinta años.

Así pues, la Guerra Fría afianzó el orden del New Deal. Dicho orden no comportó un proyecto de reforma tan generalizado como lo había sido a finales de la década de 1930 y principios de la de 1940, pero sí siguió siendo el proyecto más provechoso adoptado en Estados Unidos desde la guerra de Secesión. Sus logros en términos de gestión del capitalismo, de fortalecimiento del movimiento obrero y de establecimiento de un estado del bienestar siguieron a largos registros de fracasos en cada uno de estos ámbitos. El hecho de que el New Deal obligara a sus oponentes

políticos a acatar sus principios es un signo muy revelador de su poder e influencia. Quienes siguieron oponiéndose a las políticas del New Deal quedaron relegados a los márgenes de la política de Estados Unidos, donde su influencia se vio muy mermada.

En un mundo dominado por el orden del New Deal, Herbert Hoover nunca recuperó su estatura ni el respeto político que normalmente se tenía por los expresidentes. Su deceso en 1964 prácticamente pasó desapercibido. Acabaría regresando, pero no con su reputación presidencial rehabilitada, sino mediante una transformación en la forma de la Institución Hoover establecida en Stanford en 1919 para albergar una colección mundial de documentos pertinentes relacionados con la Primera Guerra Mundial. En la década de 1960, bajo la dirección de W. Glenn Campbell, la Institución Hoover no solo amplió su colección para incluir otros temas relacionados con la guerra, la revolución y el capitalismo, sino que, además, se sumió en una nueva misión: convertirse en un grupo de reflexión y en un centro neurálgico para aquellos comprometidos con derribar el orden del New Deal. La Institución Hoover lograría la misión que se había propuesto y, al hacerlo, tal vez reivindicara a su fundador a título póstumo. Pero el éxito final de la Institución Hoover no altera la realidad del dilatado período de exilio político de Hoover ni el hecho de que pasara las que deberían haber sido las mejores décadas de su vida política bajo un orden político que despreciaba. La amenaza del comunismo había convertido el New Deal de Roosevelt en un orden político formidable.

2

Caída

Todo orden político alberga en su seno tensiones, contradicciones y vulnerabilidades que, en determinado momento, se vuelven demasiado difíciles de sostener. Un orden político también puede desestabilizarse a causa de un evento exógeno, como una guerra o una crisis económica, el cual revele unas limitaciones de su repertorio de estrategias gobernantes que pocos habían detectado previamente. O el orden político encuentra una manera de adaptarse o pierde autoridad primero y luego la hegemonía.

Las décadas de 1960 y 1970 fueron el momento de replanteamiento del orden del New Deal. A medida que la igualdad de razas y la guerra del Vietnam se convirtieron en los temas más importantes de la política estadounidense, se crearon escisiones entre los votantes del Partido Demócrata entre las cuales el orden del New Deal no supo tender puentes. Estas divisiones estuvieron seguidas por la larga recesión económica de los años setenta, una recesión con consecuencias perdurables porque estaban relacionadas con cambios subyacentes a la economía mundial. En las décadas de 1960 y 1970, estas tres fuerzas —la raza, el Vietnam y la crisis económica— golpearon al orden del New Deal con tal contundencia que ya no pudo recuperarse.

La raza y el Vietnam

A la par que garantizaba la transición del New Deal de un movimiento político a un orden político, la Guerra Fría también

sirvió para impulsar la lucha por los derechos civiles. Durante toda la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, los partidarios del New Deal apenas habían adoptado medidas por defender los derechos civiles, ni siquiera cuando el igualitarismo económico del New Deal había empezado a atraer a grandes números de afroamericanos al Partido Demócrata. Algunas bolsas de electores del país, en especial en el norte, hacía largo tiempo que defendían la causa de la igualdad racial, pero hubo circunscripciones electorales que no lo hicieron nunca. Estas se concentraban en el sur del país, entre blancos para quienes el Partido Demócrata había sido desde siempre el partido de los derechos de los estados, de la supremacía blanca y de las leyes segregacionistas Jim Crow. Los negros sureños habían quedado privados del voto a principios del siglo XX, a raíz de lo cual el Partido Republicano se había borrado como fuerza política en el sur del país. A partir de entonces, los candidatos demócratas al Congreso procedentes del Sur rara vez tuvieron que afrontar serios desafíos republicanos, lo cual comportó que, una vez elegidos, tendieran a permanecer en sus escaños durante dilatados períodos de tiempo. Y de este modo controlaron un número desproporcionado de presidencias de comisiones tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado, a través de las cuales influían en el Congreso. En las décadas de 1930 y 1940, estos barones sureños estaban dispuestos a reforzar el Gobierno central para aliviar el sufrimiento de los pobres blancos del país, pero eran reacios a tolerar cualquier legislación que amenazara las jerarquías raciales de la vida sureña.[1]

Franklin Roosevelt captó esta predisposición del Sur y la aritmética resultante para el Congreso. Bastante al comienzo de su presidencia concluyó que el éxito de su New Deal dependía del apoyo continuado del ala sureña de su partido en el Congreso y se convenció de que no podía oponerse a sus integrantes. Y a causa de ello, la legislación de los derechos civiles sufrió. No se puso en cuestión la legislación racista conocida como Jim Crow (salvo en los despachos gubernamentales de Washington D. C.), los intentos de aprobar leyes antilinchamiento en el Congreso fracasaron y el

ejército de la Segunda Guerra Mundial que se envió a Europa a aplastar a los nazis y su ideología de odio social era una institución completamente segregada. Los soldados blancos y negros no compartían alojamiento, no luchaban juntos y ni siquiera compartían las reservas de sangre del ejército.[2]

Esta tolerancia de la supremacía blanca en el seno del Partido Demócrata, tan acentuada en las décadas de 1930 y principios de 1940, se desplomó tras la Segunda Guerra Mundial. Truman desegregó las Fuerzas Armadas en 1946, el Partido Demócrata introdujo en su programa de 1948 un punto comprometido con la causa de la igualdad racial y el Tribunal Supremo, a la sazón integrado en gran medida por jueces designados por Roosevelt, declaró inconstitucionales las leyes Jim Crow en su asombrosa decisión de 1954 en el *Caso Brown contra la Junta de Educación*.

Hubo factores internacionales que desempeñaron un papel importante en este cambio de rumbo, tal como en su momento habían remachado la autoridad del New Deal. El ejército japonés había realizado un asombroso barrido en todo el este y el sudeste asiático durante 1941 y 1942 y había reducido a escombros el gobierno de todas las potencias occidentales presentes en la zona: Estados Unidos en Filipinas, Gran Bretaña en Birmania, Singapur y Malaya, Francia en Indochina y Holanda en las Indias Orientales. En todas partes, a las personas de raza no blanca que hacía largo tiempo que aspiraban a zafarse del dominio colonial, incluidos los afroamericanos en Estados Unidos que querían librarse del yugo de las leyes Jim Crow, ahora les resultaba más fácil imaginar que podían ser libres y autogobernarse. En toda Asia y África hicieron erupción movimientos que exigían la igualdad racial y la liberación nacional. El recrudecimiento de los antagonismos de la Guerra Fría en las postrimerías de la década de 1940 magnificó su relevancia geopolítica. Estados Unidos y la Unión Soviética se alzaban más reforzados o debilitados en función de a cuántos movimientos de liberación nacional y nuevos países emergentes de estos pudieran convencer de unirse a su bando.[3]

La rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética por la lealtad de lo que empezaba a conocerse como el Tercer Mundo era

feroz. Ambos bandos entendían en qué medida el resultado podía girar en torno a la raza. Ya en la década de 1940, la Unión Soviética se deleitaba abochornando a Estados Unidos a escala internacional aludiendo a las instituciones de supremacía blanca de los estados sureños que contradecían el compromiso declarado del país con la idea de que todos los seres humanos nacen iguales. La prensa soviética difundía en África y Asia reportajes acerca de niños negros en el Sur a los que se denegaba una escolarización adecuada, de víctimas negras de accidentes que fallecían porque ningún hospital blanco del Sur de Estados Unidos las admitía y de diplomáticos africanos a quienes se negaba el acceso a restaurantes y aseos de blancos cuando viajaban más al sur de la línea de Mason-Dixon. El Departamento de Estado estadounidense puso todo su empeño en contrarrestar esta imagen, pero sus esfuerzos servirían de poco mientras el sur del país continuara segregado. Estados Unidos, según concluyó la institución con respecto a su política exterior, tenía que demostrar mediante hechos su compromiso con desmantelar la segregación para conseguir la igualdad racial. La Guerra Fría ayudó a convertir los derechos civiles en un tema fundamental en Estados Unidos.[4]

Tal vez ello explique por qué la decisión del Tribunal Supremo en el *Caso Brown contra la Junta de Educación* se diera en una fecha tan temprana (1954), con el apoyo unánime de todos los magistrados. En 1954, el activismo social en defensa de los derechos civiles en Estados Unidos seguía siendo episódico. Prácticamente todas las manifestaciones y confrontaciones clave que definirían el movimiento —el boicot de autobuses de Montgomery, la crisis en el instituto de Little Rock,[5]las Marchas por la Libertad, la Marcha sobre Washington, la campaña de Birmingham,[6]el Freedom Summer Project[7]y las insurrecciones urbanas en el norte en los años 1964 y 1965— se produjeron en el futuro. ¿A qué vino entonces aquella determinación temprana por parte del Tribunal Supremo, un elemento clave de la clase política establecida estadounidense, de posicionarse del bando de los derechos civiles? En parte, la acción de la corte reflejaba la incorporación del presidente del Tribunal Supremo Earl Warren,

exgobernador republicano por California y el primer designado de Eisenhower, quien en la década posterior a la Segunda Guerra Mundial se había convertido en un defensor de los derechos civiles mucho más vehemente de lo que la mayoría de los integrantes del Partido Republicano, Eisenhower incluido, habían detectado. El tribunal estaba formado ya por muchos liberales, magistrados designados por Roosevelt con quienes Warren tenía que trabajar. Sin embargo, el Supremo no actuó de aquel modo simplemente porque sus miembros hubieran desarrollado una conciencia progresista con relación al tema del racismo. Lo hizo porque entendía el grado en el que la Guerra Fría había situado el problema de la raza en el epicentro de la política estadounidense.

Antes de 1954, el Departamento de Justicia de Estados Unidos había empezado a archivar informes *amicus curiae* en apoyo a demandas de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) que ponían en entredicho la legalidad de la segregación en el Sur. En aquellos informes, el Gobierno subrayaba repetidamente el bochorno que la discriminación por motivos de raza estaba provocando a Estados Unidos en el extranjero y el daño que estaba ocasionando a la seguridad nacional. En el informe *amicus* del *Caso Brown*, el Departamento de Justicia reproducía una declaración del exsecretario de Estado, Acheson, en la que afirmaba que «la reacción hostil [a las prácticas racistas estadounidenses] entre pueblos normalmente amistosos [...] crece en proporciones alarmantes» y pone en riesgo «el mantenimiento efectivo de nuestro liderazgo moral al frente de los países libres y democráticos del mundo».[8]

Muchos de quienes redactaban y leían aquellos informes, también liberales, hacía tiempo que le daban vueltas a la cuestión de la raza en Estados Unidos. En general, procedían del Norte y desdeñaban el Sur por la naturaleza «primitiva» de sus relaciones raciales. Pero no habían convertido la agitación en defensa de los derechos civiles en una prioridad porque no creían necesitar hacerlo. Contemplaban el racismo como un anacronismo que no resistiría durante mucho tiempo las fuerzas modernizadoras

presentes en Estados Unidos. La Guerra Fría hizo que esta postura complaciente resultara insostenible. Forzó a los miembros de la clase dirigente estadounidense a entender que tenían que actuar con relación a la cuestión racial en el país, no tanto porque los ciudadanos afroamericanos merecieran la igualdad de derechos, sino porque la inacción podía perjudicar a Estados Unidos en su contienda internacional a vida o muerte con la Unión Soviética.[9]

Por supuesto, cualquier esfuerzo serio por desmantelar las estructuras e instituciones racistas de la vida americana precisaba una reorientación de la élite política de Estados Unidos muy superior a la proporcionada por aquella decisión del Tribunal Supremo. Requería también un movimiento social que exigiera el desmantelamiento del racismo y el rechazo de la ideología de la supremacía blanca en todas sus formas.

Entre finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, este movimiento había cobrado forma en torno a dos vertientes principales: la primera, un movimiento centrado en la iglesia, principalmente ubicado en el Sur integrado por afroamericanos de clase media y obrera, liderado por Martin Luther King y profundamente comprometido con los principios de la protesta no violenta; y la segunda, un movimiento estudiantil negro que emergió principal e históricamente en los institutos negros del Sur. Ambos pusieron el punto de mira en las instituciones racistas, ambos protagonizaron marchas en el Sur y ambos provocaron confrontaciones con los blancos. En general, los estudiantes emplearon tácticas más radicales, ocupando espacios etiquetados como «exclusivos para blancos» —restaurantes, autobuses, zonas de espera en terminales de autobuses, etc.— y realizando campañas de registro de votantes en zonas rurales donde los blancos sureños habían retenido largamente el poder mediante el terror legal y extralegal. Ante la expectativa de provocar reacciones violentas entre los blancos sureños, los manifestantes negros y sus aliados blancos se habían formado para reaccionar a tales ataques con una contención sobrehumana y «poniendo la otra mejilla». La prensa escrita y las cadenas televisivas empezaron a retransmitir a todo el país imágenes gráficas, fotografías y

fragmentos de películas de blancos propinando palizas a negros y de *sheriffs* del Sur rociando con mangueras de agua a alta presión y lanzando perros de ataque contra columnas pacíficas de manifestantes negros. Unas fotografías de tres voluntarios defensores de los derechos civiles asesinados cerca de Filadelfia, en Misisipi, por atreverse a registrar a negros sureños para votar dieron la vuelta a todo el país. Aquellas imágenes aumentaron enormemente el prestigio del movimiento en defensa de los derechos civiles tanto entre los blancos como entre los negros. En 1963, el presidente John Kennedy, desconcertado por la escala de las manifestaciones y la violencia contra los manifestantes, se comprometió a aprobar una ley de defensa de los derechos civiles con un mecanismo de aplicación eficaz. «Han transcurrido ya cien años desde que el presidente Lincoln liberara a los esclavos —declaró Kennedy en televisión para el público nacional el 11 de junio de 1963— y, sin embargo, sus herederos, sus nietos, todavía no son completamente libres. Aún no se han zafado del yugo de la injusticia. Todavía no son libres de la opresión social y económica.» Había llegado el momento, insistió Kennedy, de que el país cumpliera su promesa y llevara a cabo una revolución pacífica en las relaciones interraciales. Con ello, Kennedy llamaba al Congreso «a actuar, a comprometerse, cosa que no ha hecho durante todo este siglo, con la propuesta de que la raza no tiene lugar en la vida ni en la ley de Estados Unidos». Durante la semana siguiente, Kennedy solicitó al Congreso que aprobara una ley de derechos civiles que prohibiera la discriminación por motivos de raza y concediera al Gobierno federal los poderes necesarios para velar por su aplicación.[10]

Nunca sabremos con qué insistencia Kennedy habría perseguido esta medida, porque la bala de un asesino le segó la vida menos de seis meses después de haber propuesto dicha legislación. Pero su sucesor, Lyndon Baines Johnson, que desde hacía mucho tiempo ansiaba la presidencia y durante todo ese largo tiempo se le había negado la oportunidad de ostentarla, convirtió la ley de derechos civiles de JFK en un elemento central de su presidencia. Johnson, que consideraba a Franklin D.

Roosevelt el mayor político contemporáneo, intentó ganarse su propio hueco en la historia de Estados Unidos convirtiéndose en su principal heredero. Para ello se requería un programa legislativo, el conocido como «Gran Sociedad», que completara el New Deal, programa que colocaría a Johnson junto a Franklin D. Roosevelt en el panteón de los reformistas demócratas heroicos. Mediante la Gran Sociedad, Johnson esperaba responder a las necesidades de los colectivos que habían quedado al margen del New Deal. Se aseguró el apoyo del Congreso para programas generalizados de seguros de salud para los ancianos, programas de acciones comunitarias para capacitar a los pobres y programas de vivienda de protección oficial para los necesitados. Johnson, probablemente el parlamentario más preparado de la política estadounidense desde Woodrow Wilson, impulsó una iniciativa tras otra a través de un Congreso desorientado por la magnitud de las protestas en defensa de los derechos civiles por un lado y el asesinato del presidente Kennedy por el otro.[11]

Seguidor de los principios keynesianos del orden del New Deal, Johnson estaba convencido de que podría utilizar el Gobierno para corregir los males de la economía y la sociedad estadounidenses. Y también entendió que necesitaría abordar y remediar la desigualdad racial, aspecto que Roosevelt había sorteado escrupulosamente. De hecho, el programa de la Gran Sociedad de Johnson se comprometía tanto a desmantelar la segregación racial como a remediar, mediante medidas a favor de las minorías, el racismo institucional que se había abierto camino en tantas instituciones estadounidenses, tanto públicas como privadas y tanto en el Norte como en el Sur. En dos disposiciones legislativas fundamentales, la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley del Derecho al Voto de 1965, Johnson recogió las medidas más contundentes en su género desde la Reconstrucción. Su orden ejecutiva número 11.246 comprometía a su Administración y a las siguientes a un amplio proyecto de ingeniería social: la eliminación del sesgo racial, religioso y sexual de todas las instituciones públicas y privadas que recibieran cantidades considerables de fondos federales. Este programa pasó a considerarse una acción de

discriminación positiva. Johnson hizo todo aquello a sabiendas de que un programa tan ambicioso de reparación racial, que merecía plenamente el apelativo de «Segunda Reconstrucción», probablemente comportaría para el Partido Demócrata la pérdida del Sur blanco, uno de los electorados clave sobre los cuales había erigido su poderío el orden del New Deal. Dicho electorado incluía a los demócratas del estado natal de Johnson, Texas, quienes lo habían impulsado a la palestra pública y habían facilitado su ascenso a la presidencia.[12]

Y aunque tuvo la clarividencia de percibir esta consecuencia, Johnson se distrajo de pensar en ella por una guerra en el Vietnam que había heredado de Eisenhower y Kennedy. También en este aspecto la Guerra Fría había influido en la política interior estadounidense de manera significativa. Habida cuenta de la voluntad de mejorar la situación de los afroamericanos en la década de 1950, sería lógico pensar que los integrantes de la clase dirigente de Estados Unidos también tuvieran la misma predisposición a ayudar a los vietnamitas, otro colectivo de raza no blanca, a reclamar sus derechos, en este caso contra el poder colonial francés. De hecho, Franklin D. Roosevelt se había mostrado compasivo con los esfuerzos de los vietnamitas, liderados por Ho Chi Minh, de liberarse del dominio de los franceses, pero Truman no. La Administración de este último había decidido que el objetivo primordial del país en los asuntos internacionales era garantizar la supervivencia de Francia (y del resto de Europa) como parte del «mundo libre». A los legisladores estadounidenses les preocupaba que la ayuda del Plan Marshall no fuera suficiente. Los franceses pugnaban desesperadamente por recuperar su imperio. Y Estados Unidos se comprometió a ayudarlos en su empresa. Al poco, Francia combatía con el movimiento de liberación de Ho, conocido como el Viet Minh, que ahora contaba con el apoyo de los soviéticos. La Administración Truman y luego la Administración Eisenhower dejaron de contemplar a los vietnamitas como un país que luchaba por liberarse de Francia y pasaron a verlos como un cliente de la Unión Soviética que intentaba hacer avanzar el comunismo hacia el corazón del Sudeste

Asiático. De ahí que cuando Francia no logró retener su fortaleza en Dien Bien Phu en 1954, Estados Unidos la sustituyera en combate. Vietnam tenía poca importancia intrínseca para Estados Unidos: no poseía materias primas esenciales y ofrecía a Estados Unidos pocas posibilidades comerciales. Pero la Guerra Fría exigía defender a Francia, por ser un país no comunista, ya que a los comunistas había que combatirlos allá donde asomaran la cabeza.[13]

La experiencia de Lyndon B. Johnson en política interior no se extrapolaba a los asuntos exteriores. Para él, la política exterior era menos importante; esperaba que sus acciones en ese ámbito preservaran la prioridad de las iniciativas domésticas. Pero Lyndon B. Johnson era un producto de la Guerra Fría y creía en sus dogmas acerca de una conquista comunista irreversible y la necesidad de contención mundial del comunismo incluso cuando un país, como Vietnam, que podía estar cayendo en manos de los comunistas no amenazaba los intereses nacionales de Estados Unidos. Johnson era rehén de la teoría del dominó; le asustaba lo bien que habían agitado los republicanos la acusación de que los demócratas eran blandos con el comunismo. Día y noche, le preocupaba que lo proyectaran como un pacificador, como el pusilánime primer ministro británico, Neville Chamberlain, cuyas concesiones a Hitler en Múnich en la década de 1930 habían abierto la puerta al dominio nazi del continente. De ahí que Johnson se viera incapaz de asimilar el consejo que sus asesores principales le expusieron en 1965: la guerra del Vietnam había dado un viraje adverso y Estados Unidos debería plantearse retirarse o limitar su implicación. En lugar de ello, Johnson redobló la participación de su país, ampliando generosamente su compromiso tanto en armas como en tropas, al tiempo que intentaba ocultar a la opinión pública estadounidense la verdadera situación del conflicto, la debilidad y la corrupción del régimen survietnamita al que Estados Unidos respaldaba, y la fortaleza del Vietcong (el movimiento sucesor del Viet Minh) y de sus aliados norvietnamitas.[14]

La escala de la intensificación de Estados Unidos, la

reactivación de una política de reclutamiento de la Segunda Guerra Mundial que buscaba dotar el ejército de muchachos blancos de clase media y la ocultación de la verdad acerca del conflicto desencadenaron una protesta antibélica a una escala sin precedentes en la historia de Estados Unidos. Además, convirtieron la hasta entonces reducida nueva izquierda en un movimiento masivo, con la incorporación de centenares de miles de afiliados y simpatizantes. En el plazo de solo tres años, la guerra y las protestas que generó habían destruido la carrera de Johnson, hasta el punto de impulsarlo a anunciar, en la primavera de 1968, que ni siquiera se presentaría a la reelección. Ante la necesidad de satisfacer demandas tanto de cañones como de mantequilla,[15]la economía estadounidense empezó a sobrecalentarse y se disparó la inflación. Muchas iniciativas de la Gran Sociedad se replegaron o abandonaron. Entre tanto, las reformas radicales que Johnson había aprobado en 1964 y 1965 habían suscitado tantos conflictos raciales como armonía entre razas, inclinando a algunos negros hacia la insurrección urbana y provocando que muchos blancos, temerosos por su seguridad, abandonaran el Partido Demócrata y se unieran a los republicanos, que ahora se vendían como los protectores de la ley y el orden y, en el Sur, de la supremacía blanca.[16]

Si la reparación racial y una guerra con un resultado adverso hubieran sido las únicas fuerzas en juego, los demócratas podrían haberse recuperado y mantenido su orden del New Deal. Richard Nixon, el candidato republicano a la presidencia en 1968, no derrotó a su rival demócrata, Hubert Humphrey, por un amplio margen. Las mayorías de demócratas habían predominado en la Cámara de Representantes y el Senado desde 1955 y continuaron haciéndolo tras la elección de Nixon. Pero otras fuerzas en juego, sobre todo el cambio coyuntural de la economía mundial, estaban socavando la convicción política más preciada del orden del New Deal: la idea de que el Gobierno podía ejercer su poder con eficacia para gestionar la economía en el interés público.

Problemas económicos

Entre mediados de la década de 1940 y la de 1960, el orden del New Deal cabalgó una ola de poder mundial que Estados Unidos no había experimentado nunca. En la víspera de la Segunda Guerra Mundial, el país producía más de una quinta parte del PIB mundial, mientras que la segunda y la tercera mayores economías combinadas, Alemania y Gran Bretaña, generaban un 16 por ciento. Hacia finales de los años cuarenta, Estados Unidos representaba ya más de un cuarto del PIB mundial, con una proporción que excedía la suma de las siguientes ocho economías combinadas.[17]

Las empresas estadounidenses, para las cuales la competencia extranjera no representaba gran problema, competían principalmente entre ellas. En los sectores en los que se había logrado un oligopolio doméstico, como, por ejemplo, en el caso del hierro, el acero y los automóviles, tres o cuatro grandes corporaciones en cada sector impedían una auténtica competencia a través de acuerdos informales para repartirse los mercados. La posición privilegiada de estos fabricantes estadounidenses facilitaba que el capital y la mano de obra mantuvieran el compromiso de clases sobre el que había fraguado el orden del New Deal. Los límites a la competencia implicaban que las empresas podían tolerar unos costes de beneficios y unos salarios más elevados. La manifestación más clara de dicho compromiso fue el simbólico Tratado de Detroit de 1950, mediante el cual los fabricantes automovilísticos acordaron compartir una porción significativa de sus recursos con los trabajadores del sector a cambio de disfrutar de paz laboral. Este acuerdo de negociación colectiva, muy emulado en otros sectores de la economía estadounidense donde la mano de obra organizada tenía fuerza, también había sido posible, en primer lugar, por la existencia de un Gobierno federal dispuesto a apoyar el derecho de los trabajadores a organizarse, así como a sancionar a los empresarios que vulneraban dicho derecho. Y, en segundo lugar, había estado propiciado por la extraordinaria primacía de la industria

estadounidense en el mundo. Los fabricantes automovilísticos norteamericanos, por ejemplo, no tenían que preocuparse por la competencia que representaban los automóviles alemanes y japoneses.

El predominio mundial de la industria estadounidense explica decisiones tomadas a finales de la década de 1940 que, de otro modo, se antojarían un sinsentido: el hecho, por ejemplo, de que empresas individuales asumieran el coste de los seguros de salud de sus empleados, un compromiso que, si los empleados estaban sindicados, normalmente se ampliaba hasta la jubilación y la vejez. Estos costes se hincharían a medida que la mano de obra envejeciera e impondrían enormes penalidades a los empresarios estadounidenses cuando, a principios de la década de 1970, tuvieron que competir con ágiles fabricantes automovilísticos extranjeros que no financiaban los costes de los seguros médicos que las empresas estadounidenses sí habían asumido. Pero a finales de la década de 1940 y principios de la de 1950, los fabricantes norteamericanos no podían siquiera concebir que un día los amenazaría un mercado internacional competitivo. Se comportaban como si su supremacía económica mundial fuera a ser eterna.[18]

No obstante, pese a suscribir el compromiso de clase en el cual se sustentaba el orden del New Deal, el Gobierno estadounidense también ponía en práctica políticas a escala mundial diseñadas para restaurar la competencia internacional y dificultar el mantenimiento de ese compromiso interno entre el capital y la mano de obra. Durante toda la década de 1940 y la de 1950, los funcionarios del Gobierno estadounidense temieron que volviera a darse el tipo de saturación y agotamiento de los mercados que había prolongado la depresión de los años treinta; asimismo, les preocupaba que los países extranjeros pudieran abogar de nuevo por las políticas proteccionistas adoptadas en todo el mundo en la década de la depresión. De ahí que consideraran imperativo atar a tantos países como fuera posible a un sistema de comercio internacional centrado en Estados Unidos y bien lubricado. Este imperativo comportaba destinar generosos

paquetes de ayudas a países extranjeros para que recuperaran su antigua robustez económica o, si se trataba de países de reciente creación, generaran mercados con lazos con Estados Unidos. Reforzar las relaciones comerciales también comportaba contener el comunismo a escala mundial, porque, si dicha contención fallaba, el orden capitalista internacional encabezado por Estados Unidos podía perder para siempre (o eso se creía) a manos de los comunistas a países como Vietnam. El Plan Marshall, como ya se ha indicado, sirvió de plantilla para este nuevo tipo de política exterior norteamericana, pues combinaba generosos paquetes de ayudas con acuerdos de seguridad —la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el caso de Europa— con el fin de retener en la órbita capitalista de Norteamérica a países con poblaciones tentadas por el comunismo. Estados Unidos también creó el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) en la década de 1940 para poner financiación adicional a disposición de los países en vías de desarrollo y recuperación. El Banco Mundial y el FMI enseguida empezaron a invertir recursos en puertos, carreteras y otras infraestructuras que los inversores privados se mostraban reacios a financiar. Al final, en 1947, Estados Unidos aprobó el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio, conocido por sus siglas en inglés: GATT, para mantener las barreras arancelarias a unos niveles bajos tolerables, otro esfuerzo por asegurarse de que la autarquía de la década de 1930 no resurgiera.[19]

Ideológicamente, Estados Unidos predicaba las virtudes del libre mercado a través de su zona del «mundo libre». No obstante, en la práctica, a menudo permitía a los países proteger sus mercados domésticos mediante aranceles (y, por consiguiente, frenar la importación de productos norteamericanos), al tiempo que garantizaba a los fabricantes europeos y japoneses un acceso privilegiado a los mercados estadounidenses. Estados Unidos no solo eliminó la mayoría de los aranceles en sus fronteras, sino que, además, toleró el *dumping*, una práctica comercial consistente en que los Gobiernos extranjeros o bien subvencionaban las exportaciones de sus países a Estados Unidos o bien permitían que

dichas exportaciones se vendieran en Estados Unidos por debajo de su coste de fabricación. Estados Unidos toleraba esta asimetría (esos mismos Gobiernos no permitían el *dumping* de artículos estadounidenses en sus territorios) por motivos económicos y geopolíticos. En términos económicos, la superioridad de Estados Unidos parecía inalcanzable.[20]Geopolíticamente, la rápida recuperación de la economía en Japón y en Europa occidental se consideraba vital para el estancamiento y la posterior reversión de la expansión del comunismo. Estados Unidos necesitaba que estos países fueran primero productivos y luego prósperos para debilitar la afirmación de la Unión Soviética de que solo el comunismo podía liberar a los pueblos de la pobreza y la injusticia. Esto explica que políticas económicas que podían considerarse perjudiciales para los intereses materiales de Estados Unidos se asimilaran igualmente porque, según declaraba un informe de la Oficina del Presupuesto en 1950, «las políticas económicas extranjeras [...] deben subordinarse [...] a nuestros objetivos políticos y de seguridad».[21]

Por supuesto, llegados a un determinado punto, la competencia procedente del extranjero empezaría a poner en cuestión la supremacía de Estados Unidos. Satisfechos en su aparente invencibilidad, durante las décadas de 1950 y 1960 muchos fabricantes estadounidenses tardaron en invertir en innovación y nuevas instalaciones, una renuencia que empezó a traducirse en unos aumentos de las tasas de productividad cada vez más reducidos. Entre tanto, los competidores europeos y japoneses operaban con la maquinaria y las plantas más punteras, ya que gran parte de sus instalaciones y máquinas antiguas habían sido destruidas en la guerra. A principios de la década de 1970, se habían convertido ya en rivales serios. Los japoneses emergieron como una fuerza destacable en diversos sectores estadounidenses, como el de los automóviles, las motocicletas y las máquinas de oficinas y electrónica, donde diez años antes no tenían siquiera presencia.[22]

Estados Unidos padeció durante estos años la necesidad de desviar una inmensa proporción de sus recursos a su ejército, gran

parte de los cuales, durante la era del Vietnam, se gastaron en el extranjero, lo cual empeoró el balance de la balanza de pagos del país. El país empezó a incurrir en déficits comerciales en 1970; en 1976, por primera vez desde 1945, importó más bienes y servicios de los que exportó.[23]Entre tanto, las empresas norteamericanas, frustradas por su incapacidad de resquebrajar los regímenes proteccionistas de otros países, empezaron a cavar túneles bajo las barreras arancelarias extranjeras construyendo más instalaciones de producción en territorio ajeno. En la década de 1970, estas empresas tenían cada vez más el aspecto de entidades multinacionales, en lugar de nacionales, con oportunidades y apuestas de inversión modeladas tanto por los mercados internacionales como por el nacional. Su lealtad a la nación y al pueblo estadounidenses empezó a menguar.[24]A medida que estas corporaciones fueron prosperando, el país en el que tenían su sede empezó a sufrir. Ya en 1971, un panel de expertos eminentes designado por Nixon informó de que «la superioridad económica del país se había desvanecido».[25]

La reducción de la ventaja competitiva de Estados Unidos también se hizo evidente con un segundo cambio en las relaciones económicas internacionales acaecido en las décadas de 1960 y 1970: el creciente poder económico y político de los países productores de materias primas. Los productores de petróleo fueron el caso paradigmático. La energía barata había respaldado la robustez económica del orden del New Deal desde buen principio. El flujo de petróleo barato también había alimentado la recuperación económica de Occidente y de Japón tras la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. La producción de crudo en el «mundo libre» prácticamente se quintuplicó entre 1948 y 1972, de menos de nueve a más de 42 millones de barriles diarios. Ninguno de los principales países capitalistas del mundo en el hemisferio norte podía autoabastecer sus necesidades de petróleo con pozos propios. Estados Unidos, el mayor productor petrolífero mundial durante toda esta época, generaba en la década de 1970 solo el 65 por ciento de los 17,4 millones de barriles diarios que consumía. La brecha entre la producción y el consumo doméstico

tenía que llenarse mediante la importación de petróleo exterior.[26]Europa y Japón prácticamente dependían por completo del petróleo importado. Arabia Saudí, Kuwait, Irán, Irak y Venezuela subsanaban el déficit de petróleo de los bastiones industriales del mundo, produciendo mucho más de lo que podían consumir. Libia, Argelia, Catar, Nigeria, México y Noruega, por su parte, habían intensificado sus perforaciones y la exportación del petróleo extraído a las principales naciones industriales del mundo.

Empresas occidentales como Aramco, con participación británica y estadounidense, llevaban décadas extrayendo y refinando petróleo en Arabia Saudí, que poseía las mayores reservas conocidas del mundo, y luego lo distribuían desde allí. Durante un largo tiempo, estas empresas privadas, en consulta con sus Gobiernos nacionales, el británico y el estadounidense, decidían cuánto petróleo extraer, refinar y enviar, y qué precio cobrar por él. Pero, de manera gradual, los Gobiernos de los países productores de petróleo fueron cobrando conciencia del inmenso poder económico que el control de estas reservas petrolíferas podía darles y decidieron hacerse con él.[27]Su decisión en 1960 de crear la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) dejó claro este deseo de cambio.

El desencadenante para el despliegue real del poder de la OPEP fue la guerra de Yom Kipur de 1973, la cuarta entre árabes e israelíes en un cuarto de siglo. En este caso, los ejércitos árabes habían sorprendido con la guardia baja a Israel lanzando un ataque coordinado en el día más sagrado del calendario judío, el Yom Kipur, cuando la mayoría de los israelíes judíos estaban en la sinagoga o en sus hogares con sus familias. Israel fue lento en la movilización de su ejército y, además, tuvo que luchar en entornos poco favorables, lo cual provocó graves pérdidas entre sus filas. Cuando la Unión Soviética empezó a reabastecer a los ejércitos árabes, Israel suplicó a Estados Unidos que proporcionara tanques y aviones a su ejército. En respuesta a la ayuda proporcionada por los norteamericanos, Arabia Saudí cortó los envíos de petróleo a los americanos.

De repente, y por primera vez en toda la era del petróleo del

país, los estadounidenses no podían abastecerse de la gasolina necesaria. Se formaron largas colas en las gasolineras. En diciembre de 1973, el precio del crudo prácticamente se había quintuplicado, con el consiguiente derrumbe de los mercados financieros. El índice industrial Dow Jones perdió más del 40 por ciento de su valor en el plazo de un año.[28]A principios de 1974, Estados Unidos llegó a un acuerdo con Arabia Saudí y otros países grandes productores de petróleo para retomar el envío fluido de crudo al hemisferio norte industrializado. Pero dicho flujo pasó a regirse por términos comerciales radicalmente distintos. La OPEP dictaminaba el volumen de las exportaciones de crudo y los precios aplicables a las empresas y a los consumidores. De la noche a la mañana, los países exportadores de petróleo acumularon una inmensa riqueza y un poder extraordinarios. En palabras del historiador Steven Schneider, «se aseguraron la mayor transferencia no violenta de riqueza de la historia de la humanidad».[29]

La economía y el modo de vida estadounidenses de posguerra se construyeron sobre la creencia de que el petróleo sería barato de por vida. Esta creencia había convertido Estados Unidos en la tierra de los automóviles grandes, pesados, potentes y con un consumo intensivo de gasolina. Había apuntalado un vasto proyecto de posguerra de construcción de carreteras y de barrios residenciales a las afueras de las ciudades cuyo objetivo era que cada estadounidense pudiera ser dueño de una casa propia con un garaje lo bastante grande para dos (y en ocasiones, tres) coches familiares. Y si dichos hogares estaban enclavados en entornos rurales bucólicos, a larga distancia de los centros urbanos donde se concentraba el trabajo, mucho mejor. Los sostenes de la familia estadounidenses (a menudo, los hombres) que iban y regresaban de la ciudad cada día podían convencerse de que poseer su parcela de terreno verde en una zona residencial les permitía recrear el sueño de Jefferson. Se concebían como nuevos pequeños propietarios, acomodados e independientes, los pilares de la república. El incremento estratosférico de los precios del petróleo perturbó radicalmente este mundo. Otros países productores de materias

primas no pudieron replicar el éxito repentino de la OPEP, pues no existía ninguna materia prima tan esencial como el petróleo para los estilos de vida y las economías de Estados Unidos, Europa y Japón. Aun así, en las décadas de 1970 y 1980, los países que controlaban materias primas preciadas por el hemisferio norte también aumentaron sobremanera el precio de estos materiales.

Los efectos de la crisis del petróleo de la década de 1970 fueron contundentes. El producto nacional bruto real cayó un 25 por ciento en 1974 y cerca de un 3 por ciento en 1975. Este último año, la tasa de desempleo se disparó por encima del 9 por ciento. El incremento simultáneo de la inflación más allá del 10 por ciento desconcertó a los legisladores keynesianos. Richard Nixon y su sucesor, Gerald Ford, que habían alcanzado la mayoría de edad políticamente bajo el amparo del orden del New Deal, desplegaron fielmente los diversos instrumentos keynesianos a su alcance.[30]Bajaron los tipos de interés para facilitar la solicitud de préstamos y recortaron los impuestos para dar más poder adquisitivo a los consumidores. En los años 1976 y 1977 se recuperó una cierta estabilidad. Luego se produjo un segundo impacto del petróleo, desencadenado por la revolución que entre 1978 y 1979 depuso al sah de Irán, buen amigo de Occidente, y colocó en el poder el primer régimen islámico radical de Oriente Medio. Dicho régimen tomó el testigo a Arabia Saudí y, tal como este país había hecho en 1973, cortó el envío de petróleo iraní a Estados Unidos, con la consiguiente subida drástica de los precios del crudo, esta vez de un 50 por ciento.[31]

Con el descenso de la demanda tras 1973, grandes sectores industriales estadounidenses se hundieron. Hacia 1980, el sector del acero estadounidense, que operaba solo al 50 por ciento de su capacidad, había despedido a 20.000 obreros del acero; la mayoría nunca recuperarían sus empleos.[32]La producción automovilística doméstica se desplomó de 9,3 millones en 1978 a 6,5 millones en 1980, el peor nivel de ventas desde 1930. Las empresas automovilísticas cerraron 40 plantas de ensamblaje y 1.500 concesionarios y despidieron a más de 700.000 trabajadores del automóvil.[33]El Gobierno federal salvó a Chrysler Corporation, la

tercera empresa de fabricación de automóviles más grande del país, con un paquete de rescate los años 1979 y 1980 de 1.500 millones de dólares. Parte de la crisis del sector automovilístico se debió a que los estadounidenses decidieron retrasar la adquisición de coches nuevos hasta que los precios del crudo se estabilizaran. Pero otra parte se debía a algo mucho más inquietante: muchos consumidores habían decidido cambiar los vehículos americanos, que consumían mucho combustible, por vehículos japoneses, con un consumo mucho menor. En 1980, Japón y otros fabricantes automovilísticos extranjeros habían copado más del 25 por ciento del mercado estadounidense. De hecho, en ese año, Japón vendió más coches en Estados Unidos que en su economía doméstica. La proporción de producción automovilística global estadounidense había menguado del 80 por ciento en 1950 a menos del 30 por ciento.[34]La era del predominio global estadounidense irrefutable en este sector, uno de los más importantes, había concluido.

En lugar de invertir en nuevas instalaciones en el país, los fabricantes estadounidenses siguieron el ejemplo de la industria automovilística y construyeron nuevas fábricas en el extranjero, ya fuera para esquivar las elevadas barreras arancelarias de Europa o para aprovechar la mano de obra barata de las economías en desarrollo de México y el este de Asia. Durante la recesión de mediados de la década de 1970, el flujo de inversión extranjera, en gran parte norteamericana, en Corea del Sur, Taiwán, México y Brasil permitió a esos países incrementar su producción industrial en un 8 por ciento.[35]Estos patrones seguirían intensificándose durante los quince años siguientes.

Entre tanto, el sufrimiento económico se extendía por todo Estados Unidos. Los fabricantes estadounidenses cerraron centenares, incluso miles de fábricas. La consiguiente eliminación de millones de empleos bien pagados en empresas empezó a arrancar el corazón a la industria manufacturera de Estados Unidos, sobre todo en el cuadrante nordeste del país, donde se concentraba gran parte de esa actividad. La zona se extendía desde Boston y Filadelfia en el este pasando por Cleveland y Pittsburgh hasta los distritos del automóvil al sur de Míchigan y los centros

multiindustriales de Chicago, Gary (Indiana), St. Louis y Cincinnati en el Medio Oeste. Menos empleos comportaban menos contribuyentes en municipios que antaño habían sido prósperos y que ahora sufrían por cumplir sus compromisos de pago de nóminas, infraestructuras y bienestar. Incapaz de pagar las facturas o de recaudar dinero en mercados crediticios, la ciudad de Nueva York se aproximó peligrosamente a la bancarrota en 1975. El Gobierno federal, entonces encabezado por el presidente republicano Gerald Ford, en un principio se negó a rescatar a la ciudad. El titular más contundente que jamás ha decorado la portada de un tabloide neoyorquino rezaba: «Ford a Nueva York: "Ahí os caigáis muertos"».[36]

A setecientos veinticinco kilómetros de distancia, en el distante rincón noroccidental del estado de Nueva York, el hasta entonces vital centro del acero de Buffalo experimentaba una sangría de puestos de trabajo y personas a una velocidad alarmante. Veinte años después, muchas de sus fábricas habían desaparecido y su población había quedado reducida a la mitad. Los expertos acuñaron una nueva palabra, «desindustrialización», para aludir a esta evolución en Buffalo y otros lugares. Muchos habitantes de estas zonas empezaron a pensar en plegar velas y mudarse al sur o al oeste, donde la economía parecía más robusta. Pero los ciudadanos más pobres de estos distritos urbanos, por lo general, no tenían movilidad. Con una recaudación tributaria y un valor de los terrenos cayendo en picado, los Gobiernos municipales cada vez disponían de menos recursos con los que hacer frente a las urgentes necesidades de bienestar social. Esos recursos municipales urbanos también comportaban menos policía y, por consiguiente, más peligro para los ciudadanos observantes de la ley. La vida en los centros urbanos de Estados Unidos se volvió significativamente menos segura en las décadas de 1970 y 1980.[37]

En las ciudades del corazón industrial de Estados Unidos, la crisis con frecuencia enfrentó a la población blanca de la clase obrera y la clase media baja, mucha de ella de origen europeo, con los negros de clase trabajadora. Los descendientes de inmigrantes blancos que habían conseguido hacerse con un pequeño pedazo del

sueño americano empezaron a tener la premonición de que su futuro estaba en peligro. Los negros, en su inmensa mayoría, nunca habían catado ese sueño y sabían perfectamente que las consecuencias más duras de la desindustrialización recaerían sobre ellos. El conflicto entre las minorías blancas descendientes de inmigrantes y los negros desembocaría en feroces luchas territoriales por la vivienda, el empleo y los autobuses escolares. La permanente violencia subliminal en ocasiones se abría camino a la superficie. Una larga noche de crisis urbana descendió sobre las otrora ciudades prósperas del nordeste y el Medio Oeste de Estados Unidos.[38]

Mientras los negros y los descendientes de inmigrantes blancos libraban sus batallas en la política urbana y, en ocasiones, en las calles de las ciudades, los economistas bregaban por entender la naturaleza de aquella crisis económica. Las políticas keynesianas anticíclicas no estaban funcionando. La inflación y el desempleo crecían en paralelo. Los analistas y algunos economistas empezaron a hablar del «índice de la miseria», un número resultante de sumar la tasa de inflación y la tasa de desempleo. A finales de la década de 1970, esta cifra se hallaba en la decena alta; en 1980, con una inflación del 13 por ciento (y luego más elevada) y un desempleo del 7 por ciento, rompió la barrera del 20 por ciento.[39]Este índice carecía de un significado económico real, pero la mera circulación de una estadística que supuestamente afirmaba que más de una quinta parte de la economía no estaba funcionando inclinó a los observadores a pensar que los duros tiempos de la década de 1930 habían regresado. Esta coyuntura económica cambiante, que sobrevino justo después de las divisiones raciales y del Vietnam, hizo pedazos el orden del New Deal.

UNA PRESIDENCIA DE TRANSICIÓN

Intentando manejar aquella crisis estaba un presidente con buenas intenciones pero sin experiencia y, en última instancia, inepto:

Jimmy Carter. Los estadounidenses tenían un largo pasado de historias de amor con los candidatos presidenciales advenedizos, supuestamente no corrompidos por el negocio de la política y sus tentaciones y llegados a Washington para salvar la república. En la década de 1970, tras el escándalo del Watergate que obligó a Richard Nixon a dimitir de su cargo en 1974 por su participación en el encubrimiento de un allanamiento de las oficinas del Comité Nacional Demócrata por parte de miembros de su propia comisión de reelección, Estados Unidos necesitaba como agua de mayo un candidato de esta índole. Demócratas y republicanos por igual quedaron consternados por el abuso de poder de Nixon, un abuso que, tras las protestas y profundas divisiones de la década de 1960, espoleó a la población a apostar por un hombre honesto y con ética capaz de restaurar la dignidad del cargo de la presidencia y la integridad del sistema político estadounidense. Y creyeron haberlo encontrado en Jimmy Carter, un pequeño empresario de éxito oriundo de Plains, Georgia, ingeniero formado por la Academia Naval de Estados Unidos y un hombre hondamente religioso que se esforzaba por llevar una vida regida por la moral. Aún era un novato en la política, tras haber servido solo un mandato como gobernador de Georgia. Pero la distancia que cultivaba con la política estadounidense general era precisamente lo que lo hacía tan atractivo.[40]

Carter se anotó algunos éxitos como presidente. Su evidente integridad y sólida ética contribuyeron a restaurar la dignidad del despacho presidencial que ahora ocupaba. Y su formación como ingeniero lo presentaba como alguien capaz de resolver problemas, tal como demostró en doce extraordinarios días en Camp David en 1978, cuando indujo a los israelíes y los egipcios a llegar a un acuerdo de paz. Su insistencia en hacer cumplir los Acuerdos de Helsinki de 1975, en concreto la afirmación de que todos los pueblos que vivían tras el telón de acero poseían derechos humanos inalienables, lo consagró como un visionario, alguien que creía que la pesadilla del dominio comunista acabaría algún día.[41]Pero, en asuntos económicos, Carter iba a la deriva. Para ser justos, no está claro que nadie que hubiera llegado a la presidencia

en 1977 hubiera sabido orientarse.

Con todo, Carter sí aceleró la búsqueda de ideas y estrategias que superaran la ortodoxia keynesiana y los principios reguladores del orden del New Deal. Carter no sentía un afecto especial por Franklin Roosevelt. Y tampoco compartía la pasión de Lyndon Johnson por completar el New Deal. Al contemplar el Gobierno federal que presidía, vio una institución que se había vuelto demasiado grande y opaca y que, además, no rendía cuentas con el pueblo estadounidense. Tal vez la regulación gubernamental había sido necesaria durante la Gran Depresión, concedía Carter, pero ahora a Estados Unidos le sobraba, puesto que estaba dañando tanto a sus empresas como a sus consumidores. Durante su campaña a la presidencia de 1976, Carter retomó el tema del Gobierno inflado y antidemocrático una y otra vez. Si salía elegido, presumía, reduciría el número de organismos federales de 1.900 a 200.[42]Una contracción a esa escala era una quimera. Aun así, los pasos que Carter dio para «desregular» la economía tal vez puedan considerarse el logro doméstico más destacado de su presidencia.

A diferencia de Reagan, Carter no pasaba el tiempo libre leyendo a Friedrich Hayek. Y a diferencia del economista Alan Greenspan, que inició una larga carrera pública como presidente del Consejo de Asesores Económicos de Gerald Ford, tampoco creció embelesado por las novelas de Ayn Rand. Sin embargo, sí tenía una musa propia que llenaba sus oídos con pensamientos acerca de la necesidad de replantear la relación entre el Gobierno y la economía. Y esa musa tendía a la izquierda. Su nombre era Ralph Nader. Nader y Carter se habían conocido en los años sesenta, cuando Nader obtuvo visibilidad nacional al arremeter contra los fabricantes automovilísticos por su indiferencia con la seguridad de los vehículos que vendían. Carter había estado intentando, sin éxito, implementar políticas parecidas a las de Nader para proteger a los consumidores en el estado de Georgia. Ambos permanecieron en contacto y, para cuando Carter salió elegido, ya habían forjado una buena amistad. Nader asesoró a Carter en diversos momentos durante su presidencia. Los discípulos de Nader, conocidos como los Nader’s Raiders, poblaron la

Administración Carter durante un tiempo, empezando por James Fallows, a quien el presidente contrató para que le escribiera los discursos. Antes de que la presidencia de Carter tocara a su fin, más de sesenta activistas en defensa de los consumidores, muchos de los cuales vinculados con Nader o sus organizaciones, habían trabajado para la Administración Carter.[43]

Pese a no pertenecer formalmente a la nueva izquierda, Nader compartía su espíritu. Era profundamente anticorporativo. Como muchas personas de la nueva izquierda, había acabado concibiendo el Gobierno no como una herramienta para restaurar la democracia, sino como un instrumento rendido al dominio de las corporaciones y a la deriva burocrática. Tanto las empresas como los reguladores gubernamentales, según el parecer de Nader, formaban parte de un «sistema» que no proporcionaba los cuidados oportunos a la población. Era necesario sacar a relucir los defectos de dicho «sistema» y subsanarlos. Solo tras una exposición y reforma de estas características, «el pueblo» recuperaría su posición soberana. Los consumidores eran la pieza central de la idea de la democracia popular de Nader; era a ellos, y no a los trabajadores, a quienes quería empoderar.

Ni Nader ni Carter sentían una adoración por el sector privado comparable a la de neoliberales como Milton Friedman o Alan Greenspan. Sin embargo, su determinación de fortalecer a los consumidores comportó que ellos también empezaran a priorizar la mejora de los mercados. Esto implicaba, por una parte, atacar los oligopolios corporativos y, por la otra, una regulación gubernamental decisiva y contraproducente. Su objetivo compartido era dotar de soberanía a los consumidores en el mercado. En el pensamiento de Nader, y en sus políticas, es posible detectar el origen del neoliberalismo en la izquierda.[44]Encontraremos otros puntos como este en el capítulo siguiente.

Las dimensiones antigubernamentales del incipiente neoliberalismo de Carter dominaron su retórica presidencial. «El papel y la función del Gobierno tienen un límite —declaró en su discurso del estado de la Unión de 1978—. El Gobierno no puede

resolver nuestros problemas, no puede fijar nuestros objetivos, no puede definir nuestra visión. El Gobierno no puede eliminar la pobreza ni proporcionar una economía de la abundancia, no puede reducir la inflación, salvar nuestras ciudades, remediar el analfabetismo ni proporcionar energía. Y el Gobierno no puede imponer la bondad.»[45]Estas declaraciones constituían un rechazo extraordinario del credo pro Gobierno que palpitaba en el corazón del orden del New Deal. Carter estaba expresando inquietudes neoliberales. En términos concretos, estas se manifestaron en la legislación desreguladora de los sectores del transporte aéreo, el transporte por carretera y el sector ferroviario que Carter impulsó en el Congreso. Dichas leyes eliminaron restricciones que habían obstaculizado el acceso de nuevos proveedores a estos sectores, intensificando con ello la competencia y estimulando la innovación. Donde más rápidamente se apreciaron los cambios fue en la industria aeronáutica, después de que el Congreso desviara la responsabilidad regulatoria de la torpe Junta de Aeronáutica Civil (CAB, por sus siglas en inglés) a una Administración Federal de la Aviación mucho más abierta que su antecesora en la concesión de licencias a nuevas operadoras, la reducción de costes y la ampliación de los servicios.

Una de las primeras líneas aéreas arribistas que aparecieron bajo este nuevo régimen fue People's Express, con sede en el entonces infrautilizado aeropuerto de Nueva Jersey (Newark), que enseguida se hizo famosa por sus vuelos a 19 dólares con destino a otras ciudades del nordeste y por sus vuelos a 149 dólares a Londres. Southwest Airlines apareció poco después en la región del país diametralmente opuesta, el nordeste. Muchas de las nuevas aerolíneas no sobrevivieron, por supuesto, o fueron engullidas por otras más grandes. Varias operadoras establecidas, como la Pan Am y Eastern Air Lines, por su parte, cayeron, expulsadas del negocio por la nueva competencia. Pero, a lo largo de todo el cuarto de siglo que siguió, el esfuerzo desregulador de la década de 1970 colocó muchos más aviones en el aire y puso muchos más asientos a disposición del público a un menor coste. Por primera vez, el estadounidense medio podía costearse viajar en avión. Cambios de

una relevancia similar reestructuraron la industria del transporte por carretera. La Administración Carter también apoyó la iniciativa, puesta en marcha por Gerald Ford, de desmantelar la empresa de telefonía y telegrafía estatal, American Telephone and Telegraph (AT&T), que tenía el monopolio del servicio telefónico. En 1982, un decreto de acuerdo extrajudicial entre AT&T y el Departamento de Justicia desmembró la mamotrética empresa en entidades más pequeñas y permitió el acceso de nuevos proveedores al sector. El fin del monopolio de la AT&T autorizado por el Gobierno fue el primer paso de una serie de reformas que revolucionarían el sistema de telecomunicaciones del país durante las dos décadas posteriores.[46]

Carter no logró convertir la desregulación en un mensaje central de su presidencia, como Reagan haría poco tiempo después. No articuló la sensación de que Estados Unidos se hallaba en la antesala de un cambio histórico en su política económica, un cambio que restauraría la grandeza del país, según insistía Reagan. Al contrario, mientras Carter avanzaba en la desregulación, también intentó aplacar a los demócratas de la vieja escuela que querían resolver la crisis de la década de 1970 con una respuesta regulatoria a gran escala, una respuesta que reviviera el espíritu del New Deal. Estos demócratas de la vieja escuela eran keynesianos y, en su opinión, el orden del New Deal podía revitalizarse. Intentaron con ahínco aprobar una reforma de las leyes laborales destinada a reanimar el movimiento obrero y el compromiso entre el capital y la mano de obra sobre el que se había cimentado durante tanto tiempo el New Deal. Esperaban que la aprobación de la Ley de Crecimiento Equilibrado y Pleno Empleo Humphrey-Hawkins de 1978 impulsara al Gobierno a utilizar recursos fiscales y monetarios para alentar la creación de empleo en el sector privado y lanzar programas de empleo en el sector público. En 1979 y 1980, los incondicionales del orden del New Deal en el seno del Partido Demócrata también arrastraron a Carter a intensos debates acerca de crear juntas tripartitas con representantes de trabajadores, corporativos y de la ciudadanía al estilo de las que habían florecido en las décadas de 1930 y 1940.

Dichas juntas, se pensaba, instarían al Gobierno a no limitarse a desplegar sus poderes fiscales y monetarios y a contemplar intervenciones directas en los asuntos de sectores concretos debilitados. Quizá asentaran los cimientos para una política industrial que se remontara a los tiempos felices del orden del New Deal.[47]

Carter oscilaba entre sus desreguladores por una parte y sus grupos de interés de corte keynesiano y defensores de políticas industriales por la otra. Un mes se acercaba a los partidarios del movimiento obrero y la planificación industrial. Y al siguiente designaba presidente de la Reserva Federal a Paul Volcker, un economista financiero que se había convertido en un monetarista de línea dura.[48]Carter pretendía crear un terreno común entre los grupos de interés que proponían crear empleo y los que defendían dejar actuar a la inflación. Y no lo encontró. Esta búsqueda infructuosa hizo que pareciera indeciso e incapaz de trazar una ruta clara, zarandeado en su posición. Sería repudiado por el pueblo estadounidense en 1980. Pero, en retrospectiva, se aprecia que empezó a preparar al país para superar el orden del New Deal creando un entorno político que propiciara la elaboración de nuevas ideas, nuevos vectores de movilización política y nuevas redes de legisladores.[49]

La Unión Soviética no fue capaz de capitalizar los problemas económicos que asediaron a Estados Unidos en la década de 1970, a diferencia de lo que había hecho en la de 1930. En los años cincuenta, Jruschov se mostró dispuesto a debatir con un dirigente del «mundo libre» acerca de las fortalezas económicas comparativas de ambos sistemas. Por entonces, la economía soviética se expandía a una velocidad parecida y, en ocasiones, superior a la de las economías avanzadas de Occidente y Japón. Dicho crecimiento rápido se detuvo en algún momento de la década de 1960 y, en los años setenta, el sistema soviético, así como el resto de las economías planificadas del bloque soviético empezaron a quedar rezagados con respecto a las economías de Occidente y Japón. Ningún líder soviético en los años setenta se mostró dispuesto a tener un debate al estilo del mantenido por

Jruschov en la década de 1950, ni siquiera con las economías de Occidente debilitadas y la bonanza inesperada para la Unión Soviética, productora de petróleo y gas, derivada de la subida de precios del crudo. Ningún país comunista disfrutaba de un crecimiento económico que pudiera rivalizar con los milagros económicos de la Alemania Occidental o Japón, a los que no tardaron en sumarse Taiwán, Corea del Sur y Singapur. Unos pocos países comunistas, como Yugoslavia y China, se habían alejado de la órbita soviética y se adentraban en una experimentación económica prometedora. Pero, en la década de 1970, era demasiado pronto para saber adónde conducirían dichos experimentos.[50]

El estancamiento que había alcanzado gran parte del mundo comunista reforzó las convicciones de aquellos en Estados Unidos que querían liberar a su propio país de la «economía planificada» del orden del New Deal. El declive económico en Estados Unidos, creían, estaba sucediendo por el mismo motivo que en el mundo soviético: porque el Gobierno estaba estrangulando la empresa libre. El orden del New Deal, a su modo de ver, había asfixiado los mercados libres, la innovación tecnológica y empresarial y el crecimiento económico.[51]Había llegado el momento del neoliberalismo.

Parte II
El orden neoliberal, 1970-2020

3

Inicios

La mayoría de los estudios que repasan la historia del neoliberalismo sitúan su génesis en Europa, en los años de entreguerras, sobre todo en Viena, la capital cosmopolita del otrora gran Imperio austrohúngaro que cayó de rodillas primero con su derrota en la Primera Guerra Mundial y luego como consecuencia de los movimientos revolucionarios de la izquierda y la derecha que arrasaron sus calles. Los fundadores clave del neoliberalismo, en especial los economistas Friedrich Hayek y Ludwig von Mises, quedaron afligidos por los movimientos revolucionarios de la izquierda y por el colectivismo que la «Viena Roja», la encarnación de la izquierda en Austria, pretendía imponer en la vida política y económica del país. Convencidos de que el liberalismo clásico, lo que ellos llamaban la política del *laissez-faire* o política de no intervención, había fracasado en sus intentos de reorganizar la vida en Europa tras la Primera Guerra Mundial, aspiraban a diseñar un nuevo liberalismo, reformado y endurecido, que apuntara hacia un futuro mejor. Y empezaron a referirse a él como «neoliberalismo», un término que otros adoptaron en dos asambleas litúrgicas consideradas los momentos fundacionales de dicho movimiento: el Coloquio Lippmann celebrado en París en 1938 y la primera reunión de la Sociedad Mont Pelerin en Suiza en 1947. Los repasos históricos del neoliberalismo por tradición pasan de Europa a Estados Unidos a partir de la década de 1940, siguiendo al movimiento por su travesía del Atlántico y su acogida en diversas universidades estadounidenses, sobre todo en el Departamento de

Economía de la Universidad de Chicago, desde donde extendió sus ramas a la política y la legislación públicas.

Hayek, von Mises y otros neoliberales pioneros querían ser vistos como creadores de un «colectivo de pensamiento» disciplinado con la capacidad de poner en circulación una ideología liberal, fresca y coherente en el mundo.[1]Su mito de un nuevo credo potente y monolítico ha dado forma a una gran parte de la historia del neoliberalismo. Sin embargo, el verdadero origen es algo más difuso. El neoliberalismo tuvo que lidiar desde muy al principio con un hecho inconveniente, a saber: no ser el primer «nuevo liberalismo» que aparecía en escena en la historia, sino el segundo. El primer liberalismo nuevo fue el liberalismo del New Deal de Franklin D. Roosevelt y declaraba (tal como el neoliberalismo quería reclamar para sí) que ofrecía una nueva tercera vía entre el liberalismo no intervencionista de la derecha y el colectivismo de izquierdas. El neoliberalismo acabaría por definirse en oposición a este primer nuevo liberalismo, proclamando esta tercera vía como cierta y la del New Deal como una falsedad. Pero a los sedicentes neoliberales les costó más en la práctica que en la teoría desenmarañar su ideología de la de los otros liberalismos que se arremolinaban a su alrededor.

Este desenredo resultaba un ejercicio especialmente difícil en Estados Unidos, donde, tal como observó en una ocasión Michel Foucault, el liberalismo siempre lo ha permeado todo y no ha estado nunca circunscrito a un único partido o escuela. El liberalismo en Estados Unidos, recalcaba Foucault en las lecciones que impartió en la Sorbona en 1978 y 1979, tenía «muchas facetas, era ambiguo», con raíces e influencias tanto en la derecha como en la izquierda.[2]Este capítulo se inspira en esa perspicacia de Foucault.[3]Defiende que la carrera del neoliberalismo en Estados Unidos estuvo tan marcada por la heterodoxia como por la ortodoxia, por su capacidad de hacer que individuos tan dispares como *hippies* tecnológicos y Ronald Reagan, tan disímiles como Barry Goldwater y estudiantes universitarios melenudos que querían derribar «el sistema», pensaran que tenían las claves para desbloquear un futuro de una libertad personal ilimitada.

La ausencia de un mensaje singular no hace que el auge del neoliberalismo en las décadas centrales del siglo XX deje de ser un fenómeno. Al contrario, el carácter proteico del neoliberalismo, tal como sugiere este capítulo, reforzó su atractivo y permitió a sus partidarios avanzar en direcciones tanto nuevas como antiguas, tanto hacia la derecha como hacia la izquierda. Planteó nuevas maneras de resolver problemas económicos y sociales al tiempo que resucitaba el espíritu emancipador que tanta centralidad había tenido para la popularidad del liberalismo clásico entre finales del siglo XVIII y principios del XIX.

A lo largo de este análisis me he guiado por el argumento del geógrafo histórico Jamie Peck relativo a la naturaleza incompleta e impugnada a perpetuidad del neoliberalismo. «Encontrar el neoliberalismo —ha escrito Peck— no consiste en ubicar un centro esencial a partir del cual fluye todo lo demás, sino en seguir esos flujos, los reflujos y las corrientes subterráneas que atraviesan y distancian momentos ideacionales, ideológicos e institucionales a lo largo del tiempo y entre lugares.»[4]La afirmación de Peck acerca del neoliberalismo puede extrapolarse a la ideología anterior, el liberalismo, a partir de la cual emergió el neoliberalismo. El liberalismo en sí se entiende mejor como una serie de momentos ideacionales e institucionales que varían de forma y significado a lo largo de sus 250 años de historia.[5]

El neoliberalismo es parte de esa historia más larga. Para entenderlo bien, debemos comprender algo acerca del propio arco del liberalismo: el movimiento del liberalismo clásico de los siglos XVIII y XIX al liberalismo del New Deal en el siglo XX y, a continuación, del liberalismo del New Deal al neoliberalismo. Y eso comporta que tenemos que situar el origen de nuestra historia acerca de la emergencia del neoliberalismo no en la Europa de entreguerras, sino ciento cincuenta años antes, en la Norteamérica británica, cuando una guerra anticolonial por la independencia transformó por primera vez una ideología política marginal, el liberalismo, en una fuerza de una importancia histórica mundial.

«Todos los hombres son creados iguales; [...] son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; [a] la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», pregonaban los revolucionarios estadounidenses cuando se dieron cita en Filadelfia el 4 de julio de 1776 para firmar el documento que proclamaba la independencia de trece colonias norteamericanas de Gran Bretaña. A continuación, los revolucionarios detallaban sus quejas al rey Jorge III de Inglaterra: por haber pisoteado sus derechos, por haberlos privado de libertad y haber colocado al Imperio británico en su conjunto en la senda de la tiranía. Esta opresión se había vuelto intolerable y justificaba el acto drástico de la separación que los colonos estadounidenses estaban realizando. La palabra «libertad» era fundamental en el discurso revolucionario, se invocaba de manera repetida y con urgencia en un amplio abanico de contextos. Pero ¿qué significaba?[6]

Políticamente, la libertad significaba una determinación de imponer límites al Gobierno y, por ende, de maximizar la libertad individual. En los veinte años posteriores a 1776 se convirtió en un elemento fundamental del pensamiento político estadounidense e integral del sistema de gobierno instaurado por la Constitución de los Estados Unidos, ratificada en 1789. Dicho sistema fragmentaba la autoridad del Gobierno central en tres ramas —el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial— en aras de evitar que una de ellas acumulara el poder suficiente para reproducir la tiranía de Jorge III. Las diez primeras enmiendas a la Constitución, adoptadas en 1791, reforzaban aún más el carácter liberal de la gobernanza estadounidense elaborando una serie de derechos individuales —a la libertad de expresión, de reunión y de religión; a realizar peticiones al Gobierno sin temor a represalias; a un juicio rápido y justo por acusaciones de delitos— que no podían derogarse, salvo en circunstancias extremas. Los derechos enumerados en aquellas diez enmiendas pasaron a conocerse como la Carta de Derechos y podría decirse que constituyen el mayor documento liberal producido en toda la historia de Estados Unidos.

La Carta identificaba un ámbito nuclear de la libertad humana, afirmaba su inviolabilidad y lo protegía del ejercicio de un poder gubernamental arbitrario. Este énfasis en la libertad humana y su protección asentó los cimientos del liberalismo clásico... y de la república de los Estados Unidos.[7]

La Carta de Derechos hablaba de la dimensión política del liberalismo clásico. Una dimensión económica del liberalismo se inspiraba en el pensamiento de Adam Smith, el economista político y filósofo escocés que había publicado su obra magna, *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, el mismo año que los estadounidenses habían declarado su independencia de Gran Bretaña. En *La riqueza de las naciones*, Smith subrayaba el imperativo de crear una economía en la que las personas fueran libres de perseguir sus intereses y beneficios económicos. Smith consideraba que los individuos bendecidos con esta libertad trabajarían con denuedo e inyectarían a la economía energía comercial y creativa. La mano invisible del mercado coordinaría la infinidad de empresas individuales y canalizaría la energía económica generada, asegurándose con ello de que la búsqueda del bienestar de cada persona contribuyera al bien común. Los productores serían imaginativos e innovadores y aplicarían el principio que Smith etiquetó con la expresión «división del trabajo» para disgregar los procesos productivos en sus partes más simples, cada una de ellas realizada por un grupo de trabajadores con una única tarea. Tal especialización provocaría eficiencia y aumentaría la productividad al tiempo que reduciría el precio de cada unidad fabricada, con la consiguiente mejora de las oportunidades para el intercambio mercantil. Tales especialización y diferenciación del trabajo también tendrían lugar a un macronivel entre los distintos sectores de la economía y los distintos países, aumentando con ello el comercio doméstico e internacional, todo lo cual resultaría en «la riqueza de las naciones». Los defensores de esta dimensión del liberalismo, que celebraban como la libertad del mercado, argumentaban que desencadenaría un crecimiento económico extraordinario. El liberalismo económico también llevaba implícita una corriente

emancipadora, puesto que crear un mundo de libre intercambio requería liberar las economías nacionales de los controles estatales que los monarcas y mercantilistas habían impuesto en todas partes y que Smith menospreciaba. En este contexto, el simple llamamiento de Smith a permitir a las personas «trocar, permutar y cambiar una cosa por otra» como estimaran oportuno podía tener, y tuvo, implicaciones revolucionarias.[8]

Una dimensión cultural del liberalismo alentaba a poner el énfasis en la individualidad y en su cultivo. La individualidad comportaba algo más que la persecución de los propios intereses económicos. En lugar de en eso, la atención se enfocaba en la plena consecución del potencial individual. Los liberales que hablaban en este registro llamaban a un compromiso con la inspección racional del mundo y el desembarazo de las creencias ancladas en la superstición y la tradición irreflexiva. Primaban la educación. Recalcaban la mejora moral, el cultivo de la conciencia y de la responsabilidad por el prójimo y, en última instancia, una creencia en el progreso. Este énfasis en la conciencia, en la mejora moral y en el progreso hizo que fraguaran, en las filas liberales, sueños humanistas de emancipación para las minorías religiosas, para las mujeres, para los esclavos y para los trabajadores pobres. Un siglo después daría alas a sueños de pluralidad y cosmopolitismo, de humanidad enriquecida por los encuentros entre personas con distintas fes, tradiciones y nacionalidades.[9]

Si entendemos el liberalismo clásico en estas tres dimensiones —política, económica y cultural—, podemos empezar a asimilar la magnitud de su desafío a los modos de organizar el mundo prevalecientes en el siglo XVIII. El liberalismo prometía nuevas formas de gobierno, nuevas maneras de organizar la economía y nuevas posibilidades para cultivarse a nivel personal. Era profundamente dinámico, emancipador y transformador en sus ambiciones. El destacado periodista y crítico cultural del siglo XX Walter Lippmann, tras estudiar los sueños azuzados por el liberalismo en el siglo XIX, declaró, desde la perspectiva de alguien que escribía en la década de 1930, que el liberalismo había sido un movimiento revolucionario. El liberalismo cambió «las condiciones

en las que vivían las personas», afirmaba Lippmann. «No es casualidad que el siglo posterior» a su aparición, a su juicio, «fuera el siglo de mayor emancipación humana. En esa época, la esclavitud y la servidumbre, el sometimiento de las mujeres, el dominio patriarcal de los niños, los privilegios de casta y clase legalizados, la explotación de los pueblos atrasados, la autocracia en el Gobierno, la privación de derechos de las masas y su analfabetismo obligatorio [...] se proscribieron en la conciencia humana y, en un grado muy sustancial, fueron abolidos en la realidad». Lippmann se sumaba a Smith al defender que aquella manifestación de la libertad humana se debía, sobre todo, al progreso de la libertad económica. Y, a su vez, el avance de la libertad económica propiciado por la capacidad del liberalismo para derribar las barreras a la iniciativa individual, al liberar y dinamizar la división del trabajo planteada por Smith desencadenó tanto el crecimiento económico como una nueva confianza en el ámbito del individualismo humano.[10]

En breve acometeremos los problemas que el encomio de Lippmann del liberalismo clásico dejaba de lado. Pero, en primer lugar, hagamos balance de las tres décadas, desde la de 1840 hasta 1870, en las que la promesa del liberalismo parecía estar en camino de materializarse, tanto en Estados Unidos como en Europa. En Estados Unidos, este momento estuvo caracterizado por la emergencia de un nuevo partido político (el Partido Republicano), surgido de las filas del anterior Partido Whig,[11]que exigía «tierras libres, mano de obra libre y hombres libres», la abolición de la esclavitud y la refundación de la república estadounidense sobre la base de la igualdad racial. En Gran Bretaña, el Partido Liberal también surgió de las filas de los whigs británicos, comprometiéndose con un proyecto mundial de libre comercio y con el derecho a voto de las clases obreras. El camino hacia el liberalismo fue más tortuoso en Francia, donde las esperanzas generadas por las revoluciones se hicieron añicos cuando Napoleón III se autoproclamó emperador en 1852 e inauguró el Segundo Imperio francés. Pero Bonaparte y la autocracia cayeron en 1870 y, poco después, los liberales franceses

lograron insuflar vida a la Tercera República del país, la más duradera. También en esta época ganó terreno la campaña en defensa de la emancipación femenina en Estados Unidos, cuando el filósofo inglés John Stuart Mill publicó su obra clásica, *Sobre la libertad*, y cuando los franceses construyeron la colosal Estatua de la Libertad para Estados Unidos con el fin de rendir tributo a la labor de Lincoln en la emancipación de los esclavos y, por ende, creían ellos, en el fortalecimiento de la libertad y el liberalismo en todas partes.[12]

Del liberalismo clásico al «nuevo liberalismo» del New Deal

Ni siquiera en su apogeo, empero, el liberalismo clásico estuvo libre de problemas. Desde buen comienzo, la constitución liberal de Estados Unidos padecía una contradicción fundamental: permitía la esclavitud, la forma más básica de privación de la libertad. La guerra de Secesión, la emancipación y las enmiendas constitucionales que prohibían el retorno de la esclavitud y la discriminación en función de la raza habían eliminado, aparentemente, esa contradicción y habían propiciado, en la memorable expresión de Lincoln, «un nuevo nacimiento de la libertad» en Estados Unidos. Pero aquella revolución liberal estuvo seguida por una contrarrevolución conservadora en la que los sureños blancos, a través de sus asambleas legislativas estatales, implementaron políticas que subordinaban a los negros a los blancos y traicionaban la promesa liberal implícita en el triunfo del Norte en la guerra de Secesión. La sumisión y la intimidación de negros sureños solía justificarse apelando al orden. Los antiguos esclavos, alegaban los sureños blancos, no sabían manejar su libertad con responsabilidad; más aún, la interpretaban como una licencia para corromper las instituciones políticas, dar rienda suelta a su interés sexual en las mujeres blancas y evadir el trabajo honrado. Allá donde los negros habían ostentado el poder durante los años de la Reconstrucción, alegaban los sureños blancos, había

imperado la anarquía. Los regímenes de orden, incluidas las leyes Jim Crow, eran ahora necesarios para controlar las «turbas» de antiguos esclavos.[13]

La obsesión de finales del siglo XIX con el orden no solo fue una aflicción racial ni del Sur blanco. La Comuna de París de 1871, surgida en medio de la guerra franco-prusiana, vio a obreros erigir barricadas en distintas partes de la ciudad, establecer una república de la clase obrera de corta duración y librar batallas armadas con regimientos del Ejército francés. En las décadas de 1870 y 1880, no costaba imaginar que trabajadores estadounidenses pudieran emular a los comuneros y establecer sus propias repúblicas radicales. Huelgas amargas y, con frecuencia, violentas convulsionaban los centros industriales en el norte del país, con batallas que se extendían desde las fábricas y las terminales ferroviarias hasta las calles de las ciudades, destruyendo propiedades y, en ocasiones, la propia vida. El detonante de dichas confrontaciones solía ser una crisis financiera o una depresión en el ciclo económico que comportaban despidos y recortes salariales. Pero el sustrato era la convicción creciente entre los obreros estadounidenses de que la libertad que les había prometido la Revolución de las Trece Colonias y que había reafirmado la guerra de Secesión solo había producido una libertad ficticia. De ahí que diversas formas de radicalismo, incluido el socialismo, sedujeran a un número creciente de integrantes de las filas de la clase obrera y los impulsaran a recurrir a huelgas y a enfrentamientos armados.[14]

El vuelco hacia la insurgencia y la violencia aterrorizaba a los grupos de la élite y de la clase media tanto en Europa como en Estados Unidos. Muchos liberales habían acabado por temer a la izquierda, supuesta portadora de la anarquía, tanto como a la derecha. Querían diferenciarse de la izquierda trazando sendas de orden y constitucionales para el desarrollo político. Al inclinarse por el orden, algunos liberales también empezaron a sugerir que no todos los pueblos estaban equipados con las herramientas necesarias para cultivar su individualidad y que, por consiguiente, no estaban preparados para la plena participación en proyectos liberales. Los pueblos modernos, defendía el destacado liberal

inglés Herbert Spencer, estaban sumidos en una lucha darwiniana por la libertad en la que solo sobrevivirían los más fuertes. De ahí que no todos los países y razas fueran capaces de construir una forma de gobierno liberal y de manejar la libertad de manera responsable. Por consiguiente, había que excluir a quienes se consideraban incapacitados para tal libertad de los sistemas políticos o denegárseles una plena participación en ellos. Algunos liberales concibieron proyectos de misiones civilizadoras para llevar la ilustración, la racionalidad y la individualidad a las razas y los grupos que se consideraban deficientes en estos aspectos, lo cual produjo, en las postrimerías del siglo XIX, formas liberales de imperialismo que pretendían inculcar a los pueblos «sumidos en la ignorancia» la esperanza de que con el tiempo formarían parte de la elevación liberal. Pero el comportamiento de los británicos en Sudáfrica durante las guerras de los Bóeres y de los estadounidenses en la guerra con Filipinas reveló el puño de hierro que se alzaba dispuesto a imponer un orden imperial liberal a súbditos renuentes.[15]

La creciente tendencia de los liberales a privilegiar el orden por encima de la libertad y a convertirse, en las palabras cáusticas de Walter Lippmann, en «apologistas de miserias e injusticias que resultaban intolerables a la conciencia», es lo que espoleó a muchos disidentes a abandonar por completo el liberalismo y decantarse por ideologías nuevas y más radicales. Lippmann se contaba entre quienes, como la juventud, se zambulló en el pensamiento y en la política socialistas.[16]El fracaso percibido del liberalismo es que convertiría el socialismo, y posteriormente el comunismo, en uno de los credos más destacados del siglo XX.

Ahora bien, igual de importante fue la determinación de muchos liberales de no abandonar el terreno, sino de replantearse y remodelar el contenido de su liberalismo. Este replanteamiento ocurrió de manera simultánea en el Reino Unido y en Estados Unidos. En el Reino Unido, los reformistas L. T. Hobhouse y J. A. Hobson elaboraron lo que denominaron un «nuevo liberalismo» que, en las dos primeras décadas del siglo XX, transformó las políticas del Partido Liberal de Gran Bretaña. En Estados Unidos,

un nuevo liberalismo liberal se cocía tanto en los partidos Demócrata como Republicano, cuyos simpatizantes se autodenominaban cada vez con más frecuencia «progresistas». Entre sus líderes intelectuales figuraban Herbert Croly, autor del manifiesto de 1909, *The Promise of American Life*, que establecía un programa para el nuevo liberalismo en Estados Unidos paralelo a lo que el tratado de Hobhouse, *Liberalism* (1911), había propuesto en el Reino Unido. Croly influyó en Theodore Roosevelt, quien, hacia 1910, había hecho suya la expresión del pensador de «nuevo nacionalismo». Jane Addams, famosa en el centro comunitario de Chicago, fue tan influyente como Croly en las filas de los nuevos liberales. En 1912, ambos, junto con otros liberales reformistas, aunaron fuerzas para fundar el Partido Progresista y convirtieron a Theodore Roosevelt en su tribuno. Este conato de tercer partido tuvo una vida efímera, como todos los que lo precedieron y lo han sucedido en Estados Unidos. Pero antes de que sus llamas se apagaran, influyó en el principal rival de Roosevelt a la presidencia en 1912, el demócrata Woodrow Wilson, quien, en 1914, ya como presidente, se había entregado casi por completo a los principios del Partido Progresista. Fue también el año en el que Croly y sus colegas fundaron *The New Republic*, que no tardaría en convertirse en la revista más influyente de opinión liberal en Estados Unidos.[17]

Tanto Roosevelt como Wilson rechazaban la idea de que el libre mercado, cuya gestión o recanalización de energías quedaba fuera de la capacidad de los humanos, constituía un orden natural. Consideraban que los mercados desregulados habían generado un desequilibrio intolerable de la riqueza y el poder entre la patronal y los trabajadores. Las bajas humanas del sistema capitalista eran excesivas y sus lesiones, incapacitantes. Había llegado el momento de establecer un Estado central fuerte que interviniera en los procesos económicos, de crear un terreno de juego en igualdad de condiciones donde empleados y empresarios pudieran tratarse en términos más o menos de igualdad y de proporcionar un colchón a quienes, fuera por accidente, desempleo o pobreza, habían quedado marginados. La era progresista (1900-1920) se definió por los esfuerzos por frenar el poder corporativo, por garantizar a los

sindicatos derecho a la negociación colectiva, por inaugurar programas de seguridad social y por establecer un estado del bienestar. Herbert Croly había trazado un programa completo en este sentido en *The Promise of American Life*, y Theodore Roosevelt lo había destilado en aquella sucinta y potente frase que se convirtió en la oración definidora de una época, pronunciada en Osawatomie, Kansas, en 1910, el lugar donde, en la década de 1850, el apasionado abolicionista John Brown y sus partidarios habían contenido a un gran grupo de colonos pro esclavitud en una fiera batalla armada: «El hombre que sostiene erróneamente que los derechos humanos son secundarios a sus beneficios —declaró Roosevelt— debe ceder paso al defensor del bienestar humano, que sostiene que cada hombre es dueño de su propiedad en base al bien general de la comunidad que regula su uso en el grado que el bienestar público pueda requerir».[18]

En 1917, Wilson se convirtió en el primer presidente en unir la palabra «liberal» a la visión expresada por Theodore Roosevelt en 1910. Pero muchos «liberales» en Estados Unidos seguían sin sentirse cómodos con este ejercicio apelativo, puesto que el nuevo liberalismo parecía alzarse en marcada contradicción con el liberalismo clásico. De ahí que el término «progresista» continuara compitiendo con «liberal» como palabra más adecuada para enmarcar esta nueva filosofía. Esta competición tocó a su fin en la década de 1930, cuando la Gran Depresión colocó a Franklin Roosevelt en la Casa Blanca.

Roosevelt era heredero tanto de Theodore Roosevelt como de Wilson. Hacía tiempo que había modelado su propia carrera en base a la de su ilustre primo, Teddy; y se había acercado al Partido Demócrata y a Wilson cuando, en la Administración de este último, había ejercido como subsecretario de la Marina en los años de la Primera Guerra Mundial. Franklin Roosevelt convirtió el liberalismo en la etiqueta definidora de su política del New Deal y en propiedad exclusiva del Partido Demócrata. Su éxito en las urnas le dio autoridad para hacerlo. Poco después de convertirse en el primer presidente de la historia de Estados Unidos en ganar un tercer mandato en 1940, Franklin Roosevelt declaró que el

Partido Demócrata era el «partido liberal» de Estados Unidos. Y la etiqueta se quedó. El orden del New Deal que Roosevelt construyó pasó a considerarse a partir de entonces el orden liberal.[19]

El espectro del radicalismo en sus tonos anarquista, socialista y comunista ensombreció esta transformación ideológica. La política del nuevo nacionalismo de Theodore Roosevelt había surgido en una época en la que los anarquistas asesinaban a políticos destacados (uno de ellos había matado al predecesor de Roosevelt, William McKinley, en 1901, allanando el camino para que Roosevelt llegara a la presidencia) y en la que un candidato presidencial socialista creíble, Eugene Debs, marcó el debate político durante los cruciales comicios de 1912.

Woodrow Wilson era perfectamente consciente del desafío que planteaba la Revolución rusa de 1917. Cuando zarpó rumbo a Europa en 1918 para negociar un tratado que pusiera fin a la Primera Guerra Mundial, Wilson consideraba a Lenin su gran rival internacional. Los planes de Wilson para la reconstrucción del mundo estuvieron motivados desde el principio por una determinación de desbaratar y derrotar al desafío comunista. Por su parte, varios elementos duraderos del programa del New Deal de Roosevelt no cobraron forma hasta 1935 y 1936, cuando insurrecciones masivas en Estados Unidos, muchas de ellas lideradas por radicales, empezaron a amenazar la reelección de Franklin Roosevelt en 1936. Theodore Roosevelt, Wilson y Franklin Roosevelt buscaban una tercera vía entre lo que consideraban el colectivismo «desmoralizante» de la izquierda y el desacreditado «liberalismo no intervencionista» de la derecha.[20]

El racismo también ensombrecía este nuevo liberalismo, visible sobre todo en la baja opinión que tanto Theodore Roosevelt como Wilson tenían de la mayoría de las personas de color y en su reticencia, y a menudo en su rechazo frontal, a considerarlos como individuios con plenos derechos que merecían una inclusión total en las nuevas políticas liberales que estaban decididos a crear. Su racismo se hizo manifiesto en Estados Unidos, por ejemplo cuando Theodore Roosevelt se negó a permitir a delegaciones negras de los estados sureños participar en la convención fundadora del Partido

Progresista en 1912 y cuando Wilson volvió a segregar Washington y la administración pública federal poco después de asumir el cargo en 1913. El racismo también se manifestó en el extranjero, cuando Wilson, en la Conferencia de Paz de París de 1919, negó el derecho a la autodeterminación y el autogobierno a la mayoría de los pueblos no blancos allende las fronteras de Europa. La amenaza de Lenin y el comunismo preocupaba a Wilson mucho más que la raza; de ahí que tanto él como sus correligionarios nuevos liberales definieran su desafío manifiesto en términos de hallar una tercera vía entre el no intervencionismo y el colectivismo. Como presidente, Roosevelt enmarcaría su misión en términos similares. Pero, entre la década de 1910 y la de 1940, los prejuicios raciales permearon este nuevo liberalismo a pequeña y gran escala; el ajuste de cuentas con este tema podía posponerse, pero no eludirse para siempre.[21]

El neoliberalismo pugna por nacer

Desde buen principio hubo quien puso en tela de juicio la reivindicación de Franklin D. Roosevelt según la cual este nuevo liberalismo ofrecía las mejores esperanzas para hallar una tercera vía entre el no intervencionismo y el colectivismo. Herbert Hoover se convirtió en la punta de lanza de sus detractores, incluso después de su derrota en 1932. Hoover no se consideraba un reaccionario, como algunos de sus coetáneos lo retrataban. Al contrario, se tenía por un auténtico nuevo liberal, alguien que había encontrado la verdadera vía intermedia entre los temidos extremos. Roosevelt, por su parte, no solo era un impostor al llamarse liberal, sino que, lo que era aún peor, era un embaucador peligroso. Su New Deal no frenaría el socialismo; al contrario, aceleraría su llegada. Otorgaría al Gobierno de Estados Unidos un control de la vida económica y del individualismo similar al que ya había triunfado en la Rusia soviética y en la Alemania nazi. «Hay algunos principios que no pueden comprometerse —había afirmado Hoover en 1936—. O bien establecemos una sociedad

basada en la libertad ordenada y en la iniciativa del individuo o bien una sociedad planificada, lo cual comporta dictado se llame como se llame y lo haga quien lo haga. No hay término medio. No pueden mezclarse. El Gobierno tiene la opción de liberar el potencial del individuo para su realización honesta; de lo contrario, las propias fuerzas que crea conducirán inexorablemente a posar su mano paralizadora cada vez con más fuerza sobre el esfuerzo individual.»[22]

Hoover se negaba a llamarse conservador; ¡él era el verdadero nuevo liberal! Pero dotar de contenido su «nuevo liberalismo» era más fácil de decir que de hacer. Al tratarse del segundo nuevo liberalismo en aparecer en el panorama histórico, en sus primeros años quedó aplastado por el primero, el elaborado por Roosevelt como el New Deal. Hoover encontró un alma gemela en Lippmann, que había abandonado sus inclinaciones socialistas de juventud por un liberalismo reconstruido que, esperaba, se impondría tanto a sus rivales no intervencionistas como al New Deal. Como Hoover, Lippmann se marchitaba en sus críticas a los partidarios del no intervencionismo y su reivindicación de que los mercados eran naturales y, por consiguiente, quedaba fuera de la capacidad de los humanos controlarlos a través de la acción del Estado. «El individualista resistente tal vez imaginara que, en la vida económica, encarnaba la persona que Dios y su propia voluntad habrían creado —escribió Lippmann en 1937—. Pero, en realidad, era una criatura jurídica de la legislación prevaleciente en su época.»[23]Dado que los mercados estaban creados por los humanos y protegidos por la ley, argumentaba Lippmann, podían mejorarse mediante la acción humana... y la intervención estatal. ¿Cuál era, entonces, la relación adecuada entre el Gobierno y los mercados? En un importante discurso en la década de 1930, Hoover defendió que, en Estados Unidos, la única fórmula que funcionaría para una política liberal sería la de «un sector empresarial regulado por el Gobierno».

¿Qué quería decir con ello? Hoover estaba convencido de que su propuesta era fundamentalmente distinta del New Deal, que él entendía como «un sector empresarial dictado por el Gobierno».

Sin embargo, intentar diferenciar entre ambas cosas en ocasiones comportaba hilar muy fino. De hecho, cuanto más perfilaba Hoover su plan para su propuesta, más se parecía a la del New Deal. Defendía la regulación de la banca, de las finanzas y de los mercados; la concesión a los trabajadores del derecho a la negociación colectiva; la provisión a los trabajadores de un seguro gubernamental contra el desempleo; la aplicación de impuestos a las rentas y a las herencias que limitaran la acumulación de riqueza en manos privadas, y la eliminación «de los barrios marginales, del trabajo infantil y de los empleos muy mal pagados».[24]Hoover intentó diferenciar su sistema reglamentario del New Deal centrándose en la determinación del último de dar a Estados Unidos una «economía planificada» que matara la empresa privada.[25]En efecto, el New Deal incorporaba en parte esta planificación (la Autoridad del Valle de Tennessee es un ejemplo de ello), pero no era la parte esencial de su reforma. A decir verdad, mediada la década de 1930, apenas existían diferencias entre el sistema de un Gobierno que regulara el sector empresarial de Hoover y lo que él denominaba «el sistema de regulación estadounidense» del New Deal de Roosevelt.

En la década de 1930, Lippmann también intentó definir un segundo nuevo liberalismo, tan embrollado como la propuesta de Hoover. Lippmann abogaba por la regulación de los mercados de capitales, la eliminación de los monopolios empresariales y programas a iniciativa del Gobierno para ayudar a los «agricultores, obreros y consumidores [...] a aumentar su fuerza en el mercado». Un sistema impositivo marcadamente escalonado recuperaría los ingresos no devengados de los ricos. Estos ingresos fiscales se destinarían a financiar programas de seguridad social para los desfavorecidos y a promocionar «una mayor igualdad de rentas» en la sociedad estadounidense. Lippmann también apoyaba unas obras públicas que mejoraran las infraestructuras y conservaran la tierra y los recursos. Por supuesto, se oponía al subsidio por desempleo y a otras dádivas gubernamentales, pero eso era porque apostaba por cambios estructurales que eliminaran «las condiciones que creaban pobres».[26]El programa concreto de

Lippmann, como el de Hoover, parecía una versión del New Deal, por más que él reiterase a sus lectores que abominaba del «colectivismo» de este.[27]

La convergencia entre las reformas defendidas por Roosevelt por un lado y por Hoover y Lippmann por el otro apunta al problema subyacente que afrontaba cualquiera que intentara construir un segundo nuevo liberalismo en la década de 1930: ¿en qué, exactamente, se diferenciaba del primer nuevo liberalismo? ¿Lo hacía a través de revisiones menores de un sistema reglamentario inspirado en el New Deal, como Hoover y Lippmann parecían estar ofreciendo en la época? No se trataba de una alternativa demasiado seductora al New Deal; la mayoría de los votantes se habrían rascado la cabeza intentando detectar las diferencias. Esta falta de diferenciación entre el primer y el segundo liberalismos nuevos tal vez explique que Lippmann abandonara al poco en gran medida su interés por la reforma doméstica y que Hoover, como se ha indicado, se convirtiera en una voz irrelevante en la política estadounidense.

La mayoría de los estudiosos que han escrito acerca de los orígenes del neoliberalismo en Europa han pasado por alto la dificultad que encontraron Hoover y Lippmann de implementar un neoliberalismo de cosecha propia en Estados Unidos. Y resulta sorprendente, si se tiene en cuenta lo íntimamente ligado que estuvo el libro de 1937 de Lippmann, *The Good Society*, al lanzamiento oficial del neoliberalismo en Europa en 1938. El filósofo científico francés Louis Rougier organizó este lanzamiento reuniendo a veintiséis personas en París aquel año, en el Coloquio Lippmann, un taller de debate de *The Good Society*, el libro en el que Lippmann ofrecía tanto un repaso global del liberalismo como una hoja de ruta para convertirlo en una política atractiva y de éxito en las décadas centrales del siglo XX. Lo que sedujo a Rougier de *The Good Society* fue la condena que Lippmann hacía del liberalismo no intervencionista, al cual tanto Lippmann como otros consideraban responsable del declive del liberalismo a principios del siglo XX. A juicio de Lippmann, el error letal de los defensores de la política de no intervención fue pensar que los mercados se

guiaban por principios naturales y no precisaban supervisión. Al contrario, insistía Lippmann, los mercados no existían en el mundo natural. Los había creado el ser humano, que era quien también se encargaba activamente de mantenerlos. Era inevitable que se produjeran disfunciones en los mercados que habría que reparar. Con su insistencia en que los mercados eran creaciones naturales que no necesitaban supervisión, afirmaba Lippmann, los dogmáticos no intervencionistas habían despejado de manera involuntaria un espacio político para los colectivismos atractivos en la superficie pero perversos en el fondo del que la derecha y la izquierda se habían apoderado.[28]

Rougier encontraba estimulante la condena de Lippmann del liberalismo no intervencionista. La labor del Coloquio Lippmann, a su modo de ver, era establecer un programa político activo basado en el planteamiento de Lippmann de la necesidad de alimentar y supervisar debidamente los mercados. Definir un papel activo del Estado en el estímulo y control de los mercados, según Rougier, fundaría un nuevo liberalismo, un proyecto que él y varios de sus colegas europeos habían empezado a llamar «neoliberalismo». La mayoría de los participantes en el Coloquio Lippmann compartían el entusiasmo de Rougier en la insistencia de Lippmann de que los mercados eran creaciones humanas que había que ajustar, afinar y transformar. Mas si el cometido que se habían propuesto era definir un programa para gestionar los mercados, no llegaron a ningún acuerdo sobre cómo hacerlo. Los asistentes al coloquio tenían visiones muy dispares acerca del grado y la naturaleza de la intervención estatal. Varios de ellos, como Raymond Aron, Wilhelm Röpke y Lionel Robbins, propusieron proyectos que, al apostar por una fuerte intervención en la economía, se parecían mucho al New Deal. El ex primer ministro italiano Francesco Saverio Nitti fue más allá solicitando de manera explícita una fusión del liberalismo y el socialismo. En el extremo opuesto se encontraba Ludwig von Mises, que recelaba de cualquier tercera vía y abogaba por desencadenar o restaurar la economía de mercado más pura posible. La cacofonía de voces sobre la naturaleza de este segundo liberalismo se convirtió en el rasgo

definidor de aquel coloquio en el que los participantes estuvieron más unidos por lo que no les gustaba que por lo que creían que debería hacerse.[29]

La dificultad de definir el contenido del neoliberalismo también dio forma al segundo momento fundacional extraoficial de este segundo neoliberalismo, el encuentro en Mont Pèlerin, Suiza, de 1947, este organizado por Friedrich Hayek. Los participantes de Mont Pèlerin, liderados por Hayek, eran conscientes de la dificultad a la que se enfrentaban y se propusieron superarla convirtiendo la Sociedad Mont Pelerin en una red de pensadores excepcionalmente disciplinada y focalizada. Únicamente podía accederse a esta sociedad por invitación; se sometía a los invitados a un escrupuloso escrutinio y se esperaba de los nuevos miembros que juraran su afinidad a planteamientos de la economía política basados en el mercado. El énfasis puesto en suscribir determinados principios de la política económica y en desarrollar y difundir políticas coherentes para dar solución de continuidad a dichos principios hizo que fraguara la idea de que los neoliberales constituían un «colectivo de pensamiento».[30]Sin embargo, aspirar a ser un colectivo de pensamiento y convertirse en uno eran cosas distintas. La reunión de 1947 en Mont Pèlerin estuvo mejor organizada y fue más productiva que el Coloquio Lippmann, y lograría proporcionar a sus participantes las herramientas para implementar el neoliberalismo en la Europa occidental y en Estados Unidos. Las semillas neoliberales plantadas en Estados Unidos por el economista Milton Friedman y otros asistentes a Mont Pèlerin germinaron en la era de posguerra. Dichas plántulas crecieron hasta dar fruto, en especial tras la llegada de Hayek y von Mises a Estados Unidos después de la reunión en Mont Pèlerin para regarlas. No obstante, aquellos cruzados de la Sociedad Mont Pelerin no conseguirían inculcar una forma o un significado concretos al neoliberalismo estadounidense.[31]

Por este motivo, conviene entender que el neoliberalismo de posguerra en Estados Unidos no tuvo un único significado, sino varios. De hecho, es posible diferenciar en el neoliberalismo estadounidense tres estrategias bastante distintas de reforma, o

conjuntos de iniciativas políticas, todas las cuales cristalizaron en los veinte años transcurridos entre la primera reunión de la Sociedad Mont Pelerin y las postrimerías de la década de 1960, cuando el desmoronamiento del orden del New Deal brindó a los reformistas neoliberales su oportunidad de ganar terreno en la política estadounidense. La primera estrategia de reforma consistió en delimitar los mercados libres mediante reglas que regulaban la propiedad, el intercambio y la circulación de efectivo y crédito. Esta delimitación requería potentes intervenciones del Gobierno en la vida económica, tanto a escala nacional como internacional. La segunda estrategia consistió en aplicar los principios del mercado no solo a las dos áreas por tradición identificadas como dependientes del mercado (la mano de obra y la producción por una parte y las rentas y el consumo por la otra), sino a todos los ámbitos de actividad humana. Algunos neoliberales empezaron a ampliar el análisis de mercados al ámbito privado de la familia y la moralidad, reinventando estas esferas no, en términos smithianos, como reservas de asociación y sensibilidad humanas ubicadas a una distancia prudencial de las fuerzas del mercado, sino como una conducta que como mejor se entiende es en términos económicos de ingresos y gastos, de inversiones y retornos. La tercera estrategia pretendía recuperar la promesa utópica de la libertad personal implícita en el liberalismo clásico. Esta rama no privilegiaba el orden y el control ni el análisis de ingresos y gastos, como hacían las dos primeras estrategias, sino la emoción y la aventura de derribar las barreras personales y laborales propias. En 1978 y 1979, Foucault había argumentado en sus conferencias sobre el liberalismo en el Collège de France que esta última estrategia devino particularmente influyente en Estados Unidos, donde se granjeó tanto el apoyo de la izquierda como de la derecha y donde su «foco utópico [...] siempre se revivía».[32]Analicemos más en detalle cada una de estas estrategias neoliberales.

La primera de ellas buscaba construir un orden económico que alimentara tanto el mercado nacional como el internacional. Derivaba de la idea de Lippmann de que los mercados no eran fenómenos que ocurrieran de manera natural, sino producto de la

agencia y la organización humanas. Los mercados había que construirlos y mantenerlos mediante reglas de propiedad e intercambio codificadas en leyes. Dichas reglas requerían ajustes periódicos y, en ocasiones, por emplear el término de Lippmann, reconstrucción, dado que podían aflorar problemas económicos y sociales imprevistos. El ajuste se convirtió en un elemento central del credo neoliberal: los mercados necesitaban supervisión y una corrección periódica para funcionar de manera adecuada. Este trabajo, a su vez, requería un Estado activo, o un Estado con una capacidad sólida para modular los mercados doméstico e internacional, el terreno de juego en el que trabajadores y empresarios, compradores y vendedores confluían. De ahí que el liberalismo de esta índole no pueda entenderse debidamente en términos de su mero de deseo de desembarazar la actividad económica de la dura mano del Estado. Los neoliberales tenían claro que la intervención gubernamental en la economía había ido demasiado lejos en las décadas de 1930 y 1940 y no escatimaron esfuerzos en intentar liberar a la industria y al capital de las garras de los órganos legislativos nacionales que, a su modo de ver, se habían vuelto demasiado indulgentes con las demandas de la clase obrera organizada y de los pobres. Pero los neoliberales estaban comprometidos con reforzar el Estado en otros ámbitos, concediéndole, por ejemplo, el control exclusivo de la masa monetaria a través de un banco central o una institución afín, como la Reserva Federal. Los neoliberales no tenían problemas en justificar otorgar al Gobierno los poderes de los que en el pasado había carecido si se podía demostrar que garantizarían un funcionamiento fluido de los mercados.

Esta estrategia se cimentaba en una paradoja, a saber: que la intervención gubernamental era necesaria para liberar a las personas de la intrusión gubernamental. Otro modo de enmarcar esta paradoja consiste en destacar que el establecimiento del orden económico o lo que Hayek denominaba una «constitución de libertad» era un requisito previo para poder liberar a las personas del Gobierno.[33]Conceptualizar la paradoja de este modo y, en concreto, introducir el término «orden» como una dimensión

crítica de una campaña gubernamental por establecer una sociedad liberal equivale a revelar cuánto recordaba esta «nueva» estrategia de neoliberalismo a un enfoque clásico que los liberales habían adoptado prácticamente desde el comienzo. Como Lippmann entendía perfectamente, desde principios del siglo XIX los liberales creían que para disfrutar de la libertad se requería un cierto grado de orden político y económico. Y estaban dispuestos a empoderar a los Gobiernos para que impusieran orden económico y social cuando y donde se considerara necesario.[34]

La segunda estrategia neoliberal fue más genuinamente innovadora: ampliar el terreno de las actividades humanas sujetas a los principios del mercado. En el liberalismo clásico, el *homo economicus*, u «hombre económico», se definía como un hombre trocador que intercambiaba su trabajo por un salario. A continuación, intercambiaba los ingresos resultantes de dicho trueque por artículos del mercado que o bien necesitaba o bien deseaba. Gran parte del análisis económico giraba en torno a cómo las dos esferas económicas de «producción» y «consumo» podían estructurarse a escala micro y macro. Se consideraba que otros ámbitos de la existencia humana, como la familia, la religión y la política, quedaban al margen de estas dos grandes esferas de intercambio económico y fuera del ámbito de la actividad abarcada por el *homo economicus*.

En cambio, los neoliberales empezaron a argumentar que el hombre económico no podía entenderse en términos tan limitados. En lugar de ello, el hombre económico era un depósito de capital. Era el generador de sus propios anhelos y necesidades; era lo que Foucault denominaría más adelante «un empresario de sí mismo», «su propio capital».[35]El concepto de *homo economicus*, por ende, debía ampliarse para incluir las diversas inversiones que el propio hombre y otros hacían en su persona. El *homo economicus,* un capitalista de sí mismo, debía adoptar decisiones acerca de cómo desplegar su capital para satisfacer sus necesidades y deseos.

Los pensadores de esta línea organizaron su pensamiento en torno a lo que pasó a conocerse como la teoría del capital humano. Los defensores de esta perspectiva interesados en la política

pública se propusieron diseccionar el capital humano a disposición de cada persona: qué era, de dónde procedía y con qué fines podía desplegarse. Adquirir tal conocimiento significaba introducir en el discurso económico aspectos de la existencia humana considerados en algún momento elementos ajenos al cálculo económico: el matrimonio, la familia, la moralidad, la educación e incluso el deporte. Ya en la década de 1940, un grupo de neoliberales con sede en Friburgo, Alemania, que se autodenominaban ordoliberales, alzaron la voz como pioneros de esta forma de análisis. Acabarían teniendo influencia a la hora de establecer las políticas sociales y gubernamentales de la Alemania Occidental de la posguerra.[36]En las décadas de 1950 y 1960, este tipo de pensamiento se extendió a Estados Unidos y, en concreto, fraguó entre una facción de la Escuela de Economía de Chicago encabezada por Gary Becker. Becker figuró entre los primeros que sometieron a análisis económico aspectos de la existencia humana, sobre todo la familia, que hasta entonces se consideraba que pertenecían a una esfera privada de la vida aislada del carácter tumultuoso y de los imperativos contractuales del mercado.[37]

No sorprende que la transformación de la vida privada en una rama de la economía conductual dividiera a los estudiosos y críticos. El economista francocanadiense libertario Jean-Luc Migué escribió emocionado en 1976 acerca del potencial de este avance, planteando un análisis del capital humano de las relaciones en el hogar como ejemplo de los grandes dividendos que podía generar. «Una de las grandes aportaciones recientes al análisis económico —escribió— ha sido la plena aplicación del sector doméstico al marco analítico por tradición reservado a la empresa y al consumidor.» Era adecuado dispensar al hogar el mismo trato que a una empresa clásica, aseguraba Migué, porque «¿qué es el hogar sino el compromiso contractual de dos partes de proporcionar “aportaciones” específicas y compartir, en proporciones determinadas, los beneficios de los “resultados” combinados?». Tal como las empresas se beneficiaban de ordenar las relaciones entre los empresarios y los empleados mediante contratos, escribió Migué, «las dos partes [de un hogar] también establecían los

términos generales de su intercambio en un contrato a largo plazo». La alternativa era sumirse «de manera incesante y costosa en negociaciones y supervisiones de incontables contratos inherentes a los intercambios de la vida doméstica cotidiana».[38]

La teórica política Wendy Brown, en su estudio de la difusión de la economía conductual en los cuarenta años posteriores a que Migué escribiera tales palabras, llegaba a una conclusión mucho menos optimista acerca de los efectos de esta estrategia de gobernanza neoliberal. «El neoliberalismo —escribió en 2015— transforma cada dominio humano y cada empresa —junto con los seres humanos mismos— de acuerdo con una imagen específica de lo económico. Toda conducta es una conducta económica, todas las esferas de la existencia se enmarcan y miden a partir de términos y medidas económicas, incluso cuando esas esferas no se moneticen directamente.» Brown renegaba de la transformación de todas las aspiraciones y los encuentros humanos en cuestiones de capital. Condenaba como opresivo al *homo economicus*, «al que se le asigna la tarea de mejorar su posicionamiento competitivo y hacer uso de él, así como de mejorar su valor de portafolio (monetario y no monetario) en todas sus iniciativas y lugares».[39]Este entendimiento de las personas, arremetía Brown, privilegiaba una vida instrumental de la índole más cruda. Las aspiraciones humanas que Brown más atesoraba —la justicia, la igualdad, la democracia y la equidad, entre ellas— eran las que más sufrían.

Pueden hallarse prefiguraciones de un pensamiento economista de base amplia en los escritos decimonónicos de Jeremy Bentham y sus discípulos en Gran Bretaña, si bien son rudimentarias. Podríamos designar el cálculo de Bentham de aumentar el placer y minimizar el dolor como una forma temprana de este tipo de economía. Pero Bentham no disponía de las herramientas para recopilar datos que tendrían a su disposición los neoliberales ciento cincuenta años más tarde y su concepción del hombre como una máquina harto simple de placer y dolor no se acerca siquiera a la sofisticación de la idea de Becker del individuo como un empresario de sí mismo, siempre buscando equilibrar los ingresos y gastos con el fin de maximizar su capital y el retorno de

este.[40]Esta estrategia del neoliberalismo sí que supuso un nuevo punto de partida.

Los ordoliberales alemanes que se encontraban entre los pioneros de este análisis economista reconocieron desde buen principio su amoralidad implícita. Ampliar el análisis económico a todos los ámbitos de la existencia humana y someter los aspectos más íntimos de un hogar y de la vida privada a un análisis de ingresos y gastos podía socavar el papel del amor, la virtud y la compasión en la comprensión de los asuntos humanos. Los ordoliberales alemanes creían que podían esquivar esta amenaza encuadrando sus análisis económicos pioneros en un «marco político y moral» pertinente.[41]Wilhelm Röpke, una figura destacada entre sus filas, esbozó dicho marco alentando a los ordoliberales a guiarse por la comunidad y la cooperación y a anteponer la integración al individualismo. Encuadrar el ordoliberalismo en un marco moral capaz de influir en la toma de decisiones de las personas, no obstante, resultó ser un trabajo arduo. Los alemanes corrientes, creía Röpke, eran capaces de gestionar esta responsabilidad, como también la mayoría de los pueblos europeos, porque todos ellos eran herederos de la fecunda civilización moral y cristiana occidental. Pero Röpke ponía en tela de juicio, cada vez más, la capacidad de las razas y los países allende las fronteras europeas para prosperar en este tipo de economía de libre mercado que tan decidido estaba a crear. En la década de 1960 se había convertido ya en un célebre partidario del *apartheid* en Rodesia y Sudáfrica y declaraba que los africanos negros no estaban preparados para la sociedad «libre» pero moralmente disciplinada que él intentaba crear con tanto ahínco. Solo los afrikáners descendientes de calvinistas y sus simpatizantes blancos eran capaces, según Röpke, de generar la disciplina necesaria en esa parte del continente africano.[42]

A los neoliberales estadounidenses congregados en torno a Becker les atribulaban menos los dilemas morales que pudiera comportar tamizar la vida social por el filtro de la economía. De ahí que, en la década de 1960, les carcomieran menos las contradicciones en las que Röpke se vio atrapado y fueran más

radicales en su determinación de analizar todas las relaciones humanas en términos económicos. Estados Unidos se convirtió en la sede indiscutible de la revolución del capital humano en aquella época. No obstante, a medida que la construcción de una economía neoliberal en Estados Unidos avanzó en las décadas de 1970 y 1980 y a medida que la desregulación fue priorizando las fuerzas del mercado y debilitando los lazos sociales que tan importantes habían sido para establecer una «sociedad buena», los neoliberales estadounidenses tuvieron que considerar el problema de la corrosión moral que había preocupado a Röpke y otros ordoliberales. En las décadas de 1980 y 1990, la línea del color empezó a ser tan importante para algunos entre sus filas como lo había sido para Röpke en Sudáfrica.[43]

Las dos primeras estrategias del neoliberalismo hacían hincapié en el orden, el control, el encaje, la tecnocracia y la manipulación. La tercera estrategia prometía algo más: recuperaba la promesa de la libertad personal que también había apuntalado el liberalismo clásico. Esta corriente no privilegiaba el orden y el control, sino la emoción y la aventura de derribar todas las limitaciones de las personas. Los liberales clásicos habían discernido en los mercados un dinamismo extraordinario y buscaban liberarlos de impedimentos, sobre todo de los impuestos por los gobiernos. Querían dotar a las personas de libertad para que persiguieran sus propios intereses y fortuna. Consideraban que sus aspiraciones eran emancipatorias y aspiraban a un mundo transformado por la libertad personal y por un sistema de intercambio económico «libre».

A medida que el pensamiento neoliberal empezó a emigrar de los salones de la Sociedad Mont Pelerin y la Universidad de Chicago a ámbitos de la política estadounidense, esta dimensión de la reforma neoliberal fue ampliándose más y más. Quienes la adoptaban tenían la sensación de estar reconectando su país con la promesa encarnada por la Revolución de las Trece Colonias. Defendían la liberación de los estadounidenses de las restricciones y los alentaban a perseguir la oportunidad y la reinvención. Esta estrategia de reforma neoliberal prometía riqueza a las personas

con una mentalidad empresarial, por supuesto, pero también poner a disposición de todo el mundo una libertad muy especial, una libertad que permitiría a las personas estructurar sus vidas con independencia de la garra de las grandes corporaciones o de un gran Estado regulador. La Guerra Fría infundió a esta persecución de la libertad una sensación de prioridad y urgencia. La lucha no podía esperar; los estadounidenses estaban advertidos de no dejarse obnubilar por la riqueza que la próspera y excesivamente gestionada economía de su país había puesto a su alcance en la década de 1950. El comunismo representaba una amenaza nefasta para la libertad en Estados Unidos; el capitalismo regulado del New Deal, ahora apoyado por un presidente republicano (Eisenhower), era el caballo de Troya a través del cual el comunismo penetraría en Estados Unidos y destruiría a la civilización amante de la libertad que generaciones de americanos tan laboriosamente habían construido.

Tales eran los argumentos que Henry Hazlitt, el columnista de *Newsweek* y miembro de la Sociedad Mont Pelerin, presentaba en la década de 1950.[44]

Y también eran las reivindicaciones que Milton Friedman hacía circular a través de sus escritos, sobre todo de su célebre tratado *Capitalismo y libertad*, publicado originalmente en 1962.[45]Los políticos que con más insistencia hicieron sonar esta alarma fueron Barry Goldwater y Ronald Reagan. A principios de los años cincuenta, ambos eran figuras marginales en la política estadounidense. Goldwater era el propietario de unos grandes almacenes y un senador por el escasamente poblado estado de Arizona convencido de que el New Deal, con la aquiescencia de Eisenhower, estaba destruyendo la libertad de los estadounidenses. A Reagan lo rescató de su carrera cinematográfica estancada General Electric, que lo contrato para presentar *General Electric Theatre*, un programa televisivo que se emitió cada domingo por la noche entre 1954 y 1962. El programa de variedades no era en sí político, pero General Electric solicitó a Reagan que fuera su embajador de buena voluntad durante doce semanas al año con el objetivo de visitar sus más de 125 instalaciones en el país y

conectar con el grueso de los 250.000 empleados de la empresa. Reagan era aún demócrata cuando empezó a trabajar para General Electric, pero su percepción de la agresión de la Unión Soviética, sus lecturas de Hayek y Hazlitt durante los largos trayectos en tren entre instalaciones de General Electric (no le gustaba volar) y su interacción con toda suerte de cargos medios de la empresa lo empujaron cada vez más hacia la derecha libertaria. Goldwater y Reagan saltaron al primer plano de la política estadounidense en 1964, cuando, en julio y para sorpresa de todos, Goldwater superó al republicano moderado Nelson Rockefeller como candidato del Partido Republicano y tres meses después, cuando pareció que la campaña de Goldwater empezaba a perder fuelle, se reclutó a Reagan para pronunciar un discurso televisado para todo el país con el fin de revigorizarla.[46]

El ascenso de Goldwater suele enmarcarse en términos de su oposición a la Ley de los Derechos Civiles de 1964 y su consiguiente capacidad de captar los votos de las legiones blancas de George Wallace que preferían preservar la supremacía blanca en Estados Unidos en vez de acabar con ella. Sin duda, ese encuadre encierra algo de verdad. Pero también socava el contenido real del discurso de aceptación como candidato de Goldwater ante el Partido Republicano, en el cual no se centraba en la raza sino en restaurar el espíritu creativo y empresario que consideraba un derecho natural de Estados Unidos. En su discurso, Goldwater no se dirigía a los manifestantes ni a los alborotadores en defensa de los derechos civiles, sino a los partidarios del New Deal, quienes, instigados por republicanos como Eisenhower, habían creado una sociedad excesivamente reglamentaria que estaba asfixiando el alma humana. «La causa republicana —declaró Goldwater— no era nivelar el mundo para que la gente se ajustara a una uniformidad reglamentada por ordenadores. La causa republicana pasa por liberar a nuestro pueblo y alumbrar el camino hacia la libertad en todo el planeta.» ¿Cuál era el contenido del «camino hacia la libertad» imaginado por Goldwater? Las palabras clave del senador de Arizona eran «diversidad» y «creatividad». La diversidad de Goldwater no era una precursora de la multiculturalidad que, en el

plazo de una década, se convertiría en el santo y seña del Partido Demócrata. Pero tampoco era un mero eufemismo para permitir a los estados sureños retener sus regímenes racistas «divergentes», aunque sin duda eso fue lo que entendieron algunos sureños blancos. En la mente de Goldwater, la diversidad era importante porque estimulaba la individualidad y la innovación. Había que conceder a las personas la libertad de seguir sus propias inclinaciones: dicha licencia desencadenaría «una emancipación de diferencias creativas». Goldwater entendía que algunas rutas hacia la creatividad no conducirían a ningún sitio. Pero, en general, un compromiso para desencadenar la creatividad individual permitiría a la nación «prosperar nuevamente a partir de la grandeza de todas esas cosas que, como ciudadanos individuales, podemos y deberíamos hacer». Hombres y mujeres volverían a «perseguir la verdad y a esforzarse por curar las enfermedades, por dominar el entorno natural y hacerlo fructífero y por engrasar los motores inventivos de la producción, la ciencia y la tecnología».[47]

Por descontado, a la sazón había una preocupación generalizada por el conformismo de la sociedad estadounidense. De hecho, se había convertido en el principal motivo de la crítica cultural, evidente en obras tan definidoras de una época como *The Organization Man* de William H. Whyte, *The Lonely Crowd* de David Reisman, *White-Collar: las clases medias en Norteamérica* de C. Wright Mills, *La tradición política americana y los hombres que la forjaron* de Richard Hofstadter y *Problemas de la juventud en la sociedad organizada* de Paul Goodman.[48]Pero dichas inquietudes suelen asociarse con los liberales del New Deal y los nuevos izquierdistas incipientes; su grado de penetración en el Partido Republicano no se conoce con exactitud ni tampoco se entiende en qué medida la insurgencia de Goldwater estaba ligada a la emancipación personal del conformismo impuesto por el New Deal. Dicho de otro modo, podemos detectar en las palabras de Goldwater lo que Lippmann había tildado de «promesa embriagadora» del liberalismo clásico.

Reagan también tocó esa tecla. En un discurso de graduación pronunciado en 1957 en su antigua universidad, el Eureka College

de Illinois, criticó a los liberales del New Deal que estaban obsesionados con «colocar un suelo económico bajo cada uno de nosotros para que ninguno vivamos por debajo de un determinado nivel o estándar de vida». Ahora bien, lo que preocupaba a Reagan no era la construcción de dicho suelo en sí, sino la determinación que esas «gentes bienintencionadas» tenían en construir «un techo por encima del cual no debería permitirse escalar a nadie». Reagan también lamentó el hecho de que entre esos suelo y techo se estaba presionando a todos los estadounidenses «a una conformidad, a encajar en un molde de mediocridad estandarizada» y tales presiones amenazaban con negar los «extraordinarios atributos de valor e imaginación» que habían alimentado a generaciones de pioneros americanos.[49]

El hecho de que Goldwater y Reagan se identificaran tanto con los norteamericanos del oeste, Goldwater como hijo nativo y Reagan como hijo adoptivo, era relevante. El Oeste, en su imaginación, era un lugar donde el hombre podía zafarse de las convenciones y perseguir un individualismo sin límites, donde podía crear una sociedad donde antes no la había, y donde la libertad y la democracia de Estados Unidos se reaprovisionaban y renacían a diario. Esta forma de pensar, por descontado, se fundamenta en un falso mito. El Oeste no era un desierto, sino que estaba habitado por pueblos indígenas e imperios europeos rivales. Y su asentamiento requirió mucho más que las agallas de individuos con coraje; se necesitaron también grandes subsidios del Gobierno central para construir carreteras y autopistas, para financiar un ejército capaz de derrotar a los indios y para crear infraestructuras de agua y energía suficientes para sostener el desarrollo económico. Durante el New Deal, el Oeste recibió asignaciones gubernamentales que excedieron las concedidas a cualquier otra región.[50]Con todo, no deberíamos olvidar la comprensión de los mitos de Benedict Anderson: lo que importa no es si son verdad o mentira, sino la intensidad con la que se creen.[51]La creencia en el Lejano Oeste como un lugar de libertad y reinvención era y sigue siendo una potente fuerza cultural y política en Estados Unidos. Y fue una fuerza que catapultó las

creencias de Goldwater y Reagan en la capacidad de los estadounidenses de redescubrir su libertad y cultivar su individualidad. John F. Kennedy también intentó hacer suya y de su partido esta mitología cuando, en su célebre discurso de aceptación de 1960, declaró ante la Convención del Partido Demócrata: «hoy nos alzamos en los confines de una Nueva Frontera».[52]

Friedrich Hayek también tenía interés en cultivar la libertad y la individualidad, incluso aunque este centroeuropeo culto nunca acariciara la idea de vivir en el Lejano Oeste. Hayek había llegado a Estados Unidos en 1950 para asumir un puesto en la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago. Entre 1950 y 1960 escribió y publicó su obra magna, *Los fundamentos de la libertad*, un análisis riguroso de los bloques de construcción que debían estar colocados para crear y nutrir los regímenes liberales. A lo largo de todo el libro, Hayek recalcaba la importancia de establecer un orden constitucional, mediante el cual se refería a un «Gobierno de la ley, no de hombres», un orden en el que los derechos a la libertad de expresión, de reunión y de movilidad, así como el derecho a la propiedad privada y a forjarse la propia carrera profesional, fueran sagrados. Pero Hayek también subrayó en reiteradas ocasiones que un orden constitucional debía crear una sociedad en la que los individuos adquirieran la libertad de improvisar, de crear y de innovar. Muchos conatos de innovar, concedía Hayek, fracasarían. Pero algunos darían su fruto y, gracias a su éxito, comportarían avances de gran relevancia tanto para el crecimiento económico como para la realización personal. Nadie podía saber en el presente qué creaciones futuras generarían más dividendos, aclaraba Hayek. Este desconocimiento e impredecibilidad del futuro explican por qué Hayek se había opuesto con tal determinación a la economía planificada. Los seres humanos solo podían planificar lo que ya sabían; no podían planificar lo que todavía no podía saberse.[53]

El cultivo de lo que Hayek denominaba «espontaneidad» era, a su modo de ver, la única manera de prepararse para el futuro incognoscible; eso y cultivar una economía de mercado que

premiara los actos espontáneos. Hayek esparció la palabra «espontaneidad» por todo su *Los fundamentos de la libertad*. La consideraba «la esencia de la libertad». Se refiere al mismo fenómeno que Goldwater recalcó poniendo el énfasis en la creatividad y la diversidad. A Hayek, el Oeste americano nunca le suscitó un entusiasmo excesivo; nunca se habría unido a Theodore Roosevelt para realizar una visita reconstituyente a un «rancho». De hecho, nunca se adaptó del todo a la vida en Estados Unidos y, en 1962, regresó a la Europa central. No obstante, su incomodidad en Estados Unidos no hizo mella en su admiración por lo que denominaba «la teoría anglicana de la libertad», que se había originado en Inglaterra y había viajado a Estados Unidos con las legiones de colonos británicos. Esta ideología, más que cualquier otra, creía él, era la que más había hecho por alimentar la espontaneidad.[54]

Hayek también contemplaba la Constitución estadounidense de 1789 como el marco regulador que, de todos los que existían a la sazón en el mundo, mejor alimentaba la libertad. El experimento norteamericano de la libertad se había cimentado en el momento en que se había ratificado la Constitución y había que apreciarlo y celebrarlo.[55]En este sentido, Hayek, Reagan y Goldwater utilizaban el mismo misal. Esta tercera estrategia de reforma neoliberal difería de las dos primeras, que ponían el acento en el control político e ideológico. Si queremos entender el poder de la ideología neoliberal, debemos comprender su anhelo no solo de control sino de reinyectar libertad, espontaneidad e impredecibilidad a la política, a la sociedad y a la economía. A este anhelo era a lo que se refería Hayek cuando hablaba de crear las condiciones para que se diera lo inesperado, lo brillante y lo revelador.

Esta tercera estrategia de reforma neoliberal nos ayuda a ver lo que los estudiosos por costumbre han pasado por alto: el atractivo que tuvo el neoliberalismo en Estados Unidos para la izquierda, sobre todo para la nueva izquierda. Allen Ginsberg había hecho sonar la campana de alarma para rescatar a la humanidad de la mano letal de la modernidad, que él veía en términos de capitalismo, materialismo y monotonía, todo lo cual contribuía a

triturar el alma humana. Arremetió contra estos enemigos en su asombroso poema de 1956-1957 *Aullido*, especialmente donde describía la adoración al falso dios Moloch que había mermado la posibilidad de la existencia humana: «¡Moloch cuya mente es pura maquinaria! [...] ¡Moloch cuyo amor es petróleo y piedra sin medida! ¡Moloch cuya alma es electricidad y bancos! [...] ¡Moloch! ¡Moloch! ¡Robóticos apartamentos! ¡Suburbios invisibles!».[56]Paul Goodman expresó sentimientos similares, aunque con una prosa más contenida, en su libro de 1960 *Problemas de la juventud en la sociedad organizada*, que se convertiría en un texto inspirador para la juventud de izquierdas estadounidense. «En nuestra sociedad —afirmaba Goodman—, niños brillantes y vivaces, con potencial para el conocimiento, ideales nobles, con capacidad de esfuerzo y algunos logros destacables se transforman en bípedos cínicos e inútiles o en jóvenes decentes atrapados o resignados desde muy pronto, ya sea dentro o fuera del sistema organizado.» Este deterioro entre la juventud ha ocurrido, continuaba Goodman, «por la acomodación mutua tanto de "liberales" como de "conservadores" en el interés de crear la coalición actual de semimonopolios, sindicatos, Gobierno, agencias de publicidad de Madison Avenue, etc.».[57]La sociedad excesivamente regulada de Estados Unidos estaba asfixiando el alma humana. Como Reagan, Goldwater y Friedman, Goodman suspiraba por «la época heroica de la empresa capitalista» en la que los hombres jóvenes podían aspirar a ser algo más que un empleado y a conseguir «un trabajo de verdad en el que pudieran arriesgar el alma y resultar bendecidos o malditos».[58]

Un desaliento similar con el presente palpitaba en el corazón del punto central de la Declaración de Port Huron, el manifiesto redactado por un grupo de estudiantes universitarios radicales que se reunieron en las orillas del lago Míchigan en 1962 para establecer una nueva izquierda. «El declive de la utopía y la esperanza —declaraban los autores— es, de hecho, una de las características definidoras de la vida social actual. Las razones son diversas: el estancamiento del Congreso hace que las personas sean cada vez más estrechas de miras; la especialización de la actividad

humana deja poco margen al pensamiento general; los horrores del siglo XX simbolizados en los hornos de gas, los campos de concentración y las bombas atómicas han arruinado las esperanzas. Ser idealista equivale a ser considerado apocalíptico, iluso. Carecer de aspiraciones serias, por el contrario, se considera ser "tenaz".»[59]El objetivo de la nueva izquierda era reavivar aspiraciones humanas serias, recuperar la capacidad de imaginar y luego luchar por la utopía y convertir la sociedad estadounidense en una sociedad auténticamente democrática y viva.

La Declaración de Port Huron contenía muchas más referencias a los horrores de la guerra y de la bomba atómica de los que podían encontrarse en los tratados de la derecha neoliberal. Y, a diferencia de lo que ocurría en Goodman, Reagan y Friedman, no había añoranza por los días de capa y espada del capitalismo de libre mercado decimonónico. El capitalismo debía ser superado, no restaurado. Tanto la izquierda como la derecha, en sus nuevas encarnaciones, compartían una honda convicción en que la sociedad organizada y burocratizada (lo que la nueva izquierda acabaría por etiquetar y condenar como «el sistema») se había convertido en el rasgo característico del orden del New Deal y estaba asfixiando el alma humana. Muchos en la nueva izquierda equipararon cada vez más el liberalismo del New Deal con lo que ahora llamaban «liberalismo corporativo», un liberalismo dominado por las mismas corporaciones a las que el New Deal había prometido poner freno. En las manifestaciones relacionadas con el Movimiento en Defensa de la Libertad de Expresión en la Universidad de California, Berkeley, en 1964, uno de los primeros eventos que situaron a la nueva izquierda en el panorama nacional, un popular eslogan de pancarta declaraba: «No me doblarán, enrollarán ni cortarán». Remitía a la frase «No doblar, enrollar ni cortar» que aparecía en todas las tarjetas perforadas de 7⅜ por 3¼ pulgadas que en aquel entonces se requerían por miles para ejecutar incluso los programas más sencillos en cualquier ordenador central de IBM. Con ella, los alumnos de Berkeley expresaban su cólera por ser meros engranajes de una máquina gigantesca, tan indiferenciados a ojos de los administradores y

profesores de la universidad como un montón de 1.000 tarjetas perforadas indistinguibles. IBM, que se vendía como la más moderna e innovadora de las empresas estadounidenses, era acusada de socavar la individualidad a través de la reglamentación más tiránica.[60]

Como ocurría con los cabecillas de la insurgencia en el Partido Republicano, gran parte del ruido que inicialmente hizo la nueva izquierda procedía de la Costa Oeste, en particular de California y, más en concreto, del Área de la Bahía. Lógicamente, Berkeley fue una institución crítica para la incubación de la nueva izquierda, y también Haight-Ashbury, el barrio de San Francisco en el que había nacido y florecido la cultura *hippie*. California, tanto para la izquierda como para la derecha, era un lugar para soñar, para desembarazarse de identidades pasadas y para reinventarse.[61]

Si tenemos en cuenta que sentimientos similares estaban permeando en ámbitos tanto de la rebelión del Partido Republicano, que pronto se remodelarían en la nueva derecha, como en la insurgencia de la nueva izquierda, tiene sentido preguntarse: ¿se daba algún tipo de polinización cruzada o de coordinación entre estos dos grupos? No demasiada, al menos en los campus, donde un vehículo para la insurgencia del Partido Republicano, la Young Americans for Freedom, fue una fuerza tan relevante a principios de la década de 1960 como Students for Democratic Society, la organización fundada poco después de Port Huron para luchar por los objetivos de la nueva izquierda. Pero había al menos tres puntos de intersección.

El primero eran las novelas de Ayn Rand. Refugiada de la Unión Soviética cuya vida había cambiado drásticamente con la Revolución bolchevique de 1917, Ayn Rand (seudónimo de Alisa Zinóvievna Rosenbaum) consagró su vida a luchar no solo contra el comunismo, sino contra todas las reformas patrocinadas por el Gobierno, como las encarnadas por el New Deal y el estado del bienestar, que (a su parecer) amenazaban con imponer la tiranía del colectivismo en Estados Unidos. La fama de Rand radicaba en su éxito literario, en particular de las dos novelas que publicó en 1943 y 1957, *El manantial* y *La rebelión de Atlas*. En la década de

1960, habían vendido ya millones de ejemplares.[62]

Cada novela estaba protagonizada por un personaje masculino, el arquitecto Howard Roark en *El manantial* y el ingeniero John Galt en *La rebelión de Atlas*, ambos con unas capacidades, un vigor y una perspectiva extraordinarios y con unos niveles desbordantes de testosterona. Rand retrataba a Roark y Galt como individuos talentosos que habrían podido alcanzar la grandeza tanto a título personal como para la nación estadounidense en la que vivían por sus propios medios. Pero ambos, en las narraciones de Rand, habían quedado obstaculizados por «segundones» y sus benefactores, élites corporativas y gubernamentales entre ellos, que preferían una sociedad reglamentada, predecible y asfixiante a la apuesta por la genialidad, la aventura y la innovación.

Las afiliaciones políticas formales de Rand enraizaban con fuerza en la derecha. Durante las décadas de 1940 y 1950 buscó relacionarse con y participó en círculos neoliberales y libertarios coalescentes que conectaban, por ejemplo, a Henry Hazlitt, el columnista del *Newsweek* que se había erigido en un crítico sagaz de la aquiescencia de Eisenhower con el New Deal, con el propio von Mises, a quien le gustaban tanto el posicionamiento político como las novelas de Rand.[63]Pero los constantes reniegos de Rand en sus novelas de lo que la nueva izquierda denominaba «el sistema», por su supuesto papel en la asfixia del talento y las aspiraciones de las personas, también intrigó a muchas personas que consideraban que su posicionamiento se situaba más cerca del centro o de la izquierda del espectro político de Estados Unidos.

Las novelas de Rand hablaban también de la búsqueda de la liberación sexual entre la juventud. Los escritos de Rand tenían una gran carga sexual. Sus «dueños del universo» se caracterizaban no solo por sus mentes brillantes, sino por el ímpetu irrefrenable de sus libidos. Los encuentros sexuales entre los protagonistas siempre bordeaban el estallido. Rand presentaba a sus protagonistas como hombres protestantes altos, de mandíbula cuadrada, poderosos, irresistibles y dominantes. Había asimilado esta visión sexista de la virilidad (propia del protestantismo anglosajón blanco) durante los

años en que trabajó como guionista en Hollywood, en la década de 1930, y la había incorporado a sus novelas de las décadas de 1940 y 1950. Ahora bien, los personajes femeninos de Rand no eran meras réplicas de estereotipos cinematográficos de los años treinta. Aunque se esperaba de las mujeres duras de sus novelas que, en el desenlace, se sometieran al poder masculino, Rand las dotaba de un anhelo sexual y de una libertad de las obligaciones del matrimonio, la monogamia y la domesticidad poco habituales en otros exponentes de la cultura popular de las décadas de 1930, 1940 y 1950. Rand concedía a las mujeres de sus novelas el tipo de independencia que con tanta perseverancia buscaba para sí misma.

Algunas lectoras, y también lectores, encontraban así en las novelas de Rand una afirmación de su búsqueda de la individualidad y la libertad en un mundo que parecía asfixiar sus talentos y aspiraciones. Dicha afirmación revestía especial atractivo para los adolescentes y adultos jóvenes, que rebosaban una energía sexual incontenible, gran parte de la cual avalaba por entonces el compromiso de la nueva izquierda con la «liberación sexual».

Así, las parábolas de Rand que celebraban la subversión de los roles sociales considerados perniciosos para el alma humana podían movilizarse tanto en apoyo de posiciones de la izquierda como de la derecha. La experta en estudios culturales Lisa Duggan ha escrito acerca de la «voluminosa correspondencia» que atestigua «el atractivo de las novelas de Rand» para un amplio espectro de adolescentes, inclusive en las últimas décadas para quienes buscan una política feminista y *queer*. El experto en temas legales y funcionario de la Administración Obama Cass Sunstein ha confesado su propio embelesamiento con Rand cuando descubrió sus novelas en la década de 1960, siendo un adolescente. La atracción por Rand de Sunstein no duró demasiado tiempo. Esta naturaleza efímera del atractivo de Rand probablemente describa muchos contactos de adolescentes con su literatura. Rand era una «chica mala», en el lenguaje de Duggan, cuyo desprecio por la gente corriente, exhibido con descaro en sus novelas, podía resultar irritante. Aun así, la literatura de Rand abrió una puerta a

la gente joven de diversas orientaciones políticas que bregaban por encontrar una individualidad significativa en un mundo que percibían como excesivamente regulado y agobiante.[64]

El segundo punto de intersección entre la nueva izquierda y la nueva derecha en la década de 1960 fue un diario, *Left and Right: A Journal of Libertarian Thought*, lanzado por Murray N. Rothbard en 1965. Rothbard era un pensador nacido en Nueva York que se formó en las décadas de 1930 y 1940 inmerso en las corrientes de pensamiento socialista y comunista que por entonces fluían a través de su extensa familia inmigrante judía. De adulto, Rothbard repudió su crianza de izquierdas y se convirtió en discípulo de von Mises (y, durante un breve período, también de Rand, antes de desencantarse con ella) y defendió de manera incansable establecer una economía de mercado libre de toda injerencia gubernamental. Rothbard se convirtió en un libertario sedicente, en un oponente acérrimo de la economía organizada y del complejo militar-industrial que el orden del New Deal y la Guerra Fría habían engendrado y en un arquitecto (en la década de 1970) del Instituto Cato financiado por los hermanos Koch. Su principal objetivo era encoger a un tamaño liliputiense el Leviatán estadounidense que había hecho posible el orden del New Deal. Solo entonces la gran tradición de libertad de Estados Unidos, que el New Deal tenía asfixiada, reviviría.[65]

En la década de 1960, Rothbard encontró en las filas de la nueva izquierda interlocutores que compartían su antipatía hacia el Estado centralizado tanto por su supuesto papel en permitir a las empresas dominar la política económica como por la temeridad militar que tanto la nueva izquierda como la nueva derecha libertaria consideraban un producto del complejo militar-industrial del país.

Solo convenció a unos pocos integrantes de la nueva izquierda de escribir para su diario antes de retirarse en 1968. Pero una de aquellas colaboraciones entre la nueva derecha y la nueva izquierda continuó, en formato de un libro que Rothbard coeditó con el por entonces nuevo izquierdista Ronald Radosh titulado *A New History of Leviathan: Essays on the Rise of the American*

Corporate State.[66]En dicho libro, publicado por una gran editorial en 1972, Rothbard y Radosh reunían a una deslumbrante constelación de estudiosos de la primera generación de la nueva izquierda —William Appleman Williams, Martin Sklar y James Gilbert entre ellos— con libertarios de la cuerda de Rothbard. El volumen resultante de estudios se convirtió en un texto fundacional para un nuevo vector de interpretación, etiquetado como «escuela liberal corporativa», que tendría una influencia importante en la escritura de la historia política estadounidense durante el siguiente cuarto de siglo.[67]

El tercer punto de intersección tardaría más en materializarse pero tendría más consecuencias que los dos anteriores: se trata de lo que empezó a cobrar forma en Silicon Valley, donde nuevas formas de capitalismo de riesgo calaban entre jóvenes ingenieros seducidos por la nueva izquierda, y en ocasiones también por el *new age*, y convencidos del poder liberador y transformador del ciberespacio. La carrera de Steve Jobs como comunero y *hippie* «que abrazaba árboles» [manzanos para más señas, en un guiño a Apple] en el Reed College es bien conocida, una experiencia que se considera un preludio crucial a su capacidad para imaginar un nuevo mundo de libertad surgido del ordenador personal. Stewart Brand, el hombre que inventó la expresión «ordenador personal» y a quien se acredita ayudar a generaciones de cerebritos, programadores y piratas informáticos a imaginar el potencial pleno —y la libertad— del ciberespacio, pasó tiempo en la década de 1960 alternando entre dos entusiasmos: por un lado, salir con el grupo de «alegres bromistas» alocados de Ken Kesey y participar en las fiestas psicodélicas que este daba en su casa cerca del campus universitario de Stanford y, por el otro, publicar *Whole Earth Catalog*, un fanzine de dimensiones gigantescas cada página del cual estaba repleta de productos e instrucciones para las personas que huían de Moloch a comunas donde llevar una vida autárquica y autosuficiente.[68]El *Whole Earth Catalog* prescindía de la publicidad, de la promoción de marcas y de los pies de foto superfluos que llenaban las páginas de casi todos los demás catálogos y revistas de Estados Unidos en aquella época.

Abandonaba el «sello de Madison Avenue»[69]y la cosificación de artículos de consumo que comportaban esas ventas agresivas. Rechazaba «el sistema» que habían engendrado las agencias de publicidad de Madison Avenue y, en lugar de ello, se consagraba al pragmatismo y a proporcionar a los lectores el conocimiento que requerían para conseguir la libertad. En la primera página del primer *Whole Earth Catalog*, Brand escribió: «Un reino de poder íntimo y personal está fraguando, el poder del individuo de educarse de manera autodidacta, de hallar su inspiración, de dar forma a su entorno y de compartir su aventura con quienquiera que esté interesado».[70]Brand era por entonces un hombre de izquierdas, pero Reagan, Goldwater, Hayek y Friedman lo habrían tenido difícil para mejorar su articulación de esta dimensión del credo neoliberal. En fechas posteriores, Steve Jobs homenajearía a este ácrata y en su tiempo *hippie* como una influencia crucial en él y describiría *Whole Earth Catalog* como «un Google en tapa blanda treinta y cinco años antes de que naciera Google».[71]

La revolución del ordenador personal aún se estaba incubando en la década de 1960 y no empezaría a irrumpir con fuerza en la sociedad estadounidense hasta finales de los años setenta y principios de los ochenta. Pero muchos de sus arquitectos se consideraban rebeldes inspirados por la insurgencia política y cultural de la década de 1960. También entendían que su éxito dependería de su capacidad no solo de liberar su conciencia y su pensamiento del espantoso modo de proceder de los ordenadores centrales de IBM, sino de recaudar grandes sumas de dinero de capitalistas de riesgo con los bolsillos llenos. Las uniones resultantes de programadores y capitalistas aunarían las versiones de derechas e izquierdas de la ideología neoliberal de modos especialmente potentes. Imprimirían a Silicon Valley su personalidad, lo anunciarían como una demostración concreta de la promesa original del liberalismo clásico de liberar a los hombres para transformar el mundo. La historia de Silicon Valley proporciona una ventana a muchas de las características, anticipadas y no anticipadas, del orden neoliberal que seguiría.

Colmar el potencial del liberalismo clásico solo era una

vertiente del pensamiento neoliberal. Las otras hacían hincapié en el orden por un lado y en la gestión cuidada de la individualidad como recipiente de entradas y salidas de capital humano por el otro. Fue precisamente el carácter proteico del neoliberalismo estadounidense lo que daría a este credo una influencia extraordinaria y le permitiría operar en un amplio terreno y reunir bajo su paraguas conjuntos de actores diversos.

La terminología planteará un cierto desafío a medida que avancemos, porque muchos de los defensores del libre mercado en Estados Unidos acabarían llamándose conservadores, en gran parte debido al robo de la etiqueta de «liberales» por parte de los defensores del New Deal de Roosevelt cincuenta años antes.

Ese atraco es uno de los grandes atracos terminológicos de la historia.[72]Muchos de los máximos exponentes de la historia del auge del neoliberalismo, a resultas de dicha usurpación, acabaron identificándose como conservadores. Pero «conservador» no es un buen descriptor del compromiso con el capitalismo de libre mercado en torno al cual se articulaba su visión del mundo. El capitalismo de libre mercado comporta dinamismo, destrucción creativa, irreverencia hacia las instituciones y una compleja trama de relaciones que incrustan a las personas en dichas instituciones. Dicho de otro modo, ese tipo de capitalismo es la antítesis de lo que valoran los conservadores en el sentido clásico del término: orden, jerarquía, tradición, arraigo y continuidad.

Los protagonistas de la historia neoliberal entendieron perfectamente el mal encaje entre su visión del mundo y una concepción del mundo conservadora. «A causa de la corrupción del término liberalismo —escribió Friedman en 1962—, la concepción que antes se conocía por dicho nombre se etiqueta ahora a menudo de conservadora. Pero no se trata de una alternativa satisfactoria. El liberal decimonónico era un radical, tanto en el sentido etimológico de ir a la raíz del asunto como en el sentido político de propiciar grandes cambios en las instituciones sociales. Y su heredero moderno también debe serlo.»[73]Por más que cada vez fueran más las personas que llamaban conservador a Friedman, él rechazaba esta etiqueta y a lo largo de toda su carrera profesional

insistió en que se lo considerara o bien un liberal o bien un radical.

Hayek expresó una incomodidad similar. «Es preciso reconocer —escribió en 1961— que lo que yo he llamado "liberalismo" tiene poco que ver con algún movimiento político conocido por ese nombre hoy [en Estados Unidos].» Ya no era posible reapropiarse el término, concedía Hayek, forzando a los auténticos liberales como él a hurgar en busca de una etiqueta distinta. «Lo que me gustaría es hallar una palabra que describa el partido de la vida, el partido que apuesta por el crecimiento libre y la evolución espontánea. Pero me he devanado los sesos sin éxito buscando un término descriptivo idóneo.» Rechazaba la alternativa de «libertario» por su regusto a «término fabricado y a sustituto».[74]E impugnaba enfáticamente el término «conservador».

Este rechazo terminológico no era algo que quienes participaban activamente en la política estadounidense pudieran permitirse. Goldwater y Reagan adoptaron la etiqueta de «conservadores». Pero no deberíamos confundir esa adopción con una afiliación con los valores conservadores clásicos de orden, jerarquía, tradición, arraigo y continuidad. Ellos, como otros neoliberales, querían cambiar las cosas. «Neoliberalismo» no es un término perfecto para describir su visión del mundo. Nunca lo ha sido. Desde sus orígenes en las décadas de 1930 y 1940, quienes lo adoptaron quedaron acorralados por el inmenso éxito del primer grupo de nuevos liberales, a la cabeza de los cuales se situó Franklin Roosevelt con la creación del New Deal en Estados Unidos. Con todo, pese a sus problemas terminológicos, los neoliberales lograron colocar con éxito en el panorama público ideas que derribarían el elogiado orden del New Deal en las décadas de 1970 y 1980 y precipitarían la entrada de lo que llamaremos la era neoliberal.

4

Ascenso

A principios de los años setenta, los neoliberales hacía ya décadas que se esforzaban por difundir su evangelio. Sin embargo, salvo algunas figuras que habían despuntado, como Milton Friedman, Ronald Reagan y Barry Goldwater, habían permanecido en los márgenes. E incluso los susodichos eran considerados marginales, demasiado aislados y extremos para constituir un movimiento político mayoritario, por no hablar ya de instaurar un orden político. Todo eso empezó a cambiar mediada la década de 1970, a medida que la dilatada recesión económica generaba frustración y temor. Donantes pudientes con convicciones neoliberales aunaron fuerzas y encontraron candidatos en quienes estaban dispuestos a invertir millones. También establecieron laboratorios de ideas bien financiados a quienes encargaron desarrollar músculo legislativo lo antes posible. En Ronald Reagan hallaron a un candidato capaz de transmitir su mensaje a la opinión pública estadounidense con un deje popular equiparable al atractivo de Franklin D. Roosevelt. Encumbrado a la presidencia en 1980 por electorados que arrebató a los demócratas (los blancos del Sur y los descendientes blancos de inmigrantes en las ciudades del Norte), Reagan empezó a implementar su concepción neoliberal de la vida en un amplio frente: desregularizando la economía, despojando al Gobierno de poder y recursos, remodelando los tribunales y su jurisprudencia, estableciendo nuevas reglas para «liberar» el debate político de las garras de los medios de comunicación del *establishment*, supuestamente inclinados a la defensa del New Deal, y cultivando

un código moral neovictoriano para proteger a los estadounidenses de las sempiternas tentaciones a los excesos de una economía de libre mercado. Los dos mandatos de Reagan no bastaron para hacer una transformación completa. Pero, para cuando dejó la presidencia en 1989, había alterado de manera profunda el paisaje de la política estadounidense. Dinero, votos, políticas, jurisprudencia, influencia mediática y un posicionamiento moral sólido: todos estos elementos formaron parte de la arquitectura de un orden neoliberal en ascenso que fraguó bajo la presidencia de Ronald Reagan.

Llamamiento a las armas neoliberal

Los inicios del ascenso neoliberal fueron bastante inocuos. En 1971, Lewis Powell, por entonces un abogado corporativo de éxito de Virginia, emitió un llamamiento a las armas en forma de nota interna privada que envió al director de la Cámara de Comercio de Estados Unidos. Titulada «El ataque al sistema de libre empresa», la nota catalogaba de tiranía el armazón reglamentario general que el orden del New Deal había construido para gestionar el capital, la mano de obra, las finanzas, las jubilaciones, la pobreza y el medio ambiente. «En Estados Unidos ya hemos avanzado demasiado en algunos aspectos del socialismo de Estado —lamentaba Powell—. La experiencia de los países socialistas y totalitarios —añadía— demuestra que la contracción y la negación de la libertad económica van seguidas, de manera inevitable, por restricciones gubernamentales a otros derechos preciados.»[1]

La incapacidad para luchar de los defensores naturales de la libertad económica en Estados Unidos, especialmente entre la comunidad empresarial, era lo que más molestaba a Powell. Mientras la nueva izquierda seducía la imaginación de estudiantes y profesores universitarios, y posteriormente de los medios de comunicación del país, los líderes corporativos habían permanecido en gran medida callados e inactivos. Había que poner fin a tal complacencia, insistía Powell. Los empresarios y sus

aliados tenían que ser más reivindicativos, crear organizaciones y campañas para promocionar sus valores y competir por el poder político. «Dicho poder —aseguraba Powell— debe cultivarse con asiduidad y, cuando es pertinente, utilizarse de manera agresiva y con determinación, sin remilgos.» Si los empresarios fracasaban en este empeño, corrían el riesgo de perder la pugna por el capitalismo.

Al principio, la nota interna de Powell circuló solo de manera privada entre miembros selectos de la comunidad empresarial. Pero Powell, después de que Richard Nixon lo designara para el Tribunal Supremo en 1971, un columnista del *Washington Post* publicó su contenido para sus lectores. A los estadounidenses de pensamiento liberal les indignó que un jurista que se había presentado como moderado en la sesión de juramento del cargo en el Senado hubiera emitido «en secreto» un llamamiento a las armas tan radical. Con todo, la publicación de la nota de Powell fue un regalo para el movimiento neoliberal, puesto que sirvió como punto de convergencia para multitud de empresarios, intelectuales y futuros legisladores cuya voluntad era restaurar la libre empresa y el libre mercado en el corazón de la vida de Estados Unidos. John M. Olin, el magnate químico que había creado la Fundación Olin en 1953, redobló sus esfuerzos a través de su institución para montar defensas ideológicas para el capitalismo de libre mercado. «La nota de Powell —escribió— da motivos para realizar un esfuerzo bien coordinado con vistas a restablecer la validez y la importancia del sistema de libre empresa estadounidense.»[2]A Joseph Coors Jr., parte de un equipo de hermanos propietarios de la fábrica de cerveza con sede en Colorado Coors Brewery Company, también le inspiró el memorándum de Powell.[3]En 1973, junto con Paul Weyrich, crearon la Fundación Heritage como laboratorio de ideas encargado de difundir los principios y las políticas del libre mercado. Heritage no tardó en tender lazos con los círculos de Mont Pelerin a través de Edwin Feulner, un acólito de Hayek y miembro de la Sociedad Mont Pelerin que sucedería a Weyrich como presidente de Heritage en 1977. Heritage se forjó la reputación de ser un *think tank* políticamente agresivos en el

firmamento neoliberal.[4]

Otro neoliberal (y antiguo miembro de la Sociedad Mont Pelerin), Murray Rothbard, fue instrumental en la creación de la Fundación Charles Koch en 1974, que no tardaría en rebautizarse como el Instituto Cato. Charles Koch era uno de los cuatro hijos de Fred Koch, que había convertido su negocio de refinería de petróleo en Kansas, Koch Industries, en una de las empresas más grandes y prósperas del país. Fred Koch también era miembro fundador de la Sociedad John Birch y legó la intensidad de sus compromisos políticos de derechas a sus hijos. Ningún comité de expertos superaba al Instituto Cato en términos de su hostilidad hacia el orden del New Deal ni en la contundencia de su creencia en los principios libertarios.[5]Otro laboratorio de ideas, el Manhattan Institute, fundado en 1977, empezó a apoyar la labor de George Gilder, cuya celebración del capitalismo de mercado, *Riqueza y pobreza*, se convirtió en una de las biblias de la Administración Reagan y del orden neoliberal emergente tras su publicación en 1981.

Los liberales y los izquierdistas tardaron en identificar la envergadura y la naturaleza coordinada de esta contraofensiva, en parte porque cobró forma fuera de los ámbitos en los que ellos vivían y trabajaban. Dichos ámbitos incluían universidades (y las ciudades universitarias que las rodeaban), salones en Georgetown, sindicatos, instituciones como Brookings, Ford y Carnegie, diarios como el *New York Times* y los tres canales televisivos nacionales preponderantes, la ABC, la CBS y la NBC. Constituían una especie de *establishment* del orden del New Deal, ahora empujado hacia la izquierda por los movimientos estudiantiles radicales. En esencia, aquella nota de Powell había instruido a los simpatizantes del sistema de libre mercado a sortear aquella formación de medios politizados, por considerar que estaba contaminada por el keynesianismo del New Deal por un lado y por la «liberación» de la nueva izquierda por el otro. La llamada a las armas construiría lo que el periodista Sidney Blumenthal había identificado hacía tiempo como un «contra-*establishment*»: *think tanks* que rivalizarían con las mejores universidades como laboratorios de nuevas ideas;

diarios, como el recién creado y fiero defensor del libre mercado *Wall Street Journal*, que se enfrentaría al *New York Times*; nuevas formas de medios de comunicación, como técnicas de buzoneo directo de las que fue pionero Richard Viguerie (y, posteriormente, tertulias en la radio y la televisión por cable), que contrarrestarían la influencia de los medios de comunicación generales y, en especial, de los tres canales televisivos predominantes, considerados reflexiva y peligrosamente liberales; y nuevas formas de movilización política corporativa para influir en la política pública y recaudar fondos para candidatos procapitalistas.[6]

The Business Roundtable, o la Mesa Redonda de Negocios, representaba una forma novedosa de movilización corporativa. Fundada en 1972, su objetivo era alentar a las mayores y más respetadas empresas del país a consensuar una voz política común e intervenir en asuntos políticos apremiantes. En 1978, The Business Roundtable desempeñó un papel fundamental en la derrota de la ley laboral diseñada para reforzar a los sindicatos en sus campañas organizativas. Dicha derrota conmocionó a los trabajadores organizados, que creían contar con el voto favorable del Congreso. El movimiento obrero todavía tendría que tomarle el pulso a The Business Roundtable o a la intensificación de la coalición corporativa antisindical que se estaba preparando para la batalla.[7]

Los comités de acción política corporativa (PAC, por sus siglas en inglés) constituían una segunda forma novedosa de movilización empresarial. Cambios en la legislación de la financiación de las campañas electorales introducidos en la década de 1970 habían posibilitado que empresas individuales pidieran a sus empleados que hicieran aportaciones a un PAC corporativo, lo cual comportaba dejar en manos de los empresarios o ejecutivos de dichas empresas las decisiones acerca de a qué políticas y campañas apoyar. Este cambio en el reglamento incrementó sobremanera el potencial de influencia de las empresas, puesto que el techo de las aportaciones de las PAC permitidas por ley era mucho más elevado que la cantidad que un único individuo adinerado podía donar a un candidato. Justin Dart, propietario de

Dart Industries, una cadena nacional de droguerías con sede en California del Sur, entendió el impacto financiero que podían tener las PAC corporativas. Acometió una campaña que impulsó la creación de cerca de 750 PAC en menos de cinco años (1974-1978), prácticamente decuplicando su número.[8]

Durante cuarenta años, Dart había detestado a Franklin D. Roosevelt y su duradera influencia en la política estadounidense. Sin embargo, la mayoría de los esfuerzos que Dart había hecho desde la década de 1930 para librar a Estados Unidos del orden del New Deal habían fracasado. Pero entonces creyó encontrar en Ronald Reagan a un hombre que podía ayudarle. Dart recaudó grandes sumas de dinero para las dos victorias de Reagan como gobernador de California, con lo cual consiguió sentarlo en la mesa donde se cocinaban los asuntos del gabinete. En los años setenta, redobló sus esfuerzos por poner a su hombre en la Casa Blanca. La habilidad de Dart para abrir compuertas de empresas e inundar el Partido Republicano con dinero de las PAC fue fundamental para sostener a Reagan durante su larga marcha hasta la Casa Blanca.[9]

La organización corporativa de Dart atrajo a otros empresarios y financieros a las filas de Reagan y del neoliberalismo. Entre ellos se contaba William Simon, que en su día había sido socio de la firma de Wall Street Salomon Brothers, secretario del Tesoro durante los gobiernos de Nixon y Ford y apasionado de Ayn Rand desde hacía largo tiempo. En unos términos muy parecidos a los expresados por Powell en 1971, el manifiesto de 1978 de Simon, *A Time for Truth*, llamaba «a una movilización masiva y sin precedentes de los recursos morales, intelectuales y financieros» de las empresas con el fin de «ayudar a los intelectuales y teóricos que luchaban del bando del capitalismo». El libro de Simon estaba repleto de trazas neoliberales. Edith Efron, discípula de Ayn Rand, se había encargado de escribirlo en la sombra. Milton Friedman había proporcionado el prefacio, en el que había elogiado el libro como «brillante y apasionado». Hayek había aportado el prólogo, en el que aseguraba que el libro le había «fascinado tanto», todo un gran halago viniendo del hosco sabio vienés, que se lo había leído de

cabo a rabo de una sentada.[10]Simon expresaba de manera explícita su deseo de llevar las ideas de Hayek y Friedman a la política estadounidense. «Hace mucho tiempo que esa alianza entre los teóricos y los hombres de acción es necesaria», aseguraba. La Asociación Nacional de Fabricantes y la Federación Nacional de Empresas Independientes repartieron decenas de miles de ejemplares de *A Time for Truth* entre sus miembros. El libro también fue un éxito en el mercado minorista, elevado a superventas nacional gracias a la red de distribución de *Reader's Digest*. Simon se consagraría como una figura clave del comité consultivo ejecutivo de empresarios destacados formado para apoyar la campaña presidencial de Reagan en 1980.[11]

Muchos empresarios cautivados por Reagan no eran tan radicales como Simon y, al menos al principio, no se inclinaron por derrocar el orden del New Deal. Muchos de ellos se habían beneficiado durante largo tiempo del fértil conjunto de relaciones entre el mundo empresarial y el Gobierno que el orden del New Deal había engendrado. Pero entonces ¿por qué se mostraban dispuestos a considerar la vía más radical que defendía Reagan? Tres factores sobresalen. En primer lugar, la economía estadounidense tuvo un rendimiento deficiente durante gran parte de la década de 1970, su reputada supremacía mundial había quedado empañada y las herramientas keynesianas resultaban inflexibles y parecían oxidadas. En segundo lugar, el abrupto aumento de artículos extranjeros que anegó el mercado estadounidense hizo que muchos empresarios mostraran menos predisposición a tolerar el poder de la mano de obra organizada. En una era de una competencia internacional renovada y de unos aumentos minúsculos de la productividad, la firma de salarios y beneficios elevados de manera rutinaria, tras el precedente sentado por el Tratado de Detroit de 1950, se había convertido en un riesgo gravoso.[12]Las crecientes sospechas de que la economía soviética estaba en declive y de que, por ende, el sistema comunista representaba una amenaza menor, también pudieron señalar a los titanes corporativos de Estados Unidos que ahora eran más libres de adoptar una posición más antagonista con respecto a los

sindicatos. De hecho, la movilización de The Business Roundtable para rechazar la ley de reforma laboral de 1977 fue un movimiento novedoso, rayano en lo desconcertante, por parte de la patronal estadounidense en un sistema de relaciones industriales que todavía se regía, aparentemente, por las reglas negociadas en el Tratado de Detroit treinta años antes.[13]

El tercer motivo que impulsó a los empresarios hacia Reagan fue su descontento con el constante avance de regulaciones gubernamentales que ni la recesión de la década de 1970 ni el liderazgo político de Estados Unidos, fuera republicano o demócrata, parecían capaces de contener o revertir. En 1970, un presidente republicano, Nixon, había promulgado la Ley de Salud y Seguridad en el Trabajo, que otorgaba al Gobierno federal un poder sin precedentes para supervisar los entornos laborales. Ese mismo año, Nixon promulgó la Ley de Protección Medioambiental, que concedía al Gobierno federal amplios poderes nuevos para regular la calidad del aire, el agua y el suelo. Nixon seguía siendo en gran medida el lugarteniente de Eisenhower y acataba, como había hecho su jefe antes que él, los principios económicos reguladores del orden del New Deal.

El esfuerzo más consecuente por expandir la regulación gubernamental tuvo que ver con cuestiones de raza. Podría decirse que el empeño en lograr la igualdad racial fue el mayor proyecto de ingeniería social acometido por el Estado central estadounidense en la segunda mitad del siglo XX. Tuvieron que integrarse escuelas e instalaciones públicas, hubo que despojar a los estados de poderes de antaño que les permitían discriminar a las minorías raciales en el mundo laboral, y hubo que reducir la pobreza, que afectaba de manera desproporcionada a las minorías. A esta lista de por sí ya formidable cabe añadir una iniciativa que golpeó a los empresarios, grandes y pequeños, en el plexo solar: la tentativa sistemática por parte del Gobierno de eliminar la discriminación racial y de otra índole de los puestos de trabajo.

En este sentido, la iniciativa crucial fue la orden ejecutiva 11.246 del presidente Lyndon Johnson, que pasó en gran medida desapercibida cuando se promulgó en 1965 y la cual prohibía a los

empresarios «discriminar a la hora de tomar decisiones de empleo [...] en base a la raza, el color, la religión, el sexo o el origen nacional». La orden ejecutiva afectaba a las empresas con 51 o más empleados y con más de 50.000 dólares anuales en volumen de negocios con el Gobierno federal; se les exigía que desarrollaran planes de acción proactivos en función de si el análisis de sus prácticas de contratación revelaba disparidades entre los porcentajes de mujeres y personas pertenecientes a minorías cualificadas que solicitaban empleos y los porcentajes contratados. Estas nuevas reglas se aplicaron a miles de empresas que, en conjunto, en la década de 1960, daban trabajo a 23 millones de personas en 73.000 lugares. El Gobierno federal nunca había sometido a tantos empresarios a un escrutinio tan intenso en temas relacionados con la discriminación por sexo o por raza. Una serie de leyes subsiguientes, incluida la Ley Laboral de Igualdad de Oportunidades de 1972 y la Ley contra la Discriminación por Edad en el Empleo de 1974 (también promulgada por Nixon), ampliaron de manera significativa el espectro de comportamientos discriminatorios sometido a supervisión del Gobierno federal.[14]

Para modificar los patrones de contratación se requería hacer un recuento y categorizar a las personas por su raza, género u otros rasgos descriptivos. No sorprende que proliferaran los programas de recuento, cosa que impulsó a la Oficina de Gestión y Presupuesto en 1977 a emitir la Directiva Estadística 15, que daba instrucciones a todos los organismos federales de emplear cinco categorías raciales: blanco, negro, amerindio, asiático e isleños del Pacífico e hispanos, el llamado pentágono etnorracial.[15]Las sanciones por incumplimiento eran lo bastante cuantiosas como para convencer a las instituciones receptoras de financiación federal de reestructurar sus prácticas de contratación para asegurarse, al menos, de aparentar que cumplían la normativa.

Y aunque muchas empresas no se mostraron entusiasmadas con este proyecto de ingeniería racial, se ajustaron bastante a sus imperativos. A medida que los sistemas de revisión de la contratación y el rendimiento se volvieron necesariamente más formales y más complejos, las empresas recurrieron cada vez más a

expertos en relaciones humanas que, agrupados en discretos departamentos de recursos humanos (RR. HH.), profesionalizaron el impulso por estandarizar la clasificación racial y las prácticas antidiscriminatorias en el sector industrial. Este nuevo sistema había hundido tan hondamente sus raíces en el sector empresarial estadounidense en la década de 1980 que, en 1985, The Business Roundtable y sus aliados desairaron la propuesta radicalmente libertaria de Reagan de desmantelarlo y dejar sin efecto la orden ejecutiva original de 1965 que le había dado vida en un origen.[16]

A las empresas y los empresarios más pequeños, en cambio, les resultó mucho más arduo ajustarse a este nuevo régimen. Sus márgenes de beneficios eran menores y contaban con unos recursos disponibles más limitados para garantizar la aplicación de la nueva normativa. Las pequeñas empresas no podían costearse expertos en relaciones humanas ni departamentos de recursos humanos. Entre tanto, un determinado segmento de la comunidad empresarial, sobre todo empresarios que consideraban que regentaban empresas familiares (incluso aunque se hubieran convertido en empresas inmensas o se hallaran en gran medida en manos de accionistas ajenos a la familia), se mostró sencillamente escandalizado por la cantidad de reguladores federales que arremetieron contra ellos en la década de 1970 desde tantos frentes distintos. Los hermanos Koch, que regentaban Koch Industries, encajaban en este perfil de empresa familiar, junto con los hermanos Coors, a la cabeza de la Coors Brewery Company, y Joseph Olin, director de Olin Industries. El propio Barry Goldwater había contemplado la propiedad de su cadena de grandes almacenes con sede central en Phoenix (los Goldwater's Department Stores) en términos de propiedad similares.

Estos individuos consideraban que sus negocios se habían construido a base de la sangre, sudor y lágrimas de sus familias. Interpretaban su éxito económico como un reflejo de sus agallas, de su talento y de su paciencia por un lado y del compromiso de Estados Unidos con la libre empresa por el otro. La idea de que una gran recompensa aguardaba a quienes asumían mayores riesgos era nuclear en su concepción del sueño americano. Y contemplaban a

los inspectores de la Junta Nacional de Relaciones Laborales, la Administración de Salud y Seguridad en el Trabajo, la Agencia de Protección Medioambiental y la Comisión de Igualdad de Oportunidades en el Empleo que llamaban a sus puertas como una quinta columna de agentes comunistas que pretendían destruir esa libertad. A su juicio, los funcionarios gubernamentales eran la vanguardia de la tiranía comunista o, en palabras de Lewis Powell, del «socialismo de Estado».[17]

La rabia de estos empresarios capitalistas hacia el Gobierno y el orden del New Deal perfiló el matiz radical de la revolución de Reagan. Sus miembros nunca dejaron de inspirarse en la declaración realizada por Barry Goldwater en su discurso de aceptación de 1964 de que «el extremismo en defensa de la libertad no es ningún mal». No se reparó en gastos para montar dicha defensa, lo cual explica que los Koch, los Coors y su calaña invirtieran grandes sumas de sus fortunas personales en fundaciones, PAC y candidatos que, a su parecer, podían salvar sus empresas y el sistema estadounidense de libertad que las había hecho posibles.[18]

Victoria electoral

El historiador Steve Fraser apuntó en una ocasión que el orden del New Deal había existido como ideología, como formación política diferenciada y como una serie de relaciones interconectadas que habían aunado a activistas, intelectuales, políticos y donantes mucho antes de ascender al poder en la década de 1930.[19]Podría afirmarse algo similar acerca del orden neoliberal: las partes constituyentes de dicho orden —los donantes capitalistas, los intelectuales, los laboratorios de ideas, los políticos, los medios de comunicación y las tramas personales que los unían— eran ya visibles en la década de 1970. La velocidad con la que se implantó el orden neoliberal en la política a finales de la década de 1980 es inconcebible sin lo que podríamos denominar la «fase silenciosa» de su construcción.

Sin embargo, no hay nada predeterminado acerca del triunfo de un orden potencial, nada asegura que porque se haya preparado a un equipo de líderes, se hayan llenado las arcas con fondos y los comités de expertos hayan ideado ambiciosos planes políticos, un Estado Mayor así organizado vaya a resultar victorioso si se le brinda la oportunidad de pelear. Esa posibilidad depende de un presidente y un partido capaz de comandar a un ejército y conducirlo a la victoria en las urnas.

En Reagan, ese ejército halló a su general. La América del New Deal no se había tomado en serio el auge de Reagan. En retrospectiva, este hecho resulta desconcertante. Reagan no era una figura como Carter, un hombre que a la mediana edad decidió hacer una incursión en la política. Reagan había mostrado preocupación por la política desde finales de la década de 1940. Se había empapado de los escritos de Hayek en la década de 1950. Había alcanzado relevancia nacional en 1964 con su primer discurso televisado para la nación en el que había expresado su pleno respaldo a Barry Goldwater. Se había convertido en gobernador por California en 1966, lo cual lo había situado en las líneas de frente de la resistencia a los movimientos antibelicista, nacionalista negro y de la nueva izquierda de California que tanto detestaba. Asimismo, había empleado sus dos mandatos como gobernador de California para experimentar con la reforma del bienestar, eliminando los subsidios a quienes él consideraba «pobres indignos» y forzándolos a asumir una mayor responsabilidad, aseguraba, por su propio bienestar económico. Y consideraba todo este trabajo como un ensayo para el precio que más ambicionaba tanto a título individual como para su partido: convertirse en presidente del país e imponer su filosofía neoliberal en Estados Unidos.[20]

A diferencia de Carter, Reagan no era indiferente a Franklin D. Roosevelt. Al contrario, lo consideraba el mejor presidente de su vida. Por más que hubiera acabado odiando el New Deal, Reagan tenía prisa por crear un orden político que pudiera rivalizar con este en poder, atractivo y durabilidad. La presidencia de Franklin D. Roosevelt había sido la primera cita del país con el destino;

Reagan imaginaba que la suya sería la segunda.[21]

El sorprendente éxito de Reagan enfrentándose a un presidente en ejercicio (Gerald Ford) en las primarias republicanas de 1976 debería haber dado alguna pista de la pasión y la energía que concitaba. Y, sin embargo, los críticos con Reagan entre los demócratas se dedicaron a desmerecer reiteradamente la seriedad tanto de su personaje como de su política. Millones de personas creían que el carácter de Reagan y su pasado como actor (para más inri, como actor de películas de serie B) lo hacían indigno de la presidencia. Se lo desprestigiaba por considerárselo un peso ligero intelectual. Se lo tildaba de inculto porque le costaba recordar los títulos de los libros que había leído. Y parecía compensar su ignorancia con una capacidad inventiva extraordinaria que lo llevaba a ver el mundo como él creía que debía ser en lugar de como era. Además, en la campaña electoral de 1980, alentó lo que parecía una política nuclear arriesgada e imprudente con los soviéticos.

Ni siquiera después de proclamarse presidente dejó de proferir insultos, aunque con ellos ofendiera a países poderosos. Cundía el pánico cada vez que Reagan calificaba a la Unión Soviética de «imperio del mal» o hablaba sobre dotar a las fuerzas de la OTAN en Alemania con armas nucleares tácticas. ¿Era consciente Reagan de lo que hacía? ¿O se limitaba a jugar a interpretar la historia de *La guerra de las galaxias* —de Luke Skywalker contra Darth Vader— en la vida real? Cuando no estaba azuzando un problema en los asuntos mundiales, andaba dando rienda suelta a su pasión por la ceremonia del Viejo Mundo, materializada en remodelar la Casa Blanca al estilo de la corte de María Antonieta. ¿Y de dónde había sacado la idea de qué aspecto tenía la corte de María Antonieta? De la película *Cantando bajo la lluvia*, por supuesto. Reagan, no Trump, fue el primer fabulador que ocupó la Casa Blanca.[22]

Pero Reagan también era un hombre serio. Aspiraba de verdad a derrotar a la Unión Soviética, y creía poder hacerlo. Estaba honestamente convencido de que el New Deal era una forma de tiranía colectivista y creía que también podía derrocar

ese orden. Y electoralmente tenía un toque mágico que le llevaba a expresar sus ambiciones, tanto políticas como personales, con parábolas convincentes acerca de la libertad en Estados Unidos y de revigorizar la promesa del estilo de vida americano.

En 1980, hacía casi cincuenta años que el Partido Republicano era el partido minoritario en el Congreso. Durante ese medio siglo solo se eligió a dos presidentes republicanos, Dwight Eisenhower y Richard Nixon, y ambos suscribieron los principios del orden del New Deal.[23]Después de 1932, el partido solo consiguió el control de ambas Cámaras del Congreso (en 1946 y 1952) en dos elecciones. Desde que el orden del New Deal se había impuesto, el electorado republicano no había logrado tener unas dimensiones suficientes para poner el país en manos de su partido. Reagan cambió la aritmética política del Partido Republicano sumando dos nuevos sectores de votantes a la base republicana: los votantes blancos (y a menudo evangélicos) del Sur y los blancos hijos de inmigrantes del Norte.

Hasta la década de 1960, los sureños blancos habían sido un pilar del Partido Demócrata. Contemplaban el Partido Republicano como el partido de la emancipación de los esclavos y la igualdad racial, aspectos ambos que (a su modo de ver) habían llevado la ruina a la sociedad sureña previa a la guerra que sus ancestros tanto habían celebrado. Pero el cambio de rumbo del Partido Demócrata con respecto a los derechos civiles a partir de la Administración Truman a finales de la década de 1940 y su culminación con la Administración Johnson en los años sesenta había provocado que muchos sureños blancos renegaban de su lealtad a los demócratas. Algunos de ellos se sumaron a los Dixiecrats de Strom Thurmond en 1948 y muchos más buscaron amparo en la desafiante campaña segregacionista de George Wallace a la nominación presidencial del Partido Demócrata de 1964. La insurgencia de Wallace duró lo bastante (se presentó como candidato del Partido Independiente Americano en 1968) y disfrutó del éxito suficiente para alertar a los operativos del Partido Republicano de que un gran sector del electorado blanco del Sur podría estar buscando un nuevo refugio político. Nixon orquestó

una campaña política que los atrajera al Partido Republicano. Encuadró a los republicanos como contundentes en su defensa de la ley y el orden (y, por consiguiente, capaces de acabar con las insurrecciones raciales que a la sazón causaban estragos en muchas ciudades estadounidenses) y comprometido con el control local y los derechos de los estados. Si bien en general Nixon se negaba a invocar un retorno a la segregación en el Sur, su énfasis en los derechos de los estados señaló a los sureños blancos que el Partido Republicano vería con buenos ojos su voluntad de organizar la vida política y social en sus ciudades y estados como consideraran oportuno, al margen de cómo les dijeran los burócratas federales que debían hacerlo.[24]

El resentimiento político agravó aún más el alejamiento de los blancos sureños del Partido Demócrata. El orden del New Deal siempre se había inclinado hacia el laicismo. Los Gobiernos demócratas estaban llenos de científicos sociales —economistas formados en las universidades y a menudo empleados por estas, sociólogos, científicos políticos, historiadores y abogados— que dejaron su impronta en las políticas del Partido Demócrata. Muchas de aquellas personas no eran antirreligiosas, simplemente creían que la ciencia cumplía una mejor función en la orientación de las políticas públicas que la Biblia. Y también creían, como se ha indicado en el capítulo 1, que el éxito del Partido Demócrata dependía de dejar la religión fuera de la esfera pública. Esta determinación de mantener la religión al margen de la política afloró repetidas veces en la política durante las décadas en las que el orden del New Deal imperó. Incluso es posible discernir esta mentalidad en Eisenhower cuando, en 1952, declaró que Estados Unidos era una tierra de múltiples fes, todas ellas legítimas. Lo único que pedía a cada estadounidense era que caminara por la senda trazada por su dios. El propio Eisenhower instaba a los estadounidenses a contemplar la religión como un asunto privado, no político.[25]

Una estrategia similar informó la decisión del Tribunal Supremo en el *Caso de Engel contra Vitale* (1962), mediante la cual se determinó que los Gobiernos estatales no podían seguir

imponiendo la oración en las escuelas públicas. Los estadounidenses eran libres de profesar su culto en la iglesia, la sinagoga o la mezquita de su elección, afirmó la corte, pero no podían imponer la oración en las escuelas, donde, según apuntaban los magistrados, hacerlo podía comportar conflictos si una fe intentaba imponer sus principios a los estudiantes que profesaban otras religiones. Los querellantes que habían presentado la demanda no eran ateos, sino grupos católicos y judíos que consideraban que la oración en las escuelas de manera invariable favorecía a los protestantes y a la Biblia del rey Jacobo. Era mejor, a su parecer, eliminar la religión de las instituciones públicas y consignarla a la esfera privada donde podía florecer la fe en todas sus variantes. Los querellantes encontraron una justificación en la disposición de la Primera Enmienda, según la cual el Gobierno no podía aprobar ninguna ley «con respecto al establecimiento de una religión». Y el Tribunal Supremo les dio la razón.[26]

La decisión cayó como un jarro de agua fría sobre los evangélicos protestantes blancos. Para ellos, la escolarización siempre había entrañado educar a los jóvenes en el culto a Dios. Que ahora se prohibiera tal instrucción no solo suponía un pecado contra los niños y sus progenitores, sino contra el propio Dios. La sentencia del *Caso Engel* espoleó la cólera contra los demócratas, contra el Tribunal Supremo por interferir de manera anticonstitucional en el funcionamiento de las escuelas públicas, que desde siempre se habían considerado terreno de los Gobiernos locales o estatales, y, en última instancia, contra el Gobierno federal por arrogarse demasiado poder. George Wallace, el gobernador de Alabama recién elegido en 1962, condenó a «este grupo de hombres del Tribunal Supremo» supuestamente influenciado por la ideología comunista por «prohibir rezar una oración a niños pequeños en edad escolar».[27]El predicador Billy James Hargis recordaba más adelante que «aquel fue el verdadero principio del fin de Estados Unidos, el momento en el que el país le había dado la espalda a Dios, y ningún país que hiciera tal cosa sobreviviría».[28]

La ira generada por el *Caso Engel* se enconó durante las

décadas de 1960 y 1970, si bien pasó desapercibida en un momento en el que el país andaba preocupado por la división racial. Mientras preparaba su campaña presidencial, Reagan aprovechó su existencia y su potencia. Entendió que quienes estaban enojados por la exclusión de la religión de la vida pública a menudo eran las mismas personas reticentes a los cambios en las relaciones raciales que les imponían desde lejos.

El mayor logro político de Reagan fue reconciliar una política centrada en restaurar la supremacía y la devoción de los blancos con su propia orientación neoliberal del mercado, su énfasis en la libertad personal y su antagonismo hacia el Estado del New Deal. Lo hizo diciéndoles a los blancos sureños que los cambios en la vida de los estadounidenses que detestaban habían estado propiciados por un partido de gran gobierno —los demócratas— que estaba estrangulando las tan preciadas libertades de los norteamericanos blancos. Según el discurso de Reagan, una camarilla de instituciones liberales de Washington —la presidencia bajo Johnson, el Congreso desesperado por redimirse en la estela del asesinato de Kennedy y el Tribunal Supremo encabezado por Earl Warren— había despojado a los estados sureños de su modo de vida tradicional. La Gran Sociedad de Johnson, denunciaba Reagan, había interferido en patrones de contratación tradicionales en el Sur y en el Norte, en sectores privados como la construcción y también en públicos, como en la policía, los bomberos y otros sectores municipales. Y lo peor de todo era que el Tribunal Supremo había privado a los estadounidenses de la libertad de rezar a Dios al principio de la jornada escolar.[29]

La genialidad de Reagan fue colgar una letra escarlata gigantesca alrededor del cuello del Gobierno federal, identificándolo como una fuerza tiránica que había vulnerado las libertades que los estadounidenses consideraban su derecho de nacimiento: adorar a Dios en la esfera pública, contratar a los empleados que ellos eligieran, vivir entre gente de su misma raza y enviar a sus hijos a la escuela del barrio sin temor a que, en nombre de la justicia racial, los trasladaran en autobuses a otra escuela a muchos kilómetros de distancia. Si se arrebataba al

Estado central la potestad regulativa que se había adjudicado durante los días de extralimitación del New Deal y la Gran Sociedad, argumentaba Reagan, las iniciativas de ingeniería social del Gobierno federal se desmoronarían como un castillo de naipes. Las libertades que Dios había dado a los estadounidenses en cuestión de raza, religión y empleo no tardarían en ser restauradas. Reagan parecía haber encontrado un modo de aprovechar la ira religiosa y racial de los conservadores para impulsar su agenda neoliberal antigobierno. Y eso fue todo un logro.

Halló un socio en Jerry Falwell, que había fundado la Mayoría Moral en 1979 para promocionar los valores cristianos en la política norteamericana y ayudar a impulsar a Reagan a la Casa Blanca. Falwell hacía tiempo que se había sumergido en los escritos de Milton Friedman; en 1980, estaba en disposición de alegar que la Biblia había instruido a los cristianos a adoptar el capitalismo de libre mercado. «El sistema de libre empresa está claramente esbozado [...] en la Biblia —aseguraba—. Jesucristo dejó claro que la ética laboral era una parte de Su plan para el hombre. La gestión empresarial ambiciosa y fructífera está claramente definida como plan de Dios para su pueblo.» Y con idéntica claridad meridiana, creía Falwell, el gran Gobierno no solo era una ruina para la economía y la libertad de religión, sino que se oponía a los preceptos bíblicos. Falwell reclutó a sus simpatizantes evangélicos en una gran campaña política para derrocar el orden del New Deal.[30]

En 1980, Reagan aplastó a Carter tanto en voto popular como en los colegios electorales, imponiéndose en 44 de los 50 estados, casi en tantos como el héroe de Reagan, Roosevelt, en las épicas elecciones de 1936.[31]Los estadounidenses nunca habían elegido a un presidente tan hostil al New Deal. Los blancos se sumaron en masa a Reagan. Y también lo hicieron muchos blancos descendientes de inmigrantes de las ciudades del Norte atrapados en guerras territoriales por empleos, hogares y poder político con los afroamericanos en las ciudades industriales en proceso de desindustrialización. Estos blancos descendientes de inmigrantes se presentarían como «los demócratas de Reagan». Los blancos

sureños y los blancos descendientes de inmigrantes norteños habían sido sectores por tradición proclives al Partido Demócrata, pilares del orden del New Deal. Su apuesta por Reagan en 1980 lo propulsó a la cima. Si los republicanos encontraban un modo de consolidar ese traspaso de votantes y fidelizarlos, poseerían una fórmula electoral para convertir el Partido Republicano en el partido mayoritario durante mucho tiempo.[32]

El neoliberalismo al estilo Reagan

Tras proclamarse presidente, Reagan no tardó en desplegar políticas neoliberales que llevaban largo tiempo marinándose en laboratorios de ideas contrarios al *establishment*. Una política nuclear era la desregulación: retirar al Gobierno la función de supervisar la industria privada. Jimmy Carter ya había dado los primeros pasos en esta dirección, retrocediendo la regulación federal de las telecomunicaciones, las líneas aéreas y el transporte por carretera. Reagan puso el punto de mira inmediatamente en dos pilares del New Deal para aplicar su tratamiento desregulador: el apoyo del Gobierno federal a la negociación colectiva y la tributación progresiva. En 1981 despidió a más de diez mil controladores aéreos que habían ido a la huelga exigiendo un aumento salarial y una mejora de las condiciones laborales. El osado movimiento de Reagan dejó estupefacto al sindicato, la Organización de Controladores Profesionales del Tráfico Aéreo, que había respaldado a Reagan en la reelección de 1980. Fue una señal de Reagan a todos los empresarios públicos y privados de que apoyaría una postura más dura frente a los sindicatos que ningún otro Gobierno desde la década de 1920. En términos simbólicos, su acto tuvo tanto significado como la negativa del gobernador demócrata de Míchigan y el presidente Franklin Roosevelt en 1937 a enviar a la Guardia Nacional o tropas federales a desocupar a los obreros del sector automovilístico que habían tomado las fábricas de General Motors en Flint. Aquella negativa de la década de 1930 indicó que el presidente y su partido estaban decididos a forzar a

las empresas a acordar convenios justos con los sindicatos que habían organizado a sus empleados. De manera similar, el despido de Reagan de toda una plantilla por ir a la huelga equivalió a que un presidente enviara tropas a romper la huelga. Dejó claro que el presidente y el partido dominante estaban preparados para destripar el poder de los trabajadores. A partir de entonces, los trabajadores estadounidenses que iban a la huelga sabían que podían pagar con la pérdida de sus empleos por sus actos. El movimiento obrero estadounidenses sufrió una sangría de afiliados en los años ochenta. El declive en la afiliación a sindicatos no acostumbra a incluirse en los análisis de la desregulación y el éxito neoliberal. Pero, de hecho, no hay ninguna forma más potente de desregulación del mercado que despojar al Gobierno de su capacidad para fortalecer a los trabajadores en sus negociaciones con la patronal.[33]

La Administración Reagan se mostró igual de comprometida con recortar el régimen fiscal elevado adoptado en Estados Unidos por Franklin D. Roosevelt y sus correligionarios en las décadas de 1930 y 1940 y apoyado por todos los presidentes, tanto demócratas como republicanos, desde entonces. En 1981, el Congreso, por presión de Reagan, aprobó la Ley Fiscal para la Recuperación Económica, que reducía los impuestos federales sobre la renta en una media del 23 por ciento y recortaba el tipo marginal más elevado del 70 al 50 por ciento. Una segunda ley fiscal, aprobada durante el segundo mandato de Reagan, redujo aún más el tipo más elevado a un 28 por ciento. Así, en cinco años, Reagan y sus aliados en el Congreso habían reducido espectacularmente la carga fiscal sobre las rentas más elevadas de Estados Unidos en un asombroso 60 por ciento. Estos fueron los actos inaugurales de una iniciativa del Partido Republicano consistente en desmantelar de manera drástica el sistema impositivo progresivo y denegar al Gobierno federal los ingresos de los que dependía tanto su tamaño como su futura expansión. Reagan creía que unos sindicatos y un Gobierno inclinados a utilizar la recaudación fiscal con fines redistributivos ponían en peligro el funcionamiento del libre mercado, el uso productivo del

capital y, por consiguiente, la generación de crecimiento y riqueza. La economía estadounidense solo prosperaría cuando los sindicatos y un Gobierno con una alta fiscalidad fueran doblegados y, si era posible, eliminados. Cuesta imaginar un ataque más directo a los fundamentos del orden del New Deal.[34]

Para limitar aún más al Gobierno federal, Reagan, al acceder al cargo, congeló la contratación de todas las agencias federales civiles y les ordenó que se refrenaran de aprobar nuevas normas reglamentarias. Designó a individuos conocidos por su celo antigubernamental para un departamento federal tras otro. Reagan autorizó a estos administradores a contener en lugar de ampliar el alcance regulador del Gobierno federal. Donald Regan, el secretario del Tesoro de Regan entre 1981 y 1985, ofrece un ejemplo de la labor desreguladora acometida por las personas designadas por el presidente. Regan convenció al Banco Federal de Préstamos Hipotecarios de que permitiera a las asociaciones de ahorros y cooperativas de préstamos, por tradición el sector más regulado de la industria financiera, redirigir los recursos de capital de inversiones seguras a inversiones de riesgo que prometían mayores rendimientos. Este experimento de liberación del mercado no salió bien. Los ahorros y préstamos invertidos de manera irresponsable que condujeron en 1987 a una cascada de quiebras requirieron un rescate gubernamental de 370.000 millones de dólares.[35]

Pero Reagan estaba demasiado determinado para dejarse disuadir por estos fracasos o por las duras condiciones económicas que caracterizaron sus dos primeros años en el cargo. En 1983 y 1984, la economía dio indicios de mejora y Reagan ganó la reelección en 1984.[36]Su segundo mandato estuvo menos marcado por la legislación que por su determinación de reconfigurar instituciones clave, en particular los tribunales y los medios de comunicación, de un modo que beneficiara la revolución neoliberal que había lanzado.

El fiscal general de Reagan, Edwin Meese, lideró la campaña para remodelar los tribunales. Abogado de formación, Meese llamó la atención de Reagan mientras trabajaba en la oficina del fiscal de

distrito del condado de Alameda (California). Designado secretario de asuntos legales del gobernador Reagan en 1967, Meese se convirtió en el jefe de Personal de Reagan en 1969, puesto que mantuvo hasta el final del período como gobernador de Reagan en 1975. Reagan eligió a Meese para presidir su campaña electoral de 1980 y luego para encabezar su equipo de transición presidencial. Una vez en el Despacho Oval, Reagan lo nombró asesor especial del presidente y, en 1985, fiscal general. En el momento en el que se retiró de la función pública, en 1987, Meese llevaba trabajando codo con codo con Reagan cerca de veinte años.[37]

Poco después de convertirse en fiscal general, Meese lanzó un asalto jurisprudencial contra el Tribunal Supremo. Meese acusó a la corte encabeza por Earl Warren (1954-1969) de haberse tomado demasiadas licencias en su interpretación de la Constitución con el fin de justificar una «revolución de los derechos» por una parte y un vasto aumento del poder regulador del Estado central por la otra. La Constitución, alegaba Meese, no contenía un derecho implícito a la privacidad que garantizara a las mujeres acceso a métodos anticonceptivos (y al aborto), ni tampoco podía interpretarse que la cláusula constitucional que otorgaba al Gobierno federal el derecho a controlar el comercio interestatal significara que también investía al Estado central de la autoridad para regular cada aspecto de la economía, desde la fabricación hasta los derechos civiles y desde la agricultura hasta el medio ambiente. En tales casos, aducía Meese, los jueces liberales no estaban dirimiendo si la legislación era o no constitucional, sino que estaban legislando y, por consiguiente, estaban usurpando el poder que la Constitución confería exclusivamente al Congreso y a las asambleas legislativas estatales. Para contrarrestar estas tendencias, en 1985 Meese solicitó una «jurisprudencia de intención original» que exigiera a los jueces cumplir el significado real impartido a las leyes y a los artículos constitucionales por sus redactores.[38]

La génesis de este énfasis en una interpretación estricta de la Constitución había que buscarla en un profesor de Derecho de Yale, Robert Bork, que la había propuesto a principios de la década

de 1970. Luego dicha tesis había migrado a la Universidad de Chicago, donde otro profesor de Derecho, Antonin Scalia, se convirtió en uno de sus defensores. La designación tanto de Bork como de Scalia al Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos para el Circuito del Distrito de Columbia en 1985 por parte de Reagan, nominaciones a menudo reconocidas como un trampolín al Tribunal Supremo, comportó un respaldo al prestigio de sus opiniones para Meese y otros arquitectos ideológicos de la revolución de Reagan.[39]

En un principio, lo que más inquietó a Bork y Scalia fue el uso del lenguaje de los derechos que esgrimió el Tribunal Supremo de Warren para aprobar los objetivos de los movimientos de liberación de las décadas de 1960 y 1970, sobre todo el movimiento en defensa de los derechos civiles y el feminismo. Pero cuando su crítica de la corte de Warren confluyó con las corrientes neoliberales en la Universidad de Chicago, emergió un desafío aún más radical a la jurisprudencia liberal, en esta ocasión dirigido al andamiaje legal de todo el orden del New Deal. La importancia real de dicho desafío se hizo patente en los textos de Richard Epstein, un profesor de Derecho de Chicago profundamente inmerso en las redes neoliberales predominantes en el Departamento de Economía de la universidad.

Epstein argumentó que la expansión del poder del Gobierno federal durante los años del orden del New Deal se había cimentado en una interpretación demasiado vaga de la cláusula de comercio de la Constitución. Desde finales de la década de 1930 y principios de la de 1940, las mayorías liberales del Tribunal Supremo habían extrapolado el poder del Gobierno federal para controlar el comercio interestatal a su autoridad para regular también la fabricación, las relaciones industriales, el bienestar social, los derechos civiles y el medio ambiente. Epstein denunciaba, no obstante, que la amplitud regulatoria *original* de la cláusula de comercio, la única que los juristas estaban obligados a respetar, era más estrecha. Debidamente interpretada, esta cláusula limitaba exclusivamente la potestad regulatoria del Gobierno central a los ámbitos del «transporte, la navegación y las ventas

interestatales». Epstein no escatimó palabras: los amplios usos regulatorios que los jueces del New Deal y los magistrados del Tribunal Supremo de Warren habían hecho de la cláusula de comercio eran «extravagantes» e indefendibles con la Constitución en la mano.

La lógica de la postura de Epstein dictaba que muchas de las instituciones reguladoras establecidas bajo el amparo de la cláusula de comercio, desde la Ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935 hasta la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de Protección Medioambiental de 1970, eran jurisprudencialmente inválidas. Si Estados Unidos reintegraba a la Constitución su verdadero significado, habría que desmantelar gran parte del Estado regulador de la nación y, en el proceso, se restauraría el libre mercado. Epstein había fabricado una bomba para hacer saltar por los aires el orden del New Deal e instituir un orden neoliberal.[40]

Por supuesto, una sola bomba no podía dinamitar cuarenta años de sentencias judiciales, y menos en un sistema respetuoso con los precedentes. Además, este sistema estaba en manos de capas y más capas de jueces federales que habían construido sus carreras sobre interpretaciones elásticas de la cláusula de comercio. Pero los rebeldes «originalistas» tenían intenciones muy serias de desbaratar los precedentes poco sólidos y socavar la jurisprudencia al estilo de Warren. Dichos rebeldes se movilizaron en una organización, la Federalist Society, para reclutar a centenares de jueces originalistas tras su estandarte y conseguir colocarlos, a través de Meese, en la tribuna judicial federal. Meese se anotó una gran victoria con la designación de William Rehnquist como presidente del Tribunal Supremo en 1986 y el nombramiento de Scalia ese mismo año para el puesto de juez suplente de Rehnquist. Meese perdió una dura batalla por la designación de Bork para el Tribunal Supremo en 1987; el sustituto de Bork, Anthony Kennedy, no era un agitador originalista al estilo de Bork o Epstein. Pero los originalistas habían previsto derrotas de aquella clase. Entendían que la toma de la judicatura federal comportaría ciertos reveses. Aun así, el mero acto de preparar a las tropas para una larga

marcha a través de los tribunales revela la escala y la ambición de la insurgencia de Reagan para derrocar el orden del New Deal, en este caso golpeando sus cimientos legales.[41]

Igual de ambiciosa fue la campaña de Reagan desplegada de manera simultánea a la lucha por el originalismo con el objetivo de «liberar» a los medios de difusión de la regulación pública. La libertad de prensa había sido una de las libertades más preciadas de Estados Unidos, recogida en la garantía de la libertad de expresión de la Primera Enmienda. Durante casi un siglo después de que la Primera Enmienda se convirtiera en ley en 1792, se creyó que los instrumentos impresos —diarios, panfletos y libros— constituían toda la prensa. Esta orientación hacia la prensa escrita cambió con la aparición del telégrafo y el teléfono y luego con la invención de la radio y la televisión. Estos nuevos medios de comunicación tenían un poder y un alcance potencial mayor que los diarios. No obstante, el acceso a ellos fue limitado al principio. Debido al ancho de banda finito, solo un número limitado de emisoras podían estar «en antena» de manera simultánea. De ahí que esos nuevos medios de comunicación pasaran a entenderse, de manera novedosa, como servicios públicos que el Gobierno tenía el deber y el derecho de regular. De hecho, a través de la Ley de Comunicaciones de 1934, los agentes del New Deal convirtieron la regulación de los nuevos medios en el interés público en un pilar de su orden político. La Comisión Federal de Comunicaciones (FCC, por sus siglas en inglés) establecida mediante esta legislación velaba por que ninguna empresa mediática se volviera demasiado poderosa o tuviera un sesgo demasiado acentuado en cuando a planteamientos políticos. Tanto es así que, en 1949, la FCC adoptó la «Doctrina de la Imparcialidad», que estipulaba que una empresa de medios (radio o televisión) que emitiera opiniones polémicas tenía que procurar «poner a disposición espacios para la expresión de puntos de vista contrarios defendidos por personas pertinentes con respecto a los temas polémicos presentados».[42]Si la empresa se negaba a hacerlo, la FCC podía sancionarla e incluso quitarla de antena.

Aunque nunca fue fácil de aplicar, la Doctrina de la

Imparcialidad obligó a los medios de comunicación privados a esforzarse por ser objetivos en su difusión de las noticias de actualidad. Se basaba en la creencia de que la regulación pública de los medios audiovisuales era esencial para garantizar que la ciudadanía estadounidense contara con la información neutral necesaria para tomar decisiones políticas informadas.

A los neoliberales de Reagan esta regulación les indignaba, pues la consideraban un ataque a la libertad de expresión. Ed Feulner, director de la Fundación Heritage y miembro de la Sociedad Mont Pelerin, declaró que el Gobierno no tenía derecho a decirles a los medios de radiodifusión y teledifusión qué debían emitir. La intención de la Constitución, argumentaba Feulner, era que la prensa constituyera un libre mercado de ideas, aspiración que no podría materializarse mientras el Gobierno impusiera directrices sobre lo que podía y no podía retransmitirse. Mark Fowler, el hombre designado por Reagan para dirigir la FCC, se mostró de acuerdo. Conocido entre sus críticos como «el monje loco de la desregulación» (debido a su dedicación intensa e inquebrantable para liberar el mercado de las comunicaciones), Fowler expuso un argumento para la derogación de la Doctrina de la Imparcialidad en un informe detallado de la FCC de 1985. En 1986, el Tribunal de Apelaciones para el Circuito del Distrito de Columbia (del cual formaban parte Scalia y Bork) sentenció que la doctrina era «más un estándar regulador que una ley», lo cual implicaba que la FCC podía revocarla cuando estimara oportuno, independientemente de si contaba con la aprobación del Congreso para hacerlo.[43]Desde la presidencia de la FCC, Fowler condujo la Doctrina de la Imparcialidad hacia la extinción en 1987, pero mayorías bipartidistas preocupadas del Congreso bregaron por frenarlo, incorporando sus principios en una propuesta legislativa conocida como la Ley de Imparcialidad en la Radiodifusión. Dicha ley habría obligado a la FCC a continuar rigiéndose por los principios de la Doctrina de la Imparcialidad. No obstante, Fowler tenía a Reagan de su bando y ya había convencido al presidente de vetar la legislación cuando llegara a su escritorio para su firma. «La historia ha demostrado —indicó Reagan en su mensaje justificando

el veto— que los peligros de una prensa claramente tímida o sesgada no pueden evitarse mediante la regulación burocrática, sino solo mediante la libertad y la competencia que la Primera Enmienda pretendía garantizar.» La Ley de Imparcialidad en la Radiodifusión «sencillamente es irreconciliable con libertad de expresión y de prensa garantizadas por nuestra Constitución. A mi juicio, es inconstitucional».[44]La Ley de Imparcialidad en la Radiodifusión murió con ese veto; la Doctrina de la Imparcialidad dejó de guiar la supervisión de la FCC poco después.

La derogación de la Doctrina de la Imparcialidad fue una gran victoria de los neoliberales. Liberó a las emisoras de radio y los canales televisivos de la obligación de presentar noticias que buscaban la objetividad y la imparcialidad. Posibilitó el auge de una nueva generación de locutores radiofónicos impactantes cuya estrategia consistió en cautivar al público con comentarios provocadores y sesgados. Lanzó a Rush Limbaugh, el bulldog radiofónico de derechas, en una asombrosa odisea de tierra arrasada de treinta años que atravesó el terreno de los medios y la política estadounidenses. La tertulia radiofónica de Limbaugh irrumpió en los medios nacionales apenas meses después de la derogación de la Doctrina de la Imparcialidad. Sus opiniones políticas desafiantemente parciales y su deleite en provocar indignación entre sus críticos liberales convirtieron su programa en uno de los más populares, variopintos e influyentes de las ondas durante las décadas de 1990 y 2000. Y también se convirtió en un pilar del movimiento contra el *establishment* de Reagan.

El propio Limbaugh siempre estuvo convencido de que la derogación de la Doctrina de la Imparcialidad había posibilitado su ascenso y su influencia. Con ingenio, etiquetó las iniciativas de restaurar la Doctrina de la Imparcialidad acometidas durante las dos décadas posteriores como el movimiento «La Fiebre del Silencio». Cuando algún oyente, de manera esporádica, cuestionaba su parcialidad, Limbaugh defendía su enfoque de la política en términos de libre mercado. Su programa radiofónico era solo una voz entre muchas, aseguraba; sus opiniones parciales eran esenciales para equilibrar los sesgos más pronunciados de los

supuestos medios liberales: el *New York Times*, la CNN y las tres cadenas de radiodifusión tradicionales. Si a alguien no le gustara lo que tenía que decir era libre de cambiar de frecuencia en el dial de la radio. Que el público, por lo cual se refería al mercado, fuera el árbitro del éxito o el fracaso de los programas en los medios, no el Gobierno.[45]

El éxito de Rush Limbaugh en la radio pronto se vería igualado por el éxito de Fox News en la televisión. Estrenada en 1996, Fox conocería un éxito casi inmediato y acabaría superando a sus cuatro rivales principales —la ABC, la CBS, la NBC y la CNN — en número de espectadores. Su inclinación a mofarse de los dirigentes liberales partidarios del New Deal era similar a la de Limbaugh, como también lo era su devoción por transmitir el mensaje de los exponentes más radicales del Partido Republicano. Solía meter el dedo en la llaga de sus adversarios y de las legiones de personas que lamentaban la derogación de Doctrina de la Imparcialidad declarando que su propio enfoque de las noticias era «justo y equilibrado».[46]De hecho, cultivar la polémica a través de noticias sesgadas era su *raison d'être*. La Fox News que Rupert Murdoch y Roger Ailes construyeron no habría sido posible en un mundo aún gobernado por la creencia del orden del New Deal en que las empresas de medios de comunicación eran servicios públicos al servicio del interés público.[47]

La revolución de las telecomunicaciones que dio comienzo en la década de 1980 habría forzado a cualquier orden político, fuera republicano o demócrata, a ajustarse a sus imperativos. Pero la revocación de la Doctrina de la Imparcialidad y su justificación a tenor de las garantías de la libertad de prensa recogidas en la Primera Enmienda hicieron que cada vez resultara más difícil aplicar una regulación pública relevante a las instituciones mediáticas poderosas en un universo de telecomunicaciones que cambiaba a gran velocidad. Esta revocación había estado orquestada por Ed Feulner, Mark Fowler y otros desreguladores que aprovecharon la oportunidad que Reagan les brindó para difundir la buena nueva del paraíso del libre mercado en Estados Unidos.

La construcción de un Estado militar y carcelario en la era neoliberal

Gran parte de la artillería neoliberal desplegada por los reaganistas encaja en los parámetros descritos en el capítulo 3 como la tercera estrategia del neoliberalismo, la desregulación, que comportaba liberar el mercado y a las personas del control gubernamental. Pocos aspectos de la segunda estrategia —la ampliación de las relaciones mercantiles en ámbitos considerados ajenos al mercado, como la familia, el matrimonio y la educación— tuvieron demasiada repercusión durante la era Reagan. Sin embargo, los reaganistas sí desplegaron la primera estrategia, acumular poder estatal para aumentar la capacidad del Gobierno de modular los mercados, de dos maneras significativas: el fortalecimiento del ejército y la ampliación del sistema de prisiones del país.

Reagan detestaba el Estado soviético y la ideología comunista en que se basaba. Y estaba dispuesto a no reparar en gastos para consolidar un ejército superior al de aquel enemigo mortal. En su primer año al mando, Reagan convenció al Congreso de aumentar el presupuesto militar en un 20 por ciento, seguramente el mayor aumento en defensa en la historia del país, salvo en los momentos en los que estaba inmerso en una guerra sin cuartel. Hacia finales de su primer mandato, las asignaciones a defensa habían aumentado un 34 por ciento, de 171.000 a 229.000 millones de dólares. Reagan combinó este aumento en el gasto en defensa con una retórica cada vez más incendiaria de confrontación con la Unión Soviética. El presidente dejó claro que la era de la *détente* y la acomodación había tocado a su fin. Consciente de la creciente debilidad económica de los soviéticos, Reagan declaró que Estados Unidos iniciaría una carrera armamentística y se dotaría de un ejército con el que la Unión Soviética no podría rivalizar, desencadenando así una «gran crisis revolucionaria» en la patria comunista que «enviaría al marxismo-leninismo al basurero de la historia». Estados Unidos destinaría todos sus recursos a esta última batalla apoteósica con lo que a Reagan le gustaba denominar «el imperio del mal».[48]

La mayoría de los ideólogos del Gobierno reducido en el seno del Partido Republicano no tenían problemas en justificar la masiva ampliación del Estado que requería esta escalada militar. Su objetivo último era asegurarse de que todos los países del mundo fueran seguros para el capitalismo y el libre mercado. Y puesto que el objetivo de Estados Unidos en la Guerra Fría había dejado de ser la contención para pasar a ser el «retroceso», quienes apoyaban este fortalecimiento imaginaban que sería de corta duración y que la espectacular ampliación del ejército estadounidense bajo Reagan era temporal. El atractivo de la tan denostada Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan radicaba precisamente en la esperanza de que abriera un camino rápido hacia la victoria estadounidense en una Guerra Fría aparentemente interminable. Si Estados Unidos lograba diseñar una «cúpula digital» que protegiera la nación de cualquier misil o bombardero nuclear, entonces la doctrina de la *Destrucción Mutuamente Asegurada*, la estrategia que había dejado en tablas la Guerra Fría durante cuarenta años, podría desecharse. A la nueva Unión Soviética vulnerable podría forzársela a rendirse o afrontar la amenaza de una destrucción inenarrable con misiles estadounidenses imparables. Resulta revelador que, por más que los críticos de Reagan ridiculizaran la idea de una cúpula digital que consiguiera destruir el cien por cien de las bombas, los misiles y los proyectiles soviéticos que cayeran sobre el país, el liderazgo de la Unión Soviética, como la Administración Reagan, sí consideraba que la iniciativa de la «guerra de las galaxias» estadounidense cambiaba las reglas del juego. Si, en efecto, conseguía hacer vulnerable a la Unión Soviética, entonces su coste y el gran Estado que requería para implementarlo estarían justificados. El objetivo final no era el estatismo, sino liberar el mundo para el libre mercado.

Si la expansión militar en el extranjero puede entenderse como un esfuerzo por ampliar los mercados capitalistas internacionales, entonces la encarcelación masiva puede interpretarse como un empeño en reforzar los domésticos. Las fuerzas desencadenadas en la década de 1970 por el declive

económico en Estados Unidos y el consiguiente vaciado de los distritos productores en el corazón industrial urbano nacional acecharon al país durante los años de la presidencia de Reagan. El desempleo entre las comunidades minoritarias era alto, con niveles que alcanzaban y a menudo superaban el 50 por ciento entre los hombres jóvenes negros. Muchos de ellos buscaron oportunidades en el tráfico de drogas que se hallaba en plena metástasis en las subcapas del país. Esta economía subterránea se construía sobre la base de principios de mercado emprendedores, pero sus artículos propiciaron la expansión de la drogadicción y se cobraron un duro peaje a sus usuarios: mala salud, incapacidad de retener empleos y el recurso a cometer delitos menores en un intento desesperado por conseguir el dinero necesario para conseguir la siguiente dosis. Los índices de criminalidad se dispararon; muchas zonas urbanas se convirtieron en lugares inseguros, algunos de ellos a niveles desesperantes. Sin ningún programa de empleo público a gran escala en consideración (ya que los reaganistas lo habrían contemplado como una intrusión inaceptable en el mercado al estilo de los keynesianos) y con el estado del bienestar para los pobres descartado por el Partido Republicano como una política fallida, la Administración Reagan adoptó una estrategia de disciplina y castigo: ampliar las fuerzas policiales, aumentar el volumen de arrestos y encarcelar a los delincuentes convictos durante largos períodos de tiempo.

Tanto demócratas como republicanos apoyaron dos duras leyes contra la delincuencia en 1986 y 1988 que, en la década de 1990, hincharían el número de estadounidenses entre barrotes y darían a Estados Unidos la población carcelaria más numerosa del mundo (tanto en términos absolutos como relativos). Una de esas leyes estipulaba la imposición de duras sentencias de cárcel obligatorias por posesión incluso de cantidades pequeñas de *crack* (derivado de la cocaína), la droga más consumida por los negros pobres. En cambio, por tenencia de cocaína en polvo, consumida principalmente por blancos de clase media, las sentencias eran mucho más indulgentes. El porcentaje de hombres jóvenes negros condenados alcanzó unos niveles alarmantes. Entre tanto, la

mayoría de los consumidores de cocaína blancos, considerados una amenaza menor para el orden público, se mantenían fuera del alcance del estado carcelario.[49]

Esta discrepancia en el trato dispensado a los consumidores de cocaína blancos y negros únicamente fue posible gracias a un discurso popular en la época que pintaba a los negros pobres como un sector a la deriva que había quedado fuera del alcance tanto de las políticas sociales como de la disciplina de los mercados; quienes articulaban este discurso estaban convencidos de que la encarcelación masiva de negros era el único remedio que quedaba.

El término clave de este discurso era «subclase». La revista *Time* introdujo este concepto en un reportaje de portada de 1977 argumentando que se precisaba un nuevo término para definir a estos supuestos nuevos habitantes pobres de Estados Unidos. Estos pobres eran «más intratables, más ajenos socialmente y más hostiles de lo imaginable. Son inalcanzables». Vivían en los márgenes de la civilización. «El deprimente entorno» de pobreza concentrada en el que residían «alimentaba en ellos valores que a menudo entraban en conflicto con los de la mayoría, incluso con los de la mayoría de los pobres». Esta subclase estaba produciendo «una cantidad desmedida de delincuencia juvenil, abandono escolar, drogadicción y madres dependientes de la asistencia social, así como gran parte de la delincuencia adulta, la desintegración familiar, la decadencia urbana y la demanda de gasto social».[50]

Técnicamente, el término «subclase» podía emplearse en alusión a los pobres de cualquier color. Ken Auletta había hecho un esfuerzo denodado por aplicarlo de manera indistinta a todas las razas en su libro superventas de 1982 *The Underclass*. Pero, en los Estados Unidos de los años ochenta, se utilizaba como un eufemismo para designar a los negros. Tenía una marcada connotación racista y aludía a unos negros urbanos que eran poco menos que inhumanos e indignos de formar parte de cualquier comunidad «normal» de hombres y mujeres. Muchos estadounidenses blancos creían que no podía hacerse demasiado por redimir a estos pobres; probablemente lo mejor fuera encerrar a los afroamericanos que habían incumplido la ley y ofendido a la

civilización y tirar la llave al mar. Una vez eliminada esta población de la economía y purgada la delincuencia y la inseguridad física de la vida urbana, los neoliberales podrían continuar con su empresa de construir una economía de mercado fructífera.[51]

Puede parecer incongruente explicar que la libertad de mercado y la encarcelación masiva fueron producto del mismo momento. Pero los liberales clásicos y los neoliberales hacía tiempo que defendían la necesidad de delimitar los mercados libres, de limitar la participación en ellos a quienes podían afrontar sus rigores. Los liberales del siglo XIX habían planteado ya tales argumentos, como también lo había hecho Röpke y su banda de ordoliberales neoliberales alemanes en las décadas de 1950 y 1960. Los neoliberales de Reagan estaban siguiendo los pasos de sus predecesores. Así lo habían «ordenado» los mercados para poder funcionar «libremente». Y los legisladores estaban obligados a realizar esta labor.

EL CÓDIGO MORAL DEL NEOLIBERALISMO

Impedir a los jóvenes negros mantener relaciones sociales normales podía hacer que las ciudades fueran más seguras y multiplicar las oportunidades de trocar, permutar y cambiar una cosa por otra, pero no consiguió aislar por completo a la opinión pública «general» de las preocupaciones de los efectos nocivos de una economía de libre mercado. ¿Cómo podía garantizarse que los blancos no caerían víctimas de las tentaciones de la «subclase», el alcohol, las drogas, las deudas y la desestructuración familiar, en una sociedad que anteponía la libertad personal y la indulgencia del mercado a todos los demás valores? Muchos simpatizantes de Reagan adoptaron cada vez más un código moral neovictoriano como respuesta a esta pregunta inquietante, un código que pretendía vacunar a los participantes más vigorosos del mercado frente al peligro de ese mismo mercado.

Los célebres intelectuales Gertrude Himmelfarb y su marido,

Irving Kristol, fueron figuras clave en la elaboración de este código moral.[52]El estudio de Himmelfarb de la Gran Bretaña decimonónica la había llevado a concluir que adoptar sin fisuras el mercado podía ser corrosivo, lo cual significaba que el encuentro de una persona con el mercado tenía que estar regulado en cierta medida. Y si el Estado no proporcionaba dicha regulación, ¿quién debía hacerlo? A lo que Himmelfarb respondió: cada persona debe regularse a sí misma. Lo que tenía en mente no era a la persona de Margaret Thatcher, sola en la sociedad, sino a una persona adecuadamente enclavada en conglomerados de instituciones: la familia y la iglesia, por supuesto, pero también en el amplio archipiélago de organizaciones de voluntariado que Tocqueville había identificado como la característica más esperanzadora de Estados Unidos. Acunada de este modo, la persona adquiriría la personalidad necesaria para participar de manera responsable y provechosa en el mercado. El individuo (y hablo en masculino de manera deliberada) desarrollaría autodisciplina y autocontrol y, por ende, autorrespeto, «una condición previa para contar con el respeto y la aprobación de los demás», escribió Himmelfarb.[53]Este individuo no consumiría de manera irreflexiva, ni por encima de sus expectativas, ni se daría a la bebida, a las drogas o al sexo. Viviría con arreglo a la regla de oro e infundiría a su propia vida y al mundo exterior «virtud moral y cívica». Eso era lo que con tanto atino habían hecho los británicos victorianos en las postrimerías del siglo XIX, según Himmelfarb, para contrarrestar los efectos destructivos de la economía no intervencionista que habían construido. Y era lo que los estadounidenses de finales del siglo XX debían hacer también si querían que la sociedad de mercado prosperara.

Himmelfarb, Kristol y su grupo de neovictorianos formaban un grupo reducido; eran laicos, urbanitas de la Costa Este y judíos en un número desproporcionado. Y, sin embargo, articularon un conjunto de creencias que hallaron eco en millones de estadounidenses de otras regiones y religiones. Estos estadounidenses, en su mayoría protestantes y católicos, compartían con los intelectuales victorianos de la Costa Este el

sentimiento de que los movimientos de liberación de las décadas de 1960 y 1970 —los derechos civiles, el feminismo y los derechos de los gais— habían puesto patas arriba su país y, con este, sus códigos morales. Maridos y padres habían perdido la autoridad en sus familias. Unos programas de bienestar excesivamente generosos estaban premiando la ociosidad y la indulgencia. Se estaba mimando a los delincuentes, a quienes no se exigían responsabilidades por sus actos. Supuestamente, la permisividad había permeado todos los rincones de la sociedad civil, de tal manera que todos los estilos de vida habían acabado por considerarse iguales, incluidos los de las familias monoparentales, los de las madres solteras y los de las personas que vivían abiertamente su homosexualidad.

Para contener esta caída en las peores formas de relativismo moral, los neovictorianos y el movimiento evangélico al cual estaban vinculados contraponían un tradicionalismo moral. Ambicionaban restaurar la autoridad del padre y del marido (en sus círculos sociales, Gertrude Himmelfarb prefería que la llamaran «Sra. de Irving Kristol»); poner fin al bienestar; castigar a los delincuentes; prohibir la homosexualidad; y rehabilitar las familias y, en consecuencia, su capacidad de criar individuos independientes, disciplinados y virtuosos. ¿Podían beneficiarse todos los estadounidenses de este programa? En ocasiones, los neovictorianos decían que sí: muchos eran hombres y mujeres religiosos que aceptaban la enseñanza bíblica según la cual todos los seres humanos son hijos de Dios. En el seno de la vanguardia intelectual de este movimiento, tanto George Gilder como Thomas Sowell estaban convencidos de que el tradicionalismo moral que defendían —y el éxito económico que redundaría del hecho de que las personas se guiaran en sus vidas por un código moral robusto— era accesible a todos los pueblos de Estados Unidos, al margen de su raza o etnia. Sowell, uno de los pocos intelectuales afroamericanos que se sumó al movimiento del libre mercado, insistió de manera reiterada en que los negros eran tan capaces como los judíos, los italianos, los polacos y los chinos de salir adelante por sus propios medios.[54]

Sowell hizo hincapié en este punto no solo para criticar las políticas de bienestar de la Gran Sociedad que, a su modo de ver, habían sido contraproducentes y habían generado conductas disfuncionales entre los pobres negros, sino también para repeler a los tradicionalistas morales inclinados a creer que algunas razas y géneros estaban mejor preparados que otros para gestionar las exigencias de la independencia individual y que, por consiguiente, abrir Estados Unidos a todas las razas, religiones y culturas era sinónimo de problemas. El victorianismo decimonónico se había sustentado en una serie de jerarquías raciales y algunos de los adscritos a las filas del victorianismo del siglo XX habían comenzado a preguntarse si ellos también deberían empezar a diferenciar entre razas «superiores» capaces de llevar una vida moral y disciplinada y razas «inferiores» incapaces de hacerlo. Este sentimiento había empezado a aflorar en el pensamiento del crítico social libertario Charles Murray, sobre todo al desplazar el foco de los efectos destructores de la política del bienestar en las vidas de los pobres a las supuestas divergencias en la distribución de la inteligencia entre los distintos grupos raciales. Y también informó los ataques cada vez más injuriosos del analista Patrick Buchanan contra los inmigrantes latinoamericanos, quienes, según él, representaban una amenaza para Estados Unidos similar a la de los «bárbaros» del Viejo Mundo que habían saqueado Roma.[55]

La perspectiva moral neovictoriana de los años de Reagan fue fundamental para la emergencia del orden neoliberal. Proporcionó a los arquitectos de la América neoliberal de Reagan la seguridad de que el país podía manejar las exigencias de una economía de libre mercado. Aunó a los pobres blancos con las élites blancas del Partido Republicano, articulando un ideal de ardua superación personal que desbordó con fuerza las fronteras entre clases.[56]Aprovechó de manera oportunista y potente el trasfondo racista que subyacía a la vida estadounidense. Este no fue el único código moral que posibilitó el orden neoliberal. Como veremos en el capítulo 5, la orientación hacia el libre mercado neoliberal también alentó un código moral entre los demócratas anclado en los principios de la pluralidad y el cosmopolitismo. Pero el código

moral neovictoriano fue predominante en el seno del Partido Republicano, la institución en gran medida responsable del ascenso del orden neoliberal en la década de 1980.[57]

Aquiescencia y reticencia de los demócratas

Mediada la década de 1980, el nuevo orden político de Reagan ya doblegaba a los demócratas a su voluntad, tal como el orden del New Deal había acorralado a Eisenhower y otros republicanos en los años cincuenta. Los llamamientos a reorientar el Partido Demócrata hacia una ideología de libre mercado, aparecidos inicialmente durante la presidencia de Jimmy Carter, se intensificaron durante la década de 1980. Los supuestos «Demócratas de Atari» se situaron a la vanguardia de los demócratas que defendían que había que reorientar el partido. Consideraban que las industrias de las tecnologías de la información eran el futuro y les alarmaba que Estados Unidos pudiera ceder su ventaja en este sector económico trascendental a los japoneses (Atari era a la sazón un importante fabricante de videojuegos estadounidense). Dichos demócratas estaban más interesados en impulsar la potencia de las altas tecnologías de Estados Unidos que en salvar sectores industriales en declive como el del acero o el textil. Hablaban de la importancia de la innovación y el comercio global, y les impacientaba que los sindicatos insistieran en el proteccionismo y la seguridad laboral de los trabajadores de industrias «del ayer». Querían destinar subsidios e incentivos a los empresarios de tecnologías punteras, someter a la población activa estadounidense a amplios programas de reciclaje para dotarla de las habilidades requeridas por las industrias tecnológicas —ingeniería, programación informática y matemáticas—, así como para el crecimiento económico que beneficiaría a todo el mundo más que una redistribución de los recursos sociales de los ricos hacia los pobres.[58]

El economista de izquierdas Robert Lekachman empleó el término «neo-liberal» para describir a estos nuevos demócratas, en

parte porque era un término que usaban algunos de ellos, como Charles Peters, para describirse. Curiosamente, pocos de estos *neo-liberales* norteamericanos de pura cepa (que solían incluir el guion en este adjetivo cuando lo usaban para hablar de sí mismos) parecían saber mucho acerca de los *neoliberales* que se habían congregado en el Coloquio Lippmann y en la Sociedad Mont Pelerin en París y Suiza entre cuarenta y cincuenta años antes. Sin embargo, la elección de este término para definirse parece haber estado impulsada por el mismo imperativo que había producido el invento terminológico original: el deseo de crear un nuevo liberalismo que fuera a un tiempo distinto de la política de no intervención y del liberalismo del orden del New Deal.[59]

A Lekachman no le gustaba lo que veía en aquellos neo-liberales. Los criticó por aceptar «la primacía de la empresa privada con los brazos tan abiertos como la familia oficial de Ronald Reagan o de Walter Wriston de Citibank». «Prestan poca atención —observó con desaprobación— a la mala distribución de la renta y la riqueza.» Los objetivos de estos neo-liberales «no debían confundirse —añadía— con las aspiraciones liberales tradicionales y honorables del pleno empleo, la cobertura sanitaria universal, la equidad fiscal, viviendas dignas, la rehabilitación urbana, la integración de las minorías en el mercado laboral y la redistribución paulatina de las rentas, la riqueza y el poder». El ideal neo-liberal, concluía Lekachman, «parece un comportamiento inteligente de capitalistas bajo la suave tutela del Gobierno, que estimula a las empresas con mayores recompensas».[60]

El retrato que hacía Lekachman de los neo-liberales demócratas describía a la perfección a Paul E. Tsongas, senador y excongresista por Massachusetts. Nacido y criado en la ciudad de Lowell, Massachusetts, Tsongas había crecido en medio de las enormes fábricas abandonadas de la primera industria estadounidense que entró en declive, la del textil del algodón. Le fascinó el milagro económico que Wang Laboratories, una potente fábrica de alta tecnología con 30.000 empleados, había obrado en su deprimida ciudad natal. La adopción de las tecnologías novedosas, creía Tsongas, podía revivir otros centros

manufactureros en declive de Estados Unidos tal como había hecho en Lowell. Para impulsar al país a entrar en este nuevo mundo, los demócratas tenían que privilegiar la industria privada renunciando a su costumbre. «Nuestras propuestas —escribió Tsongas— presuponen que la economía funcionará mejor cuando la industria privada alumbre el camino.» El Gobierno seguía reteniendo un importante papel, concedía Tsongas, sobre todo en términos de asegurar «una amplia provisión de personas formadas y de suplir las necesidades de las industrias tecnológicas». Pero Tsongas también insistía en que la intervención gubernamental debía ser «limitada» y «desencadenarse en respuesta a señales de la industria privada».[61]

Otros jóvenes demócratas que respondieron al canto de sirena de las tecnologías punteras fueron los senadores Gary Hart de Colorado y Bill Bradley de Nueva Jersey, los gobernadores Michael Dukakis de Massachusetts y Bill Clinton de Arkansas, y el congresista y posterior senador Al Gore jr., de Tennessee. Con Lester Thurow, un economista del MIT, y otros sociólogos que trabajaban en el ámbito universitario, empezaron a abrirse las puertas en el mundo académico.[62]Cuando Walter Mondale, un liberal del New Deal tradicional (y discípulo del abanderado del New Deal Hubert Humphrey), perdió por un amplio margen frente a Reagan en los comicios presidenciales de 1984, los Demócratas de Atari se unieron a un grupo más amplio de funcionarios demócratas frustrados para fundar el Consejo de Liderazgo Demócrata (DLC, por sus siglas en inglés). La intención del DLC era poner distancia entre el Partido Demócrata de la década de 1980 y los predecesores de las décadas de 1930 y 1960 proyectando una visión favorable de la empresa, el libre mercado y las tecnologías avanzadas. La derrota electoral de 1988 (cuando George H. W. Bush se impuso a Michael Dukakis) por quinta vez en los seis últimos comicios, confirmó los planteamientos del DLC. «La vieja política debe ceder paso a las nuevas realidades —podía leerse en el preámbulo de la Declaración de Nueva Orleans de 1990 del DLC —. La ideas y pasiones políticas de las décadas de 1930 y 1960 no pueden guiarnos en la de 1990.» La «misión fundamental del

Partido Demócrata» debe ser «ampliar las oportunidades, no el Gobierno». Los demócratas tenían que reconocer que «el libre mercado, regulado en el interés público, es el mejor motor de prosperidad general». Asimismo, el DLC proclamó su deseo de acercar el Partido Demócrata a posiciones republicanas en cuestiones de política social y tradicionalismo moral. «Nuestros dirigentes deben rechazar las demandas [al Gobierno] que merezcan menos la pena.» El DLC pedía a los demócratas que priorizaran «la prevención de la delincuencia y el castigo de los delincuentes», en lugar de «excusar su comportamiento». Además, los demócratas tenían que trabajar «para incorporar a los pobres en la economía general del país, en lugar de sufragar su dependencia».[63]

Claramente, el DLC continuaba suscribiendo las creencias básicas del Partido Demócrata en cuanto a «políticas de inclusión», «igualdad de derechos y plena ciudadanía», así como en supervisar que el Gobierno «respete la libertad individual y se mantenga al margen de nuestras vidas privadas y decisiones personales». Pero el discurso sobre el libre mercado, la ampliación de las oportunidades económicas, el castigo de la delincuencia y el fin de la dependencia del bienestar se había tomado prestado del manual del Partido Republicano de Reagan. El hombre que presidía el Consejo de Liderazgo Demócrata en 1990 y que aspiraba a conducir el Partido Demócrata hacia su futuro neo-liberal era el gobernador de Arkansas Bill Clinton.[64]Clinton había accedido a asumir esta función cuando Al From, una figura clave del DLC, lo convenció de que le allanaría el camino para ganar la nominación a la presidencia por el Partido Demócrata en 1992.[65]

La fuerza creciente del DLC no debe interpretarse como una conquista por parte del neoliberalismo de todo el Partido Demócrata en 1990. Los afroamericanos, que ahora eran uno de los electorados más leales del partido, dejaron claro que no tolerarían retrocesos en los derechos civiles, las medidas a favor de las minorías o el bienestar. Cuando, en 1987, Reagan había designado al Tribunal Supremo a un hombre (Robert Bork) que parecía amenazar todos los avances que la corte encabezada por el juez

Warren había hecho en materia de derechos civiles (y de derechos reproductivos de la mujer), los senadores demócratas desplegaron una oposición férrea que dio su fruto. La mano de obra organizada era otro sector de electorado favorable al Partido Demócrata y, aunque su número de afiliados se hubiera reducido, mantenía un flujo constante de donaciones al partido y llevaba a cabo grandes iniciativas de participación electoral los días de los comicios. Los trabajadores sindicados de los sectores del automóvil, el acero y la electricidad no estaban dispuestos a dar la espalda a las industrias que durante largo tiempo les habían procurado una buena vida ni a suscribir los programas de reciclaje sospechoso que promovían los entusiastas de las tecnologías.

Estos trabajadores y sus líderes sindicales argumentaban que Estados Unidos necesitaba mantener una base manufacturera con empleos bien remunerados y que debería imponer los aranceles necesarios para hacerlo. Entre las filas de estos demócratas destacaba Tip O'Neill, portavoz del Congreso durante gran parte de la década de 1980, y cada vez más el senador Ted Kennedy, ambos de Massachusetts. El sorprendente éxito temprano de la campaña de Jesse Jackson para la nominación presidencial del Partido Demócrata en 1988 demostró que una alianza entre el movimiento en defensa de los derechos civiles y el sindicalismo podía ofrecer un camino prometedor para volver a situar en primer plano unas políticas al estilo del New Deal.[66]

Algunos de los intelectuales que habían cerrado filas en torno a estos hombres creían que la mejor manera de mejorar el futuro de los ciudadanos más pobres de Estados Unidos no era mediante la desregulación sino mediante la emulación de la economía japonesa, que premiaba no los mercados domésticos libres, sino los sometidos a una fuerte protección, y que había triunfado no mediante políticas neoliberales, sino mediante una regulación exhaustiva de las empresas por parte del Estado. La gestión de la economía japonesa se parecía mucho más a la regulación de mercados de la era del New Deal que a ninguna de las propuestas defendidas por la Administración Reagan. Los estadounidenses que tenían la vista puesta en Japón aspiraban a restablecer las

asociaciones entre patronal, trabajadores y Gobierno que habían guiado la política industrial durante las décadas de 1930 y 1940, en lugar de ceder a la empresa privada la primacía que Tsongas y otros neo-liberales demócratas consideraban imperativa. Felix Rohatyn, un financiero afincado en Nueva York y radicalizado por su papel en el rescate de la ciudad de la bancarrota en la década de 1970, había concluido que una consideración excesiva por el mercado y su funcionamiento condenaría a demasiadas zonas industriales y urbanas antiguas como Nueva York a la penuria, la miseria y la disfunción social. Para ahorrarle tal destino a Estados Unidos, Rohatyn abogaba por recuperar una forma de planificación que en el pasado se había relacionado con la Corporación Financiera para la Reconstrucción, la cual había ejecutado numerosas intervenciones con éxito en los Estados Unidos de la década de 1930.[67]

La reserva de apoyos que Tip O'Neill y Ted Kennedy tenían en el Congreso y en el Senado era lo bastante extensa como para ralentizar el progreso de la revolución de Reagan y mantener vivas las esperanzas de un futuro económico alternativo. Además, la revolución de Reagan perdió en parte fuelle con el deterioro de la agudeza mental del presidente durante sus dos últimos años en el cargo, así como cuando el Gobierno tuvo que defenderse de las acusaciones de que su aventurismo en la política de exteriores en los países del Tercer Mundo había quebrantado numerosas leyes. Las ambiciones internacionales de Reagan también se vieron obstaculizadas por el poder geopolítico que continuó teniendo la Unión Soviética; a pesar de estar debilitado por una economía en recesión, el país comunista seguía reteniendo la fuerza suficiente para negar a los capitalistas estadounidenses la entrada a mercados a los que ansiaban acceder.

No obstante, las consecuencias de la arremetida de Reagan contra el orden del New Deal fueron innegables. Un nuevo orden, que primaba el libre mercado, había arraigado. Un rosario impresionante de donantes, fundaciones, laboratorios de ideas y nuevos líderes políticos se había reunido bajo su estandarte. El cultivo de nuevas circunscripciones electorales demostró que el

Partido Republicano podía estar consagrándose como el nuevo partido mayoritario de Estados Unidos. Las holgadas victorias en las elecciones presidenciales de 1980 y 1984 espolearon a los dirigentes del Partido Republicano a lanzar osadas iniciativas de desregulación en un amplio terreno. Los neoliberales reaganistas revisaron su pensamiento legal y sus designaciones judiciales para asegurarse de que sus políticas sobrevivían a los desafíos en los tribunales estadounidenses. La revocación de la Doctrina de la Imparcialidad les permitió abrir nuevos frentes en la pugna por la opinión pública. Y la elaboración de un código moral neovictoriano volvió a desplazar la responsabilidad del bienestar del Estado a la persona, donde los neoliberales consideraban que debía residir.

Que una nueva generación de demócratas hubiera empezado a hacer suyos principios neoliberales era un claro indicio del ascenso de esta ideología. La Unión Soviética se sentía cada vez más asediada a medida que sus dirigentes se mostraban incapaces de equiparar el desempeño económico y los avances tecnológicos de Estados Unidos. El orden neoliberal todavía no había triunfado. Pero había disfrutado de una formidable década de avance.

5

Triunfo

En 1989, la Unión Soviética seguía siendo una de las dos superpotencias del mundo. Eclipsaba en tamaño a todos los demás imperios territoriales. Poseía un arsenal nuclear formidable y el mayor ejército del planeta. Su poder e influencia se extendían mucho más allá de sus fronteras, hasta Vietnam en el este de Asia, la Alemania del Este en la Europa occidental, Irak y Siria en Oriente Medio, porciones del África meridional y Cuba y Centroamérica en el hemisferio oeste. A nivel interno, en sus más de setenta años de existencia, se había embarcado en lo que el historiador Ian Kershaw ha denominado «el experimento político más destacable de los tiempos modernos», sustituyendo el capitalismo por el comunismo, la propiedad privada por empresas estatales y el *homo economicus* por el "hombre soviético".[1]Durante la mayor parte de ese período, su poder, su ideología comunista, su ateísmo y su atractivo para el Tercer Mundo suscitó temor en los corazones de los legisladores estadounidenses. Millones de norteamericanos consideraban el sistema comunista como una amenaza existencial a su modo de vida. Para ellos, ser comunista en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial era ser enemigo de Estados Unidos, una amenaza mortal a la tradición de la libertad y la libre empresa del país y una violación de todos los aspectos decentes y morales de la vida en Estados Unidos.

Y entonces, en diciembre de 1991, en un gesto casi sin precedentes en la historia humana registrada, la Unión Soviética, la sede del comunismo, se desmanteló de manera rápida y pacífica.

Varias exrepúblicas soviéticas se proclamaron países independientes y el resto se unieron en una nueva forma de gobierno llamada Comunidad de Estados Independientes (CEI). La CEI podía ser difícil de definir, pero lo que estaba claro era que no era comunista. Antes de enviarse a sí misma a la papelera de la historia, la Unión Soviética había liberado a sus colonias en la Europa del Este sin apenas disparar un tiro. Entregó sin pelear su porción de Berlín, el preciado premio entregado al Ejército Rojo por sus años de batalla a vida o muerte contra la maquinaria bélica nazi en la Segunda Guerra Mundial. Un joven coronel del KGB destacado en Dresde a la sazón vería aquella retirada voluntaria de la Unión Soviética de Alemania y la Europa del Este y su autodisolución como el momento más bochornoso y humillante de la historia de Rusia. Se llamaba Vladímir Putin.[2]

Putin ansiaba desesperadamente que la Unión Soviética luchara por su vida, a toda costa. A lo largo de la historia, eso es lo que la mayoría de los imperios en decadencia habían hecho. Algunos habían ido a la guerra. Otros habían intentado salvarse mediante reformas internas y luego habían reprimido a sus súbditos cuando las reformas habían desencadenado vientos de cambio que nadie había anticipado. La Unión Soviética podría haber sobrevivido de este modo durante décadas después de 1991, sobre todo porque nadie, más allá de los muyahidines de Afganistán, estaba dispuesto a enfrentarse a ella. Con 500.000 soldados desplegados en la Europa del Este aún en 1989 y decenas de miles de ojivas nucleares distribuidas por todo el país y capaces de llegar a cualquier destino en la Tierra en un intervalo comprendido entre minutos y horas, la URSS seguía poseyendo una capacidad formidable para sembrar el caos y la destrucción entre sus enemigos.

Ciertamente, la Unión Soviética se había debilitado en las décadas de 1970 y 1980. Había tenido problemas para mantener el ritmo económico del Occidente capitalista, sobre todo para proporcionar a su población, en la cantidad y la calidad demandadas, los artículos de consumo que se estaban convirtiendo en sellos distintivos de las sociedades fértiles. Por otro lado,

equiparar la expansión militar de Ronald Reagan y su presupuesto destinado a defensa y desplegar su propio escudo antinuclear para protegerse del impacto de la Iniciativa Defensiva Estratégica de Estados Unidos había sometido a presión la economía y la capacidad tecnológica de la Unión Soviética. Los avances técnicos no se vieron obstaculizados por la escasez de científicos (pues los había en multitud en la Unión Soviética), sino por la reticencia del Estado a permitir la circulación libre de información e innovación entre ellos que se requería entonces para avanzar en la revolución de las tecnologías de la información. En un momento de la década de 1980 en que el número de ordenadores personales en Estados Unidos superaba el umbral de los 25 millones, la Unión Soviética poseía unos míseros 200.000 ejemplares, menos del 1 por ciento del total estadounidense.[3]

La Unión Soviética también atravesaba una crisis de liderazgo. No disponía de un mecanismo eficaz para transferir el poder a una nueva generación. En las décadas de 1970 y 1980, sus antiguos líderes se habían mantenido en el poder mientras habían podido, algunos de los últimos —Leonid Brézhnev y Yuri Andrópov en concreto— prácticamente habían acabado siendo «muertos vivientes» en el cargo. En los meses postreros de vida de Andrópov, en 1985, el único órgano de su cuerpo que parecía funcionar adecuadamente era su cerebro. Mijaíl Gorbachov, el hombre que sucedió a Andrópov en 1985, había demostrado una capacidad extraordinaria para interpretar los designios de unos jefes que ya rara vez parecían emitir órdenes, capacidad que lo ayudó a ganarse su favor y a posicionarse para sucederlos como primer ministro de la Unión Soviética y secretario general del Partido Comunista Soviético.[4]

Gorbachov se había forjado dentro del partido, medrando de manera constante e inteligente a través de sus filas. Había logrado mantener viva una fe genuina en el socialismo, convirtiéndose así en uno de los últimos en los escalones más altos del liderazgo soviético en hacerlo. Heredero de la semirrevolución de 1956 de Jruschov, Gorbachov tenía la firme convicción de que el comunismo podía reformarse de verdad y de que era posible

aplicar un socialismo con rostro humano. Esa postura dio forma a su adopción de las políticas reformistas de la glásnost («transparencia») y la perestroika (la reconstrucción económica que permitiera la mercantilización y la privatización) con el fin de revitalizar la política y la economía de su país. Y cuando esas políticas desencadenaron consecuencias imprevistas, como el estallido de nacionalismos secesionistas y de la democracia popular tanto en las repúblicas soviéticas como en las colonias satélite del país en Europa del Este, Gorbachov declinó en repetidas ocasiones contener las reformas o actuar de manera represiva.[5]

Gorbachov podría haber pivotado hacia esta última en 1989, tal como estaban haciendo sus homólogos comunistas chinos precisamente en ese momento al atacar el movimiento democrático chino congregado en la plaza de Tiananmén de Pekín con tanques, soldados y balas. Al analizar el caótico estado de su país en 1989, el primer ministro chino, Deng Xiaoping, llegó a la conclusión de que las élites dirigentes chinas solo gestionarían con éxito la transición del comunismo al capitalismo si repudiaban las aspiraciones de reforma democrática. Deng Xiaoping demostró un pragmatismo brutal en su determinación de preservar el poder del Partido Comunista chino a toda costa. Gorbachov no. Gorbachov, el último de los socialistas utópicos, había decidido que, si no era posible salvar el socialismo de una manera democrática, entonces no merecía la pena salvarlo.[6]

Dicha convicción explica que Gorbachov dejara pasar varias oportunidades de restaurar el poder de los comunistas en su país entre 1989 y 1991, así como el de la Unión Soviética en los asuntos mundiales. Podría haber enviado los tanques de su país a la Europa del Este en 1989 para aplastar las revueltas populares contra el Gobierno comunista, tal como habían hecho sus predecesores en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. Pero no lo hizo. Podría haber generado animadversión hacia Occidente en 1990 y 1991 cuando Estados Unidos, con el respaldo de la ONU, envió un ejército gigantesco a Arabia Saudí para expulsar al líder iraquí Sadam Husein de Kuwait y quedarse con las reservas de petróleo del pequeño emirato para la Europa occidental, Japón y Estados

Unidos. Gorbachov podría haber amenazado con represalias militares en 1990 cuando Occidente rompió su compromiso, primero, de mantener a la Alemania reunificada fuera de la OTAN y luego de evitar que la OTAN invadiera la frontera occidental de la Unión Soviética.[7]En agosto de 1991, un grupo de oficiales soviéticos de alto rango se presentaron en el refugio de Gorbachov en Crimea para rogarle que tomara medidas drásticas contra los reformistas democráticos del país y restableciera la autoridad comunista. De haberlo hecho, miles de funcionarios soviéticos de la élite, militares y civiles, respaldados por centenares de miles de soldados, probablemente se habrían unido a él. Pero, nuevamente, Gorbachov declinó acometer ninguna acción que socavara la glásnost y la perestroika. Un intento de golpe de Estado que no contaba con su apoyo fracasó. Al poco, Gorbachov dimitió de su cargo. La Unión Soviética, uno de los imperios más poderosos que el mundo haya conocido, pasó a la historia sin hacer ruido.[8]

Por su parte, Estados Unidos podría haber mostrado algún tipo de aprecio hacia un líder soviético que le ahorró al mundo la violencia, tanto interna como externa, que podría haber acompañado perfectamente la muerte de la Unión Soviética. En contadas ocasiones lo hizo, sobre todo en esporádicas declaraciones del sucesor de Reagan en la presidencia, George H. W. Bush, que entendió la volatilidad implícita en ese momento de transición y la facilidad con la que los acontecimientos podrían haber derivado en una espiral de guerras internas y externas devastadoras. Pero, en general, dicho aprecio y la humildad escasearon por la parte norteamericana. En lugar de ello, los estadounidenses se congratularon por haber derrotado al enemigo más poderoso al que se había enfrentado nunca su país. Los republicanos argumentaron que las duras políticas de Reagan —su franqueza retórica, el fortalecimiento militar ilimitado y la liberación del capitalismo de libre mercado— habían hecho caer a la Unión Soviética. Los simpatizantes de Reagan alegaban que los demócratas, y también los republicanos antes de que Reagan se proclamara presidente, habían sido demasiado tibios con el comunismo. Su hombre se había quitado los guantes, había

denunciado a la Unión Soviética como «el imperio del mal», había ampliado el poderío militar de Estados Unidos y había amenazado con una guerra, incluso con una nuclear, contra la agresión comunista. Reagan había llevado la victoria a Estados Unidos, al estilo de vida americano y, por último pero no por ello menos importante, al neoliberalismo. «La base de la doctrina comunista ha muerto —exclamó el halcón de la seguridad nacional Paul Nitze en 1989—. *Occidente* ha obtenido una victoria ideológica de unas dimensiones tremendas.»[9]El futuro que aguardaba era un futuro con todo lo que representaban los Estados Unidos de América de Reagan y lo que no representaba el comunismo: mercados libres, economías desreguladas, libertad política, individualismo y fe religiosa.[10]

Aunque los reaganistas se precipitaran en anotarse el crédito de la disolución de la Unión Soviética, no se equivocaron acerca de las enormes implicaciones de su desintegración. Las ondas expansivas inmediatas generadas por los acontecimientos de 1989 a 1991 no fueron tan sísmicas como las causadas por la Revolución rusa de 1917, pero sí tuvieron unas repercusiones parecidas e igual de duraderas. Una consecuencia de la caída del comunismo resulta evidente: abrió una gran parte del mundo —la antigua Unión Soviética y la Europa del Este en particular— a la penetración capitalista. Después de 1991, los capitalistas y el capital penetraron en la Europa del Este, junto con falanges de economistas occidentales, muchos de los cuales predicaban la terapia de *shock* del libre mercado como la mejor manera de implantar principios capitalistas de forma rápida y potente. Polonia, Estonia, Lituania, Letonia, Hungría, Checoslovaquia y la propia Rusia figuraron entre las nuevas naciones dispuestas a adoptar el capitalismo de libre mercado. No ocurrió así con China, que fue mucho más cautelosa y combinó dichas prácticas con el control del Estado por parte del Partido Comunista chino. Aun así, el capitalismo dio un enorme paso adelante en China también después de la desintegración de la Unión Soviética en 1991, con tasas de crecimiento económico deslumbrantes con las que Deng Xiaoping reivindicaba su convicción en que el desarrollo capitalista podía darse en el seno

de un marco político autoritario. Durante toda la década de 1990, el Gobierno comunista de Deng Xiaoping despidió a 20 millones de obreros de industrias estatales para ponerlos a disposición de empresas híbridas público-privadas. Empresas occidentales y japonesas se apresuraron a aprovechar las oportunidades económicas que Deng Xiaoping había hecho oscilar ante sus ojos, entre las cuales se incluía una inmensa masa de trabajadores chinos que necesitaban empleo y estaban dispuestos a trabajar por una mísera porción de los salarios que cobraban grupos de empleados paralelos en Japón, Europa y Estados Unidos. En toda la década de 1990, las exportaciones de China se quintuplicaron, de tal manera que su sector manufacturero se convirtió en una parte esencial de las cadenas de suministro globales. El comercio mundial de artículos manufacturados se duplicó en los años noventa y volvió a hacerlo en la década de 2000. En todos sitios, salvo en Cuba, Corea del Norte y quizá Albania, el antaño impenetrable telón de acero se hacía jirones. Y el capitalismo tomó el mundo con una agresividad no vista desde antes de la Primera Guerra Mundial.[11]

Otra consecuencia de la caída del comunismo puede antojarse menos evidente, pero reviste una importancia similar: eliminó lo poco que quedaba en Estados Unidos del imperativo del compromiso de clases. El compromiso entre el capital y la mano de obra había sido uno de los fundamentos del orden del New Deal. Los trabajadores habían conseguido tributación progresiva, seguridad social, subsidio por desempleo, el derecho a organizarse, un compromiso nacional con el pleno empleo, el respaldo del Gobierno en la negociación colectiva y poner límites a la desigualdad entre ricos y pobres. Por su parte, el capital había obtenido la garantía de que el Gobierno intercedería para suavizar el ciclo económico, mantener el entorno fiscal y monetario que asegurara unos beneficios razonables y contener el poder de la mano de obra.

En la década de 1990, el capital todavía requería la ayuda del Gobierno de Estados Unidos para ordenar los mercados. Pero en un mundo despojado del comunismo, su archienemigo de antaño, la

necesidad de mantener compromisos con los trabajadores cada vez era menor. Después de 1991, ningún país ni movimiento del mundo estuvo en posición (o al menos eso parecía) de desafiar el modo capitalista de organizar la vida económica. Quizá entonces ya no hubiera necesidad de que los capitalistas compraran la garantía frente a tales desafíos pagando a los trabajadores estadounidenses los altos salarios que el orden del New Deal imponía. Al contrario, las políticas de garantía de salarios altos podían abandonarse y las manifestaciones de los trabajadores contra los recortes salariales ignorarse o responderse con amenazas de deslocalizar la producción. Los defensores de este orden capitalista hiperglobalizado argumentaban que lo que los trabajadores estadounidenses perdieran en materia salarial se compensaría con la caída del coste de los productos de consumo que ahora se fabricaban en el extranjero por una pequeña fracción de su coste previo.

La ofensiva contra la mano de obra organizada en Estados Unidos en realidad llevaba en marcha desde la década de 1970, impulsada por la decisión de Reagan en 1981 de despedir a los miles de controladores aéreos que se declararon en huelga. A principios de los años noventa, la afiliación a sindicatos se había reducido prácticamente a la mitad en comparación con la de la presidencia de Nixon, pasando de un 29 a un 16 por ciento de la mano de obra no agrícola.[12]Los sindicatos jóvenes e innovadores del sector público consiguieron mantenerse a flote durante la década de 1990, ayudados por gobiernos municipales y estatales que quedaron bloqueados en sus lugares, incapaces de deslocalizar sus operaciones a otro punto en busca de una mano de obra más barata.[13]En cambio, las empresas privadas no estaban tan limitadas. La facilidad con la que podían desplazar la producción al extranjero en el mundo capitalista global poscomunista las envalentonó a resistir a las demandas de sus trabajadores de unos salarios y unas condiciones laborales mejores. A principios del nuevo milenio, el porcentaje de trabajadores del sector privado afiliados a sindicatos se había hundido a un nivel (9 por ciento) no visto en Estados Unidos desde la década de 1930, un tiempo

anterior a la gran rebelión laboral de mediados de los años treinta que impulsó el nacimiento del orden del New Deal.[14]En 2000, la matriz institucional que había dado ganancias tan importantes a la mano de obra durante el orden del New Deal prácticamente había sido borrada del mapa.

De ahí que no sorprenda que las desigualdades económicas aumentaran de manera tan pronunciada en estas circunstancias, hasta niveles previos al New Deal. Entre 1980 y 2005, el 1 por ciento de las rentas más altas recibía más del 80 por ciento del incremento de los ingresos del país, duplicando su cuota de la riqueza general de Estados Unidos. La proporción de las ganancias anuales de los CEO con relación a las del trabajador medio prácticamente se triplicó en el cuarto de siglo transcurrido entre mitades de la década de 1960 y 1989. En los diez años posteriores a la caída del comunismo, volvió a triplicarse de nuevo, de manera que el CEO medio cobraba en un año aproximadamente 368 veces más de lo que el empleado medio llevaba a su hogar con su nómina. En 1965, esa proporción era de solo 20 veces.[15]Como veremos, en la década de 1990 también hubo beneficios para el mercado laboral, sobre todo en términos de creación de empleo y de descenso del paro. Pero el incremento en el número de puestos de trabajo no fue acompañado del aumento salarial correspondiente. La inadecuación de los sueldos obligó a un número creciente de hogares a depender de los ingresos de dos o más miembros de la familia, lo cual hizo que las mujeres se incorporaran en grandes números al mercado laboral. En múltiples sectores, el aumento del porcentaje de mujeres trabajadoras se vendió como un avance feminista, pues alumbró oportunidades laborales para las mujeres anteriormente inexistentes. Pero la mayoría de las mujeres no pudieron decidir si querían o no trabajar; sencillamente, sus familias necesitaban sus ingresos. Es más, muchos empleos se volvieron mucho más inseguros de lo que lo habían sido en el pasado, y la porción de hogares que sufrió un descenso de los ingresos del 25 por ciento anual o más a causa de las pérdidas de empleo aumentó de forma constante a lo largo de la década.[16]

El declive de la mano de obra no solo era evidente en el número menguante de afiliados a los sindicatos, la erosión del poder político y el aumento de la desigualdad económica. También se apreciaba en su mermada capacidad para imaginar la organización de un mundo que no se rigiera por los principios capitalistas. Así lo dejó claro, de manera implacable, el teórico social y filósofo Francis Fukuyama en *El fin de la historia y el último hombre*, el libro que publicó en 1992 y que se convirtió en superventas. Pese a criticar con ferocidad el comunismo, Fukuyama respetaba el radicalismo de la crítica comunista a la democracia liberal (el sistema político que más conducía, en su opinión, al florecimiento del capitalismo) y las pasiones que había suscitado durante largo tiempo entre sus simpatizantes. Los comunistas, argumentaba, habían creado espacios geopolíticos e ideológicos en los cuales podía cuestionarse el capitalismo. Los comunistas, como los capitalistas, habían puesto su credo a disposición de toda la población planetaria, al margen de su nacionalidad, etnia, religión o raza. A juicio de Fukuyama, el desmoronamiento del comunismo no solo eliminó el espacio real donde se practicaban las alternativas al capitalismo o se implantaban cada día, sino que también implicó que la última alternativa *universal* al capitalismo y la democracia liberal como modo de organizar la vida política y económica desapareció del mundo.[17]

Fukuyama se situaba fuera de la izquierda. La gente de izquierdas tuvo que abordar un segundo desafío en la década de 1990, a saber: que el comunismo había caído, al menos en parte del mundo, porque mucho antes había envenenado el sueño de la emancipación socialista. En la mayoría de las regiones del mundo, el socialismo, en cualquiera de sus formas, había perdido su capacidad de movilizar a las masas. Por supuesto, ciudadanos de muchos países, y sobre todo en la Europa occidental, continuaron votando a partidos socialdemócratas comprometidos con estados del bienestar fuertes, con limitar las desigualdades entre los ricos y los pobres y con la inversión en bienes públicos, como parques, el arte o un sistema de transporte público fuerte. Estos partidos en el

pasado habían sido socialistas. Pero en la década de 1990 se volvieron cada vez más reformistas y tecnócratas en su orientación, asumieron el papel de mantener el *statu quo* y perdieron la capacidad de inspirar a las masas con sueños de emancipación laica, como habían hecho los partidos de izquierdas durante doscientos años desde la Revolución francesa.[18]

La corrosión de este sueño de emancipación laica, un proceso desintegrador que donde más avanzó fue en la Unión Soviética y sus satélites, explica por qué Gorbachov no logró resucitar las pasiones socialistas entre las masas soviéticas. El mismo proceso estaba desgastando el socialismo de los radicales fuera de la órbita soviética, motivo por el cual quienes insistieron en llamarse gentes de izquierdas en Occidente cada vez se esforzaron más por no cimentar su radicalismo en el marxismo. En Estados Unidos, muchos buscaron amparo en las políticas identitarias, donde se habían estado incubando imponentes sueños nuevos de liberación: para las mujeres, para las personas de color, para los homosexuales... Las luchas por la liberación estallaron en infinidad de puntos en Estados Unidos durante la década de 1990, donde los defensores de la igualdad de géneros, racial y sexual reavivaron las pasiones que en su día habían sido el sello distintivo de los movimientos socialistas. Sin embargo, aunque estas luchas por la identidad generaban un conflicto considerable, no representaban una amenaza para los regímenes de acumulación de capital como había hecho el comunismo. Como veremos, la multiculturalidad y el cosmopolitismo podían prosperar y de hecho prosperaron bajo condiciones de neoliberalismo, incluso aunque la presión ejercida sobre las élites capitalistas y sus simpatizantes para mantener el compromiso con la clase obrera se estuviera desvaneciendo.[19]

El derrumbe del comunismo, por consiguiente, expuso todo el mundo a la penetración capitalista, encogió el espacio imaginativo e ideológico en el que podía incubarse la oposición al pensamiento y a las prácticas capitalistas e impulsó a los partidarios de la izquierda que quedaban a redefinir su radicalismo en términos alternativos, que a los sistemas capitalistas cada vez les resultaron más fáciles de gestionar, en lugar de más difíciles. Fue en este

momento cuando, en Estados Unidos, el liberalismo pasó de ser un movimiento a convertirse en un orden político.

Un presidente desafortunado

George H. W. Bush fue presidente durante los años en los que la Unión Soviética y el comunismo se desmoronaron. El mundo tal vez debería sentirse afortunado, tal como ha postulado el historiador Jeffrey Engel, por tener a un hombre como Bush ocupando el Despacho Oval durante esta transición. Bush entendió los peligros inherentes a la inestabilidad del momento y el imperativo de que Estados Unidos no diera un paso en falso en un tiempo en el que la geopolítica estaba experimentando un cambio drástico. Bush entendió que el poder de Estados Unidos todavía tenía algunos límites.[20]

Pero también hubo motivos por los cuales Bush nunca se ganó la adoración de la opinión pública estadounidense ni el respeto que podría haberle merecido ser un jefe de Estado que timoneó de manera segura el barco de su nación a través de pasajes peligrosos. En sus declaraciones públicas, Bush se mostraba falto de elocuencia y de capacidad para inspirar; de hecho, a veces parecían faltarle las palabras. Los reaganistas de línea dura nunca fueron amables con él. Cuando había rivalizado con Reagan en las primarias del Partido Republicano de 1980, Bush había etiquetado como «economía del vudú» el tipo de régimen de recortes impositivos y desregulador y el desdén por el equilibrio presupuestario que Reagan defendía. Durante los ocho años que ejerció como vicepresidente de Reagan, nunca dio muestras del celo del converso a la economía «del lado de la oferta» ni a la creencia de que liberar el mercado de toda restricción fuera clave para restaurar la grandeza de Estados Unidos.

Bush siguió siendo el vástago de la familia republicana pudiente de Connecticut en la que había nacido. Las viejas familias republicanas de la Nueva Inglaterra como los Bush habían creído toda la vida que el crecimiento económico no solo requería la libre

empresa, sino también disciplina fiscal, y que los gastos y los ingresos del Gobierno tenían que equilibrarse. De ahí que cuando, siendo ya presidente, Bush se enfrentó a una deuda federal que se había inflado como un globo a causa de la combinación de los recortes impositivos y del gasto militar durante la era Reagan, apoyara una modesta iniciativa del Congreso por subir los impuestos. Ese movimiento incendió los ánimos de los reaganistas que aplicaban la teoría de la oferta y los convenció de que Bush nunca había sido ni sería uno de ellos.[21]

Bush también sufrió en la política electoral estadounidense a causa de su incapacidad para despojarse de su reputación como un hombre de sangre azul del nordeste del país. A pesar de trasladar a su familia a Texas y dedicarse al negocio del petróleo desde finales de la década de 1940, Bush nunca dominó el deje populista y demagógico que podría haberle hecho seducir a los votantes del Sur. Y tampoco conectó con los demócratas de Reagan del Norte. La antigua residencia en la que veraneaba la familia Bush en Kennebunkport, Maine, era tan bonita y estaba tan aislada de los descarnados distritos manufactureros de Nueva Inglaterra, más aún, de todo el nordeste del país, que Bush tardó en ser consciente de la deslocalización económica que estaba trastocando las vidas de números crecientes de trabajadores blancos de las clases media y trabajadora en aquella franja del corazón industrial de Estados Unidos.[22]

El problema a corto plazo que Bush afrontó entre 1990 y 1991 fue una recesión que había costado a 4,5 millones de estadounidenses su puesto de trabajo y elevó la tasa de desempleo a un 7,8 por ciento, el nivel más alto en casi una década.[23]No obstante, el problema de fondo no era una recesión cíclica, sino la erosión a largo plazo de la base industrial de Estados Unidos. ¿De qué servía la victoria de Bush frente a la Unión Soviética y Sadam Husein si Estados Unidos no era capaz de transformar esas victorias en prosperidad económica a escala nacional? ¿Qué pasaba si, tal como había ironizado el exsenador demócrata por Massachusetts Paul Tsongas, el verdadero ganador de la Guerra Fría no había sido Estados Unidos, sino Japón, que parecía seguir superando a

Norteamérica en un sector económico tras otro?[24]

La preocupación por el renqueo de la maquinaria económica de Estados Unidos alcanzó su punto álgido con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés), una iniciativa de la Administración Bush consistente en convertir todo el continente en un único mercado común eliminando los aranceles a la mayoría de los productos que pasaban entre Estados Unidos y México y entre Estados Unidos y Canadá. Aunque las discusiones relativas a esta iniciativa habían dado comienzo con Reagan antes de 1989, su planificación se aceleró drásticamente con la disolución de la Unión Soviética. El NAFTA plasmaba la ambición poscomunista de convertir todo el mundo en un mercado único y las zonas regionales de libre mercado se antojaban un trampolín hacia ese destino final. En aquellos momentos, se estaba formando la Unión Europea al otro lado del Atlántico y en el confín oeste de la cuenca del Pacífico se trazaban planes para crear federaciones transnacionales de libre comercio. El NAFTA promovería un objetivo similar en Norteamérica. En su determinación de eliminar las barreras innecesarias al comercio, Bush demostró ser un auténtico heredero de Reagan. Pero Bush y sus asesores políticos no comprendieron del todo los profundos apuros económicos que atravesaba el sector industrial estadounidense y el temor a que el NAFTA los agravara sobremanera si los empresarios estadounidenses se dedicaban a trasladar sus operaciones al sur del río Grande, donde había mano de obra mexicana en abundancia y barata.[25]

La emergencia de un contrincante de Bush en las primarias republicanas de 1992 fue el primer síntoma de que la zona de libre comercio continental que Bush prometía generaba polémica. Patrick Buchanan, que en el pasado había trabajado escribiendo discursos para Nixon, lideró el tipo de campaña populista y etnonacionalista a la que Bush se negaba a sucumbir. Buchanan declaró que el NAFTA sería una catástrofe para Estados Unidos, tanto económica como cultural. Los puestos de trabajo se trasladarían en masa al sur de la frontera, provocando con ello que «hombres [blancos] duros y cordiales» perdieran buenos empleos

y, con ello, su orgullo y su capacidad de proveer a sus familias. Uno de esos hombres, un empleado de una fábrica de papel de Nuevo Hampshire a quien Buchanan había conocido durante la campaña, le había suplicado que «salvara nuestros puestos de trabajo».[26]A Buchanan lo conmovió su súplica y lo motivó a reforzar su oposición al NAFTA.

A Buchanan también le preocupaba el elevado volumen de mexicanos que un acuerdo de libre comercio permitiría emigrar al norte para hacerse con un número desproporcionado de empleos en los demás sectores de la economía manufacturera estadounidense. Buchanan menospreciaba a los mexicanos tanto por su disposición a trabajar a cambio de salarios bajos cuanto por su supuesta inferioridad racial. Estados Unidos, en opinión de Buchanan, estaba predestinado a ser la tierra de las razas europeas superiores y de sus descendientes. Buchanan se tenía por un experto en historia antigua y, especialmente, en la caída de Roma. Tal como las invasiones de «hordas bárbaras» del norte habían provocado la caída de Roma, Buchanan creí que, si se permitía entrar libremente en Estados Unidos a migrantes mexicanos procedentes del sur, destruirían la gran civilización que los europeos habían construido en Norteamérica.[27]

Bush se impuso en el desafío lanzado por Buchanan en las primarias, pero, en las elecciones generales, tuvo que enfrentarse a un candidato de un tercer partido, Ross Perot, un aguerrido multimillonario texano con un toque populista dispuesto a invertir cantidades ilimitadas de su propio bolsillo en atacar el NAFTA y a Bush. Perot amplió la crítica económica del NAFTA planteada por Buchanan, de manera especialmente implacable en su reiteración, durante su campaña electoral, del «ensordecedor ruido de succión» que generaría el hecho de que, con el NAFTA, las empresas estadounidenses trasladaran millones de los empleos industriales a México. Ese tipo de libre comercio, argumentaba Perot, destruiría la oportunidad económica para las clases media-baja y trabajadora de Estados Unidos. Perot nunca tuvo ninguna oportunidad de ganar, porque los candidatos de terceros partidos en Estados Unidos rara vez lo hacen. Pero tal como en el caso de Theodore

Roosevelt en 1912 el contrincante de un tercer partido, William Howard Taft, había impedido la reelección de un presidente republicano en activo y había catapultado a un demócrata, Woodrow Wilson, a la presidencia, la campaña del Partido Reformista de Ross Perot fracturó la mayoría que, de otro modo, habría reelegido a Bush y permitió que un gobernador de Arkansas poco conocido, y además un demócrata, se colara en la Casa Blanca. De este modo, la campaña presidencial de Perot consiguió que William Jefferson Clinton fuera el hombre que guiaría a Estados Unidos durante la primera década de la era posterior a la Guerra Fría.[28]

El muchacho de Arkansas, un Eisenhower demócrata

Clinton era un muchacho de Arkansas criado en unas circunstancias modestas y caóticas. Tenía un gran intelecto y lo movía una ambición férrea de trascender el mundo en el que había nacido y en el que había crecido. Sus logros académicos allanaron un camino que apuntó primero a la Georgetown University y luego a Oxford, donde pasó dos años con una beca Rhodes, tras lo cual continuó su carrera en la Facultad de Derecho de Yale. No obstante, la abogacía nunca fue su vocación; lo que le interesaba era forjarse una carrera en política. Un encuentro con John F. Kennedy durante sus años de instituto lo impulsó a ponerse el listón alto, si bien resolvió lanzar su carrera política más cerca de casa, postulándose como fiscal general de Arkansas en 1976 y como gobernador en 1978, y ganando el puesto en ambos casos. Cuando entró en la Mansión del Gobernador en 1979, solo tenía treinta y dos años, lo cual lo convertía en una suerte de «niño prodigio» de la política. Pero entonces tropezó y perdió la reelección como gobernador en 1980, antes de volver a recuperar el equilibrio y ganar un segundo mandato en 1982. En esta ocasión retuvo su puesto de gobernador durante diez años, hasta que llegó a la Casa Blanca en 1993.

El tambaleo previo de Clinton en Arkansas se debió, en parte,

a que los votantes del estado lo percibían como alguien demasiado progresista y contracultural. En su campaña de regreso de 1982, Clinton puso todo de su parte por demostrar que era un demócrata moderado. Aun así, pese a su éxito subsiguiente, no logró corregir algunos defectos. Uno de ellos era su tendencia a perderse entre la maleza de los programas y las agencias. Otro eran sus amoríos extramatrimoniales. Ya en 1977, Clinton tuvo una cita secreta con Gennifer Flowers, por entonces una cantante de un club nocturno de Little Rock poco conocida.

Con el empuje suficiente, Clinton solía ser capaz de no embarrarse en el meollo de la política y enmarcar para los votantes el asunto clave en juego. Y durante gran parte de la década de 1980, Clinton mantuvo las noticias de sus asuntos sexuales en secreto, ayudado por periodistas que lo admiraban por un lado y por discretos policías del estado de Arkansas por el otro. Pero unos reporteros conservadores sacaron a la luz su escarceo con Flowers en plena campaña de 1992 de Clinton a la presidencia, cosa que los obligó a él y a su esposa, Hillary, a salir en el programa televisivo *60 Minutes* tanto para negar la acusación de Flowers como para reconocer que su matrimonio no había estado exento de problemas. La sinceridad de los Clinton y su capacidad para demostrar la devoción que aún sentían el uno por el otro salvó la carrera de Bill a la presidencia. Sin embargo, no sería la última vez que una aventura amorosa amenazara el futuro político de Clinton y requiriera medidas extraordinarias para salvar tanto su carrera profesional como su matrimonio.[29]

Los defectos personales de Clinton no deberían distraernos de apreciar sus virtudes políticas. Poseía un intelecto destacable. Era infatigable en sus campañas, le encantaba ir a la caza de votos, el tú a tú, conectar con los votantes, los funcionarios y los intelectuales a un nivel personal, y también visceral. Era magnético en el cara a cara, sobre todo una vez te había agarrado de la mano o por el codo o te había puesto la mano en el hombro y te miraba a los ojos. Y también tendió puentes entre mundos, una habilidad indispensable para cualquiera que intentara gestionar ese ensamblaje amplio y fraccionado de segmentos de electorado

variopintos más conocido como el Partido Demócrata. Clinton conocía bien el mundo de pequeñas poblaciones de Arkansas en el que se crio y que siempre llevó en el corazón —le hacía gracia que lo llamaran Bubba— y saboreaba las oportunidades que hacer campaña le brindaba de reconectar con lugares así. Sus años en Georgetown, Oxford y Yale, por otra parte, lo habían preparado bien para los círculos enrarecidos de la intelectualidad de la Costa Este, por un lado, y para las legiones de trepadores políticos que pululaban en los laboratorios de expertos y en los grupos de presión de Washington D. C. en busca de la siguiente gran oportunidad. Era capaz de defenderse con sus propios argumentos en cualquier debate intelectual y frente a cualquier grupo de analistas políticos. De hecho, se vanagloriaba de su «capacidad de análisis» y se hizo famoso (o infame) por mantener conversaciones políticas en la Casa Blanca que se alargaban hasta bien entrada la madrugada.[30]

Políticamente, Clinton se había formado en los márgenes de la nueva izquierda. A finales de la década de 1960, se había dejado el pelo largo, había fumado marihuana y se había zambullido en la cultura alternativa, sobre todo en su música. Se había opuesto a la guerra en Vietnam, era un defensor a ultranza de los derechos civiles y había codirigido las actividades en Texas de la campaña presidencial de George McGovern en 1972. El recelo que suscitó en muchos estadounidenses al llegar a la Casa Blanca en enero de 1993 se debía en parte a su imagen de simpatizante de la nueva izquierda. Al fin y al cabo, era el primer representante de la generación del *baby boom*, defensor del amor libre, fumador de marihuana y con tendencias de izquierdas que ocupaba el puesto más poderoso de Estados Unidos. Pero Clinton nunca fue un rebelde por principios comparable a su novia y posterior esposa Hillary Rodham, o a Robert Reich, otro becario Rhodes que se convertiría en su amigo de por vida (y en su secretario de Trabajo). Desde buen principio, Clinton se mostró hábil detectando los avances políticos y dispuesto a llegar a los compromisos necesarios para trepar por el poste resbaladizo. Su formación en la política de Arkansas le había obligado a escuchar y ceder ante republicanos y

demócratas conservadores. Su mayor ambición política no radicaba tanto en ejecutar un proyecto concreto (como, por ejemplo, completar el New Deal, el sueño de toda la vida de Lyndon B. Johnson), sino en tener un impacto transformador en la vida de los estadounidenses. Su maleabilidad política le brindó la libertad para cambiar de rumbo ideológico si así lo exigía la *realpolitik*. Lo hizo en Arkansas en 1982 y volvería a hacerlo siendo ya presidente en 1995, en ambos casos después de que o él o su partido sufrieran una derrota política devastadora. Su inconstancia política hizo que algunos lo tildaran de «camaleón». Y aquellos a quienes no les gustaba lo denigraban con el apodo de «Willie, el resbaladizo».[31]

Una evaluación más generosa de estos cambios acreditaría a Clinton la capacidad de haber sintonizado con precisión sus antenas políticas y, por consiguiente, de detectar y aprovechar las señales que otros eran más lentos en recibir y descifrar. En este contexto, no sorprende que Clinton se hubiera unido, en los años ochenta, a las falanges de los Nuevos Demócratas (o Demócratas de Atari) que se organizaron en la estela de la derrota de Walter Mondale frente a Reagan en 1984. Clinton compartía la convicción de los Nuevos Demócratas de que, en la era Reagan, al partido no le quedó más alternativa que desplazarse hacia el centro político. Abogó por una mayor libertad de mercado y por una menor regulación gubernamental de lo que los demócratas del New Deal por tradición habían defendido. Apoyó el NAFTA, la campaña para abrir el mundo al libre comercio y otras políticas neoliberales.

Sin embargo, cuando asumió la presidencia en enero de 1993, Clinton todavía no era el decidido ejecutor de un planteamiento neoliberal de la política en el que pronto se convertiría. De hecho, intentó convertir un ambicioso plan de seguro médico nacional en el proyecto emblemático de su primer mandato. Conseguir que el Congreso aprobara dicho programa, creía Clinton, representaría la mayor ampliación del estado del bienestar desde la década de 1960, si no ya desde la de 1930. Clinton se arriesgó a proporcionar algo en lo que Franklin Roosevelt y Lyndon Johnson habían fracasado de manera estrepitosa con la esperanza de que su nombre refulgiera junto al de los dos mayores reformistas

demócratas del siglo XX. Pero la reforma del sistema sanitario de Clinton fue un fracaso sin paliativos por dos motivos: la mala gestión de su Administración tanto del diseño como del despliegue de la política por un lado y la falta de mandato popular por el otro.[32]Y entonces se produjo una segunda derrota espectacular: la ira popular hacia Bill (y también hacia Hillary, a quien Bill había designado líder de la Fuerza de Trabajo para la Reforma del Sistema Sanitario) permitió a los republicanos imponerse en las elecciones al Congreso de 1994. Liderado por Newt Gingrich, un congresista republicano por Atlanta apasionado, rebelde y locuaz, el Partido Republicano recuperó ambas cámaras del Congreso, un hito que no se conseguía desde 1954, cuando Clinton solo tenía ocho años. Rara vez un presidente en activo había sufrido un repudio tan drástico como el que experimentó Clinton al convertirse en el primer inquilino demócrata de la Casa Blanca desde Truman (1946) que perdía el apoyo de ambas cámaras del Congreso.[33]

El mazazo de la derrota de 1994 fue tan duro, en parte, porque recordó a Clinton otros episodios. Le recordó el desplome de McGovern en las elecciones presidenciales de 1972. Le recordó su propia pérdida del cargo de gobernador de Arkansas en 1980, y la paliza que Reagan le dio a Mondale en 1984. Y ahora aquello. Clinton decidió que no volvería a sufrir una derrota de aquella magnitud. Volvió a incorporar a su círculo más estrecho a un viejo asesor de confianza, Dick Morris, que se había encargado de orquestar su regreso como gobernador de Arkansas en 1982. Morris no era un hombre inclinado a posicionarse en cuestiones políticas. Era un operador político a quien solo le interesaba ganar. Y volvió a unirse al equipo de Clinton para restaurar el poder y la influencia del presidente.[34]

Morris diseñó una estrategia que denominó «triangulación». Consistía en que Clinton se apropiara de algunas ideas republicanas y las reformulara como propuestas demócratas. Las políticas resultantes no serían ni republicanas ni demócratas en el sentido tradicional, sino que ocuparían un lugar independiente, una tercera recta del triángulo, por decirlo de algún modo.

«Aquiescencia» es un mejor término que «triangulación» para lo que Morris estaba urdiendo en 1995 y 1996. Las ideas republicanas nucleares relativas a la economía, habían concluido Clinton y Morris, eran tan potentes que ningún demócrata conseguiría el éxito oponiéndose a ellas. Lo que tenía que hacer era aceptarlas y apropiárselas. La verdadera prueba de un orden político, según he sugerido, consiste en que la oposición acepte los imperativos políticos e ideológicos de dicho orden. Y Clinton facilitó esa aceptación o aquiescencia. A partir de 1994, se convirtió en el Eisenhower demócrata, en el presidente neoliberal de Estados Unidos por excelencia.

El grado en que, a partir de 1994, la Administración Clinton implementó principios neoliberales es asombroso. En 1993, en un anticipo de lo que vendría, Clinton firmó el NAFTA, convirtiendo con ello toda Norteamérica en un único mercado común. En 1994, respaldó el plan de la Organización Mundial del Comercio de extrapolar los principios neoliberales al ámbito internacional, un plan que se conoció como el «Consenso de Washington». En 1996, Clinton, en colaboración con el Congreso, desreguló la industria de las telecomunicaciones en plena expansión, que ahora incluía no solo teléfonos y televisión, sino los subsectores de las retransmisiones por cable y por satélite, tan importantes para la nueva economía de la información. Poco después hizo lo mismo con la industria de la generación eléctrica que sostenía (literalmente) la nueva economía. Y después, en 1999, apoyó la derogación del Congreso de la Ley Glass-Steagall, la ley del New Deal que había hecho más que ninguna otra por atajar la especulación, la corrupción y el ciclo de expansión y contracción del sector financiero estadounidense.[35]

Clinton había acabado por creer que los mercados se regulaban por una especie de ley natural. Al rubricar el NAFTA en diciembre de 1993 quiso aclarar que Estados Unidos no tenía otra alternativa. «No podemos detener el cambio global —declaró—. No podemos abolir la competencia económica que está por todas partes. Lo único que podemos hacer es aprovechar la energía en nuestro beneficio.» La lección que Clinton extrajo del

desmoronamiento del comunismo era que no habría futuro para un país que pretendiera resistirse a las fuerzas del mercado. «Las instituciones erigidas por Truman y Acheson, por Marshall y Vandenberg han cumplido su cometido», observó. Pero, añadió, había llegado el momento de desmontar o reformular las instituciones diseñadas para contener el comunismo «porque la Guerra Fría ha acabado. La lúgubre certeza de la competición con el comunismo ha dado paso a la exuberante incertidumbre de la competencia económica internacional».[36]La implicación del Gobierno en la economía, argumentaba Clinton, debe buscar mejorar y encauzar los mercados, no limitarlos. En el transcurso de sus dos mandatos, Clinton seguramente hizo más por liberar los mercados de la regulación de lo que había hecho incluso el propio Reagan.

Robert Rubin, antiguo copresidente de Goldman Sachs, una de las principales casas de inversión de Wall Street, se encargó de idear la neoliberalización de la economía perpetrada por Clinton. Clinton incorporó a Rubin a su Administración en 1993 para presidir el recién creado Consejo Económico Nacional. La estrella de Rubin ya ascendía incluso antes de que la iniciativa del sistema sanitario de Clinton hiciera aguas en 1994. Para Rubin, la clave para desbloquear el crecimiento económico estribaba en poner orden en la casa fiscal de Estados Unidos, una corrección que aclararía a Wall Street las intenciones de Washington bajo el liderazgo demócrata y desencadenaría un torrente de inversiones empresariales. De este modo, Rubin, junto con el secretario del Tesoro, Lloyd Bentsen (exsenador por Texas), y el presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, designado por Reagan-Bush y aún un acólito de Ayn Rand, lideraron una campaña para recortar el déficit y equilibrar el presupuesto. El plan que diseñaron proponía reducir la deuda fiscal en 500.000 millones de dólares en el plazo de cinco años mediante una combinación de recortes del gasto por un lado y un aumento de los impuestos a sociedades (un 1 por ciento en el tipo marginal máximo de las empresas) y a los ricos (hasta el 39,6 por ciento de la renta personal para quienes percibían más de 250.000 dólares) por el otro. Era una propuesta

difícil de vender al Congreso, tanto a los defensores de la teoría de la oferta de Reagan en las filas del Partido Republicano, que se oponían a las subidas fiscales de cualquier índole, como a los liberales del New Deal, quienes esperaban que el primer presidente demócrata elegido en dieciséis años ampliara en lugar de recortar el presupuesto asignado a los preciados programas del partido. El plan de Rubin se aprobó en el Congreso en agosto de 1993 por un margen ajustadísimo, 218 a 216 en la Cámara de Representantes y 51 a 50 en el Senado. Fue el vicepresidente Al Gore quien desempató el marcador con su voto.[37]

En un principio, la importancia de este acuerdo presupuestario no estaba clara; la iniciativa de la atención sanitaria de Clinton seguía en desarrollo y era lo que más captaba la atención de la prensa. Pero, *a posteriori*, cuando los planes de reforma del sistema sanitario se archivaron en agosto de 1994 y, en paralelo, la economía empezó a repuntar, la reducción del déficit de Rubin empezó a recibir elogios. Entre 1994 y 2000, el porcentaje del PIB que representaba el gasto público cayó a un 17,6 por ciento, el más bajo desde finales de la década de 1960. Simultáneamente, los ingresos federales aumentaron de manera constante debido al incremento del empleo y a la subida de impuestos, lo cual permitió al Gobierno federal registrar superávit también por primera vez desde finales de los años sesenta.[38]Económicamente, este equilibrio presupuestario fue un motor de crecimiento. Los valores bursátiles subieron como la espuma y entre 1994 y 2000 se crearon millones de nuevos empleos.

El éxito de esta expansión económica elevó la falange neoliberal del equipo de Clinton a una posición dominante en su Administración, una posición a la cual nunca renunciaría. Clinton designó a Rubin secretario del Tesoro en 1995 y volvió a nombrar al republicano neoliberal Greenspan para un tercer mandato como presidente de la Reserva Federal en 1996. Clinton también había designado al otrora republicano y por tradición halcón del presupuesto Leon Panetta como su jefe de personal en 1994. La influencia en la política económica de esta troika de altos

funcionarios gubernamentales resultó imposible de superar a los insurgentes de la Administración Clinton, como Robert Reich y Joseph Stiglitz. Liberar las fuerzas del mercado fue el espíritu de la Administración Clinton. Y se esperaba que todo el mundo entrara en vereda. Uno de los subalternos de Rubin, Lawrence Summers, que posteriormente reemergería como un agente clave de la primera Administración Obama, afirmó lo siguiente acerca del cambio de rumbo de economistas supuestamente pertenecientes al Partido Demócrata durante los años de Clinton: «No hace mucho tiempo, todos éramos keynesianos. [...] Del mismo modo, cualquier demócrata honesto admitirá que ahora todos somos friedmanistas».[39]

Clinton fue tanto el instrumento como el autor intelectual de esta transformación. La reorientación neoliberal del Partido Demócrata llevaba cuajándose mucho tiempo. En parte se remontaba a la década de 1960, cuando la Gran Sociedad y activistas de la nueva izquierda por igual se habían posicionado en contra del estatismo del orden del New Deal. Tanto los ataques a la maquinaria de las grandes ciudades por parte del Programa de Acción Comunitaria como la antipatía de la nueva izquierda por la burocracia (privada y pública) habían espoleado el interés del Partido Demócrata en unas políticas sociales basadas en el mercado.[40]Ralph Nader y sus simpatizantes habían adoptado la «tesis de la captura» desarrollada por científicos políticos, expresión que aludía a que los intereses corporativos «capturaban» los mismos organismos gubernamentales que supuestamente debían regular su comportamiento. En lugar de luchar por liberar los organismos reguladores gubernamentales del control corporativo, muchos naderistas optaron por concentrarse en potenciar la «soberanía de los consumidores». Ello implicaba despojar a las empresas establecidas del privilegio de la protección gubernamental y crear mercados más reactivos al deseo de los consumidores tanto en términos de oferta como de productos de alta calidad. Los naderistas preferían la desregulación a la regulación, al menos en los sectores industriales donde la asfixia de la presión competitiva había degenerado en la oferta de productos

y servicios de mala calidad por un lado y en unos precios elevados por el otro. Tales eran los tipos de mensajes que Nader empezó a transmitir a Jimmy Carter en la década de 1970, así como a algunas fuerzas de centro-izquierda del Partido Demócrata. A diferencia de los neoliberales, Nader y sus seguidores no creían en la perfectibilidad de los mercados. Siguieron siendo críticos con el capitalismo. Ello no fue óbice para que su empeño en hacer a los consumidores soberanos tanto sobre los industrialistas como sobre los reguladores gubernamentales les permitiera hacer causa común con los republicanos que celebraban las virtudes de unos mercados auténticamente libres.[41]

Una segunda parte de la reorientación de los demócratas fue emergiendo más lentamente de una serie de cálculos políticos dolorosos, a medida que fueron asimilando la convicción de que no volverían a ganar la presidencia a menos que aceptaran al menos de manera parcial el fundamentalismo del mercado del Partido Republicano. La devastadora derrota de McGovern en 1972 frente a Richard Nixon había hecho que los demócratas sintieran un escalofrío. El siguiente momento de la verdad tuvo lugar en 1984, cuando Reagan se impuso por una mayoría abrumadora al candidato demócrata, Walter Mondale. Y luego el candidato demócrata de 1988, Michael Dukakis, perdió frente a George H. W. Bush a pesar de que este se percibiera ampliamente como un candidato débil. Ante la suma de derrotas, los cargos públicos del Partido Demócrata formaron el Consejo de Liderazgo Demócrata para alejar el partido de su pasado del New Deal y encaminarlo hacia un futuro republicano. Clinton se situó en el centro de aquellos debates y planes para la reorientación del partido.[42]

Una tercera parte de la reorientación de los demócratas emergió no del dolor de perder las elecciones, sino del vértigo que acompañó la revolución de las tecnologías de la información (TI). Los años noventa del siglo XX fueron una década de un triunfo extraordinario de las TI. El primer navegador web, Mosaic, se lanzó en 1993, y Netscape, el antecesor de Google, debutó en 1994. Jeff Bezos fundó Amazon en 1994 y Peter Thiel y sus colegas establecieron PayPal en 1998, que fue también el año en el que

apareció Google. Fue además la década en la que el hijo pródigo Steve Jobs regresó a Apple (en 1996) y puso la empresa en la senda de su dominio a lo largo y ancho del mundo a principios del siglo XXI. Cuando Clinton ascendió a la presidencia en enero de 1993, una bolsa de valores advenediza, el NASDAQ (siglas de National Association of Securities Dealers Automated Quotations o Cotizaciones Automatizadas de la Asociación Nacional de Agentes de Valores), con una fuerte inclinación hacia estas y otras empresas de tecnologías, se situaba en 670 puntos. A principios del último año en el cargo de Clinton, en 2000, el promedio compuesto del NASDAQ había llegado a más de 4.100 puntos, un aumento de casi el séxtuple en apenas siete años. Entre tanto, el desempleo se había reducido a un 3,8 por ciento, el índice más bajo durante más de una generación.[43]«Nunca antes nuestro país había disfrutado, al mismo tiempo, de tanta prosperidad y tanto progreso social con tan poca crisis interna y tan pocas amenazas externas», se vanaglorió el presidente en su discurso sobre el estado de la Unión de 2000.[44]Las tecnologías avanzadas fueron el viento que agitó el renacer de la economía estadounidense. Stewart Brand y su panda de hípsters tecnológicos habían completado el viaje de alegres bromistas embrutecidos por el ácido lisérgico a maestros cibernéticos del universo, cada vez más celebrados con brindis en las reuniones de las élites económicas y gubernamentales del mundo en Aspen y Davos.[45]

Esta revolución de internet estaba estrechamente vinculada, en términos ideológicos, con ideales de libertad de mercado.

Cuatro entusiastas del ciberespacio, Esther Dyson, George Gilder, George Keyworth y Alvin Toffler, encapsularon su visión de las tecnologías de la información en un manifiesto titulado «El ciberespacio y el sueño americano: una carta magna de la era del conocimiento», que pusieron en circulación en 1994. El título del manifiesto era revelador: el ciberespacio representaba una oportunidad de renovar «el sueño americano» y de adaptar tradiciones antiguas y reverenciadas de la libertad angloamericana a un nuevo siglo. Se trataba de un manifiesto utópico por su convicción en que la revolución cibernética representaba una

oportunidad de empezar el mundo de cero y de liberar a la humanidad de todos los grilletes del pasado. Inspirados en la obra del aclamado futurista que figuraba entre sus filas, Alvin Toffler, enmarcaban la revolución en términos de innovación de «tercera ola».[46]La «primera ola» había convertido la tierra y la mano de obra en «los "factores de producción" principales; la "segunda ola" había "masificado" la mano de obra en torno a las máquinas e industrias más grandes. Y, en la economía de la tercera ola, el recurso central [...] es el conocimiento que impulsa la acción».[47]

Este cambio de los principales motores de la economía de recursos materiales a recursos cerebrales, declaraban los autores, señalaba claramente una transición fundamental en la historia de la humanidad. Había que repensar todos los aspectos de la sociedad y la civilización, incluido el «significado de la libertad, las estructuras de autogobierno, la definición de propiedad, la naturaleza de la competencia, las condiciones para la colaboración, la sensación de comunidad y la naturaleza del progreso».[48]

Esta hipérbole caracterizaba desde hacía tiempo los manifiestos políticos de toda índole, habida cuenta de que sus arquitectos buscaban desatar y luego aprovecharse de pasiones revolucionarias por sus causas. Pero hipérboles al margen, aquel manifiesto articulaba bien la visión de la libertad individual, profundamente asociada con la libertad de mercado, que hizo la revolución neoliberal tan atractiva para tanta gente, tanto en la izquierda como en la derecha. «Nos encontramos en las postrimerías de un siglo dominado por las instituciones gigantescas de la era industrial», escribían los autores, en palabras que podían haberse extraído de la Declaración en Port Huron de la nueva izquierda de 1962 y que reflejaban las raíces de Toffler en la izquierda. Esta era había «alentado la conformidad y dependido de la estandarización. Y las instituciones del momento —aparatos burocráticos corporativos y gubernamentales, inmensas administraciones civiles y militares y escuelas de todo tipo— reflejaban estas prioridades». Tales limitaciones habían sido necesarias en sociedades construidas en la segunda ola. No obstante, argumentaban los autores del manifiesto, «la libertad

individual había sufrido».[49]

El comunismo (y la Unión Soviética) no se mencionaba en «El ciberespacio y el sueño americano», pero ninguna ideología había impelido más que esta hacia la creación de un mundo de planificación gubernamental, conformidad y estandarización. En Estados Unidos, muchos de quienes odiaban el New Deal (incluido George Gilder) lo hacían porque consideraban que estaba un peldaño por debajo de la pesadilla de planificación centralizada inherente a los planes quinquenales largamente adorada en la Unión Soviética. Ambos sistemas (el soviético y el del New Deal) supuestamente ahogaban la libertad individual. Ahora la revolución cibernética había brindado a Estados Unidos y al mundo no solo la oportunidad sino también los medios tecnológicos para zafarse de estos sistemas opresivos.

Dyson y sus coautores afirmaban que Estados Unidos era la patria de esta revolución porque hacía tiempo que se había consagrado como el país más inquebrantable en su oposición a la tiranía estatal, con una determinación forjada durante «más de 150 años de fermento intelectual y político, desde el Pacto del Mayflower hasta la Constitución de los Estados Unidos», todo ello con el fin de hacer libres a las personas. No era casualidad, aducían los autores del manifiesto, que el pirata informático o *hacker* fuera «un fenómeno exclusivamente estadounidense», la última encarnación del explorador amante de la libertad «que ignoraba la presión social y transgredía todas las normas para desarrollar un conjunto de habilidades» que permitieran en un primer momento explorar y luego domesticar la naturaleza cibernética. Los *hackers* no proliferaban en «las democracias más formales y reguladas de Europa y Japón». Solo en Estados Unidos «habían devenido vitales para el crecimiento económico y el liderazgo comercial. ¿Por qué? Porque los estadounidenses aún celebran la individualidad por encima de la conformidad, recompensan los logros por encima del consenso y protegen de manera militante el derecho a ser diferente».[50]

La institución que se sometió a un proceso de replanteamiento más radical en la era cibernética fue el propio Gobierno. «Las

colosales instituciones de la segunda ola nos obligaron a renunciar a la libertad [y a ponerla en manos del Gobierno] para que el sistema "funcionara".» La tercera ola anunciaba problemas para los grandes aparatos burocráticos. Pero el Gobierno era muy vulnerable, porque era «el último gran reducto de poder burocrático en la faz del planeta y el cambio que venía» ya le planteaba desafíos en cada curva.[51]

El foco del manifiesto en la obsolescencia del Gobierno debe entenderse como lo que era: una afirmación ideológica más que un hecho demostrado. Tal insistencia enfática en esta visión del Gobierno dictada por la ideología refleja la profundidad con la que el libertarismo de mercado había modulado las opiniones de sus autores. Gilder y Keyworth habían sido libertarios del mercado mucho antes de descubrir las maravillas de la cibernética. Gilder había publicado en 1981 *Riqueza y pobreza*, el tratado fundamentalista del mercado de la era Reagan, y Keyworth había sido el asesor en Ciencia de Reagan. De ahí que contaran con el respeto de los republicanos que más habían trabajado por internar al Partido Republicano en la era neoliberal. Esther Dyson era una figura clave de *Wired,* una publicación tecnolibertaria advenediza que se presentaba como el oráculo de la tercera ola. Toffler era el futurista más famoso del país, un profeta que venía anunciando desde hacía tiempo la transformación de la humanidad que se avecinaba. Componían un grupo formidable.[52]

Y contaban con apoyo político. Newt Gingrich fue uno de sus primeros mecenas. Había ayudado a organizar la Progress and Freedom Foundation (PFF), la institución que patrocinó la redacción de «El ciberespacio y el sueño americano», con la esperanza de utilizarla para movilizar el apoyo del Partido Republicano a la revolución tecnológica en curso. La conferencia para debatir el manifiesto se celebró en el patio trasero de casa de Gingrich (en Atlanta) en 1994, con Gingrich presente.[53]Hasta entonces, los cibernautas habían mirado a Gingrich con recelo. Dyson, que lo entrevistó para *Wired* en 1995, reveló que tanto ella como otros muchos cibernautas lo consideraban el «anticristo» por su proximidad a la Mayoría Moral y por su voluntad, expresada en

numerosas ocasiones, de obligar a las personas a regirse por normas culturales, si era preciso mediante regulación gubernamental. Esta regulación de la moral era anatema para tecnolibertarios como Dyson. Pero Gingrich, que también era un futurista con trayectoria (tal como averiguó Dyson en el transcurso de aquella entrevista), había abrazado la promesa emancipadora del espacio y tenía la firme convicción de que solo un ciberespacio totalmente desregulado podría hacer realidad dicha promesa. Al convertirse en presidente de la Cámara de Representantes en 1995 y, por un tiempo, en el miembro más influyente del Congreso, Gingrich hizo suya la misión de proporcionar un ciberespacio no regulado a Estados Unidos.[54]

Clinton y Gingrich eran adversarios en muchos aspectos. Gingrich había enmarcado su campaña por el control del Congreso en las elecciones de 1994 aludiendo a la necesidad de supervisar primero y luego anular el poder y la influencia de Clinton. Sin embargo, en el tema del ciberespacio, estos dos enemigos compartían un terreno común. Clinton y su mano derecha, el vicepresidente Al Gore, como Gingrich, creían que los avances en TI habían conducido al mundo a la cúspide de la revolución tecnológica, económica y política. Los tres se habían dejado arrastrar por la exuberancia del momento, con todas sus promesas e incertidumbres. Estaban convencidos de que la revolución de las TI barrería todo lo que las precedía y que los estadounidenses se subirían al tren, o, para ser más precisos, se incorporarían a la «superautopista de la información», por usar el término de Al Gore, si no querían que su país quedara rezagado.[55]

En un principio, Silicon Valley se inclinó más por Gingrich que por Clinton. Era el más vociferante acerca de dar rienda suelta al espíritu creativo de la economía de mercado y de garantizar que el ciberespacio quedara libre de regulación. Pero los prometedores magos de las tecnologías punteras de Silicon Valley nunca se habían sentido del todo cómodos con el hincapié que los republicanos ponían en la moral y con su voluntad de utilizar el Gobierno para velar por su aplicación. Estos hechiceros creían que una persona debía poder tomar decisiones acerca de su religión,

sexualidad y formas de entretenimiento sin tener que pedir autorización a jefes supremos al estilo de Jerry Falwell; y ese era en parte el credo del halcón. Este énfasis en la libertad personal coincidía con la actitud de «vive y deja vivir» de Clinton y hacía que el Partido Demócrata se antojara un refugio cultural más afín que el Partido Republicano a la vanguardia de las tecnologías avanzadas de la Costa Oeste.[56]

Pero ¿serían capaces los demócratas, aún percibidos como el partido de la regulación gubernamental, de cumplir en el frente económico? ¿Mantendrían sus manos lejos de las empresas, los emprendedores y los innovadores dispuestos a inventar la nueva economía? A partir de 1994 y 1995, comandados por Clinton, la respuesta de los demócratas fue un sí rotundo. Primero, Clinton y su Administración implementaron un régimen de disciplina legal que complació a Wall Street, en un momento en el que la Bolsa apostaba ya fuertemente por el *boom* tecnológico. En segundo lugar, se comprometieron, bajo el liderazgo de Al Gore, a acometer una campaña plurianual destinada a reinventar el Gobierno, a reducirlo de tamaño y hacerlo menos intrusivo y más flexible; más adecuado, en otras palabras, a una economía de tercera ola.[57]Y por último, pero lo más importante, dieron luz verde a la Ley de las Telecomunicaciones de 1996, una reforma de la legislación que posibilitaría a Silicon Valley capitalizar plenamente sus innovaciones técnicas. Esta legislación suele recibir menos atención que otras iniciativas de Clinton, como, por ejemplo, la reforma del bienestar. Pero conviene rescatarla de ese olvido, puesto que hizo más que ningún otro instrumento legislativo concreto de la década de 1990 por desregular el sector más dinámico de la economía y acelerar de manera espectacular la construcción de una nueva economía basada en principios neoliberales.

La reforma de las telecomunicaciones

La Ley de Comunicaciones de 1934 había establecido mucho tiempo atrás un marco para regular los medios de comunicación en

Estados Unidos. Pese a ser criticada durante un tiempo por entregar demasiado control de las ondas aéreas a emisoras privadas y comerciales, en realidad la legislación sometía la telefonía y las ondas hertzianas a un serio control público. Elemento integral del orden del New Deal, la ley declaraba que las ondas eran propiedad del pueblo estadounidense, no de empresas privadas, y, a resultas de ello, el sector debía regularse en beneficio del bien público. La ley estableció la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC), encargada de supervisar las empresas de medios de comunicación y de elaborar las reglas de acceso, competencia y servicio pertinentes. La FCC veló, en especial, por prevenir la aparición de monopolios mediáticos. En este sentido, limitó los números de emisoras radiofónicas (y posteriormente de canales televisivos) que una empresa podía poseer. Aceptó la división prevaleciente entre teléfono y telegrafía por un lado y radiodifusión por otro, y prohibió que ambos sectores se solaparan. Las empresas aceptaron de buen grado esta división, ya que las infraestructuras físicas que cada sector utilizaba para desempeñar su labor (cables de cobre en el caso de la telefonía y equipo de retransmisión de señales electrónicas a través del aire en el caso de la radio) eran muy distintas.[58]

Esta división de la industria entre los sectores del teléfono y el telégrafo por una parte y la radiodifusión por la otra no respondía únicamente a las realidades tecnológicas, sino también a imperativos políticos, en este caso la convicción de que no podía permitirse que las empresas de medios de comunicación acumularan un poder excesivo. Se consideraba que las concentraciones desmedidas de poder económico podían ser corrosivas para la república estadounidense. Las corporaciones mediáticas de principios del siglo XX habían empezado a someterse a escrutinio porque se temía que saturaran a la población con «propaganda» y, en consecuencia, impidieran a los ciudadanos tomar el tipo de decisiones informadas necesarias para que la democracia funcione. A medida que la influencia de los grupos mediáticos fue en aumento en la década de 1920, se percibió un mayor peligro para la democracia.[59]De ahí que el poder de estas

empresas tuviera que limitarse fuera a través de una legislación de los índices y el contenido, fuera mediante reglas que las obligaran a operar en un entorno competitivo.

La FCC siguió la primera ruta con respecto a American Telephone and Telegraph (AT&T), que declaró un «monopolio natural» y, por consiguiente, no requería competencia. A cambio de concedérsele este estatus privilegiado, se exigió a AT&T que proporcionara servicio universal y fiable a precios razonables. Pese a ser de propiedad privada, en efecto se volvió un servicio público. En cambio, la FCC se empeñó en alimentar un contexto competitivo para la radio, conformando un patrón industrial con centenares de emisoras locales que brotaron en los años de entreguerras. Cuando el auge de las tres redes nacionales (National Broadcasting Company, Columbia Broadcasting System y American Broadcasting Company, que pronto pasarían a ser conocidas como NBC, CBS y ABC) empezó a consolidarse en el sector, en las décadas de 1930 y 1940, la FCC frenó la influencia de estas cadenas limitando el número de emisoras radiofónicas locales que cada una podía poseer en exclusiva. Las emisoras locales podían optar por afiliarse a una de las cadenas para acceder a los amplios menús de programas de estas, pero retenían su autonomía, lo cual les permitía controlar parcialmente lo que emitían en antena y mejorar su posición de negociación con respecto a sus empresas de radiodifusión nacionales. Las mismas reglas se aplicaron a las cadenas televisivas surgidas de las redes radiofónicas en las décadas de 1950 y 1960. La Doctrina de la Imparcialidad que imperó entre finales de los años cuarenta y finales de los ochenta, y que exigía a las empresas de radiodifusión que concedieran el mismo tiempo a ambas posturas de un debate político, también era una expresión del deseo de la FCC de regular el mercado de las comunicaciones.[60]

No obstante, en las décadas de 1970 y 1980, la insatisfacción con el régimen regulador crecía. A medida que empezaron a permear propuestas para diseñar nuevas tecnologías en el sector de las telecomunicaciones, AT&T se convirtió en diana de críticas por su lento ritmo de innovación. Una orden judicial desintegró su

monopolio avalado por el Estado a principios de la década de 1980. Simultáneamente apareció la televisión por cable, que amenazó con anegar el mundo cuidadosamente regulado de las cadenas televisivas y a sus tres principales proveedores con centenares de canales nuevos. La FCC de Reagan derogó la Doctrina de la Imparcialidad a finales de los años ochenta, argumentando que la nueva era de telecomunicaciones había posibilitado a todas las personas no solo hablar, sino también ser escuchadas; la regulación ya no servía al interés público. Resulta revelador que la Administración Clinton no adoptara ninguna medida por restaurar la Doctrina de la Imparcialidad cuando ocupó la Casa Blanca en 1993. Al contrario, lo que se propuso fue acelerar la revolución de las TI en curso modernizando la Ley de Comunicaciones de 1934.

El vicepresidente Al Gore, que ya había abrazado las posibilidades de las nuevas tecnologías en la década de 1980, encabezó un grupo de trabajo de la Casa Blanca a alto nivel encargado de plantear la reforma de las telecomunicaciones. Después de los comicios de 1994, el control del proceso de reforma recayó en el Partido Republicano. Pero resultó que no importaba demasiado qué partido liderara la reforma, porque gingrinchistas y clintonistas compartían la misma pasión por la desregulación. Llegaron a un acuerdo sobre la necesidad de renovar los grilletes reguladores del New Deal, aunque ello comportara eliminar las disposiciones antimonopolio de la ley de 1934. Si en breve habría disponibles centenares de canales por cable, ¿por qué limitar el número que cualquier empresa de retransmisión por cable podía poseer u ofrecer? ¿Por qué confinar a las empresas de comunicaciones a un sector de la industria —telefonía, radiodifusión audiovisual, televisión por cable, televisión por satélite, cine— en lugar de dejar que compitieran entre ellas en todo el espectro de las telecomunicaciones? La posibilidad de competir en un terreno tan amplio se consideraba especialmente importante porque nadie sabía adónde se dirigía la revolución de las TI ni qué beneficios podía obtener de colaboraciones y sinergias inesperadas. Las *startups* o empresas emergentes estaban de moda.

Razón de más, por consiguiente, para dejar que las corporaciones de telecomunicaciones compitieran sin restricciones. ¿Qué mejor que permitir que las innovaciones que los programadores informáticos y sus patrocinadores con capital de riesgo estaban generando llegaran a todos los rincones de la economía mediática y que fueran los consumidores estadounidenses quienes determinaran, a través de sus compras, cuáles de los nuevos productos y servicios les seducían más?[61]

La emoción que generó internet ahondó la sensación de que Estados Unidos (o, a decir verdad, el mundo entero) se hallaba en la antesala de una transformación impulsada por los mercados. Los observadores que buscaban un precedente de una magnitud comparable a la revolución de las comunicaciones tuvieron que retrotraerse a la invención de la imprenta medio milenio antes. Internet, aseguraban algunos, comportaría más cambios que la aparición de los libros impresos en su día. Patricia Aufderheide, una crítica sesuda de los medios de comunicación, se maravillaba en la década de 1990 de que la Red «funcionara igual de bien enviando y recibiendo en cualquier dirección, lo cual convertía a cada usuario tanto en un productor como en un consumidor potencial. Podría recombinarse hasta el infinito y abrirse en cualquier punto a nuevos usuarios y proveedores de servicios que quisieran engancharse a ella».[62]Ninguna empresa por sí sola podría controlar una plataforma tan dinámica, accesible todas las horas del día y de la noche con tantos productores y consumidores. Internet era, de manera inherente, obstinada e implacablemente democrática. En el pasado, los monopolios habían imperado en el mundo, pero, por parafrasear a Karl Marx, su control antaño sólido de los mercados se estaba esfumando.

La intención de la Ley de las Telecomunicaciones de 1996 no era otra que aprovechar al máximo esta fascinante plataforma digital. Promulgada en febrero, derogó las reglas que durante largo tiempo habían impedido a las corporaciones traspasar de un sector a otro de la industria. Compañías telefónicas, compañías por cable, compañías por satélite, cadenas televisivas, estudios cinematográficos y proveedores de datos pudieron competir a

partir de entonces entre sí. La restricción al número de emisoras o filiales que una empresa podía poseer se atenuó de manera drástica. El mero hecho de lanzar a tantas empresas de distintos sectores a competir entre ellas imposibilitaría, se creía, que uno o dos únicos proveedores controlaran el sector. La innovación en internet enseguida debilitaría a cualquier proveedor mediático lo bastante afortunado o despiadado como para acorralar una porción del mercado durante un tiempo.[63]

Algunos críticos intentaron advertir a los estadounidenses de que no todos los aspectos de la era de internet eran nuevos y bonitos. La Edad Dorada (entre las décadas de 1870 y 1890) ofrecía un cuento aleccionador acerca de cómo los avances tecnológicos rompedores y la creatividad industrial daban paso al monopolio, la corrupción y la desigualdad. Uno de quienes intentó hacer sonar esta alarma en la década de 1990 fue Marvin Kitman, un columnista de medios de comunicación que colaboraba con *Newsday*, en aquel entonces un importante diario de la ciudad de Nueva York-Long Island. Kitman se había devanado los sesos intentando entender la compleja ley que estaba cobrando forma en el Congreso en 1995, pero su pensamiento volvía una y otra vez a lo que había aprendido en la escuela acerca de la Edad Dorada, cuando una generación previa de innovadores transformó Estados Unidos, en este caso (por utilizar la terminología de Alvin Toffler) de una economía agraria de primera ola a una economía urbana e industrial de segunda ola.[64]Entonces los innovadores habían sido los capitanes de los ferrocarriles, los lores de los servicios de telefonía y telegrafía y los maestros de la producción de acero, de la refinería del petróleo, de la fabricación de maquinaria eléctrica y de la creación de sustancias químicas. Pero bajo la apariencia de generar capital, puestos de trabajo y nuevos productos, estas empresas innovadoras persiguieron de manera despiadada hacerse primero con el poder económico y luego con el político. Ida Tarbell, Lincoln Steffens y otros periodistas que se dedicaban a destapar escándalos realizaron un esfuerzo infatigable por sacar a la luz las repugnantes prácticas de John D. Rockefeller, Cornelius Vanderbilt y otros capitalistas sin escrúpulos y expusieron ante el

público lector las ansias insaciables de poder y la codicia de dichos hombres, así como su determinación inquebrantable a aplastar toda competencia.

Kitman defendió que los titanes del sector de las telecomunicaciones de la década de 1990 tenían más en común con «Johnny Rockefeller, Andy Carnegie y todos los demás capitalistas sin escrúpulos de los días de Ida Tarbell» de lo que se creía. «Volvemos a estar en unos tiempos de colonización —declaró Kitman—. Todo el mundo comenta desde sus asientos el advenimiento de una nueva era de telecomunicaciones. Pero no es nueva. Es otro saqueo más de los recursos públicos. Solo que ahora luchamos por un terreno de un aspecto extraño, un terreno invisible.»[65]

La ley que el Congreso acabó aprobando a principios de 1996 no apaciguó las inquietudes de Kitman. Unos cuantos gigantes multimedia «van a acabar poseyéndolo todo —afirmó—. ¿Y por qué no? Es lo que dijo Time and Warner cuando se fusionaron [en 1990]. "Algún día", tal como había predicho el director ejecutivo de Time Warner Gerry Levin, "habrá cinco compañías que serán dueñas de todos los medios de comunicación del planeta Tierra, y nuestra voluntad es ser una de ellas"».[66]Tal vez se antojara buena idea liberar las ondas hertzianas para todos, pero las empresas de medios de comunicación en realidad no querían competir. El movimiento de fusiones en sus filas había dado comienzo ya con anterioridad, anticipando la aprobación de la Ley de las Telecomunicaciones. Y Kitman estaba convencido de que continuaría. La ley, clamaba, facilitaría precisamente el tipo de consolidación corporativa de sectores críticos que se había producido un centenar de años antes.

El poder de las corporaciones de telecomunicaciones fue un tema al que Kitman recurrió una y otra vez. No encontraba nada en aquella ley que pudiera contenerlo. Al contrario, alegaba Kitman, las empresas interesadas habían logrado esbozar una ley plegada a sus intereses. El imperativo regulador que tanto había hecho por modular las respuestas populares al poder corporativo cien años antes parecía haber desaparecido. Kitman no tenía fe en

que la FCC, tal como se había constituido, dispusiera de las herramientas o de la autoridad necesarias para adoptar un modelo de consolidación de la industria de las telecomunicaciones a plena escala.[67]

Sin duda, además de a las empresas, la ley también benefició a otros grupos de interés. Los tradicionalistas morales consiguieron la Ley de Decencia en las Comunicaciones, que controlaba la difusión de pornografía en internet (aunque no tardaría en ser declarada inconstitucional). Y los progresistas consiguieron tanto su servicio universal (se obligó al sector a conectar cada hogar, escuela y espacio público a la Red) como un impuesto a los proveedores por cable para pagar dicha conexión. Clinton, Gore y sus aliados lo consideraron una gran victoria, y lo fue. Mejoró la idea de los naderistas de convertir a los consumidores en soberanos, en este caso desarrollando una infraestructura que pondría cantidades ilimitadas de información a disposición de los usuarios. Pronto, exclamó Bill Clinton en 1996, «toda persona tendrá la oportunidad de sacarle el máximo partido a su vida». La tecnología «iba a liberar a los estadounidenses y a unirlos».[68]Pero no había nada en la ley que permitiera frenar el poder corporativo, salvo una fe ciega primero en la capacidad del mercado de imponer tales límites por sí solo y segundo en la capacidad de la FCC, si era preciso, de estar a la altura de las circunstancias, apoyada por un Congreso dispuesto a concederle nuevas potestades para imponer la voluntad pública al sector privado.[69]

La Ley de las Telecomunicaciones de 1996 también liberaba explícitamente a las corporaciones que controlaban las redes de telecomunicaciones de la obligación de supervisar el contenido que circulaba por sus dominios si su origen eran usuarios o promotores independientes. Esta exención se mantenía, incluso si se consideraba que dicho contenido inducía al odio, era falso o incendiario. De este modo, los proveedores de internet adquirieron una amplia inmunidad frente a las demandas por el daño que tal contenido pudiera ocasionar a personas, colectivos o instituciones. Así lo recogía la Sección 509 de la Ley de las Telecomunicaciones, posteriormente incorporada como Sección 230 de la Ley de

Comunicaciones revisada de 1934.[70]

Durante toda la iniciativa legislativa para reformar las telecomunicaciones, prácticamente ninguna figura influyente, ni en el Partido Demócrata ni en el Republicano, se atrevió a sugerir que el espectro de emisión/cable/satélite era un bien público propiedad del pueblo estadounidense ni que las empresas con intención de acceder a él debían considerarse (y regularse) como servicios públicos. Sugerir algo así en la década de 1990 o mentar siquiera la «imparcialidad» de los medios de comunicación como un valor que merecía la pena perseguir equivalía a ser estigmatizado como un carca, alguien que sencillamente no entendía el potencial revolucionario del momento. La mayoría de los republicanos y demócratas creían que el Gobierno no tenía capacidad para gestionar el desarrollo del sector de las telecomunicaciones. Había que dar rienda suelta a las fuerzas del sector privado, intensificar la competencia y maximizar las oportunidades de difundir la libertad de internet en cada paso. Esa era la esencia de la tercera ola. La creencia en el valor, o más bien el imperativo, de la desregulación se había vuelto hegemónica.

Joseph Stiglitz, el economista y prolífico autor galardonado con el Premio Nobel, ha escrito de forma reveladora acerca de cómo, en la década de 1990, él y otros progresistas de pensamiento afín sucumbieron al dulce paladar del libre mercado. Como miembro y luego presidente del Consejo de Asesores Económicos y como participante del grupo de trabajo de Al Gore encargado de la reforma de las telecomunicaciones, Stiglitz desempeñó un papel importante en la Administración Clinton. Tradicionalmente, los demócratas como él, observaría más adelante, «siempre habían previsto algún mecanismo de control de las desregulaciones sin ton ni son; pero ahora nos uníamos al fragor de la desregulación, a veces llevándola incluso más lejos que bajo el Gobierno de la Administración Reagan. [...] “Todos somos berlineses”, había declarado el presidente Kennedy» cuando visitó Berlín en 1961. «Treinta años más tarde —afirmó Stiglitz—, todos éramos desreguladores. [...] Al someternos al idioma de la desregulación, de hecho habíamos dado la batalla por perdida.»[71]Esta concesión,

esta participación de los demócratas progresistas en la intoxicación del mercado en la década de 1990, es otro síntoma más de que el neoliberalismo se había vuelto imperante y de que sus defensores espoleaban a todos los actores políticos a operar dentro de su matriz ideológica.

Un mes después de firmar la Ley de Reforma de las Telecomunicaciones, Clinton y Gore volaron a California para celebrar su victoria con las personalidades más destacadas de Silicon Valley. Las empresas tecnológicas habían escogido aquella fecha, que bautizaron con el nombre de «Netday», como la ocasión para enviar a sus técnicos a escuelas públicas de todo el estado para tender cable e instalar *routers*. Clinton y Gore viajaron a Concord, una ciudad en la zona este de la bahía de San Francisco, convertidos en «técnicos por un día», y pusieron su granito de arena tendiendo cables a través de los plafones de techo de un aula (Clinton llegó a la escuela vestido con pantalones caquis, listo para ponerse a trabajar). Por supuesto, Clinton tenía la reelección en mente: la temporada de primarias de 1996 ya estaba en pleno despliegue. Había llegado el momento de que los demócratas se aseguraran el apoyo de Silicon Valley, una vez que Clinton hubo demostrado, mediante la Ley de las Telecomunicaciones, su compromiso con el sector.[72]

Clinton no logró el respaldo del *lobby* de las tecnologías aquel día, pero sí lo hizo cinco meses después, cuando regresó a California a informar a los líderes de las TI de que apoyaba su oposición a la Proposición 211 del estado, un referéndum que habría hecho que estos ejecutivos y los miembros de sus juntas fueran personalmente responsables en las posibles demandas judiciales planteadas por sus inversores contra empresas emergentes que hubieran dilapidado recursos de manera indebida. La derrota de la Proposición 211 era la segunda prioridad en la lista de deseos de Silicon Valley de 1996, por detrás de la aprobación de la reforma de las telecomunicaciones. El espaldarazo de Clinton brindó a los detractores de la proposición la ayuda que necesitaban. Menos de un mes después de la visita de Clinton, los dirigentes del sector anunciaron su satisfacción con el binomio

Clinton-Gore. Steve Jobs fue quien mejor lo expresó: «Los pasados cuatro años han sido los mejores que Silicon Valley ha conocido».[73]El mensaje estaba claro: Silicon Valley quería otros cuatro años de Clinton-Gore. Las aportaciones de las nuevas tecnologías a la campaña de 1996 de los demócratas se dispararon. Clinton surfeó hasta la victoria en noviembre, y la Proposición 211 de California naufragó.

Entre tanto, la consolidación del sector de los medios de comunicación prosiguió a buen ritmo. Time Warner adquirió Turner Broadcasting System en 1996, adquisición que le otorgó el control del primer canal por cable completamente nuevo, la CNN. También adquirió dos empresas cinematográficas independientes, Castle Rock Entertainment y New Line Cinema, y tenía en propiedad HBO, el primer servicio digital de películas para televisión. En 2000, Time Warner se fusionó con AOL y, en 2016, este mastodonte engulló a una bestia aún más grande, AT&T, liberada desde hacía tiempo de sus limitaciones como servicio público.

Disney Corporation no andaba muy por detrás de Time Warner. Días después de que la Clinton aprobara la reforma de la Ley de las Telecomunicaciones, en 1996, Disney se fusionó con Capital Cities/ABC, que también incorporó la principal cadena por cable de deportes, ESPN, al reducto de Disney. Parques de atracciones, equipos de deportes profesionales, líneas de cruceros y otros sectores de la industria del entretenimiento llegaron y se fueron, parte del imperio Disney un día y vendidos al siguiente. General Electric, por tradición el fabricante de material eléctrico más importante de Estados Unidos, también participó en esta fiebre de las compañías mediáticas con la adquisición de NBC y RCA. Otro gigante de la producción eléctrica, Westinghouse, compró la CBS en 1995 y luego se fusionó con Viacom en 1999. La ley de 1996 había creado, en efecto, oportunidades para empresas que buscaban influencia en los medios y capital para avanzar casi en cualquier dirección sin restricciones. Ese fue el significado de la desregulación en la era de internet.[74]

Por supuesto, no todo giró en torno a las fusiones. También

surgieron *startups*, muchas de las cuales encandilaron a Silicon Valley (y a Wall Street) entre 1996 y 2001. Google emergió durante esta época, y Facebook y Twitter la seguirían poco después. Un número desproporcionado de las empresas innovadoras clave en el sector cibernético mundial estaban radicadas en Estados Unidos; *hubo* algo en el contexto económico y político estadounidense que permitió que la revolución de las TI floreciera allí. Ahora bien, el antiguo principio capitalista de que la innovación y la competencia conducen a la fusión y al monopolio seguía operativo. De ahí que el fenomenal éxito del motor de búsqueda de Google le permitiera controlar, en 2016, el 90 por ciento del mercado. Prácticamente nadie se había cuestionado si era bueno que una empresa de medios desregulada tuviera tanta influencia sobre cómo recibían la información más de 300 millones de norteamericanos.[75]Kitman había atinado al predecir que la Ley de las Telecomunicaciones de 1996 daría vida a una nueva generación de capitalistas sin escrúpulos. Y Gerald Levin demostró no ir desencaminado con su predicción de que cinco empresas mediáticas gobernarían algún día el mundo. El Gobierno de Clinton posibilitó que dicha predicción se hiciera realidad.

La reforma de Wall Street

La campaña por desregular el sector de las telecomunicaciones caminó de la mano de la campaña por desregular las finanzas; solo entonces se conseguiría un libre mercado pleno. Durante los años de Clinton, esta desregulación se conoció como «modernización financiera».[76]Como en el caso del sector de los medios de comunicación, colectivos de ambos lados del espectro político consideraban que el sector financiero estaba maniatado por un régimen regulatorio obsoleto, este también establecido durante los idílicos albores del orden del New Deal. En este caso, la legislación relevante era la Ley Glass-Steagall de 1933, que imponía un régimen regulatorio a Wall Street para evitar que volvieran a darse una especulación y unos intercambios comerciales tan

descontrolados como los que habían desencadenado el Crac del 29.

La separación de la banca de inversiones y comercial era el núcleo de la Ley Glass-Steagall. Los bancos de inversiones eran los encargados de conceder préstamos a empresas que quisieran ampliar sus negocios, gestionar ofertas bursátiles, negociar con valores y procesar fusiones y adquisiciones. Se les impedía operar en el sector de los bancos al por menor, o comerciales, las instituciones donde la gente corriente tenía sus cuentas de nóminas y ahorros y obtenía sus préstamos hipotecarios y sobre el valor acumulado.

Se prohibía explícitamente a los bancos de inversiones hacerse con participaciones de control de bancos comerciales o utilizar capital de las cuentas de los depositantes en bancos comerciales para realizar sus suscripciones de préstamos e inversiones corporativas. Se otorgó a la Reserva Federal la potestad de regular la banca comercial y se creó la Corporación Federal de Seguros de Depósitos para garantizar los ahorros de los clientes de los bancos comerciales. Los bancos comerciales tenían que estar constituidos en estados particulares y no se les permitía operar en otros estados, una regulación que evitaba las fusiones y que se crearan monopolios en el sector. Además, solo se autorizaba a los bancos comerciales invertir el 10 por ciento de sus reservas en títulos privados. Sí se les permitía negociar con valores públicos, ya que se consideraban instrumentos seguros, respaldados por garantías del Gobierno federal. El interés en las cuentas corrientes era inexistente y el interés en las cuentas de ahorro era bajo. Los fondos del mercado monetario no existían.

La Ley Glass-Steagall y otros instrumentos legislativos de la década de 1930 restauraron la confianza en el sector bancario estadounidense y lo estabilizaron en gran medida. Estas leyes estructuraron el régimen financiero del orden del New Deal mientras pervivió. Durante esta época, los bancos quedaron en un segundo plano con relación a los gigantes corporativos de la producción —General Motors, Ford, US Steel, Standard Oil of Ohio (y más tarde Exxon), DuPont, Boeing y Lockheed-Martin— como timones de la economía. Los bancos proporcionaban servicios

esenciales a estas empresas, pero no eran la punta de lanza de la economía. Fue la época del «horario bancario» (de 10:00 a 16:00 horas los días laborables) y de las relaciones amables y cordiales entre los diversos operadores de Wall Street que suscribían préstamos y ofertas públicas a las empresas. En el seno del sector de los ahorros y los préstamos, la fuente de muchas hipotecas inmobiliarias, el «algoritmo» que predominaba en la vida laboral no era de 10-16, sino 3-6-3: dar a los depositantes un 3 por ciento de interés por sus ahorros, utilizar dichos depósitos como la base para préstamos emitidos al 6 por ciento a los compradores de viviendas y estar en el campo de golf a las tres de la tarde. Era una vida cómoda y relativamente ociosa.[77]

Como en el caso de las telecomunicaciones, la insatisfacción con este régimen regulador empezó a permear en la década de 1970. Los reformistas desreguladores se anotaron su primer gran éxito en el sector de las pensiones. Dicho sector era un subproducto del orden del New Deal, una consecuencia de que los sindicatos hubieran convencido a los trabajadores de reservar unos fondos que se repartirían entre los empleados tras su jubilación. A medida que los sindicatos fueron haciendo extensivos estos planes de pensiones a un número creciente de sectores económicos y que las empresas antisindicales buscaron detener la afiliación a los sindicatos concediendo voluntariamente a sus empleados pensiones equiparables fueron acumulándose inmensas bolsas de capital invertible.

Cada vez más bancos, tanto comerciales como de inversiones, quisieron poner sus manos sobre dichos fondos y ejercieron una presión cada vez mayor por desregular las finanzas. Entonces, en la década de 1970 se produjo otro cambio crítico: la patronal consiguió que el Congreso aprobara una legislación que le permitía reemplazar los planes de «prestaciones definidas» por planes de «aportaciones definidas». Los primeros prometían a cada empleado un pago mensual determinado tras la jubilación y hasta su deceso. Los últimos les prometían algo distinto: incluir mensualmente un complemento en la nómina que se abonaba a una cuenta de jubilación individual (IRA, por sus siglas en inglés). Tras jubilarse,

estos suplementos servirían de pensión a los antiguos empleados, que podrían retirar una cantidad mínima de fondos anuales para cubrir sus gastos vitales y continuar haciéndolo hasta que se agotaran los fondos o hasta la muerte del pensionista. La patronal prefería el modelo de las aportaciones definidas frente al de las prestaciones definidas, ya que dicho modelo comportaba que los pensionistas dependieran de sus propios fondos y no pudieran reclamar a las empresas nóminas mensuales que podían alargarse de veinte a treinta años tras la jubilación.

A resultas de estos cambios, en la década de 1970 millones de trabajadores estadounidenses empezaron a acumular fondos en IRA. El volumen acumulativo de esta bolsa monetaria pasó de millones a miles de millones y luego a billones de dólares. Tanto los bancos comerciales como los de inversiones pusieron sus codiciosos ojos sobre este cofre; los llamamientos a desmantelar la Ley Glass-Steagall se multiplicaron. La Administración Reagan, como hemos visto, respondió a este clamor despojando de sus restricciones anteriores a una porción del sector bancario comercial (el sector de los ahorros y préstamos). Lo hizo sin eliminar el seguro de depósitos federales, un programa también adoptado en la década de 1930 a través del cual el Gobierno federal prometía rescatar a cualquier depositante individual cuyo banco quebrara. Tranquilos por el convencimiento de que el Gobierno federal los rescataría si fracasaban, los bancos de ahorros y préstamos asumieron riesgos excesivos, lo cual contribuyó a la crisis financiera de 1987 y 1988.

Este revés frenó la desregulación financiera, pero no le puso fin. La revolución de las TI había convencido a mucha gente de que este proceso debía retomarse, pues se creía que la transformación tecnológica había cambiado de manera fundamental la relación entre el riesgo y la recompensa. Supuestamente, los expertos financieros avezados (a diferencia de los «aficionados» que dirigían la banca de ahorros y préstamos) poseían la capacidad de gestionar el riesgo de modos hasta entonces desconocidos. El acceso instantáneo y total a la información propiciado por los ordenadores había puesto la perfección de los mercados al alcance de la mano.

Las nuevas tecnologías de la información permitían reducir e incluso eliminar el riesgo, así como suavizar los picos y valles del ciclo económico. De ahí que gran parte de la regulación gubernamental resultara superflua o, lo que es aún peor, un impedimento real al crecimiento económico y al desarrollo. Por consiguiente, argumentaban los evangelistas de los mercados, lo mejor sería que los Gobiernos se quitaran del medio. La Ley Glass-Steagall había sido un instrumento necesario de la política demócrata en fechas anteriores del siglo, pero ya no lo era. De hecho, más que alentar la expansión económica, la obstaculizaba. La «modernización» de la banca no solo era deseable, sino esencial. Una nueva disciplina, la ingeniería financiera, sedujo a muchas de las mentes mejor cualificadas y más brillantes de las mejores universidades de Estados Unidos, que, en la década de 1990, invadieron Wall Street, intrigadas por el desafío de diseñar instrumentos financieros complejos por un lado y por la oportunidad de conseguir abultadas nóminas por el otro.[78]Todas estas fuerzas convergieron para producir lo que muchos expertos han denominado la «financierización» de la economía, manifiesta en el tamaño, la riqueza y el poder de las sociedades de inversión y las firmas de corretaje, que pasaron a considerarse las principales propulsoras de la generación de capital, innovación y beneficios.[79]

Los planes de reforma se desarrollaban más lentamente que las telecomunicaciones, puesto que la resistencia que debían superar era mayor, sobre todo vista la debacle de la banca de ahorros y préstamos de los años ochenta. Aun así, en 1999, Clinton firmó la Ley Gramm-Leach, que revocaba la separación de los bancos comerciales y de inversiones establecida por la Ley Glass-Steagall. Todos los bancos pasaron a ser libres de competir en todo el mercado financiero, tal como las empresas de medios eran libres de hacerlo en la totalidad de su mercado. Un presidente demócrata había derribado otro pilar regulatorio indispensable del orden del New Deal. Con la Bolsa por los aires, la derogación de la Ley Glass-Steagall se elogió, en general, como otro hito en la construcción del «puente hacia el mañana» de Clinton.[80]

La reforma de las telecomunicaciones y la modernización

financiera ataron la Costa Oeste a la Costa Este, Silicon Valley a Wall Street, San Francisco a Nueva York. Ambas costas, sectores y megalópolis se habían convertido en parte integral del Partido Demócrata reconfigurado de Clinton. Pero el éxito de Estados Unidos en el siglo XXI dependía de algo más que de tender lazos entre las élites de la Costa Este y la Costa Oeste. Dependía también de que Estados Unidos mantuviera la supremacía internacional. Los eventos acaecidos en el mundo durante la década de 1990 habían reforzado la posición del país. El prestigio de la economía y las ideas estadounidenses no solo se había beneficiado de la desintegración de la Unión Soviética, sino también del ascenso de Margaret Thatcher en la Gran Bretaña de los años ochenta y de la decisión de la primera ministra de someter al Reino Unido a un proyecto de desregulación incluso más contundente que el acometido por Estados Unidos. El líder laborista Tony Blair respaldó ese proyecto en la década de 1990, tras asumir el poder, de la misma manera que Clinton continuó la revolución iniciada por Reagan.[81]

Entre tanto, el canciller Helmut Kohl estaba reunificando Alemania y luego Europa bajo unos términos que Estados Unidos consideraba satisfactorios. En 1993, se creó la Unión Europea (UE) como un mercado único que permitía la libre circulación de bienes, servicios, personas y capital por todo el territorio controlados por los Estados miembros. Su establecimiento podía interpretarse como un logro del impulso desregulador. A principios de la década de 1990, la UE empezó a planear convertirse en una unión monetaria en 1999 con una moneda única, el euro, que uniría a un amplio subgrupo de sus miembros. Por insistencia de Alemania, se impondría una disciplina fiscal para sostener esta unificación monetaria: los Gobiernos nacionales tendrían que equilibrar sus presupuestos y se limitarían los préstamos concedidos a los Estados miembros en función de lo que razonablemente pudiera esperarse que reintegraran. Estos principios convergían con los que Robert Rubin había establecido en Estados Unidos a través de su acuerdo presupuestario de 1993 y posteriormente a través del Consenso de Washington y que habían hallado expresión a través de las

políticas de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y del Fondo Monetario Internacional. Estados Unidos podía reivindicar de forma plausible estar arrastrando a Europa en su revolución neoliberal. Kohl contempló en voz alta el día en que surgieran unos «Estados Unidos de Europa» con un programa de integración económica y política —y una mezcla inteligente de libertad de mercado y disciplina de mercado— modelado con parámetros parecidos a los de la república estadounidense de la década de 1990.[82]

Ahora bien, los avances en Gran Bretaña y la Unión Europea también amenazaban el predominio financiero de Estados Unidos. La desregulación de la banca acometida por Thatcher en 1986 en el Reino Unido, que barrió gran parte de la regulación local y nacional y aumentó el atractivo de los servicios financieros del Reino Unido para inversores y negociadores de todo el mundo, excedió las medidas adoptadas en Estados Unidos. Los bancos europeos y estadounidenses se apresuraron a instalar sucursales en Gran Bretaña, lo cual posibilitó a Londres rivalizar con Nueva York como lugar donde efectuar transacciones financieras innovadoras y a alto ritmo. Cuando retomó el poder en 1997, con Blair al frente, el Partido Laborista dio continuidad a estas tendencias, destripando aún más el régimen regulador del país mediante la fusión de nueve organismos reguladores en uno solo, al que se dieron instrucciones de «no perjudicar la posición competitiva del Reino Unido».[83]Alemania también amenazaba la supremacía de Estados Unidos ahora que Kohl había reunificado sus dos mitades y había transformado el país reintegrado en el gigante económico de Europa. Frankfurt emergió como un *hub* financiero global de pleno derecho, con sus bancos ejercitando su musculatura e inundando tanto Londres como Nueva York con su dinero.

Legisladores demócratas como el senador Charles Schumer de Nueva York acusaron vivamente la competencia de Londres y Frankfurt. Pese a representar el estado en el que se habían incubado las ideas del orden del New Deal bajo la gestión del gobernador Franklin Roosevelt, ahora Schumer también se inclinaba por liberar Estados Unidos del sistema regulador

financiero implementado por Roosevelt. El neoliberalismo parecía ser una fuerza demasiado poderosa para contenerla. La decisión de Clinton, Schumer y otros de desregular las finanzas conllevó que las élites situadas al frente de la nueva economía abrazaran cada vez más el Partido Demócrata.[84]

En 1997, Robert Reich, que recientemente había dejado su puesto como secretario de Trabajo en la Administración Clinton, planteó preguntas incisivas acerca de las implicaciones políticas de tal adopción. En alusión a un complejo almuerzo de jefes de Estado que la Casa Blanca de Clinton organizó para el presidente mexicano Zedillo a finales de 1995, Reich recordó la época en la que los invitados habrían sido «diplomáticos, artistas y premios nobeles». En cambio, ahora habían sido sustituidos por «ejecutivos de empresas mundiales y banqueros de Wall Street». Los jefes de Estado, observó Reich, se habían «convertido en comerciales viajantes, impacientes por vender sus países a cualquiera lo bastante grande para comprarlos». «El dinero global —denunció— era el nuevo soberano.»[85]Cada vez más, los bancos centrales y las enormes constelaciones de instituciones financieras privadas sobre las cuales presidían parecían regentar el mundo.

Disidencia política y cultura en la era neoliberal

A pesar de que Clinton y Reich eran buenos amigos desde sus tiempos como becados Rhodes en Oxford, la ocupación de la Secretaría de Trabajo por parte del último no fue particularmente feliz. Leyendo sus memorias de esos años, *Locked in the Cabinet*, uno aprecia la punzada que notó este demócrata inteligente, innovador y con principios, un demócrata con «d» minúscula, al sentirse apartado en repetidas ocasiones en asuntos económicos por Rubin, Bentsen, Panetta y, por supuesto, por el gran visir en persona, Alan Greenspan. Estos últimos fueron los grandes legisladores del Gobierno de Clinton, en el que Reich quedó relegado en esta función. El relato de Reich del día en que lo invitaron a mantener un almuerzo cara a cara con Greenspan en el

comedor privado de este en la Reserva Federal es escalofriante. Reich describe el ambiente como reminiscente de una audiencia con un monarca, en lugar de una reunión entre dos funcionarios, dos representantes de una república que se vanagloria de ser una democracia que se sientan juntos a compartir el pan.[86]

No ayudó que Reich fuera el secretario de Trabajo, un puesto cuyo prestigio no es comparable al del secretario de Estado o secretario del Tesoro, y tampoco ayudó que su electorado principal, el movimiento obrero, se hallara en declive y desorganizado. Los esfuerzos iniciales de Reich por tender la mano a los líderes sindicales habían fracasado. El padre de Reich había sido un tendero que detestaba a Roosevelt y el New Deal por sus impuestos, el bienestar social y los sindicatos. Superestrella académica, el mundo de Reich después de abandonar el nido familiar había estado definido por universidades y laboratorios de ideas de políticas públicas, instituciones de las que los sindicatos recelaban por su estrechez de miras y por posicionarse a la defensiva ante sus demandas. Reich había sido uno de los primeros defensores del mercado libre global. Pretendía ayudar a los trabajadores no posibilitando que conservaran empleos que no pudieran hacer frente a la competencia extranjera, sino mediante grandes compromisos con la educación y el reciclaje profesional. La población activa de Estados Unidos, había argumentado durante largo tiempo, tenía que adaptarse a los imperativos de la economía global.[87]

Pero Reich aprendía rápido y sus encuentros con los líderes sindicales pronto lo convencieron de que la educación y el reciclaje no bastaban. Había que garantizar a los trabajadores el derecho a la huelga, y ese derecho solo podía protegerse de manera satisfactoria si los trabajadores que se declaraban en huelga no tenían que temer que los despidieran. El NAFTA había acentuado esta preocupación en las filas de los trabajadores. Reich le rogó a Clinton que apoyara una medida para prohibir los despidos por motivos relacionados con la huelga. El presidente se avino, pero ni siquiera su apoyo fue suficiente para conseguir que el Congreso aprobara la ley.[88]

La medida propuesta por Reich en realidad era bastante modesta; exigía mucho menos a la patronal de lo que habría comportado una reforma a gran escala de las leyes que regulaban la organización de los trabajadores. Durante los años de Clinton en la Casa Blanca, el importante paquete de medidas de esta índole que no logró aprobarse bajo la administración de Jimmy Carter en 1978 no se reavivó en ningún momento, ni siquiera a propuesta de Reich. A medida que el Partido Demócrata de Clinton se ponía cada vez más de cara para Wall Street y Silicon Valley, daba la espalda al movimiento que lo había impulsado al poder en las décadas de 1930 y 1940.[89]

Reich no abandonó su campaña insurgente. A continuación pivotó a una causa distinta pero relacionada: remediar el creciente desequilibrio de poder entre ricos y pobres que se había convertido en el sello distintivo de Estados Unidos durante la época neoliberal. Como parte de otra iniciativa bipartidista con republicanos de Gingrich, en 1994 Clinton estaba ya diseñando una legislación para reducir la asistencia social, limitar el número de años que una persona o una familia podían percibir subsidios y concebir mecanismos más eficaces para desplazar a los pobres del bienestar al mercado laboral. Dichas iniciativas desembocarían en la Ley de Reconciliación de Responsabilidad Personal y Oportunidades Laborales de 1996, otro instrumento legislativo que arremetía contra un principio del orden del New Deal.[90]

Reich no tuvo una participación muy activa en la redacción de dicha ley ni en las negociaciones que la rodearon, pero sí aprovechó la oportunidad retórica que ofrecía el lugar destacado que ocupaba el tema del bienestar para empezar a hablar de la igualdad de sacrificios. Si se exigía a los pobres que abandonaran sus ayudas al bienestar, defendía Reich, lo mismo debería exigirse a las empresas. «Puesto que nos hemos comprometido a traspasar a los desfavorecidos del bienestar al mercado laboral —pronunció Reich ante los asistentes al Consejo de Liderazgo Demócrata a finales de 1994—, ¿por qué no atacamos también las ayudas sociales a las empresas y utilizamos lo que ahorremos para ayudar a todos los estadounidenses a obtener mejores empleos? Poner fin

a los subsidios corporativos es un objetivo noble.»[91]Reich no consideró que aquellas dos frases bastante comedidas fueran las palabras de un militante, pero al día siguiente hicieron erupción como un volcán en los medios de comunicación nacionales. El director de la Asociación Nacional de Fabricantes le gritó a Michael Kingsley, presentador del popular programa de tertulia televisiva *Crossfire*: «Las empresas no son como las madres dependientes de la asistencia social. El secretario de Trabajo no tiene derecho a criticar a las empresas estadounidenses de ese modo». En el transcurso de las dos semanas que siguieron, la troika de poder formada por Rubin, Bentsen y Panetta desautorizó en repetidas ocasiones a Reich por sus comentarios.[92]

En cambio, Reich recibió una reacción positiva de Clinton, lo cual alentó al secretario de Trabajo a continuar con su campaña. Modificó su vocabulario sustituyendo la expresión negativa «subsidios para empresas» por la fórmula más positiva «responsabilidad corporativa». Invocando este último eslogan, Reich solicitaba a las empresas que asumieran la responsabilidad no solo por sus accionistas, sino también por sus empleados y por las comunidades en las que estaban ubicadas sus instalaciones. Pronunció la locución «responsabilidad corporativa» a principios de 1996 en *Nightline*, por entonces un popular programa nocturno de noticias de la televisión, pero volvió a salir escaldado. En esta ocasión, Rubin se encargó de echarle una reprimenda en persona, a solas. Reich recordaba que la conversación había sido cordial en la superficie y que Rubin apenas había elevado el tono de voz. Pero sí empleó palabras duras y acusó a Reich de usar lenguaje «incendiario» para incitar una «guerra de clases» y para socavar la campaña de Clinton para conseguir que Wall Street se pusiera del bando de los demócratas.[93]

En esta ocasión, Clinton no acudió al rescate de Reich. La cruzada del presidente para conseguir el apoyo de Wall Street se había intensificado recientemente. Acababa de firmar la Ley de las Telecomunicaciones. Estaba a punto de viajar a California para intentar seducir a Silicon Valley de sumarse a su campaña presidencial de 1996. No podía permitirse que Reich liderara una

operación de responsabilidad corporativa desde dentro de su Gobierno. Clinton no despidió a su viejo amigo. Pero, en el curso de los seis meses que siguieron, Reich entendió que ese tipo de políticas no tenían futuro en la Administración Clinton. Poco después de la reelección de Clinton en noviembre, Reich le presentó la dimisión a su jefe. Joseph Stiglitz, otro miembro con tendencias izquierdistas de la Administración Clinton, dimitió poco después.[94]

El tema de los subsidios a las empresas no murió ahí. Ralph Nader lo convirtió en uno de sus lemas. En una declaración ante el Congreso en 1999, Nader ofreció un informe abrumadoramente extenso y detallado sobre el alcance y la variedad de subsidios que el Gobierno federal estaba asignando a las empresas.[95]Pero Nader tampoco consiguió nada. Su frustración y cólera con Clinton, con su sucesor designado, Gore, y con el orden neoliberal que ambos estaban implantando impulsó su decisión de postularse a la presidencia del país como candidato de un tercer partido en 2000. Y los votos que atrajo serían un factor determinante para la derrota de Al Gore.

Los republicanos detestaban a Clinton, pese a todo el trabajo que Clinton, el Eisenhower demócrata, había hecho para garantizar el triunfo del orden neoliberal. En parte, su odio no era más que un reflejo de la frustración por el hecho de que Clinton los hubiera superado en múltiples contiendas. Los años noventa del siglo XX, a ojos de los republicanos, estaban llamados a ser la década de la victoria política de su partido. Al fin y al cabo, el partido de Reagan había sido el que había puesto a la Unión Soviética de rodillas y luego había supervisado su desmantelamiento. Las recompensas políticas para el Partido Republicano derivadas de esa victoria deberían haber sido sustanciales. Pero, desde la perspectiva de los republicanos, todo en los años noventa se había torcido. Para empezar, Ross Perot, un precursor de Trump, encabezó una campaña populista de derechas con un éxito sorprendente en 1992 para frenar la reelección de George H. W. Bush y colocar a un desconocido gobernador demócrata de un estado insignificante en la Casa Blanca. Cuando el Partido

Republicano se recuperó de su derrota presidencial de 1992 dispuesto a hacer papilla a Clinton y a su exaltada esposa feminista en los comicios de 1994, el «taimado» ciudadano de Arkansas volvió a burlarlo robándole su programa neoliberal de desregulación (y equilibrio presupuestario) e implementándolo en un grado suficiente como para ser reelegido presidente en 1996. A continuación, jueces como Sandra Day O'Connor y David Souter, designados al Tribunal Supremo por presidentes del Partido Republicano, se mostraron reacios a aplicar la visión originalista planteada por Meese y otros agitadores de Reagan en la década de 1980. Lo que debería haber sido una década de triunfo electoral sin reservas del Partido Republicano se había convertido en una pesadilla infinita para los republicanos.

Y entonces, como si quisiera frotar con sal las heridas del partido, Clinton se dedicó a demostrar que un orden neoliberal era perfectamente compatible con una república multicultural de muchos colores, religiones y credos. En manos de Clinton, la multiculturalidad había dejado de ser lo que había sido en las décadas de 1970 y 1980: una doctrina radical que insistía en que el racismo no podía erradicarse de la sociedad estadounidense. Ahora transmitía un mensaje de reconciliación racial y patriotismo. Celebraba la diversidad como la esencia del americanismo. Clinton entendió que esta versión del credo multicultural estaba perfectamente en sintonía con la idea neoliberal de un mundo sin fronteras, un mundo en el que gentes de distintos países se mezclaran libremente entre sí, al margen de su raza, de su religión y de su nacionalidad original. Desde el prisma de Clinton, la multiculturalidad era sinónimo de cosmopolitismo, un modelo de vida que celebraba los intercambios sólidos no solo de artículos, sino de culturas de distinto bagaje racial, étnico, religioso y nacional.[96]Clinton desplegó también su cosmopolitismo en la esfera internacional, tendiendo puentes entre antagonistas (protestantes y católicos en Irlanda del Norte y judíos y árabes en Oriente Medio) cuyas diferencias se habían considerado durante mucho tiempo irreconciliables.[97]

En Estados Unidos, Clinton celebró este modelo de vida,

convencido de que la diversidad y la hibridez que estaba generando estaba fortaleciendo al país. No fue casualidad que California, el centro de la revolución de las tecnologías de la información, fuera también una cabina de mando de este cosmopolitismo. En su discurso del estado de la Unión de 2000, Clinton elogió al estado más poblado de Estados Unidos por encauzar al país hacia su futuro multicultural: «Dentro de diez años, solo diez años, no habrá ninguna raza mayoritaria en el estado más vasto del país, California. Y en poco más de cincuenta años no habrá ninguna raza mayoritaria en Estados Unidos». Clinton celebró estos cambios por considerar que iban en el mejor interés de la nación. «En un mundo más interconectado, esta diversidad puede ser nuestra mayor fortaleza. Basta con echar un vistazo a esta cámara —se regocijó Clinton—. En este Congreso hay miembros prácticamente de todas las razas, etnias y religiones. Y creo que estarán de acuerdo en que eso hace a Estados Unidos más fuerte.»[98]

Las ciudades globalizadas eran el crisol natural de esta diversidad y de las redes neoliberales globales que la alimentaban. California tenía dos enormes megalópolis de estas características: San Francisco, que se extendía hasta Silicon Valley y San José en el sur y hasta Berkeley y el condado de Marin en el norte; y Los Ángeles, que alargaba los tentáculos de su economía y su cultura cosmopolita por todo el sur de California. Estas ciudades tenían sus homólogas a lo ancho y largo de Estados Unidos, en Seattle, Chicago, Boston, Nueva York, Miami, Atlanta y Houston, e internacionalmente en Londres, París, Frankfurt, Hong Kong, Bombay y Toronto. Todas estas ciudades cobraron atractivo como lugares habitados por personas de todas partes, atraídas a ellas tanto para realizarse profesionalmente como para disfrutar de una vida vigorizada por una polinización transcultural excepcional. Eran lugares donde las limitaciones previas de cultura, identidad y sexualidad normativa podían abandonarse. La política identitaria demostró ser compatible con el código moral urbano del orden neoliberal en ascenso; más aún, a menudo se nutrió de él.

La asociación de la política identitaria con el neoliberalismo

no pretende desacreditar a la primera, que encarnaba profundas aspiraciones de libertad personal, incluso de emancipación. De lo que se trata, más bien, es de subrayar la dimensión positiva del orden neoliberal y de entender cómo apuntalaba tales aspiraciones. No fue casual que los dos centros neurálgicos cruciales del orden neoliberal en Estados Unidos, Silicon Valley y Wall Street, se hallaran en San Francisco y Nueva York, posiblemente las ciudades del país más liberales (incluso podría decirse radicales) en lo cultural.

Ahora bien, la emergencia de estas mecas cosmopolitas resplandecientes también tuvo una cara oscura. Su espectacular crecimiento en población y empleo agotó los recursos, tanto humanos como físicos, de otras regiones del país, de poblaciones pequeñas y el entorno rural sobre todo. La desigualdad económica que caracterizó al orden neoliberal tuvo una dimensión espacial: los empleos y la riqueza se concentraron en las grandes ciudades y en los corredores cosmopolitas surgidos de ellas, mientras que quienes quedaron fuera de estas fronteras metropolitanas tuvieron que hacer frente a una creciente esterilidad de oportunidades económicas.[99]

Esta desigualdad también tuvo una dimensión racial. El barrido de millones de estadounidenses negros pobres de las calles de las ciudades mediante la encarcelación masiva iniciada en la década de 1980 bajo los Gobiernos republicanos continuó en la década de 1990 con Clinton al frente del país. Clinton alardeaba de ser duro con la delincuencia y de haber reunido la financiación necesaria para poner a 100.000 agentes de policía más en las calles. El Departamento de Defensa, por su parte, estaba acelerando la militarización de las fuerzas policiales locales distribuyendo entre ellas con un coste bajo o nulo material militar de la era de la Guerra Fría que ahora resultaba superfluo. Los años noventa fueron también la década en la que cada vez más fuerzas policiales urbanas adoptaron la teoría de las «ventanas rotas» articulada en los años ochenta por el sociólogo James Q. Wilson para tratar la delincuencia. Dicha teoría sostenía que había que tratar las infracciones más leves de la ley, como el vandalismo, el

vagabundeo y la evasión del pago de los billetes de metro, con la misma gravedad que infracciones flagrantes, ya que, si los delitos menores no se castigaban, conducían a una cultura de la permisividad que alentaba otros delitos mayores.[100]

La misma filosofía regía la guerra contra la drogadicción, que imponía por posesión de pequeñas cantidades sanciones que antaño se habían reservado para la posesión y el tráfico de grandes cantidades. Se concedió licencia a la policía para patrullar las ciudades desplegando redes barrederas para proceder a la «detención y el cacheo» y meter a todo tipo de «delincuentes» entre rejas. La reforma de los protocolos para dictar sentencia privó a los jueces de la discrecionalidad que hasta entonces habían tenido de actuar con manga ancha en el caso de los pequeños infractores o quienes cometían un primer delito, sancionándolos con un breve tiempo en prisión o simplemente con una amonestación. Ahora, cada vez más, quienes eran detenidos acababan en la cárcel, de tal manera que las penitenciarías de Estados Unidos acabaron por ser las más pobladas de todo el planeta Tierra, tanto en términos absolutos como relativos.[101]

Esta ofensiva contra la delincuencia consiguió que las ciudades fueran más seguras que en las décadas de 1970 y 1980 y atrajo a ellas a legiones de jóvenes llegados a trabajar en finanzas, sectores creativos y, al poco, en los florecientes distritos culturales y de restauración, que parecían multiplicarse. El valor de las propiedades inmobiliarias en las ciudades se puso por las nubes.[102]Nueva York se consagró como centro global de las finanzas y el cosmopolitismo bajo la tutela del alcalde de la ley y el orden, el republicano Rudolph Giuliani, que gobernó la ciudad entre 1994 y 2001. Antes de ser alcalde, Giuliani había sido fiscal federal en el poderoso distrito sur de Nueva York, donde se había forjado una reputación por ser el fiscal más duro del país, capaz de enviar a charlatanes de Wall Street, capos de la mafia y narcotraficantes a prisión. Como alcalde, él y su comisario de policía, William Bratton, se convirtieron en los implementadores más entusiastas de la teoría de las ventanas rotas de Wilson. Las críticas a Giuliani por sus excesos tanto procesales como policiales

abundaban, pero también era una figura popular entre los neoyorquinos, que lo reeligieron para un segundo mandato.[103]

La libertad, como hemos visto, se había asociado desde hacía mucho tiempo con el orden en la imaginación tanto de los liberales clásicos del siglo XIX como de los neoliberales del siglo XX. Esta asociación radicaba en la convicción de que no era posible disfrutar de la libertad personal sin orden. Tal como Walter Lippmann había observado sesenta años antes, los mercados que funcionaban bien no eran entidades naturales. Había que construirlos y gestionarlos, gobernarlos mediante contratos y legislación. Los liberales y neoliberales que recalcaban la importancia del orden también hacía tiempo que habían identificado grupos que consideraban que carecían del intelecto o de la disciplina necesarios para hacer frente a las exigencias de una economía de mercado; dichos grupos quedaron excluidos de la política, vieron cómo se les recortaban los derechos o, en el peor de los casos, acabaron entre rejas o se les prohibió la entrada en el país.

A lo largo de la historia del liberalismo y el neoliberalismo, ha habido momentos en los que la preocupación por el orden ha minado la búsqueda de la libertad. La década de 1990 no fue uno de ellos. Más bien fue un tiempo en el que el imperativo de encarcelar a quienes se consideraban inadecuados para la economía de mercado convivió de manera potente e íntima con el deseo de liberar la economía y al pueblo estadounidenses. Al propio Clinton parecía no afligirle la contradicción entre libertad y orden que caracterizó las políticas sociales y económicas de su Gobierno. Y tampoco parecían especialmente preocupados los Partidos Demócrata y Republicano, ni las legiones de jóvenes profesionales urbanos —los llamados cada vez más (con sorna) *yuppies*— que emigraron en bandada a las grandes ciudades para disfrutar de las oportunidades económicas y de la cultura cosmopolita.[104]Sorprendentemente, en el transcurso de la exuberante década neoliberal de 1990, la encarcelación masiva de hombres jóvenes negros estadounidenses apenas llamó la atención.

No obstante, la escala de esta encarcelación sí supuso un

punto de tensión para el orden neoliberal. Todos los órdenes políticos tienen contradicciones intrínsecas, todos presentan vulnerabilidades que hay que gestionar. Los neoliberales «manejaron» el problema de la encarcelación masiva durante la década de 1990. Pero manejar una contradicción no es sinónimo de resolverla. ¿A cuánta gente podía excluirse del modelo de libre mercado antes de que la celebración de dicha libertad quedara mancillada o fuera repudiada?

Lo que importunó de verdad a los republicanos (y a algunos demócratas) en la década de 1990 fue el daño que la celebración del cosmopolitismo (y, por ende, de la política identitaria) por parte de Clinton supuestamente estaba ocasionando a la cultura estadounidense. Grupos sustanciales de neoliberales republicanos siempre se habían sentido mucho más cómodos con la libre circulación de negocios y capital que con la libre circulación y la mezcla de personas. El cosmopolitismo multicultural de Clinton les asustaba, y las iniciativas del presidente por combatir las estafas a la asistencia social y a los delincuentes menores no les apaciguaron. No consideraban que el neovictorianismo de Clinton fuera sincero. En su opinión, solo podía confiarse en los republicanos para restablecer las jerarquías sociales tradicionales sobre las cuales había descansado siempre, creían ellos, la grandeza de Estados Unidos. Pintaban a Bill y Hillary Clinton como los avatares del amor libre, como relativistas morales y como embusteros empedernidos que estaban llevando al país a la ruina moral. Y decidieron hacer cuanto estuviera en su mano por hacer caer a los Clinton.[105]

El tiempo de Clinton en el cargo estuvo dominado por los escándalos, reales y ficticios, en los que se vio envuelto: amoríos con Gennifer Flowers, Paula Jones y otras mujeres de su pasado en Arkansas; una debacle relacionada con la urbanización de unos terrenos en la que Bill y Hillary habían invertido dinero en la década de 1980 conocida como el escándalo Whitewater;[106]la muerte del ayudante de Clinton Vince Foster, supuestamente un suicidio, si bien muchos republicanos sospechaban que se trató de un asesinato ordenado por alguien entre las altas instancias de la

cadena de mando de Clinton, y la mentira de Clinton acerca de su relación con la becaria de la Casa Blanca Monica Lewinsky que lo convirtió en el segundo presidente de la historia de Estados Unidos sometido a un *impeachment* (su juicio en el Senado acabó en absolución). La prominencia de estos escándalos y las amargas enemistades que habían engendrado espolearon a muchos observadores y cronistas de los años noventa a contemplar los años noventa como una década dominada por las guerras culturales y una profunda polarización entre la izquierda y la derecha. Las guerras culturales fueron reales, y causaron intensos conflictos. Pero convertirlas en el foco de la década de 1990 comporta pasar por alto el amplio acuerdo que los demócratas y los republicanos suscribieron en materia de política económica durante estos años.[107]

Amplias mayorías en ambos partidos apoyaban ahora el orden neoliberal. Las culturas contrastantes preconizadas por los dos partidos —el cosmopolitismo en el caso de los demócratas y el neovictorianismo en el de los republicanos— eran compatibles con la política económica en auge. Una ensalzaba la diversidad, el intercambio, la hibridez y la maleabilidad de las identidades que alentaba el mercado globalizado. La otra recalcaba la importancia de formar a personas disciplinadas capaces de gestionar los rigores y las tentaciones de la vida comercial. Clinton representaba la primera, Gingrich la segunda. Eran enemigos, por supuesto, pero también fueron colaboradores en garantizar que el orden neoliberal se impusiera en Estados Unidos. La contradicción entre los códigos morales cosmopolita y neovictoriano podría debilitar algún día el orden neoliberal y poner en peligro su supervivencia. Pero no ocurrió así en la década de 1990.

Las guerras culturales ponen el foco en el interior, en una forma de gobierno. Pero el acontecimiento más importante que marcó la política de Estados Unidos en la década de 1990 seguramente no fuera interno sino externo: la desintegración de la Unión Soviética. De ahí que debamos concluir este relato del triunfo del orden neoliberal regresando al punto de partida, con otro conjunto de reflexiones sobre la magnitud de los cambios que

puso en marcha el reformista soviético Mijaíl Gorbachov. Fantaseemos por un momento con una historia alternativa para Centroeuropa y la Europa del Este durante esta época. Imaginemos que Gorbachov hubiera sido un hombre distinto, más parecido a Deng Xiaoping en China, un reformista comunista de derechas, en lugar de tener inclinaciones izquierdistas. Esta versión de derechas de Gorbachov, a quien podríamos denominar «el Gorbachov alternativo», habría acometido igualmente la glásnost y la perestroika en 1985, pero habría repudiado la primera en 1989 y 1990, una vez quedó claro que un compromiso continuado con la democracia conduciría a la aniquilación del poder del Partido Comunista y a la posterior disolución de la Unión Soviética.

Así, este Gorbachov alternativo habría optado en 1990 y 1991 por un desarrollo capitalista dentro de un marco político autoritario, tal como Deng Xiaoping estaba haciendo a la sazón en China. La disidencia democrática soviética habría sido aplastada, como ocurrió con los inconformistas chinos de la plaza de Tiananmén, y la Unión Soviética habría permanecido intacta. Asimismo, la Unión Soviética habría mantenido sus colonias en la Europa del Este. Y, en un movimiento que habría complacido al joven Putin destacado en la República Democrática de Alemania, este Gorbachov alternativo no habría tolerado la reunificación de Alemania. Se había derramado demasiada sangre rusa en la guerra contra el nazismo para permitir que una reunificación pudiera contemplarse algún día como un trampolín para la formación de un Cuarto Reich. La fundación de la Unión Europea habría seguido su curso, pero no habría sido un evento con tanta repercusión a nivel mundial, pues se habría restringido a la Europa occidental y solo habría incluido una parte de Alemania. En todas partes, la oposición internacional a la globalización del capitalismo habría sido mucho más enardecida, y el eje Wall Street-la City de Londres-Frankfurt que acabaría modulando gran parte de la política económica global en la década de 1990 y posterior habría sido más débil. La revolución neoliberal habría continuado su avance, pero más despacio, y habría topado con más contestación a nivel doméstico en su camino. Los republicanos habrían seguido sumidos

en su larga pugna contra el comunismo, década tras década, y habrían continuado con la Guerra Fría y sus guerras culturales, y Clinton se habría sentido menos impelido a desempeñar el papel del Eisenhower demócrata. En otras palabras, el futuro de Estados Unidos habría sido distinto. El futuro que se hizo presente, articulado en torno al triunfo del orden neoliberal, estuvo facilitado, sobre todo, por el repentino e inesperado desplome del comunismo y de la Unión Soviética. Y la onda expansiva de dicho desplome aún reverbera.

6

Soberbia

Durante la primera década del siglo XXI, Estados Unidos fue de conmoción en conmoción. La primera fueron unas elecciones presidenciales muy reñidas en 2000 que muchos estadounidenses creen que acabaron en robo. La segunda fue un espectacular atentado terrorista el 11 de septiembre de 2001 que llevó al país a enzarzarse en dos guerras imposibles de ganar en Afganistán e Irak. La tercera fue el arranque, en 2008, de la peor crisis económica desde la Gran Depresión. La cuarta fue la elección, también en 2008, del primer presidente afroamericano de la historia de Estados Unidos. Cada uno de estos eventos, por sí solo, habría bastado para definir una década. Combinados, causaron una profunda convulsión en el país. Su efecto acumulativo precipitó el desmoronamiento del orden neoliberal en Estados Unidos. Pero, durante gran parte de la década, dicho desmoronamiento pasó desapercibido, pues dicho orden demostró ser resistente y los lazos entre las eras de Clinton y Bush-Obama, fuertes. El orden neoliberal de Estados Unidos no se derrumbaría sin hacer ruido.

La década arrancó de manera favorable. La granada de la tan cacareada amenaza a la infraestructura digital de Estados Unidos, un error conocido como «Y2K» o «efecto 2000» y supuestamente incorporado en los sistemas de las tecnologías de la información norteamericanas que iba a dejar inoperativos todos los ordenadores del país en la medianoche que daría paso al nuevo milenio (el 31 de diciembre de 1999), al final no estalló. Los ordenadores continuaron funcionando con normalidad.[1]A la carrera

presidencial, por su parte, le faltaba lustre. Al Gore, el candidato demócrata, era el imperturbable heredero de Clinton, mientras que George W. Bush, el gobernador republicano de Texas, se percibía ampliamente como el hijo privilegiado y desnortado de un expresidente con un bagaje insuficiente para llegar a la Casa Blanca. Ningún candidato generaba demasiado entusiasmo. Apenas un 50 por ciento de los ciudadanos llamados a votar acudieron a depositar sus papeletas. Pero entonces, la noche electoral, se desencadenó el infierno.

Los canales de noticias concedieron inicialmente la victoria a Gore, pero luego recularon y proclamaron vencedor a Bush. Después volvieron a corregirse y aseguraron que los resultados eran demasiado ajustados para determinar quién se había impuesto en los comicios. El problema era Florida. Ambos candidatos necesitaban ganar el estado soleado para situarse por encima del umbral de la victoria de los 270 votos en los colegios electorales. La mañana siguiente a las elecciones, pareció que Bush había superado a Gore por un estrechísimo margen de unas quinientas papeletas entre los cerca de seis millones de votos del estado. Pero hubo tantas acusaciones de irregularidades relacionadas con las votaciones, con el recuento y el supuesto descarte indebido de papeletas que la campaña de Gore se apresuró a impugnar la victoria de Bush en los tribunales.

Anular el recuento inicial en Florida por la vía de las apelaciones legales no sería fácil. El Partido Republicano controlaba ambas cámaras en la asamblea legislativa y la gobernación de Florida, donde residía el propio hermano del candidato del Partido Republicano, Jeb Bush. Dicho de otro modo, su gente estaba al frente de la maquinaria electoral del estado. Tras sufrir los ocho años de Clinton, las ramas nacionales y estatales del Partido Republicano habían decidido que nada les impediría colocar a su hombre en la Casa Blanca. Mientras los recuentos en varios condados de talante más demócrata empezaron a erosionar la minúscula ventaja de Bush, el Partido Republicano despachó escuadrones de operativos para que irrumpieran en los juzgados donde se estaban dirimiendo los litigios acerca de las elecciones. Y

entonces intervino el propio Tribunal Supremo. En una decisión alarmantemente partidista e imperativa tomada el 12 de diciembre de 2000, cinco jueces designados por presidentes republicanos detuvieron el recuento selectivo de papeletas en varios condados de Florida. La mayoría republicana del Tribunal Supremo podría haber llegado a un acuerdo con los magistrados demócratas para presentar algo parecido a una decisión unánime, por ejemplo autorizando un recuento de todos los votos de Florida. Pero, en lugar de ello, ordenó que el recuento finalizara de inmediato, sin más, y así preservó la victoria de Bush. En aras a que la transición de poder fluyera, Al Gore tuvo el magnánimo gesto de aceptar la derrota. Millones de demócratas consideraron que les habían robado las elecciones y que Bush era un presidente ilegítimo. Pero nadie asaltó el Capitolio para detener la certificación de los votos de la Junta Electoral.[2]

La irritación por lo sucedido en los comicios empeoró unas relaciones entre los partidos ya de por sí complicadas. Ambos bandos se prepararon para la batalla. El primero atacó con un recorte fiscal masivo propuesto por la Administración Bush que comportaba la aniquilación de la subida de los impuestos aplicada por Clinton en 1994. Bush se impuso. Sin embargo, antes de que ambos bandos pudieran maniobrar para la batalla siguiente, el terrorismo golpeó el país.

La caída de las Torres Gemelas

El 11 de septiembre de 2001 amaneció un día radiante en el nordeste de Estados Unidos. El aire era fresco y el cielo lucía un asombroso tono de azul. En torno a las nueve de la mañana empezaron a circular noticias vagas acerca de que un avión se había estrellado contra una de las torres del World Trade Center, en el centro de Manhattan. Los rumores iniciales sugerían que se trataba de un avión pequeño y que el piloto se había perdido, era inexperto o ambas cosas a la vez, y que probablemente la tragedia se saldaría con una pequeña pérdida en vidas. Sin embargo,

cuando llegó la noticia de que un segundo avión había impactado en la otra torre del World Trade Center, los estadounidenses se apresuraron a encender sus televisores. Aquello tenía que ser un atentado.

Durante los dieciocho meses previos, diecinueve integrantes de la organización terrorista de Oriente Medio Al Qaeda, la mayoría de ellos de nacionalidad saudí, se habían colado en Estados Unidos y habían tenido la cautela de distribuirse en células durmientes de cuatro o cinco miembros, llevando vidas anodinas como inmigrantes cualesquiera. Algunos de ellos se apuntaron a clases de vuelo. Otros perfeccionaron sus habilidades en sus ordenadores personales, con programas de simulación de vuelo; y unos cuantos se limitaron a jugar durante horas sin fin a videojuegos. Cuando el líder de Al Qaeda, Osama Bin Laden, les envió la señal para activarse, viajaron a Nueva York y Boston, donde, el 11 de septiembre, embarcaron en cuatro aviones distintos. Armados solo con cúteres y navajas, se abrieron camino hasta las cabinas, mataron a los pilotos y se hicieron con los controles de los aparatos. Ninguno de aquellos secuestradores había pilotado un avión de aquellas dimensiones y sofisticación previamente. Pero tenían los conocimientos suficientes para mantenerlos en el aire y también para guiarlos hacia las Torres Gemelas de Nueva York y hacia el Pentágono, justo a las afueras de Washington D. C. Solo uno de aquellos cuatro aviones no llegó a su destino, que presumiblemente era el edificio del Capitolio, porque los valientes pasajeros que viajaban a bordo, tras conocer los atentados previos a través de llamadas telefónicas desesperadas de sus seres queridos, irrumpieron en la cabina y consiguieron estrellar el avión en un campo aislado de Pensilvania. No hubo supervivientes.

La colisión de dos aviones cargados de combustible en las Torres Gemelas desencadenó enormes incendios, con un calor que alcanzó tales temperaturas que el armazón metálico de los edificios empezó a combarse. Muchas personas quedaron atrapadas en las plantas superiores de los rascacielos y no lograron salir con vida; algunas saltaron a una muerte segura para no morir quemadas.

Heroicos bomberos de la ciudad de Nueva York entraron en los edificios en llamas para evacuar a tantas personas como pudieran salvar. Pero no hubo tiempo suficiente parra subir y bajar las más de cien plantas de altura de los rascacielos. El desplome de las torres, cuando se produjo, fue rápido. Fue como si se hubieran instalado explosivos repartidos por ambos edificios y se hubieran programado para estallar simultáneamente al accionar un botón. A los pocos minutos de accionar aquel interruptor imaginario, los rascacielos se desmoronaron. Hacia las 10:30 horas apenas quedaba nada de las torres, salvo montañas de escombros e inmensas nubes de humo tóxico de los incendios que seguían ardiendo. Bin Laden, el cerebro del atentado, había orquestado un extraordinario acto de destrucción. Su éxito seguramente excediera sus sueños más descabellados.[3]

El atentado terrorista del 11-S de Al Qaeda fue el ataque más letal perpetrado en suelo estadounidense desde Pearl Harbor. En términos de muertes de civiles en un único día, posiblemente sea el más letal de la historia. Hizo añicos la sensación de invencibilidad e invulnerabilidad de Estados Unidos, sentimientos asimilados en la conciencia nacional desde la victoria del país sobre la Unión Soviética en la Guerra Fría. Los terroristas causaron una enorme confusión. No representaban a ningún Estado nación, sino que eran redes de radicales islamistas basadas en múltiples países de Oriente Medio y otros lugares. No tenían nada parecido a un ejército convencional que pudiera atacarse en un campo de batalla. No tenían capital que invadir. Y defender el propio territorio de estos atacantes era igual de problemático. Los soldados del enemigo que se habían infiltrado en Estados Unidos no vestían uniforme ni viajaban en regimientos. Se movían solos, como civiles, guerrilleros en suelo estadounidense que solo se hacían visibles en el momento de atacar. Su voluntad de convertir aviones comerciales en misiles kamikaze, de ponerse chalecos explosivos e inmolarse y de liberar armas químicas entre poblaciones hacinadas los hacían especialmente peligrosos. En la estela del 11-S, funcionarios gubernamentales estadounidenses se dedicaron a escudriñar cada día informes de los servicios de inteligencia movidos por la

preocupación permanente de que una célula terrorista pudiera hacerse con un dispositivo nuclear portátil o liberar una sustancia química igual de letal en alguna instalación de suministro de agua o en el aire del país.[4]

Este enemigo invisible e impredecible tuvo a los estadounidenses encogidos de miedo durante días, semanas y meses después del 11-S, incluso en zonas alejadas de Nueva York y Washington D. C. La gente se mostraba reacia a salir de sus casas y visitar lugares públicos. Nadie sabía dónde podía golpear el siguiente terrorista suicida. Ese miedo posibilitó al presidente, a sus asesores y al Congreso aprobar una ley draconiana que permitía al Gobierno infringir prácticamente todas las libertades civiles para velar por lo que empezaba a denominarse «seguridad nacional».[5]Y este miedo intenso estaba acompañado por una sed de venganza igual de intensa que desestabilizaría y comprometería seriamente la toma de decisiones en las instancias más altas del Gobierno estadounidense.

Desde el principio se perfiló una clara diana de esa venganza: Afganistán, patria de los talibanes, un grupo islamista radical que controlaba gran parte del país y había dado refugio a Bin Laden y Al Qaeda cuando habían sido expulsados de Arabia Saudí. A finales de septiembre, el Congreso autorizó el uso de la fuerza militar contra todos cuantos hubieran tenido algún papel en los atentados del 11-S. En octubre, Estados Unidos, apoyado por una amplia coalición de fuerzas de la OTAN, atacó plazas fuertes de los talibanes en Afganistán. A finales de diciembre de 2001, los talibanes habían sido derrotados y sus combatientes buscaban refugio o bien en las montañas afganas o bien en Pakistán. Sin embargo, en esta campaña inicial no se consiguió capturar ni matar a Bin Laden.[6]

Esa victoria no fue suficiente para Bush y sus asesores, que decidieron aprovechar aquella crisis para deponer a Sadam Husein, el jefe de Estado iraquí. Husein era una diana fácil. Era un gobernante brutal que había encarcelado y ejecutado a decenas de miles de sus conciudadanos. Sin ninguna justificación, había invadido Kuwait diez años antes y se requirió un esfuerzo masivo

de Occidente, bajo el liderazgo de George H. W. Bush, para expulsarlo del emirato árabe. Husein había masacrado a la población kurda en el norte de Irak y a elementos de la mayoría chií del sur cuando se alzaron contra él en la estela de la guerra. Husein poseía armas químicas, que había desplegado tanto en una guerra contra Irán en los años ochenta como contra su propia población. Bush y sus asesores temían que Husein convirtiera esas sustancias químicas prohibidas en armas de destrucción masiva, provocando con ello miles, quizá decenas de miles de muertes en Oriente Medio y las regiones aledañas. Asimismo, a los asesores de Bush les preocupaba que Husein pudiera estar ensamblando armas nucleares. Muchos en Estados Unidos consideraban a Husein un proscrito internacional que no se regía por ninguna regla ni por ningún sentido de la decencia y no merecía respeto ni misericordia.[7]

Sin embargo, el argumento de que Husein había colaborado en los atentados del 11-S era falaz. Irak y Al Qaeda no eran aliados naturales. Husein era laico e impío. Su partido, el Baaz, gobernaba en Irak aplicando una forma de socialismo de Estado similar a la que el Partido Comunista había implementado en la Unión Soviética. Restaurar la primacía del Corán, el Califato y los fundamentos del islam no eran ni de lejos objetivos que Husein tuviera en mente. No desempeñó ningún papel ni en el diseño ni en el encubrimiento de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono.

Husein, como Al Qaeda, sí deseaba el mal a Estados Unidos. Pero el dirigente iraquí había quedado gravemente debilitado por su guerra con Estados Unidos a principios de los años noventa y por las duras sanciones que siguieron al conflicto bélico y que se mantuvieron con firmeza durante el resto de la década. Dichas sanciones empobrecieron Irak al limitar su capacidad de vender petróleo en los mercados mundiales. Erosionaron el ejército de Husein, inhibiendo su capacidad de conseguir nuevas armas y piezas de repuesto. En algún momento de la década de 1990, Husein había destruido de manera discreta la mayoría de sus arsenales de armas químicas. No hizo públicos estos actos porque

prefería adoptar una pose desafiante y desplegar una retórica pomposa para amenazar a sus enemigos con la aniquilación. Sus bravuconadas tenían por fin desorientar a sus adversarios, tanto internos como externos. En 2001, Sadam Husein ni se estaba preparando para ninguna guerra ni tenía ninguna intención de combatir. No fue un aliado de Al Qaeda.[8]

Pese a ello, Bush y sus principales asesores insistieron en que había que deponer a Husein y su régimen como parte de la campaña de represalias de Estados Unidos por los atentados del 11-S. En su mensaje sobre el estado de la Unión de enero de 2002, Bush identificó Irak, Irán y Corea del Norte como miembros del «Eje del Mal». Husein era la supuesta pieza clave. Para derrotarlo sería necesaria una alianza mundial similar a la que había acabado con el Eje original integrado por Alemania, Italia y Japón en la década de 1940.

En Europa, las reivindicaciones de Bush se recibieron con escepticismo. Los franceses y los alemanes no estaban convencidos de que Husein tuviera armas de destrucción masiva ni, en el caso de tenerlas, de que fuera a desplegarlas de manera temeraria. Exigían pruebas tanto de los arsenales de Husein como de sus intenciones. Para ello se requerían inspecciones a sus instalaciones de armas de destrucción masiva. A regañadientes, Husein accedió a que se efectuaran dichas inspecciones bajo el auspicio de las Naciones Unidas. La Administración Bush accedió al plan, en el entendimiento de que era el único modo de recabar un amplio apoyo internacional para atacar a Irak.

El equipo de inspección de la ONU enviado a Irak para rastrear el entorno rural en busca de aquellos arsenales no encontró ninguno. Para mantener vivos sus planes bélicos, el Gobierno de Bush obligó al secretario de Estado, Colin Powell, un hombre admirado por su integridad, a prestar falso testimonio ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a principios de 2003. Powell aseguró tener informes de la inteligencia estadounidense que demostraban que Husein había engañado a los inspectores de la ONU.

El británico Tony Blair se sumó a lo que Bush había empezado

a llamar la «Coalición de la Voluntad». En cambio, los franceses y los alemanes no se dejaron convencer.[9]

A Bush no lo disuadió no encontrar armas de destrucción masiva en Irak, ni tampoco el desafío francoalemán al liderazgo de Estados Unidos ni las acusaciones creíbles de que su Gobierno mentía. Hubo manifestaciones masivas en contra de la guerra en toda Europa y también las hubo, a más pequeña escala pero aun así importantes, en Estados Unidos. Bush se aisló de estos desafíos envolviendo sus objetivos en una retórica noble. Siguiendo el ejemplo del manual utilizado por Woodrow Wilson en la Primera Guerra Mundial, Bush aseguró que Estados Unidos no iría a la guerra ni por poder ni por un botín, sino para difundir sus principios democráticos al mundo. Los árabes querían libertad y democracia tanto como cualquier otro pueblo, argumentó. Si Estados Unidos podía ayudar a los iraquíes a destronar a Husein e implantar una democracia en Irak, entonces la onda expansiva de luchas por la libertad similares tal vez viajara de Bagdad a Siria, Jordania, Egipto y quizá incluso hasta Turquía y Arabia Saudí. Una victoria de la democracia en Irak incluso podía impulsar a los iraníes a sublevarse contra sus dictadores teócratas. Occidente y Estados Unidos tenían delante una oportunidad que no podían dejar pasar. Al contrario de lo que aseguraban muchos críticos de Bush, no se trataba de una guerra irresponsable, de una aventura librada por poder, por petróleo o por venganza, sino de una causa noble que pretendía universalizar la democracia. Bush atacó a quienes criticaban sus planes bélicos por no entender la magnitud de aquella oportunidad y por ser condescendientes con los habitantes de Oriente Medio al descartar sus aspiraciones democráticas como secundarias al objetivo general de la estabilidad política en la región. El éxito de la democracia iraquí «enviaría la noticia, desde Damasco hasta Teherán, [...] de que la libertad puede ser el futuro de todos los países. El establecimiento de un Irak libre en el corazón de Oriente Medio», declaró Bush, sería «un punto de inflexión en la revolución democrática global».[10]

En la mente de Bush, la democracia y el libre mercado iban

de la mano. Una victoria democrática en Irak equivaldría a una victoria del capitalismo de libre mercado. Los asesores que rodeaban a Bush alentaron en él este pensamiento, en especial el subsecretario del Departamento de Defensa, Paul Wolfowitz. Bush y todos sus asesores creían, como había hecho Reagan, que los enemigos de Estados Unidos no tenían ninguna posibilidad cuando el país esgrimía sus principios democráticos, su poderío militar y la economía capitalista de mercado. Apenas apreciaban diferencias entre los «expertos» que en 2003 se habían opuesto a una guerra en Irak y los escépticos que durante tanto tiempo habían argumentado que el comunismo no podía desarticularse y que la Unión Soviética jamás sería derrotada. A su parecer, tanto los expertos en la Unión Soviética como los escépticos con relación a Oriente Medio se equivocaban. Si se les brindaba la oportunidad, los pueblos de Oriente Medio se alzarían contra sus caudillos, apostarían por la libertad y convertirían su región en un centro (y no en un cementerio) para la democracia. Lo único que necesitaban era el apoyo de Estados Unidos.

Bush albergaba una convicción inquebrantable en el alcance mundial de las ideas estadounidenses y en la benevolencia del poder de su país. Los pueblos oprimidos, reflexionaba nueve meses después del inicio de la guerra de Irak, «sabían de la existencia de al menos un lugar, una tierra de luz y esperanza, donde la libertad se valoraba y se garantizaba. Y rezaban por que América no se olvidara de ellos ni olvidara la misión de llevar la libertad a todo el mundo».[11]

Bush también se había convertido al neoliberalismo. Los mercados libres generaban energía económica y virtud política, y un Gobierno sobredimensionado las obstaculizaba. El Gobierno era imprescindible para librar la guerra, por supuesto. De ahí que Bush diera instrucciones a su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, de preparar minuciosamente la invasión de Irak. Sin embargo, Bush no ordenó a nadie que elaborara un plan serio para reconstruir la sociedad y la economía iraquíes una vez finalizada la guerra. No existía ninguna necesidad, en su opinión, de que el Gobierno de Estados Unidos acometiera ningún plan de reconstrucción. El

mercado, una vez activado de manera conveniente, se encargaría de eso. De hecho, el mercado, defendían los funcionarios gubernamentales de Bush, sería superior al Gobierno en la ejecución de dicho plan. En debates con Al Gore durante la campaña electoral de 2000, Bush se había burlado de la sugerencia de su rival demócrata de que Estados Unidos debería prepararse para acometer proyectos de construcción nacional en las regiones del mundo asediadas por la guerra y las privaciones. Una reconstrucción de tales características orquestada por el Gobierno, había arremetido Bush, rara vez funcionaba y, además, distraía al ejército estadounidense de sus objetivos militares y generaba problemas morales en sus filas.[12]Era mucho mejor, según Bush, que fueran accionistas privados, y no burócratas comerciales, quienes se encargaran de la reconstrucción de Irak.

El ataque a Irak dio comienzo a finales de marzo de 2003 con días de bombardeos masivos sobre Bagdad, instalaciones militares y centros neurálgicos gubernamentales. Entre el 20 de marzo y el 2 de mayo, Estados Unidos lanzó la escalofriante cifra de 30.000 bombas sobre Irak y disparó 20.000 misiles de crucero a objetivos iraquíes. La campaña aérea estuvo acompañada por un ataque relámpago de avance rápido de un contingente relativamente reducido, motorizado y excepcionalmente ágil de 170.000 soldados que se desplazaron por tierra desde bases situadas en países cercanos, en especial en Kuwait. El ejército de Husein, bastante mermado por años de sanciones, únicamente ofreció una resistencia simbólica. Las tropas estadounidenses tomaron Bagdad en pocos días; Husein y los altos cargos de su régimen huyeron. Estados Unidos proclamó su victoria con las siguientes palabras que podían leerse en una pancarta desplegada en el portaaviones estacionado en San Diego en el que aterrizó Bush para proclamar su victoria: «Misión cumplida».[13]

Sin embargo, en realidad, la misión no había hecho más que empezar. Alguien o algún colectivo o alguna institución tenía que dar vida a un Irak pos-Husein. Receloso del Departamento de Estado por sus supuestas inclinaciones a la «creación de una nación», Bush encargó la labor de reconstrucción al Departamento

de Defensa de Rumsfeld. Pero Rumsfeld no había elaborado ningún plan, más allá de delegar dicha labor en una división recién creada pero vagamente definida en el seno de su departamento, la Oficina de Reconstrucción y Asistencia Humanitaria. Rumsfeld envió a Bagdad a un general inexperto, Jay Garner, para colocarse al frente de esta tarea. Garner había liderado con éxito pequeñas misiones humanitarias en el pasado. Y era un hombre bienintencionado y amable. Pero no estaba preparado para la dimensión de su encargo en Irak.[14]

Con Husein huido, el régimen baazista fuertemente centralizado dejó de funcionar. La ley y el orden desaparecieron de las ciudades. Se produjeron saqueos de instituciones públicas y privadas por doquier. A los soldados estadounidenses se los instruyó, principalmente, para que esperaran mientras se producían los saqueos; Rumsfeld no quería que su ejército se convirtiera en una fuerza policial de ocupación. Con aire petulante, desestimó aquellos desórdenes como el corolario inevitable de liberar a las personas de una dictadura. «La libertad es desordenada y los pueblos son libres de cometer delitos, de cometer errores y de obrar mal. [...] Esas cosas pasan.»[15]Por más que Rumsfeld hubiera ordenado restablecer el orden, no disponía de suficientes efectivos sobre el terreno. Se habrían requerido unos 500.000 soldados, casi el triple de los que Estados Unidos destinó a Irak.

El problema subyacente era la situación general del país. Una década de sanciones había degradado la base económica y las infraestructuras iraquíes. Los sistemas de suministro de electricidad y agua funcionaban de manera intermitente, cuando funcionaban. La extracción de petróleo y la industria de la refinería estaban al borde del colapso. Numerosos edificios y carreteras se encontraban en estado de abandono; Husein carecía de los fondos o de la voluntad (o de ambas cosas) para repararlos. La campaña de bombardeos de Estados Unidos agravó la situación de deterioro de Irak. Había arrasado en gran medida, por ejemplo, el sistema de telefonía nacional. Se tardarían años en conseguir que la economía iraquí funcionara, en reconstruir las infraestructuras y desarrollar

instituciones políticas capaces de mantener una democracia.[16]

La magnitud de la empresa amedrentó al Departamento de Defensa, que no tardó en arrancar al superado Garner de su puesto y reemplazarlo por Paul Bremer, un diplomático con una dilatada trayectoria y antiguo asistente ejecutivo de Henry Kissinger, exembajador en los Países Bajos y en fechas más recientes asesor en contraterrorismo para clientes corporativos. No obstante, nada en el currículum de Bremer sugería que estaría mejor preparado que Garner para desempeñar aquel papel. A Rumsfeld y a Bush no parecía importarles. Tenían que asignar aquella labor urgente a alguien. Bush parecía agradecido —y bastante sorprendido— de que Bremer se mostrara dispuesto a aceptarla.[17]

La Administración Bush parecía querer vender a Bremer como su Douglas MacArthur, el general que había conducido de manera tan diligente la reconstrucción de Japón después de la Segunda Guerra Mundial. Se concedieron a Bremer amplios poderes, similares a los que había tenido MacArthur, a través de una nueva entidad, la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA, por sus siglas en inglés). Pero Bremer no era MacArthur. Apenas tenía experiencia en la región. No sabía nada acerca de la política ni de la sociedad iraquíes, ni pasadas ni presentes. No contaba con personal cualificado *in situ* que pudiera instruirlo o ejecutar sus órdenes. Apenas recibió directrices de Bush, Rumsfeld ni ninguna otra persona en Washington. Los fondos que se asignaron eran clamorosamente insuficientes. En julio de 2003, Bremer calculó que necesitaba 5.000 millones de dólares. En agosto había cuadriplicado esa cifra a 20.000 millones. Aquel aumento salvaje dejó clara la poca seriedad de la planificación del Gobierno de Bush.[18]

Bremer sentía un profundo desprecio por el Estado baazista que Husein había construido, que contemplaba como una prolongación de la tiranía sóviet y nazi en el siglo XXI. Defensor a ultranza de los principios neoliberales, Bremer pretendía administrar a Irak la terapia de choque implementada en los países del antiguo bloque soviético. «El “sistema” económico que había adoptado el Partido Baaz —escribiría Bremer más adelante—

combinaba lo peor del socialismo (una fe utópica en la guía burocrática y las empresas de propiedad estatal) con la corrupción característica de las tiranías. El resultado fue una espectacular ineficiencia a la hora de asignar los recursos de capital destinados a Irak. El nuevo Irak necesitaba modernizar su economía», y rápido.[19]

La única vía plausible, desde la perspectiva de Bremer, era erradicar el sistema baazista de manera inmediata y total, tal como se habían erradicado los sistemas comunistas en la antigua Unión Soviética y en sus satélites de Europa del Este en la década de 1990. Para ello se requería una campaña doble: por un lado, vetar a los baazistas de la vida política y económica y, por el otro, privatizar toda la actividad económica y todas las instituciones de inmediato. Entonces la economía dirigida por los baazistas se desmoronaría de la noche a la mañana y se abriría un espacio para el florecimiento del libre mercado en Irak. Una medicina amarga, sin duda, pero necesaria para salvar a un paciente gravemente enfermo. Los planes de Bremer fueron bien acogidos por una Administración Bush repleta de soldados de infantería de la revolución de Reagan que contemplaban el triunfo sobre el comunismo como la mayor victoria de Estados Unidos en el siglo XX. Pero la aplicación de las lecciones de la Guerra Fría a Irak no salió bien.

Vetar a los miembros baazistas de la vida política y económica comportaba desmantelar el ejército, a cuyos integrantes se les había exigido jurar lealtad al Baaz. Asimismo, implicaba despedir a grandes números de profesionales y artesanos, incluidos ingenieros, maestros, doctores y electricistas cuyas habilidades les habían otorgado un elevado estatus en el Baaz. Todos ellos eran nominalmente leales a Husein. Pero ¿no podía ser que solo lo fueran de boquilla, que hubieran jurado dicha lealtad solo porque era la única manera que tenían de conseguir un buen empleo? Bremer ni siquiera se molestó en formularse esta pregunta. No le pareció necesario identificar a las personas que quizá deberían haber quedado exentas de este veto. Tampoco reflexionó demasiado acerca de las consecuencias políticas y económicas de

despedir a 400.000 jóvenes del ejército y a otros 280.000 que ejercían de policías a través del Ministerio del Interior.[20] ¿Dónde buscarían ahora empleo en la despedazada economía de Irak? Y si no los encontraban, ¿qué harían aquellos hombres expertos en el manejo de armas de fuego?

Bremer se arriesgó a alienar también a los profesionales despedidos de sus trabajos, que, como los jóvenes exsoldados y expolicías, tenían pocas perspectivas de hallar un empleo alternativo. Estos profesionales eran, en una proporción desmesurada, musulmanes sunitas, desde hacía tiempo un grupo minoritario pero privilegiado en Irak. El propio Husein era sunita. Los musulmanes chiíes, los iraquíes más pobres y más numerosos, eran los mejor posicionados para aprovechar el veto a los sunitas. Pero, con toda probabilidad, reconfigurar el equilibrio de fuerzas entre sunitas y chiíes iba a generar tensiones entre ellos. Y también era probable que multiplicara las posibilidades de que el vecino Irán, de mayoría chií, se inmiscuyera en los asuntos iraquíes. Bremer desconocía esa división sectaria entre los musulmanes iraquíes, de manera que no vio necesidad de gestionarla. Ni él ni sus superiores en Washington tenían ni idea de que estaban asentando las condiciones para el malestar social y quizá incluso para una guerra civil en Irak.[21]

Igual de categórica fue la decisión de Bremer de cerrar o privatizar muchas de las doscientas empresas de propiedad estatal que habían conformado en su día el corazón de la economía iraquí. Si dichas empresas se aferraban a su carácter estatal probablemente se les negarían la electricidad, las piezas de recambio y los recursos necesarios para ser competitivas en la economía de libre mercado que Bremer estaba decidido a imponer. Para Bremer, estas empresas estatales estaban corrompidas por su pasado como compañías ineficientes dirigidas por el Estado. Cuanto antes se las marginara, mejor sería para la economía iraquí renacida. En su lugar, Bremer estaba ansioso por abrir Irak a grandes empresas extranjeras, la mayoría de ellas con sede y en manos de Estados Unidos y perfectamente conscientes de cómo se funcionaba en una economía capitalista. En opinión de Bremer,

estas multinacionales estadounidenses acelerarían la conversión de Irak a un sistema basado en el mercado y demostrarían a los iraquíes cómo funcionaba el capitalismo.[22]

Colosos estadounidenses, como Halliburton y Bechtel, se hicieron con lucrativos contratos de la CPA para reconstruir las infraestructuras iraquíes, sus sistemas de suministro de agua y electricidad, sus industrias petrolíferas, sus escuelas y hospitales, y un largo etcétera. Estas empresas no estaban obligadas a contratar a iraquíes para trabajar en dichos proyectos. A menudo, prefirieron contratar personal extranjero, incluidos docenas de miles de trabajadores de Estados Unidos y de países vecinos de Oriente Medio, como Kuwait y Arabia Saudí, por considerarlos más fiables y más dóciles que los iraquíes. De manera que, una vez más, los iraquíes perdieron sus empleos y empezaron a tener la sensación de que no obtendrían ningún beneficio de haber depuesto a Husein ni de la ulterior ocupación estadounidense de su país.[23]

Una de las ironías del plan de Bremer de llevar la libre empresa a Irak fue que a las grandes corporaciones estadounidenses invitadas a operar en el país no se les pidió que funcionaran en un verdadero entorno de libre mercado. La CPA reservó muchos de sus grandes contratos para empresas norteamericanas que, en muchos casos, no competían con nadie. Asumían pocos riesgos e invertían muy poco capital propio en iniciativas privadas con resultados inciertos. Fueron actores privilegiados en los mercados proyectados que engordaron en el comedero en que el Gobierno estadounidense había convertido a Irak.

En los dos primeros años de ocupación, estas empresas incumplieron con frecuencia su promesa de instalar y poner en funcionamiento las infraestructuras iraquíes con celeridad y eficacia. Pese a ello, se les siguió pagando generosamente por su trabajo. Si Husein practicaba un socialismo clientelista, los estadounidenses practicaban un capitalismo clientelista. Nada de esto pasó por alto a los propios iraquíes reducidos a espectadores desempleados de la pantomima de reconstrucción de Irak. No es de extrañar, por tanto, que muchos empezaran a contemplar la

posibilidad de usar los pocos recursos a su alcance para unirse a la insurgencia contra la ocupación estadounidense y sus ejércitos de contratistas privados.

Naomi Klein, en su libro *La doctrina del shock,* relata que el curso de los acontecimientos en Irak emanó directamente de los principios neoliberales cocinados en los seminarios de economía de la Universidad de Chicago, los cuales se aplicaron sin cortapisas en aquel desafortunado país árabe. «El "fiasco" de Irak ha sido creado por una aplicación fiel y sin trabas de la ideología de la Escuela de Chicago», escribe.[24]Sin embargo, ese también es un diagnóstico demasiado simplista. No hubo nada de minucioso en las obras de reconstrucción que el gabinete de Bush acometió en Irak. Es precisamente la ausencia de esa minuciosidad lo que más llama la atención y más desconcierta, como bien demuestra la designación de dos procónsules sin las habilidades ni la preparación necesarias para desempeñar la labor que se les encomendó. También se aprecia en el carácter esquelético de la CPA, que, según admite la propia Klein, «no contaba ni con el personal ni con los recursos suficientes para llevar a cabo sus ambiciosos planes».[25]

El empleado típico de la CPA no era un administrador cualificado ni un veterano en misiones de reconstrucción en Bosnia o Somalia, ni siquiera un experto que se hubiera pasado años estudiando los programas de reconstrucción desplegados con éxito por Estados Unidos en Alemania y Japón sesenta años atrás, sino un joven operador político republicano a quien se alentaba a viajar a Bagdad durante un período de servicio que en ocasiones apenas duraba unos meses.[26]Estos operadores permanecían aislados en una zona fuertemente protegida de Bagdad conocida como la Zona Verde, un antiguo distrito palaciego donde residían Husein, su familia y la élite de los funcionarios públicos. Vivían completamente aislados de las vicisitudes de la vida en la ciudad real que los rodeaba. Casi ninguno de los 7.000 estadounidenses que residían en la Zona Verde hablaba árabe ni sabía nada de la historia o la cultura iraquíes. Apenas se realizaron esfuerzos por compensar esta deficiencia. En lugar de ello, se intentó con denuedo que aquella zona fuera casi idéntica a las zonas de

Estados Unidos de donde procedían aquellos voluntarios, con recintos comerciales y de entretenimiento parecidos a los de sus ciudades natales. Este intento de crear un barrio estadounidense a orillas del Éufrates funcionaba hasta cierto punto, siempre que hubiera suministro eléctrico.[27]

Uno de aquellos operadores de la Zona Verde fue Andrew Erdmann, un hombre de treinta y seis años de Rochester, Nueva York, que llegó a Bagdad en el verano de 2003 para convertirse *de facto* en el ministro de Educación Superior del país. Sus cualificaciones: era un republicano comprometido y poseía un doctorado en Historia por Harvard. Una de sus primeras tareas consistió en proporcionar seguridad a las universidades iraquíes, que, como muchos museos, habían sido completamente saqueadas. ¿Qué sabía Erdmann de la educación superior en Irak? No demasiado. ¿Y qué espacios destinados a la educación superior debía proteger, dado que no disponía de recursos para protegerlos todos? Para responder a esa pregunta y formarse acerca de la educación superior en Irak, Erdmann se documentó en ese infalible manual de la infraestructura educativa de los países, una guía Lonely Planet.[28]En realidad, las personas designadas por Bush, como Erdmann, eran poco más que turistas a quienes se enviaba a ver un poco de mundo antes de regresar a su trabajo «de verdad» en las campañas electorales del Partido Republicano en Estados Unidos. Para ellos, así como para Bush y Rumsfeld, la ocupación y la reconstrucción de Irak era algo secundario, no una empresa seria.[29]

Si aquello era el neoliberalismo, era una versión de este concebida aprisa y mal. Los arquitectos originales del neoliberalismo entendían que los mercados debían crearse mediante la ley y apoyarse en instituciones. El hecho de que la Administración Bush se mostrara tan indolente en el despliegue de los principios neoliberales en Irak y estuviera tan poco preparada para las consecuencias revela su negligencia por un lado y la soberbia que había acabado por acompañar los proyectos neoliberales por el otro. Los neoliberales del Gobierno de Bush habían olvidado el largo camino de diseño esmerado hacia el poder

que sus predecesores habían recorrido en Estados Unidos. Para ellos, el intercambio mercantil era como respirar aire. Ambos eran actos naturales. Para establecer un régimen neoliberal, a su juicio, prácticamente bastaba con apartar al Gobierno de los asuntos económicos. La liberación de las fuerzas de mercado que suponían que seguiría de manera automática a esta supresión del Gobierno, lo que Adam Smith había denominado la propensión natural de las personas a «trocar, permutar o cambiar una cosa por otra», se encargaría del resto.

Por supuesto, no sucedió nada ni remotamente parecido. Centenares de miles de iraquíes se quedaron en el paro y sin perspectivas de volver a encontrar trabajo. Su cólera hacia los ocupantes estadounidenses fue en ascenso y emprendieron una campaña de guerra de guerrillas caracterizada por la aparición de una nueva arma sencilla pero aterradora, el artefacto explosivo improvisado (conocido como IED por sus siglas en inglés): una bomba de fabricación casera burda pero letal. Estos explosivos se plantaban en una carretera u otra ubicación frecuentada por soldados o contratistas estadounidenses y se detonaban bien mediante la presión que ejercía sobre el propio artefacto el neumático de un vehículo (o el pie de un soldado) o bien de manera remota, mediante una señal telefónica. Los artefactos explosivos improvisados empezaron a herir y matar a centenares y luego a miles de estadounidenses.[30]

Además, los insurgentes responsables de estos actos se dedicaron a formar a milicias para proporcionar la seguridad que las fuerzas de Estados Unidos no estaban garantizando. De manera paulatina, comenzaron a asumir otras funciones en las que Estados Unidos estaba fracasando, como reparar las redes de telefonía, aportar generadores en casos de emergencias, solventar las necesidades del rudimentario servicio social e incluso dirigir el tráfico. Estas milicias no estaban aliadas entre sí; la acritud entre sunitas y chiíes las dividía. Los sunitas, despojados por los estadounidenses de los privilegios que habían disfrutado durante largo tiempo, temían sufrir bajo un Irak reconstruido dominado por los chiíes. Su alzamiento pretendía tanto ofrecer resistencia a

la ocupación estadounidense como frenar el dominio chií. Los chiíes, por su parte, se estaban organizando, en especial en Bagdad, bajo el liderazgo del clérigo Muqtada al-Sadr, cuya combinación de antiamericanismo y capacidades para aportar cierto orden y seguridad a la vida en algunas zonas de la capital iraquí hicieron que su número de seguidores creciera de manera exponencial. Su fe chií lo aproximó a los gobernantes de Irán, que empezaron a ayudarle proporcionándole financiación y armas, un despliegue que alarmaba sobremanera a los sunitas iraquíes. La irreflexiva reconstrucción neoliberal aplicada por Estados Unidos había sembrado las semillas de la lucha sectaria que arruinaría la vida en Irak durante décadas.[31]

Mal planificada, la ocupación de Bush tenía pocas posibilidades de lograr su cometido. Una ocupación satisfactoria habría requerido justamente aquello que Bush desdeñaba: un programa decisivo y global de ingeniería social supervisado por el Gobierno estadounidense y hecho a medida de la sociedad iraquí. Estados Unidos había conseguido este tipo de reconstrucción en Alemania y Japón poco más de medio siglo antes. Y existían planes de ese tipo para Irak. Uno de ellos lo había elaborado el funcionario civil de carrera Thomas Warrick, que trabajaba en el Departamento de Estado. Sin embargo, su plan permanecía guardado bajo llave en los ordenadores y los cajones de los archivadores de dicho departamento.[32]El prestigio del neoliberalismo era tal que se consideraba que una supervisión atenta por parte del Gobierno era cosa del pasado. Bush creía incluso más fervientemente que Clinton que la era del gran gobierno había concluido. A su modo de ver, el Gobierno hacía poco más que asfixiar el talento humano y drenar la energía de los mercados innovadores. El mercado, y no el Estado, era la solución a los acuciantes problemas económicos. El tipo de construcción de país y construcción de la democracia que Irak necesitaba nunca se contempló. La reticencia a desarrollar planes desperdició inmensos recursos humanos y de capital.

Los costes de la guerra y la ocupación de Irak fueron exorbitantes. Cerca de 200.000 iraquíes murieron en el conflicto

armado y se calcula que otros 650.000 lo hicieron a causa de los efectos colaterales de la guerra: desplazamiento, enfermedad, desnutrición y una asistencia sanitaria deficiente. En 2008, se calcula que 4,7 millones de iraquíes (de los 27 millones) habían huido y o bien se habían convertido en refugiados en el extranjero o en exiliados internos en su propia tierra. Unos 5.000 soldados estadounidenses fallecieron en el conflicto y más de 32.000 resultaron heridos. Entre tanto, la reconstrucción económica de Irak avanzaba a un ritmo mucho más lento de lo esperado, a pesar de que el Gobierno estadounidense invirtió 60.000 millones en estas iniciativas, 20.000 de los cuales fueron a parar a un único departamento de Halliburton.[33]

El fracaso en la planificación de la reconstrucción o en la supervisión adecuada de los contratistas a quienes se encargó ejecutar los proyectos resultó en unas obras que a menudo se proyectaron con lentitud y luego se ejecutaron de manera chapucera, destinando inmensas cantidades de dinero a sobornos, a untar bolsillos y a otras formas de corrupción. En 2005 y 2006, prácticamente nadie ni dentro ni fuera del Gobierno de Bush defendía ya Irak como un ejemplo del mejor capitalismo de libre mercado. Al contrario, la reconstrucción de Irak se había convertido en una debacle. Estados Unidos arruinó aún más su prestigio practicando torturas en las prisiones, como la de Abu Ghraib, donde había retenidos insurgentes iraquíes, y encomendando cada vez más funciones de las fuerzas de ocupación militares a contratistas privados cuyas pandillas de mercenarios estaban entrenadas para luchar pero no eran competentes para manejar los desafíos políticos que comporta la construcción de un país. El cambio de los soldados estadounidenses por mercenarios pretendía demostrar una vez más la superioridad del sector privado con respecto al público en el mundo neoliberal que el Gobierno de Bush estaba decidido a crear.[34]

Hacia 2006 y 2007, los estadounidenses habían dejado de creer las declaraciones de Bush asegurándoles que la guerra iba bien. El fracaso del plan de reconstrucción del presidente para Irak planteaba preguntas apremiantes acerca de la viabilidad de los

principios neoliberales. Y empezó a erosionar la autoridad del orden neoliberal de Estados Unidos.

Política neoliberal doméstica

En Estados Unidos, Bush se esforzó por convencer a los estadounidenses de que librar la guerra de Irak no afectaría indebidamente a su modo de vida. El plan de ataque de Rumsfeld, basado en enviar a un reducido ejército que perpetraba un ataque por la fuerza y obtuviera una victoria rápida, estaba diseñado para librar una guerra sin afectar a los recursos estadounidenses. La reconstrucción se haría rápidamente y sin invertir demasiados fondos. En los albores de la guerra, Bush insistía en que los estadounidenses continuarían viviendo como siempre. Rechazaba hablar de sacrificio. No se reclutaría forzosamente a ningún norteamericano ni se le solicitaría que renunciara a libertades u oportunidades económicas para apoyar el esfuerzo bélico. Tampoco se revertiría el recorte de impuestos de Bush, por más que los costes del conflicto representaban ya un gran déficit para el Gobierno de Estados Unidos. Bush hacía hincapié en que los norteamericanos debían continuar gastando a su antojo, como siempre. Había que alimentar el motor del capitalismo de mercado.

Como no se produjeron reclutamientos, pocas familias estadounidenses tuvieron que responder a la pregunta de si estarían dispuestas a enviar a uno de sus amados hijos o hijas a exponerse a morir en una guerra mal concebida. La nueva izquierda que se había opuesto a la guerra del Vietnam había liderado la lucha por poner fin al reclutamiento forzoso en las décadas de 1960 y 1970. Ahora bien, la sustitución de un ejército de reclutas por un ejército profesional tuvo un efecto bumerán. A quienes tomaban las decisiones en Washington les resultaba más fácil desplegar soldados profesionales que se habían ofrecido voluntarios a desempeñar sus deberes militares que a ciudadanos reclutados más proclives a formular preguntas acerca de los méritos de un conflicto y de si tenía sentido sacrificar sus vidas. De

haber mantenido Estados Unidos su tradicional ejército de ciudadanos, seguramente la guerra de Irak de 2003 no habría ocurrido.[35]

Con todo, Bush no podía aislar por completo a la sociedad estadounidense de las consecuencias de aquella guerra «remota». La interpenetración de las políticas exterior e interior se produjo en múltiples frentes. De manera más destacada, Bush impuso en su país unas políticas neoliberales tan duras como en Irak. El neoliberalismo quedaba patente en los compromisos desreguladores de Bush. Su recorte de impuestos de 2001 comportaba privar al Gobierno de una fuente de financiación que podía destinar a ingeniería social y redistribución. Bush se esforzó (sin éxito) por reemplazar la forma imperante de subsidios de la Seguridad Social (pensiones gubernamentales de por vida para los jubilados y sus cónyuges) por cuentas de Wall Street que los trabajadores deberían acumular y, junto con las aportaciones de las empresas, gestionar por sí mismos tanto antes como después de retirarse. Este plan de una «cuenta de inversiones para cada jubilado» encarnaba el deseo neoliberal de eliminar las «dádivas» de por vida del bienestar que «corroían» la integridad moral del individuo. En lugar de ello, Bush alegaba que su plan espolearía en las personas el espíritu emprendedor autosuficiente tan celebrado por el pensamiento neoliberal.

Asimismo, Bush preservó el enfoque desregulador de Wall Street que el Gobierno de Clinton había puesto en marcha. Alan Greenspan, el gurú neoliberal que se había situado al timón de los asuntos financieros de los gabinetes de Bush padre y Clinton, seguía capitaneando la Reserva Federal. Ni él ni Bush hijo parecieron excesivamente preocupados por el estallido en 2001 de la burbuja bursátil especulativa que abatió a docenas de empresas emergentes de Silicon Valley ni por las pronunciadas caídas derivadas en los índices de mercados que siguieron, sobre todo en aquellos, como el NASDAQ, con una fuerte dependencia de títulos de las llamadas empresas *puntocom*, empresas de nuevas tecnologías. La confianza de Greenspan y Bush en la capacidad de los mercados para corregirse solos pareció justificarse con la

recuperación del mercado bursátil entre 2003 y 2004 y la segunda ronda de *startups* de tecnologías de la información (TI) sensacionales que alimentaron otro pronunciado ascenso de los valores bursátiles. Facebook debutó en 2004 y Twitter lo hizo en 2006. Apple había dejado de ser una empresa emergente, pero siguió comportándose como si lo fuera, sobre todo con el lanzamiento de su revolucionario iPhone en 2007. Este práctico ordenador de bolsillo con una fascinante interfaz digital pronto permitiría a centenares de millones de personas navegar fácilmente por internet desde cualquier lugar y en cualquier momento del día o de la noche. Además, también les permitiría explorar, con simples gestos del pulgar, centenares de nuevas aplicaciones móviles a las cuales podían acceder desde sus teléfonos. El iPhone dio un enorme impulso a los innovadores de las TI y a sus inversores con capital de riesgo. Entre tanto, Google andaba universalizando rápidamente el acceso y el uso de internet.[36]

Thomas Friedman, el célebre columnista del *New York Times*, condensó la esperanza que generaron las TI en los años de Bush en su libro superventas *La Tierra es plana*, publicado en 2005, en plena ocupación de Irak. La tecnoutopía del libro se hacía eco del entusiasmo de Esther Dyson, George Gilder y Alvin Toffler por el ciberespacio en la era Clinton. Sin embargo, mientras que este último grupo se centraba más en la revolución cibernética como evento estadounidense, lo que asombraba a Friedman eran sus reverberaciones en todo el planeta.

Friedman fue a parar a Bangalore, una ciudad en el sur de la India que se había convertido en un corredor para las nuevas tecnologías capaz de rivalizar con Silicon Valley tanto en su sofisticación como en su adopción de los valores y las técnicas norteamericanos. «Colón se topó con América de manera accidental, pero creyó que había descubierto una parte de la India —escribía Friedman—. Yo llegué a la verdadera India», pero se parecía mucho a Estados Unidos. Los indios del sur asiático «habían adoptado nombres americanos», imitaban «de maravilla los acentos norteamericanos» y, lo que era más importante, «en los laboratorios de *software*, aplicaban perfectamente las técnicas

empresariales norteamericanas».[37]

Si la India, en la visión de Friedman de una tierra de culturas enquistadas y jerarquías sociales reaccionarias, estaba siendo transformada de este modo por la revolución tecnológica estadounidense, entonces ¿qué parte del mundo podía resistirse al atractivo de dicha revolución? El auge de las TI había desempeñado un papel importante aunque indirecto en la debilitación del comunismo y estaba impulsando la emergencia de motores económicos que ahora rivalizaban con Japón en el este de Asia: Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Indonesia, Vietnam y China entre ellos. El mundo árabe, reconocía Friedman, oponía más resistencia, pero estaba convencido de que también se hallaba en la antesala de una transformación.

El respeto por la diversidad y la diferencia era uno de los cimientos del «mundo único» y tecnológico de Friedman. La palabra clave de Friedman era pluralismo, que para él connotaba la voluntad de pueblos de distintas nacionalidades, razas, religiones e ideologías a convivir en paz. El pluralismo no era simplemente un dogma ético, aunque Friedman lo asimilase como tal. A su modo de ver, era también la clave de la innovación y el crecimiento económicos. «¿De dónde surge la innovación? —preguntaba Friedman en una de sus columnas en el *New York Times*—. Surge de dejar macerar distintas perspectivas, ideas y pueblos. Google empezó como una idea híbrida de Larry Page y Serguéi Brin, un inmigrante ruso. Cuanto más comprometida está una sociedad con guiarse por los principios de la diversidad y el pluralismo», aseguraba, más personas de distintos trasfondos confiarán las unas en las otras y más capacidad tendrán «para colaborar, tener nuevas ideas, idear nuevos negocios y sentirse cómodas tendiendo la mano a otros rincones del mundo en busca de los mejores colaboradores». Friedman no se afiliaba de manera explícita con el neoliberalismo, pero sí expresó de forma reiterada un compromiso con la mezcolanza de pueblos e ideas central para la cosmovisión de quienes abrazaban la libertad de mercado. Una sociedad comercial sin trabas, a su juicio, era una sociedad en la que la diversidad tenía oportunidad de florecer.[38]Estas ideas eran muy

similares a las que Clinton había expresado durante sus años como presidente.

Bush compartía la creencia en el pluralismo de Friedman y Clinton, una convicción que también puede calificarse de cosmopolitismo. El cosmopolitismo de Bush difería del de Friedman y Clinton en que era «piadoso»: Bush tenía una honda fe en lo divino y quería compartirla con gentes de todo el mundo. El despertar religioso en los años ochenta de Bush le había impulsado a abandonar el episcopalismo (la religión tradicional de su familia) por el metodismo, pero no era puntilloso acerca de qué fe practicaban otras personas. En su opinión, las múltiples ramas del protestantismo eran tan válidas como la suya, así como el catolicismo, el cristianismo ortodoxo, el judaísmo y el islam. A juicio de Bush, cuantos más caminos condujeran a Dios, mejor. Bush creía que esto era aplicable no solo a sus compatriotas, sino a las personas religiosas que vivían allende las fronteras de Estados Unidos.[39]

El respeto de Bush por la pluralidad religiosa lo hacía tener en alta estima la diversidad étnica de Estados Unidos. En un discurso pronunciado en 1997 ante la Cámara de Comercio del país, declaró: «Somos los Estados Unidos de América, no los estados divididos de América. Una de nuestras fortalezas son nuestras diferencias». En otra ocasión recalcó que Texas se había convertido «en un estado diverso enriquecido por sus múltiples culturas y legados». Y en un discurso ante un público integrado por latinoamericanos en Miami en agosto de 2000, en plena campaña presidencial, Bush elogió con efusividad una nueva Norteamérica multicultural:

> Los Estados Unidos tienen un credo nacional, pero muchos acentos. Ahora somos uno de los países hispanohablantes más grandes que existen en el mundo. Somos una gran fuente de música, cultura y periodismo latinos. Basta con viajar a Miami, a San Antonio, a Los Ángeles, a Chicago, al oeste de Nueva York o a Nueva Jersey [...], cerrar los ojos y escuchar. Uno podría estar perfectamente en Santo Domingo, en Santiago de Chile o en San Miguel de Allende. Durante años, nuestro país ha debatido este cambio: hay quien lo alaba y quien lo lamenta. Al nominarme a mí, mi partido ha tomado la

decisión de dar la bienvenida a una Nueva América.[40]

A Bush suele dársele una mala puntuación por el trato que dispensó a los inmigrantes árabes y musulmanes en Estados Unidos después del 11-S. Pero tal vez convenga replantearse dicho juicio a la luz del populismo etnonacionalista y cargado de odio que Donald Trump se esforzó tanto por promover. Si bien es cierto que la Administración Bush sometió a las comunidades y a los inmigrantes musulmanes y árabes a una vigilancia intensa e intrusiva, también insistió en diferenciar entre los islamistas radicales minoritarios y la corriente principal islámica. En uno de sus primeros discursos públicos después del 11-S, Bush apremió a los estadounidenses a respetar la legitimidad del islam y a los musulmanes que lo practicaban y acataban la ley. Nunca se planteó un encarcelamiento masivo de norteamericanos musulmanes como el que Franklin D. Roosevelt acometió de norteamericanos japoneses después del 7 de diciembre de 1941. Bush era plenamente consciente del precedente con los estadounidenses de origen japonés, en parte porque Norman Mineta, un norteamericano de ascendencia japonesa que se había «reubicado» en 1942, formaba parte de su gabinete como secretario de Transporte. En una reunión del gabinete el 12 de septiembre de 2001, Bush declaró que su Gobierno no permitiría que «lo que le sucedió a Norm en 1942» les sucediera a los estadounidenses árabes y musulmanes.[41]

El cosmopolitismo de Bush y su creencia en el valor de una sociedad diversa influyeron en su decisión de mantener las puertas de Estados Unidos abiertas a los inmigrantes en los años posteriores al 11-S. Los latinos, en particular, creían tener a un amigo en la Casa Blanca y lo recompensaron otorgándole el 40 por ciento de sus votos en las elecciones de 2004, el doble del porcentaje de papeletas latinas que Robert Dole había conseguido para el Partido Republicano en 1996 y quizá el más alto jamás logrado, antes y después, por ningún candidato republicano a la presidencia. En su segundo mandato como presidente, Bush presionó por aprobar un plan de reforma de las leyes de

inmigración que incluyera una vía sólida para conceder la ciudadanía a los millones de inmigrantes mexicanos sin papeles que residían en Estados Unidos. Bush confiaba en poder atraer a un número suficiente de estadounidenses nuevos y diversos al Partido Republicano y convertirlo en el partido nacional mayoritario durante generaciones.[42]

Bush compartía la fe de Thomas Friedman en el poder del pluralismo. Y, también como Friedman, creía que el pluralismo y la libre circulación de personas eran las claves de la innovación, el crecimiento económico y el capitalismo dinámico. La libertad en todas sus formas (para moverse, para mezclarse, para comunicarse y para innovar), subrayó Bush en 2003, «espolea la creatividad humana, y la creatividad determina la fortaleza y la riqueza de las naciones».[43]Pero ¿qué hacer en situaciones en las que dictadores o élites retrógradas habían cerrado sus sociedades a las fuerzas neoliberales? Para Bush, así como para Friedman, las sociedades árabes y musulmanas de Oriente Medio habían planteado este desafío de una forma clara. En tales situaciones, había argumentado Friedman, el pluralismo podía tener que imponerse a la sociedad, si era preciso mediante bombas y tanques estadounidenses. Friedman había sido uno de los primeros y más ardientes defensores de la guerra de Bush en Irak. A su juicio, no debía permitirse que las sociedades árabes quedaran fuera de ese mundo único. La invasión estadounidense, argumentaba, estaba diseñada en parte para hacer volar en pedazos las instituciones y a las élites que habían aislado las sociedades musulmanas de la libre circulación de ideas, la pluralidad, la oportunidad y la innovación.

Friedman nunca se replantearía la validez de su doble deseo de castigar a los árabes y musulmanes mediante la guerra y, al mismo tiempo, liberarlos de sus sociedades cerradas. Ni siquiera el fracaso de la ocupación estadounidense, ni sus desastrosos efectos sobre Siria ni la emergencia del brutal ISIS a partir de la destrucción de Irak y Siria le llevarían a conceder que quizá la guerra de Irak había sido un error. Transcurridos más de quince años del inicio del conflicto, Friedman señaló: «Allá donde veo una oportunidad de abrir una puerta a la pluralidad en una región del

mundo, la persigo». Había que hacerlo, aunque la abertura fuera mínima e implicara fracturar cabezas. «Porque si el mundo árabe no encuentra su manera de engendrar pluralismo, pluralismo en la educación y pluralismo político, morirá», declaró Friedman en 2019. Bush, como Friedman, creía que la guerra de Irak había brindado la oportunidad de que en Oriente Medio naciera un mundo pluralista y cosmopolita.[44]

Este pluralismo impuesto mediante la guerra no había funcionado demasiado bien en Oriente Medio. Pero ¿tenía más posibilidades de prosperar un compromiso con la pluralidad —y con los supuestos avances en emprendimiento, comercio y afluencia que dicho compromiso generaría— bajo el liderazgo del Partido Republicano en Estados Unidos? La respuesta de Bush era afirmativa, siempre que las políticas sociales se reorientaran de un marco de subsidios al bienestar hacia un marco neovictoriano que premiara la autoayuda y la crianza de personas estables y autónomas capaces de funcionar en el mercado y de establecer relaciones con los demás como ciudadanos seguros e independientes. Muchas políticas de la era Bush se inclinaron en esta dirección. Sus esfuerzos por crear un país «unicornio» de propietarios de viviendas fue una de las iniciativas más interesantes en este sentido. Y merece la pena analizarla en detalle.

El unicornio de un país de propietarios de viviendas

La ambición central de Bush como presidente a escala doméstica era convertir Estados Unidos en una «sociedad de propietarios», con lo cual se refería a un país en el que los ciudadanos fueran capaces de controlar sus propias cuentas de jubilación, sus cuentas de ahorros destinados a la salud (para pagar por la atención médica) y sus propias viviendas. La propiedad, en opinión de Bush, era el «camino a más oportunidades, mayor libertad y más control sobre [...] la vida» para todos los estadounidenses.[45]

Tener una casa en propiedad era un elemento central de la visión de Bush. Ya durante el Gobierno de George H. W. Bush, a los

legisladores les había preocupado el bajo rendimiento del mercado inmobiliario. El estancamiento de los salarios y el aumento de precio de las viviendas se habían combinado para dejar a muchas familias de clase obrera y de clase media fuera del mercado inmobiliario. Asimismo, entre estos círculos de legisladores se extendía la conciencia de que estos potenciales propietarios de viviendas eran minorías, en su mayoría negros y latinos, que habían sufrido décadas de discriminación en las prácticas de concesión de hipotecas.[46]Poner viviendas en propiedad al alcance de las poblaciones minoritarias revestía un atractivo especial para los neoliberales, pues lo consideraban una manera de lograr la igualdad racial que eludía las políticas que tanto desdeñaban: los programas de empleo federales, el aumento del salario mínimo, la construcción de vivienda pública y el refuerzo de los sindicatos para dar a los trabajadores más peso en la negociación de unos sueldos más altos. Se creía que dichas políticas comportaban una injerencia excesiva del Gobierno en los mercados privados y en la iniciativa privada y que corroían los aspectos de la individualidad que más apreciaban los republicanos: la independencia, la autosuficiencia y la capacidad emprendedora.

Tener viviendas en propiedad potenciaría estos valores, en lugar de socavarlos. Era una buena manera de que Estados Unidos cumpliera su promesa de igualdad entre todos los ciudadanos, independientemente de su raza. Ofrecía al país una estrategia superior para construir una experiencia común en medio de la diversidad, una experiencia que reforzaría el respeto por la diferencia y alentaría el intercambio entre razas y etnias. Y, además, uniría a todos los estadounidenses mediante la creencia compartida en las virtudes del mercado libre. Para Bush, tener una casa en propiedad significaba libertad. «Hace que la gente se sienta orgullosa, es parte de una sociedad basada en los bienes —señaló en 2002—. Y permite, si es necesario, que una madre o un padre dejen algo en herencia a sus hijos.» Bush quería que todos los estadounidenses, al margen de su color, fueran dueños de sus casas. Y eso comportaba hacer un esfuerzo concertado por elevar las tasas de viviendas en propiedad entre las minorías.[47]

La Administración de Bush padre ya había alumbrado el camino en ese sentido con la aprobación de una ley que exigía a dos entidades hipotecarias respaldadas por el Gobierno, la Asociación Hipotecaria Federal Nacional (conocida como Fannie Mae) y la Corporación Federal de Préstamos Hipotecarios (conocida como Freddie Mac), que aumentaran su concesión de hipotecas a las familias con ingresos más bajos y medios. Dichas entidades eran «empresas patrocinadas por el Gobierno» (GSE, por sus siglas en inglés) autorizadas a comprar todas las hipotecas de los bancos comerciales y, con ello, inyectar estabilidad y crecimiento al sector inmobiliario. En efecto, el Gobierno estaba dando su visto bueno a millones de contratos hipotecarios privados, garantizando en el proceso que el mercado en el que los estadounidenses habían vertido tanta parte de sus ahorros nunca volviera a derrumbarse como lo había hecho en la década de 1930. Por su parte, los bancos privados, que en el pasado habían vendido carteras hipotecarias existentes a Fannie Mae y Freddie Mac, dispondrían de los recursos de capital para aprobar una nueva tanda de préstamos para la vivienda.[48]

La Administración Clinton dio instrucciones a Fannie Mae y Freddie Mac de ampliar aún más los números de propietarios de viviendas entre las minorías eliminando la obligación de abonar al contado una entrada estándar del 20 por ciento del precio del inmueble, una suma que, por lo general, las familias pobres no poseían. Esta relajación de los requisitos de pago inicial extendió la posibilidad de adquirir una vivienda a muchas más personas, pero también convirtió las hipotecas en una propuesta más arriesgada. Fue en esta época cuando la expresión «hipotecas *subprime*»[49]se incorporó al léxico del sector inmobiliaria al hablar de adquisiciones para designar las hipotecas concedidas a personas con riesgos crediticios atribuidos. Ese mayor nivel de riesgo justificó, a su vez, la imposición de unos tipos de interés elevados a las hipotecas no preferentes, o bien la oferta de unos tipos provocadoramente bajos en el momento de firmar el préstamo que los prestamistas se reservaban el derecho de reajustar a tipos más altos según las «demandas» del mercado. También en la década de

1990 debutaron las hipotecas de solo interés, que obligaban a los prestatarios a efectuar pagos mensuales sobre los intereses hipotecarios, pero no sobre el capital de la hipoteca.[50]

Los prestamistas intentaron asegurar su capital frente al riesgo de las *subprime* mediante la titularización, un proceso que empezaba reuniendo grandes números de hipotecas existentes en paquetes. En estos paquetes podían combinarse hipotecas sólidas y de alto riesgo, o bien podían mantenerse las seguras y las de riesgo por separado y clasificarlas en función de ello. Todos los paquetes se fragmentaban en lotes más reducidos y se dispersaban entre una inmensa base global de inversores. Incluso se creía que los subpaquetes compuestos exclusivamente de hipotecas *subprime* eran relativamente seguros, porque estarían ampliamente diseminados, disueltos, por decirlo de algún modo, en un vasto mar de valores. De este modo, los grandes riesgos se transmutarían en pequeños. O eso sostenía la teoría.[51]

Los bancos privados se sumaron felizmente a esta titularización, compitiendo con Fannie Mae y Freddie Mac en la venta de lotes de *subprime* a inversores de todo el mundo. La parte del sector bancario que se encargaba de manejar los valores (o «derivados», como se los conocía cada vez más) en los que se habían agrupado las hipotecas *subprime*, estaba poco regulada, una disposición de no intervención que se había aprobado en 2000 como parte de la Ley de Modernización de Futuros de Productos Básicos, otro legado del régimen neoliberal de la era Clinton. Acumulados, los diversos pasos adoptados durante la década de 1990 para facilitar el acceso a las hipotecas dieron lugar a que el índice de propietarios de bienes inmuebles se elevara en el transcurso de la década de un 64 a un 67 por ciento de hogares, un aumento mayor al registrado en los treinta años previos. Los años de Clinton abrieron la puerta a las viviendas en propiedad a 2,5 millones de familias negras y latinas por vez primera.[52]

George W. Bush estaba decidido a abrir aún más esa puerta. Bush trazó un plan para un programa general de viviendas en propiedad en un informe que hizo público en 2002 con el título de *A Home of Your Own: Expanding Opportunities for All Americans*

(«Una casa de tu propiedad: ampliación de las oportunidades para todos los estadounidenses»). Aquel mismo año celebró la conferencia Minority Homeownership («Viviendas en propiedad para las minorías») en la Universidad George Washington con el fin de recalcar que la población de color y con rentas bajas sería la principal beneficiada por sus iniciativas en materia de vivienda. En 2003 promulgó la Ley de Pago Inicial del Sueño Americano para ayudar a las familias de renta baja a abonar la entrada de sus viviendas.[53]

Como tantos otros de sus programas nacionales, Bush destinó escasos fondos a sus políticas hipotecarias. Los costes de la guerra de Irak junto con la negativa de Bush a revocar su recorte de impuestos de 2001 imposibilitaron una mayor inversión.[54]Sin embargo, los escasos fondos destinados a la adquisición de viviendas no preocupaban ni a Bush ni a sus legisladores. Consideraban que el papel del Gobierno era activar los mercados, no aplicar programas gubernamentales que los sustituyeran. En vez de proporcionar subsidios directos a los segmentos débiles del mercado inmobiliario, la Administración Bush presionó a los bancos y a Fannie Mae y Freddie Mac para que emitieran más hipotecas a los solicitantes de renta baja. Fannie Mae y Freddie Mac cumplieron aumentando la proporción de préstamos hipotecarios concedidos a poblaciones infraatendidas de un 40 a un 55 por ciento de sus carteras totales. Muchas de aquellas hipotecas eran de alto riesgo. Las hipotecas *subprime* se duplicaron durante el primer mandato de Bush, pasando de ser el 10 al 20 por ciento del total de créditos hipotecarios concedidos.[55]

En estas circunstancias, Bush capitaneó el porcentaje de población estadounidense con bienes raíces hasta un máximo histórico del 69 por ciento en 2004. Entre 2004 y 2006, las poblaciones latina y negra también alcanzaron su máximo nivel como propietarias de bienes inmuebles de toda la historia, con cerca de un 50 por ciento de viviendas en propiedad en ambos grupos.[56]Entre mediados de la década de 1990 y mediados de la de 2000, las personas negras con viviendas en propiedad habían aumentado en un 25 por ciento, casi el doble de la tasa de

aumento de viviendas en propiedad total (14 por ciento) y el triple del crecimiento en cifras de propietarios blancos (7 por ciento). Las viviendas en propiedad de población latina se dispararon al 60 por ciento durante este mismo período. A lo largo de los años de Clinton y Bush, las minorías representaron un total del 40 por ciento del aumento en cifras de nuevos propietarios inmobiliarios.[57]Estos nuevos propietarios podían prever importantes aumentos de su riqueza... siempre que sus viviendas conservaran su valor o lo aumentaran.

Bush y sus legisladores estaban orgullosos de este logro. Habían hallado, creían ellos, una ruta mejor hacia la igualdad racial que los programas de bienestar y discriminación positiva. El país interracial de propietarios de bienes inmuebles con el que Bush tanto había soñado había empezado a emerger. Confiados en su independencia económica, esos propietarios, creían los legisladores de Bush, serían capaces de traspasar las fronteras raciales y étnicas de modos que permitieran el florecimiento de la diversidad natural en Estados Unidos. Esta política de Bush aunaría los dos códigos morales que sostenían el orden neoliberal: la diversidad cosmopolita y la independencia neovictoriana. El orden neoliberal no podría haber sido más fuerte, o eso se decían las figuras destacadas del Gobierno de Bush.

Aun así, en 2006, los indicios de problemas abundaban. La oferta de hipotecas más asequibles había alimentado la demanda. Y el aumento de la demanda había disparado los precios inmobiliarios. La Administración Bush y la Reserva Federal respondieron alentando a los prestamistas a conceder más y más hipotecas *subprime*. Muchos de aquellos préstamos se concedieron a familias cuya capacidad de reintegro era incierta. A resultas de ello, los bancos comenzaron a añadir toda suerte de tasas de transacción al proceso de contratación hipotecaria, proporcionando a sus estados financieros un flujo importante de rentas a corto plazo y una especie de cobertura frente a la multitud de préstamos inciertos que, sin duda, en algún momento empezarían a fallar.

Entre tanto, la fiebre inmobiliaria se expandió de los nuevos compradores a los antiguos propietarios que buscaban sacar

rendimiento al aumento de valor de sus hogares.

Algunas familias adquirieron casas más grandes, o segundas o incluso terceras residencias, gracias a unos bancos que se mostraban predispuestos a facilitar sus adquisiciones concediéndoles nuevas hipotecas. Otras firmaron préstamos (en verdad, segundas hipotecas) sobre sus viviendas existentes y que luego los usaron como sus cajeros automáticos personales para sacar dinero con el que pagar todo tipo de productos de alto valor: coches y camiones, televisiones de alta definición, ampliaciones de casas, reformas de sus hogares, las tasas universitarias de sus hijos y vacaciones en destinos exóticos. En caso de apuro, si estos nuevos préstamos se volvían una carga, los prestatarios siempre podrían vender sus viviendas por un precio alto, bajar de categoría y saldar sus deudas. En otras palabras, los créditos hipotecarios aceleraron de manera espectacular los niveles de gasto de los consumidores. En la década de 1990, los estadounidenses habían firmado préstamos con garantía hipotecaria equivalentes a un 2 o 3 por ciento del valor de sus propiedades inmobiliarias. Entre 2004 y 2006, ese porcentaje se había inflado hasta cerca de un 10 por ciento, inyectando con ello un billón de dólares adicional en la economía.[58]

La Reserva Federal, con Alan Greenspan al frente durante todo el primer mandato de George W. Bush, echó carbón a este mercado inmobiliario candente manteniendo los tipos de interés bajos. Pese a ser consciente de que se estaba inflando la burbuja inmobiliaria, Greenspan no parecía preocupado por ello. Confiaba (resultó que en exceso) en las entidades de la reciente economía financierizada, convencido de que las estrambóticas herramientas para dispersar el riesgo a escala global permitirían al sector financiero capear las tormentas que se avecinaran.

Bajo esta confianza acechaba una preocupación, si bien Greenspan se negaba a verbalizarla, a saber: que las políticas de dinero fácil que había desplegado en respuesta a la crisis de la burbuja *puntocom* de 2001 no estaban teniendo los resultados esperados. En 2005 o 2006, dichas políticas deberían haber estimulado un crecimiento económico robusto, la creación de

empleo y aumentos salariales. Sin embargo, en todas estas áreas, las mejoras iban con retraso. Además, la inflación debería haber empezado a repuntar paulatinamente; para frenar esta posibilidad, Greenspan internó la Reserva Federal por una senda de subida moderada de los tipos en 2004. Unos tipos de interés más altos deberían haber frenado el consumo y la adquisición de viviendas, pero no lo hicieron. Los tipos de interés a largo plazo siguieron inmóviles. Y las presiones inflacionarias más o menos también. Entonces los niveles de deuda por préstamos inmobiliarios y al consumo empezaron a aumentar.

Lawrence Summers, un destacado economista del Gobierno de Clinton, desempeñó un papel importante en el primer mandato presidencial de Barack Obama desde buen principio, dando voz años más tarde a lo que Greenspan debía de tener en mente en 2005 y 2006. En un discurso pronunciado en 2013 ante el Fondo Monetario Internacional, Summers pareció sugerir que «ni siquiera una gran burbuja [financiera]» como la que había envuelto a Estados Unidos en la primera década del nuevo siglo había sido suficiente para estimular el pleno empleo y una inflación significativa. ¿Y por qué no? ¿Era posible, se preguntaba Summers, que la demanda global agregada, incluso con dinero fácil, fuera tan débil? ¿Se habían vuelto las burbujas necesarias para estimular la demanda al permitir a los consumidores, a quienes ahora se alentaba a aumentar la deuda de sus libros contables domésticos, incrementar su poder adquisitivo muy por encima de lo que sus ingresos y ahorros habrían posibilitado de otro modo? ¿Debía inferirse de la hipótesis de Summers que la economía global podría haber «necesitado» que los estadounidenses gastaran por encima de sus posibilidades con el fin de generar una demanda suficiente para mantener un sistema de producción global con una enorme capacidad?[59]

Greenspan nunca reconoció este extremo, ni en los años previos ni en los posteriores a la crisis financiera de 2008. Sin embargo, era plenamente consciente del papel desproporcionado que los consumidores desempeñaban en la economía global, con adquisiciones de un asombroso 16 por ciento de toda la producción

mundial en 2007.[60]¿Era posible que la economía mundial se hubiera desequilibrado estructuralmente, bajo el peso de una capacidad productiva excesiva por un lado y de una demanda escasa por parte de los consumidores por el otro? De ser así, habría que encontrar maneras de aumentar la segunda. Quizá Greenspan anduviera buscando modos de permitir que el grupo de consumidores más importante del mundo gastara por encima de sus posibilidades. Ello explicaría su reticencia a hacer estallar la burbuja inmobiliaria en un momento prudente y de una manera profiláctica.[61]

Como Greenspan, Bush también hizo caso omiso de las señales de advertencia de que la economía tenía problemas. Su conducta con respecto a la guerra de Irak había demostrado que podía ser a un tiempo desmesurado en su ambición y descuidado en el diseño de planes para conseguir sus objetivos hiperbólicos. Y lo mismo podría decirse de sus planes para la sociedad de propietarios inmobiliarios. Bush tenía la voluntad real de que las minorías pudieran ser dueñas de sus propias viviendas y se sentía muy orgulloso de sus logros en este aspecto. Pero, como en el caso de Irak, fue demasiado lento al cuestionar cómo podía su Gobierno asegurar las ganancias temporales a largo plazo. Bush desprendía un cierto tufillo a persona superprivilegiada, alguien que nunca había tenido que rendir cuentas. Como heredero de una familia política destacada y adinerada y con muchos amigos poderosos, Bush siempre había estado protegido de las consecuencias nefastas de sus actos. El pensamiento neoliberal de Bush amplificó su imprudencia en asuntos económicos, porque le permitió justificar su desatención hacia los «detalles» políticos esgrimiendo la idea neoliberal de que la capacidad de acción del Gobierno era limitada. Un presidente no tenía que examinar con detenimiento los detalles de un programa de políticas públicas, porque, en realidad, el Gobierno no podía hacer nada bien. Ante la disyuntiva de si capacitar a los funcionarios gubernamentales para aplicar las regulaciones necesarias o relegar a dichos funcionarios a los márgenes y conceder al mercado libertad de actuar por sí solo, los funcionarios de la Administración Bush solían decantarse por la

segunda opción.[62]

De ahí que el gabinete de Bush descuidara la regulación pública del sector bancario en un momento en el que una supervisión exhaustiva del mercado de las hipotecas *subprime* podría haber supuesto una gran diferencia. Una investigación realizada por un equipo de periodistas del *New York Times* en diciembre de 2008 informaba de que el primer presidente que Bush puso al frente de la Comisión de Bolsa y Valores (SEC, por sus siglas en inglés) había dado licencia a los bancos de inversiones prometiéndoles una gestión «más suave y amable». El segundo presidente de la SEC designado por Bush perdió su empleo por ser «demasiado agresivo» con la regulación. Otros reguladores de la banca que trabajaron al servicio de Bush se deleitaron proclamando a los cuatro vientos sus intenciones no intervencionistas e incluso «blandieron una motosierra sobre la pila de 9.000 páginas de regulaciones» para demostrar su determinación a «quitar cargas al sector». Los reguladores de Bush también minaron las iniciativas de estados individuales de aplicar «leyes de protección al consumidor para acabar con los préstamos abusivos».[63]Antes de jubilarse del Senado en 2002, el senador Phil Gramm de Texas, un estrecho aliado de Bush de toda la vida, había hecho todo cuanto estaba en su mano por impermeabilizar los derivados tanto de la supervisión federal como estatal. En este entorno permisivo, no sorprende que las principales agencias de calificación de valores —Moody's, Standard and Poor y Fitch— también se vieran comprometidas. En 2006, una calificación crediticia AAA, desde hacía largo tiempo el patrón oro del sector, ya no se consideraba una guía fiable para acreditar la solvencia de un instrumento de deuda. El descuido de Bush en el manejo de las implicaciones para la deuda de su iniciativa de ampliación del mercado de viviendas en propiedad tenía mucho en común con la desidia de Bremer en la supervisión de la reconstrucción de Irak.[64]

Fannie Mae y Freddie Mac concedieron una licencia adicional al planteamiento de asunción de riesgos de Bush. Los titulares de títulos hipotecarios cuestionables emitidos por bancos privados podían sentirse tranquilos, sabedores de que estas dos entidades,

que eran prácticamente bancos públicos, salvo por el nombre, habían emitido títulos similares. Entre los inversores del sector de los derivados se asentó la creencia de que, en última instancia, el Gobierno federal se encargaría de arreglar el desbarajuste, al margen de cuáles fueran sus dimensiones. Y su creencia resultó ser atinada. La factura por este fiasco en desarrollo pronto quedaría pendiente.

Crisis

Los precios inmobiliarios tocaron techo en el verano de 2006 y luego empezaron a caer. Al principio pareció tratarse de una contracción normal inevitable tras un *boom*. Pero hacia otoño de 2007 y primavera de 2008 se apreciaban ya síntomas de problemas serios. En septiembre de 2007, un banco británico, el Northern Rock, implicado en la titularización de hipotecas, quebró. En marzo de 2008, la casa de inversiones estadounidense Bear Stearns se encontraba al borde del colapso y solo se salvó gracias a la decisión de J. P. Morgan Chase de adquirirla a precio de ganga. El balance contable de Bear Stearns era tan tóxico que J. P. Morgan Chase solicitó y recibió un préstamo de 13.000 millones de dólares al Tesoro de Estados Unidos, además del compromiso de la Reserva Federal de asumir 30.000 millones de dólares de los valores más tóxicos de Bear Stearns.[65]

Poco después llegó a oídos del secretario del Tesoro, Henry Paulson, que Fannie Mae y Freddie Mac podían afrontar en breve un ajuste de cuentas similar al de Bear Stearns. A pesar de que los neoliberales de línea dura del Partido Republicano se oponían a cualquier tipo de rescate, Paulson obtuvo la autorización del Congreso a finales de julio para hacer lo necesario para salvar a aquellas dos mamotréticas instituciones crediticias. A principios de septiembre de 2008, Paulson observaba incrédulo lo que habían revelado las investigaciones consiguientes realizadas en Fannie Mae y Freddie Mac: cada uno de estos dos organismos iba a necesitar unos 100.000 millones de dólares para cerrar la brecha

entre las deudas y los activos.

Entre las bases del Partido Republicano había quien menospreciaba desde hacía largo tiempo a Fannie Mae y Freddie Mac por considerarlas entidades «mestizas», instituciones públicas disfrazadas de instrumentos de una economía de libre mercado. El hecho de que el propio Bush hubiera encomendado a Fannie Mae y Freddie Mac la misión de ampliar su alcance a las minorías mediante la concesión de hipotecas de alto riesgo aún indignaba más a estos republicanos. El cosmopolitismo de Bush, su idea de que la diversidad fortalecía a Estados Unidos, les sobraba. Y acabarían despreciando a Bush y a Paulson por su predisposición a cortejar los votos de demócratas «cosmopolitas» para lograr la aprobación de paquetes de rescate en el Congreso.[66]

No obstante, el problema más inmediato de Paulson era que ni el rescate de Bear Stearns ni el paquete que se estaba preparando para Fannie Mae y Freddie Mac parecían estar encauzando el rumbo del barco financiero estadounidense. A mediados de septiembre, otras dos importantes casas de inversiones del país, Lehman Brothers y Merrill Lynch, se hallaban al borde del colapso. Wall Street esperaba que un comprador, probablemente el Bank of America, salvara Lehman, el cuarto mayor banco de inversión de Estados Unidos. Se creía que Merrill Lynch, una casa de inversiones más reciente y arribista con reputación de usar prácticas en ocasiones deshonrosas, era una candidata más probable a quebrar. Pero, en el último momento, el Bank of America decidió invertir sus recursos en Merrill en lugar de en Lehman. Merrill se salvó, en cierto modo, si bien sus accionistas sufrieron unas pérdidas inmensas. Entre tanto, el 15 de septiembre, Lehman anunció que se había quedado sin recursos y que cerraba sus puertas para siempre. Para los mercados financieros mundiales, la quiebra de Lehman fue como la detonación de una pequeña bomba nuclear. Los índices de los mercados bursátiles se desplomaron en todo el planeta.[67]

Apenas había empezado a asimilarse la noticia de Lehman cuando se produjo la amenaza de un nuevo episodio incluso más ruinoso: el American International Group (AIG), la mayor empresa

de seguros de Estados Unidos, tenía una enorme exposición en el mercado de valores respaldados con hipotecas y estaba incluso más integrada en el sistema financiero mundial que Lehman. A mediados de septiembre anunció que también estaba al borde de la quiebra. Una implosión de AIG sería equivalente a lo que un experto de Wall Street describió como una «extinción masiva».[68]No podía permitirse que sucediera. El martes 16 de septiembre de 2008, la Reserva Federal, por instrucción de Ben Bernanke, el sustituto de Greenspan como presidente de la Reserva Federal, apareció con un paquete de rescate de 85.000 millones de dólares, similar al que había ofrecido a Bear Stearns en marzo.[69]

Esta intervención drástica calmó los mercados momentáneamente, pero tanto Bernanke como Paulson, así como su estrecho colaborador, Timothy Geithner, director de la sucursal neoyorquina de la Reserva Federal, sabían que se requerirían nuevas actuaciones. Fondos del mercado monetario, un sistema usado a escala mundial por millones de consumidores como cuentas de ahorros y por empresas para estacionar centenares de miles de millones de manera temporal, estaban al borde de la quiebra. Si se los dejaba caer, se acabaría la liquidez. Como motores desengrasados, las instituciones financieras mundiales se atascarían y dejarían de funcionar.

La semana que empezó con la quiebra de Lehman Brothers y con AIG al borde del precipicio adentró a los principales gestores del sistema financiero estadounidense en los dieciocho días más espeluznantes de sus vidas. Su análogo más cercano sería la crisis de los misiles de Cuba, que duró trece días en octubre de 1962. En ambas situaciones, un reducido grupo de legisladores estadounidenses de máximo nivel tuvieron el destino del mundo en sus manos. En 1962, la amenaza era la aniquilación nuclear. En 2008, la amenaza era la aniquilación financiera mundial. Las palabras que posteriormente emplearon estos promotores y agitadores para describir aquel momento de 2008 reflejaban la lucha existencial en la que se encontraron sumidos. Geithner equiparó su experiencia a la de Jeremy Renner, que interpretaba a un experto en desactivación de bombas de la estremecedora

película de Katherine Bigelow sobre la guerra de Irak *En tierra hostil*: un paso en falso, incluso el más insignificante, comportaría una muerte y destrucción seguras. Para Paulson, aquel momento fue su 11-S personal. Ben Bernanke, un hombre reservado poco dado a manifestar emociones en público, se limitó a destacar que consideraba que la crisis económica que cayó sobre el país en aquel momento fue la peor que había experimentado Estados Unidos en toda su historia, incluso peor que la Gran Depresión.[70]Palabras terroríficas viniendo de un experto que siempre había considerado el Crac del 29 como el mayor desafío que había afrontado el país.

El 20 de septiembre, Paulson realizó una petición extraordinaria al Congreso: que habilitara la entonces descomunal suma de 700.000 millones de dólares para evitar una catástrofe financiera. El lenguaje empleado por Paulson en su breve nota interna era desconcertante por la autoridad que proponía arrogarse como secretario del Tesoro: «Las decisiones del secretario emanadas de la aprobación de esta Ley —declaraba— no serán revisables y quedarán a la discreción del organismo, y tampoco podrán ser examinadas por ningún tribunal de justicia ni organismo administrativo». Dicho de otro modo, el Tesoro tendría potestad plena para invertir los 700.000 millones de dólares como considerara oportuno. Ninguna acción acometida por Paulson se consideraría una extralimitación ni requeriría la aprobación del Congreso.[71]

Los congresistas republicanos se enfurecieron por la propuesta de Paulson de concentrar en sus manos aquel nivel de poder para casos de emergencia. Mientras se los llevaban los demonios, otro banco, Washington Mutual, cayó, incapaz de sobrevivir a los 244.000 millones de dólares de hipotecas comprometidas que tenía en sus carteras. Pero ni siquiera esa bancarrota, la de mayores proporciones en la historia de Estados Unidos, bastó para persuadir a más de un tercio de los republicanos de la Cámara de Representantes de que votaran a favor de la propuesta de Paulson. A resultas de ello, la medida fue rechazada (por 228 a 205 votos) el 29 de septiembre de 2008. Enseguida, el índice industrial Dow

Jones se desplomó 778 puntos, la mayor pérdida en un solo día de toda su historia. Un billón de dólares de riqueza de las empresas estadounidenses se volatilizó en cuestión de horas.[72]Esta pérdida en los mercados asustó lo bastante a los republicanos como para cambiar su voto y ayudar a aprobar un paquete revisado de los 700.000 millones de Paulson, el llamado Programa de Ayudas para Activos Problemáticos (TARP, por sus siglas en inglés), el viernes 3 de octubre de 2008. La aprobación tardía del TARP no evitó que el mercado bursátil se desplomara otros 800 puntos en el momento de su reapertura el lunes por la mañana.[73]Pero sí ofreció a Paulson un recurso vital. Y Bernanke, el mayor experto mundial en las causas de la Gran Depresión, estaba dispuesto a utilizar la Reserva Federal de manera agresiva e innovadora para evitar una repetición de aquella crisis pretérita. Gracias al liderazgo de ambos, y al apoyo de los demócratas en el Congreso, Estados Unidos logró frenar la aniquilación del sistema financiero mundial.[74]

El daño seguía siendo inmenso. Cuando el mercado bursátil finalmente tocó su fondo de 6.600 puntos en marzo de 2009, se situaba por debajo del 50 por ciento del pico que había alcanzado un año y medio antes. Para entonces los precios inmobiliarios también habían caído un tercio. Entre 2007 y 2009, los hogares estadounidenses perdieron entre 11 y 20 billones de dólares de valor neto, una cifra agregada que engloba las caídas de valor de los bienes raíces, los títulos bursátiles y las pensiones.[75]En 2011, más del 25 por ciento de los 45 millones de hipotecas de Estados Unidos había naufragado, lo cual significaba que la deuda hipotecaria era más alta que el valor de mercado de una vivienda. El hogar medio perdió la mitad de su riqueza entre 2007 y 2010.

La pérdida de riqueza se distribuyó de manera heterogénea entre la población. Los pobres sufrieron más que los ricos, los jóvenes más que los viejos y la gente de color más que los blancos. Mientras que el valor neto de una vivienda blanca media descendió un 16 por ciento entre 2005 y 2009, el de la vivienda negra media cayó a más de la mitad (53 por ciento) y el valor neto de una casa latina media casi dos tercios. En 2010, la tasa de hogares en

propiedad entre la población negra se había desplomado al 40 por ciento, borrando de un plumazo el aumento del 25 por ciento que este colectivo había disfrutado durante los veinte años precedentes.[76]

El descenso del consumo fue de la mano del descenso de riqueza. El número de automóviles vendidos en Estados Unidos cayó de 16 millones en 2007 a 9 millones en 2009. A finales de 2008, General Motors, una empresa con una nómina mensual de casi 500 millones, advirtió de que entraría en bancarrota en verano de 2009. Toyota no tardó en anunciar que también tenía problemas. Los precios del petróleo se hundieron. La recesión económica se expandió entonces a los gigantes electrónicos del Asia oriental, incluidos Hitachi, Sony y Panasonic. Las tasas de desempleo subieron por las nubes, duplicándose en Estados Unidos del 4,7 por ciento a principios de 2008 al 9,4 por ciento en mayo de 2009. En todo el mundo, se calcula que desaparecieron entre 27 y 40 millones de puestos de trabajo.[77]Ninguna crisis económica previa había engullido al mundo con tal velocidad y sincronía.

La victoria de Obama y su carga

La crisis financiera golpeó al Partido Republicano como una bola de demolición e hizo añicos el sueño de Bush de convertirlo en el partido mayoritario permanente del país. Bush acabó su presidencia siendo una figura vilipendiada, como le había ocurrido a Hoover en 1932. Había armado un inmenso desbarajuste con la guerra de Irak. Y en 2005, la opinión pública le dio la espalda aún con más acritud cuando su Gobierno demostró una incompetencia absoluta para aliviar el sufrimiento en Nueva Orleans provocado por los vientos y las inundaciones del huracán Katrina. La crisis financiera que hizo erupción bajo su tutela en 2008 fue el tercer mazazo, y el que acabó por convencer a casi todos los estadounidenses de que su Administración no estaba preparada para seguir al frente del país.[78]En noviembre, los demócratas se hicieron tanto con la presidencia como con la mayoría en las dos

cámaras del Congreso (257-178 en la Cámara de Representantes y 59-41 en el Senado), su primer triplete desde 1992.

Al frente de aquel nuevo gabinete había un joven y carismático afroamericano, Barack Hussein Obama, que parecía salido de la nada, pero había logrado derrotar al peso pesado que era Hillary Rodham Clinton en las primarias y luego al veterano senador John McCain en las elecciones generales. Obama era el primer afroamericano en llegar a la Casa Blanca, y lo hizo antes de lo que nadie creía que lo haría un negro o una mujer.

El triunfo de Obama sobre sus probabilidades raciales insufló una esperanza extraordinaria y dio alas a los sueños. Muchos interpretaron que su victoria indicaba que Estados Unidos, por fin, estaba preparado para romper con su pasado racista y dar la bienvenida a un futuro «posracial». Hijo de madre blanca y padre negro, Obama se presentaba como alguien perfectamente capaz de entender tanto a la América negra como blanca y de encontrar un camino, como había hecho su propia familia, de unir esas dos tribus. Una alegría desbocada llenó Washington el día de su investidura. Gentes venidas de todo el país decidieron hacer frente al frío para convertir aquella en una de las investiduras presidenciales más populosas y festivas de la historia del país. «Dos millones de personas cubrían casi hasta el último centímetro cuadrado de los tres kilómetros y medio de césped que separan el Capitolio del monumento conmemorativo a Lincoln en Washington —informaba *The Telegraph*— [...], un mar agitado de banderas rojas, blancas y azules que prácticamente no dejaron de ondear desde el gélido amanecer hasta el glacial crepúsculo.» En aquel momento, realmente parecía que las soluciones a los problemas más profundos de Estados Unidos podían estar al alcance.[79]

Pero Obama también fue prisionero del momento. En primer lugar, era prisionero de la crisis financiera y de sus consecuencias. El flamante presidente, que había inspirado a millones durante su campaña presidencial con su mensaje de esperanza, pronunció uno de los discursos de investidura más sobrios que se recuerdan. «Parece no comprenderse del todo que estamos en plena crisis —entonó Obama—. Nuestra economía está muy debilitada. Se han

perdido hogares y empleos y se han cerrado infinidad de negocios.» No podía eludirse la realidad de que «nos enfrentamos a desafíos reales. Son graves y numerosos. No será fácil solucionarlos en un período corto de tiempo».[80]

Por supuesto, declaró Obama, Estados Unidos volverá a alzarse hasta la victoria, eligiendo «la esperanza frente al miedo», tal como había hecho siempre en el pasado. Obama recurrió al relato de cómo el Ejército Continental de George Washington había sobrevivido al atroz invierno de 1777-1778 en Valley Forge. Subrayó para el público lo cerca de la derrota que habían estado los soldados de Washington y la nueva nación. «Los dirigentes americanos habían abandonado la capital. El enemigo avanzaba. La nieve estaba manchada de sangre. [...] El resultado de nuestra revolución era dudoso.» Solo «un pequeño grupo de patriotas acurrucados en torno a fogatas mortecinas a las orillas de un río helado» se quedaron a salvar la futura república.[81]Obama se consideraba uno de aquellos patriotas aislados en las semanas previas a su investidura. Él y sus camaradas se habían estremecido al estudiar las estadísticas que revelaban la profundidad de la crisis económica y financiera de 2008 que afrontaba Estados Unidos. Internar al país en la senda de la recuperación económica no sería fácil.

Obama también demostraría ser prisionero de su propia inexperiencia y de la precaución resultante. Se había incorporado a la vida pública como senador estatal por Illinois en 1996 y había ganado las elecciones para su primer cargo nacional, el Senado de Estados Unidos, en 2004. En 2008 únicamente llevaba un mandato como senador y no era más que un «diputado», por decirlo de algún modo, con un conocimiento limitado de las costumbres de Washington. Nunca había dirigido un organismo ni una empresa grandes, ni públicos ni privados; y, como senador, tampoco había promovido ninguna legislación de calado en el Congreso. Se había posicionado contra la guerra de Irak ya en 2002, mientras aún era senador estatal en Illinois. Fue una posición que adoptó por principios, y clarividente, a juzgar por los calamitosos giros de aquel conflicto bélico y de la subsiguiente ocupación. Le reportó

honor y apoyo cuando se presentó a las primarias demócratas contra Hillary Clinton, que había votado a favor de la guerra en 2003 siendo senadora por Nueva York. Además de ser un hombre de principios, Obama aprendía rápido. Pero estaba escasamente preparado para los numerosos y profundos desafíos que tendría que afrontar cuando asumiera el cargo en enero de 2009.

Dada la gravedad de la crisis económica, las decisiones de Obama acerca de a quién designar para los puestos económicos clave seguramente fueran las más importantes, al menos a corto plazo. Por naturaleza reflexivo, incluso conservador, Obama optó por un grupo de asesores con experiencia, el equipo de Wall Street de Clinton, admirado por su éxito en la anterior Administración demócrata.[82]Robert Rubin tenía escaso interés en regresar al deber administrativo, pero apostó con fuerza por quienes habían colaborado con él en el Tesoro o en Citigroup (el sitio donde aterrizó tras dejar la Casa Blanca de Clinton), o en ambos. Geithner, designado secretario del Tesoro, tenía lazos estrechos con Rubin, como también ocurría en el caso de Summers, nombrado para dirigir el Consejo Económico Nacional, y de Peter Orszag, el nuevo director de la Oficina de Gestión y del Presupuesto. Michael Froman, el jefe de personal de Rubin en el Tesoro durante parte de los años de Clinton, se convirtió en subjefe de Personal de Obama y en asesor adjunto de Seguridad Nacional en asuntos económicos internacionales.[83]

El retorno del grupo de Rubin al poder reveló lo fuertes que seguían siendo los lazos forjados entre Clinton y la élite estadounidense de Wall Street. Obama entendió que los hombres de Rubin «tenían sus principios en la filosofía económica centrista y favorable al mercado de la Administración Clinton».[84]Al parecer, aparcó el conocimiento inconveniente de que el equipo de Rubin, mediante su entusiasmo y sus iniciativas desreguladoras, había puesto el país en la senda de la crisis de 2008. Obama creía que su principal deber era ayudar a los maltrechos bancos de Estados Unidos —y al sistema económico global que respaldaban— a superar su invierno financiero, tal como el general Washington concibió que su principal objetivo en Valley Forge era hallar una

manera de que su ejército sobreviviera. «Me sentía obligado a evitar tomar medidas precipitadas», confesaría Obama más adelante.[85]Obama consideró que poner a un equipo de expertos de Wall Street a colaborar estrechamente con los bancos era la mejor estrategia para que Estados Unidos saliera del bache. Fue la decisión que tomó, aun a riego de quedar cautivo, de manera voluntaria o no, del modelo de gestión económica del Partido Demócrata de la década de 1990.[86]

Un plan económico más radical habría requerido o bien nacionalizar los bancos por un tiempo o bien fragmentarlos en entidades pequeñas, o ambas cosas. Obama rechazó estas dos posibilidades políticas, a pesar de que varios de sus asesores las pusieron sobre la mesa. En lugar de ello, adoptó el plan más contenido de Geithner de someter a los diecinueve mayores bancos a «pruebas de estrés». De acuerdo con este programa, un equipo de 200 examinadores de bancos dirigidos por la Reserva Federal diseñó una crisis económica hipotética y luego, con pleno acceso a los informes bancarios, construyeron modelos de cómo se suponía que cada uno de los bancos respondería a esta. La cuestión clave era si los bancos tendrían suficientes reservas de capital para capear la crisis imaginaria. En caso contrario, se les informaría de cuánto dinero debían recaudar en los mercados de capital privado. Si no eran capaces de obtener dicha financiación, se les requeriría recapitalizarse con el dinero de los contribuyentes aún disponible en el fondo TARP de Paulson y, por consiguiente, sometido a los estrictos términos de dicho fondo.[87]

Era un esquema inteligente y enseguida consiguió restaurar la confianza en los bancos gigantes de Estados Unidos. A finales de junio, nueve bancos habían conseguido el capital necesario y se habían zafado de la supervisión gubernamental. En diciembre de 2009, les siguieron los restantes. Los presidentes de las entidades bancarias y los reguladores gubernamentales regatearon con los contables de la Reserva Federal la cantidad de capital que necesitaban recaudar y en qué condiciones, y los banqueros privados se quejaron hasta la saciedad de que el Gobierno se entrometiera en sus asuntos privados. Pero había que complacer a

los dirigentes de los grandes bancos: el plan del Gobierno establecía términos que podían cumplir e imponía claros límites al alcance y la duración de la intervención gubernamental. Es más, si los bancos superaban las pruebas de estrés y se recapitalizaban debidamente, recibirían un trascendental sello de aprobación federal, que elevaría su prestigio en los mercados de capital y les concedería una ventaja monumental frente a bancos comerciales más pequeños que no se sometían a tales pruebas y, por consiguiente, no podían aspirar a que los compensaran con un certificado de aprobación federal. Mediante este proceso, el plan de pruebas de estrés de Obama acabó por aumentar la concentración de poder y recursos en un número reducido de instituciones financieras gigantescas consideradas «demasiado grandes para caer».[88]

La decisión de Obama de asignar gran parte del peso de un paquete de recuperación a las élites financieras y sus instituciones no tuvo buena acogida entre la población general. Mientras millones de estadounidenses bregaban con los efectos de la adversidad económica en sus vidas, los banqueros responsables de conceder hipotecas ruinosas parecían estar afrontando pocas consecuencias. La Administración Obama no envió ni a un solo banquero a la cárcel ni obligó a ninguna entidad financiera a pagar por sus fechorías fragmentándola. No veía con buenos ojos los centenares de miles de millones de dólares en bonos que estos bancos estaban pagando a los principales gestores en la primavera de 2009, en el mismo momento en el que la economía tocaba fondo, con cerca de un 10 por ciento de desempleo y millones de hogares enfrentándose a procedimientos de ejecución hipotecaria. Obama hizo saber que le «indignaba» la decisión de AIG de marzo de 2009 de repartir 165 millones de dólares en bonos entre los ejecutivos de su Departamento de Productos Financieros, los «cerebros» que habían creado la inmensa industria de los derivados cuya implosión había sido central para la crisis económica. La amonestación en público de Obama a AIG causó un temor momentáneo en Wall Street. Pero Obama no tomó las medidas punitivas en forma de sanciones monetarias, demandas o escarnio

público que habrían tenido que afrontar los ejecutivos bancarios de habérseles obligado a someterse a audiencias ante el Congreso.[89]

Para ser justos, la Administración Obama hizo algo más que limitarse a atender las necesidades de las élites financieras. En febrero de 2009 sometió a la aprobación del Congreso un paquete de estímulo de 700.000 millones de dólares destinado a aliviar el sufrimiento y las dificultades de la población inyectando fondos gubernamentales en las manos de trabajadores y consumidores corrientes.[90]En un movimiento inteligente y conveniente, impulsó una reorganización del sector automovilístico estadounidense, colocándolo sobre una base económica mucho más sólida y salvando centenares de miles de empleos en el proceso.[91]Pero estas iniciativas no fueron suficientes para impulsar una recuperación de la economía de la población general con una robustez equiparable a la que ya empezaba a percibirse en Wall Street. Muchos economistas, incluidos algunos a quienes el presidente prestaba atención, creían que el paquete de estímulo debería haber sido del doble o el triple de volumen.[92]

El rescate del sector del automóvil estuvo bien diseñado, pero tuvo unos efectos limitados. Entre tanto, la Administración Obama prácticamente no hizo nada por ayudar a los cerca de nueve millones de hogares que se enfrentaban a ejecuciones hipotecarias o ventas por embargo de sus hogares.[93]Sí tenía planes para ayudar a los pobres mediante un plan de asistencia médica nacional de amplio alcance, la pieza central de la campaña presidencial de Obama. En parte, el afán de Obama por concluir los esfuerzos de recuperación financiera con la menor disrupción posible de las instituciones existentes tenía por fin poder centrarse en su reforma de la asistencia sanitaria. Pero sus ansias de dar carpetazo a los proyectos de recuperación seguramente fueran un error estratégico. Tal vez habría sido más inteligente por su parte luchar por conseguir la justicia económica y la igualdad para el pueblo estadounidense, en lugar de ampliar el sistema de bienestar social.

Pese a que la Administración Obama consiguió aprobar en el Congreso su gran ley de reforma de la atención sanitaria, la Ley de Asistencia Asequible, conocida como *Obamacare*, en primavera de

2010, pasarían años antes de que sus efectos se percibieran. Entre tanto, las desigualdades económicas se agravaron. En 2012, el índice industrial Dow Jones había recuperado el terreno que había perdido durante la Gran Recesión de 2008-2009. En cambio, el desempleo seguía muy por encima de los niveles de 2007. Transcurrirían ocho largos años antes de recuperar los niveles de empleo previos a la crisis. Durante el primer mandato de Obama, la renta del 1 por ciento integrado por los estadounidenses más ricos aumentó en más de un 30 por ciento; en cambio, el 99 por ciento restante tuvo que conformarse con un incremento del 0,4 por ciento.[94]Los trabajadores jóvenes se enfrentaron a años de desempleo o de empleo precario, lo cual no solo frenó el desarrollo de sus carreras profesionales, sino que, además, tuvo una repercusión significativa en su capacidad salarial de por vida. El dolor que experimentaron las comunidades minoritarias, afectadas de manera desproporcionada por las hipotecas *subprime* no se abordó. También entre las comunidades blancas de clase trabajadora empezó a notarse ese dolor, que se tradujo en altos índices de alcoholismo, drogadicción y suicidios. En tales circunstancias, empezó a fraguar una ira por las desigualdades económicas que pronto desbordaría la periferia de la política estadounidense, donde había permanecido confinada por décadas de hegemonía neoliberal.[95]

La manera como Obama abordó la recuperación económica dañó aún más esa hegemonía socavando uno de los principios nucleares del neoliberalismo, a saber: que «liberar los mercados» de la supervisión gubernamental comportaría oportunidades y prosperidad para todos. La desregulación de los bancos había ocasionado la primera burbuja inmobiliaria y el colapso financiero y económico. En la estela de la crisis, casi nadie creía ya que los mercados financieros en caída pudieran repararse solos. Resultó que los mercados sí requerían intervención y regulación gubernamental. Pero ¿de qué tipo? ¿Había obrado correctamente la Administración Obama al privilegiar a los bancos en sus planes de recuperación? ¿Era apropiado que hubiera asignado a las aseguradoras un papel esencial en el diseño del *Obamacare*? ¿O

dichas decisiones simplemente demostraban que el Gobierno estaba robusteciendo en lugar de aliviando la arboladura de la vida americana en favor de las grandes instituciones ya dominantes? En la izquierda, los socialistas empezaron a hacerse oír por primera vez en décadas, exigiendo al Gobierno que reinstaurara el sólido aparato regulatorio del orden del New Deal. En la derecha, los expertos no tardarían en empezar a hablar de un *deep state*, las cloacas del Estado que diseñaban los resultados para los ricos y poderosos y que eran impermeables al control popular y democrático. Las repercusiones políticas de la Gran Recesión de 2008 estaban a punto de estallar en Estados Unidos, y provocarían un seísmo en el mismísimo corazón del orden neoliberal.

En 2009, los reveses sufridos por la población estadounidense durante la primera década del siglo XXI eran poco menos que abrumadores. ¿Podrían los acontecimientos haber tomado un curso distinto? Regresemos ahora por un momento a diciembre de 2000. Supongamos que el Tribunal Supremo hubiera ordenado un recuento exhaustivo de todas las papeletas de Florida en las elecciones de 2000. Supongamos que el recuento hubiera llevado a Al Gore y no a Bush a la Casa Blanca. Es poco probable que una Administración Gore hubiera respondido a la catástrofe del 11-S lanzando una guerra contra Sadam Husein. Irak, Siria y el mundo entero se habrían ahorrado así la calamidad de la ocupación de Estados Unidos y la crisis de los refugiados que desencadenó.

Un Gobierno de Gore probablemente tampoco habría convertido la reducción de impuestos en su prioridad. Pero sin los estresores provocados por las costosas guerra y ocupación de Irak, se habría dispuesto de más recursos para financiar programas internos. Quizá, bajo el liderazgo de Gore, Estados Unidos se habría ahorrado la intensificación de los niveles de endeudamiento, tanto público como privado, que se convirtieron en el sello distintivo de los años de Bush.

Quizá. Sin embargo, es importante recordar que la desregulación de las finanzas y el despliegue de instrumentos financieros arriesgados fue tanto obra de los demócratas como de los republicanos. Ambas partes habían utilizado un compromiso

manifiesto con la igualdad racial y la pluralidad para obtener el apoyo a políticas económicas peligrosamente carentes de fundamento. Ambas creyeron que Greenspan era un mago. Ambas suscribieron el santo y seña neoliberal de que el riesgo de los mercados era agua pasada. La tecnología, creían ambos partidos, había puesto la perfección de los mercados al alcance de la mano. La abundancia generalizada sería el resultado. Esa era la promesa neoliberal. Y tanto demócratas como republicanos habían atado su destino a cumplirla. El propio Gore se había situado hacía tiempo en el centro de la campaña neoliberal del Partido Demócrata, como lugarteniente tecnoutópico de confianza de Clinton.

En la estela de la Gran Recesión, la globalización y el neoliberalismo no podían seguir promoviéndose como las políticas que mantenían todos los barcos a flote. La tecnoutopía no podía seguir ocultando la verdad de que graves desequilibrios estructurales en la economía mundial no solo amenazaban con el colapso de las economías, sino con desgarrar el tejido social de los países. Las penurias y el sufrimiento económicos provocados por la crisis persistirían durante años. La ira política humearía por un tiempo y luego haría erupción en una serie de insurgencias incandescentes. Y el orden neoliberal no sería capaz de soportar el calor.

7

Desintegración

En los años posteriores a la crisis de 2008 y 2009, grupos muy diversos de ciudadanos empezaron a transmutar sus dificultades económicas en protestas e ira política. Los blancos que se veían al margen (económica y culturalmente) de los prósperos pasillos del orden neoliberal crearon un Tea Party[1]para reclamar su país. Jóvenes de distintas razas que descubrieron que la Gran Recesión había volatilizado sus oportunidades económicas tomaron un pequeño parque en el centro de Manhattan y anunciaron que se disponían a ocupar la Bolsa. Conocidos como el movimiento Occupy Wall Street, permanecieron allí durante meses y desencadenaron protestas contra las desigualdades económicas a escala nacional. Finalmente, la cólera de la población negra por las brutales repercusiones del estallido de la burbuja inmobiliaria y la violencia policial contra sus comunidades cristalizó en un alzamiento con el provocador lema Black Lives Matter («Las vidas negras importan»).

Por sí solas, ninguna de estas insurgencias era comparable ni en dimensiones ni en impacto con los movimientos en defensa de los derechos civiles o contra la guerra del Vietnam de la década de 1960 (ni con el movimiento obrero de los años treinta). Pero la combinación de las tres provocó una profunda convulsión en la política estadounidense, alimentó el auge de Donald Trump y Bernie Sanders y, en 2016, condujo a una de las campañas electorales más peculiares de la historia de Estados Unidos. Fue en este momento cuando el orden neoliberal estadounidense empezó a

desintegrarse. Sin embargo, no empezaremos este relato con cuentos de rebelión política o ideológica, sino explicando los problemas económicos y humanos que fueron el caldo de cultivo para una década de explosiones políticas.

El malestar de la clase obrera blanca

El malestar y las perturbaciones económicas provocados por la Gran Recesión de 2008 y 2009 fueron el colofón de décadas de una creciente desigualdad económica entre quienes se beneficiaban de la orientación global del orden neoliberal y quienes no. La hemorragia de puestos de trabajo en el sector industrial que había sido un rasgo tan manifiesto de las décadas de 1990 y 2000 continuó en la estela de la Gran Recesión, con la desaparición de otros dos millones de empleos.[2]Los trabajadores que perdían sus empleos podían sentirse afortunados si conseguían reincorporarse al mercado laboral, aunque fuera por un salario inferior.[3]En cambio, su infortunio no fue el sino de quienes ocupaban peldaños superiores en la pirámide de rentas. En 2012, el mercado bursátil había compensado sus pérdidas de 2008 y 2009. Parecía no existir límite a las extravagantes fortunas que se acumulaban en manos de los ricos de Estados Unidos. La desigualdad económica que se había convertido en un rasgo definidor de la economía estadounidense desde la década de 1980 continuaba agravándose. Y las consecuencias de ese abismo eran cada vez más duras.

El científico social neoliberal Charles Murray había expresado una preocupación creciente por dichas consecuencias para los norteamericanos blancos de clase obrera. En torno a 2010, acometió un proyecto de investigación para sondear la situación de las personas blancas de clase trabajadora durante aquellos duros años. Como laboratorio social escogió Fishtown, un distrito obrero y blanco tradicional del norte de Filadelfia. En 2012, Murray publicó sus alarmantes hallazgos en el libro *Coming Apart*.

Murray se enfocó en el descenso de la tasa de nupcialidad como indicador clave del malestar social. La tasa de nupcialidad

entre la población blanca en edad productiva en Fishtown había caído precipitadamente en los cincuenta años transcurridos entre 1960 y 2010, del 84 al 48 por ciento. En parte, ello reflejaba un aumento de la tasa de divorcios. Pero lo que resultaba más alarmante para Murray era la proporción de habitantes de Fishtown que no se habían casado nunca. Entre el segmento de 30 a 49 años, ese porcentaje había aumentado del 8 por ciento en 1960 al 25 por ciento en 2010. Un tercio entero de los hombres de clase trabajadora blancos de Fishtown no se habían casado. El descenso de matrimonios no iba acompañado de un descenso de la natalidad, lo cual significaba que cada vez nacían más niños blancos en Fishtown fuera del matrimonio y vivían en hogares monoparentales.[4]

En el país en su conjunto, informaba Murray, el porcentaje de niños nacidos de madres blancas solteras se había incrementado de un 3 por ciento en 1960 a cerca de un 30 por ciento en 2010. Entre las madres blancas con un nivel educativo inferior a la secundaria había aumentado de un 10 a un 60 por ciento. Cada vez eran menos los niños en dichas circunstancias que vivían en hogares donde hubiera tanto una presencia adulta masculina como femenina. O, en el caso de convivir con dos adultos, las probabilidades de que el hombre fuera el padre biológico del niño descendían con el paso del tiempo, pues la madre tenía más posibilidades de haber tenido varias parejas y de procreado con varios hombres que habían pasado por su vida.[5]

El resto de males de Fishtown, afirmaba Murray, derivaban de la desintegración del matrimonio y la familia como pilares de la vida social.[6]Como su correligionario neoliberal George Gilder, Murray consideraba que la estabilidad matrimonial era necesaria para «domesticar» a los hombres, quienes, de lo contrario, se comportarían de manera irresponsable en el trabajo, en el juego y en las relaciones.[7]Sin esa domesticación, denunciaban Murray y Gilder, el compromiso de los hombres con el trabajo disminuía. Un hombre sin amansar demostraba poca iniciativa, tenía empleos esporádicos (si es que los tenía) y pasaba demasiado tiempo «holgazaneando», bebiendo, viendo la televisión y durmiendo.

Según Murray, ver la televisión (y jugar a videojuegos y navegar por internet) había sustituido al trabajo como preocupación de muchos hombres en Fishtown.[8]Y con el descenso de la capacidad de trabajo, argumentaba Murray de manera un tanto extravagante, también se reducían la honestidad, la integridad, el compromiso civil y la afiliación religiosa.

Dicho de otro modo, en Fishtown, la temida «subclase» de la década de 1980 volvía a propagarse. Pero ahora no solo se apoderaba de las almas de los negros, sino también de los blancos. En 2012, Murray, que se había forjado mala reputación en algunos sectores por poner en tela de juicio la adecuación de la cultura negra, concluía reticente que no había distinciones de raza en esta «rotura de las costuras» ni en «los efectos adversos» de los problemas que había observado en Fishtown y que eran extrapolables a todo el país.[9]«La América blanca —informaba Murray con desánimo— no avanza en una dirección y la América de otras razas lo hace en otra.» Ambas se encaminan hacia el desastre.[10]

El análisis de Murray de la vida en el hogar y sus disfunciones se sustentaba en una visión esencialista de la naturaleza de los hombres y las mujeres: los hombres eran bárbaros y poco de fiar a menos que se domaran mediante el matrimonio, y la función principal de las mujeres era reproducirse y criar a los hijos. Murray parecía desconocer la existencia de tiempos y lugares en los que hombres y mujeres habían suscrito otros roles de género y maneras distintas de organizar sus hogares y criar a su prole. Además, el análisis de Murray supuraba racismo: el deterioro social de las comunidades blancas parecía afligirle más que los procesos similares que se estaban desarrollando en las negras.[11]

A pesar de este sesgo, Murray no se equivocaba en cuanto al malestar y la desesperación que afligía las vidas de muchas personas blancas. Es más, es posible que incluso subestimara sus efectos. En el mismo momento en el que él estaba realizando su estudio, las tasas de autodestrucción entre hombres blancos de clase obrera y mediana edad (entre 30 y 49 años) se disparaban en el país. Estados Unidos era desde hacía tiempo una excepción

mundial en términos de los niveles de violencia mortal que las personas se infligían entre sí. Pero el porcentaje creciente de autodestrucción y muerte entre hombres blancos de clase trabajadora era una novedad. Las muertes debidas al consumo de alcohol y drogas en este segmento se cuadruplicaron entre 1999 y 2013 y los suicidios aumentaron casi un 40 por ciento en el mismo período. Ningún otro colectivo en Estados Unidos, ni los blancos más ricos ni los negros o los latinos de ningún nivel de renta ni educativo concretos, registró un incremento paralelo en las tasas de autodestrucción durante estos años. De hecho, fue tan pronunciado, que la tasa de mortalidad general entre los hombres blancos de mediana edad de la clase trabajadora en Estados Unidos empezó a repuntar tras décadas de descenso. Nunca se había observado una inversión demográfica de este tipo en ningún segmento de población residente en países industriales avanzados de Norteamérica y Europa, salvo en momentos de guerra, pandemia y genocidio. Las circunstancias que articulaban la vida de los hombres blancos de clase obrera en los Estados Unidos de principios del siglo XXI en este sentido no tenían precedentes. De haber sabido Murray que esta epidemia de autodestrucción afectaba a tantos hombres blancos de clase trabajadora, sin duda la habría usado para apuntalar su argumento de que una porción de la América blanca se estaba desintegrando.[12]

Murray pasaba por alto las causas materiales de la desesperación blanca. *Coming Apart* olvidaba los patrones de globalización y desigualdad económica de las últimas décadas, así como la pérdida de millones de empleos fijos y bien remunerados. La Gran Recesión de 2008 y 2009 apenas aparece en su libro. En lugar de ello, Murray culpaba de la crisis del siglo XXI en Estados Unidos a la clase gobernante blanca. Miembros de esta élite, acusaba, no habían imbuido en las personas con menos medios económicos los valores morales y culturales adecuados: la capacidad de trabajo, la disciplina, la independencia y la formación de familias fuertes que inculcaran la virtud en la juventud. Haciéndose eco de Gertrude Himmelfarb, Murray aseguraba que precisamente esa inculcación era lo que habían

conseguido los victorianos británicos de manera tan eficiente en el siglo XIX. En cambio, la élite del siglo XX en Estados Unidos estaba demasiado rendida a la filosofía del «vive y deja vivir» —la descripción negativa de Murray de un planteamiento que a lo largo de este libro yo he calificado (y enmarcado en términos más positivos) como la versión cosmopolita del código moral neoliberal — para asumir las riendas del liderazgo moral nacional. Esta abdicación por parte de la élite, a juicio de Murray, había desembocado en la fatalidad cultural y social para sus iguales raciales situados en eslabones inferiores de la pirámide social.[13]

La visión de Murray según la cual la clase obrera blanca estadounidense, una vez abandonada por sus superiores sociales, se había sumido en una especie de existencia proletaria y propia del lumpen rezumaba condescendencia (y un análisis marxista bastante burdo). Murray atribuía poca capacidad para la definición política a aquella masa inerte. No hay ni un indicio en su libro de 2012 de la furia política que ya hervía en este sector de la población, empezando por el movimiento del Tea Party y culminando en la insurgencia populista y etnonacionalista que impulsaría a Donald Trump a la Casa Blanca. Sin embargo, los reveladores datos de Murray acerca de los blancos pobres de Fishtown ayudan a entender por qué se estaba formando una tormenta política.

EL SUFRIMIENTO DE LOS NEGROS

El sufrimiento económico en las comunidades negras ocasionado por la Gran Recesión fue grande, probablemente más contundente a corto plazo del que experimentaron los blancos. La burbuja inmobiliaria de los años Clinton-Bush, que había aumentado el porcentaje de las minorías propietarias del 40 al 50 por ciento, había prometido estrechar la inmensa brecha de riqueza que separaba a las familias negras de las blancas.[14]Sin embargo, como hemos visto, la Gran Recesión diezmó el número de personas de las minorías propietarias de bienes raíces. Muchas de ellas fueron

incapaces de pagar los plazos mensuales de sus hipotecas. Y las instituciones crediticias se apresuraron a embargarlas. Incontables familias perdieron sus hogares y, en el proceso, toda la riqueza que tenían.[15]Incluso superada la Gran Recesión en 2009, el porcentaje de personas negras con una vivienda en propiedad que no podían pagar la hipoteca continuó aumentando, hasta alcanzar un nivel del 14,2 por ciento, casi el triple de esa misma tasa entre la población blanca. La disparidad entre la riqueza de los hogares blancos y negros se acentuó. En 2010, los hogares blancos poseían una riqueza, de media, ocho veces superior a la media de los hogares negros. En 2013, los hogares blancos eran unas trece veces más ricos que los negros.[16]

Las disparidades en los índices de recuperación económica de los sectores público y privado de la economía estadounidense agrandaron aún más el abismo económico entre blancos y negros. Cerca de uno de cada cinco afroamericanos adultos tenía un empleo gubernamental a nivel municipal, estatal o federal, un porcentaje significativamente superior al de los blancos. La Gran Recesión golpeó con fuerza al sector público. El hundimiento de los valores inmobiliarios y las viviendas confiscadas despojaron a muchos municipios de los impuestos a la propiedad que habían representado su principal fuente de ingresos. Muchos de esos municipios, y los estados en cuyas jurisdicciones se ubicaban, tenían prohibido por ley o por la Constitución funcionar de manera deficitaria, lo cual los dejaba en desventaja en tiempos de recesión. La crisis de 2008-2009, por consiguiente, obligó a estos Gobiernos a despedir a incontables empleados. El plan de rescate de Obama en 2009 moderó esta tendencia durante un tiempo, canalizando fondos federales a las administraciones municipales y estatales renqueantes por dichos despidos. Pero las ayudas federales se agotaron antes de que los ingresos generados por los impuestos a la propiedad recuperaran sus niveles previos a la recesión.[17]

Los Gobiernos estatales podrían haber aumentado los ingresos estatales o los impuestos comerciales para ayudar a las debilitadas administraciones locales que englobaban. Pero muchas asambleas legislativas estatales estaban en las garras de coaliciones

antitributarias que se oponían por doctrina a los aumentos de impuestos. Su postura se fundamentaba en la tesis neoliberal de que el Gobierno era el problema, no la solución. La mejor manera de servir a la sociedad era desposeyendo a los Gobiernos de poder y recursos y, en consecuencia, ampliando el terreno de acción de los mercados libres. Entre los republicanos, gobernadores como Scott Walker de Wisconsin se convirtieron en los chicos de anuncio de la era posterior a la crisis económica, forjándose una reputación por arremeter contra el despilfarro y la corrupción gubernamentales y por acusar a los sindicatos obreros del sector público de ser la causa de estos problemas. Walker y sus aliados revirtieron el poder de negociación de estos sindicatos en Wisconsin, redujeron el coste salarial del sector público y mermaron las filas de los funcionarios públicos. Estas iniciativas afectaron más a los afroamericanos que a los blancos, por la simple razón de que los primeros dependían más que los últimos de empleos del sector público.[18]

En estas circunstancias, la economía sumergida del tráfico de drogas, por tradición una fuente de empleo e ingresos en las comunidades urbanas negras, cobró un atractivo añadido. Esta economía ilícita siempre había sido peligrosa. Los camellos y las bandas callejeras con las que estaban asociados tenían armas y no dudaban en imponer su voluntad con métodos violentos. Las tasas de homicidios entre hombres jóvenes negros, pese a haber decrecido desde la década de 1970, seguían siendo más elevadas que las de ningún otro subgrupo de población, situadas en 76 de cada 100.000 hombres negros de entre 25 y 34 años.[19]Gran parte de estos asesinatos se daban en el marco de la economía del narcotráfico, pero algunos ocurrían en confrontaciones entre jóvenes negros y la policía urbana. El régimen de sanciones severas por delitos de narcotráfico menores implementado en las décadas de 1980 y 1990 seguía vigente, como también la política policial de tolerancia cero aplicada por el alcalde Rudolph Giuliani y sus aliados en la ciudad de Nueva York en los años noventa. Además, muchas fuerzas policiales, se habían militarizado, habían adquirido arsenales de armamento y habían desarrollado reglas de combate

más parecidas a las desplegadas por el Ejército de Estados Unidos y los marines contra enemigos que a lo que un cuerpo de mantenimiento del orden público y nacional, en un supuesto ideal, debería hacer para mantener la paz entre su propia ciudadanía.[20]En 2013 y 2014, una serie de homicidios policiales de hombres negros zarandeó el país. Pero años antes ya había dado comienzo un ajuste de cuentas con el régimen de encarcelación masiva que formaba parte del orden neoliberal de Estados Unidos desde finales de la década de 1980.

Un desencadenante había sido la publicación en 2010 de *El color de la justicia: la nueva segregación racial en Estados Unidos* de Michelle Alexander, por entonces una profesora de Derecho relativamente desconocida de la Universidad Estatal de Ohio. Las cifras que Alexander había recopilado sobre la cantidad de estadounidenses atrapados en el sistema judicial criminal eran estremecedoras. Según sus cálculos, Estados Unidos había metido en la cárcel o había dejado en libertad provisional o en libertad condicional a más de siete millones de personas, 1 de cada 31 estadounidenses. Alemania encarcelaba a 93 de cada 100.000 habitantes; Estados Unidos, a 750 de cada 100.000. Las penitenciarías estadounidenses tenían más convictos en términos proporcionales que las de Rusia, China, Egipto, Irán o Corea del Norte. Además, la población carcelaria estadounidense estaba compuesta por una cantidad desproporcionada de negros y latinos. En varias ciudades del país, informaba Alexander, hasta el 80 por ciento de los hombres afroamericanos jóvenes tenían antecedentes policiales. Estados Unidos estaba encarcelando a un porcentaje más elevado de su población negra de lo que había hecho Sudáfrica en pleno apogeo del régimen del *apartheid*.[21]

La fuerza de *El color de la justicia* radicaba, en parte, en su capacidad para presentar aquellas cifras alarmantes. ¿Cómo podía una sociedad que se enorgullecía de su carácter liberal y democrático y de sus libertades neoliberales tolerar tener el mayor régimen de encarcelación masiva del mundo en el siglo XX? Pero en parte su fuerza también estribaba en el aleccionador análisis que Alexander hacía del peaje que la ausencia de padres estaba

infligiendo en las familias negras y en los niños que crecían en hogares monoparentales. En fragmentos que calaron hondo en los lectores negros, Alexander demostraba que el castigo por aquellos delitos en realidad nunca acababa, ni siquiera años después de que el recluso hubiera cumplido su condena. Una vez excarceladas, esas personas tenían que informar de sus sentencias a prisión y sus condenas a las posibles empresas donde solicitaban empleo, lo cual obstaculizaba su acceso al mercado laboral. En muchos estados, a los exconvictos se los privaba de manera permanente del derecho a voto y de otros derechos propios de la ciudadanía. Pocos estados contaban con mecanismos para reinsertar a estos hombres como miembros plenos de la vida comunitaria, económica, política y social. Y pocos legisladores, salvo quienes formaban parte de esas comunidades minoritarias, se planteaban siquiera la injusticia de condenar a hombres que habían cumplido sus sentencias a toda una vida de exclusión, marginalidad e impotencia. Quienes integraban esas comunidades eran plenamente conscientes del sufrimiento personal y familiar que acumulaban quienes no podían huir del estigma de haber infringido la ley.[22]La Gran Recesión y las penurias económicas que comportó agravaron aún más las consecuencias del encarcelamiento y la libertad condicional. El libro de Michelle Alexander brindó tanto a esas poblaciones minoritarias como a quienes no formaban parte de ellas una oportunidad de abordar de otra manera el grave problema social y ético que tenía el país y que durante mucho tiempo se había pasado por alto. Se estaban sembrando las semillas de la protesta.

El precariado

Un grupo social muy distinto también estaba experimentando privaciones en la estela de la Gran Recesión. Se lo conocía como «el precariado», término acuñado como un juego de palabras entre «precariedad» y «proletariado». Los integrantes de este grupo social habían experimentado la cara oscura de lo que se celebraba como la «economía *gig*» o «economía bajo demanda», un mundo de

empleos, oportunidades y afluencia cuyo nacimiento había propiciado la revolución de las tecnologías de la información. Supuestamente, las nuevas herramientas y programas digitales habían posibilitado que muchas personas pusieran en marcha sus propios negocios o, al menos, controlaran las circunstancias de su trabajo. Una persona emprendedora tenía ahora la oportunidad de establecer su negocio como contable, abogado o corrector de textos, o como fotógrafo, ceramista o vendedor en línea sin la necesidad de ser contratado como empleado asalariado o como un trabajador con un sueldo por horas. Este trabajo podía ser a jornada parcial o completa, lo cual permitía combinarlo con otras actividades, como estudiar, criar a los hijos o cuidar de un progenitor anciano, con mucha más facilidad que si había que presentarse en el trabajo de nueve de la mañana a cinco de la tarde cinco días a la semana. Era un trabajo que podía hacerse desde casa o desde una cafetería del barrio con conexión a internet. La economía *gig* vendía la esperanza de ser el propio jefe, de disfrutar de libertad en el día a día, de ganar dinero y de vivir el sueño americano. El *Obamacare* propició la expansión de esta economía al posibilitar a los trabajadores por cuenta propia y a los pequeños empresarios adquirir un seguro de asistencia sanitaria vital a un coste razonable.

El neoliberalismo había proporcionado el armazón conceptual para la economía *gig* con sus teorías acerca de cómo todo el mundo podía transformarse en un emprendedor capaz de monetizar activos materiales y personales de nuevos modos. Esta forma de pensamiento novedosa, por ejemplo, planteaba que los activos en los que las personas habían invertido el mayor porcentaje de sus ingresos y ahorros —sus casas y coches— estaban siendo infrautilizados. Los coches permanecían aparcados durante multitud de horas al día, inmóviles, sin generar ingresos ni hacer ningún servicio. No ocurría lo mismo con las primeras residencias, fueran casas o pisos, pero sí con las segundas. ¿Por qué no buscar maneras de convertir esos activos en centros generadores de ingresos para uno mismo o para la familia? Los fundadores de las *startups* Airbnb (2008) y Uber (2009) se formularon precisamente

estas preguntas y las respondieron convenciendo a ejércitos de propietarios de coches y viviendas de monetizar sus activos a través de los programas informáticos de ingenioso diseño que habían desarrollado estas nuevas empresas. Al poco, legiones de coches, casas y apartamentos en alquiler durante breves períodos inundaron y convulsionaron los sectores del transporte urbano e inmobiliario con la promesa de unos precios más reducidos para los clientes por una parte y de nuevas formas de ingresos sólidos para los conductores y propietarios inmobiliarios por la otra.[23]

Pero esta economía bajo demanda tenía un lado negativo, por supuesto. Los empresarios *gig*, como los conductores de Uber que trabajaban por cuenta propia en una economía de mercado en realidad tenían poco control sobre aspectos críticos de su trabajo. No podían repercutir fácilmente los costes de su pensión o seguro sanitario en las tasas que cobraban por sus servicios. Y eran ellos mismos quienes debían abonar a la Seguridad Social la parte proporcional de su salario que habría pagado la empresa. No contaban con un seguro que cubriera bajas por enfermedad. Todas estas consideraciones tal vez no importaran demasiado en un momento en el que los mercados presentaban una demanda robusta de los servicios que ofrecían estos trabajadores o mientras eran lo bastante jóvenes como para no preocuparse por tener cubiertas sus bajas por enfermedad o la pensión de jubilación. Pero ¿qué pasaba cuando acababa un *boom* económico, cuando, a consecuencia de ello, los precios que los trabajadores autónomos podían cobrar por sus servicios bajaban y cuando las empresas reducían sus nóminas para sortear épocas de vacas flacas (como hicieron de manera generalizada en el invierno de 2008-2009) y, en el proceso, despedían a muchas más personas que pasaban a engrosar las filas de estos trabajadores por cuenta propia? De repente, muchos más autónomos competían por vender sus servicios en mercados más reducidos y menos hospitalarios.

En momentos como esos, la economía *gig* recordaba a lo que los economistas habían bautizado tiempo atrás como un mercado laboral informal. Informal porque la única forma de empleo disponible era un empleo intermitente e inadecuado. Los mercados

laborales informales beneficiaban a las empresas, porque estaban poblados de personas con menos trabajo del que necesitaban y, por consiguiente, dispuestas a trabajar por salarios más bajos y con contratos temporales.[24]

El mercado laboral informal que emergió durante y después de la Gran Recesión de 2008-2009 no fue equivalente a lo que los izquierdistas familiarizados con Marx habían denominado el «proletariado». No solo estaba integrado por los pobres permanentes, sino también por muchos licenciados universitarios y por un número importante de familias sólidas de clase media e incluso de clase alta que no habían conseguido un trabajo fijo después de la crisis o que, convencidas de que podían dominar la economía bajo demanda, habían decidido renunciar a él. Además, su población era racialmente diversa y abarcaba tanto a blancos como negros, latinos y otras etnias. Tenían tirada entre los jóvenes. El término «precariado» lo habían acuñado unos sociólogos franceses en la década de 1980, pero había sido marginal en el discurso angloamericano hasta la de 2010.[25]Entonces se adoptó para describir la rápida expansión de las filas de personas con unas circunstancias laborales inestables de manera crónica y sujetas a unas condiciones de mercado y a unas preferencias de las empresas sobre las cuales no tenían control.

El hecho de que jóvenes procedentes de familias acomodadas compusieran un segmento importante de este precariado revestía importancia política. Históricamente, los movimientos de protesta solían inflarse cuando una porción de la élite de la sociedad, o de la futura élite, perdía la confianza en el orden político prevaleciente y se unía a los más desfavorecidos.[26]La percepción de intereses materiales compartidos había reforzado alianzas de esta índole en el pasado, y volvería a hacerlo pronto.

La erupción del movimiento Tea Party

La primera turbulencia política en la era posterior a la Gran Recesión hizo erupción en la derecha. En respuesta a una diatriba

aparentemente intrascendente del corresponsal de la CNBC Rick Santelli, que informaba desde el parqué de la Bolsa Mercantil de Chicago en marzo de 2009, fraguó un movimiento Tea Party para el siglo XXI.[27]

Al tener noticia de otro «regalo» de la Administración Obama a estadounidenses a quienes él consideraba financieramente irresponsables, Santelli declaró (por televisión) que estaba harto de rescates. Con una combinación de cólera y guasa, hizo un llamamiento a los comerciantes de productos básicos para que recogieran todos los derivados que al principio habían apuntalado pero que ahora estaban socavando el sector financiero y los arrojaran al río Chicago, tal como los miembros del Tea Party de Boston habían arrojado el té británico que no querían al puerto de Boston en 1773.[28]El llamamiento a las armas de Santelli se hizo viral y desencadenó una oleada de organización política de grupos modulados a imagen y semejanza del Tea Party, algunos surgidos directamente del pueblo y otros fundados por los hermanos Koch, todos ellos ansiosos por frenar lo que consideraban la amenaza más grave al futuro de Estados Unidos: un gasto público extravagante.[29]

Los hermanos Koch controlaban uno de los conglomerados industriales más poderosos del país. Su apoyo a algunos grupos del Tea Party revelaba que las élites estaban intentando canalizar esta protesta. Pero entre las filas del Tea Party también había una corriente populista que contemplaba el gasto del Gobierno federal no en términos de un simple exceso, sino como una conspiración para enriquecer a los ricos a costa de los ciudadanos corrientes. Estos simpatizantes del Tea Party, inspirados por personas como Ron Paul, un excéntrico congresista de Texas, centraron su atención en la elevada proporción del dinero del rescate gubernamental que se había canalizado, precisamente, a las entidades financieras más ricas y poderosas, como Bear Stearns y AIG, que eran justamente las principales culpables de la Gran Recesión en Estados Unidos. Estos mimos a los ricos de Estados Unidos tenían que parar, y la única manera de hacerlo era cortar las costosas cuerdas salvavidas que el Gobierno federal había lanzado a las empresas en quiebra. Y si para trastocar este proceso

había que poner fin al Gobierno federal tal como se había encarnado desde 1945, que así fuera. De la escabechina, creían Paul y sus simpatizantes, emergerían unos Estados Unidos mejores.[30]

Una tercera vertiente del Tea Party combinaba el enojo por las desigualdades económicas con un resentimiento etnorracial. Algunos integrantes del Tea Party empezaron a afirmar que el peor daño a Estados Unidos lo estaba causando una alianza librepensadora de élites políticas y económicas y los pobres indignos (la mayoría de los cuales no eran blancos) del país. Denuncias de esta índole acerca de esta alianza atea habían estado filtrándose en la sociedad estadounidense desde los tiempos de la Gran Sociedad y la revolución de los derechos civiles, cuando las élites liberales del Partido Demócrata fueron acusadas de aliarse con los negros depauperados para ganar las elecciones y luego utilizaron el Gobierno federal para ayudar a las personas de color mientras desatendían o empeoraban deliberadamente las necesidades de los «mejores» ciudadanos del país: los blancos temerosos de Dios que acataban la Constitución y cumplían la ley. En la estela de la Gran Recesión, una nueva generación de etnonacionalistas saltó a la palestra, alimentándose del descontento que hacía largo tiempo se había enconado en zonas como el Fishtown que Charles Murray había estudiado. Uno de esos agitadores, Andrew Breitbart, había lanzado en 2005 Breitbart.com, un irreverente servicio de noticias digitales de talante derechista que disfrutaba defendiendo al ciudadano (blanco) de a pie y arremetiendo contras las élites liberales del *establishment* y sus supuestos aliados entre los pobres negros y latinoamericanos del país.[31]

El Tea Party alcanzó relevancia e influencia a escala nacional en agosto de 2009 cuando sus miembros irrumpieron en reuniones en ayuntamientos organizadas por congresistas para dar a sus electorados la oportunidad de expresar en público su opinión acerca de la polémica Ley de Asistencia Asequible de Obama.[32]Muchos manifestantes del Tea Party consideraban el *Obamacare* el último ejemplo de unas élites liberales que se

alineaban con los negros y los latinos pobres para imponer un sistema de provisión de atención sanitaria que los ciudadanos buenos (y blancos) del país no querían. Los activistas del Tea Party empezaron entonces a utilizar su oposición al *Obamacare* para deslegitimar al propio Obama.[33]

Esta campaña de deslegitimación se sustentaba en una acusación espuria pero grave, a saber: que Obama no tenía derecho a postularse para la presidencia y mucho menos a ocupar el Despacho Oval. La Constitución estipulaba que el presidente tenía que «ser un ciudadano nacido en Estados Unidos». Era fácil demostrar que Obama encajaba en esta categoría. Había nacido en Hawái después de que este territorio se hubiera convertido en estado en 1960. Por consiguiente, era ciudadano nacido en Estados Unidos. Sin embargo, ya desde 2008, los detractores de Obama empezaron a hacer correr rumores de que había nacido en el extranjero. La acusación más habitual era que su padre, un keniata que estudiaba economía en la Universidad de Hawái, se había llevado a su mujer estadounidense blanca (la madre de Obama) a Kenia para que Barack naciera en la patria paterna.[34]

Esta acusación grotesca y disparatada se aireó a pleno pulmón en septiembre de 2009, cuando 75.000 miembros del Tea Party se manifestaron en Washington, supuestamente contra la reforma sanitaria. Los manifestantes dejaron claros sus sentimientos hacia Obama a través de un sinfín de pancartas, muchas de las cuales lo comparaban con Hitler o con socialistas de hoz y martillo. Pero hubo un tema que salió a relucir de manera recurrente: la presunta identidad africana de Obama. Las pancartas no eran amables con las raíces africanas del padre de Obama. «En el zoo hay un [león, representado por una imagen] africano y en la Casa Blanca hay un "camaleón" africano», proclamaban varias pancartas mantenidas en alto aquel día, aludiendo a un Obama «impostor». «Obama, vuelve a Kenia y llévate a tus amigos comunistas contigo», clamaba otra. En una tercera se leía: «En algún lugar de Kenia a un pueblo se le ha perdido un idiota». Y como si de una réplica a esta afirmación se tratara, otro cartel ofrecía a ese idiota perdido en América un «¡Billete de regreso a Kenia gratis!».[35]

El hecho de descalificar a Obama llamándole «idiota africano» puede interpretarse como un simple prejuicio contra los negros. Pero tal vez sería más atinado entenderlo como una forma compleja de racismo que se manifestó como una revuelta contra Obama no solo por ser negro sino por representar el pleno florecimiento del cosmopolitismo como dogma estadounidense. Obama había experimentado la diversidad del mundo y se había movido con facilidad entre múltiples culturas, más que ningún inquilino anterior del Despacho Oval. Había nacido en el único estado del país donde una minoría era la mayoría: Hawái. Su padre era africano y musulmán. Barack se había pasado gran parte de su juventud en Indonesia, donde su madre llevaba a cabo una investigación doctoral antropológica. Su cosmopolitismo deleitaba a los estadounidenses que lo votaron y que contemplaron su elección como el amanecer de un nuevo Estados Unidos, un país que se vanagloriaba de su carácter diverso y multicultural. Pero a millones de blancos que tenían la sensación de estar quedando rezagados por la merma de oportunidades y por el estatus creciente de la gente de color tanto en Estados Unidos como en el extranjero, el ascenso de Obama a la Casa Blanca y la adulación que le profesaban la América multicultural y el mundo multicultural les sentó como una patada en el estómago.[36]

Así pues, la oposición racista a Obama no solo se debía a la supuesta idiocia de un presidente «africano», sino que también arremetía contra el viraje hacia el cosmopolitismo de Estados Unidos, contra su celebración de la diversidad y su voluntad de integrar a las personas de raza no blanca en los pasillos de poder y privilegio del país. Visto de este modo, el odio hacia Obama puede interpretarse como una protesta contra el régimen neoliberal que seguía imperando en Estados Unidos. Este régimen, a juicio de los partidarios del Tea Party, era el culpable de abrir las puertas del país a los no blancos del mundo y de «empantanar» la raza blanca de Estados Unidos con gente de color «inferior».

Había un pequeño paso entre manifestarse contra la apertura de las fronteras y rebelarse contra otro aspecto del régimen neoliberal: el compromiso con el libre comercio a escala mundial

que había convertido Estados Unidos en destino de una cantidad ilimitada de artículos *«Made in China»*. Según este planteamiento, China no solo era un gigante productor que amenazaba los empleos y la supremacía económica de Estados Unidos, sino que, además, era la patria de la mayor población no blanca del mundo. A juicio de determinados segmentos de partidarios del Tea Party, la apertura de las élites estadounidenses a China era otro indicio más de que se habían vuelto indiferentes al futuro de los mejores ciudadanos de Estados Unidos (la población blanca) y estaban dispuestas a relegar a dichos ciudadanos al final de la cola o a abandonarlos a su suerte. Para muchos simpatizantes del Tea Party, la celebración de Obama de la diversidad y su afán por estrechar lazos económicos con China significaban que el presidente formaba parte de una élite multicultural mundial que estaba desmereciendo a los mejores ciudadanos (los blancos) de Estados Unidos.[37]

El ascenso de Donald Trump

Pocos supieron ver el potencial político de este populismo etnonacionalista y con tintes racistas mejor que Donald Trump, magnate inmobiliario neoyorquino y estrella de programas de telerrealidad. Trump se introdujo en la política del Tea Party en 2010 y 2011, en parte para tomarle la medida y en parte para salvaguardarse de sus oportunidades empresariales y su reputación menguantes. Durante mucho tiempo se había presentado como uno de los hombres más ricos y astutos del planeta, alardeando de ser un fabricante de bienes raíces consumado y de haber acumulado grandes sumas de dinero, poder y conquistas sexuales en el proceso. No obstante, en la segunda década del siglo XXI, Trump tenía problemas económicos. Muchos de sus proyectos inmobiliarios, como sus casinos en Atlantic City, habían sido un fracaso, lo cual le dificultaba convencer a los bancos de que le prestaran fondos para acometer nuevos proyectos. Trump se había ido desviando poco a poco del desarrollo inmobiliario hacia la

imagen corporativa, vendiendo el nombre de Trump a terceros para que estos pudieran colocárselo a hoteles, campos de golf, universidades, botellas de vino y vodka e incluso a bistecs. Su carrera en el *branding* de marca iba razonablemente bien. Pero su nueva vocación más próspera resultó ser la de artista del espectáculo.[38]

En 2004, Trump inició una carrera de once años como presentador de un programa de telerrealidad de la NBC, *The Apprentice* (y posteriormente *The Celebrity Apprentice*), en el que dos equipos de concursantes competían sin piedad entre sí por poner en marcha nuevos negocios, cerrar tratos, desplegar nuevas estrategias de *marketing* y vender productos. En cada episodio, el equipo perdedor que no había conseguido cerrar el trato de la semana se reunía con Trump en un estudio televisivo para analizar su fracaso. La guinda de cada programa la ponía Trump al despedir al miembro del equipo a quien consideraba culpable del fracaso. Al público le entusiasmaba ver a Trump deshacerse de un concursante con las palabras: «¡Estás despedido!». A Trump resultó dársele muy bien interpretar el papel de director ejecutivo; parecía sopesar los pros y contras de los tratos empresariales hechos para la televisión y actuar con decisión en función de ellos. Aquel papel le reportó millones de dólares en ingresos y fama nacional. Pero, hacia 2012 o 2013, la fórmula de *The Apprentice* estaba agotada y perdía audiencia.[39]Trump buscaba algo nuevo.

Hacía tiempo que Trump se planteaba entrar en política, por más que pareciera carecer de una opinión sólida acerca de numerosos temas de actualidad.[40]A muchos de quienes conocían a Trump no les sorprendían sus cambios de opinión, que interpretaban como manifestaciones de la superficialidad de sus convicciones políticas y de su oportunismo.

Sin embargo, desde la década de 1980, Trump se había mantenido firme en varias de sus creencias que coincidían con las reivindicaciones del Tea Party. Para empezar, nunca había comprado la promesa neoliberal de un mundo sin fronteras, en el que las personas y los bienes podían circular fácilmente de país en país. No creía en las virtudes del libre comercio. Ni siquiera las

mejores reglas para una competencia justa, argumentaba, contendrían a los países, las empresas o los individuos (como él) sedientos de poder de aprovechar su ventaja con todos los medios a su alcance. Solo los acuerdos bilaterales negociados con inteligencia por las partes interesadas en su propio interés generarían buenos resultados tanto para la industria como para los países. De ahí que Trump hubiera atacado siempre el NAFTA por convertir Norteamérica en una zona de libre comercio y a la Organización Mundial del Comercio (OMC) por admitir a China entre sus miembros. A su juicio, nada bueno resultaría de abrir las fronteras con México y con China.[41]

En segundo lugar, Trump siempre había sido un etnonacionalista convencido de que el destino de Estados Unidos era ser un país de hombres blancos. Como su padre, consideraba que los mejores pueblos de América eran los descendientes de los europeos. No quería saber nada de los afroamericanos (más allá de dejarse ver con algunos famosos negros que podían mejorar las ventas de sus marcas). En los albores de los años setenta había conspirado con su padre para denegar a los negros la oportunidad de alquilar apartamentos en un proyecto de viviendas creado por la empresa Trump en Queens. En 1989, cuando asaltaron brutalmente, violaron y dejaron morir a una mujer blanca que había salido a hacer *footing* por Central Park, Trump contrató anuncios a toda página en los diarios de Nueva York para condenar a los cinco supuestos agresores, todos ellos adolescentes negros y latinos. Exigiendo que se reinstaurara la pena de muerte en Nueva York para poder ejecutarlos, Trump declaraba: «Quiero vengarme de esos atracadores y asesinos por el odio que me generan. Deberían obligarlos a sufrir».[42]Los cinco acusados fueron condenados (y sentenciados a largos años en prisión) en base a unas pruebas tan inconsistentes que sus veredictos acabaron siendo revocados más tarde. Pero Trump nunca se disculpó por sus anuncios de 1989 ni reconoció que el hecho de haber proporcionado información falsa pudo influir en la detención de unos muchachos inocentes. Su misión había sido proteger a la América blanca frente a las poblaciones minoritarias «peligrosas» y

«advenedizas», y continuaría haciéndolo.[43]

En opinión de Trump, Barack Hussein Obama era un advenedizo de esas minorías, y, además, muy peligroso. Michael Cohen, que durante mucho tiempo fue consejero de Trump, recordaba cómo este, en 2008 y 2009, «pareció enloquecer al ver a aquel joven apuesto y evidentemente brillante tomar la Casa Blanca, no solo como comandante en jefe, sino como líder moral y faro guía». En *Disloyal*, su revelador libro acerca de su larga relación con Trump, Cohen aseguraba que su otrora jefe había llegado a «contratar a un falso Obama para grabar un vídeo en el que, a modo de ritual, [Trump] denostaba al primer presidente negro y luego lo despedía, una especie de cumplimiento de una fantasía en cuya interpretación costaba imaginar que ningún adulto pudiera gastarse dinero de verdad».[44]En 2011, Trump se había autoproclamado líder del movimiento «originalista» del Tea Party, que insistía en que el «nacimiento de Obama» implicaba que había que destituirlo del Despacho Oval. ¿De verdad se creía Trump el bulo de que Obama había nacido en África? Probablemente no. Pero sí creía que un hombre negro no podía convertir la Casa Blanca en su hogar.[45]

Y si Obama representaba una amenaza racial desde arriba, la llegada de decenas de millones de inmigrantes no blancos a Estados Unidos constituía una amenaza racial desde abajo. Trump convirtió el ataque a los inmigrantes mexicanos en la pieza central del discurso de julio de 2015 con el que inauguró su campaña presidencial. Afirmó que las filas de los inmigrantes estaban llenas de violadores. «Cuando México envía a su gente, no envía a los mejores. No os envían a vosotros. Envían a personas con un montón de problemas y nos traspasan esos problemas a nosotros. Traen drogas. Traen delincuencia. Son violadores.» También puso en el punto de mira a China, si bien no desde la perspectiva de la inmigración, sino desde la del comercio. Una vez más, Trump convirtió la raza en un elemento central de su política: la gente de color de China estaba debilitando Estados Unidos con sus artículos, tal como los no blancos mexicanos estaban debilitándola con su migración. Había que construir muros para protegerse tanto de los

productos chinos como de los migrantes mexicanos. Solo entonces la capacidad productora y la integridad racial de Estados Unidos se restaurarían.[46]

La tercera creencia antigua de Trump era, en cierto sentido, la más peculiar para tratarse de un multimillonario neoyorquino: que los buenos ciudadanos blancos de Estados Unidos tenían que arrebatarle el país a una élite cosmopolita decidida a venderlo. Trump se había criado en Queens, uno de los barrios periféricos de Nueva York. Su padre, Fred, un constructor acaudalado y con propiedades por todo Queens y Brooklyn, no tenía interés en poseer propiedades en Manhattan ni en formar parte de la élite social de Manhattan. Donald, en cambio, sí ansiaba desesperadamente unirse a la flor y nata de Manhattan. Pensó que podría emplear el dinero y la influencia de su padre para adquirir propiedades en Manhattan y, de ese modo, acceder a aquella élite. Pero resultó dársele mucho mejor presumir de dinero que hacerlo. Donald demostró también ser un experto captando la atención de los tabloides críticos: sus negocios fallidos, sus aventuras sexuales y sus divorcios parecían aterrizar siempre en las portadas del *New York Post* y el *New York Daily News*.[47]Los señores de la cultura y el sector inmobiliario de Manhattan lo ridiculizaban por sus bravuconadas, sus amoríos y sus afectaciones. Además, sabían de buena tinta que la capacidad de Trump como negociador inmobiliario era una leyenda urbana sostenida entre el público solo por los constantes rescates de papá Trump. Consideraban a Trump hijo un bufón y un individuo que nunca sería bien recibido entre los suyos.[48]

Trump recibía este rechazo con resentimiento. De manera gradual pero constante, fue transformando su exclusión de la élite de Manhattan en motivo de orgullo. En lugar de contratar para su empresa a niños prodigio salidos de las universidades de la Ivy League, la llenó de luchadores descendientes de italianos y judíos, como Matthew Calamari y Allan Weisselberg, procedentes, como él mismo, de los barrios periféricos de Nueva York.[49]Trump empezó a vanagloriarse de cenar bistec con patatas y kétchup —y de las comidas en McDonald's de las que se alimentaba muchos días— y

de su desdén hacia los pirados de la dieta y de la forma física que cada vez más se abrían camino entre las élites de ambas costas. A Trump le atraía una estética radicalmente diferente, el pomposo arte del entretenimiento que dominaba el imperio de la lucha libre de la World Wrestling Entertainment (WWE) erigido por Vince McMahon. A Trump le encantaban la ordinariez, el exceso, la violencia y el melodrama de la lucha libre profesional. Y se dispuso a cultivar en sí mismo la masculinidad agresiva, amenazante incluso, que encarnaba aquel mundo.[50]

El seguimiento de la WWE era extraordinario. Y allí las pretensiones «afeminadas» y cosmopolitas de las élites de ambas costas no pintaban nada. Los fans de la lucha libre consideraban a las estrellas de ese deporte como los verdaderos hombres del pueblo, personas que no habían disfrutado de ninguno de los privilegios de las élites estadounidenses: ni nacimientos nobles, ni dinero, ni acceso a centros de poder político. Armados solo con su fuerza de voluntad (y con inyecciones de esteroides), los ídolos del mundo del *wrestling* se habían convertido en especímenes con un físico duro como una roca. Las semillas de la grandeza de Estados Unidos estaban ahí, en la ambición sin complejos de los luchadores profesionales por imponerse. Al público de los espectáculos de lucha libre le encandilaba la determinación de sus héroes de someter a sus rivales a su voluntad y su predisposición a emplear todos los medios, tanto justos como inmundos, para hacerlo.

El estilo de política populista de Trump se cortó por el patrón de este mundo agresivo de combates masculinos teatralizados, un mundo siempre al borde de la violencia, para deleite de sus muchos aficionados. Mientras que la América multicultural se obsesionaba con hacer un recuento de las microagresiones, las personas inmersas en aquel universo paralelo de la lucha libre profesional disfrutaban del espectáculo de macroagresiones extravagantes. Y a Trump le encantaba aquel mundo. Su profunda conexión con aquel universo, observó Michael Cohen, lo hizo compadrear «con camioneros con gorra de béisbol que parecerían estar a un millón de kilómetros de la existencia entre algodones de Trump».[51]

En cada una de las tres creencias de Trump —que el libre comercio y las fronteras abiertas estaban dañando a Estados Unidos, que el país debía privilegiar a sus poblaciones descendientes de europeos y que la verdadera fortaleza de Estados Unidos radicaba mucho más en la región central aficionada a la lucha libre profesional que en las aspiraciones de las élites de ambas costas— percibimos un incipiente asalto al orden neoliberal imperante en el país. Las políticas de Trump cuestionaban el compromiso del neoliberalismo con la libre circulación de bienes y personas a través de las fronteras nacionales, su celebración de la diversidad de los pueblos y su confianza en la sabiduría de unas élites muy cultas y cultivadas, además de globalizadas. Trump contrapuso cada vez más al neoliberalismo un populismo etnonacionalista que caló en la excitada base del Tea Party ansiosa por reestructurar la identidad de Estados Unidos en torno a la blancura de la piel, al tejido industrial y a un estilo cultural plebeyo diseñado para afrentar a los «superiores sociales» del país.

Quienes caricaturizaban y desdeñaban a Trump y su política no fueron lo bastante avispados para percibir sus fortalezas. Tenía un don sobrenatural para saber cómo captar la atención del público en la nueva era de la información.[52]Se convirtió en un maestro de Twitter, troleando sin cesar y entendiendo desde buen principio que el objetivo de aquella red social no era difundir la verdad ni tratar asuntos con seriedad sino provocar y entretener. Y el mejor entretenimiento, aplicando las lecciones que había aprendido de su experiencia con la lucha libre, era hablar sin tapujos, sin filtros: llamar a los mexicanos violadores, reírse de los periodistas con discapacidades físicas, denunciar a las periodistas que lo cuestionaban como histéricas con la menstruación y mofarse de sus rivales acusándolos de tener el pene pequeño. A medida que la campaña de 2015-2016 fue desarrollándose, Trump empezó a subir en las encuestas, ayudado en su causa por un gran número de aspirantes a candidatos del Partido Republicano (dieciséis en su punto álgido) que no se lo tomaron en serio y se dedicaron a atacarse mutuamente, confiados en que la excitación que rodeaba a Trump no tardaría en disiparse por sí sola.

Los detractores de Trump demostraron especial poco músculo para entender el poder de los mítines que empezó a celebrar en 2015 y 2016. La mayoría de ellos arrancaban con tomas de contacto de tú a tú en los aparcamientos adyacentes a los estadios de los mítines electorales cortados por el patrón de los que los fanes del fútbol americano llevan décadas celebrando antes de los partidos. Sus seguidores se reunían en aquellos estacionamientos para compartir comida y bebida y para exhibir su última parafernalia de Trump: sombreros, camisetas, jerséis, pancartas y banderas colocadas en camionetas, todos ellos decorados con el lema del multimillonario: MAGA, siglas de Make America Great Again o «Volvamos a construir una América grande». Durante todo el evento, por el sistema de altavoces atronaba música rock y pop, canciones con una letra a menudo incongruente con el cometido de aquellas reuniones políticas. La canción «YMCA», el himno cantado por la banda de disco gay en la década de 1970 Village People, era una de las favoritas en los mítines de Trump, tanto fuera como dentro de los estadios. El ambiente en aquellos encuentros previos a los actos de campaña era invariablemente optimista y festivo.

Poco a poco, la multitud iba entrando en el estadio, al menos los afortunados que habían conseguido entradas, para escuchar a una serie de oradores que hacían de teloneros. La emoción empezaba a acumularse cuando se aproximaba la salida a escena de Trump. Su aparición se inspiraba en el espectáculo de los combates de la WWE: la larga espera, la lenta procesión por la pasarela que transportaba a Trump desde las alas del estadio hasta el estrado, el sonido atronador de música rock, los pies de los asistentes pataleando en el suelo, sus aplausos, sus gritos, y el campeón regodeándose bajo la arrobada ovación.

Los discursos de Trump eran invariablemente un popurrí de ideas, de acusaciones y de ataques. A ojos de sus críticos, Trump parecía desorganizado, desnortado e incluso rayano en la incoherencia. Pero estas críticas pasan por alto la naturaleza de «llamada y respuesta» de su técnica oratoria. Algunas de sus bravuconadas y salidas por la tangente fallaban, pero otras hacían diana. Y cuando una de ellas suscitaba una respuesta emocionada,

Trump redoblaba sus esfuerzos: la complementaba con una anécdota, agudizaba su escarnio del rival al que dirigía su arremetida y enmarcaba sus intenciones y sus ambiciones de manera aún más extravagante (y beligerante). Cuando daba con un lema ingenioso o se inventaba un apodo desagradable para un adversario, como «Hillary, la Corrupta», lo repetía hasta la saciedad. Y normalmente invitaba a su público a unirse a su actuación, alentándolos a convertir respuestas ingeniosas, como «¡Construye el muro!» o «¡Métela entre rejas!», en refranes galvanizados. Trump sabía cómo excitar a la multitud. Se le daba de fábula improvisar. Parte de la diversión de formar parte del público de Trump estribaba en no saber nunca qué podía decir. Se podía esperar de él cualquier ocurrencia, cualquier salida de tono espontánea, atroz o inapropiada. Las muestras de conducta indecorosa y de saltarse todas las normas eran especialmente bien recibidas en sus mítines, tal como lo habían sido siempre en los combates de WWE. A Trump le encantaba meterse en el papel del púgil «malote».

Trump vivía para las olas de adulación que lo bañaban en aquellos actos electorales. Disfrutaba relacionándose con las multitudes. Maureen Dowd captó esta faceta de Trump en una columna que escribió en el *New York Times* en marzo de 2016, en un momento en el que la popularidad del candidato entre las bases del Partido Republicano empezaba a dispararse. «Tras observar a Hillary Clinton, para quien hacer campaña parece un incordio, y a Barack Obama, que desdeña la política, es entretenido ver a alguien que se divierte de verdad. Como Bill Clinton, Trump habla incesantemente con el público. Sus seguidores alimentan su narcisismo y, a cambio, él transmite una intimidad desde el palco que deja a ambas partes saciadas.»[53]Todo en aquellos mítines era una burla a la personalidad melosa, decorosa y cosmopolita de Obama y de la elegida para ser su sucesora, Hillary Clinton.

El espíritu de los actos de campaña de Trump también giraba en torno a desarticular otro imperativo moral que había sido central para el orden neoliberal y, en especial, para sus seguidores republicanos: el mandato de transformar a los estadounidenses en

sus versiones más sólidas, resistentes, independientes y disciplinadas de sí mismos para saber lidiar con los rigores de la vida de mercado. Igual de importante desde la perspectiva de esta postura moral había sido el precepto de establecer familias sólidas e inculcarles a los jóvenes virtud moral. Las familias que se regían por este código moral, cacareadas de manera tan agresiva por Charles Murray, George Gilder y otros muchos intelectuales neoliberales de primer rango, producirían a su vez ciudadanos íntegros y sagaces. Las unidades familiares con un buen funcionamiento aprenderían a vivir al alcance de sus posibilidades (e insistirían en que los Gobiernos hicieran lo mismo) y prepararían a sus integrantes para regirse por las condiciones de una vida completamente comprometida con el libre mercado.

Trump consideraba estos imperativos morales del Partido Republicano a la par aburridos y desconectados de la realidad. Como al público de los combates de WWE, le interesaban más la emoción y la fuerza que la integridad y la disciplina. Imponer la voluntad sobre la del rival era más importante (y divertido) que acatar las reglas.[54]Sentía poco interés por la versión del neoliberalismo del Partido Republicano que abogaba por el equilibrio presupuestario, la reducción de la deuda, los recortes de derechos y el encogimiento de la nómina gubernamental. Compartía la antipatía de los hermanos Koch por las autoridades gubernamentales que pretendían inmiscuirse en las finanzas de los ricos y gravar más impuestos a las fortunas privadas. Por ese motivo, empezó a apoyar la desregulación. Pero nunca creyó que los mercados fueran instituciones virtuosas capaces de inculcar un comportamiento ético en quienes participaban en el intercambio cultural. A su juicio, los mercados se construían para ser manipulados y los contratos, para infringirse.

Republicanos destacados habían subestimado gravemente la popularidad del populismo de Trump, su etnonacionalismo y su amoral código de «ansias de poder». A medida que fue perfilándose como el candidato con mejor previsión de votos en las primarias, las figuras republicanas fueron cerrando filas en torno a él, una tras otra. Todos apostaban a que serían capaces de domesticarlo

antes de que el magnate neoyorquino pusiera patas arriba el orden neoliberal. En el pasado se había conseguido amansar a la mayoría de los rebeldes políticos de Estados Unidos. Pero, en el caso de Trump, el pasado demostró ser una guía poco fiable para el futuro. Trump había disparado las imaginaciones de los blancos de clase trabajadora y clase media de todo Estados Unidos. Millones de esos ciudadanos, muchos de ellos solo con estudios de secundaria y con empleos especialmente vulnerables a la globalización, se sentían abandonados y acudirían a depositar el voto por Trump en números no vistos en décadas, quizá incluso en generaciones. Trump había desencadenado una fuerza demoledora en la política de Estados Unidos, en el Partido Republicano y en el orden neoliberal.

Occupy Wall Street

La tormenta en la derecha etnonacionalista se vio cada vez más acompañada por erupciones en la izquierda multirracial. La figura a lo Santelli que desencadenó este alzamiento fue un canadiense de origen estonio, Kalle Lasn, que durante más de dos décadas había publicado una revista anticapitalista titulada *Adbusters* desde su residencia a las afueras de Vancouver. *Adbusters,* una publicación bimensual, retrataba un mundo condenado al colapso por el apetito insaciable de unos consumidores alimentados por los imperativos de la acumulación capitalista. La crisis de 2008 y 2009 imprimió una nueva urgencia a la determinación de la revista de incitar a la resistencia. En junio de 2011, Lasn empezó a sopesar con su principal colaborador en *Adbusters*, Micah White, residente en Berkeley, California, qué forma debería adoptar esta rebelión. Casi como una broma, ambos decidieron que el mejor camino a seguir era ocupar la Bolsa de Wall Street. El 9 de junio de 2011, Lasn registró la página web OccupyWall Street.org.[55]

Todavía no existía en Nueva York ningún movimiento político real (ni siquiera un plan) que se planteara «tomar» Wall Street, ni

siquiera irrumpir en la Bolsa. Pero esta circunstancia inconveniente no pareció detener a Lasn ni a White, y tampoco parecían preocupados por el hecho de vivir a miles de kilómetros de Manhattan. Lasn escogió el día del cumpleaños de su querida madre, el 17 de septiembre, como fecha para lanzar la ocupación, quizá como un modo de insuflar buenas vibraciones y buena suerte a su aún extravagante iniciativa. Al equipo de diseño de *Adbusters* se le ocurrió entonces un llamativo póster de una bailarina en delicado equilibrio sobre un toro embistiendo que era una reproducción de la colosal escultura situada a las puertas de la Bolsa de Nueva York. Las palabras del póster eran pocas pero directas: «¿Cuál es nuestra única demanda?», decía un encabezado a lo ancho de la parte superior. La respuesta, escrita a pie de foto, decía: «#Ocupar Wall Street, 17 de septiembre. Traed tienda de campaña».[56]El 13 de julio, *Adbusters* llamó a la acción a sus 70.000 suscriptores *online*. Aquella fue la mecha que incendió la rebelión más importante contra la riqueza y el poder concentrados en Estados Unidos en setenta años.

Lasn estaba en lo cierto al sospechar que era el momento oportuno. Millones de empleos volatilizados todavía tenían que volverse a materializar. Los salarios estaban estancados. Muchos jóvenes, con sus aspiraciones profesionales en pausa, habían pasado a engrosar el precariado, consiguiendo solo trabajos intermitentes y por unos sueldos insuficientes. Cada vez más entre ellos decidieron organizarse políticamente, movilizarse para combatir los recortes presupuestarios municipales, purgar los excesos de capital de la política, aliviar a millones de jóvenes de la carga aplastante de su deuda estudiantil y buscar maneras de volver a imponer la regulación en los mercados financieros. Algunos de sus militantes organizadores se dieron cita en agosto en Nueva York para diseñar una acción y concebir un lema con el que darse a conocer. «Somos el 99 por ciento», fue la frase que adoptaron. Con esta declaración, anunciaban su intención de plantar cara al 1 por ciento más rico. Los arquitectos de este lema denunciaban que la creciente desigualdad económica de la vida en Estados Unidos había adquirido proporciones grotescas. Había que

detenerla, y luego revertirla.[57]

Muchos de quienes se manifestaban bajo el lema del «99 por ciento» eran recién llegados a la política. Pero entre ellos había también un buen número de anarquistas y otros veteranos de las protestas contra la OMC que habían prendido breve pero ferozmente en la década de 1990. Uno de estos últimos era David Graeber, un antropólogo y pensador anarquista formado en la Universidad de Chicago que impartía clases en Goldsmiths, parte de la Universidad de Londres. Graeber había escrito profusamente acerca de cómo, a través de las épocas, la deuda había sido un instrumento clave que las élites habían utilizado para entrampar a los ciudadanos corrientes en la pobreza y la dependencia. Exigía que todas las deudas se condonaran de inmediato, la manera más segura, argumentaba, de liberar a la gente de la opresión y meter en vereda a las entidades financieras poderosas del mundo. Su libro *En deuda: una historia alternativa de la economía,* publicado en 2011, se convirtió en una biblia para el movimiento Occupy.[58]Él fue lo más parecido a un líder reconocido que tuvo Occupy.

La misma mañana del 17 de septiembre, las fuerzas que se habían movilizado para «ocupar Wall Street» (por increíble que suene) todavía no habían elegido el sitio en el que tenían intención de tomar posiciones. Pero hacia mediodía gravitaban hacia Zuccotti Park, una pequeña plaza pública situada a unas cuantas manzanas de distancia de Wall Street en una dirección y del emplazamiento de las antiguas Torres Gemelas en la otra. Zuccotti Park no se había acordonado, porque la policía lo había considerado un espacio demasiado intrascendente para defenderlo. Mil manifestantes se habían reunido allí hacia mediodía y habían mantenido la primera de muchas «asambleas generales» para determinar cómo se gobernarían los participantes en los días y las semanas siguientes. Trescientos de aquellos manifestantes habían acudido preparados para pernoctar. La ocupación había empezado.

Se prolongaría dos meses, hasta que la policía urbana de Nueva York, por orden del alcalde, Michael Bloomberg, desalojó a los últimos ocupantes el 15 de noviembre. En los días transcurridos después del 17 de septiembre, Occupy Wall Street enseguida se

expandió hasta convertirse en un complejo campamento de tiendas de campaña y callejones, con una cocina, conexión inalámbrica y una biblioteca repleta de tratados clásicos de la izquierda. Los participantes eran abrumadoramente jóvenes —enfrentarse a las primeras noches otoñales en la ciudad de Nueva York no era aconsejable para la tercera edad— y en su mayoría blancos y de clase media, pero también había un contingente significativo de personas de otras razas. Pese a no suscribir formalmente los principios de la no violencia como había hecho el movimiento en defensa de los derechos civiles cincuenta años antes, Occupy tenía un talante pacífico, incluso acogedor. Atrajo a centenares y luego miles de espectadores, muchos de ellos neoyorquinos de camino al trabajo o de regreso a sus casas. Otros eran visitantes de fuera de la ciudad que acudían a curiosear la que parecía una de las atracciones turísticas más novedosas de la ciudad. Era frecuente ver a curiosos y activistas conversar. A menudo también se sumaron a la conversación agentes del reducido destacamento policial enviado a la escena. Las sesiones de música improvisada y tambores eran habituales. El ambiente era a un tiempo serio y festivo.[59]

En un país que durante su apogeo neoliberal había condenado la «guerra de clases» (enfrentar a una clase con otra), el eslogan «Somos el 99 por ciento» suscitó un atractivo asombroso. En parte, dicho atractivo radicaba en la naturaleza anodina de aquella afirmación: prácticamente cualquier estadounidense podía afirmar pertenecer a ese 99 por ciento y, en consecuencia, rehuir la censura de formar parte del 1 por ciento menospreciado. Pero en parte el atractivo del lema también funcionaba en el sentido contrario. Por fin un colectivo se había atrevido a decir lo que tantos habían pensado pero temían expresar: que la magnitud de la desigualdad económica y la brecha resultante entre las oportunidades en la vida de los ricos y de los pobres había desfigurado gravemente la vida de los estadounidenses.[60]

Las protestas en Zuccotti Park atrajeron la atención de los medios de comunicación. En innumerables ciudades de todo el país se desencadenaron manifestaciones y campamentos al estilo de

Occupy. Simpatizantes en ciudades extranjeras, incluidas Londres, Madrid, Tokio, Sídney y Buenos Aires, también se sumaron a la causa. Algunos observadores empezaron a preguntarse si había en curso un alzamiento mundial de la escala de 1848, 1917 o 1968. Occupy Wall Street nunca alcanzó ese nivel. A corto plazo, el caos organizativo y la indecisión se debieron a la resistencia del movimiento, influido por el anarquismo, a designar líderes formales. Occupy no publicó ningún manifiesto efectivo (como la Declaración de Port Huron de la nueva izquierda) ni hizo circular un listado de demandas concretas acordadas, ni tampoco formuló una estrategia para conseguirlas. No obstante, a largo plazo, aquella protesta sí marcó un punto de inflexión en la política y la vida intelectual en Estados Unidos. En concreto, amplió de manera espectacular el espacio político para repensar la desigualdad económica y poner en tela de juicio las virtudes del capitalismo de libre mercado y otras creencias neoliberales. En los cinco años siguientes, intelectuales y políticos de izquierdas ejercieron una influencia en la política estadounidense que no habían tenido desde el auge del orden del New Deal en las décadas de 1930 y 1940.[61]

El momento de izquierdas que inauguró Occupy se caracterizó por el florecimiento de las llamadas «pequeñas publicaciones» de la izquierda, viejas (*Dissent*) y nuevas (*n + 1* y *Jacobin*), repletas de ideas sobre cómo construir futuros radicalmente distintos, así como por el incremento espectacular de afiliaciones a los Socialistas Democráticos de América, por la popularidad de libros como *El capital en el siglo XXI*, un tomo de 800 páginas sobre la desigualdad publicado por el economista francés Thomas Piketty en 2013 que vendió aproximadamente tres millones de ejemplares en Estados Unidos y el extranjero, por el impulso a la reputación de los escritores activistas de izquierdas (y cruzados antiliberales) Naomi Klein, Noam Chomsky y David Graeber, y por la repentina irrupción en la política electoral de individuos que convirtieron la crítica del capitalismo del libre mercado y la concentración de riqueza y poder subsiguientes en su mensaje clave. Elizabeth Warren ganó las elecciones como senadora de Estados Unidos por

Massachusetts en 2012, convirtiendo en pieza central de su campaña los ataques al predominio y la irresponsabilidad de las megabancas estadounidenses. El político de izquierdas Bill de Blasio había trabajado con los sandinistas en Nicaragua en 1990 y había pasado la luna de miel en la Cuba de Castro en 1991. En 2014 ganó las elecciones como alcalde de Nueva York, sustituyendo a Michael Bloomberg, el hombre que había ordenado a la policía de la ciudad desalojar a los ocupantes de Zuccotti Park. Y entonces Bernie Sanders, el solitario pero digno socialista del Senado de Estados Unidos lanzó un desafío sorprendentemente exitoso a Hillary Clinton, la aparente heredera y abanderada neoliberal de Obama, en las primarias demócratas de 2016.[62]El auge de Sanders en la izquierda, que lo convirtió en el segundo socialista más importante de la historia de Estados Unidos (por detrás de Eugene Victor Debs), fue tan asombroso como el de Trump en la derecha. Las dimensiones y el éxito de las insurgencias de Sanders y Trump dejaron claro que el orden neoliberal se estaba desmoronando.

«Bern en el corazón»

Sanders, como Trump, se había criado en los barrios periféricos de Nueva York, en su caso en Brooklyn. Y como Trump, no habría tenido ninguna posibilidad de triunfar en la política nacional en el apogeo del orden neoliberal. Ninguno de los dos poseía la elegancia ni el estilo de Obama. Y ninguno de los dos consiguió eliminar nunca de sus patrones de habla y de su acento su conexión con la ciudad de Nueva York. Ambos tenían un carisma duro forjado en respuesta a la ardua experiencia de criarse en la principal metrópolis del país, pero también en la más cruda. Tanto Sanders como Trump eran luchadores callejeros y preferían hablar sin tapujos a regalarle los oídos a nadie por educación.

Sin embargo, tanto en términos de clase como étnicos, Sanders había crecido en unas circunstancias a un mundo de distancia de Trump. Había nacido en 1941 en el seno de una

familia judía de clase media baja. Su madre, siempre preocupada porque la familia llegara a fin de mes, había fallecido siendo aún joven. Sanders estudió en el instituto James Madison High School de Brooklyn, ahora merecidamente famoso por haber instruido a cinco premios nobeles (incluido el economista neoliberal Gary Becker), una jueza del Tribunal Supremo (Ruth Bader Ginsberg) y tres senadores de Estados Unidos (Sanders, Chuck Schumer y Norman Coleman). Luego continuó su formación en la Universidad de Chicago, donde pasó sin pena ni gloria en sus estudios formales pero se imbuyó en profundidad del pensamiento político de izquierdas perdiéndose por los pasillos de las bibliotecas universitarias. Sanders ya empezaba a relacionarse con socialistas, con sindicalistas y con activistas de los derechos civiles de la zona de Chicago. Tras licenciarse, pasó un tiempo en Israel, una estancia que incluyó una buena temporada en un *kibutz,*[63]Sha'ar HaAmakim, donde se estaba realizando el experimento de llevar una verdadera vida socialista. Sanders creía que los *kibutzim*[64]diseminados por todo Israel habían dado pasos de gigante en la colectivización de la mano de obra, la crianza de los hijos y otros aspectos de la vida, así como en la democratización de la toma de decisiones. Su experiencia en el *kibutz* reforzó su convicción en que el socialismo ofrecía un modo de vida superior y humano. Sanders residió en Nueva York solo brevemente al regresar a Estados Unidos, tras lo cual se trasladó a Vermont en 1968, quizá con la esperanza de recrear en aquel estado rural las formas de vida colectivista y democrática que había experimentado en Israel. Burlington, la ciudad más grande del estado de Vermont, se estaba convirtiendo ya en una avanzadilla del movimiento contracultural y comunal de la nueva izquierda.[65]

No obstante, Sanders no estaba preparado para una existencia como *hippie* ni para una vida aislada en una comuna. La política era su verdadera vocación. Le gustaban los debates, las contiendas electorales y hablar sin cortapisas al poder. Promovió sus principios políticos de izquierdas con franqueza y sin remilgos en las diversas contiendas electorales para senador y gobernador de Vermont en las que participó en la década de 1970 como

representante de un tercer partido. Sus opiniones le reportaron escasos votos y mediada la década de 1970 se hallaba ya en busca de una nueva salida profesional. Sus simpatizantes más apasionados le pidieron que no se rindiera. Varios de ellos tenían influencia y lo convencieron para presentarse como independiente a la alcaldía de Burlington en 1980. Así lo hizo y se impuso por un ajustadísimo margen (de solo doce votos). Fue un mandato popular en el que combinó principios políticos radicales con una administración eficiente y programas concretos para mejorar la vida cotidiana de los ciudadanos. Sanders también demostró una solvencia sorprendente colaborando con la comunidad empresarial de Burlington. Fue reelegido al cargo en tres ocasiones y luego ganó las elecciones a la Cámara de Representantes en 1990, puesto que mantuvo hasta ser elegido senador de Estados Unidos en 2006.[66]

La concentración en Burlington de ciudadanos progresistas que comían muesli formaba la base electoral de Sanders. Pero también se hizo popular entre los votantes pobres y del ámbito rural de Vermont con inclinaciones republicanas. Estos vermonteses eran conocidos por la fiereza con la que defendían su libertarismo y su independencia. Recelaban de todas las grandes instituciones que pretendían controlar sus vidas, tanto públicas como privadas. Y se mostraron de acuerdo con el argumento de Sanders de que inundar las elecciones con dinero de empresas privadas había corrompido el proceso democrático estadounidense, así como con su reivindicación de que el régimen neoliberal del libre comercio mundial era obra de una élite formada por el Gobierno y las corporaciones que estaba dejando relegados a demasiados ciudadanos de a pie. Sanders hizo concesiones a estos votantes rurales, las más evidentes en su voluntad de respetar su derecho a portar armas. Dichas concesiones le permitieron convertir a esos votantes en una parte estable de su coalición ganadora en Vermont.

Sanders tuvo poca relevancia en la política nacional durante sus primeros treinta años de servicio público. Vermont era un estado diminuto y escasamente poblado. Con la excepción de los

helados Ben and Jerry's, las tendencias que se desarrollaban allí tenían escasa influencia en el conjunto de la nación. En el Congreso, Sanders fue un independiente que se llamaba socialista y que solía votar en el sentido de los demócratas. No tenía aliados naturales y prácticamente no tenía influencia en la política, en particular durante los años en los que el orden neoliberal cabalgó la cresta de la ola. Para Bill Clinton y George W. Bush no era más que un molesto moscardón que podían ahuyentar de un manotazo cuando les zumbaba demasiado cerca de los oídos.

Sin embargo, todo cambió después de Occupy Wall Street en 2011. A medida que millones de ciudadanos denunciaron súbitamente la desigualdad económica y empezaron a plantearse qué podía hacerse para solventarla, empezaron a posar la vista en el hombre que llevaba hablando sobre aquel asunto de manera franca y apasionada desde hacía décadas. Sanders no tuvo que cambiar su cantinela ni sus discursos desde el estrado. Al contrario, la fractura del orden neoliberal pareció abrir un espacio en el que sus palabras resonaron con una fuerza desacostumbrada. De repente, en una era en la que muchos políticos demostraban ser volubles, superficiales y fáciles de sobornar, la coherencia de su política a lo largo de las décadas empezó a verse no como una excentricidad, sino como una seña de integridad y autenticidad.

Especialmente entre los jóvenes, Sanders adquirió la talla de un profeta del Antiguo Testamento, enviado por Dios desde un largo exilio en el desierto de Vermont para decir la verdad y atacar a los poderosos. Con una mata de pelo cano despeinada a perpetuidad, vestido con desaliño, con ropa barata, y con semblante serio e implacable, Sanders parecía ajustarse al personaje. En sus actos de campaña de 2015 y 2016, Sanders bramaba, como puede imaginarse uno que otrora lo hicieron los profetas Isaías y Jeremías, y se negaba a suavizar las descripciones de los males de la sociedad y el trabajo radical que se requería para redimirlos. Los simpatizantes de Sanders se arremolinaban a su alrededor. En 2016, sus mítines de campaña fueron los únicos que rivalizaron con los de Trump en términos de tamaño, intensidad y participación.

Cuando Sanders viajó a Nueva York en enero de 2016 para enfrentarse a banqueros de Wall Street, condenó sus prácticas de manera implacable. La «codicia, imprudencia y el comportamiento ilegal de Wall Street —los acusó Sanders— habían estado a punto de destrozar Estados Unidos y la economía mundial» en 2008 y 2009. En los ocho años transcurridos desde entonces, la antaño tan alabada clase media de Estados Unidos se había desmoronado y sus integrantes apenas habían sido recompensados por la pérdida de sus empleos, de sus hogares y de sus ahorros. En cambio, Wall Street «había recibido el mayor rescate financiero sufragado con dinero de los contribuyentes de la historia mundial». Wall Street y el sector empresarial estadounidense, declaró Sanders, «estaban destruyendo el tejido de nuestro país».[67]

Sanders hizo la siguiente advertencia a los corredores de bolsa de Wall Street que escuchaban su discurso: «Si no atajáis vuestra codicia, lo haremos nosotros por vosotros».[68]Un mes más tarde, tras proclamarse victorioso en los caucus de Iowa que lanzaron la carrera presidencial de 2016, Sanders vaticinó que «se avecinaba una revolución política».[69]Y dejó claro que, si era él quien ganaba la candidatura y luego la presidencia, no habría más rescates bancarios ni se concederían más privilegios a las finanzas, ni seguiría tolerándose que un sector financiero a la sombra funcionara sin ningún tipo de regulación, y tampoco se toleraría la existencia de bancos que afirmaban que tenían que ser rescatados porque eran «demasiado grandes para caer».

Wall Street, por supuesto, había sido parte integral de la coalición ganadora que había ensamblado Bill Clinton al frente del Partido Demócrata en la década de 1990. En aquel entonces, Robert Rubin, de Goldman Sachs, era considerado por muchos el miembro más sabio y poderoso del gabinete de Clinton. Y, por su parte, Obama también había delegado la responsabilidad de gestionar la recuperación económica de 2009 en agentes de Wall Street discípulos de Rubin, incluidos entre ellos Lawrence Summers, Timothy Geithner y Peter Orszag. Teniendo todo esto en cuenta, la senda política por la que abogaba Sanders, y que comportaba un llamamiento a la ruptura con el Wall Street de los

demócratas, implicaba un alejamiento radical de las políticas demócratas prevalecientes.

Los ataques de Sanders contra el libre comercio durante la campaña de 2016 resultaron igual de impactantes para el liderazgo del partido. Sanders se había opuesto al NAFTA desde su concepción. Se había posicionado también contra el libre comercio con China, convencido de que estaba haciendo más mal que bien a la clase obrera estadounidense. La idea de que eliminar todas las barreras al comercio mundial ayudaría a reflotar todos los barcos y expandiría la riqueza por todas partes era, a juicio de Sanders, un mero espejismo neoliberal. La globalización había engendrado ganadores y perdedores en todos los países. En Estados Unidos, para Sanders, los ganadores habían sido las empresas, los bancos y los grandes inversores en Bolsa. Y los perdedores habían sido los trabajadores del sector industrial del país, cuyas filas ya se habían visto diezmadas por la fuga de empleos a México y China. Los afortunados que aún conservaban sus trabajos afrontaban una presión constante de la patronal para aceptar salarios más bajos y menos beneficios. En un debate con Hillary Clinton a principios de marzo de 2016, Sanders la acusó de haber socavado la vida de buenos ciudadanos «apoyando prácticamente todos y cada uno de los acuerdos comerciales redactados por la América de las corporaciones».[70]

Las diferencias entre Sanders y Trump eran abismales. Sanders no participó de ninguno de los ataques personales y difamatorios ni en las incitaciones veladas a la violencia que formaron parte del arsenal de la campaña de Trump. Y aunque Sanders albergaba desde hacía tiempo reparos acerca de la apertura de las fronteras, por temor a que la llegada de mano de obra poco cualificada en masa deteriorara las condiciones laborales y los salarios de los trabajadores estadounidenses, rechazaba el etnonacionalismo de Trump. Su deseo no era privilegiar a los estadounidenses descendientes de europeos por encima de aquellos con raíces en Latinoamérica, el Asia oriental o meridional o África. Y tampoco participó en ninguna campaña por convertir en chivos expiatorios a minorías raciales ni por celebrar a los

estadounidenses «superiores», los descendientes de europeos, en las que Trump centró su atractivo.

Sin embargo, en cuestiones de libre comercio y globalización, las posturas de Sanders y Trump eran prácticamente idénticas. «El legado de los obreros siderúrgicos de Pensilvania pervive en los puentes, los ferrocarriles y los rascacielos que componen el grandioso paisaje de Estados Unidos», había declarado Trump ante un grupo de obreros cerca de Pittsburgh en 2016. Y Estados Unidos les había recompensado por su lealtad, añadió, «con una traición absoluta. Nuestros políticos han llevado a cabo una política de globalización agresiva y han deslocalizado nuestros empleos, nuestra riqueza y nuestras fábricas a México y al extranjero. La globalización ha enriquecido cada vez más a la élite financiera, que hace donaciones a políticos». Entre tanto, las repercusiones para los trabajadores estadounidenses habían sido desastrosas. «Muchas poblaciones de Pensilvania, poblaciones que antaño fueron prósperas e iban viento en popa —y Trump bien podía referirse con estas palabras a Fishtown—, ahora se encuentran en un estado de decadencia absoluta. Esta ola de globalización ha borrado por completo a la clase media del mapa. No tiene por qué ser así. Podemos revertir la situación rápidamente.»[71]

Muchas de las palabras que Trump pronunció en su discurso en Pittsburgh podrían haberse extraído directamente de un discurso de Sanders. No puede decirse que ninguno de ellos sea un poeta. Leer sus discursos —a diferencia de escucharlos— no resulta inspirador. Sin embargo, ambos deslumbraban con su oratoria. Ambos hablaban con ímpetu y empleaban lenguaje corporal; a ambos les gustaba hacer declaraciones enérgicas y contundentes, en ocasiones agitando el dedo en el aire para enfatizarlas. Y el mensaje de sus virulentos ataques al libre comercio y a la globalización —y a los supuestos daños que estas políticas habían hecho a los ciudadanos estadounidenses de la clase obrera a la par que habían dado riquezas inenarrables a las élites políticas y económicas de Estados Unidos— caló.

El hecho de que estos argumentos hallaran eco revelaba hasta qué punto el orden neoliberal se estaba agrietando. Cuando el

neoliberalismo era hegemónico, las virtudes del libre comercio y de la globalización eran inapelables. Atacar dichas políticas durante el apogeo neoliberal comportaba convertirse en un marginal y en alguien irrelevante, en el mejor de los casos, cuando no en un chiflado peligroso. El hecho de que los dos candidatos a la presidencia más dinámicos en 2016, uno por la izquierda y el otro por la derecha, plantearan desafíos simultáneos a la ortodoxia neoliberal revela el cuestionamiento al que se estaba sometiendo el propio orden neoliberal y quizá apuntara a que no tardaría en ser derribado.

El clintonismo y el obamaísmo pierden fuelle

Atrapada en medio del asalto de la izquierda y la derecha al neoliberalismo se hallaba Hillary Clinton, la candidata mejor posicionada del Partido Demócrata y la persona que se esperaba que sucediera a Obama en el Despacho Oval. Sobre el papel, sus cualificaciones eran extraordinarias. Había sido senadora por Nueva York y, como secretaria de Estado, una figura destacada e influyente en la Administración Obama. Era inteligente, competente, fiable y experimentada. Pero también tenía puntos débiles. No le había ido bien en su única campaña nacional, en 2008, cuando había competido con Obama por la candidatura a la presidencia. No poseía las habilidades políticas de su marido y, además, por el hecho de ser mujer, en algunos círculos masculinos propensos a la misoginia no se la consideraba apta para la presidencia. La renaciente izquierda del Partido Demócrata la consideraba un pilar de la ortodoxia neoliberal y, por ende, un obstáculo para el vuelco político que intentaban dar. Y los incesantes ataques del Partido Republicano a Hillary y a su marido, Bill, por corruptos empezaron a restarle apoyos entre los sectores más conservadores del Partido Demócrata. Tampoco ayudó el hecho de que la acción política de Hillary, a pesar de estar bien financiada y repleta de talento, fuera demasiado pesada y propensa a la indecisión y a las purgas internas.

Además, Clinton no parecía estar en sintonía con los tiempos. Había compartido de pleno la aceptación de su marido del orden neoliberal en la década de 1990 y seguía contemplando aquel momento político como un triunfo para el Partido Demócrata. De ahí que la sorprendiera tanto la virulencia del ataque que le lanzó Sanders por suscribir el libre comercio y otros principios neoliberales. Hillary Clinton no entendía por qué muchos consideraban ahora un lastre las credenciales internacionalistas que había adquirido viajando y trabajando duro como secretaria de Estado. No parecía ver ningún conflicto entre las relaciones estrechas que había entablado con líderes mundiales por un lado y las donaciones que dichos líderes estaban efectuando a la Fundación Clinton de su familia por el otro.[72] ¿A qué venía tanto revuelo por aceptar 300.000 dólares en honorarios por impartir conferencias en Goldman Sachs? Hacía más de veinte años que el Partido Demócrata cortejaba a Wall Street y, a cambio, recibía cuantiosas recompensas. La alianza entre el Partido Demócrata y Wall Street, a juicio de Clinton, era imprescindible para recaudar fondos suficientes para ganar las elecciones. No entendía que eso fuera en detrimento de las interesantes medidas que tenía planeadas para los pobres y para quienes padecían distintas formas de discriminación racial y sexual. El espíritu radical y rebelde que había guiado gran parte de su juventud —y que, según creía ella, seguía siendo la mecha que alimentaba sus convicciones— le impedía entender que se la hubiera encasillado de manera tan absoluta en el mundo de una élite trotamundos privilegiada.[73]

En un intento por desactivar el desafío lanzado por Sanders, Clinton se desplazó ligeramente a la izquierda durante la temporada de las primarias de 2016. Pero no estaba en disposición de replantearse los principios básicos de su política. En junio de 2016 había reunido a los suficientes delegados para obligar a Sanders a descabalgarse de la carrera de las primarias y postularse para ganar la candidatura por el Partido Demócrata en julio. Además, las encuestas le daban sistemáticamente una amplia ventaja sobre Trump. Clinton esperaba ganar la presidencia en noviembre formando una coalición anclada en la Nueva América,

tal como había hecho Obama. Hasta la última de las feministas de su generación cerrarían filas en torno a ella. Las mujeres republicanas de las zonas residenciales, hartas de la misoginia de Trump, parecían dispuestas a desertar del Partido Republicano y votarla. Clinton abanderaba la causa de los derechos de los gais mucho más que Sanders o Trump. Y defendía con orgullo y vehemencia los derechos de los inmigrantes. Además, estaba segura de que recibiría un sólido apoyo entre los votantes negros, que habían sido leales a su marido durante los ocho años de su presidencia y luego al presidente afroamericano a quien ella había servido con tanta diligencia durante otros ocho años más.[74]

Pero había señales de peligro. El apoyo entre la comunidad negra a Clinton, por ejemplo, resultó no estar tan consolidado como se creía. Los negros jóvenes habían empezado a movilizarse en contra de Hillary —y también de Obama— por haber tardado tanto en reconocer la magnitud del sufrimiento negro en la estela de la Gran Recesión. A medida que las oportunidades en la economía legal estadounidense se encogían, cada vez más afroamericanos se habían volcado en la economía sumergida del tráfico de drogas. Y eso, a su vez, les había comportado mayores conflictos con las fuerzas policiales, a cuyos agentes se había dado amplio margen de maniobra y manga ancha para actuar en contra de quienes se consideraban una amenaza al orden público.[75]En el período comprendido entre 2012 y 2014 se produjo un pronunciado incremento de episodios en los que la policía (y guardias de seguridad privados) atacaron a jóvenes negros. Estos incidentes encolerizaron a los afroamericanos y desencadenaron nuevas formas de protesta entre ellos.

Los negros enfurecidos habían empezado a unirse en respuesta al homicidio en febrero de 2012 de un adolescente negro, Trayvon Martin, mientras regresaba a casa de la prometida de su padre en Florida tras ir a comprar a un supermercado del barrio. Un vigilante blanco, George Zimmerman, lo atacó y lo mató alegando que sospechaba que Martin no tenía buenas intenciones. Un jurado de Florida compuesto íntegramente por blancos absolvió a Zimmerman en julio de 2013. Un año después, la policía de

Staten Island, Nueva York, había reducido a un vendedor ambulante de poca monta llamado Eric Garner, lo había arrojado al suelo y lo había estrangulado hasta la muerte. Dos semanas más tarde, Michael Brown, un muchacho de dieciocho años de Ferguson, Misuri, se vio metido en un altercado con un agente de policía, Darren Wilson, a resultas del cual recibió seis disparos. En octubre de 2014, un agente de policía de Chicago disparó una y otra vez a otro adolescente, Laquan MacDonald, incluso después de derribado y muerto. En abril de 2015, Walter Scott, de Charleston, fue perseguido a pie por un agente de policía por haber cometido una pequeña infracción de tráfico (no le funcionaba la luz de freno) y murió de un disparo. Menos de una semana después, Freddie Gray, de Baltimore, herido y esposado, falleció después de que lo lanzaran repetidamente contra las superficies y bordes de metal duro del furgón policial en el que lo habían encerrado para transportarlo a la cárcel.[76]

Estos homicidios provocaron el estallido de un nuevo movimiento de protesta conocido como Black Lives Matter. Ferguson, Misuri, el lugar de la muerte de Michael Brown, se convirtió en la zona cero del movimiento. Las masivas movilizaciones, los enfrentamientos con la policía y las sentadas al estilo de Occupy Wall Street atrajeron a activistas de todo el país y consiguieron captar la atención de los medios nacionales e internacionales.

Los manifestantes del movimiento Black Lives Matter eran jóvenes, combativos e implacables. Durante toda la mitad de 2016, *millennials* negros (de 20 a 35 años) habían desconcertado a los encuestadores del Partido Demócrata al revelar que se decantaban por Sanders frente a Clinton por un nada desdeñable margen porcentual de 44 a 32.[77]Apoyaban las denuncias de Sanders de la concentración de riqueza en manos de las élites económicas y respaldaban su llamamiento a la justicia redistributiva. Además, se sentían atraídos por su anticapitalismo, ya que muchos de los simpatizantes del movimiento Black Lives Matter se consideraban socialistas.

Los activistas de Black Lives Matter también eran muy críticos

con la generación mayor de dirigentes negros. Estos, según alegaban desde Black Lives Matter, se habían acomodado en la estructura de poder de los blancos que había tolerado los ataques a vidas negras y había acarreado tanta miseria para las comunidades negras. Black Lives Matter arremetió también contra las generaciones de sus mayores por permitir los privilegios masculinos y el heterosexismo. Los activistas abuchearon al reverendo Jesse Jackson, antaño un héroe del movimiento en defensa de los derechos civiles, cuando se dirigió a ellos en Ferguson en verano de 2014. «El modelo del predicador negro que guía a las personas hasta la tierra prometida ya no funciona», comentó en tono ácido Alicia Garza, una de las fundadoras de Black Lives Matter, al periodista del *New Yorker* Jelani Cobb en 2016. *Queer* y casada con un hombre *trans*, Garza se mostró particularmente crítica con la «masculinidad hiperbólica» que había sido tan intrínseca y había distorsionado tantas luchas por la libertad negras en el pasado. Obama se salvó de las críticas de Black Lives Matter a los privilegios masculinos, pero aun así dispararon contra él por formar parte de una estructura de poder de Washington que había hecho tan poco por mejorar las vidas de los negros. Aislinn Pulley, una organizadora comunitaria de Chicago e integrante de Black Lives Matter, rechazó de pleno la invitación de Obama, en febrero de 2016, a participar en un debate en la Casa Blanca acerca del futuro de los derechos civiles. Pulley escribió a sus seguidores en internet que «no estaba dispuesta a que la utilizaran para legitimar el falso relato de que el Gobierno está trabajando por poner fin a la brutalidad policial y al racismo institucional que la alimenta».[78]

Las críticas a Obama se intensificaron entre las filas de Black Lives Matter en el transcurso de 2016. En un célebre artículo publicado en la edición estadounidense de *The Guardian*, la analista política Keeanga-Yamahtta Taylor acusaba a Obama de abandonar las promesas que había hecho durante sus dos carreras a la presidencia. «El auge de Black Lives Matter —escribía Taylor— es, en buena parte, un producto de su incapacidad o falta de voluntad de abordar de manera directa y con franqueza la persistencia de la

desigualdad racial.» Aceptar la «parálisis de Obama [...] frente al racismo y la injusticia», admitía Taylor, había sido doloroso. Ella y otros muchos jóvenes negros habían depositado grandes esperanzas en la campaña a la presidencia de Obama. Pero Obama, concluía Taylor con amargura, apenas había hecho nada por abordar las causas de raíz del sufrimiento y la persecución de los negros.[79]

Y si Obama no había hecho suficiente, ¿qué podía esperarse de su clara heredera, Hillary Clinton? Esa fue precisamente la pregunta que dos activistas de Black Lives Matter le formularon a Clinton en un evento privado para recaudar fondos en Carolina del Sur tres días antes de las primarias demócratas en el estado en febrero de 2016. Una de las manifestantes, Ashley Williams, exigió a Clinton que se disculpara por apoyar la política de encarcelación masiva de su marido en la década de 1990 y por estigmatizar a los jóvenes negros como «superdepredadores».[80]Los donantes que habían pagado miles de dólares por escuchar a Clinton abuchearon a Williams. Un empleado del servicio secreto se apresuró a expulsar a Williams y a la otra manifestante de la reunión. Pero la irrupción de Black Lives Matter en el acto de campaña de Clinton saltó a las noticias nacionales e inspiró a otras personas a formularle a Clinton las preguntas incómodas que le había planteado Williams. Tal como reflexionaría Taylor posteriormente, «fue un momento ilustrativo para una nueva generación de votantes [negros] que quizá desconocían el oscuro pasado de los Clinton con relación a los afroamericanos».[81]

Este «oscuro pasado» continuó acechando a Hillary durante todas las primarias y luego durante la carrera de las elecciones generales. Nunca se contempló una posible deserción masiva de votantes negros hacia Trump. La pregunta era más bien si las reservas respecto a Clinton y el orden político ya desgastado que su esposo y Obama habían promovido con tanto ahínco podían reducir el número de ciudadanos negros que acudían a las urnas en 2016 y, por ende, disminuir las posibilidades de Hillary de derrotar a Donald Trump.

El triunfo de Trump

La victoria de Trump el 8 de noviembre de 2016 fue un momento asombroso en la historia de la política estadounidense. Habría que remontarse a la victoria de Andrew Jackson en 1828 para hallar un precedente de un candidato tan alejado de la élite política del país que ascendiera a la presidencia. E incluso esa comparación sería forzada, ya que Trump era un personaje completamente ajeno a la esfera del Gobierno de Estados Unidos y del legado republicano, y no puede decirse lo mismo de Jackson.[82]

El margen de victoria de Trump fue reducido. En total se depositaron 130 millones de votos en las urnas en todo el país. Y apenas 70.000 votos en los tres estados más disputados del Medio Oeste, Pensilvania, Míchigan y Wisconsin, decidieron los resultados. Diversos factores podrían haber volcado las elecciones en favor de Clinton. Si la candidata hubiera estado menos segura de su victoria en estos tres estados disputados, habría pasado más tiempo (y obtenido más votos) en ellos durante las últimas semanas de la campaña electoral. Una gran participación de negros en Filadelfia, Detroit y Milwaukee de una magnitud comparable a la que había movilizado Obama en 2008 y 2012 también podría haber bastado para decantar Pensilvania, Míchigan y Wisconsin del lado de la balanza de Clinton. Durante un tiempo, la publicación a principios de octubre de 2016 de una cinta de audio del programa *Access Hollywood* en la que se oía a Trump jactándose en los términos más zafios posibles de su actitud avasalladora hacia las mujeres pareció que podía costarle las elecciones, sobre todo cuando las votantes del Partido Republicano de las zonas residenciales parecieron inclinadas a depositar sus papeletas por Clinton en gran número. Pero entonces el director del FBI, James Comey, permitió que el electorado se olvidara del comportamiento de depredador sexual de Trump al anunciar, doce días antes de las elecciones, que se disponía a reabrir una antigua investigación por el uso que Clinton había hecho de un servidor de correo electrónico privado para asuntos oficiales durante su mandato como secretaria de Estado. El uso de dicho servidor privado era

técnicamente ilegal (aunque fuera una práctica habitual entre incontables funcionarios públicos, tanto demócratas como republicanos). Trump aprovechó inmediatamente el anuncio de Comey como una «corroboración» de todas las acusaciones que llevaba haciendo desde hacía meses acerca de «Hillary, la Corrupta». La acción de Comey había infligido ya un daño irreparable a la reputación de Clinton cuando, solo dos días antes de las elecciones, el director del FBI anunció que ponía fin a la investigación porque no había encontrado nada inapropiado en los correos electrónicos privados de Clinton.[83]

¿Qué habría sucedido si Comey se hubiera refrenado de reabrir la investigación por aquellos correos electrónicos en fechas tan próximas a los comicios? ¿Y si Clinton hubiera entendido el peligro que representaban aquellos tres disputados estados del Medio Oeste y los hubiera regalado con su presencia durante el mes crítico de octubre? ¿Qué habría pasado si los afroamericanos hubieran acudido a depositar su voto por Clinton tal como lo hicieron por Obama el día de las elecciones? En caso de haberse desplegado cualquiera de estos escenarios, Clinton podría haber llegado a la presidencia.

Sin embargo, reconocer la posibilidad de una victoria de Clinton no debería distraernos de la magnitud de la proeza de Trump. Un novato de la política y un iconoclasta obtuvo muchos más votos de los que nadie auguraba. Había doblegado al Partido Republicano a su voluntad. La participación electoral que indujo en reductos olvidados del país superó con creces lo que casi todos los encuestadores y analistas expertos creían posible. Trump generaba una energía y un entusiasmo entre sus simpatizantes con los que Clinton no podía competir. Muchos de los partidarios de Hillary, e incluso muchas de las personas que trabajaban para ella yendo puerta a puerta para fomentar el voto, lo hacían más para detener a Trump que para colocar a otro Clinton en la Casa Blanca.[84]

El apoyo entusiasta a Trump y el apoyo reticente a Clinton revelan la profunda insatisfacción con el *statu quo* en amplios sectores del electorado estadounidense. Los partidarios de Trump

lo concebían como una especie de toro bravo. No les había ocultado nada en los largos meses de campaña: ni su narcisismo, ni su desprecio hacia sus rivales, ni su indiferencia hacia las convenciones de la política estadounidense, ni sus actitudes de acoso hacia las mujeres y las minorías ni su fascinación por la violencia. Los simpatizantes de Trump tenían claro que estaban votando a alguien que tenía la intención de zarandear Washington y de transgredir todas las normas. Era el malote de la lucha libre, dispuesto a causar estragos, y lo adoraban precisamente por eso. Solo un hombre con su fuerza, obstinación y zafiedad, creían, podría acabar con la corrupción y hacer que la capital del país resultara inhabitable para todos los indeseables que supuestamente residían en ella.

El desagradable inconformismo y el nihilismo del movimiento de Trump no debe distraernos de sondear las profundas frustraciones largamente maceradas que los habían provocado. Eran frustraciones con una clase política y con un orden político a los que se consideraba responsables de las incontables penurias de Estados Unidos y de las escasas compensaciones. Esta élite política, y el orden que regentaba, tenía raíces tanto en el Partido Demócrata como en el Partido Republicano. Durante los treinta años previos, había apoyado incontables políticas que ahora se consideraban profundamente desacertadas: la apuesta por el libre mercado y la globalización, la desregulación de Wall Street, la tolerancia de una enorme (y creciente) desigualdad económica, el encarcelamiento de un mayor porcentaje de la población nacional que ningún otro país del planeta y el compromiso del país tanto con guerras mal asesoradas como con intentos mal diseñados de reconstruir los países que dichas guerras habían asolado. Hillary Clinton se asociaba con todas estas políticas, ya fuera por sus propias acciones (siendo senadora había votado a favor de la guerra de Irak en 2003 y siendo secretaria de Estado había promovido el libre comercio y la globalización), ya a través de las que su marido había puesto en práctica durante su presidencia: la desregulación de Wall Street, la ampliación del estado carcelario y la intensificación de las desigualdades económicas. Vista desde esta

perspectiva, la antipatía hacia Clinton no solo arraigaba en la personalidad y la misoginia, sino en el enojo con un orden político —y con la clase política que aparentemente lo controlaba— que había fracasado de manera tan estrepitosa en el mantenimiento de la grandeza de Estados Unidos.

La ira y la frustración no solo hervían en la derecha, sino también en la izquierda, como atestiguan la impresionante carrera de Sanders hacia la presidencia y la negativa del movimiento Black Lives Matter a sumarse a la preferencia de Obama de minimizar el dolor de la población negra, nuevas manifestaciones de que las placas tectónicas de la política estadounidense se estaban moviendo. Una nueva política emergía; quizá incluso estuviera naciendo un nuevo orden político.

Sin embargo, un orden político imperante no suelta lastre fácilmente; su decadencia se caracteriza por la contradicción, por la impugnación, por el cuestionamiento e incluso por el caos. Y en la generación caos, la presidencia de Trump tendría pocos rivales.

8

Fin

Pocos se sorprendieron tanto con el resultado de las elecciones de 2016 como el propio Donald Trump. Realmente no esperaba ganar. No estaba familiarizado con el ejercicio del gobierno, ni en el sector público ni en el privado. The Trump Organization, una sociedad anónima dirigida por un grupo relativamente reducido de personas, no lo había preparado para liderar un país federal inmenso y complejo. Además, Trump apenas había planificado cómo sería su Gobierno, un paso esencial para cualquier presidente electo que debe hacer multitud de nombramientos de cargos y gestionar numerosos asuntos políticos. Justo tres días después de ser elegido, Trump despidió a Chris Christie, el exgobernador de Nueva Jersey convertido en partidario de Trump que había encabezado el equipo de transición. El despido de Christie fue un heraldo de lo que se avecinaba.

Trump era impulsivo e impaciente. Tenía poca capacidad de concentración. Recelaba de Washington, D. C., y no solo del Partido Demócrata y de los funcionarios de Obama, sino también del *establishment* republicano. Tenía un conocimiento muy somero de la Constitución estadounidense y de sus doctrinas: la separación de poderes, el Estado de derecho y la independencia de los tribunales. Le molestaba tener que acatar normas, sobre todo las que limitaban su poder. No sabía cómo trabajar con el Congreso, lo cual explica en parte la escasa labor del poder legislativo nacional durante su presidencia, incluso durante el período de dos años (2017-2019) en que el Partido Republicano controló ambas

cámaras.

Indiferente al ejercicio del gobierno, Trump siguió siendo un maestro en el dominio de la escena política y, por ende, atrajo la atención del país. Tuiteaba constantemente a una multitud que sobrepasaba los 80 millones de seguidores, alardeando acerca de su grandeza y de sus logros por un lado mientras por el otro provocaba y denunciaba a sus rivales. Una mayoría de los estadounidenses votó en contra de Trump en 2016; muchos de ellos nunca dejaron de detestarlo. Las críticas hacia su persona eran encarnizadas tanto dentro como fuera del Gobierno. Durante sus tres primeros años de presidencia, muchos esperaban que lo obligaran de alguna manera a dimitir o, si eso no era posible, que impugnaran su mandato y lo destituyeran del cargo.[1]

Trump tuvo que defenderse en múltiples ocasiones de graves acusaciones de haber violado las leyes electorales. Una fue en la campaña presidencial de 2016, cuando se sospechó que había conspirado con un Gobierno extranjero, el ruso, para desviar votantes de Hillary Clinton hacia él.[2]Otra en 2019, cuando intentó involucrar a otro Gobierno foráneo, en este caso el ucraniano, en un plan para mancillar la reputación de Joe Biden, el hombre con quien preveía competir en la carrera presidencial de 2020.[3]La supuesta conspiración de Trump con Rusia desencadenó una investigación de dos años de duración por parte de un fiscal independiente (Robert Mueller) que envió a varias personas cercanas a Trump a la cárcel, pero que acabó sin incriminar al presidente. El intento de Trump de intimidar al presidente de Ucrania desencadenó otra investigación, en esta ocasión acometida por el Comité de Asuntos Judiciales de la Cámara de Representantes. La investigación se saldó con un proceso de destitución de Trump por parte de la Cámara por «delitos graves y menores». Pero Trump también sobrevivió a aquel trance cuando el Senado, autorizado por la Constitución para actuar como juez y jurado en los casos de *impeachment*, declinó condenarlo y destituirlo del cargo. Trump se declaró vindicado por el fracaso de las dos investigaciones para «noquearlo». Su comportamiento desafiante, nuevamente, encolerizó a sus detractores y entusiasmó

a sus simpatizantes.[4]Sus juicios gozaron de gran popularidad y le insuflaron energía para presentarse a un segundo mandato.

Para sus principales partidarios, que representaban cerca de un tercio del electorado, nada de lo que hiciera Trump estaba mal. Se aferraban a sus palabras y utilizaban sus tuits como faros para guiar sus acciones. Celebraban su decisión de confrontar a cualquier institución o persona, por más respetada o admirada que fuera, ya se tratara de la CIA, del FBI, de jueces federales, de senadores y congresistas o de miembros reputados de su propia Administración, sin importarle las consecuencias. A su parecer, un tocapelotas como Trump era justo lo que necesitaba la petulante clase política de Washington, que parecía desconectada de la realidad.

Entre tanto, casi ningún estadounidense, ya estuviera a favor o en contra de Trump, podía apartar los ojos de él, o más bien de las pantallas que mostraban sus últimas provocaciones a través de sus redes sociales. Ningún presidente anterior había logrado acaparar tantas horas de vigilia de tantos estadounidenses. Día tras día, Trump atraía tanto a los medios de comunicación como a la opinión pública estadounidense con su versión del «mayor espectáculo de la Tierra», un *show* infinito de enemigos defenestrados, defensa del honor, ensalzamiento de los propios logros y adulación de dirigentes extranjeros afines (preferiblemente con inclinaciones autoritarias). Semana tras semana y luego año tras año, las payasadas de Trump cautivaron, dividieron y acabaron hartando a los estadounidenses.

A menudo costaba discernir un programa político coherente en medio de las llamas y el humo de la tormenta de fuego generada por Trump. Aun así, de la Administración Trump sí surgieron dos programas políticos: uno de ellos señalaba en la dirección de mantener el orden neoliberal y el otro, en la dirección de desmantelarlo. El segundo era el más importante de los dos y probablemente tendrá un mayor impacto indirecto a largo plazo.

Los hermanos Koch, neoliberales hasta la médula, habían menospreciado a Trump durante las primarias del Partido Republicano. Pero el nombramiento de Trump de Mike Pence,

gobernador de Indiana, como compañero de candidatura, inauguró la posibilidad de un nuevo acercamiento entre los dos bandos. Los Koch estaban preparando a Pence para ocupar una posición de liderazgo nacional. Y Pence llevó su agenda desregulatoria a la Casa Blanca, junto con la esperanza de lanzar una campaña para despojar a múltiples organismos federales de su potestad supervisora y, por consiguiente, limitar la capacidad del Gobierno federal de regular la economía privada.[5]

En realidad, Trump nunca había creído que los mercados fueran instrumentos de intercambio perfectos, pero suscribió la idea de debilitar el Gobierno federal. Un destripamiento de esa índole, imaginó, podía hacer aflorar y acabar debilitando a las «cloacas del Estado» supuestamente anidadas en la CIA, el FBI y otros organismos de seguridad nacional que, a su juicio, pretendían destruir su presidencia.[6]Trump también colaboró estrechamente con el líder de la mayoría en el Senado, Mitch McConnell, para designar a la magistratura federal a centenares de jueces a quienes la Sociedad Federalista[7]había dado el visto bueno como neoliberales desreguladores en política económica y patriarcales en su entendimiento de los valores familiares.[8]Por último, Trump autorizó a Gary Cohn, a quien había nombrado director del Consejo Económico Nacional, a llevar a cabo una revisión en profundidad del código tributario, consistente en reducir de manera drástica los impuestos sobre sociedades y de manera moderada los impuestos personales a las horquillas más altas de renta. Este paquete, el principal logro legislativo del mandato presidencial de Trump, indujo a políticos republicanos neoliberales, incluido el propio McConnell, a mantener su apoyo a Trump. Cohn era otro emisario más del grupo financiero de Goldman Sachs-Wall Street que tanto había hecho en los veinte años previos por construir y mantener el orden neoliberal.

Ahora bien, si por un lado la desregulación, los nombramientos judiciales y los recortes tributarios apuntaban hacia el mantenimiento del orden neoliberal, la arremetida de Trump contra el libre comercio y la inmigración apuntaban hacia su destrucción. Según el criterio de Trump, el libre comercio entre

países estaba perjudicando a Estados Unidos, y lo mismo ocurría con la libre circulación de personas a través de las fronteras nacionales. Trump quería erigir muros frente a ambas cosas y permitir la entrada en Estados Unidos únicamente de aquellos artículos y personas que el país quisiera, y bajo sus propias condiciones de selección.

Trump aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron para descabalgar a Estados Unidos de la posición internacional que durante largo tiempo había ejercido a la vanguardia de un mundo globalizado de libre comercio. Criticó a Europa por aprovecharse de Estados Unidos comercialmente y por su renuencia a pagar una cuota justa por el coste de mantener la OTAN. Se convirtió en el primer presidente en cuestionar públicamente el valor de la OTAN y las estrechas relaciones entre Europa y Norteamérica que la organización de defensa multinacional velaba por mantener. Apoyó el Brexit, no tanto por el entusiasmo de la existencia de una Gran Bretaña soberana como por su deseo de causar menoscabo a la Unión Europea, el tipo de federación globalista y cosmopolita que Trump detestaba. Y planteó ante los medios de comunicación la posibilidad de retirar a las tropas estadounidenses de Corea del Sur, Oriente Medio y el resto del planeta.[9]

Más cerca de casa, Trump amenazó a Canadá y México con guerras comerciales para obligar a ambos países a renegociar el NAFTA de manera que resultara más favorable a los intereses estadounidenses. Alteró las relaciones comerciales con Asia revirtiendo la decisión de Obama de la participación de Estados Unidos en el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés), una asociación que aunaba a doce países de la cuenca del Pacífico en una zona de libre comercio. Un objetivo de TPP era ejercer de contrapeso a China en el Asia oriental. Trump no tenía intención de suavizar las relaciones con China. Al contrario, pretendía aumentar la presión sobre el rival al cual consideraba el principal adversario de Estados Unidos. Pero se negaba a que una organización en la cual Estados Unidos era meramente una voz entre muchas otras dictara la política

comercial norteamericana. Cada acuerdo comercial debía ser un pacto bilateral con solo dos signatarios. Así era como Trump había hecho siempre negocios. El «arte de la negociación» siempre le había funcionado en el sector privado y, en su opinión, generaría resultados igual de impresionantes en las negociaciones entre país y país que pretendía promover.

Los aranceles fueron la herramienta preferida por Trump para atacar a China. Trump descubrió que podía autorizar la imposición de aranceles de manera unilateral, sin la cooperación del Congreso, si argumentaba que contribuían a incrementar la seguridad nacional.[10]Trump era consciente de que imponer aranceles a los miles de millones de dólares de productos chinos podía comportar represalias y que ese ojo por ojo podía desembocar fácilmente en una guerra comercial total que podía ir en detrimento de los intereses de ambos países. Pero estaba resuelto a arriesgarse a librar esa guerra, convencido de que él (y Estados Unidos) emergerían victoriosos.[11]En septiembre de 2019 impuso 112.000 millones de dólares en impuestos a las importaciones chinas y amenazó con añadir otro medio billón de dólares en aranceles.[12]En octubre de 2019, Trump pareció conseguir una concesión de China en forma de acuerdo sobre la primera parte de un pacto comercial global. Ambos países firmaron el acuerdo en enero de 2020, un acuerdo que Trump ensalzó como una gran victoria de su Gobierno y para el país.

Sin embargo, durante el primer año de aplicación de aquel acuerdo, múltiples informes sugirieron que China no estaba aumentando sus importaciones de productos estadounidenses conforme a los objetivos estipulados. Como ocurría con tantas iniciativas de Trump, parecía haber poca coherencia o seguimiento. Y el estallido de la pandemia de la COVID-19 justo en el momento en que se firmó aquel acuerdo comercial trastocó el comercio mundial de manera totalmente independiente de las negociaciones comerciales entre Estados Unidos y China.[13]

Aun así, las constantes bravatas de Trump acerca de los males del libre comercio, sus repetidas amenazas de imponer aranceles y su hostilidad hacia los múltiples países que su Gobierno

consideraba que se habían aprovechado comercialmente de Estados Unidos espolearon al mundo neoliberal a replantearse creencias y estrategias aceptadas por costumbre. A las multinacionales cada vez les costaba más hacer planificaciones a largo plazo en medio de la incertidumbre y volatilidad que Trump había inyectado en el comercio internacional. Su estrategia de ampliar las cadenas de suministro alrededor del mundo se había basado en la premisa de que los artículos podían franquear las fronteras nacionales de manera fácil y rápida. Pero, ante la perspectiva de que ese mundo desapareciera, la estrategia más prudente podía ser producir más artículos más cerca del propio territorio, ya fuera aumentando la producción nacional o tendiendo cadenas de suministro más cortas con países cercanos con quienes se mantenían relaciones seguras. Este tipo de pensamiento había empezado a influir en los cálculos de las grandes corporaciones incluso antes de la pandemia de la COVID-19, pero la llegada del virus aceleró el vuelco hacia la producción en la propia nación, ya que las condiciones para la fabricación y el transporte se antojaban más estables que en el ámbito internacional.[14]

A los economistas estudiosos del comercio internacional no les sorprendieron estos acontecimientos. Sus datos demostraban que el total del comercio internacional de mercancías, «la suma de las exportaciones e importaciones de materias primas y artículos fabricados», había alcanzado su pico máximo en 2008, cuando representó el 51 por ciento de la producción mundial. Durante la Gran Recesión de 2008 y 2009 se había desplomado y luego había empezado a recuperarse. Con todo, ni siquiera los niveles de 2020 eran equiparables a los de 2008.[15]Dicho de otro modo, la globalización del siglo XXI podía haber tocado techo y empezado a retroceder antes de que Trump asumiera el cargo, y las políticas proteccionistas del presidente tal vez solo empujaran una puerta que ya estaba abierta. La creencia en un mundo sin fronteras nacionales en el que pudieran fabricarse y venderse productos en cualquier parte con la mínima fricción había sido un principio cardinal del orden neoliberal. A medida que esta convicción fue perdiendo peso, también lo hizo el orden al que tanto había

ayudado a dar vida. El término «proteccionismo» se había considerado una obscenidad en la política económica de los últimos treinta años. En cambio, ahora había dejado de serlo, tanto para los republicanos como para los demócratas. Productores y consumidores en diversos países habían empezado a poner en tela de juicio las bondades de un mundo sin fronteras. Trump fue uno de los muchos políticos de todo el planeta que ascendieron al poder amplificando esas dudas y prometiendo un futuro proteccionista.

Uno de los argumentos de Trump era que el libre comercio había beneficiado solo a los «globalistas». En un anuncio publicado los últimos días de la campaña presidencial de 2016, Trump había proclamado que «una estructura de poder global» había «robado a la clase obrera, había despojado a nuestro país de su riqueza y había puesto ese dinero en los bolsillos de un puñado de grandes corporaciones y entidades políticas».[16]Trump prometió que su presidencia zarandearía esa estructura de poder y la sustituiría por una que beneficiara a los estadounidenses corrientes. Durante sus dos primeros años de presidencia, Trump protagonizó un espectáculo simbólico de ponerse del lado de los trabajadores, posando con motocicletas Harley, subiéndose a cabinas de camiones de larga distancia e intimidando a unas cuantas empresas para que pospusieran sus planes de deslocalizar empleos al extranjero, pero apenas tomó medidas sustanciales para mejorar las condiciones económicas de los ciudadanos corrientes. Su reforma del código tributario estimuló la creación de empleo y algunos aumentos salariales, al menos a corto plazo. Sin embargo, en general, aumentó las desigualdades económicas en Estados Unidos en vez de aliviarlas.[17]

Trump prefirió los llamamientos etnonacionalistas a las medidas económicas para ganarse al «pueblo». En lugar de atacar a los «ladrones de guante blanco», identificó a los inmigrantes como la principal amenaza para el bienestar del ciudadano de a pie estadounidense. América volvería a conocer la grandeza, insistía Trump repetidamente, pero para ello debía recuperar el control de sus fronteras, construir un muro en la frontera sur y denegar la

entrada a los inmigrantes considerados indignos de pertenecer al país. Tras proclamarse presidente, Trump no abandonó sus críticas mordaces hacia los inmigrantes mexicanos. Dio a conocer su deseo de reducir a un mero goteo la migración procedente de los países «mierdosos» de Centroamérica, el Caribe y África.[18]Promulgó múltiples órdenes ejecutivas prohibiendo la entrada a inmigrantes de la mayoría de los países musulmanes, incluyendo Irán, Irak, Libia, Somalia, Sudán, Siria y Yemen. Estas últimas medidas pasaron a conocerse como el «Muslim Ban».[19]Y, en la frontera sur, Trump puso en práctica una política de «tolerancia cero» con los mexicanos y centroamericanos que entraban en Estados Unidos sin permiso. Todo inmigrante indocumentado pasó a ser acusado de falta menor y encarcelado mientras aguardaba la vista, un juicio o la deportación. La Administración Trump decidió someter también a los solicitantes de asilo a este duro trato, revirtiendo una política previa en consonancia con la legislación estadounidense relativa a los refugiados que permitía a esas personas permanecer en Estados Unidos (y fuera de la cárcel) mientras sus casos se resolvían ante un tribunal de inmigración del país. El Gobierno de Trump barrió con su red de arrastre todo el sudoeste y no solo encarceló a los indocumentados, sino que separó a un número creciente de menores de sus padres y envió a los primeros a centros de detención, muchos de ellos situados a centenares de kilómetros de las cárceles en las que se tenía retenidos a sus padres.

Esta última política provocó un caos administrativo, ya que padres e hijos pasaron a ser responsabilidad de distintos organismos estadounidenses que a menudo no hicieron ningún esfuerzo por trabajar de manera coordinada ni por crear registros sobre qué niños pertenecían a qué progenitores. Con frecuencia, a los padres se les deportaba sin indicarles siquiera dónde estaban retenidos sus hijos y sin facilitarles ningún medio para ponerse en contacto con ellos y, por consiguiente, para reclamarlos. El Gobierno de Trump dejó huérfanos a miles de niños, muchos de los cuales llegaron como parte de familias de refugiados que huían de la persecución en sus países centroamericanos de origen.

A los niños separados se los retuvo durante semanas en jaulas

de detención sin comida, agua, supervisión de adultos ni condiciones higiénicas adecuadas. La Administración Trump parecía indiferente a la crueldad infligida contra las personas atrapadas en sus batidas a lo largo de la fontera meridional. No fue casualidad que los inmigrantes que recibieron este trato fueran personas de color de Centroamérica, personas no aptas, en opinión de Trump, para pertenecer a la nación estadounidense.[20]

Las fronteras porosas habían sido parte del régimen neoliberal. Más de 30 millones de migrantes llegaron a Estados Unidos entre las décadas de 1970 y 2010.[21]Tanto presidentes republicanos como demócratas habían defendido la inmigración. Ronald Reagan había creado una ruta hacia la ciudadanía para millones de inmigrantes indocumentados. George W. Bush imaginó una Unión Norteamericana, parecida a la Unión Europea, donde se permitiera la libre circulación de bienes y personas en la mitad norte del hemisferio occidental.[22] *The Wall Street Journal* había considerado por tradición el libre desplazamiento de personas y una economía de libre mercado como un componente esencial de una sociedad libre. Trump rompió con estas tradiciones republicanas y, en el proceso, repudió los principios nucleares del neoliberalismo.

A su entender, Estados Unidos tenía que estar poblado de personas descendientes de europeos. Era un país de blancos y principalmente cristiano. Había que construir muros para proteger el carácter racial de Estados Unidos. Y a nivel interno había que restaurar los privilegios de los blancos. Los grupos nacionalistas blancos detectaron en Trump a un aliado; rara vez los criticaba, ni siquiera cuando se lo sometía a una fuerte presión para que lo hiciera, como ocurrió tras una manifestación neonazi nacionalista en Charlottesville, Virginia, en agosto de 2017 que desembocó en altercados violentos y se saldó con víctimas mortales.[23]

El etnonacionalismo de Trump siempre tuvo implícita una dimensión de clase. Trump creía estar defendiendo al tipo corriente (blanco) que vivía en el corazón de Estados Unidos y cuya vida habían socavado las élites globalizadoras. En opinión de Trump, la apuesta de estas élites por el libre comercio había privado a

Estados Unidos de empleos en el sector industrial y había reducido los salarios de los obreros que habían conservado sus trabajos. El apoyo de las élites a la circulación de migrantes a través de las fronteras nacionales, creía Trump, había llenado de personas de color Estados Unidos, hasta tal punto que el país resultaba cada vez más irreconocible. Para Trump y sus partidarios, la diversidad en Estados Unidos era indicativa de la decadencia del país.

Durante un tiempo, el compromiso de Trump con la desregulación y los recortes de impuestos convivió con su deseo de «proteger» Estados Unidos de los bienes y pueblos extranjeros. Pero en algún momento entre el verano de 2017 y la primavera de 2018, su Administración alcanzó un punto de inflexión, simbolizado por la creciente incomodidad y posterior partida de su principal responsable político neoliberal, Gary Cohn. Cohn se había disgustado por la negativa de Trump en 2017 a condenar los actos violentos y el discurso de odio de los manifestantes nacionalistas blancos en Charlottesville, dirigidos no solo contra los negros sino también contra los judíos (Cohn era judío). Cohn había permanecido en el cargo para garantizar la reforma del código impositivo en diciembre de 2017. Pero cuando Trump maniobró en marzo de 2018 para imponer fuertes aranceles al acero importado, Cohn se hartó. El neoliberal no podía seguir justificando trabajar para el etnonacionalista y proteccionista Trump.

Como ocurría con su proteccionismo, el etnonacionalismo de Trump se enmarcaba en una tendencia mundial. Viktor Orbán en Hungría, Vladímir Putin en Rusia, Narendra Modi en la India y Xi Jinping en China querían que sus naciones privilegiaran a determinados grupos etnoculturales definidos por la raza, por la religión o por ambos aspectos: católicos y protestantes en Hungría, cristianos ortodoxos en Rusia, hindúes en la India y la etnia han en China. Estos líderes etnonacionalistas estaban unidos (y conectados con Trump) por su odio hacia el islam y por su deseo de mantener a los musulmanes fuera de sus países o en posiciones subordinadas de segundo nivel. Por supuesto, estos jefes de Estado tenían sus homólogos en países musulmanes, sobre todo en Recep Erdoğan en Turquía y en la familia real regente de Arabia Saudí. Todos estos

líderes, tanto los musulmanes como los no musulmanes, eran profundamente hostiles a la pluralidad y el cosmopolitismo que formaban parte integral del orden neoliberal. Los presidentes Bush y Obama, de maneras distintas pero complementarias, habían trabajado por difundir los valores cosmopolitas por Estados Unidos (y allende las fronteras del país). Trump quería borrar dichos valores de la faz de la Tierra.[24]

Los dirigentes etnonacionalistas, Trump incluido, también tenían tendencias autoritarias. Se mostraban impacientes con los parlamentos, con los jueces independientes y con otros aspectos de la democracia liberal a menudo relacionados con sistemas de gobierno neoliberal. Se veían a sí mismos y entre sí como hombres fuertes determinados a cuidar de las personas correctas y capaces de tomar decisiones duras cuando era preciso. Aspiraban a vivir en un mundo gobernado por la fuerza más que por el derecho internacional y las ONG internacionales. Anhelaban un mundo dividido en bloques, entre ellos Asia oriental, Norteamérica, Eurasia septentrional, Oriente Medio y Asia meridional, cada uno de los cuales dominado por un poder hegemónico regional. No se trataría en absoluto de un mundo plano, sino que altos muros escarpados y difíciles de escalar separarían esos bloques (y a menudo los países que contenían) entre sí.[25]En este futuro imaginado, Estados Unidos abandonaría el papel de policía del mundo que había desempeñado durante los últimos setenta años y también su responsabilidad de hacer cumplir los preceptos liberales y neoliberales del orden mundial. Tanto con sus palabras como con sus actos, Trumpa estaba dando pasos para convertir dicha visión en una realidad.

Algunos de los hombres fuertes de Trump ya habían empezado a poner obstáculos a la libre circulación no solo del comercio y de las personas migrantes, sino también de la información. Internet había sido fundamental para el triunfo del orden neoliberal, ya que su provisión de flujos de datos ilimitados de manera instantánea y global había prometido transformar los mercados en instrumentos perfectos de intercambio económico, desarrollo y prosperidad. Pero la libre circulación de información

también posibilitaba la libre circulación de ideas que podían amenazar, en algún momento, con subvertir el régimen autoritario. De ahí que el régimen de Xi decidiera crear un sistema de tecnologías de la información aparte para su país, un sistema no controlado por Google, Facebook y Twitter, sino por las autoridades chinas, en concreto, por el Partido Comunista chino. Putin estaba decidido a hacer lo mismo en Rusia. Trump iba rezagado con respecto a Xi y a Putin, y por un motivo comprensible: la publicidad gratuita que las plataformas de las redes sociales estadounidenses le habían brindado había permitido su ascenso político. Sin embargo, en las postrimerías de su presidencia, él también, junto con elementos populistas del Partido Republicano, empezaban a mostrar hostilidades hacia el poder privado de las empresas de las redes sociales estadounidenses y comenzaban a exigir que dichas empresas o bien se fragmentaran o bien se sometieran a una regulación más rígida.[26]

El renacimiento de la izquierda

Trump pretendía que la desintegración del orden neoliberal beneficiara a la derecha autoritaria. Pero dicha desintegración también estaba beneficiando a una izquierda socialdemócrata a la que Bernie Sanders y Elizabeth Warren, entre otros, habían estado insuflando nueva vida. La constante cháchara de Trump sobre imponer aranceles a las importaciones, detener el libre desplazamiento de personas entre fronteras y regular las empresas de los medios de comunicación tuvo como consecuencia un ensanchamiento del espacio en el que las personas interesadas en la política pudieran pensar de manera más libre y ambiciosa acerca de cuál era el papel correcto de un Gobierno en la vida económica. Si el Gobierno podía modular los mercados mediante aranceles y restricciones a la inmigración, tal vez disponía de otros instrumentos para ejercer su autoridad sobre la economía. Y si las empresas de redes sociales podían regularse o fragmentarse, ¿podía esto aplicarse a otras empresas que acumularan un poder excesivo?

La década de 2010 se asemejaba cada vez más a las de 1930 y 1970, los momentos anteriores en los que la decadencia de un orden político predominante había permitido que ideas tradicionalmente consideradas en la periferia de la política estadounidense se generalizaran. Si la capacidad de controlar la ideología general era un síntoma del triunfo de un orden político, la pérdida de esa capacidad era un indicio de su caída. La labor de Trump, junto con la de Bernie Sanders, en el debilitamiento de la hegemonía neoliberal creó oportunidades adicionales para que prosperaran iniciativas e ideas políticas que antaño se habían considerado marginales.

Durante toda la década de 2010, la izquierda construyó una infraestructura política para transmitir sus ideas e iniciativas. Aparecieron nuevos laboratorios de ideas, como el Washington Center for Equitable Growth (2013) y New Consensus (2018); y también nuevos grupos activistas, incluidos Justice Democrats (2017), el Sunrise Movement (2017, centrado en temas climáticos) y Momentum (2014), decididos a escorar la política estadounidense hacia la izquierda.[27]Una sensación renovada de posibilidad política también revigorizó publicaciones y grupos liberales de izquierdas del pasado, como el Center for American Progress, el blog *Daily Kos*, *The Nation, The Atlantic* y *The American Prospect*, un diario progresista/liberal que contaba con Robert Reich, ahora convertido en profesor en Berkeley, como uno de sus editores. Entre tanto, en 2017, el programa de tendencias izquierdistas *Rachel Maddow Show* se situó entre los espacios no deportivos con mayor audiencia de la televisión por cable. Donantes con tendencias izquierdistas y amplias reservas empezaron a alentar y coordinar el tipo de iniciativas para recaudar fondos que requiere cualquier movimiento que aspire a convertirse en un orden político en Estados Unidos.

En las elecciones de 2018, la izquierda transformó su recién adquirida capacidad institucional en una medida de poder político. Cuatro demócratas progresistas de izquierdas se hicieron con escaños en el Congreso: Alexandra Ocasio-Cortez (Nueva York), Ilhan Omar (Minnesota), Ayanna Pressley (Massachusetts) y

Rashida Tlaib (Míchigan). Su éxito, a su vez, catapultó a dos personas de izquierdas, a Bernie Sanders (otra vez) y a Elizabeth Warren, como favoritos para la nominación del candidato demócrata de 2020 a la presidencia. Warren se había forjado una reputación a escala nacional en la estela del crac financiero de 2008-2009 al hacer públicas las prácticas depredadoras de concesión de préstamos aplicadas por los bancos para aprovecharse de los prestatarios corrientes. Más adelante, sobre todo en su campaña de 2020, Warren atacó también a las empresas de comercio electrónico y redes sociales del país —Google, Amazon, Facebook, Twitter, Apple y Microsoft— por haber acumulado demasiado poder y riqueza. Su personal trabajó por reavivar en Estados Unidos la tradición de protestas antimonopolio que cien años antes había dinamizado un movimiento político progresista que había logrado controlar el poder económico en manos privadas fragmentando las grandes corporaciones y sometiendo a las que permanecieron intactas a una regulación pública eficaz. Sanders compartía el antagonismo de Warren hacia el poder corporativo, pero tenía planes más ambiciosos que los de su contrincante, pues pretendía convertir su visión socialdemócrata en una realidad en Estados Unidos.[28]

Pandemia

La campaña presidencial de 2020 coincidió con el comienzo de la pandemia de la COVID-19, que imprimió una nueva urgencia a los temas que los detractores del neoliberalismo habían estado planteando. En términos políticos, la pandemia intensificó un aspecto que el declive del orden neoliberal ya había echado a rodar, a saber: la convicción de que el Gobierno era la única institución con los medios necesarios para hacer frente a las graves dificultades económicas y sociales. Al Gobierno central estadounidense siempre se le había permitido crecer más allá de sus límites habituales en tiempos de emergencia, en caso de guerra, desastres naturales y crisis de salud pública. En un raro despliegue

de unidad que reflejaba la magnitud del desafío que representaba el virus, republicanos y demócratas llegaron a un acuerdo en 2020 para aprobar un paquete de ayudas de 2,4 billones de dólares que englobaba medidas de auxilio a las personas y familias por un lado y a las pequeñas empresas y corporaciones por el otro.[29]Dicho paquete duplicaba con creces el aprobado durante la presidencia de Obama en respuesta a la Gran Recesión de 2008-2009. Pese a su volumen, prácticamente no generó disconformidad en ningún bando de la división partidista. Además, distribuía los beneficios (calculados en términos de dólares) tanto entre las personas y las pequeñas empresas como entre las grandes corporaciones, un principio de equidad que, sorprendentemente, el plan de rescate de Obama de 2008-2009 no consiguió. Jerome Powell, el presidente de la Reserva Federal designado por Trump, apoyó esta agresiva intervención del Gobierno en los mercados, en marcado contraste con las prácticas de la Reserva Federal durante la era de Alan Greenspan.[30]

Entre tanto, la Administración Trump canalizó 10.000 millones de una porción de esta megaayuda destinada a hospitales y proveedores de atención sanitaria a empresas farmacéuticas con la esperanza de incentivarlas a invertir en la creación acelerada de una vacuna. Esta iniciativa, conocida como la Operación Warp Speed, resultó ser la aportación más relevante del Gobierno de Trump a la lucha contra el virus, si bien el presidente siempre se mostró reacio a aceptar el mérito por ello. Temía ofender al gran número de personas dentro del Partido Republicano que se negaban a ponerse la nueva vacuna.[31]

Trump no hizo uso de todos sus poderes durante la pandemia. La Ley de Producción para la Defensa de 1950 le otorgaba la potestad de obligar a cualquier sector de la economía privada a producir los materiales necesarios para velar por la seguridad nacional. Para combatir el coronavirus, podría haber ordenado a las empresas manufactureras producir los ventiladores, las mascarillas y los equipos de protección individual (EPI) que el personal hospitalario necesitaba tan desesperadamente. Y podría haber expropiado las redes de transporte privadas para distribuir

rápidamente dicho material a las ciudades, poblaciones y zonas rurales donde se necesitaba. Por la Ley de Salud Pública de 1944, Trump también habría tenido la autoridad de imponer cuarentenas a las regiones del país más afectadas por el coronavirus, e incluso de imponer prohibiciones a viajar por el interior del país.[32]

Trump se mostró reacio a ejercer esa autoridad, un gesto sorprendente viniendo de él, a tenor de su deseo de ser visto como un rey que no respetaba los límites a su poder. Sus reticencias se debían, en parte, a su voluntad de rebajar la amenaza de la enfermedad con la esperanza de transmitir a través de sus palabras y acciones que aquel virus no sería capaz de someterlo a él ni a su país. Trump se negó a llevar mascarilla. Apenas se esforzó por mantener la distancia social en las reuniones o por tomar precauciones de sanidad pública en sus mítines ni por alentar a sus millones de simpatizantes evangélicos a protegerse cuando acudían a sus iglesias. En lugar de ello, prefirió fingir que en realidad no se trataba de una enfermedad peligrosa, pasando por alto a los enfermos y los muertos, y no se cansó de repetirles a los estadounidenses que la economía y el país no tardarían en reflotar y disfrutar de una salud y un rendimiento plenos. En el proceso, comprometió el trabajo de los Centros para el Control de Enfermedades (CDC, por sus siglas en inglés), el organismo del Gobierno federal por tradición admirado por sus capacidades y su eficacia a la hora de identificar y diseñar planes de tratamiento para nuevas enfermedades. Este organismo, como tantos otros del Gobierno federal durante los años de Trump, había sufrido recortes presupuestarios y había visto cómo se designaban directores clave en atención a sus lealtades políticas, en lugar de a sus méritos o experiencia científica, con la consiguiente desmoralización de médicos y otros profesionales de la salud, que habían acabado abandonando el organismo en gran número.

En lugar de capacitar a los CDC para hacer su labor, Trump pareció preferir promover remedios de charlatanes que había descubierto en las redes sociales o de los que le habían hablado amigos o seguidores. Realmente parecía creer que podía sortear al coronavirus tal como había sorteado a tantos adversarios humanos

en el pasado. Medio millón de estadounidenses fallecieron bajo la insensible vigilancia de Trump.

La incompetencia manifiesta de la Administración Trump frente al coronavirus le pasó factura política, sobre todo entre los republicanos de clase media que vivían en zonas residenciales y los votantes independientes que en 2016 le habían entregado sus papeletas. Su pérdida de votantes en estos grupos de electores probablemente le costara la reelección en 2020.

¿UN NUEVO ORDEN POLÍTICO?

En 2019 y durante el primer trimestre de 2020, pocas personas tenían en alta consideración a Joe Biden, el exsenador y vicepresidente de Estados Unidos. A lo largo de sus cuarenta y siete años de carrera al servicio público, la mayoría de ellos como senador por Delaware, había dado pocos indicios de ser alguien capaz de sacar al país de una crisis. Era un hombre experimentado, leal y locuaz, pero no especialmente distinguido ni elocuente. Pocos podían señalar alguna ley que llevara su nombre o recordar algún discurso memorable que hubiera pronunciado. Era viejo, y parecía viejo. Su actuación en varios de los primeros debates de las primarias presidenciales fue pobre y no parecía ser capaz de estar a la altura de sus rivales más jóvenes y enérgicos sobre el escenario. Trump se mofaba de él llamándolo «El dormilón». Un número significativo de analistas y votantes interpretaron un defecto del habla que tenía desde la infancia como un síntoma de una demencia incipiente. Su deslucida actuación en los caucus de Iowa de enero de 2020, la primera prueba que afrontaron los demócratas que se postulaban para la nominación de 2020, confirmó las sospechas de muchos de que no era el hombre indicado para aquel puesto.

Pero entonces Biden resucitó su candidatura con una impresionante actuación en las primarias de Carolina del Sur en febrero de 2020, en gran parte gracias al voto de los afroamericanos. Aquella victoria, a su vez, impulsó a Biden a

imponerse en una retahíla de primarias de Supermartes en estados sureños a principios de marzo. La nominación era ahora suya. Pese a ello, muchos se sintieron atraídos hacia él no por su carisma, talento o estrategia política, sino porque se antojaba el único candidato demócrata capaz de frenar a Trump, ya que Biden era un moderado y podía apelar a los votantes que no depositarían su papeleta en favor de un socialista, un candidato de color o una mujer.

Dadas estas bajas expectativas, la actuación de Biden entre marzo de 2020 y marzo de 2021 fue toda una revelación. Se impuso a Trump el 3 de noviembre de 2020, derrotándolo tanto en voto popular como del Colegio Electoral. Y demostró un extraordinario entendimiento del momento político. Dejó claro que, a diferencia de Trump, era capaz de empatizar con los padecimientos que tantos estadounidenses estaban experimentando a causa de la pandemia. Durante toda su vida, Biden había sufrido tragedias personales.[33]Había aprendido a hablar en público de su pérdida y de su dolor, y de la capacidad de sobreponerse a ellos mediante el amor y la empatía, y también mediante la fe y la poesía. La Biblia y los poetas irlandeses de la patria de sus antepasados se habían convertido en las piedras angulares de su existencia. Le gustaba compartir versos bíblicos e irlandeses con quienes formaban parte de su vida. A lo largo de su proceso de recuperación, Biden había hecho acopio de un depósito de empatía al que era capaz de recurrir para consolar a otras personas que, como él, habían sufrido pérdidas.[34]De este modo, Biden resultó ser un hombre emocionalmente bien preparado para ayudar a otras personas a seguir adelante durante los tiempos de la COVID-19.[35]

Biden también entendía que Estados Unidos se hallaba en un punto de inflexión.[36]Había llegado a la conclusión de que la política demócrata que había heredado de Clinton y Obama había dejado de ser suficiente. Las convulsiones que Estados Unidos había experimentado en los doce años transcurridos desde la primera victoria de Obama en 2008 eran demasiado fuertes. Entre ellas se incluían la Gran Recesión y el largo sufrimiento económico derivado de esta tanto para la América blanca como para la negra;

el auge del populismo de derechas en el Partido Republicano; el daño que Trump había infligido al Gobierno y a la democracia estadounidenses, y, ahora, el peaje que se había cobrado la pandemia. Biden no dijo explícitamente que el orden neoliberal se estaba desmoronando. Pero había llegado a la conclusión de que una era de la política estadounidense había tocado a su fin y de que una nueva era despuntaba. El momento exigía, en su opinión, pensar con apertura de miras y actuar con osadía.

Al asumir el cargo en enero de 2021, Biden hizo que su personal propusiera múltiples iniciativas de calado en una cantidad y ambición que rivalizaban con las propuestas de Franklin Roosevelt que se aprobaron durante sus primeros cien días como presidente en 1933. Las iniciativas de Biden incluían una campaña de vacunación destinada a la inmensa mayoría de los estadounidenses adultos; un colosal plan de rescate de 1,9 billones de dólares para ayudar a personas y empresas a sobrevivir al colapso económico provocado por la pandemia; planes incluso más masivos de mejorar las infraestructuras sociales y físicas de Estados Unidos, con un coste combinado de entre 4 y 5 billones de dólares; importantes cambios en la legislación del derecho al voto para evitar que los estados pudieran interferir en la capacidad de las personas de color de depositar sus papeletas; una reforma global de la inmigración que colocaría a millones de personas indocumentadas en la senda de la ciudadanía y establecería la acción humanitaria como principio nuclear de la política migratoria del país, y diversos esfuerzos importantes por erradicar el racismo estructural de la vida en Estados Unidos.

Biden ni siquiera se aproximó al récord de Roosevelt de aprobar quince grandes disposiciones legislativas en 100 días; ningún presidente lo había hecho antes y es probable que ninguno vuelva a hacerlo. Pero Biden sí lanzó una enérgica campaña de vacunación y consiguió que el Congreso autorizara su plan de rescate de casi dos billones de dólares. Durante el curso del verano y entrado ya el otoño de 2021, Biden se aseguró la aprobación de ambos partidos de un plan de un billón de dólares para mejorar las infraestructuras físicas del país. Y, en noviembre de 2021, la

Cámara de Representantes, controlada por los demócratas, aprobó su plan de 1,75 billones de dólares para mejorar la «infraestructura social», un paquete múltiple que incluía créditos tributarios por hijos para permitir a los padres trabajadores proporcionar los cuidados adecuados a su prole, subsidios para ayudar a los trabajadores que cuidaban de la extensa población anciana de Estados Unidos, e inversiones en tecnología verde para impulsar un futuro libre de carbono para el país.[37]

Durante el primer año de presidencia de Biden, el gasto federal constituyó un porcentaje del PIB superior al de los días del propio New Deal, con niveles parecidos a los de la Segunda Guerra Mundial.[38]Combinadas, las propuestas de Biden representaban un llamativo distanciamiento de la Administración Obama, que siempre se había preocupado por equilibrar el gasto con los ingresos y por demostrar responsabilidad fiscal.

Este amplio y agresivo programa reflejaba, en parte, la integración de una izquierda renacida en el Gobierno de Biden. En verano de 2020, Biden había accedido a establecer seis «grupos de trabajo» conjuntos Biden-Sanders para estrechar lazos entre el centro y la izquierda dentro del Partido Demócrata.[39]Los planes que dearrollaron para la economía, la crisis climática y la justicia racial, entre otras materias, dieron forma al programa adoptado en la Convención del Partido Demócrata en agosto de 2020 y, a su vez, impulsaron las propuestas legislativas que Biden empezó a revelar poco después de asumir el cargo en enero de 2021. Estos grupos de trabajo permitieron a economistas insurgentes como Darrick Hamilton, de la New School, y Stephanie Kelton de la Stonybrook University, quienes promovían nuevos enfoques de la raza y la economía por un lado y de la teoría monetaria por el otro, influir en la incipiente administración. El acercamiento entre la izquierda y el centro también fundamentó las decisiones de Biden de incorporar a personas con un pensamiento político progresista a su grupo de expertos. Designó a Heather Boushey (expresidenta del Center for Equitable Growth) y a Jared Bernstein (un veterano del progresista Economic Policy Institute) para el Consejo de Asesores Económicos, y a la crítica de Amazon Lina Khan (de la Columbia

Law School) para presidir la Comisión Federal de Comercio. En septiembre de 2021 nombró a Saule Omarova, una profesora radical de la Cornell Law School, como responsable de la Oficina del Controlador de la Moneda. Un diálogo similar entre la izquierda y el centro del Partido Demócrata había caracterizado los buenos tiempos del New Deal. La existencia de este diálogo no indicaba que la izquierda estuviera ganando terreno, ni siquiera que su influencia en Biden fuera a perdurar. Las voces de la izquierda podían ignorarse, e incluso purgarse, como había ocurrido en la década de 1930; de hecho, Omarova fue víctima de una de estas campañas cuando republicanos y demócratas moderados aunaron esfuerzos para asegurarse de que su designación no fuera aprobada por el Senado. Aun así, pese al revés de Omarova, los partidarios de Sanders y Warren habían conseguido puestos en la mesa. Y, en cambio, el distinguido y anteriormente influyente economista neoliberal Lawrence Summers no.[40]

La proliferación de nuevas ideas políticas y de nuevos *think tanks*, el auge de grupos de activistas políticos estrechamente conectados y la emergencia del conjunto de revistas, canales de la televisión por cable, blogueros, pódcast y personas influyentes en las redes sociales con un pensamiento liberal de izquierdas sugería que un nuevo orden político progresista estaba cobrando forma. Pero aún se hallaba en sus fases formativas y, por consiguiente, era vulnerable. Todavía no estaba claro si habría suficientes donantes con los bolsillos llenos que dieran su apoyo al ascenso continuado de un orden político de esta índole si sus cabecillas continuaban amenazando con atacar la riqueza y el poder de Wall Street y Silicon Valley. Y tampoco estaba claro si Biden tendría la fuerza y el carisma suficientes para mantener unida esta coalición de centro-izquierda cuando aparecieran divisiones o cuando se produjeran eventos internos o internacionales ajenos a las ambiciones nucleares del presidente. Biden creía tener la entereza para capear estas situaciones. No obstante, su poca destreza a la hora de retirar a las fuerzas estadounidenses de Afganistán en agosto de 2021 sugirió a muchos estadounidenses que no era así.[41]

Además, Biden necesitaba superar al menos otros tres desafíos para convertir su victoria de 2020 en algo más duradero. El primero de ellos guardaba relación con la crisis climática que estaba provocando sequías, incendios forestales, huracanes e inundaciones, y con los consiguientes éxodos de refugiados que huían de lugares que habían dejado de ser habitables. Biden convirtió la aprobación de un New Deal Verde en un punto central de su agenda. Sin embargo, todavía no está claro si un líder elegido democráticamente podrá comandar niveles de apoyo popular suficientes para erradicar unos sectores industriales y unos modelos de vida a los que debe ponerse fin para poder contener el calentamiento global. El New Deal nunca afrontó una cuestión existencial de esta magnitud. Al contrario, construyó un orden político basado en la creencia de que las reservas energéticas de combustibles fósiles sostendrían el pleno empleo y una economía con altos salarios para siempre.[42]

El segundo desafío de Biden giraba en torno a la raza. Los votantes afroamericanos habían salvado la carrera presidencial de Biden acudiendo en gran número a votar por él en las primarias demócratas de Carolina del Sur en febrero de 2020. En las elecciones generales, Stacey Abrams, una activista del derecho al voto de Georgia y exlíder de las minorías en la Cámara de Representantes de Georgia, desempeñó un papel indispensable en darle su estado a Biden y en enviar a dos demócratas al Senado de Estados Unidos. Sin estos dos demócratas georgianos, Biden no habría conseguido tener la mayoría demócrata en la cámara alta del Congreso y probablemente su ambiciosa agenda legislativa habría sido desbaratada por la oposición republicana.

Biden creía haber compensado parte de su deuda a los votantes afroamericanos convirtiendo a Kamala Harris primero en su compañera de candidatura y luego ofreciéndole la oportunida de convertirse en la primera vicepresidenta afroamericana de la historia del país. Pero era un pago insuficiente, sobre todo habida cuenta de la magnitud de las protestas exigiendo justicia social desencadenadas por el asesinato de George Floyd a manos de la policía de Mineápolis el 25 de mayo de 2020. Floyd,

afroamericano, fue detenido aquel día acusado de entregar un billete falso de veinte dólares en un minisupermercado. Cuando cuatro agentes llegaron a la escena, lo redujeron y lo obligaron a tumbarse en el suelo. A continuación, un policía blanco, Derek Chauvin, utilizó una fuerza letal apoyando su rodilla en la nuca de Floyd durante nueve minutos interminables en los que hizo caso omiso de los repetidos gritos de Floyd diciendo que no podía respirar. En algún momento de esos nueve minutos, Floyd perdió la conciencia y murió. Transeúntes que pasaban por allí grabaron imágenes de la rodilla de Chauvin sobre la nuca de Floyd y las últimas súplicas de ayuda de Floyd.[43]

El vídeo de Chauvin-Floyd se hizo viral en las redes sociales y desencadenó un estallido de protestas que convocaron primero a miles y luego a millones de personas en ciudades grandes y pequeñas, del norte y del sur, del este y del oeste. Entre los manifestantes había blancos y latinos, además de negros, lo cual convirtió aquellas en las manifestaciones más diversas contra la injusticia y el terror racial de la historia de los Estados Unidos. Pancartas con el lema «Black Lives Matter» aparecieron por todas partes en los jardines y en las ventanas de casas y apartamentos, y el lema se pintó con tiza o espray en las calles de numerosas ciudades. Las protestas se prolongaron varias semanas. La mayoría de ellas fueron pacíficas, si bien la ira de los manifestantes resultaba palpable, como también ocurría con su convicción de que para erradicar el racismo de Estados Unidos se requería algo más que una reforma suave; hacía falta una acción drástica como «dejar sin fondos a la policía».[44]En algunos lugares, por ejemplo en Portland, Oregón, las protestas derivaron en violencia.

Biden no autorizó a «dejar sin fondos a la policía», una solución que consideraba peligrosa e inviable.[45]Pero sí entendió desde buen principio que no podía seguir haciendo lo que habían hecho repetidamente sus predecesores demócratas en el Despacho Oval: subordinar la justicia racial a otros asuntos más «acuciantes» o «importantes». Franklin Roosevelt se había negado a respaldar la legislación en favor de los derechos civiles por temor a ofender a los sureños blancos, un segmento fundamental de su coalición del

New Deal. Y Obama, a su propia manera y por motivos distintos, también se mostró reticente a apoyar una legislación específicamente dirigida a abordar la discriminación contra los negros.

Biden estaba decidido a explorar un camino distinto. Se convirtió en el primer presidente de la historia de Estados Unidos en utilizar la expresión «racismo estructural» en su discurso de investidura y en comprometerse a dar instrucciones a su Gobierno para hacer cuanto estuviera en su mano por eliminarlo. En la primera propuesta legislativa que firmó como presidente incluyó un programa para ayudar a los granjeros negros cuyas familias habían perdido propiedades a lo largo de generaciones debido a las prácticas abusivas de bancos y especuladores. Esta primera iniciativa se enmarcaba en un esfuerzo por dar respuestas prácticas a las «reparaciones» a los negros por el desposeimiento que habían padecido en Estados Unidos durante la esclavitud y una vez abolida esta.[46]

No obstante, quedaba por ver si Biden lograría aprobar una legislación específica para una raza y leyes destinadas a mejorar las circunstancias de todos los estadounidenses, incluidos los blancos de clase obrera (y simpatizantes de Trump) que también habían sufrido pobreza y explotación y a quienes Biden esperaba volver a recuperar para el redil del Partido Demócrata. Avanzar en ambos frentes de manera simultánea siempre había representado un desafío importante para los demócratas. Biden tenía edad suficiente para recordar la reacción violenta contra los programas de la Gran Sociedad de Lyndon Johnson por, supuestamente, priorizar las necesidades de los ciudadanos negros del país frente a las de los blancos. Los nuevos laboratorios de ideas y diarios con tendencias izquierdistas que habían brotado en la década de 2010 estaban repletos de ideas y de esperanza de abordar de manera simultánea los problemas de clase y de raza.[47]Pero la reacción adversa de los blancos seguía siendo una espada de Damocles sobre el incipiente orden político de Biden.

El tercer desafío de Biden radicaba en gobernar de manera valiente y fructífera contando con una representación precaria con

un Congreso dividido y en un momento en el que la democracia en sí se encontraba cada vez más bajo asedio en Estados Unidos. En las elecciones de 2020, al Partido Demócrata en sí no le había ido tan bien como al propio Biden. Había perdido escaños en la Cámara de Representantes en comparación con 2018, reduciendo su mayoría a una sola cifra. Y pese a ganar dos escaños en Georgia, los demócratas todavía tenían la mayoría más mínima en el Senado: 50, o 51 contando a Kamala Harris, autorizada como vicepresidenta a dar su voto en caso de empate. De manera que para aprobar cualquier ley a la que los republicanos se opusieran en bloque, Biden necesitaba contar con el apoyo de todos y cada uno de los senadores demócratas. Franklin Roosevelt, en cambio, había disfrutado de holgadas mayorías, 313 a 122 en la Cámara de Representantes y 58 a 37 en el Senado, durante sus dos primeros años en el cargo (1933-1935). Sus mayorías en el Congreso, de hecho, aumentaron con las elecciones de 1934. Franklin D. Roosevelt operaba en un universo político radicalmente distinto al universo en el que se movía Biden. Roosevelt podía prescindir de uno, dos o incluso más senadores contumaces. Pero Biden no. Biden se vio obligado a lidiar sistemáticamente con dos de ellos, Joe Manchin (por Virginia Occidental) y Kyrsten Sinema (Arizona), erigidos en sus archienemigos y en los enemigos más acérrimos de su programa político.

La negativa de Donald Trump a aceptar que había perdido las elecciones no hizo más que agudizar la precariedad que afrontaba Biden. En los días, semanas o incluso meses posteriores a los comicios, Trump no admitió su derrota. Y con ello rompió una tradición que se remontaba a la segunda mitad del siglo XIX y que tradicionalmente había ayudado a Estados Unidos a convertirse en un modelo de transferencia pacífica del poder de un dirigente electo a otro.

Trump estaba convencido de que, en realidad, no había perdido las elecciones, sino que se habían añadido millones de papeletas falsas a los totales de Biden, mientras que millones de papeletas «reales» se habían sustraído de la suma total de sus votos. Trump se obsesionó con exponer la perfidia supuestamente

subyacente a los resultados de las elecciones anunciados el 3 de noviembre. Durante el resto de su presidencia, presentó demandas espurias en estado tras estado impugnando los votos totales y exigiendo recuentos y auditorías.[48]A medida que la gran mayoría de sus impugnaciones iban desestimándose una tras otra, Trump alentó a sus simpatizantes a presentarse en Washington, D. C. el 6 de enero de 2021, cuando el Congreso se reunía para certificar los resultados de los electores de cincuenta estados. La sesión del 5 de enero era un mero procedimiento ceremonial, una oportunidad para que el Congreso hiciera lo que había hecho después de cada elección presidencial desde hacía más de dos siglos: dar su sello de aprobación al aspirante presidencial que había ganado el Colegio Electoral. Pero Trump había convencido a sus seguidores y a un grupo considerable de senadores y congresistas republicanos de que el Congreso todavía podía intervenir para alterar los resultados de las elecciones y concederle el segundo mandato que creía merecer.

Decenas de miles de partidarios de Trump viajaron a Washington para acudir a la concentración del 6 de enero; varios miles de ellos, a instancias de Trump, irrumpieron en el Capitolio. La policía del Capitolio no estaba preparada y enseguida se vio sobrepasada por la turba de simpatizantes de Trump decididos a entrar a la fuerza en el edificio costara lo que costase. Trump parecía maravillado por las escenas de algarabía y violencia en Capitol Hill que retransmitían las pantallas de los televisores que veía desde la seguridad de la Casa Blanca. Como había ocurrido con la mayoría de sus iniciativas como presidente, su golpe de Estado estaba mal planeado. Fracasó, se restableció el orden, el Congreso certificó los resultados de las elecciones aquella noche y Trump abandonó la Casa Blanca la mañana del 20 de enero. Biden fue investido presidente pocas horas después.[49]

El Congreso y sus dirigentes demostraron valentía y resolución a la hora de completar la transición entre las presidencias en circunstancias tan adversas. Pero el trauma personal y político desencadenado por los acontecimientos del 6 de enero no resultó tan fácil de superar. La profanación del Capitolio

por parte de los simpatizantes de un presidente en ejercicio no tenía precedentes en la historia de Estados Unidos. La turba de Trump había perdido los estribos, había provocado daños en el edificio, había golpeado en la cabeza a agentes de policía con extintores de incendios, habría roto numerosas ventanas y había saqueado despachos. Un grupo de amotinados, incluido un individuo vestido de vikingo, tomaron la Cámara del Senado. Otros asaltantes persiguieron a congresistas, senadores y senadoras y a un vicepresidente por quien se les había inclucado el desprecio y a quien habían recibido instrucciones de lastimar si le daban caza. Trump no demostró remordimientos por la furia y la violencia que había desencadenado. Al contrario, parecía envalentonado por los eventos del 6 de enero y decidido a formar lo que parecía un Gobierno en el exilio en Mar-a-Lago como primer paso en su senda para recuperar el poder.

Estos hechos subrayaron lo peligroso que puede ser el desmantelamiento de un orden político. En la estela del golpe de Estado, millones de estadounidenses se sorprendieron planteándose lo impensable: que la democracia de su país pudiera no sobrevivir a Trump. El golpe de Estado del 6 de enero había fracasado; el siguiente, temían muchos ciudadanos, tal vez no lo hiciera. Si tenía que emerger un nuevo orden político, también podía hacerlo desde la derecha y partir de unos preceptos autoritarios.[50]Podía ser profundamente iliberal y su carácter democrático podía ser una mera fachada, no muy distinta a la que hacía pasar por democracias a Rusia y Turquía.

Al menos un hombre contemplaba la debacle de Estados Unidos con una satisfacción considerable. Tal vez los estadounidenses se hubieran olvidado de la Guerra Fría, pero Vladímir Putin no lo había hecho. Putin entendía que el orden neoliberal que Trump se había esforzado tanto por socavar era el mismo cuyo ascenso en la década de 1980 y principios de la de 1990 había desencadenado la desintegración de la Unión Soviética. ¿Qué podía ser mejor para Putin que contemplar, treinta años más tarde, el desmoronamiento del orden político que había causado la mayor humillación a Rusia? El hecho de que Putin hubiera tenido

un papel en proyectar sobre Estados Unidos lo que se antojaba un futuro sombrío (se había inmiscuido en la campaña electoral de 2016 con la intención de impulsar a Trump a la victoria) seguramente solo aumentaba su satisfacción.

Por supuesto, Putin no había sido quien había creado a Trump ni su movimiento para «devolver la grandeza a América». Trump era un producto casero de un orden político que, a juicio de la mayoría de los estadounidenses, tanto de izquierdas como de derechas, había fracasado. El orden neoliberal que había priorizado el libre mercado mundial y la libre circulación de personas había dejado rezagados a muchos ciudadanos. Había favorecido a los mercados bursátiles olvidándose de las personas de a pie; había tolerado niveles extremos de desigualdad; había ignorado el problema de la encarcelación masiva y de la pérdida masiva de riqueza que habían experimentado las personas de las minorías con viviendas en propiedad tras la crisis de 2008-2009, y había legitimado una guerra en Irak que Estados Unidos no tenía motivos para librar y luego el insensato y fracasado intento neoliberal de reconstruir Irak, que había tenido el efecto de extender la miseria a gran parte de Oriente Medio. El malestar en Estados Unidos se palpaba ya años antes de que Trump saltara a la palestra política. No sorprende, por tanto, que un maestro manipulador del dolor y del resentimiento emergiera en este momento.

La labor de Trump desmontando el orden neoliberal había insuflado en otros, incluida a una izquierda renacida, esperanzas en que el futuro político que anhelaban para Estados Unidos pudiera estar a su alcance. Biden tenía grandes expectativas para Estados Unidos. Entendía que su país y el mundo entero se hallaban en un punto de transición crucial. Durante gran parte de su primer año, Biden creyó que podía ejercer el liderazgo dinámico y atrevido que el momento exigía.

Pero el poder político de Biden reposa sobre juncos frágiles y espigados. Para construir un orden político que proporcione beneficios a Estados Unidos durante años y décadas por venir, Biden necesitaría al menos retener en 2022 y 2024 las débiles mayorías en la Cámara de Representantes y en el Senado que

obtuvo en 2020, y luego ganar la reelección a la presidencia para él mismo o para la persona que lo suceda en 2024.[51] ¿Imposible? En absoluto. La política estadounidense tiene una dilatada historia de dirigentes, ideas, políticas, coaliciones y elecciones que han desafiado todas las apuestas y todos los análisis de los expertos. Pero establecer un nuevo orden político no es nunca una tarea simple ni fácil. Los estadounidenses deben aceptar la posibilidad de que vivirán entre las ruinas del otrora alabado orden neoliberal durante un largo tiempo.[52]

De hecho, como con todos los órdenes políticos caídos, habrá estructuras —ideológicas e institucionales— que sobrevivan y prolonguen de alguna manera la vida del neoliberalismo. Varios gobernadores republicanos, como Ron DeSantis por Florida, están decididos a mantener en alto el estandarte de la desregulación, promoviéndola como la mejor ruta hacia un futuro de libertad personal. Pero una victoria presidencial de DeSantis o de alguien como él en 2024 tiene pocas probabilidades de desencadenar una restauración directa de un orden neoliberal. Es más probable que comporte una profundización de la configuración política que fusiona elementos del neoliberalismo con aspectos del populismo del Partido Republicano al estilo de Trump.

En la misma línea, la financierización arraigada de la economía estadounidense no ofrece ninguna garantía de que vaya a restaurarse un orden neoliberal en breve. Los bancos centrales en Estados Unidos y en el resto del mundo crecieron más y acumularon más poder en la estela de la Gran Recesión y continúan desempeñando un papel clave en la modelación de la economía. Jerome Powell, el presidente designado por Trump para suceder a Janet Yellen al frente de la Reserva Federal, ejerció el poder del organismo con decisión en respuesta al colapso económico inducido por la pandemia en 2020. La rapidez y la amplitud de sus acciones fueron equiparables a las desplegadas por Ben Bernanke en respuesta a la Gran Recesión. Ambos rompieron de manera decisiva con la reticencia al estilo de Greenspan de interferir en el funcionamiento «natural» de los mercados.

Los bancos centrales como la Reserva Federal suelen verse

como una forma de gobierno de la élite, mucho más inclinados a proteger los intereses del capital y del accionariado que los de los ciudadanos corrientes. Las acciones de la Reserva Federal en 2020 y 2021 pueden validar esta postura, si resulta que los activos de las instituciones y las personas ricas de Estados Unidos se engrosaron con las políticas de dinero fácil adoptadas en la era COVID-19 por la Reserva Federal mientras que no sucedió así con la ciudadanía general, con el consiguiente ensanchamiento del abismo entre ricos y pobres. Pero las intervenciones de Powell en la economía en 2020 también pueden marcar un distanciamiento de las políticas tradicionales de la Reserva Federal, como demuestra su respaldo a las inmensas ayudas gubernamentales a las pequeñas empresas, los parados, las familias necesitadas de apoyo para la crianza de sus hijos y el alivio de las personas incapaces de pagar el alquiler. Por supuesto, no fue la Reserva Federal quien diseñó estas políticas, sino el Congreso. Pero Powell señaló que este tipo de acciones eran esenciales para el bienestar económico del país e instó al Congreso a aprobarlas con celeridad. Con su aliento, el Gobierno federal hizo más por ayudar a los ciudadanos estadounidenses corrientes en la estela de la pandemia de lo que había hecho tras la Gran Recesión de 2008. La escala de las ayudas no solo alivió a decenas de millones de personas, sino que además, en cierto sentido, empezó a alterar la balanza de poder entre los pobres y los ricos en la sociedad estadounidense. Muchos pobres perdieron sus empleos durante los primeros dieciocho meses de pandemia y un número importante de quienes conservaron sus puestos de trabajo se sintieron autorizados a exigir aumentos salariales y otras mejoras de sus condiciones laborales. Así, el movimiento obrero estadounidense empezó a dar muestras de vigor tras décadas de inutilidad. A finales de 2021, los salarios de las capas de renta más bajas habían empezado a aumentar a mayor ritmo que los de las rentas altas. Y hacía cuarenta años que no sucedía algo así.[53]

¿Es posible entonces vislumbrar tras las acciones de la Reserva Federal la emergencia de una nueva política de las finanzas públicas? De ser así, ello está teniendo lugar mediante la ampliación de los poderes de la Reserva Federal, en lugar de con su

limitación, y también mediante el despliegue de sus acciones en beneficio de un franja más transversal y amplia de estadounidenses. Es demasaido pronto para saber si esta reorientación de la Reserva Federal durará. En los años venideros, el papel tradicional de la Reserva Federal como puntal del imperio de las élites financieras podría restaurarse, y los halcones de la inflación sin duda alguna pugnarán por corregir su curso en este sentido. Pero incluso si se produce dicha restauración, no debería distraernos de la importancia de este momento, un momento en el que la continuidad institucional podría estar camuflando un cambio sustantivo en el carácter político de un organismo gubernamental clave.[54]

La supervivencia de aspectos culturales del neoliberalismo tampoco ofrece garantías de que el orden neoliberal esté sano y salvo. Cultivar a los «emprendedores de sí mismos» ha sido durante mucho tiempo un rasgo fundamental del orden neoliberal y no da señales de debilitamiento. Este principio se ha manifestado en los emprendedores de Silicon Valley y en los gestores de fondos de cobertura de Wall Street que se venden como los «amos del universo»; en los centenares de miles de propietarios de automóviles que respondieron a la convocatoria de Uber y Lyft de convertirse en «empresarios» de pleno derecho ejerciendo su «libertad para elegir» cuándo y durante cuánto tiempo querían conducir sus coches privados utilizándolos como taxis; en los movimientos «analíticos» del béisbol y otros deportes que buscan esculpir el rendimiento de los deportistas mediante un sistema mucho más sistemático de las aportaciones y salidas humanas del que se ha intentado nunca en el pasado, y en la obsesión de millones de personas con calcular constantemente los pasos que han caminado, los kilómetros que han corrido, las calorías que han consumido y la energía que han quemado. Decenas de millones de personas se sumen a diario en infinitos cálculos para determinar su (im)popularidad en Twitter, Facebook e Instagram. Nunca ha habido tantas personas preocupadas por someterse a sí mismas a un escrutinio constante.

La revolución de las tecnologías de la información, otro

aspecto clave del orden neoliberal, posibilitó este fenómeno de la medición y el recuento perpetuos. En los utópicos años noventa, el conocimiento de uno mismo que propició esta revolución se ensalzaba como revelador, por cumplir la promesa neoliberal de la libertad y la emancipación personales. Ahora que la utopía tecnológica de las décadas de 1990 y 2000 ha desaparecido, el imperativo del cálculo que ha permanecido se ha convertido tanto en un mecanismo para la tiranización de uno mismo (con el implacable requerimiento de hacerlo mejor o de ser mejor) cuanto para realizar el pleno potencial de cada persona. Todavía no ha ganado tracción ningún movimiento político que proponga liberar a las personas de esta tiranía del autoescrutinio, pero quizá aparezca un visionario con una imaginación como la de Stewart Brand y haga un llamamiento a liberar la conciencia humana de los grilletes impuestos por las tecnologías.

La mera supervivencia de elementos de un orden no debería confundirse con la supervivencia de dicho orden. La Seguridad Social sigue siendo una política de bienestar popular en Estados Unidos casi noventa años después de que el New Deal le diera vida. Sin embargo, el orden del New Deal del cual fue parte esencial hace mucho que desapareció. Vestigios del orden neoliberal permanecerán con nosotros durante años, quizá durante décadas. Pero el orden neoliberal en sí está roto.

Un orden político debe tener la capacidad de modular las ideas nucleares de la vida política. Y debe ser capaz de hacerlo no solo para los partidarios más enardecidos de un partido político, sino para personas de todo el espectro político. El orden del New Deal vendió a una gran mayoría de los estadounidenses la propuesta de que un Estado central podía gestionar una economía capitalista dinámica pero peligrosa en el interés público. Y el orden neoliberal convenció a una gran mayoría de los estadounidenses de que los mercados libres desembarazarían al capitalismo de los controles estatales innecesarios y propagarían la prosperidad y la libertad personal entre todos los estadounidenses y luego al mundo entero. En la actualidad, ninguna de estas propuestas cuenta con el apoyo o la autoridad que poseyeron en el pasado. Reinan el

desorden político y la disfunción. Qué pasará a continuación es la pregunta más acuciante que afrontan ahora Estados Unidos y el mundo entero.

Agradecimientos

La idea de este libro surgió en una conferencia celebrada en 2015 en la Universidad de California, Santa Bárbara, con ocasión del 25.º aniversario de *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980*. El libro fue cobrando forma durante una serie de talleres sobre el trabajo y la desigualdad que tuvieron lugar en Cambridge, Oxford y Harvard entre 2016 y 2017. Y adquirió cuerpo en un grupo de estudio de posgrado sobre el neoliberalismo en 2018 y 2019 en Cambridge. La inspiración definitiva llegó en 2018, en una conferencia en Seattle que se atrevió a imaginar una política más allá de la era neoliberal. Estoy profundamente en deuda con los organizadores de todos estos eventos: Nelson Lichtenstein, Alice O'Connor, Jennifer Hochschild, Desmond King, Daniel Coleman, Richard Saich, Angus Burgin, Steven Teles y Heather Boushey (y el Center for Equitable Growth).

Expuse por primera vez mis primeras ideas sobre *Auge y caída del orden neoliberal* en una conferencia en la Royal Historical Society en 2017 y fui refinándolas para otras dos ponencias, una en Oxford y la otra en la Universidad de Chicago. Los comentarios que recibí a partir de esas conferencias y de las publicaciones que se derivaron fueron sumamente útiles y alentadores. Me gustaría dar las gracias por sus comentarios, en especial, a Sven Beckert, Margot Canaday, Liz Clemens, Liz Cohen, Nancy Cott, Gareth Davies, Steve Fraser, Art Goldhammer, Joel Isaac, Alex Jacobs, Ira Katznelson, Russ Kazal, Desmond King, Robert Kuttner, Jonathan Lear, Jon Levy, Nelson Lichtenstein, Peter Mandler, Lisa McGirr, William Novak, Alice O'Connor, Christopher Phelps, Daniel Rowe, Barbara Savage, Steve Sawyer, Stephen Skowronek, Adam Smith y Jim Sparrow. También deseo dar las gracias a Cambridge University Press por su generosa política de autorizarme a

reproducir en este libro fragmentos de un artículo que apareció originalmente en 2018 en *Transactions of the Royal Historical Society*.

Tenía previsto presentar un capítulo clave de este libro (capítulo 3) en la Reunión Anual de 2020 de la Organización de Historiadores Estadounidenses. Cuando la pandemia imposibilitó dicha presentación, tres de los analsitas que iban a participar en la sesión accedieron amablemente a realizar un taller privado conmigo a través de Zoom. Angus Burgin, Melinda Cooper y Quinn Slobodian aportaron opiniones eruditas y penetrantes. Margot Canaday e Ira Katznelson hicieron sus aportaciones posteriormente, con su propia lectura crítica del capítulo. No estoy seguro de haber abordado todas las preocupaciones de estos lectores, pero sus comentarios me ayudaron a elevar mi pensamiento sobre la genealogía del liberalismo y el neoliberalismo a un nivel superior.

En Cambridge he tenido el privilegio de formar parte de un grupo asombrosamente robusto y comprometido de americanistas, incluidos entre ellos Andrew Preston, Sarah Pearsall (recientemente incoporada a Johns Hopkins), Nick Guyatt, Julia Guarneri, Bobby Lee y John Thompson; así como los profesores visitantes de Pitt Margaret Jacobs, Barry Eichengreen, Ira Katznelson, Heather Thompson, Naomi Lamoreaux, Kathleen Brown y Theresa Singleton; los galardonados con una beca Mellon Stephen Mawdsley, Seth Archer, Emma Teitelman y Emily Snyder; la talentosa selección de jóvenes investigadores que año tras año animan y reponen nuestras filas; y el enérgico Seminario sobre Historia de Estados Unidos de Cambridge, que ha sobrevivido a huelgas, tormentas y a una pandemia.

Más allá de las filas de historiadores estadounidenses, quiero dar la gracias a los siguientes colegas de Cambridge: Peter Mandler, mi fiel amigo y camarada; Joel Isaac (ahora en la Universidad de Chicago), Saul Dubow y Eugenio Biagini, coeditores y coautores de proyectos que abordan temas similares a los que yo exploro en estas páginas; a David Runciman, Helen Thompson y Catherine Carr, todos ellos de *Talking Politics*, con

quienes he pasado muchas horas estimulantes cuestionándonos los misterios y las paradojas de la política estadounidense; y a los compañeros y el personal del Sidney Sussex College, que me han acogido en su comunidad estos últimos ocho años.

También quiero saludar a mis estudiantes de grado y de investigación en Cambridge, cuyas perspicades preguntas y sofisticados ensayos acerca de la historia de Estados Unidos me han mantenido en alerta. Todos los integrantes de mi grupo estelar de estudiantes pasados y presentes de posgrado en Cambridge merecen ser nombrados: Sveinn Jóhannesson, Katherine Ballantyne, Eric Cervini, Merve Fejzula, Ruth Lawlor, Huw Batts, Rob Bates, Clemency Hinton, Lewis Defrates, Jeanine Quené, Yasmin Dualeh, Richard Saich, Daniel Coleman, Kristian Dekatris, Marie Puységgur, Rob O'Sullivan, Sybill Chen, Fergus Games y Hugh Wood. Algunos de estos jóvenes historiadores ya han empezado a dejar su impronta en la profesión y otros comenzarán a hacerlo en breve. Richard Saich merece un agradecimiento especial por ofrecerme una ayuda oportuna y esencial para poder cumplir los plazos de la editorial.

Mi asistente de toda la vida, Jonathan Goodwin, ha aportado a este proyecto años de investigación y comentarios críticos indispensables. Jonathan, tu ayuda tiene para mí un valor incalculable, tanto en las grandes cosas como en las pequeñas. Nunca te la agradeceré suficiente.

En diversos momentos a lo largo de la historia de este libro, Angus Burgin ha aparecido y me ha permitido aprovechar sus conocimientos, su experiencia y su sagacidad. Andrew Preston me aportó conocimientos esenciales sobre relaciones internacionales para el capítulo 6. Una larga conversación con Joseph Stiglitz acerca del tiempo que pasó en la Administración Clinton me permitió profundizar en mis conocimientos de la política estadounidense de la década de 1990. También deseo dar las gracias a Andrew Marantz del *New Yorker* y a Amana Fortunella-Khan de *The Guardian* por presentar mi trabajo sobre el neoliberalismo y los órdenes políticos a un público más amplio y generar con ello valiosas críticas que han dejado huella en este

libro.

Estoy profundamente agradecido a mi agente, Sarah Chalfant. Su profesionalidad es formidable. Sus comentarios incisivos y meditados sobre mis capítulos me ayudaron a acortar la distancia entre lo que estaba escribiendo y cómo quería que fuera este libro. Todas las fases de este proyecto se han beneficiado de su implicación. Gracias también a sus socias en Wylie, Rebecca Nagel y Emma Smith.

Dave McBride ha sido un corrector sensacional. Su erudición es inmensa, tiene un criterio fundamentado y sus intervenciones en la edición del texto han sido de una precisión intachable. En momentos clave de la gestación y el desarrollo de este libro, ha actuado de manera decisiva y eficiente. Dave es un hombre ocupado en Oxford y, pese a ello, siempre ha tenido la puerta abierta para mí. Ha contribuido a que este libro sea mucho mejor.

Quiero expresar también mi agradecimiento al resto del equipo transatlántico de Oxford: la coordinadora de producción Emily Benitez, el editor de producción Jeremy Toynbee, el corrector ortotipográfico Patterson Lamb, el director de arte sénior Brady McNamara, la directora de publicidad y *marketing* Jocelyn Cordova y las publicistas Amy Packard Ferro y Kate Shepherd.

No puedo dejar de dar las gracias por las siete revisiones anónimas que recibí a través de Oxford, cuatro de la propuesta original del libro y tres de una versión prácticamente definitiva del manuscrito. A los autores de estas revisiones: espero que logréis discernir en la versión final los cambios que han comportado vuestras aportaciones.

Steve Fraser y yo nos conocimos en 1986 en un restaurante del centro de Manhattan; al final de las dos horas que pasamos comiendo y celebrando el éxito pasajero de nuestro maldito equipo de béisbol, Queens, habíamos esbozado el libro que sería *The Rise and Fall of the New Deal Order*. Sin aquel encuentro, aquel libro y las décadas de colaboración y amistad a las que ha dado lugar, *Auge y caída del orden neoliberal* habría sido mucho más difícil de imaginar y de escribir.

Otros varios amigos de toda la vida también han hecho

aportaciones destacables a este libro. David Casey, Chuck Lane y Michael Kazin me proporcionaron comentarios sagaces sobre ideas clave, me salvaron de errores potencialmente bochornosos y me ayudaron a conseguir que el manuscrito cruzara la línea de meta. Les estoy agradecido sobre todo por su amistad, por su soberbio intelecto y por las conversaciones sobre historia y política de Estados Unidos que se prolongan ya desde hace décadas.

Mi mayor deuda es con mi familia, o «la cuadrilla de la cena de Gary»: mi amor de toda la vida, Liz (la dinamo imparable de la cuadrilla), mis hijos Danny y Sam, mis nueras Aimee y Aliza, y la mascota de la familia, Oliver. Durante el primer año espantoso de la pandemia, nuestra casa de verano se convirtió en un refugio familiar, un lugar donde nos reunimos para vivir, trabajar, hablar, salir de excursión, ver películas, leer, escribir, hacer bicicleta, cocinar, comer, cocinar y comer un poco más. Quiero dar las gracias a todos los miembros de esta cuadrilla por su amor, energía, pasión y perspicacia. Y por darme a conocer día a día que un mundo nuevo y un mejor futuro para Estados Unidos está cobrando forma. Este libro es para ellos y para ese futuro.

Notas

1. Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989). Véanse también: Gary Gerstle, Nelson Lichtenstein y Alice O'Connor, «Introduction», en Gerstle, Nelson Lichtenstein y Alice O'Connor (eds.), *Beyond the New Deal Order: U.S. Politics and Society from the Great Depression to the Great Recession* (Filadelfia, Pensilvania: University of Pennsylvania Press, 2019), pp. 1-16; Gerstle, «America's Neoliberal Order», en Gerstle, Lichtenstein y O'Connor (eds.), *Beyond the New Deal Order*, pp. 257-278, y Gary Gerstle, «The Rise and Fall (?) of the Neoliberal Order», *Transactions of the Royal Historical Society* 28 (2018), disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/transactions-of-the-royal-historical-society/article/abs/rise-and-fall-of-americas-neoliberal-order/8A1A9D4E2E1ABBB04D39055D35F9AA51>, consultado el 26 de septiembre de 2021. Para consultar un intento paralelo de ampliar nuestra manera de concebir la era política en Estados Unidos, véase Stephen Skowronek, *Presidential Leadership in Political Time: Reprise and Reappraisal*, 3.ª ed. (2008, Lawrence: University of Kansas Press, 2020).

2. Puede leerse una introducción al pensamiento conservador en Jerry Z. Muller (ed.), *Conservatism: An Anthology of Social and Political Thought from David Hume to the Present* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1997); Andrew Bacevich (ed.), *American Conservatism: Reclaiming an Intellectual Tradition* (Nueva York: Library of America, 2020), y Corey Robin, *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump* (trad. de Daniel Gascón; Madrid: Capitán Swing, 2020).

3. El proceso de traer a un primer plano la transformación económica de finales del siglo XX ya está en marcha. Véanse Adam Tooze, *Crash: cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo* (trad. de Yolanda Fontal Rueda, Efrén del Valle Peñamil y Gonzalo García; Barcelona: Editorial Crítica, 2018); Adam Tooze, *Shutdown: How Covid Shook the World's Economy* (Nueva York: Viking, 2021); Binyamin Appelbaum, *The Economists' Hour: False Prophets, Free Markets, and the Fracture of Society* (Nueva York: Little Brown and Company, 2019); Zachary D. Carter, *The Price of Peace: Money, Democracy, and the Life of John Maynard Keynes* (Nueva York: Random House, 2020); Lawrence R. Jacobs y Desmond King, *Fed Power: How Finance Wins* (2016; Nueva York: Oxford University Press, 2021); Jonathan Levy, *Ages of American Capitalism: A History of the United States* (Nueva York: Random House, 2021); Margaret O'Mara, *The Code: Silicon Valley and the Remaking of America* (Nueva York: Penguin Books, 2019), y Romain Huret, Nelson Lichtenstein y Jean-Christian Vinel (eds.), *Capitalism Contested: The New Deal and Its Legacies* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2020).

4. El autor de este libro, Gary Gerstle, utiliza repetidamente esta expresión empleada por Adam Smith en el capítulo 2 del Libro I de *La riqueza de las naciones. (N. de la t.)*

5. Este argumento aparece en numerosas obras sobre neoliberalismo. Véanse, por ejemplo, los artículos siguientes: William Davies, «What Is "Neo" About Neoliberalism?», *New Republic*, 13 de julio de 2017, disponible en: <https://newrepublic.com/article/143849/neo-neoliberalism>, consultado el 10 de junio de 2021, y «The New Neoliberalism», *New Left Review* 101 (septiembre-octubre de 2016), disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii101/articles/william-davies-the-new-neoliberalism>, consultado el 10 de junio de 2021. Véase también William Davies, *The Limits of Neoliberalism: Authority, Sovereignty, and the Logic of Competition* (2015, Londres: SAGE, 2017).

6. Véase William J. Novak, «The Myth of the Weak American State», *American Historical Review* 113 (junio de 2008), pp. 752-772. Véanse también las respuestas al debate abierto por Novak: John Fabian Witt, «Law and War in American History», *American History Review* 115 (junio de 2010), pp. 768-778; Gerstle, «A State Both Strong and Weak», *American Historical Review* 115 (junio de 2010), pp. 779-785; Julia Adams, «The Puzzle of the American State... and Its Historians», *American Historical Review* 115 (junio de 2010), pp. 786-791, y la réplica de Novak: William J. Novak, «Long Live the Myth of the Weak State? A Response to Adams, Gerstle and Witt», *American Historical Review* 115 (junio de 2010), pp. 792-800; William J. Novak, *The People's Welfare: Law and Regulation in Nineteenth-Century America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996); R. M. Bates, «Government by Improvisation? Towards a New History of the Nineteenth Century American State», *Journal of Policy History* 33 (2021), disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/journal-of-policy-history/article/abs/government-by-improvisation-towards-a-new-history-of-the-nineteenth-century-american-state/80DAFA991E456F52C82B224E5D2B5B40>, consultado el 6 de septiembre de 2021; Gary Gerstle, *Liberty and Coercion: The Paradox of American Government from the Founding to the Present* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015); Stephen Skowronek, *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacity, 1877-1920* (Nueva York: Cambridge University Press, 1982); Brian Balogh, *A Government Out of Sight: The Mystery of National Authority in Nineteenth Century America* (Nueva York: Cambridge University Press, 2009), y James T. Sparrow, Stephen W. Sawyer y William J. Novak (eds.), *Boundaries of the State in US History* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2015).

7. Véanse, por ejemplo: F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad: antología* (trad. de José-Vicente Torrente; Madrid: Alianza Editorial 2022), y Milton Friedman, *Capitalismo y libertad: ensayos de política monetaria* (Madrid: Editorial Síntesis, 2012).

8. Hasta recientemente, muchos historiadores se han mostrado reticentes a utilizar el término «neoliberal» en sus textos sobre la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, esa reticencia parece en franco retroceso. Sobre este escepticismo inicial y debates acerca del mismo, véanse Daniel Rodgers, «The Uses and Abuses of "Neoliberalism"», *Dissent* (invierno de 2018), disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/article/uses-and-abuses-neoliberalism-debate>, y «Debating the Uses of Abuses of "Neoliberalism": A Forum», con comentarios de Julia Ott, Nathan Connolly, Mike Konczal y Timothy Shenk, y la réplica de Daniel Rodgers, *Dissent*, 22 de enero de 2018, disponible en: <https://www.dissentmagazine.org/online_articles/debating-uses-abuses-neoliberalism-forum>, consultado el 28 de septiembre de 2021. Véase también: Kim Phillips-Fein, «The History of Neoliberalism», en Brent Cebul, Lily Geismer y Mason B. Williams (eds.), *Shaped by the State: Toward a New Political History of the Twentieth Century* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2019), pp. 347-362; Rajesh Venugopal, «Neoliberalism as Concept», *Economy and Society* 44 (mayo de 2015), pp. 165-187, y Angus Burgin, «The Neoliberal Turn», ensayo inédito en posesión del autor.

Algunos de los mejores estudios sobre neoliberalismo escritos por historiadores son: Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets Since the Depression* (Cambridge, Massachusetts: Harvard, 2012); Quinn Slobodian, *Globalistas* (trad. de Paula Zumalacárregui; Madrid: Capitán Swing, 2021), y Amy C. Offner, *Sorting Out the Mixed Economy: The Rise and Fall of Welfare and Developmental States in the Americas* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2019).

Hay abundante literatura sobre neoliberalismo escrita por teóricos políticos y científicos sociales. Algunas obras importantes son: Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979)* (trad. de Horacio Pons; Madrid: Akal, 2009); David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism* (Nueva York: Oxford University Press, 2005); Jamie Peck, *Constructions of Neoliberal Reason* (Nueva York: Oxford University Press, 2010); Wendy Brown, *El pueblo sin atributos: Neoliberalism's Stealth Revolution* (Nueva York: Zone Books, 2015); Melinda Cooper, *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism* (Nueva York: Zone Books, 2017); Monica Prasad, *The Politics of Free Markets: The Rise of Neoliberal Economic Policies in Britain, France, Germany, and the United States* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2006); Monica Prasad, *Starving the Beast: Ronald Reagan and the Tax*

Cut Revolution (Nueva York: Russell Sage Foundation, 2018); Greta R. Krippner, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012); Mark Blyth, *Austerity: The History of a Dangerous Idea* (Nueva York: Oxford University Press, 2013); Philip Mirowski y Dieter Plehwe (eds.), *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009); Loïc Wacquant: *Punishing the Poor: The Neoliberal Government of Social Insecurity* (Durham, Carolina del Norte: Duke University Press, 2009); Davies, *The Limits of Neoliberalism*; Pierre Dardot y Christian Laval, *The New Way of the World: On Neo-Liberal Society*, trad. de Gregory Elliott (2009; Nueva York: Verso, 2013), y Jonathan Hopkin, *Anti-System Politics: The Crisis of Market Liberalism in Rich Democracies* (Nueva York: Oxford University Press, 2020). Algunas antologías recientes interesants sobre neoliberalismo son: Damien Cahill, Melinda Cooper, Martijn Konings y David Primrose (eds.), *The SAGE Handbook of Neoliberalism* (Londres: SAGE Publications, 2018), y Jamie Peck y Nik Theodore (eds.), *Neoliberalism's Authoritarian (Re)Turns,* número especial de *South Atlantic Quarterly* 118 (abril de 2019).

9. Nancy MacLean, *Democracy in Chains: The Deep History of the Radical Right's Stealth Plan for America* (Nueva York: Penguin Books, 2017); Slobodian, *Globalistas*; Wacquant, *Punishing the Poor*; Jane Mayer, *Dinero oscuro: la historia oculta de los multimillonarios escondidos detrás del auge de la extrema derecha norteamericana* (Barcelona: Debate, 2018); Mirowski y Plehwe (eds.), *The Road from Mont Pelerin*; Wolfgang Streek, *How Will Capitalism End*? (Nueva York: Verso, 2016).

10. Goodman, *Problemas de la juventud en la sociedad organizada* (Barcelona: Edicions 62, 1975); Declaración de Port Huron, 1962, Sixties Project, disponible en: <http://www2.iath.virginia.edu/sixties/HTML_docs/Resources/Primary/Manifestos/SDS_Port_Huron.htm>, consultado el 9 de septiembre de 2021. Las aportaciones de la nueva izquierda al neoliberalismo han pasado en gran medida desapercibidas. Algunas obras recientes que apuntan en esta dirección son: Paul Sabin, «Environmental Law and the End of the New Deal Order», en Gerstle, Lichtenstein y O'Connor (eds.), *Beyond the New Deal Order*, y Reuel Schiller, «Regulation and the Collapse of the New Deal Order, or How I Learned to Stop Worrying and Love the Market», en Gerstle, Lichtenstein y O'Connor (eds.), *Beyond the New Deal Order*, pp. 186-203 y 168-185; Paul Sabin, *Public Citizens: The Attack on Big Government and the Remaking of American Liberalism* (Nueva York: W. W. Norton, 2021); Lily Geismer, «Agents of Change: Microenterprise, Welfare Reform, the Clintons, and Liberal Forms of Neoliberalism», *Journal of American History* 107 (junio de 2020), pp. 107-131, y Lily Geismer, «Change Their Heads: The National Homeownership Strategy, Asset Building and Democratic Neoliberalism», documento presentado en la Organización de Historiadores Estadounidenses (OAH, por sus siglas en inglés) en 2019, en posesión del autor. También me han servido de gran ayuda los textos de Michel Foucault, Jamie Peck y Daniel T. Rodgers para entender cómo se expandieron las ideas neoliberales por el conjunto del paisaje político. Véanse Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*; Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*; Daniel T. Rodgers, *Age of Fracture* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2011).

11. Burgin, *The Great Persuasion*; Slobodian, *Globalistas*; Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*; Offner, *Sorting Out the Mixed Economy*. Véanse también: Noam Chomsky, *El beneficio es lo que cuenta: neoliberalismo y orden global* (trad. de Antonio Desmonts; Barcelona: Planeta, 2014); Naomi Klein, *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre* (trad. de Isabel Fuentes; Barcelona: Paidós Ibérica, 2007), y Daniel Stedman Jones, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of Neoliberal Politics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2012).

12. Eric Hobsbawm propuso esta perspectiva hace ya tiempo. Véase Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991* (Nueva York: Vintage Books, 1994). En años más recientes se ha convertido en uno de los principales temas de los textos de Odd Arne Westad. Véase, por ejemplo: Westad, *La Guerra Fría: una historia mundial* (trad. de Alejandro Pradera Sánchez e Irene Cifuentes de Castro; Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018). Véase también: Stephen A. Smith (ed.), *The Oxford Handbook of the History of Communism* (Nueva York: Oxford University Press, 2014).

13. La teoría del totalitarismo elaborada por Hannah Arendt y otros autores se considera hoy defectuosa. Pero esta crítica no debería eclipsar la convicción que tantas personas tuvieron durante las décadas centrales del siglo XX y que proporcionó el conocimiento más veraz disponible acerca de la naturaleza de los regímenes comunistas. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (trad. de Guillermo Solana; Madrid: Alianza Editorial, 2019).

14. Este planteamiento es tan habitual en la literatura que raya en lo axiomático. Véanse, por ejemplo, Ellen Schrecker, *Many Are the Crimes, McCarthyism in America* (Boston: Little Brown, 1998) y mi propia obra anterior, incluido: Gary Gerstle, *Working-Class Americanism: The Politics of Labor in a Textile City, 1914-1960* (Nueva York: Cambridge University Press, 1989). Para una lista más completa de referencias, véanse las notas relevantes del capítulo 1.

15. Planteé esta idea por primera vez en *Liberty and Coercion: The Paradox of American Government from the Founding to the Present* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015), capítulo 8.

16. Sobre lo que estaba en juego en esta contienda mundial, véanse Hobsbawm, *The Age of Extremes*, y Westad, *La Guerra Fría*.

17. Para entender en profundidad esta perspectiva moral y su conexión con el neoliberalismo, el trabajo de Melinda Cooper ha sido indispensable. Véase su libro *Family Values*; véanse también: Nancy Fraser, *Fortunas del feminismo* (trad. de Cristina Piña Aldao; Madrid: Traficantes de Sueños, 2015) y Nancy Fraser, *The Old Is Dying and the New Cannot Be Born: From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond* (Nueva York: Verso, 2019).

18. Véanse, por ejemplo, Andrew Hartman, *The War for the Soul of America: A History of the Culture Wars* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2015), y Kevin M. Kruse y Julian E. Zelizer, *Fault Lines: A History of the United States Since 1974* (Nueva York: W. W. Norton, 2019).

19. Alan I. Abramowitz, *The Polarized Public: Why American Politics Is So Dysfunctional* (Nueva York: Pearson, 2013); Abramowitz, *The Disappearing Center: Engaged Citizens, Polarization, and American Democracy* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2010); Sam Rosenfeld, *The Polarizers: Postwar Architects of Our Partisan Era* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2017), y Daniel Schlozman y Sam Rosenfeld, «The Hollow Parties», en F. Lee y N. McCarty (eds.), *Can America Govern Itself?* (Nueva York: Social Science Research Council, 2019), pp. 120-152.

20. Sobre estos momentos decisivos, véase también Skowronek, *Presidential Leadership in Political Time*.

1. David E. Hamilton, «Herbert Hoover: Life in Brief», Miller Center, University of Virginia, disponible en: <https://millercenter.org/president/hoover/life-in-brief>, consultado el 9 de septiembre de 2021. Para ampliar la información sobre Hoover, véanse Joan Hoff Wilson, *Forgotten Progressive* (1975, Long Grove, Illinois: Waveland Press, 1992); William E. Leuchtenburg, *Herbert Hoover: The American Presidents Series: The 31st President, 1929-1933* (Nueva York: Times Books, Henry Holt, 2009); Glen Jeansonne y David Luhrssen, *Herbert Hoover: A Life* (Nueva York: New American Library, 2016), y Kenneth Whyte, *Hoover: An Extraordinary Life in Extraordinary Times* (Nueva York: Knopf Doubleday, 2017).

2. Sobre el impacto de la Gran Depresión, véanse William E. Leuchtenburg, *Franklin D. Roosevelt and the New Deal, 1932-40* (1963, Nueva York: Harper Perennial, 2013); David M. Kennedy, *Entre el miedo y la libertad: los EE.UU. de la gran depresión al fin de la Segunda Guerra Mundial* (trad. de Eduardo Hojman; Barcelona: Edhasa, 2005); Arthur M. Schlesinger Jr., *The Crisis of the Old Order: 1919-1933, The Age of Roosevelt, Volume I* (1957; Nueva York: First Mariner Books, 2003), y Robert S. McElvaine, *The Great Depression: America, 1929-1941* (1984; Nueva York: Three Rivers Press, 2009).

3. La expresión está extraída del discurso de aceptación del cargo del presidente Roosevelt, pronunciado en 1932. Franklin D. Roosevelt, «Address Accepting the Presidential Nomination, 1932», disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-accepting-the-presidential-nomination-the-democratic-national-convention-chicago-1>, consultado el 6 de julio de 2021.

4. Kristi Anderson, *The Creation of a Democratic Majority, 1928-1936* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 1979); Paul Kleppner, *Who Voted? The Dynamics of Electoral Turnout, 1870-1980* (Nueva York: Praeger, 1982); Nancy J. Weiss, *Farewell to the Party of Lincoln: Black Politics in the Age of FDR* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1983); Steve Fraser, «The "Labor Question"», en Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989), pp. 55–84; Thomas Ferguson, «Industrial Conflict and the Coming of the New Deal: The Triumph of Multinational Liberalism in America», en Fraser y Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order*, pp. 3-31; Michael Bernstein, «Why the Great Depression Was Great: Toward a New Understanding of the Interwar Economic Crisis in the United States», en Fraser y Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order*, pp. 33-54; Bert Cochran, *Labor and Communism: The Conflict That Shaped American Unions* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press), y Walter Deans Burnham, *Critical Elections and the Mainsprings of American Politics* (Nueva York: Norton, 1970).

5. Jordan A. Schwarz, *The New Dealers: Power and Politics in the Age of Roosevelt* (Nueva York: Knopf, 1993); McElvaine, *The Great Depression*; Arthur Schlesinger, Jr., *The Coming of the New Deal, 1933-1935,* vol. 2 de *The Age of Roosevelt* (1958, Nueva York: First Mariner Books, 2003); Richard H. Pells, *Radical Visions and American Dreams: Culture and Social Thought in the Depression Years* (1973; Champaign: University of Illinois Press, 1998); Michael Denning, *The Cultural Front: The Laboring of American Culture in the Twentieth Century* (Nueva York: Verso, 1996); Barbara Melosh, *Engendering Culture: Manhood and Womanhood in New Deal Public Art and Theater* (Washington D. C.: Smithsonian Institution Press, 1991); Lauren Sklaroff, *Black Culture and the New Deal: The Quest for Civil Rights in the Roosevelt Era* (Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 2009), y Eric Rauchway, *Why the New Deal Matters* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2021).

6. Schlesinger, *The Coming of the New Deal*; William T. Leuchtenburg, *Franklin D. Roosevelt and the New Deal*, e Ira Katznelson, *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time* (Nueva York: Liveright, 2013).

7. Zachary D. Carter, *The Price of Peace: Money, Democracy, and the Life of John Maynard Keynes* (Nueva York: Random House, 2020); Timothy Shenk, «Inventing the American Economy» (tesis doctoral, Columbia University, 2016), y Jonathan Levy, *Ages of American Capitalism: A History of the United States* (Nueva York: Random House, 2021), pp. 391-435.

8. Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets Since the Depression* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2015).

9. Irving Bernstein, *The Turbulent Years: A History of the American Worker, 1933-1941* (Chicago, Illinois: Haymarket Books, 2010); Jerold S. Auerbach, *Labor and Liberty: The La Follette Committee and the New Deal* (Indianápolis, Indiana: Bobbs-Merrill, 1966); Fraser, «The "Labor Question"»; Nelson Lichtenstein, *State of the Union: A Century of American Labor* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2002); Jefferson Cowie, *The Great Exception: The New Deal and the Limits of American Politics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2016), y Bruce Nelson, *Workers on the Waterfront: Seamen, Longshoremen, and Unionism in the 1930s* (Chicago: University of Illinois Press, 1990).

10. Lichtenstein, *State of the Union*, pp. 20-97; Gary Gerstle, *Liberty and Coercion: The Paradox of American Government from the Founding to the Present* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015), capítulo 7; Nelson Lichtenstein, *The Most Dangerous Man in Detroit: Walter Reuther and the Fate of American Labor* (Nueva York: Basic Books, 1995); Lizabeth Cohen, *Making a New Deal: Industrial Workers in Chicago, 1919-1939* (Nueva York: Cambridge University Press, 1990); Christopher L. Tomlins, *The State and the Unions: Labor Relations, Law, and the Organized Labor Movement in America, 1880-1960* (Nueva York: Cambridge University Press, 1985); Steve Fraser, *Labor Will Rule: Sidney Hillman and the Rise of American Labor* (Nueva York: Free Press, 1993); James A. Gross, *The Making of the National Labor Relations Board: A Study in Economics, Politics and Law, 1933-1937* (Albany: State University of New York Press, 1974), y Nelson Lichtenstein y Howell Harris (eds.), *Industrial Democracy in America: The Ambiguous Promise* (Washington D.C.: Woodrow Wilson Center Press, 1993).

11. Sidney Fine, *Sit-Down: The General Motors Strike of 1936-1937* (Ann Arbor: University of Míchigan Press, 1969); Lichtenstein, *The Most Dangerous Man in Detroit*, y Eric J. Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991* (Nueva York: Pantheon Books, 1994), p. 9.

12. Lichtenstein, *The Most Dangerous Man in Detroit*, p. 288; Lichtenstein, *State of the Union*.

13. Gerstle, *Liberty and Coercion*, capítulos 7 y 8, y Thomas Piketty, *El capital en el siglo xxi* (trad. de Eliane Cazenave-Tapie Iosard; Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 2014).

14. Paul Krugman, *The Conscience of a Liberal* (Nueva York: W. W. Norton, 2007), pp. 46-47.

15. El viraje hacia el Gobierno como facilitador clave de la libertad personal fue un ejemplo de lo que el filósofo político Isaiah Berlin calificaría posteriormente como el paso de la «libertad negativa» a la «libertad positiva». Véase Isaiah Berlin, *Dos conceptos de libertad*; *El fin justifica los medios*; *Mi trayectoria intelectual* (trad. de Ángel Rivero Rodríguez; Madrid: Alianza Editorial, 2014).

16. *The Communications Act of 1934*, 47 U.S.C. § 151 *et se*, disponible en: <https://transition.fcc.gov/Reports/1934new.pdf>, consultado el 6 de julio de 2021. La Ley de Comunicaciones de 1934 se adhería a los principios elaborados en la Ley de la Radio de 1927. Sobre aquellas dos leyes, y sobre los principios de «interés público» en los que se fundamentaban, véanse Willard D. Rowland Jr., «The Meaning of the "Public Interest" in Communications Policy, Part I: Its Origins in State and Federal Regulation», *Communications Law and Policy* 2 (1997), pp. 309-328; Willard D. Rowland Jr., «The Meaning of the "Public Interest" in Communications Policy, Part II: Its Implementation in Early Broadcast Law and Regulation», *Communications Law and Policy* 2 (1997), pp. 363-396; Erwin G. Krasnow, Lawrence D. Longley y Herbert A. Terry, *The Politics of Broadcast Regulation*, 3.ª ed. (Nueva York: St. Martin's Press, 1982); Susan Douglas, *Inventing American Broadcasting, 1899-1922* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 1987), y Patricia Auhferheide, *Communications Policy and the Public Interest: The Telecommunications Act of 1996* (Nueva York: Guildford Press, 1999), pp. 5-18.

17. Sobre el ideal de consumo y el New Deal, véase Fraser, «The "Labor Question"»; Lizabeth Cohen, *Making a New Deal*; Cohen, *A Consumers' Republic: The Politics of Mass Consumption in Postwar America* (Nueva York: Knopf, 2003); Meg Jacobs, *Pocketbook Politics: Economic Citizenship in Twentieth-Century America* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2004), y Robert M. Collins, *More: The Politics of Economic Growth in Postwar America* (Nueva York: Oxford University Press, 2000).

18. En 1956, Arthur M. Schlesinger, Jr., acuñó el término «liberalismo cualitativo» para referirse al cultivo personal que esperaba que el liberalismo moderno nutriría. Lo contrapuso al «liberalismo cuantitativo», orientado a proporcionar a las personas buenos empleos, unos salarios dignos, seguridad laboral y pleno acceso al mercado estadounidense. En sí, las expresiones «liberalismo cualitativo» y «liberalismo cuantitativo» no eran del todo precisas, y nunca se adoptaron ampliamente ni en el ámbito académico ni más allá de este. Pero sí permiten entrever la aspiración del liberalismo moderno a cultivarse en lo personal de modos que unas medidas puramente económicas del bienestar no podían satisfacer. Véase Arthur M. Schlesinger Jr., «The Future of Liberalism: The Challenge of Abundance», *Reporter* 14, 3 de mayo de 1956. John Kenneth Galbraith exponía un planteamiento similar en su popular libro *La sociedad opulenta* (trad. de Carlos Grau Petit; Barcelona: Ariel, 1992). Sobre la fuerte dependencia del New Deal de las ciencias sociales, véanse Richard S. Kirkendall, *Social Scientists and Farm Politics in the Age of Roosevelt* (Columbia: University of Missouri Press, 1966); Gene M. Lyons, *The Uneasy Partnership: Social Science and the Federal Government in the Twentieth Century* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 1969); Alice O'Connor, *Poverty Knowledge: Social Science, Social Policy, and the Poor in Twentieth-Century U.S.* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2002); Romain D. Huret y John Angell, *The Experts' War on Poverty: Social Research and the Welfare Agenda in Postwar America* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2018); Michael A. Bernstein, *A Perilous Progress: Economists and the Public Purpose in Twentieth-Century America* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2001); Carter, *The Price of Peace*; *Andrew Jewett, Science, Democracy, and the American University: From the Civil War to the Cold War* (Nueva York: Cambridge University Press, 2012); Wendy L. Wall, *Inventing the «American Way»: The Politics of Consensus from the New Deal to the Civil Rights Movement* (Nueva York: Oxford University Press, 2008), y David Paul Haney, *The Americanization of Social Science: Intellectuals and Public Responsibility in the Postwar United States* (Filadelfia, Pensilvania: Temple University Press, 2008).

19. Mi interpretación difiere del argumento planteado en los últimos años por varios historiadores que estudian los orígenes de la derecha religiosa, a saber: que la religión evangélica fue un elemento mucho más central de la vida política estadounidense en las décadas de 1930, 1940 y 1950 de lo que hasta ahora se creía. Ciertamente, los evangélicos asentaban ya las bases para una ofensiva política que cobraría mucha fuerza e influencia en las décadas de 1970 y 1980. Pero su influencia política fue secundaria durante los años de apogeo del orden del New Deal. La reintroducción de los antagonismos entre católicos y protestantes en la política del Partido Demócrata durante estos años habría reavivado las guerras culturales que desgarraron el partido en la década de 1920 y posiblemente habrían frenado la voluntad hegemónica del New Deal. De hecho, fue cuando protestantes y católicos enterraron sus antagonismos, en los años sesenta y setenta del siglo XX, cuando la influencia religiosa en la política estadounidense se disparó de nuevo. Algunas obras que examinan la religión y la política durante estos años son: Kevin M. Kruse, *One Nation Under God: How Corporate America Invented Christian America* (Nueva York: Basic Books, 2015); Darren Dochuk, *From Bible Belt to Sunbelt: Plain-Folk Religion, Grassroots Politics, and the Rise of Evangelical Conservatism* (Nueva York: W. W. Norton, 2011); y Dochuk, *Anointed with Oil: How Christianity and Crude Made Modern America* (Nueva York: Basic Books, 2019); Kevin Schultz, *Tri-Faith America: How Postwar Catholics and Jews Held America to Its Protestant Promise* (Nueva York: Oxford University Press, 2011); David A. Hollinger, *After Cloven Tongues of Fire: Protestant Liberalism in Modern American History* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2013); John T. McGreevy, *Catholicism and American Freedom: A History* (Nueva York: W. W. Norton, 2004); Frances FitzGerald, *The Evangelicals: The Struggle to Shape America* (Nueva York: Simon and Schuster, 2017), y Matthew Avery Sutton, *American Apocalypse: A History of Modern Evangelicalism* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2014). Todavía no se ha escrito el libro sobre el acercamiento histórico que se produjo entre católicos y protestantes estadounidenses después de la década de 1960 y sus consecuencias para la política de Estados Unidos.

20. Katznelson, *Fear Itself*, e Ira Katznelson, *When Affirmative Action Was White: An Untold History of Racial Inequality in Twentieth-Century America* (Nueva York: W. W. Norton, 2005).

21. Jean-Christian Vinel, *The Employee: A Political History* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2013), y Lichtenstein, *State of the Union*.

22. Fraser y Gerstle, *The Rise and Fall of the New Deal Order*, introducción, pp. IX-XXV.

23. Una vez escuché a Theodore Draper llamar al siglo XX «el siglo comunista». Y creo que tenía razón al hacerlo.

24. Sobre el impacto del comunismo, véanse Hobsbawm, *The Age of Extremes*; Tony Judt, *Postguerra: una historia de Europa desde 1945* (trad. de Jesús Cuéllar Menezo y Victoria Gordo del Rey; Barcelona: Taurus, 2012); Ian Kershaw, *Europe: The Global Age, 1950-2017* (Nueva York: Penguin, 2019), y Westad, *La Guerra Fría: una historia mundial* (trad. de Alejandro Pradera Sánchez e Irene Cifuentes de Castro; Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018). Sobre el impacto del anticomunismo en la vida en Estados Unidos, véanse Ellen Schrecker, *Many Are the Crimes: McCarthyism in America* (Boston, Massachusetts: Little, Brown, 1998), y M. J. Heale, *American Anti-Communism: Combating the Enemy Within, 1830-1970* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 1990).

25. Véanse, por ejemplo: Ellen Schrecker, *Many Are the Crimes*, y Richard H. Pells, *The Liberal Mind in a Conservative Age: American Intellectuals in the 1940s and 1950s*, 2.ª ed. revisada (Middletown, Connecticut: Wesleyan University Press, 1989).

26. Westad, *La Guerra Fría*; Hobsbawm, *The Age of Extremes*; Silvio Pons, *The Global Revolution: A History of International Communism, 1917-1991* (trad. al inglés de Allan Cameron; 2012; Nueva York: Oxford University Press, 2014); Arno J. Mayer, *Wilson vs. Lenin: Political Origins of the New Diplomacy 1917-1918* (Nueva York: Meridian Books, 1969); Thomas J. Knock, *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order* (Nueva York: Oxford University Press, 1992); Erez Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism* (Nueva York: Oxford University Press, 2007), y Adom Getachew, *Worldmaking After Empire: The Rise and Fall of Self-Determination* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2019).

27. Westad, *La Guerra Fría*.

28. Stephen Kotkin, *Stalin: Paradoxes of Power, 1878-1928*, vol. 1 (Londres: Penguin, 2014).

29. Adam Tooze, *El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial, 1916-1931* (trad. de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya; Barcelona: Editorial Crítica, 2016).

30. Pasó del 5 al 18 por ciento. Hobsbawm, *The Age of Extremes*, p. 96.

31. David C. Engerman, *Know Your Enemy: The Rise and Fall of America's Soviet Experts* (Nueva York: Oxford University Press, 2009), y Michael David Fox, *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941* (Nueva York: Oxford University Press, 2012).

32. Joshua B. Freeman, *Behemoth: A History of the Factory and the Making of the Modern World* (Nueva York: W. W. Norton, 2018), pp. 199-200, 205.

33. Lichtenstein, *The Most Dangerous Man in Detroit*.

34. Kotkin, *Stalin*; Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization* (Berkeley: University of California Press, 1995); Timothy Snyder, *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin* (trad. de Jesús de Cos; Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017); Mark Mazower, *La Europa negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo* (trad. de Guillermo Solana; Valencia: Barlin Libros, 2017); Robert Conquest, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine* (Nueva York: Oxford University Press, 1986), y Robert Conquest, *El gran terror* (trad. de Joaquín Adsuar Ortega; Barcelona: Caralt Editores, 1974).

35. Schrecker, *Many Are the Crimes*; Denning, *The Cultural Front*; Harvey Klehr, *The Heyday of American Communism: The Depression Decade* (Nueva York: Basic Books, 1984); Irving Howe y Lewis Coser, *The American Communist Party: A Critical History 1919-1957* (Boston, Massachusetts: Beacon Press, 1957); Irving Howe, *Socialism and America* (San Diego, California: Harcourt Brace Jovanovich, 1985), capítulo 10; Maurice Isserman, *Which Side Were You On?: The American Communist Party During the Second World War* (Middletown, Connecticut: Wesleyan University Press, 1982), y Gerstle, *Liberty and Coercion*, pp. 6-8.

36. Stephen Kotkin, *Armageddon Averted: The Soviet Collapse, 1970-2000* (Nueva York: Oxford University Press, 2001), p. 32; Isserman, *Which Side Were You On?*; Pons, *The Global Revolution*, capítulos 2-3; Hobsbawm, *The Age of Extremes*, capítulo 5, y Richard J. Evans, *El Tercer Reich en guerra* (trad. de Miguel Salazar Barroso; Barcelona: Ediciones Península, 2017), capítulos 1-2. Phillips Payson O'Brien ha planteado recientemente que los alemanes también se vieron maniatados en su ataque a la Unión Soviética por la necesidad de desviar aviones y otros recursos hacia el frente occidental para defender su patria del ataque aéreo aliado que dio comienzo en 1943. Véase su libro *How the War Was Won: Air-Sea Power and Allied Victory in World War II* (Nueva York: Cambridge University Press, 2019).

37. Westad, *La Guerra Fría*, capítulo 3.

38. Gerald Horne, *Race War! White Supremacy and the Japanese Attack on the British Empire* (Nueva York: New York University Press, 2004).

39. Roosevelt, Wallace y algunos otros asesores no contemplaban una posible toma de los sóviets de la Europa del Este como un primer paso hacia la dominación de toda Europa y luego del mundo. Se inclinaban más a considerar los planes soviéticos en Europa del Este como una maniobra para proteger la patria rusa de otra invasión alemana. Sobre esta percepción de la Unión Soviética, véase Daniel Yergin, *Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State* (Boston, Massachusetts: Houghton Mifflin, 1977).

40. George Orwell, *Rebelión en la granja* (trad. de Rafael Abelia; Barcelona: Ediciones Destino, 2006) y *Mil novecientos ochenta y cuatro* (trad. de Olivia de Miguel; Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1998); Arthur Koestler, *Darkness at Noon* (Londres: Macmillan, 1940); Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (trad. de Guillermo Solana; Madrid: Alianza Editorial, 2019); Benjamin L. Alpers, *Dictators, Democracy, and American Public Culture: Envisioning the Totalitarian Enemy, 1920s-1950s* (Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina, 2003), y Louis Menand, *The Free World: Art and Thought During the Cold War* (Nueva York: Farrar, Strauss, Giroux, 2021), capítulo 4.

41. Cita extraída de Wilfried Loth, *The Division of the World, 1941-1955* (Londres: Routledge, 1988), pp. 137-138. Véanse también: Joseph Marion Jones, *The Fifteen Weeks: An Inside Account of the Genesis of the Marshall Plan* (1955; Boston, Massachusetts: Mariner Books, 1965), p. 140 y *passim*, y Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department* (Nueva York: W. W. Norton, 1969), pp. 226-235. Véase también Yergin, *Shattered Peace*.

42. Cita extraída de Loth, *The Division of the World*, p. 137. William L. Clayton, subsecretario del Departamento de Comercio, informó a los miembros de la Administración Truman de que la Europa occidental padecía una grave situación de «hambre, miseria económica y frustración». La mayoría de los países europeos, continuó, se hallaban «al borde del precipicio y podían despeñarse en cualquier momento, y otros están gravemente amenazados». El colapso económico iría seguido de una toma del poder por parte de los comunistas. Sin una ayuda de enormes proporciones por parte de Estados Unidos, «la situación se volvería tan desesperada que inevitablemente se sembrarían las semillas de una Tercera Guerra Mundial». Véanse William L. Clayton, «Memorandum on the Creation of a National Council of Defense», 5 de marzo de 1947, disponible en: <https://www.marshallfoundation.org/library/documents/memorandum-creation-national-council-defense/>, consultado el 22 de julio de 2021, y William L. Clayton, «The European Crisis Memorandum», 27 de mayo de 1947, disponible en: <https://www.marshallfoundation.org/library/documents/european-crisis-memorandum-secretary-economic-affairs-clayton/>, consultado el 22 de julio de 2021.

43. Michael J. Hogan, *The Marshall Plan: America, Britain and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), y Thomas J. Schwartz, *America's Germany: John J. McCloy and the Federal Republic of Germany* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1991).

44. Consejo de Seguridad Nacional, «NSC 68: United States Objectives and Programs for National Security», 14 de abril de 1950, disponible en: <https://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/nsc-68/nsc68-1.htm>, consultado el 2 de julio de 2021; Michael J. Hogan, *Cross of Iron: Harry S. Truman and the Origins of the National Security State, 1945-1954* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998); John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War* (1982; Nueva York: Oxford University Press, 2005); Melvyn P. Leffler, *A Preponderance of Power: National Security, the Truman Administration, and the Cold War* (Stanford, California: Stanford University Press, 1992); John Lewis Gaddis, *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947* (Nueva York: Columbia University Press, 1972); Katznelson, *Fear Itself*, parte IV; Schrecker, *Many Are the Crimes*; David Caute, *The Great Fear: The Anti-Communist Purge Under Truman and Eisenhower* (Nueva York: Simon and Schuster, 1978); David Oshinsky, *A Conspiracy So Immense: The World of Joe McCarthy* (Nueva York: Free Press, 1983); Heale, *American Anti-Communism*; Landon R. Y. Storrs, *The Second Red Scare and the Unmaking of the New Deal Left* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2013); Neal Gabler, *Un imperio propio* (trad. de Violeta Fernández Castro y María Fernández Valls; Aguadulce: Confluencias, 2015); Ellen Schrecker, *No Ivory Tower: McCarthyism and the Universities* (Nueva York: Oxford University Press, 1986); Cochran, *Labor and Communism*; Harvey A. Levenstein, *Communism, Anticommunism, and the CIO* (Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1981), y Stephen J. Whitfield, *The Culture of the Cold War*, 2.ª ed. (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 1996); Menand, *The Free World*.

45. Véase Arthur M. Schlesinger, Jr., *La política de la libertad: el centro vital* (trad. de Justo Berramendi, Barcelona: Dopesa, 1972).

46. Alonzo Hamby, «The Vital Center, the Square Deal, and the Quest for a Liberal Political Economy», *American Historical Review* 77 (junio de 1972), pp. 653-678; Godfrey Hodgson, *America in Our Time: From World War II to Nixon* (Nueva York: Doubleday, 1976); Pells, *The Liberal Mind in a Conservative Age*; Schrecker, *Many Are the Crimes*; Jonathan Bell, *The Liberal State on Trial: The Cold War and American Politics in the Truman Years* (Nueva York: Columbia University Press, 2004); Iwan Morgan y Robert Mason (eds.), *The Liberal Consensus Reconsidered: American Politics and Society in the Postwar Era* (Gainesville: University Press of Florida, 2019), y Storrs, *The Second Red Scare and the Unmaking of the New Deal Left*; Vinel, *The Employee*.

47. Este argumento difiere del planteado por E. J. Dionne en *Why Americans Hate Politics*, donde hacía hincapié en el importante papel que tuvo William F. Buckley en disciplinar al ala derecha de este movimiento para modelar un conservadurismo que, en algún momento, permitiera pujar por el apoyo mayoritario. Yo defiendo aquí que el grueso del Partido Republicano claudicó con los principios nucleares de la política económica para librar con éxito una Guerra Fría contra el comunismo. A corto plazo, esta claudicación tuvo el efecto de agravar la marginación de Buckley y sus simpatizantes. E. J. Dionne, Jr., *Why Americans Hate Politics* (Nueva York: Simon and Schuster, 1991).

48. Para ampliar la información sobre Robert A. Taft, véase James T. Patterson, *Mr. Republican: A Biography of Robert A. Taft* (Boston, Massachusetts: Houghton Mifflin, 1972).

49. Citado en Patterson, *Mr. Republican*, pp. 151-152.

50. *Ibid.*, p. 157.

51. Geoffrey Matthews, «Robert A. Taft, the Constitution, and American Foreign Policy, 1939-53», *Journal of Contemporary History* 17 (julio de 1982), pp. 508-509.

52. Patterson, *Mr. Republican*, pp. 216-217. En 1941, Taft tuvo que conceder que un mundo dominado por los nazis no sería ideal, pero insistió en que seguía siendo mejor que la guerra y que no provocaría la desaparición de Estados Unidos como una «democracia grande y próspera». Vernon Van Dyke y Edward Lane Davis, «Senator Taft and American Security», *Journal of Politics* 14 (mayo de 1952), p. 182.

53. Robert A. Taft y Clarence E. Wunderlin (eds.), *The Papers of Robert A. Taft, Vol. 3: 1945-1948* (Kent, Ohio: The Kent State University Press, 2003), *passim.*

54. En septiembre de 1941, Taft seguía convencido de que «la amenaza de un ataque por parte de Hitler es, y siempre ha sido, un espantajo para atemorizar a la población estadounidense y sumirla en una guerra». Van Dyke y Lane Davis, «Senator Taft and American Security», pp. 179-180; Robert A. Taft, «Washington Report», 3 de agosto de 1949, citado en John E. Moser, «Principles Without a Program: Senator Robert A. Taft and American Foreign Policy», *Ohio History* 108 (1999), pp. 177-192. Para ampliar la información sobre la postura de Taft con respecto a la política exterior durante la Guerra Fría, véase su libro *A Foreign Policy for Americans* (Nueva York: Doubleday, 1951).

55. Harold Lasswell, «The Garrison State», *American Journal of Sociology* 46 (1941), pp. 455-468. Véase también Aaron L. Friedberg, *In the Shadow of the Garrison State: American Anti-Statism and Its Cold War Grand Strategy* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press 2000).

56. Dwight D. Eisenhower, discurso de investidura, 20 de enero de 1953, disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/inaugural-address-3>, consultado el 10 de septiembre de 2019.

57. Ciado en Stephen E. Ambrose, *Eisenhower: Soldier and President* (Nueva York: Simon and Schuster, 1990), p. 298.

58. Entre 1947 y 1960, los salarios reales en el sector automovilístico prácticamente se duplicaron. Lichtenstein, *The Most Dangerous Man in Detroit*, p. 288; Lichtenstein, *The State of the Union*, p. 56.

59. Gerstle, *Liberty and Coercion*, p. 273.

60. Dwight D. Eisenhower, «Radio and Television Address to the American People on the Tax Program», 15 de marzo de 1954, *Public Papers of the Presidents of the United States: Dwight D. Eisenhower, 1954* (Washington, D. C.: Government Printing Office, 1960), pp. 313-318. Véase también John F. Witte, *The Politics and Development of the Federal Income Tax* (Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1985), pp. 146-150, e Iwan W. Morgan, *Eisenhower Versus «the Spenders»: The Eisenhower Administration, the Democrats, and the Budget, 1953-60* (Nueva York: St. Martin's Press, 1990).

61. Ambrose, *Eisenhower*, p. 545.

62. Ley de Ayuda Federal para Carreteras de 1956, Ley Pública 627, 29 de junio de 1956; Tom Lewis, *Divided Highways: Building the Interstate Highways, Transforming American Life* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2013); Earl Swift, *The Big Roads: The Untold Story of the Engineers, Visionaries, and Trailblazers Who Created the American Superhighways* (Boston, Massachusetts: Houghton Mifflin, 2011); Owen D. Gutfreund, *Twentieth-Century Sprawl: Highways and the Reshaping of the American Landscape* (Nueva York: Oxford University Press, 2004); David James St. Clair, *The Motorization of American Cities* (Nueva York: Praeger, 1986), y Dianne Perrier, *Onramps and Overpasses: A Cultural History of Interstate Travel* (Gainesville: University of Florida Press, 2009).

63. Elaine Tyler May, *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era* (Nueva York: Basic Books, 1988), pp. 16-20.

64. Eisenhower a Edgar Newton Eisenhower, 8 de noviembre de 1954, *The Papers of Dwight D. Eisenhower*, vol. 15, *The Presidency: The Middle Way* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 1996), p. 1386.

65. Sobre los inicios de Buckley, véanse Dionne, *Why Americans Hate Politics,* y Carl T. Bogus, *Buckley: William F. Buckley Jr. and The Rise of American Conservatism* (Nueva York: Bloomsbury Press, 2011).

66. Sobre Reagan, véanse los capítulos 3 y 4 de este libro.

67. Henry Hazlitt, «Ike's Semi New Deal», *Newsweek*, 15 de febrero de 1954, en Henry Hazlitt, *Business Tides: The Newsweek Era of Henry Hazlitt*, (Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 2011), pp. 343-344.

68. Henry Hazlitt, «Still More Inflation?», *Newsweek*, 8 de marzo de 1954, en Hazlitt, *Business Tides*, p. 346.

69. Henry Hazlitt, «The Policy Is Inflation», *Newsweek*, 5 de julio de 1954, en Hazlitt, *Business Tides*, pp. 352-353.

70. Sobre el uso del término de Milton Friedman, véase su artículo «The Economy: We Are All Keynesians Now», *Time*, 31 de diciembre de 1965, disponible en: <http://content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,842353,00.html>, consultado el 10 de julio de 2019. Nixon haría suya esta expresión en 1968 y en fechas posteriores. Véase Daniel Stedman Jones, *Masters of the Universe: Hayek, Friedman, and the Birth of a Neoliberal Politics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2014), p. 221.

1. Ira Katznelson, *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time* (Nueva York: Liveright, 2013); Ira Katznelson, *When Affirmative Action Was White: An Untold History of Racial Inequality in Twentieth-Century America* (Nueva York: W. W. Norton, 2005), y David A. Bateman, Ira Katznelson y John S. Lapinski, *Southern Nation: Congress and White Supremacy After Reconstruction* (Nueva York: Russell Sage Foundation and Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2020).

2. Gary Gerstle, *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017), capítulos 4-5.

3. Gerald Horne, *Race War! White Supremacy and the Japanese Attack on the British Empire* (Nueva York: New York University Press, 2004); Odd Arne Westad, *La Guerra Fría: una historia mundial* (trad. de Alejandro Pradera Sánchez e Irene Cifuentes de Castro; Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018); Nico Slate, *Colored Cosmopolitanism: The Shared Struggle for Freedom in the United States and India* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012); Penny M. von Eschen, *Race Against Empire: Black Americans and Anticolonialism, 1937-1957* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1997); Von Eschen, *Satchmo Blows Up the World: Jazz Ambassadors Play the Cold War* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2004); Merve Fejzula, «Negritude and Black Cultural Citizenship Across Senegal, Nigeria, and the United States, 1945-66» (tesis doctoral, University of Cambridge, 2019); Sarah C. Dunstan, *Black Activism in the French Empire and the United States from World War I to the Cold War* (Cambridge: Cambridge University Press, 2021), y Adom Getachew, *Worldmaking after Empire: The Rise and Fall of Self-Determination* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2019).

4. Mary L. Dudziak, *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2000), capítulos 2-5.

5. En la llamada crisis de Little Rock, nueve estudiantes negros decidieron asistir a clases en el instituto de dicho nombre. Inicialmente se les impidió entrar en la escuela por orden del gobernador de Arkansas, Orval Faubus, y fueron perseguidos por multitudes que amenazaban con lincharlos. Pero el presidente Eisenhower intervino enviando a la 101.ª División Aerotransportada en su defensa. Este episodio marcó el inicio de la integración racial en los colegios estadounidenses. *(N. de la t.)*

6. La campaña de Birmingham fue un movimiento estadounidense organizado a principios de 1963 por la Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano (SCLC, por sus siglas en inglés) para llamar la atención sobre los esfuerzos de integración de los afroamericanos en Birmingham, Alabama. Dirigida por Martin Luther King, entre otros, fue una campaña de acción directa no violenta que culminó en enfrentamientos ampliamente publicitados entre jóvenes estudiantes negros y autoridades cívicas blancas y que finalmente llevó al Gobierno municipal a cambiar las leyes de discriminación de la ciudad. *(N. de la t.)*

7. El Freedom Summer Project fue una campaña de voluntarios lanzada en junio de 1964 con el fin de intentar registrar la mayor cantidad posible de votantes afroamericanos en Misisipi. *(N. de la t.)*

8. Dudziak, *Cold War Civil Rights*, capítulos 2-5. Resumen para Estados Unidos como *amicus curiae*, 7-8, *Brown v. Board of Education*, 347 U.S. 483 (1954). Véanse también John David Skrentny, «The Effect of the Cold War on African-American Civil Rights: America and the World Audience», *Theory and Society* 27 (1998): pp. 237-285; Brenda Gayle Plummer, *Rising Wind: Black Americans and U.S. Foreign Affairs, 1935-1960* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1996), y Jonathan Rosenberg, *How Far the Promised Land? World Affairs and the American Civil Rights Movement from the First World War to Vietnam* (Princeton. Nueva Jersey: Princeton University Press, 2006). Véase también Gerstle, *American Crucible*, pp. 249-250, y *passim*.

9. El hecho de que la política exterior estadounidense respondiera más a consideraciones de la Guerra Fría que a la convicción de que los afroamericanos merecían la plena igualdad y justicia también explica su vacilación en tema de derechos civiles y su reticencia a avanzar en la causa salvo bajo presión de los manifestantes negros que buscaron y acapararon la atención de los medios internacionales.

10. Para ampliar la información sobre el discurso de Kennedy, véase John F. Kennedy, «Radio and Television Report to the American People on Civil Rights», en *Public Papers of the Presidents of the United States, John F. Kennedy*, 1 de enero-22 de noviembre de 1963 (Washington D. C.: Government Printing Office, 1964), pp. 468-469. Existe una extensa literatura sobre el movimiento en defensa de los derechos civiles. A título de ejemplo, véanse Harvard Sitkoff, *The Struggle for Black Equality, 1954-1980* (Nueva York: Hill and Wang, 1981); Robert Weisbrot, *Freedom Bound: A History of America's Civil Rights Movement* (Nueva York: W. W. Norton, 1990); David J. Garrow, *Bearing the Cross: Martin Luther King, Jr., and the Southern Christian Leadership Conference* (Nueva York: W. Morrow, 1986); Taylor Branch, *Parting the Waters: America in the King Years, 1954-63* (Nueva York: Simon and Schuster, 1988), y Taylor Branch, *Pillar of Fire: America in the King Years, 1963-1965* (Nueva York: Simon and Schuster, 1998); Clayborne Carson, *In Struggle: SNCC and the Black Awakening of the 1960s* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1981); George M. Fredrickson, *Black Liberation: A Comparative History of Black Ideologies in the United States and South Africa* (Nueva York: Oxford University Press, 1995); William H. Chafe, *Civilities and Civil Rights: Greensboro, North Carolina, and the Black Struggle for Freedom* (Nueva York: Oxford University Press, 1980); Aldon Morris, *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change* (Nueva York: Free Press, 1984); Robert Korstad y Nelson Lichtenstein, «Opportunities Found and Lost: Labor, Radicals, and the Early Civil Rights Movement», *Journal of American History* 75 (diciembre de 1988), pp. 786-811; Jacquelyn Dowd Hall, «The Long Civil Rights Movement and the Political Uses of the Past», *Journal of American History* 91 (marzo de 2005), pp. 1233-1263; Charles Payne, *I've Got the Light of Freedom: The Organizing Tradition and the Mississippi Freedom Struggle* (Berkeley: University of California Press 1995); Carl M. Brauer, *John F. Kennedy and the Second Reconstruction* (Nueva York: Columbia University Press, 1977), y Arthur M. Schlesinger, Jr., *Los mil días de Kennedy* (Barcelona: Aymá, 1966).

11. Julian E. Zelizer, *The Fierce Urgency of Now: Lyndon Johnson, Congress, and the Battle for the Great Society* (Nueva York: Penguin, 2015); Robert Dallek, *Flawed Giant: Lyndon Johnson and His Times, 1961-1973* (Nueva York: Oxford University Press, 1998); Robert A. Caro, *The Years of Lyndon Johnson: The Passage of Power* (Nueva York: Knopf, 2012), y Bruce J. Schulman, *Lyndon B. Johnson and American Liberalism: A Brief Biography with Documents* (Boston, Massachusetts: Bedford Books of St. Martin's Press, 1995).

12. Zelizer, *The Fierce Urgency of Now*; Clay Risen, *The Bill of the Century: The Epic Battle for the Civil Rights Act* (Nueva York: Bloomsbury, 2014), y Nancy MacLean, *Freedom Is Not Enough: The Opening of the American Workplace* (Nueva York: Russell Sage Foundation y Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2006), parte I. La contienda en la Convención del Partido Demócrata de 1964 por quién ocuparía la delegación de Misisipi, si los delegados «blancos» elegidos por el Partido Demócrata de Misisipi o los delegados del Partido Demócrata por la Libertad de Misisipi, un grupo multirracial recién formado nacido del movimiento en defensa de los derechos civiles en el estado, permite ver hasta qué punto Johnson luchó (sin éxito) por comprometer el país con la igualdad racial intentando conservar el Sur blanco para el Partido Demócrata. Véase Godfrey Hodgson, *America in Our Time: From World War II to Nixon, What Happened and Why* (Nueva York: Doubleday, 1976), pp. 213-218; Theodore White, *The Making of the President, 1964* (Nueva York: Atheneum, 1965), pp. 243-293; James Forman, *The Making of Black Revolutionaries: A Personal Account* (Washington, D. C.: Open Hand Publishing, 1985), pp. 386-395, y Len Holt, *The Summer That Didn't End: The Story of the Mississippi Civil Rights Project of 1964* (Nueva York: Morrow, 1965), pp. 149-183; John Lewis con Michael D'Orso, *Walking with the Wind: A Memoir of the Movement* (Nueva York: Simon and Schuster, 1998), pp. 283-299; Nelson Lichtenstein, *The Most Dangerous Man in Detroit: Walter Reuther and the Fate of American Labor* (Nueva York: Basic Books, 1995), pp. 392-395; Boyle, *The UAW and the Heyday of American Liberalism, 1945-1968* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1995), pp. 193-196; Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage* (Nueva York: Bantam Books, 1987), pp. 151-162, y Branch, *Pillar of Fire*, pp. 456-476.

13. Fredrik Logevall, *Embers of War: The Fall of an Empire and the Making of America's Vietnam* (Nueva York: Random House, 2012); William Appleman Williams, Thomas McCormick, Lloyd Gardner y Walter LaFeber (eds.), *America in Vietnam: A Documentary History* (Nueva York: Anchor Books and Doubleday, 1985); Marilyn Young, *The Vietnam Wars, 1945-1990* (Nueva York: Harper Collins, 1991); George C. Herring, *America's Longest War: The United States and Vietnam, 1950-1975* (Nueva York: Knopf, 1979); Max Hastings, *Vietnam: An Epic History of a Divisive War, 1945-1975* (Nueva York: HarperCollins, 2018); Mark Atwood Lawrence, *Assuming the Burden: Europe and the American Commitment to War in Vietnam* (Berkeley: University of California Press, 2005), y Mark Atwood Lawrence, *The Vietnam War: A Concise International History* (Nueva York: Oxford University Press, 2008).

14. Fredrik Logevall, *Choosing War: The Lost Chance for Peace and the Escalation of War in Vietnam* (Berkeley: University of California Press, 1999); Andrew Preston, *The War Council: McGeorge Bundy, the NSC, and Vietnam* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2010), y David E. Kaiser, *American Tragedy: Kennedy, Johnson, and the Origins of the Vietnam War* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2000).

15. La expresión «cañones o mantequilla» alude a la dinámica de las asignaciones del Gobierno federal a la defensa frente a los programas sociales a la hora de decidir un presupuesto. Ambas áreas pueden tener una importancia crítica para la economía de una nación. Dependiendo del entorno de seguridad global, la defensa puede tener prioridad sobre lo social, concretamente en tiempos de guerra. *(N. de la t.)*

16. Gitlin, *The Sixties*; Maurice Isserman y Michael Kazin, *America Divided: The Civil War of the 1960s* (Nueva York: Oxford University Press, 2000); Maurice Isserman y Michael Kazin, «The Failure and Success of the New Radicalism», en Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989), pp. 212-242; Simon Hall, *Peace and Freedom: The Civil Rights and Antiwar Movements in the 1960s* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2004), y Elizabeth Hinton, *America on Fire: The Untold History of Police Violence and Black Rebellion Since the 1960s* (Nueva York: Liveright, 2021). Sobre el viraje del Sur hacia el Partido Republicano, véase Kevin P. Phillips, *The Emerging Republican Majority* (Nueva York: Anchor Books, 1970). Sobre la erosión del apoyo a los demócratas, tanto en el Sur como en el Norte, véase Jonathan Rieder, «The Rise of the Silent Majority», en Fraser y Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980*, pp. 243-268.

17. Daniel Sargent, «The United States and the Third Globalization», documento presentado en la Reunión Anual de la Asociación de la Historia de Estados Unidos, enero de 2020, Washington D. C., pp. 1-2, en posesión del autor. Véase también Daniel J. Sargent, *A Superpower Transformed: The Remaking of American Foreign Policy in the 1970s* (Nueva York: Oxford University Press, 2015).

18. Colin Gordon, *Dead on Arrival: The Politics of Health Care in Twentieth-Century America* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2003), pp. 210-260; Jennifer Klein, *For All These Rights: Business, Labor, and the Shaping of America's Public-Private Welfare State* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2003), pp. 204-254, y Jacob S. Hacker, *The Divided Welfare State: The Battle over Public and Private Social Benefits in the United States* (Nueva York: Cambridge University Press, 2002). Sobre el Tratado de Detroit, véase Nelson Lichtenstein, *State of the Union: A Century of American Labor* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2002), pp. 123-128.

19. Michael J. Hogan, *The Marshall Plan: America, Britain and the Reconstruction of Western Europe, 1947-1952* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987); Judith Stein, *Pivotal Decade: How the United States Traded Factories for Finance in the 1970s* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2010), p. 6; Quinn Slobodian, *Globalistas* (trad. de Paula Zumalacárregui; Madrid: Capitán Swing, 2021), y Barry J. Eichengreen, *La globalización del capital: historia del sistema monetario internacional* (Barcelona: Antoni Bosch Editor, 2000).

20. Durante todo este período, las importaciones y exportaciones representaron menos del 10 por ciento del PIB del país. Las dos décadas de rápido crecimiento europeo y japonés (1945-1965) apenas hicieron mella en la proporción mundial del capital social y la producción económica de Estados Unidos. Stein, *Pivotal Decade*, p. 7.

21. Citado en Stein, *Pivotal Decade*, p. 7.

22. Las importaciones de Japón se incrementaron en un asombroso 96 por ciento entre 1967 y 1970. Estados Unidos padeció durante estos años la necesidad de desviar una inmensa proporción de sus recursos a su ejército, gran parte de los cuales, durante la era del Vietnam, se gastaron en el extranjero, lo cual empeoró el balance de la balanza de pagos del país. Stein, *Pivotal Decade*, p. 7.

23. Daniel Rowe, «Beyond Reaganomics: The Long Economic Crisis and the Rebuilding of America, 1974-1988» (tesis doctoral, University of Oxford, 2019), p. 136.

24. Para una evaluación temprana de estas tendencias, véase Richard J. Barnet y Ronald E. Müller, *Los dirigentes del mundo: el poder de las multinacionales* (trad. de Ramón Hernández Sol; Barcelona: Grijalbo, 1976). Véase también Robert B. Reich, *Business class. El trabajo de las naciones* (Villaviciosa de Odón: Javier Vergara Editor, 1993).

25. Stein, *Pivotal Decade*, pp. 35, 37 (cita extraída de la página 37).

26. Esta brecha apareció incluso aunque Estados Unidos empezara a extraer petróleo de los nuevos yacimientos petrolíferos recién descubiertos de Texas. Ni siquiera las aportaciones de Texas bastaban para satisfacer la demanda del país. Meg Jacobs, *Panic at the Pump: The Energy Crisis and the Transformation of American Politics in the 1970s*, (Nueva York: Hill and Wang, sello editorial de Farrar, Straus and Giroux, 2016); Darren Dochuk, *Anointed By Oil: How Christianity and Crude Made Modern America* (Nueva York: Basic Books, 2019).

27. Stein, *Pivotal Decade*, pp. 74-100.

28. *Ibid.*, pp. 74-81, y *passim*.

29. Steven A. Schneider, *The Oil Price Revolution* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 1983), p. 103.

30. La doctrina keynesiana dictaba que el desempleo y la inflación, supuestamente, no podían aumentar en paralelo. Cuando el desempleo se incrementaba y menos trabajadores percibían salarios, los consumidores tenían menos dinero en los bolsillos. Por consiguiente, gastaban menos, y ello hacía que los precios se volvieran flexibles y vulnerables, con tendencia al descenso, un descenso que, a su vez, estimularía nuevas compras, más contratación y, en última instancia, un retorno de una economía en expansión. Los Gobiernos que se adherían a la doctrina keynesiana podían gestionar y en ocasiones acelerar el crecimiento mediante la política monetaria (reduciendo los tipos de interés en una recesión) y la política fiscal (recortando los impuestos durante una crisis para poner más dinero en manos de los consumidores). Asimismo, podían imponer controles salariales y de precios temporales como una corrección a medio plazo del ciclo económico.

31. Jacobs, *Panic at the Pump*; David Farber, *Taken Hostage: The Iran Hostage Crisis and America's First Encounter with Radical Islam* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2005); Julian E. Eizenstat, *President Carter: The White House Years* (Nueva York: St. Martin's Publishing Group, 2018), y Zelizer, *Jimmy Carter: The American Presidents Series: The 39th President, 1977-1981* (Nueva York: Henry Holt, 2010). Para consultar una perspectiva global de las consecuencias de la crisis energética en Occidente, véase Helen Thompson, *Disorder: Hard Times in the Twenty-First Century* (Oxford: Oxford University Press, 2022).

32. Stein, *Pivotal Decade*, p. 244.

33. General Motors perdió 763 millones de dólares en 1980; Ford, 1.500 millones (las segundas peores pérdidas en la historia de la empresa), y Chrysler, 1.700 millones (la mayor pérdida corporativa en la historia de Estados Unidos); Rowe, «Beyond Reaganomics», pp. 107-108, 115-116.

34. Stein, *Pivotal Decade*, pp. 252-253, y Brock W. Yates, *The Decline and Fall of the American Automobile Industry*, (Nueva York: Vintage 1984).

35. Stein, *Pivotal Decade*, p. 206.

36. *New York Daily News*, 29 de octubre, 1975, portada; <https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=&ved=2ahUKEwjysKSlsKT9AhUPh_0E%3A%2F%2Fwww.nydailynews.com%2Fnew-york%2Fpresident-ford-announces-won-bailout-nyc-1975-article-1.2405985&usg=AOvVaw0JpIWziHveHa3CJbYej1PB>, consultado el 20 de julio de 2021, y Kim Phillips-Fein, *Fear City: New York's Fiscal Crisis and the Rise of Austerity Politics* (Nueva York: Henry Holt, 2017).

37. Barry Bluestone y Bennett Harrison, *The Deindustrialization of America: Plant Closings, Community Abandonment, and the Dismantling of Basic Industry* (Nueva York: Basic Books, 1982).

38. Spike Lee plasmó de manera brillante las tensiones entre negros e italianos en su serie de películas ambientadas en Nueva York, incluidas *Haz lo que debas* (1989) y *Fiebre salvaje* (1991). Sobre las tensiones que la economía urbana en retroceso desencadenó entre negros y blancos, véanse J. Anthony Lukas, *Common Ground: A Turbulent Decade in the Lives of Three American Families* (Nueva York: Knopf, 1985); Ronald P. Formisano, *Boston Against Busing: Race, Class, and Ethnicity in the 1960s and 1970s* (Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 1991); Jonathan Rieder, *Canarsie: The Jews and Italians of Brooklyn Against Liberalism* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1985); Jim Sleeper, *The Closest of Strangers: Liberalism and the Politics of Race in New York* (Nueva York: W. W. Norton, 1990); Jerald E. Podair, *The Strike That Changed New York: Blacks, Whites, and the Ocean Hill-Brownsville Crisis* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2002); Thomas J. Sugrue, *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit* (1996; Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2005), y Heather Ann Thompson, *Whose Detroit? Politics, Labor, and Race in a Modern City* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2001).

39. Stein, *Pivotal Decade*, p. 231.

40. Sobre el *Watergate* y la dimisión de Nixon, véase Rick Perlstein, *Nixonland: The Rise of a President and the Fracturing of America* (Nueva York: Simon and Schuster, 2008).

41. Zelizer, *Jimmy Carter*; Eizenstat, *President Carter*; Kai Bird, *The Outlier: The Unfinished Presidency of Jimmy Carter* (Nueva York: Crown, 2021), y Lawrence Wright, *Thirteen Days in September: Carter, Begin, and Sadat at Camp David* (Nueva York: Knopf, 2014).

42. Charles Mohr, «Carter, with a Long List of Campaign Promises, Now Faces the Problem of Making Good on Them», *New York Times*, 15 de noviembre de 1976.

43. Bird, *The Outlier*, p. 185.

44. Eisenstat, *President Carter*, pp. 384-387. Para entender cómo las políticas progresistas como las de Nader empezaron a erosionar el régimen regulador del orden del New Deal, véase Reuel Schiller, «Regulation and Collapse of the New Deal Order, or How I Learned to Stop Worrying and Love the Market» y «Environmental Law and the End of the New Deal Order», ambos incluidos en Gary Gerstle, Alice O'Connor y Nelson Lichtenstein, *Beyond the New Deal Order: U.S. Politics from the Great Depression to the Great Recession* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2019), pp. 168-185 y 186-212. Véanse también Paul Sabin, *Public Citizens: The Attack on Big Government and the Remaking of American Liberalism* (Nueva York: W. W. Norton, 2021); Thomas K. McCraw, *Prophets of Regulation: Charles Francis Adams, Louis D. Brandeis, James M. Landis, Alfred E. Kahn* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 1984), y Stein, *Pivotal Decade*, pp. 250-252.

45. James Carter, «State of the Union Address», 19 de enero de 1978, disponible en: <https://millercenter.org/the-presidency/presidential-speeches/january-19-1978-state-union-address>, consultado el 9 de febrero de 2020.

46. Alfred E. Kahn, *Lessons from Deregulation: Telecommunications and Airlines After the Crunch* (Washington D. C.: Brookings Institution Press, 2003).

47. Jimmy Carter, «Economic Renewal Program Remarks», 28 de agosto de 1980, *Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter 1980-81*, vol. 2, p. 1587 (Washington D. C.: Government Printing Office, 1982). En su campaña de 1980 contra Carter, Kennedy exigió un «Plan Marshall para Estados Unidos» y una «corporación público-privada para la reindustrialización de Estados Unidos», Rowe, «Beyond Reaganomics», p. 152; Bill Stahl, «Sen. Kennedy Calls for a New Partnership», *Los Angeles Times*, 21 de mayo de 1980; Sidney Blumenthal, «Drafting a Democratic Industrial Plan», *New York Times*, 28 de agosto de 1982, disponible en: <https://www.nytimes.com/1983/08/28/magazine/drafting-a-democratic-industrial-plan.html>, consultado el 22 de julio de 2021, y Jefferson Cowie, *Stayin' Alive: The 1970s and the Last Days of the Working Class* (Nueva York: New Press, 2010).

48. Volcker pretendía reducir la masa monetaria hasta someter la inflación y crear un entorno estable para las empresas estadounidenses. Volcker no pretendía usar el poder de la Reserva Federal para generar pleno empleo. No consideraba que la creación de empleo fuera responsabilidad de la Reserva Federal. Jonathan Levy, *Ages of American Capitalism: A History of the United States* (Nueva York: Penguin Random House, 2021), pp. 597-608.

49. Carl W. Biven, *Jimmy Carter's Economy: Policy in an Age of Limits* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002); Bruce J. Schulman, *The Seventies: The Great Shift in Culture, Society, and Politics* (Nueva York: Da Capo Press, 2002), y Stephen Skowronek, *The Politics Presidents Make: Leadership from John Adams to Bill Clinton* (1993; Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 1998), 2.ª ed., pp. 361-406. Carter también pareció indeciso en materia de política exterior, sobre todo con respecto a la República Islámica de Irán, que retuvo a centenares de rehenes estadounidenses en la embajada de Estados Unidos durante más de un año. En su intento por convertir los derechos humanos en un principio cardenal de la política exterior estadounidense, Carter mostró mucha más convicción y coherencia. Sobre la crisis de Irán, véase David Farber, *Taken Hostage*. Sobre Jimmy Carter y los derechos humanos, véanse David F. Schmitz y Vanessa Walker, «Jimmy Carter and the Foreign Policy of Human Rights: The Development of a Post-Cold War Foreign Policy», *Diplomatic History* 28 (enero de 2004), pp. 113-143; Mary E. Stuckey, *Jimmy Carter, Human Rights, and the National Agenda* (College Station, Texas: Texas A & M University Press, 2009), y Zelizer, *Jimmy Carter*; Samuel Moyn, *The Last Utopia: Human Rights in History* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2010); Eizenstat, *President Carter: The White House Years*.

50. Robert C. Allen, «The Rise and Decline of the Soviet Economy», *Canadian Journal of Economics/Revue Canadienne d'économique*, 34 (2001), pp. 859-881; William Easterly y Stan Fischer, «The Soviet Economic Decline», *The World Bank Economic Review* 9 (septiembre de 1995), pp. 341-371; Johanna Bockman, *Markets in the Name of Socialism: The Left-Wing Origins of Neoliberalism* (Stanford, California: Stanford University Press, 2011); Maurice Meisner, *La China de Mao y después: una historia de la República Popular* (Córdoba: Comunicarte Editorial, 2007); Ezra F. Vogel, *Deng Xiaoping and the Transformation of China* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2011), y Perry Anderson, «Two Revolutions», *New Left Review* 61 (enero-febrero de 2010), <https://newleftreview.org/issues/ii61/articles/perry-anderson-two-revolutions>, consultado el 10 de julio de 2021.

51. Sobre la idea de la libre empresa y el lugar que ocupaba en la política y el pensamiento popular en Estados Unidos, véase Lawrence Glickman, *Free Enterprise: An American History* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2019).

1. La expresión «colectivo de pensamiento» para describir las aspiraciones de la Sociedad Mont Pelerin apareció por primera vez en Philip Mirowski y Dieter Plehwe (eds.), *The Road from Mont Pelerin: The Making of the Neoliberal Thought Collective* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009). Sobre los orígenes del término, véase Ludwick Fleck, *Genesis and Development of a Scientific Fact*, Thaddeus J. Trenn y Robert K. Merton (eds.) (trad. al inglés de Fred Bradley y Thaddeus J. Trenn; 1935; Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 1979), pp. 38-51

2. Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979)* (trad. de Horacio Pons; Madrid: Akal, 2009).

3. El libro de Stephen W. Sawyer y Daniel Steinmetz-Jenkins (eds.) *Foucault, Neoliberalism, and Beyond* (Londres: Rowman and Littlefield, 2019) es indispensable para entender el pensamiento de Foucault acerca del neoliberalismo. En concreto, véase la «Introducción» de Sawyer y Steinmetz-Jenkins y los capítulos de Michael Behrent, «A Liberal Despite Himself: Reflections on a Debate, Reappraisals of a Question», y de Daniel Zamora, «Finding a "Left Governmentality": Foucault's Last Decade», pp. vii-xxi, 1-32 y 33-52. Véase también Daniel Zamora y Michael C. Behrent (eds.), *Foucault y el neoliberalismo* (Madrid: Amorrortu Editores, 2016).

4. Jamie Peck, *Constructions of Neoliberal Reason* (Nueva York: Oxford University Press, 2010), p. xiii. Sobre los diversos significados del neoliberalismo a lo largo del tiempo y el espacio (internacional), véase también el magnífico artículo de Angus Burgin «The Neoliberal Turn» (documento en posesión del autor).

5. Gary Gerstle, «The Protean Character of American Liberalism», *American Historical Review* 99 (octubre de 1994), pp. 1043-1073.

6. *Declaration of Independence*, 4 de julio de 1776, disponible en: <https://www.archives.gov/founding-docs/declaration-transcript>, consultado el 13 de septiembre de 2021; Bernard Bailyn, *Los orígenes ideológicos de la Revolución Norteamericana* (trad. de Alberto Vanasco y Antonio Lastra Meliá; Madrid: Editorial Tecnos, 2012); Gordon S. Wood, *The Creation of the American Republic, 1776-1787* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1969); Eric Foner, *Tom Paine and Revolutionary America* (Nueva York: Oxford University Press, 1976); Gordon Wood, *The Radicalism of the American Revolution* (Nueva York: Vintage Books, 1993); Thomas Bender, *A Nation Among Nations: America's Place in World History* (Nueva York: Hill and Wang, 2006), cap. 2; David Armitage, *Las declaraciones de independencia* (trad. de Antonio Carrasco Álvarez; Madrid: Marcial Pons Ediciones de Historia, 2012); Joanna Innes y Mark Philp (eds.), *Re-Imagining Democracy in the Age of Revolutions: America, France, Britain, and Ireland* (Nueva York: Oxford University Press, 2013), y Eric Hobsbawm, *La era de la revolución, 1789-1848* (trad. de Felipe Ximénez de Sandoval; Barcelona: Editorial Crítica, 2003).

7. Gary Gerstle, *Liberty and Coercion: The Paradox of American Government from the Founding to the Present* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015), capítulo 1.

8. Adam Smith, *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776; trad. de Carlos Rodríguez Braun; Madrid: Tecnos, 2009), *passim.* y Gerstle, *Liberty and Coercion*, capítulo 1. El carácter emancipador del pensamiento liberal, en su forma del siglo XVIII, suele subestimarse. Véase Istvan Hont y Michael Ignatieff, «Needs and Justice in the Wealth of Nations: An Introductory Essay», en Istvan Hont y Michael Ignatieff (eds.), *Wealth and Virtue: The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment* (Nueva York: Cambridge University Press, 1983), pp. 1-44, y Gerstle, «The Protean Character of American Liberalism».

9. Helena Rosenblatt, *The Lost History of Liberalism: From Ancient Rome to the Twenty-First Century* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2018); y los cuatro libros siguiente de David Brion Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1966); *The Problem of Slavery in the Age of Revolution, 1770-1823* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1975); *The Problem of Slavery in the Age of Emancipation* (Nueva York: Knopf, 2014) e *Inhuman Bondage: The Rise and Fall of Slavery in the New World* (Nueva York: Oxford University Press, 2006); Thomas L. Haskell, «Capitalism and the Origins of the Humanitarian Sensibility, Part I», *American Historical Review* 90 (abril de 1985), pp. 339-361, y «Capitalism and the Origins of the Humanitarian Sensibility, Part II», *American Historical Review* 90 (junio de 1985), pp. 547-566; Christopher Leslie Brown, *Moral Capital: Foundations of British Abolitionism* (Chapel Hill: University of North Carolina, 2006); Sally G. McMillen, *Seneca Falls and the Origins of the Women's Rights Movement* (Nueva York: Oxford University Press, 2008); Sean Wilentz, *Chants Democratic: New York City and the Rise of the American Working Class, 1788-1850* (Nueva York: Oxford University Press, 1984), y Leslie Butler, *Americans: Victorian Intellectuals and Transatlantic Liberal Reform* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007).

10. Walter Lippmann, *The Good Society* (1937; Londres: Billing and Sons, 1944), pp. 192-193.

11. El Partido Whig de los Estados Unidos fue un partido político del siglo XIX creado para ejercer de oposición a la política del presidente estadounidense (1829-1837) Andrew Jackson. Se denominó Whig por analogía a los whigs («cuatreros») británicos, que se habían opuesto al poder real durante la Restauración inglesa. Lo fundaron en Washington republicanos nacionales y despertó simpatía entre los defensores de los derechos de los estados sureños. Promovía la supremacía del Congreso frente a las acciones ejecutivas tomadas por Jackson. Ridiculizando al «Rey Andrew», los whigs norteamericanos tomaron el nombre del partido inglés Whig, el cual se oponía al poder de la monarquía y apoyaba el control parlamentario. *(N. de la t.)*

12. Adam Gopnik, *A Thousand Small Sanities: The Moral Adventure of Liberalism* (Nueva York: Basic Books, 2019); Eric Foner, *Free Soil, Free Labor, Free Men: The Ideology of the Republican Party Before the Civil War* (Nueva York: Oxford University Press, 1970); Eric Foner, *The Fiery Trial: Abraham Lincoln and American Slavery* (Nueva York: W. W. Norton, 2010); John Vincent, *The Formation of the British Liberal Party, 1857-1868* (Nueva York: Scribners, 1967); Jonathan Parry, *The Rise and Fall of Liberal Government in Victorian Britain* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1993); Eugenio F. Biagini, *Liberty, Retrenchment and Reform: Popular Liberalism in the Age of Gladstone, 1860-1880* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992), y John Stuart Mill, *De la libertad* (trad. de Eduardo Gil Bera; Barcelona: Acantilado, 2012). Sobre el liberalismo francés de mediados de siglo, véanse Aurelian Craiutu, *Liberalism Under Siege: The Political Thought of the French Doctrinaires* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2003); Stephen W. Sawyer, *Demos Assembled: Democracy and the International Origins of the Modern State, 1840-1880* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2018); Walter Dennis Gray, *Interpreting American Democracy in France: The Career of Édouard Laboulaye, 1811-1883* (Newark, Delaware: University of Delaware Press, 1994); Stephen Sawyer, «Édouard Laboulaye and the Statue of Liberty: Forging the Democratic Experience», *La lettre du Collège de France* 4 (2008-2009), pp. 55-57, disponible en: <https://journals.openedition.org/lettre-cdf/782>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Yasmin Sabina Khan, *Enlightening the World: The Creation of the Statue of Liberty* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2010), y W. Caleb McDaniel, *The Problem of Democracy in the Age of Slavery: Garrisonian Abolitionists and Transatlantic Reform* (Baton Rouge, Luisiana: Louisiana State University Press, 2013).

13. Eric Foner, *Reconstruction: America's Unfinished Revolution, 1863-1877* (Nueva York: HarperCollins, 1988); David W. Blight, *Race and Reunion: Civil War in American Memory* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2001); Steven Hahn, *A Nation Under Their Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005); Gregory P. Downs, *After Appomattax: Military Occupation and the Ends of War* (Cambridge, Massachusetts; Harvard University Press, 2015); Gerstle, *Liberty and Coercion*, capítulos 2-3, y C. Vann Woodward, *The Strange Career of Jim Crow* (Nueva York: Oxford University Press, 1955).

14. Christopher Tomlins utiliza la expresión «libertad ficticia» en su libro *The State and the Unions: Labor Relations, Law, and the Organized Labor Movement in America, 1880-1960* (Nueva York: Cambridge University Press, 1985). Sobre el temor a que el malestar del Sur pudiera extenderse al Norte, véase Heather Cox Richardson, *The Death of Reconstruction: Race, Labor, and Politics in the Post-Civil War North, 1865-1901* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2001). Para ampliar la información sobre los conflictos laborales a finales del siglo XIX, véanse Richard White, *The Republic for Which It Stands: The United States During Reconstruction and the Gilded Age, 1865-1896* (Nueva York: Oxford University Press, 2017); William E. Forbath, *Law and the Shaping of the American Labor Movement* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1991), y Gerstle, *Liberty and Coercion*, capítulo 7. Sobre el temor que inspiró en Estados Unidos la Comuna de París, véase Stephan Thernstrom, *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth-Century City* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1964). Sobre la construcción de arsenales en las ciudades del norte a raíz de la Comuna de París y la insurrección obrera interior, véase Robert M. Fogelson, *America's Armories: Architecture, Society, and Public Order* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1989). Sobre el atractivo del radicalismo, véanse Nick Salvatore, *Eugene V Debs: Citizen and Socialist* (Urbana: University of Illinois Press, 1982), y James Green, *Death in the Haymarket: A Story of Chicago, the First Labor Movement and the Bombing That Divided Gilded Age America* (Nueva York: Pantheon, 2006).

15. La preocupación por el orden, o por la «libertad ordenada», hilvana los escritos de Woodrow Wilson y Theodore Roosevelt, dos figuras destacadas de la política estadounidense que acabarían por asociarse con el progresismo norteamericano, el antecesor del liberalismo estadounidense moderno. Sobre Roosevelt, véase Gary Gerstle, *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century* (2001; Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017), capítulos 1-2. Sobre Wilson, véase Gary Gerstle, «Race and Nation in the Thought and Politics of Woodrow Wilson», en John Milton Cooper Jr. (ed.), *Reconsidering Woodrow Wilson: Progressivism, Internationalism, War, and Peace* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 2008), pp. 93-124. Sobre el darwinismo social, véase Richard Hofstadter, *Social Darwinism in American Thought, 1860-1915* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1944). Sobre las implicaciones internacionales de estas opiniones, véanse Marilyn Lake y Henry Reynolds, *Drawing the Global Colour Line: White Men's Countries and the Question of Racial Equality* (Melbourne, Australia: Melbourne University Publishing, 2008); Paul A. Kramer, *The Blood of Government: Race, Empire, the United States, and the Philippines* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006); Duncan Bell, *Reordering the World: Essays on Liberalism and Empire* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2016); Duncan Bell, *Dreamworlds of Race: Empire and the Utopian Destiny of Anglo-America* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2020); Jennifer Pitts, *A Turn to Empire: The Rise of Imperial Liberalism in Britain and France* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2005); Peter James Hudson, *Bankers and Empire: How Wall Street Colonized the Caribbean* (Chicago: University of Chicago Press, 2017); Mae Ngai, *The Chinese Question: The Gold Rushes and Global Politics* (Nueva York: W. W. Norton, 2021); Saul Dubow y Gary Gerstle, «Race, Ethnicity, and Nation», en Eugenio F. Biagini y Gary Gerstle (eds.), *A Cultural History of Democracy in the Modern Age* (Londres: Bloomsbury, 2021), pp. 149-170, y Jane Burbank y Frederick Cooper, *Imperios: una nueva visión de la historia universal* (trad. de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya; Barcelona: Editorial Crítica, 2012).

16. Lippmann, *The Good Society*, p. 182. Sobre el viraje de Lippmann hacia el socialismo, véanse Ronald Steel, *Walter Lippmann and the American Century* (Nueva York: Little, Brown, 1980), y Tom Arnold-Forster, *Walter Lippmann: An Intellectual Biography* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, de próxima publicación).

17. L. T. Hobhouse, *Liberalism* (Nueva York: Henry Holt, 1911); J. A. Hobson, *Crisis of Liberalism: New Issues for Democracy* (Londres: P. S. King and Son, 1909); Taylor C. Boas y Jordan Gans-Morse, «Neoliberalism: From New Deal Philosophy to Anti-Liberal Slogan», *Studies in Comparative International Development* 44 (junio de 2009), pp. 137-161. Herbert Croly, *The Promise of American Life* (1909; Boston: Northeastern University Press, 1989); Theodore Roosevelt, «The New Nationalism», en Roosevelt, *The New Nationalism* (Nueva York: Outlook, 1910), pp. 3-33; Gerstle, *American Crucible*, capítulo 2; Gerstle, «The Protean Character of American Liberalism»; George E. Mowry, *Theodore Roosevelt and the Progressive Movement* (Madison: University of Wisconsin Press, 1946); Charles Forcey, *The Crossroads of Liberalism: Croly, Weyl, Lippmann, and the Progressive Era, 1900-1925* (Nueva York: Oxford University Press, 1961); Louise W. Knight, *Jane Addams: Spirit in Action* (Nueva York: W. W. Norton, 2010); Arthur S. Link, *Woodrow Wilson and the Progressive Era, 1910-1917* (Nueva York: Harper, 1954), y Thomas J. Knock, *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order* (Nueva York: Oxford University Press, 1992). Véase también Pierre Dardot y Christian Laval, *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal* (trad. de Alfonso Díez; Barcelona: Gedisa, 2013), capítulo 1.

18. Roosevelt, «The New Nationalism», pp. 23-24. Sobre el progresismo en términos más generales, véanse Michael McGerr, *A Fierce Discontent: The Rise and Fall of the Progressive Movement in America, 1870-1920* (Nueva York: Oxford University Press, 2003); James T. Kloppenberg, *Uncertain Victory: Social Democracy and Progressivism in European and American Thought, 1870-1920* (Nueva York: Oxford University Press, 1986); Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1998).

19. Citado en David Green, *Shaping Political Consciousness: The Language of Politics in America from McKinley to Reagan* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 1987), p. 119; véase también *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt, 1938* (Nueva York: Macmillan, 1941), pp. xxix-xxx. Sobre Roosevelt y el liberalismo, véanse los siguientes libros: Arthur M. Schlesinger Jr., *The Crisis of the Old Order: 1919-1933, The Age of Roosevelt* (1957; Nueva York: First Mariner Books, 2003), vol. 1; *The Coming of the New Deal, 1933-1935, The Age of Roosevelt* (1958, Nueva York: First Mariner Books, 2003), vol. 2; Schlesinger, *The Politics of Upheaval, 1935-1936, The Age of Roosevelt* (1960, Nueva York: First Mariner Books, 2003), vol. 3. Véase también David M. Kennedy, *Entre el miedo y la libertad: los EE.UU. de la gran depresión al fin de la Segunda Guerra Mundial /1929-1945)* (trad. de Eduardo Hojman; Barcelona: Edhasa, 2005); Ira Katznelson, *Fear Itself: The New Deal and the Origins of Our Time* (Nueva York: Liveright, 2013); Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989); Gerstle, *American Crucible*, capítulo 4, y Eric Rauchway, *Why the New Deal Matters* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2021).

20. Irving Howe, *Socialism and America* (San Diego, California: Harcourt Brace Jovanovich, 1985); Steve Fraser, «The “Labor Question”», en Fraser y Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order*, y Gerstle, *Liberty and Coercion*, capítulo 7.

21. Véase Gerstle, *American Crucible,* capítulo 2; Gerstle, «Race and Nation in the Thought of Politics of Woodrow Wilson», y Adom Getachew, *Worldmaking After Empire: The Rise and Fall of Self-Determination* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2019).

22. Herbert Hoover, «The Road to Freedom», *Speech to the Republican National Convention*, *Cleveland, Ohio* (10 de junio de 1936), en Hoover, *Addresses upon the American Road, 1933-1938* (Nueva York: Scribner's Sons, 1938), p. 181.

23. Lippmann, *The Good Society*, p. 190.

24. *Ibid.*, p. 134.

25. *Ibid.*, pp. 135-136.

26. *Ibid.,* pp. 210-233; véase también Arnold-Forster, *Walter Lippmann*.

27. Lippmann, *The Good Society*, p. 330.

28. En torno a esta misma época (y desde una perspectiva más de izquierdas), Karl Polanyi planteaba argumentos similares acerca de cómo los Estados estructuran y ayudan a los mercados. Estos argumentos acabarían cobrando forma en su influyente libro de 1944 *La gran transformación*. Polanyi no participó en el Coloquio Lippmann, si bien su hermano, Michael Polanyi (científico, economista y filósofo), sí lo hizo. Karl Polanyi, *La gran transformación: crítica del liberalismo económico* (trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría Rico; Barcelona: Virus Editorial, 2016).

29. Puede consultarse un registro de las intervenciones en el Coloquio Lippmann en Jurgen Reinhoudt y Serge Audier (eds.), *The Walter Lippmann Colloquium: The Birth of Neo-Liberalism* (Londres: Palgrave Macmillan, 2018). El propio Lippmann demostró poco interés en el proceso y durante su tiempo en París estuvo mucho más centrado en tener una aventura que en cartografiar una nueva hoja de ruta para el liberalismo. Angus Burgin, *The Great Persuasion: Reinventing Free Markets Since the Depression* (Cambridge, Massachusetts: Harvard, 2012), y Quinn Slobodian, *Globalistas* (trad. de Paula Zumalacárregui; Madrid: Capitán Swing, 2021), ofrecen relatos excelentes de estas asambleas litúrgicas. Sobre Lippmann en la década de 1930, véanse Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, pp. 285-366, y Arnold-Forster, *Walter Lippmann*.

30. Mirowski y Plehwe (eds.), *The Road from Mont Pelerin.*

31. Burgin, *The Great Persuasion*; Slobodian, *Globalistas*.

32. Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*.

33. F. A. Hayek, *Los fundamentos de la libertad: antología* (trad. de José-Vicente Torrente; Madrid: Alianza Editorial 2022).

34. Nancy MacLean subraya la importancia del orden para el liberalismo, si bien se trató de un fenómeno mucho más amplio (y menos conspirador) de lo que sugiere su relato histórico que se extiende desde Johan C. Calhoun hasta James Buchanan. Véase Nancy MacLean, *Democracy in Chains: The Deep History of the Radical Right's Stealth Plan for America* (Nueva York: Penguin Books, 2017).

35. Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*.

36. Burgin, *The Great Persuasion*, y Slobodian, *Globalistas*, son lecturas iluminadoras acerca de los ordoliberales alemanes.

37. Véanse Gary S. Becker, *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 1964); y Gary S. Becker, *A Treatise on the Family*, ed. ampliada (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1991). Véanse también Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, y Henri Lepage, *Mañana, el capitalismo* (trad. de Juan Bueno; Madrid: Alianza Editorial, 1979).

38. Jean-Luc Migué, «Métholodogie économique et économie non-marchande», documento presentado en su ponencia ante la conferencia de economistas francófonos (Quebec, mayo de 1976) y reproducido en la *Revue d'économie politique* (1977), pp. 44 y ss. El material citado aparece en Henri Lepage, *Mañana, el capitalismo*.

39. Wendy Brown, *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo* (trad. de Víctor Altamirano; Barcelona: Malpaso Ediciones, 2017), pp. 4-5.

40. Sobre Bentham, véanse Jeremy Bentham, *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation* (1789; Londres: Andesite Press, 2015); Leslie Stephen, *The English Utilitarians*, (Cambridge: Cambridge University Press, 2011); Charles Warren Everett, *Jeremy Bentham*, (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1969); Frederick Rosen, «The Origins of Liberal Utilitarianism: Jeremy Bentham and Liberty», en Richard Paul Bellamy (ed.), *Victorian Liberalism: Nineteenth Century Political Thought and Practice* (Londres: Routledge, 1990), pp. 58-70; Philip Schofield, *Utility and Democracy: The Political Thought of Jeremy Bentham* (Oxford: Oxford University Press, 2006), y Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (Madrid: Clave Intelectual, 2022).

41. Citado por Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, y extraído de Wilhelm Röpke, *La crisis social de nuestro tiempo* (trad. de Juan Medem Sanjuán; Madrid: El Buey Mudo, 2010), parte II, capítulo 3.

42. Slobodian, *Globalistas*, capítulo 5, resulta muy ilustrativo sobre el viraje de Röpke con respecto a Sudáfrica y el racismo.

43. Pueden consultarse algunas perspectivas útiles sobre las intersecciones de la corrosión moral, la raza y el neoliberalismo en Estados Unidos en Brown, *El pueblo sin atributos*; Peck, *Constructions of Neoliberal Reason*; MacLean, *Democracy in Chains*; Loïc Wacquant, *Castigar a los pobres: el gobierno liberal de la inseguridad social* (trad. de Margarita Polo; Barcelona: Gedisa, 2010); Melinda Cooper, *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism* (Nueva York: Zone Books, 2017), y Kim Phillips-Fein, *Fear City: New York's Fiscal Crisis and the Rise of Austerity Politics* (Nueva York: Metropolitan Books, 2017).

44. Puede consultarse la recopilación completa de las columnas publicadas por Henry Hazlitt en *Newsweek* en *Business Tides: The Newsweek Era of Henry Hazlitt*, edición Kindle (Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 2011).

45. Milton Friedman, *Capitalismo y libertad: ensayos de política monetaria* (Madrid: Editorial Síntesis, 2012).

46. Sobre el trabajo de Reagan para General Electric durante la década de 1950, véanse Jacob Weisberg, *Ronald Reagan: The American Presidents Series: The Fortieth President, 1981-1989* (Nueva York: Henry Holt, 2016), y Thomas W. Evans, «The GE Years: What Made Reagan Reagan», *History News Network*, 8 de enero de 2007, disponible en: <https://historynewsnetwork.org/article/32681>, consultado el 2 de diciembre de 2019. Sobre los inicios de la carrera de Goldwater, véanse Elizabeth Tandy Shermer, *Sunbelt Capitalism: Phoenix and the Transformation of American Politics* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2013); Elizabeth Tandy Shermer (ed.), *Barry Goldwater and the Remaking of the American Political Landscape* (Tucson: University of Arizona Press, 2013), y Rick Perlstein, *Before the Storm: Barry Goldwater and the Unmaking of the American Consensus* (Nueva York: Hill and Wang, 2001). Véase también Barry M. Goldwater, *The Conscience of a Conservative* (Shepherdsville, Kentucky: Victor, 1960).

47. Barry Goldwater, discurso de aceptación como candidato republicano a la presidencia pronunciado en Cow Palace, San Francisco, 16 de julio de 1964, disponible en: <www.washingtonpost.com/wp-srv/politics/daily/may98/goldwaterspeech.htm>, consultado el 29 de noviembre de 2019.

48. William H. Whyte, *The Organization Man* (Nueva York: Simon and Schuster, 1956); David Riesman, *La muchedumbre solitaria* (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1981); C. Wright Mills, *White-collar: las clases medias en Norteamérica* (Barcelona: Aguilar, 1973); Richard Hofstadter, *Tradición política americana y los hombres que la forjaron* (Barcelona: Seix Barral, 1969), y Paul Goodman, *Problemas de la juventud en la sociedad organizada* (Barcelona; Edicions 62, 1975).

49. Ronald Reagan, «Commencement Address», Eureka College, 7 de junio de 1957, disponible en: <http://www.shoppbs.pbs.org/wgbh/amex/reagan/filmmore/reference/primary/eureka.html>, consultado el 9 de septiembre de 2021.

50. Richard White, *«It's Your Misfortune and None of My Own»: A New History of the American West* (Norman: University of Oklahoma Press, 1991) ofrece una narración interesante de esta historia del Oeste.

51. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Nueva York: Verso, 1983).

52. John F. Kennedy, discurso de aceptación como candidato demócrata a la presidencia pronunciado en el Memorial Coliseum, Los Ángeles, 15 de julio de 1960, The American Presidency Project, University of California, Santa Bárbara, disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-accepting-the-democratic-nomination-for-president-the-memorial-coliseum-los>, consultado el 9 de septiembre de 2021.

53. Hayek, *Los fundamentos de la libertad*, *passim*.

54. *Ibid.*, *passim*.

55. *Ibid.*

56. Allen Ginsberg, *Aullido y otros poemas* (trad. de Kay Gallego; Madrid: Visor Libros, 1993).

57. Goodman, *Problemas de la juventud en la sociedad organizada*.

58. *Ibid.*

59. Declaración de Port Huron, 1962, Sixties Project, disponible en: <http://www2.iath.virginia.edu/sixties/HTML_docs/Resources/Primary/Manifestos/SDSPort_Huron.html>, consultado el 9 de septiembre de 2021; Richard Flacks y Nelson Lichtenstein (eds.), *The Port Huron Statement: Sources and Legacies of the New Left's Founding Manifesto* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2015), y Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage* (Nueva York: Bantam Books, 1987).

60. Sobre los inicios de la nueva izquierda, véanse Maurice Isserman, *If I Had a Hammer, The Death of the Old Left and the Birth of the New Left* (Nueva York: Basic Books, 1989), y Rebecca Klatch, *A Generation Divided: The New Left, the New Right, and the 1960s* (Berkeley: University of California Press, 1999). Sobre el Movimiento en Defensa de la Libertad de Expresión en concreto, véanse W. J. Rorabaugh, *Berkeley at War: The 1960s* (Nueva York: Oxford University Press, 1989); Robert Cohen y Reginald E. Zelnik (eds.), *The Free Speech Movement: Reflections on Berkeley in the* 1960s (Berkeley: University of California Press, 2002), y Neil J. Smelser, *Reflections on the University of California from the Free Speech Movement to the Global University* (Berkeley, California: University of California Press, 2010). Una figura clave del Movimiento en Defensa de la Libertad de Expresión en Berkeley fue Mario Savio, cuyo apasionado discurso desde las escaleras a las puertas del Sproul Hall, Berkeley, plasmó los sentimientos de la nueva izquierda: «Hay un momento en el que el funcionamiento de la máquina se vuelve tan odioso y te pone tan enfermo que no puedes seguir participando de eso. ¡Ni siquiera pasivamente! ¡Y tienes que poner el cuerpo sobre los engranajes, sobre las ruedas, sobre las palancas y sobre todos los mecanismos para detenerla! Y tienes que indicarle a quienes la accionan, a sus dueños, que, a menos que seas libre, esa máquina no volverá a funcionar». Mario Savio, discurso pronunciado durante la sentada en las escaleras del Sproul Hall, University of California, Berkeley, 2 de diciembre de 1964, disponible en: <https://americanrhetoric.com/speeches/mariosaviosproulhallsitin.htm>, consultado el 9 de septiembre de 2021. Robert Cohen, *Freedom's Orator: Mario Savio and the Radical Legacy of the 1960s* (Nueva York: Oxford University Press, 2009), y Robert Cohen (ed.), *The Essential Mario Savio: Speeches and Writings That Changed America* (Berkeley: University of California Press, 2014).

61. Gitlin, *The Sixties*; Godfrey Hodgson, *America in Our Time: From World War II to Nixon–What Happened and Why* (Nueva York: Doubleday, 1976), pp. 288-305. Nancy Fraser también ha detectado influencias de izquierdas en el neoliberalismo, o en lo que ella denomina «neoliberalismo progresista». Véase, por ejemplo, Nancy Fraser, *The Old Is Dying and the New Cannot Be Born: From Progressive Neoliberalism to Trump and Beyond* (Londres: Verso, 2019).

62. Ayn Rand, *El manantial* (trad. de Luis de Paola; Barcelona: Aguilar, 2004); Ayn Rand, *La rebelión de Atlas* (trad. de Julio Fernández-Yáñez; Barcelona: Caralt Editores, 1973). Sobre Rand, véanse Jennifer Burns, *Goddess of the Market: Ayn Rand and the American Right* (Nueva York: Oxford University Press, 2009); Anne C. Heller, *Ayn Rand and the World She Made* (Nueva York: Doubleday, 2009), y Lisa Duggan, *Mean Girl: Ayn Rand and the Culture of Greed* (Oakland: University of California Press, 2019).

63. Burns, *Goddess of the Market*, pp. 68, 114.

64. Duggan, *Mean Girl,* pp. 10-11; Cass R. Sunstein, «The Siren of Selfishness», *New York Review of Books*, 9 de abril de 2020, disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/2020/04/09/aynrand-siren-selfishness/>, consultado el 14 de septiembre de 2021. Este momento de encuentro con Rand en las décadas de 1960 y 1970 era muy distinto de los experimentados posteriormente por Paul Ryan, Peter Theil y Mike Pompeo, entre otros, en una época en la que el neoliberalismo se hallaba en la cresta de la ola. Para entender la influencia de Rand en estos neoliberales posteriores, véase Freedland, «The New Age of Ayn Rand: How She Won Over Trump and Silicon Valley», *The Guardian*, 10 de abril de 2017, disponible en: <https://www.theguardian.com/books/2017/apr/10/new-age-ayn-rand-conquered-trump-white-house-silicon-valley>, consultado el 17 de diciembre de 2021, y Corey Robin, «Metafísica y chicle», en Corey Robin, *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump* (trad. de Daniel Gascón; Madrid: Capitán Swing, 2020), pp. 255-282.

65. John Ganz, «The Forgotten Man», *The Baffler*, 15 de diciembre de 2017, disponible en: <https://thebaffler.com/latest/the-forgotten-man-ganz>, consultado el 21 de julio de 2021, y Murray N. Rothbard (ed.), *Left & Right: A Journal of Libertarian Thought (Complete, 1965-1968)* (Auburn, Alabama: Ludwig von Mises Institute, 2007).

66. Ronald Radosh y Murray N. Rothbard (eds.), *A New History of Leviathan: Essays on the Rise of the American Corporate State* (Nueva York: E. P. Dutton, 1972).

67. Algunas de las obras clave de la escuela liberal corporativa son: Gabriel Kolko, *The Triumph of Conservatism: A Re-Interpretation of American History, 1900-1916* (Glencoe, Illinois: Free Press of Glencoe, 1963); Gabriel Kolko, *Main Trends in Modern American History* (1976; Nueva York: Pantheon, 1984); James Weinstein, *The Corporate Ideal in the Liberal State, 1900-1918* (Boston, Massachusetts: Beacon Press, 1968); Ronald Radosh, «The Myth of the New Deal», en Radosh y Rothbard (eds.), *A New History of Leviathan*, pp. 146-187; Barton J. Bernstein, «The Conservative Achievements of Liberal Reform», en Barton J. Bernstein, *Towards a New Past: Dissenting Essays in American History* (Nueva York: Pantheon, 1968), pp. 263-288, y Martin Sklar, *The Corporate Reconstruction of American Capitalism, 1890-1916: The Market, the Law, and Politics* (Nueva York: Cambridge University Press, 1988).

68. Sobre Kesey y los «alegres bromistas», véase Tom Wolfe, *Ponche de ácido lisérgico* (trad. de Jesús Zulaika; Barcelona: Anagrama, 1997).

69. Si por algo es famosa Madison Avenue de Nueva York es porque a principios del siglo XX se instalaron en ella las principales agencias publicitarias del país. *(N. de la t.)*

70. Stewart Brand, *Whole Earth Catalog*, primera edición (Menlo Park, California: Portola Institute, 1968).

71. Anna Wiener, «The Complicated Legacy of Stewart Brand's "Whole Earth Catalog"», *New Yorker*, 16 de noviembre de 2018, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/letter-from-silicon-valley/the-complicated-legacy-of-stewart-brands-whole-earth-catalog>, consultado el 10 de abril, 2021; Fred Turner, *From Counterculture to Cyberculture: Stewart Brand, the Whole Earth Catalogue, and the Rise of Digital Utopianism* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2006), pp. 61-62, y Margaret O'Mara, *The Code: Silicon Valley and the Remaking of America* (Nueva York: Penguin Press, 2019). Los análisis recientes de Reuel Schiller y Paul Sabin también resultan iluminadores sobre la aportación de la nueva izquierda al neoliberalismo. Véanse Reuel Schiller, «Regulation and the Collapse of the New Deal Order, or How I Learned to Stop Worrying and Love the Market», y Paul Sabin, «Environmental Law and the End of the New Deal Order», ambos en Gary Gerstle, Nelson Lichtenstein y Alice O'Connor (eds.), *Beyond the New Deal Order: U.S. Politics from the Great Depression to the Great Recession* (Filadelfia, Pensilvania: University of Pennsylvania Press, 2019), pp. 168-185 y 186-203, respectivamente. Véase también Paul Sabin, *Public Citizen: The Attack on Big Government and the Remaking of American Liberalism* (Nueva York: W. W. Norton, 2021). Sobre Steve Jobs, véase Walter Isaacson, *Steve Jobs: la biografía* (trad. de David González-Iglesias González; Barcelona: Debolsillo, 2013). Véase también Lily Geismer, «Change Their Heads: The National Homeownership Strategy, Asset Building and Democratic Neoliberalism», documento de la Organización de Historiadores Estadounidenses (OAH) de 2019 en posesión del autor, y Lily Geismer, «Agents of Change: Microenterprise, Welfare Reform, the Clintons, and Liberal Forms of Neoliberalism», *Journal of American History* 107 (junio de 2020), pp. 107-131.

72. Aún no se ha escrito una genealogía completa de ese atraco a mano armada. Pero véase el sugerente artículo de Lawrence Glickman «Everyone Was a Liberal», *Aeon*, 5 de julio de 2016, disponible en: <https://aeon.co/essays/everyone-was-a-liberal-now-no-one-wants-to-be>, consultado el 28 de septiembre de 2021. Véase también Lawrence B. Glickman, *Free Enterprise: An American History* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2019).

73. Friedman, *Capitalismo y libertad*, introducción.

74. Hayek, *Los fundamentos de la libertad, post-scriptum*.

1. Lewis F. Powell Jr., «Confidential Memo [a Eugene B. Sydnor Jr., de la Cámara de Comercio de Estados Unidos]: Attack on American Free Enterprise System», 23 de agosto de 1971, disponible en: <https://law2.wlu.edu/deptimages/Powell%20Archives/PowellMemorandumTypescript.pdf>, consultado el 14 de septiembre de 2021, y Kim Phillips-Fein, *Invisible Hands: The Making of the Conservative Movement from the New Deal to Reagan* (Nueva York: W. W. Norton, 2009).

2. Citado en Phillips-Fein, *Invisible Hands,* p. 162.

3. *Ibid.*, p. 169.

4. *Ibid.*, pp. 169-173.

5. Jane Mayer, *Dinero oscuro: la historia oculta de los multimillonarios escondidos detrás del auge de la extrema derecha norteamericana* (Barcelona: Debate, 2018).

6. Sidney Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment: The Conservative Ascent to Political Power* (Nueva York: Times Books, 1986).

7. Jefferson Cowie, *Stayin' Alive: The 1970s and the Last Days of the Working Class* (Nueva York: New Press, 2010), pp. 261-312, y Benjamin C. Waterhouse, *Lobbying America: The Politics of Business from Nixon to NAFTA* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2014), pp. 76-139.

8. De 89 a 821, para ser exactos. Phillips-Fein, *Invisible Hands*, pp. 185-188. Sobre la historia de las PAC, véase Emily J. Charnock, *The Rise of Political Action Committees: Interest Group Electioneering and the Transformation of American Politics* (Nueva York: Oxford University Press, 2020).

9. Phillips-Fein, *Invisible Hands*, pp. 185-188; véase también Alice O'Connor, «Financing the Counter-Revolution», en Bruce Schulman y Julian E. Zelizer (eds.), *Rightward Bound: Making America Conservative in the 1970s* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2008), pp. 148-168.

10. Phillips-Fein, *Invisible Hands,* pp. 245-246; William E. Simon, *A Time for Truth* (Nueva York: Reader's Digest Press, 1978), pp. xi, xv.

11. Phillips-Fein, *Invisible Hands*, pp. 245-246. Para consultar otro manifiesto neoliberal de la época, véase George Gilder, *Riqueza y pobreza* (trad. de César Armando Gómez Martínez; Madrid: Instituto de Estudios Económicos, 1985). Véanse también Mayer, *Dinero oscuro*; Nancy MacLean, *Democracy in Chains: The Deep History of the Radical Right's Stealth Plan for America* (Nueva York: Penguin Books, 2017), y Blumenthal, *The Rise of the Counter-Establishment*.

12. Sobre el descenso de la productividad, véase Robert J. Gordon, *The Rise and Fall of American Growth: The U.S. Standard of Living Since the Civil War* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017).

13. Sobre el desconcierto que provocó el rechazo de la reforma de la ley laboral, véase Cowie, *Stayin' Alive*, pp. 288-296.

14. David Hamilton Golland, *Constructing Affirmative Action: The Struggle for Equal Employment Opportunity* (Lexington: University of Kentucky Press, 2011), y Nancy MacLean, *Freedom Is Not Enough: The Opening of the American Workplace* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2006), Parte I.

15. David A. Hollinger, *Post-Ethnic America: Beyond Multiculturalism* (Nueva York: Basic Books, 1995), pp. 19-50.

16. Sobre la historia de los recursos humanos (RR. HH.), véanse Frank Dobbin y Frank R. Sutton, «The Strength of a Weak State: The Rights Revolution and the Rise of Human Resources Management Divisions», *American Journal of Sociology* 104 (septiembre de 1998), pp. 441-476; Maclean, *Freedom Is Not Enough*, pp. 302-314, y Anne B. Fisher, «Businessmen Like to Hire by the Numbers», *Fortune*, 16 de septiembre de 1985, pp. 26-30.

17. Mayer, *Dinero oscuro*; Phillips-Fein, *Invisible Hands*, *passim*, y Elizabeth Tandy Shermer, *Sunbelt Capitalism: Phoenix and the Transformation of American Politics* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2013).

18. Los Pew, propietarios de una gran petrolífera, eran otra familia que creían ser dueños de una empresa familiar y establecieron la Fundación Pew para modular el debate político. Véase Michael Lind, «Conservative Elites and the Counterrevolution Against the New Deal», en Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *America: A History of Wealth and Power in a Democracy* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005), pp. 250-285. Véase también Darren Dochuk, *Anointed With Oil: How Christianity and Crude Made Modern America* (Nueva York: Basic Books, 2019).

19. Steve Fraser, «The “Labor Question”», en Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1989), pp. 55-84.

20. Sobre la carrera prepresidencial de Reagan, véanse Lou Cannon, *President Reagan: The Role of a Lifetime* (Nueva York: Simon and Schuster, 1991); Lou Cannon, *Governor Reagan: His Rise to Power* (Nueva York: PublicAffairs, 2003); Rick Perlstein, *The Invisible Bridge: The Fall of Nixon and the Rise of Reagan* (Nueva York: Simon and Schuster, 2014); Iwan Morgan, *Reagan: American Icon* (Nueva York: Bloomsbury, 2016), y Leo Sands, «Governor Ronald Reagan and the Assault on Welfare» (tesis de licenciatura, University of Cambridge, 2016).

21. Ronald Reagan, discurso de aceptación de la candidatura a la presidencia pronunciado ante la Convención Nacional Republicana en Detroit, 17 de julio de 1980, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=e8IWm8m2F8M>, consultado el 2 de septiembre de 2020. Las palabras de Reagan fueron: «Creo que esta generación de americanos hoy tiene también una cita con el destino». Véase también Gil Troy, *Morning in America: How Ronald Reagan Invented the 1980s* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2013).

22. Garry Wills, *Reagan's America: Innocents at Home* (1987; Nueva York: Penguin Press, 2000); Debora Silverman, *Selling Culture: Bloomingdale's, Diana Vreeland, and the New Aristocracy of Taste in Reagan's America* (Nueva York: Pantheon Books, 1989), y Michael Rogin, *Ronald Reagan the Movie, and Other Episodes in Political Demonology* (Los Ángeles: University of California Press, 1988).

23. Gerald Ford, republicano, sucedió a Nixon en 1974, pero no fue un presidente electo y perdió su única carrera a la presidencia en 1976.

24. Michael Kazin, *What It Took to Win: A History of the Democratic Party* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2022); Michael Kazin, *The Populist Persuasion: An American History* (Nueva York: Basic Books, 1995), capítulos 9-10; Dan T. Carter, *The Politics of Rage: George Wallace, the Origins of the New Conservatism, and the Transformation of American Politics* (Nueva York: Simon and Schuster, 1995); Kevin P. Phillips, *The Emerging Republican Majority* (Nueva York: Anchor Books, 1970); Dan T. Carter, *From George Wallace to Newt Gingrich: Race in the Conservative Counterrevolution, 1963-1994* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1996); Elizabeth Hinton, *America on Fire: The Untold History of Police Violence and Black Rebellion Since the 1960s* (Nueva York: Liveright, 2021); Gary Gerstle, *Liberty and Coercion: The Paradox of American Government from the Founding to the Present* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2016), capítulo 9; Kevin M. Kruse, *White Flight: Atlanta and the Making of Modern Conservatism* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2005), y Matthew D. Lassiter, *The Silent Majority: Suburban Politics in the Sunbelt South* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2006).

25. En 1952, Eisenhower pidió a todos los estadounidenses que tuvieran fe en Dios, independientemente de «cuál fuera esa fe». Patrick Henry, «"And I Don't Care What It Is": The Tradition-History of a Civil Religion Proof-Text», *Journal of the American Academy of Religion* 49 (marzo de 1981), p. 41. Mi interpretación de Eisenhower difiere ligeramente del argumento planteado por Kevin M. Kruse en *One Nation Under God: How Corporate America Invented Christian America* (Nueva York: Basic Books, 2015) y se aproxima más a la de Kevin Schultz en *Tri-Faith America: How Postwar Catholics and Jews Held America to Its Protestant Promise* (Nueva York: Oxford University Press, 2011). Para ampliar la información sobre el carácter laico del orden del New Deal, véase el capítulo 1 de este libro.

26. *Caso Engel contra Vitale*, 370 U.S. 421 (1962). Sobre el precedente del *Caso Engel*, véase el *Caso Everson contra la Junta de Educación*, 330 U.S. 1 (1947).

27. Discurso de investidura del gobernador George C. Wallace, 14 de enero de 1963, Montgomery, Alabama, transcripción, pp. 6-7, Alabama Department of Archives and History, disponible en: <http://digital.archives.alabama.gov/cdm/ref/collection/voices/id/2952>, consultado el 24 de marzo de 2020.

28. Citado en Darren Dochuk, *From Bible Belt to Sun Belt: Plain-Folk Religion, Grassroots Politics, and the Rise of Evangelical Conservatism* (Nueva York: W. W. Norton, 2011), p. 240. Véase también William Curtis Martin, *With God on Our Side: The Rise of the Religious Right in America* (Nueva York: Broadway Books, 1996); Frances Fitzgerald, *The Evangelicals: The Struggle to Shape America* (Nueva York: Simon and Schuster, 2017); Eric R. Crouse, *The Cross and Reaganomics: Conservative Christians Defending Ronald Reagan* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2013), y Kristin Kobes Du Mez, *Jesús y John Wayne* (trad. de Gemma Deza Guil; Madrid: Capitán Swing, 2023).

29. Posteriormente Reagan defendería la causa de las escuelas y universidades cristianas amenazadas con perder su exención fiscal por negarse a dar prioridad a los derechos civiles sobre las creencias religiosas. Joseph Crespino, *In Search of Another America: Mississippi and the Conservative Counterrevolution* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2007).

30. Jerry Falwell, *Listen, America!* (Garden City, Nueva York: Doubleday), 1980, p. 13. Falwell alude a Friedman y a William Simon en multiples ocasiones en su libro. Véanse también Jerry Falwell, *Strength for the Journey: An Autobiography* (Nueva York: Simon and Schuster, 1987); Frances Fitzgerald, *The Evangelicals: The Struggle to Shape America (*Nueva York: Simon and Schuster, 2017), pp. 291-318; Beatrice Wong, «Jerry Falwell and American Politics, c. 1970-2000» (tesis de final de carrera, University of Cambridge, 2021), y Susan Friend Harding, *The Book of Jerry Falwell: Fundamentalist Language and Politics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2000).

31. Debido a la existencia de un candidato de un tercer partido, John B. Anderson, la proporción del voto popular de Reagan no alcanzó el nivel del 60 por ciento característico de las victorias asimétricas de las elecciones presidenciales, pero el 10 por ciento diferencial entre Reagan y Carter (50,7 a 41 por ciento) fue igualmente inmenso. Puede consultarse un desglose de los resultados de los comicios presidenciales de 1980 en: <https://www.presidency.ucsb.edu/statistics/elections/1980>, consultado el 14 de septiembre de 2021.

32. Sobre el traspaso de los votos de los descendientes de inmigrantes europeos blancos del Norte a Reagan, véanse Jonathan Rieder, *Canarsie: The Jews and Italians of Brooklyn Against Liberalism* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1985); Samuel G. Freedman, *The Inheritance: How Three Families and the American Political Majority Moved from Left to Right* (Nueva York: Simon and Schuster, 1996); J. Anthony Lukas, *Common Ground: A Turbulent Decade in the Lives of Three American Families* (Nueva York: Knopf, 1985); Ronald P. Formisano, *Boston Against Busing: Race, Class, and Ethnicity in the 1960s and 1970s* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991), y Jim Sleeper, *The Closest of Strangers: Liberalism and the Politics of Race in New York* (Nueva York: W. W. Norton, 1990).

33. Sobre la huelga de los controladores del tráfico aéreo y sus consecuencias, véase Joseph A. McCartin, *Collision Course: Ronald Reagan, the Air Traffic Controllers, and the Strike That Changed America* (Nueva York: Oxford University Press, 2011). El porcentaje de trabajadores no agrícolas afiliados a los sindicatos descendió en aquella década de cerca de un 20 por ciento a un 15 por ciento. La robustez de los sindicatos en el sector público camufló parcialmente el pronunciado declive de afiliados a sindicatos en el sector privado. Gerald Mayer, «Union Membership Trends in the United States», *Congressional Research Service* (Washington D. C.: Congressional Research Service, 2004), p. 9, disponible en: <https://hdl.handle.net/1813/77776>, consultado el 27 de marzo de 2020, y Eric Morath, «U.S. Union Membership Hits Another Record Low», *Wall Street Journal*, 22 de enero de 2020, disponible en: <https://www.wsj.com/articles/u-s-union-membership-hits-another-record-low-11579715320>, consultado el 27 de marzo de 2020.

34. W. Elliot Brownlee, *Federal Taxation in America: A Short History*, 2.ª ed. (Washington D. C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars, 2004), pp. 147-177; Cathie Jo Martin, «American Business and the Taxing State: Alliances for Growth in the Postwar Period», en W. Elliot Brownlee (ed.), *Funding the Modern American State, 1941-1995: The Rise and Fall of the Era of Easy Finance* (Washington D. C.: Woodrow Wilson Center Press, 1996), pp. 353-406; Herbert Stein, *Presidential Economics: The Making of Economic Policy from Roosevelt to Clinton*, 3.ª ed. rev. (Washington D. C.: American Enterprise Institute for Public Policy Research, 1994), pp. 235-411; John F. Witte, *The Politics and Development of the Federal Income Tax* (Madison: University of Wisconsin Press, 1985), pp. 220-243; Sheldon D. Pollack, *The Failure of U.S. Tax Policy: Revenue and Politics* (University Park: Pennsylvania State University Press, 1996), pp. 87-115; McCartin, *Collision Course*; Nelson Lichtenstein, *State of the Union: A Century of American Labor* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2013); Gerstle, *Liberty and Coercion*, capítulo 10; Monica Prasad, *Starving the Beast: Ronald Reagan and the Tax Cut Revolution* (Nueva York: Russell Sage Foundation, 2018), y Sidney Blumenthal, «Defining “Reaganomics”», *Boston Globe*, 2 de noviembre de 1980, H10.

35. Sean Wilentz, *The Age of Reagan: A History, 1974-2008* (Nueva York: HarperCollins, 2008), pp. 196-200.

36. Daniel Rowe, «Beyond Reaganomics: The Long Economic Crisis and the Rebuilding of America, 1974-1988» (tesis doctoral, University of Oxford, 2019), p. 162.

37. Lee Edwards, *To Preserve and Protect: The Life of Edwin Meese III* (Washington D. C.: Heritage Foundation, 2005), y Charles Connor, «Rethinking the Robert Bork Affair» (tesis de licenciatura, University of Cambridge, 2018).

38. Laura Kalman, *The Strange Career of Legal Liberalism* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1996), p. 132.

39. Robert J. Bork, «Neutral Principles and Some First Amendment Problems», *Indiana Law Journal* 47 (1971), pp. 1-35; Robert J. Bork, «We Suddenly Feel That the Law Is Vulnerable», *Fortune*, diciembre de 1971, pp. 115-117, 136-138, 143, y Robert J. Bork, *The Tempting of America: The Political Seduction of the Law* (Nueva York: Free Press, 1990). Véanse también Keith Whittington, «The New Originalism», *Georgetown Journal of Law and Public Policy* 2 (2004), pp. 599-613; Jonathan O'Neill, «Shaping Modern Constitutional Theory: Bickel and Bork Confront the Warren Court», *Review of Politics* 65 (2003), pp. 325-354; Daniel T. Rodgers, *Age of Fracture* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2011), pp. 232-242; Steven M. Teles, *The Rise of the Conservative Legal Movement: The Battle for Control of the Law* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2008), capítulo 5, y Jeffrey Toobin, *The Nine: Inside the Secret World of the Supreme Court* (Nueva York: Doubleday, 2007), pp. 12-13. Véase también Charles Connor, «The Judges' Wars: Explaining the Battles over Judicial Nominations in Reagan's Second Term» (tesis doctoral, University of Cambridge, 2019).

40. Richard A. Epstein, «The Proper Scope of the Commerce Power», *Virginia Law Review* 73 (noviembre de 1987), pp. 1454, 1451. Entre otras personas que comparten esta vision restrictiva de los poderes garantizados al Congreso por la cláusula de comercio figuran: Albert Abel, «The Commerce Clause in the Constitutional Convention and in Contemporary Comment», *Minnesota Law Review* 25 (1941), pp. 432-494; Raoul Berger, «Judicial Manipulation of the Commerce Clause», *Texas Law Review* 74 (1995-1996), pp. 695-717; Grant Nelson y Robert Pushaw, «Rethinking the Commerce Clause: Applying First Principles to Uphold Federal Commercial Regulations but Preserve State Control over Social Issues», *Iowa Law Review* 85 (1999-2000), pp. 1-173; Randy Barnett, «The Original Meaning of the Commerce Clause», *University of Chicago Law Review* 68 (2001), pp. 101-147; Randy Barnett, «New Evidence on the Original Meaning of the Commerce Clause», *Arkansas Law Review* 55 (2003), pp. 847-900; Bork, «We Suddenly Feel That the Law Is Vulnerable», pp. 115-117, 136-138, 143, y Grover Norquist, *Leave Us Alone: Getting the Government's Hands Off Our Money, Our Guns, Our Lives* (Nueva York: William Morrow, 2008). Véase también William Grieder, «The Right's Grand Ambition: Rolling Back the Twentieth Century», *Nation*, 12 de mayo de 2003, p. 2.

41. Teles, *The Rise of the Conservative Legal Movement*.

42. Citado en Julian E. Zelizer, «How Washington Helped Create the Contemporary Media: Ending the Fairness Doctrine in 1987», en Bruce J. Schulman y Julian E. Zelizer (eds.), *Media Nation: The Political History of News in Modern America* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2017), p. 178. Véase también Anna Cardoso, «The Rise of the Right-Wing Media and the Repeal of the Fairness Doctrine in the USA» (tesis de licenciatura, University of Cambridge, 2019).

43. Cardoso, «Rise of the Right-Wing Media», pp. 34-35, 43.

44. Ronald Reagan, «Veto—S. 742 Message from the President of the United States Returning Without My Approval S. 742, The Fairness in Broadcasting Act of 1987, Which Would Codify the So-Called Fairness Doctrine», 19 de junio de 1987 (Washington D. C.: Government Printing Office, 1987).

45. «Kucinich Revives the “Hush Rush” Movement», *Rush Limbaugh Show*, 19 de mayo de 2011, disponible en: <https://www.rushlimbaugh.com/daily/2011/05/19/kucinichreviveshush_rush_movement/>, consultado el 26 de marzo de 2020.

46. La Fox no dejó de utilizar este eslogan hasta 2017. Michael M. Grynbaum, «Fox Drops Its "Fair and Balanced" Motto», *New York Times*, 14 de junio de 2017, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/06/14/business/media/fox-news-fair-and-balanced.html>, consultado el 26 de marzo de 2020.

47. Gabriel Sherman, *The Loudest Voice in the Room: How the Brilliant, Bombastic Roger Ailes Built Fox News—and Divided a Country* (Nueva York: Random House, 2014).

48. Ronald Reagan, «Address to the Members of the British Parliament», 8 de junio de 1982, *Public Papers of the Reagan Presidency* (Washington D. C.: Government Printing Office, 1983), pp. 742-748, disponible en: <https://www.reaganlibrary.gov/archives/speech/address-members-british-parliament>, consultado el 21 de febrero de 2013; Wilentz, *Age of Reagan*, pp. 154, 206; Rachel Maddow, *Drift: The Unmooring of American Military Power* (Nueva York: Crown, 2012), p. 64; Julian E. Zelizer, *Arsenal of Democracy: The Politics of National Security—from World War II to the War on Terrorism* (Nueva York: Basic Books, 2010), pp. 300-354; Michael Sherry, *In the Shadow of War: The United States Since the 1930s* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1995), capítulo 8, y John Lewis Gaddis, *Strategies of Containment: A Critical Appraisal of American National Security Policy During the Cold War*, ed. rev. (Nueva York: Oxford University Press, 2005), pp. 342-379.

49. Sobre el auge del Estado carcelario, véanse Ruth Wilson Gilmore, *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California* (Berkeley: University of California Press, 2007); Heather Ann Thompson, «Why Mass Incarceration Matters: Rethinking Crisis, Decline, and Transformation in Postwar American History», *Journal of American History* 97 (diciembre de 2010), pp. 703-734; Heather Thompson, *Blood in the Water: The Attica Prison Uprising of 1971 and Its Legacy* (Nueva York: Pantheon Books, 2016); Michelle Alexander, *El color de la justicia: la nueva segregación racial en Estados Unidos* (trad. de Carmen Valle y Ethel Odriozola; Madrid: Capitán Swing, 2020); Robert Perkinson, *Texas Tough: The Rise of America's Prison Empire* (Nueva York: Henry Holt, 2010); Marie Gottschalk, *The Prison and the Gallows: The Politics of Mass Incarceration in America* (Nueva York: Cambridge University Press, 2006); Gottschalk, *Caught: The Prison State and the Lockdown of American Politics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015); Elizabeth Hinton, *From the War on Poverty to the War on Crime: The Making of Mass Incarceration in America* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2016); Hinton, *America on Fire*; Julilly Kohler-Hausmann, *Getting Tough: Welfare and Imprisonment in 1970s America* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017); Robert T. Chase, *We Are Not Slaves: State Violence, Coerced Labor, and Prisoners' Rights in Postwar America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019); Loïc Wacquant, *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social* (trad. de Margarita Polo; Barcelona: Gedisa, 2010), y Loïc Wacquant, *Las cárceles de la miseria* (trad. de Horacio Pons; Madrid: Alianza Editorial, 2001).

50. «The American Underclass», *Time*, 29 de agosto de 1977, pp. 14-15.

51. Ken Auletta, *The Underclass* (Nueva York: Random House, 1982). Sobre maneras alternativas de entender la pobreza urbana y la delincuencia en los Estados Unidos de los años ochenta, véanse Michael B. Katz, *The Undeserving Poor: From the War on Poverty to the War on Welfare* (Nueva York: Pantheon Books, 1989); Michael B. Katz (ed.), *The «Underclass» Debate: Views from History* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 1993); William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 1987); Thomas J. Sugrue, *The Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit* (1996; Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2014); Carl Nightingale, *On the Edge: A History of Poor American Children and Their American Dreams* (Nueva York: Basic Books, 1993), y Walter Johnson, *The Broken Heart of America: St. Louis and the Violent History of the United States* (Nueva York: Basic Books, 2020).

52. Otros intelectuales incluidos en este grupo son el crítico literario Allan Bloom y William J. Bennett, el secretario de Educación de Reagan; el editor de la revista *Commentary*, Norman Podhoretz; el senador por Nueva York Daniel Patrick Moynihan, y el teórico social Francis Fukuyama. Los sociólogos Daniel Bell y Nathan Glazer se situaron en la periferia, como también hizo el historiador y crítico social Christopher Lasch. A menudo se los agrupaba bajo la etiqueta de «neoconservadores». Puede consultarse una muestra de sus textos en: Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (trad. de Néstor Míguez; Madrid: Alianza Editorial, 2010); Christopher Lasch, *La cultura del narcisismo* (trad. de Jaime Collyer; Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1999); Allan Bloom, *The Closing of the American Mind: How Higher Education Has Failed Democracy and Impoverished the Souls of Today's Students* (Nueva York: Simon and Schuster, 1987); William J. Bennett, *El libro de las virtudes para jóvenes* (trad. de Laura Manero Jiménez; Barcelona: Ediciones B, 2001), e Irving Kristol, *Neoconservatism: The Autobiography of an Idea* (Nueva York: Free Press, 1995). Véanse también Peter Steinfels, *The Neoconservatives: The Origins of a Movement: From Dissent to Political Power* (Nueva York: Simon and Schuster, 1979); Murray Friedman, *The Neconservative Revolution: Jewish Intellectuals and the Shaping of Public Policy* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005); Christopher Demuth y William Kristol (eds.), *The Neoconservative Imagination: Essays in Honor of Irving Kristol* (Washington D. C.: Enterprise Institute for Public Policy Research, 1995), y Alexander Jacobs, *American Counter-Enlightenment: Social Critics and the Uses of Conservatism* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, de próxima publicación).

53. Himmelfarb, *The De-Moralization of Society: From Victorian Virtues to Modern Values* (Nueva York: Knopf, 1995), p. 256.

54. Thomas Sowell, *Ethnic America: A History* (Nueva York: Basic Books, 1981); Thomas Sowell, *The Thomas Sowell Reader* (Nueva York: Basic Books, 2011), y Gilder, *Riqueza y pobreza*.

55. Charles Murray, *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980* (Nueva York: Basic Books, 1984), y Richard J. Herrnstein y Charles Murray, *The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life* (Nueva York: Free Press, 1994). Véanse también Steve Fraser (ed.), *The Bell Curve Wars: Race, Intelligence, and the Future of America* (Nueva York: Basic Books, 1995); Quinn Slobodian y Stuart Schrader, «The White Man Unburdened: How Charles Murray Stopped Worrying and Learned to Love Racism», *The Baffler*, 40 (julio de 2018), disponible en: <https://thebaffler.com/salvos/the-white-man-unburdened-slobodian-schrader>, consultado el 28 de marzo de 2020. Las opiniones de Buchanan en contra de la inmigración latinoamericana resultaron evidentes durante sus campañas de 1992 y 1996 para ganar la candidatura presidencial del Partido Republicano, de manera especial en su «discurso sobre la guerra cultural» pronunciado en la convención del Partido Republicano de 1992. Véase Patrick Buchanan, discurso en la Convención Nacional Republicana de 1992, 17 de agosto de 1992, disponible en: <http://buchanan.org./blog/1992-republican-national-convention-speech-148>, consultado el 14 de septiembre de 2021. Posteriormente amplió este tema en libros como *La muerte de Occidente* (trad. de Dolors Udina; Barcelona: Kion Ediciones y Documentos, 2003) y *State of Emergency: The Third World Invasion and the Conquest of America* (Nueva York: Thomas Dunne Books, St. Martin's Press, 2006).

56. Puede consultarse una interesante exploración de cómo este mensaje de mejora personal traspasó las líneas de clase y con una marcada inflexión religiosa de autoayuda en Jessica Burch, «“Soap and Hope”: Direct Sales and the Culture of Work and Capitalism in Postwar America» (tesis doctoral, Vanderbilt University, 2015).

57. Melinda Cooper, *Family Values: Between Neoliberalism and the New Social Conservatism* (Nueva York: Zone Books, 2019).

58. John A. Lawrence, *The Class of '74: Congress After Watergate and the Roots of Partisanship* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University, 2018); John A. Lawrence, «How the "Watergate Babies" Broke American Politics», *Politico* (26 de mayo de 2018), disponible en: <https://www.politico.com/magazine/story/2018/05/26/congress-broke-american-politics-218544>, consultado el 4 de agosto de 2021; Kevin M. Kruse y Julian E. Zelizer, *Fault Lines: A History of the United States Since 1974* (Nueva York: W. W. Norton, 2019), pp. 128-129; Kenneth S. Baer, *Reinventing Democrats: The Politics of Liberalism from Reagan to Clinton* (Lawrence: University of Kansas Press, 2000); Al From, *The New Democrats and the Return to Power* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013); Kazin, *What It Took to Win*; Iwan Morgan, «Jimmy Carter, Bill Clinton, and the New Democratic Economics», *Historical Journal* 47 (2004), pp. 1015-1039, y Nelson Lichtenstein, *A Fabulous Failure: Bill Clinton and American Capitalis*m (de próxima publicación).

59. Charles Peters, «A Neo-Liberal's Manifesto», *Washington Post*, 5 de septiembre de 1982, diponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/opinions/1982/09/05/a-neo-liberals-manifesto/21cf41ca-e60e-404e-9a66-124592c9f70d/>, consultado el 26 de julio de 2021, y Charles Peters y Philip Keisling (eds.), *A New Road for America: The Neoliberal Movement* (Lanham, Maryland: Madison Books, 1985). Véanse también Randall Rothenberg, *The Neoliberals: Creating the New American Politics* (Nueva York: Simon and Schuster, 1984); Corey Robin, «The First Neoliberals», *Jacobin*, 28 de abril de 2016, disponible en: <https://www.jacobinmag.com/2016/04/chait-neoliberal-new-inquiry-democrats-socialism/>, consultado el 1 de agosto de 2021, y Brent Cebul, «Supply-Side Liberalism: Fiscal Crisis, Post-Industrial Policy, and the Rise of the New Democrats», *Modern American History* 2 (julio de 2019), pp. 139-164.

60. «No deben confundirse —añadía Lekachman— con las aspiraciones liberales tradicionales y muy honorables del pleno empleo, la cobertura sanitaria universal, la equidad fiscal, viviendas dignas, la rehabilitación urbana, la integración de las minorías en el mercado laboral y la redistribución paulatina de las rentas, la riqueza y el poder.» Robert Lekachman, «Atari Democrats», *New York Times*, 10 de octubre de 1982, disponible en: <https://www.nytimes.com/1982/10/10/opinion/atari-democrats.html>, consultado el 26 de julio de 2021.

61. Paul E. Tsongas, «Atarizing Reagan», *New York Times*, 1 de marzo de 1983, disponible en: <https://www.nytimes.com/1983/03/01/opinion/atarizing-reagan.html>, consultado el 26 de julio de 2021.

62. Leslie Wayne, «Designing a New Economics for the “Atari Democrats”», *New York Times*, 26 de septiembre de 1982, disponible en: <https://www.nytimes.com/1982/09/26/business/designing-a-new-economics-for-the-atari-democrats.html>, consultado el 20 de marzo de 2019.

63. Puede consultarse una transcripción de la Declaración de Nueva Orleans en «Repost: The Manifesto of the Third Way Democrats—the New Orleans Declaration», *abiasedperspective, Luke Philips Blog*, disponible en: <https://abiasedperspective.wordpress.com/2015/04/07/repost-the-manifesto-of-the-third-way-democrats-the-new-orleans-declaration/>, consultado el 2 de abril de 2020. Véanse también Robin Toner, «Eyes to Left, Democrats Edge Toward the Center», *New York Times*, 25 de marzo de 1990, disponible en: <https://www.nytimes.com/1990/03/25/us/eyes-to-left-democrats-edge-toward-the-center.html>, consultado el 4 de agosto de 2021; Baer, *Reinventing Democrats*; From, *The New Democrats and the Return to Power*; Kazin, *What It Took to Win*; Morgan, «Jimmy Carter, Bill Clinton, and the New Democratic Economics», y Jon F. Hale, «The Making of the New Democrats», *Political Science Quarterly* 110 (verano de 1995), pp. 207-232.

64. «Repost: The Manifesto of the Third Way Democrats—the New Orleans Declaration», *abiasedperspective, Luke Phillips Blog*.

65. From, *The New Democrats and the Return to Power*.

66. Los demócratas retuvieron el poder en al menos una de las cámaras del Congreso durante toda la década de 1980. Sobre la persistencia del poder y la política del Partido Demócrata a lo largo de los años ochenta, véanse los ensayos incluidos en Julian E. Zelizer, *Governing America: The Revival of Political History* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2012) y Julian E. Zelizer, «The Unexpected Endurance of the New Deal Order: Liberalism in the Age of Reagan», en Gary Gerstle, Nelson Lichtenstein y Alice O'Connor, *Beyond the New Deal Order: U.S. Politics from the Great Depression to the Great Recession* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2019), pp. 71-92.

67. Sobre Rohatyn, véase Rowe, «Beyond Reaganomics», p. 166. Sobre el atractivo de Japón y su política industrial dirigida por el Estado entre algunos reformistas estadounidenses, véanse Ezra F. Vogel, *Japón, 1* (trad. de Francisco Oliván Peña; Barcelona: Técnicos Asociados, 1981); Chalmers Johnson, *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy, 1925-1975* (Stanford, California: Stanford University Press, 1982); Otis L. Graham, Jr., *Losing Time: The Industrial Policy Debate* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1992), y Waterhouse, *Lobbying America*; Jennifer A. Delton, *The Industrialists: How the National Association of Manufacturers Shaped American Capitalism* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2020), pp. 237-290. Para una perspectiva cultural de estos avances, véase Andrew C. McKevitt, *Consuming Japan: Popular Culture and the Globalizing of 1980s America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2017).

1. Ian Kershaw, *The Global Age: Europe, 1950-2017* (Nueva York: Viking, 2018), p. 391.

2. Vladímir Putin, *First Person: An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President Vladimir Putin* (Nueva York: PublicAffairs, 2000), p. 78; Masha Gessen, *El hombre sin rostro: el sorprendente ascenso de Vladímir Putin* (trad. de Juan Manuel Ibeas Delgado y Marcos Pérez Sánchez; Barcelona: Debate, 2012).

3. Stephen Kotkin, *Armageddon Averted: The Soviet Collapse, 1970-2000* (Nueva York: Oxford University Press, 2001), p. 63; Robert C. Allen, «The Rise and Decline of the Soviet Economy», *The Canadian Journal of Economics/Revue Canadienne d'économique*, 34 (2001), pp. 859-881; William Easterly y Stanley Fischer, «The Soviet Economic Decline», *World Bank Economic Review* 9 (septiembre de 1995), pp. 341-371.

4. Kotkin, *Armageddon Averted,* y Robert Service, *The End of the Cold War: 1985-1991* (Londres: Macmillan, 2015).

5. William Taubman, *Gorbachov: vida y época* (trad. de Jaime Collyer; Barcleona: Debate, 2018), y Vladislav M. Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union from Stalin to Gorbachev* (Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 2009).

6. Ezra F. Vogel, *Deng Xiaoping and the Transformation of China* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2013). Puede consultarse una exploración fascinante de los caminos divergentes que adoptaron ambos imperios comunistas, el soviético y el chino, en Perry Anderson, «Two Revolutions», *New Left Review* 61 (enero-febrero de 2010), disponible en: <https://newleftreview.org/issues/ii61/articles/perry-anderson-two-revolutions>, consultado el 28 de julio de 2021.

7. Jeffrey A. Engel, *When the World Seemed New: George H. W. Bush and the End of the Cold War* (Boston: Houghton Mifflin, 2017), capítulo 16.

8. Taubman, *Gorbachov*, capítulos 14-19. Sobre el final del experimento soviético, véanse también Odd Arne Westad, *La Guerra Fría: una historia mundial* (trad. de Alejandro Pradera Sánchez e Irene Cifuentes de Castro; Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018); Eric J. Hobsbawm, *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991* (Nueva York: Pantheon Books, 1994), y Tony Judt, *Postguerra: una historia de Europa desde 1945* (trad. de Jesús Cuéllar Menezo y Victoria Gordo del Rey; Barcelona: Taurus, 2012).

9. Don Oberdorfer, «Leaders Come to Grips with Post-Cold War Era», *Washington Post*, 30 de noviembre de 1989, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1989/11/30/leaders-come-to-grips-with-post-cold-war-era/dc5c8ec3-1648-4afc-9bdd-9e580a53c866/>, consultado el 28 de julio de 2021.

10. John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Nueva York: Oxford University Press, 1997), y John Lewis Gaddis, *The United States and the End of the Cold War: Implications, Reconsiderations, Provocations* (Nueva York: Oxford University Press, 1992).

11. Marc Levinson, *Outside the Box: How Globalization Changed from Moving Stuff to Spreading Ideas* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2020), pp. 121, 94; Joshua B. Freeman, *Behemoth: A History of the Factory and the Making of the Modern World* (Nueva York: W. W. Norton, 2018), pp. 270-313.

12. Nelson Lichtenstein, *State of the Union: A Century of American Labor* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2002), p. 213.

13. Leon Fink y Brian Greenberg, *Upheaval in the Quiet Zone: 1199/SEIU and the Politics of Health Care Unionism* (Champaign: University of Illinois Press, 2009), 2.ª ed.

14. Un estudio calculaba que, en la década de 1990, los sindicatos perdieron dos tercios de las elecciones en las que los empresarios amenazaron con cerrar las fábricas. Kate Bronfenbrenner, «We'll Close! Plant Closings, Plant-Closing Threats, Union Organizing ad NAFTA», *Multinational Monitor* 18 (marzo de 1997), pp. 8-14; Bronfenbrenner, «Raw Power: Plant-Closing Threats and the Threat to Union Organizing», *Multinational Monitor* 21 (diciembre de 2000), pp. 24-30; Joshua B. Freeman, *American Empire: The Rise of a Global Power, the Democratic Revolution at Home, 1945-2000* (Nueva York: Viking, 2012), parte III; Lichtenstein, *State of the Union*; capítulo 6; Levinson, *Outside the Box*; Godfrey Hodgson, *More Equal Than Others: America from Nixon to the New Century* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2004), p. 45; Century Foundation, *What's Next for Organized Labor* (Nueva York: Century, 1999).

15. Lawrence Mishel y Julia Wolfe, «CEO Compensation Has Grown 940% Since 1978», *Economic Policy Institute*, 14 de agosto de 2019, disponible en: <https://www.epi.org/publication/ceo-compensation-2018/>, consultado el 8 de septiembre de 2020. Véase también Kevin M. Kruse y Julian E. Zelizer, *Fault Lines: A History of the United States Since 1974* (Nueva York: W. W. Norton, 2019), p. 234.

16. Nancy MacLean, *Freedom Is Not Enough: The Opening of the American Workplace* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2006); Kruse y Zelizer, *Fault Lines*, p. 235; Robert D. Putnam, *Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana* (trad. de José Luis Gil Aristu; Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2002); Jacob S. Hacker, *The Great Risk Shift: The New Economic Insecurity and the Decline of the American Dream* (Nueva York: Oxford University Press, 2006); Godfrey Hodgson, *More Equal than Others*, y Steve Fraser, *The Age of Acquiescence: The Life and Death of American Resistance to Organized Wealth and Power* (Nueva York: Little, Brown, 2015), capítulo 12.

17. Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (trad. de P. Elías; Barcelona: Planeta, 1992). El libro ampliaba un artículo de Fukuyama titulado «The End of History?» y publicado en *National Interest* 16 (verano de 1989), pp. 3-18.

18. Sobre el declive de la socialdemocracia en Europa, véanse Tony Judt, *Postguerra*, y Judt, *Algo va mal* (trad. de Belén Urrutia; Barcelona: Taurus, 2012); Sheri Berman, *The Primacy of Politics: Social Democracy and the Making of Europe's Twentieth-Century* (Nueva York: Cambridge University Press, 2006), y James T. Kloppenberg y John Gee, «Social and Economic Democracy», en Eugenio F. Biagini y Gary Gerstle (eds.), *A Cultural History of Democracy: The Modern Age* (Londres: Bloomsbury, 2021), pp. 81-106.

19. Howard Brick y Christopher Phelps, *Radicals in America: The U.S. Left Since the Second World War* (Nueva York: Cambridge University Press, 2015); Robert O. Self, *All in the Family: The Realignment of American Democracy Since the 1960s* (Nueva York: Hill and Wang, 2013); Michael Kazin, *American Dreamers: How the Left Changed a Nation* (Nueva York: Random House, 2011), pp. 252-278; Richard Rorty, *Forjar nuestro país: el pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo xx* (trad. de Richard Rorty; Barcelona: Paidós Ibérica, 1999); Nancy Fraser y Axel Honneth, *¿Redistribución o reconocimiento?* (trad. de Pablo Manzano; Madrid: Ediciones Morata, 2006); Nancy Fraser, *Fortunas del feminismo* (trad. de Cristina Piña Aldao; Madrid: Traficantes de Sueños, 2014).

20. Engel, *When the World Seemed New*, *passim*.

21. Jon Meacham, *Destiny and Power: The American Odyssey of George Herbert Walker Bush* (Nueva York: Random House, 2015), y Timothy Naftali, *George H. W. Bush: The American Presidents' Series: The 41st President, 1989-1993* (Nueva York: Times Books and Henry Holt, 2007).

22. Sobre el traslado de la familia Bush a Texas y sus consecuencias, véase Gary Gerstle, «Minorities, Multiculturalism and the Presidency of George W. Bush», en Julian E. Zelizer (ed.), *The Presidency of George W. Bush: A First Historical Assessment* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2010), pp. 252-281.

23. Kruse y Zelizer, *Fault Lines*, p. 189.

24. Maureen Dowd recogió esta ocurrencia en su columna, «The 1992 Campaign: Campaign Memo; Voters Want Candidates to Take a Reality Check», *New York Times*, 17 de febrero de 1992, disponible en: <https://www.nytimes.com/1992/02/17/us/the-1992-campaign-campaign-memo-voters-want-candidates-to-take-a-reality-check.html>, consultado el 29 de julio de 2021.

25. Sobre el NAFTA, véanse Engel, *When the World Seemed New*; Benjamin C. Waterhouse, *Lobbying America: The Politics of Business from Nixon to NAFTA* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2014), 243-247; Maxwell A. Cameron y Brian W. Tomlin, *The Making of NAFTA: How the Deal Was Done* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2000); Gwen Ifill, «The 1992 Campaign: The Democrats; With Reservations, Clinton Endorses Free-Trade Pact», *New York Times*, 5 de octubre de 1992, disponible en: <https://www.nytimes.com/1992/10/05/us/1992-campaign-democrats-with-reservations-clinton-endorses-free-trade-pact.html>, consultado el 9 de agosto de 2021; Bill Clinton, «Remarks at the Signing Ceremony for the Supplemental Agreements to the North American Free Trade Agreement», 14 de septiembre de 1993, disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-the-signing-ceremony-for-the-supplemental-agreements-the-north-american-free-trade>, consultado el 21 de mayo de 2018, y Bill Clinton, «Remarks on Signing the North American Free Trade Agreement Implementation Act», 8 de diciembre de 1993, disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/remarks-signing-the-north-american-free-trade-agreement-implementation-act>, consultado el 21 de mayo de 2018.

26. Patrick Joseph Buchanan, «Culture War Speech: Address to the Republican National Convention», 17 de agosto de 1992, *Voices of Democracy: The U.S. Oratory Project*, disponible en: <https://voicesofdemocracy.umd.edu/buchanan-culture-war-speech-speech-text/>, consultado el 19 de mayo de 2020.

27. Vésase también Patrick Buchanan, *La muerte de Occidente* (trad. de Dolors Udina; Barcelona: Kion Ediciones y Documentos, 2003) y *State of Emergency: The Third World Invasion and the Conquest of America* (Nueva York: Thomas Dunne Books, St. Martin's Press, 2006).

28. Gerald Posner, *Ross Perot: His Life and Times* (Nueva York: Random House, 1996); Ken Gross, *Perot: The Man Behind the Myth* (Nueva York: Random House, 2012).

29. Dave Maraniss, *First in His Class: A Biography of Bill Clinton* (Nueva York: Simon and Schuster, 1996); Bill Clinton, *Mi vida* (trad. de Claudia Casanova; Barcelona: Plaza & Janés, 2004); William Chafe, *Bill and Hillary: The Politics of the Personal* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2012), y Michael Tomasky, *Bill Clinton: The American Presidents' Series, The 42nd President, 1993-2001* (Nueva York: Times Books, 2017).

30. Sobre estas tertulias hasta entrada la madrugada y otros atisbos del complejo mundo privado de Clinton, véase Taylor Branch, *Las grabaciones de Bill Clinton* (trad. de María Luisa Rodríguez Tapia; Barcelona: RBA Libros, 2010).

31. Maraniss, *First in His Class*.

32. Lawrence R, Jacobs y Theda Skocpol, *Health Care Reform and American Politics: What Everyone Needs to Know* (Nueva York: Oxford University Press, 2010).

33. Steve Gillon, *The Pact: Bill Clinton, Newt Gingrich, and the Rivalry That Defined a Generation* (Nueva York: Oxford University Press, 2008); Julian E. Zelizer, *Burning Down the House: Newt Gingrich and the Rise of the New Republican Party* (Nueva York: Penguin Books, 2020), y Sean Wilentz, *The Age of Reagan: A History, 1974-2008* (Nueva York: HarperCollins, 2008).

34. Dick Morris y Eileen McGann, *Because He Could* (Nueva York: HarperCollins, 2004).

35. Wilentz, *The Age of Reagan,* y Joseph E. Stiglitz, *Los felices noventa* (trad. de Moisés Ramírez Trapero y Victoria Gordo del Rey; Barcelona: Taurus, 2003).

36. Clinton, «Remarks on Signing the North American Free Trade Agreement Implementation Act».

37. David E. Rosenbaum, «The Budget Struggle; Clinton Wins Approval of His Budget Plan as Gore Votes to Break Senate Deadlock», *New York Times*, 7 de agosto de 1993, disponible en: <https://www.nytimes.com/1993/08/07/us/budget-struggle-clinton-wins-approval-his-budget-plan-gore-votes-break-senate.html>, consultado el 9 de agosto de 2021; Eric Pianin y David S. Hilzenrath, «Senate Passes Clinton Budget Bill, 51-50, After Kerrey Reluctantly Casts "Yes" Vote», *Washington Post*, 7 de agosto de 1993, disponile en: <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1993/08/07/senate-passes-clinton-budget-bill-51-50-after-kerrey-reluctantly-casts-yes-vote/e9c37591-86f5-4ca8-ad84-f6e8368999cb/>, consultado el 9 de agosto de 2021; Steven Greenhouse, «When Robert Rubin Talks...», *New York Times*, 25 de julio de 1993, disponible en: <https://www.nytimes.com/1993/07/25/business/when-robert-rubin-talks.html>, consultado el 8 de agosto de 2021, y David E. Sanger, «Robert E. Rubin – Treasury Secretary», *New York Times*, 14 de diciembre de 1996, disponible en: <https://www.nytimes.com/1996/12/14/us/robert-e-rubin-treasury-secretary.html>, consultado el 8 de agosto de 2021.

38. Kruse y Zelizer, *Fault Lines*, p. 210.

39. Lawrence H. Summers, «The Great Liberator», *New York Times*, 19 de noviembre de 2006.

40. Para ampliar la información sobre los ataques a la maquinaria de las grandes ciudades causados por los Programas de Acción Comunitaria de la Gran Sociedad, véase Allen J. Matusow, *The Unraveling of America: A History of Liberalism in the 1960s* (Nueva York: Harper and Row, 1984), 1.ª ed. Sobre la aportación de la nueva izquierda a la emergencia del neoliberalismo, véanse Reuel Schiller, «Regulation and the Collapse of the New Deal Order or How I Learned to Stop Worrying and Love the Market», y Paul Sabin, «Environmental Law and the End of the New Deal Order», ambos en Gary Gerstle, Nelson Lichtenstein y Alice O'Connor (eds.), *Beyond the New Deal Order* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2019), pp. 168-185 y 186-203. Véase también Paul Sabin, *Public Citizen: The Attack on Big Government and the Remaking of American Liberalism* (Nueva York: W. W. Norton, 2021).

41. Véase el capítulo 3 para ampliar la información sobre Nader y los orígenes del neoliberalismo en la nueva izquierda.

42. Véanse el capítulo 4, y Kenneth S. Baer, *Reinventing Democrats: The Politics of Liberalism from Reagan to Clinton* (Lawrence, Kansas: University of Kansas Press, 2000); Al From, *The New Democrats and the Return to Power* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013); Michael Kazin, *What It Took to Win*: *A History of the Democratic Party* (Nueva York: Farrar, Strauss, and Giroux, 2022); Iwan Morgan, «Jimmy Carter, Bill Clinton, and the New Democratic Economics», *The Historical Journal* 47 (2004), pp. 1015-1039, y Lily Geismer, *Don't Blame Us: Suburban Liberals and the Transformation of the Democratic Party* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015).

43. Kruse y Zelizer, *Fault Lines*, p. 232, y Margaret O'Mara, *The Code: Silicon Valley and the Remaking of America* (Nueva York: Penguin Press, 2019).

44. Presidente William Jefferson Clinton, «2000 State of the Union Address», 27 de enero de 2000, reimpreso en *New York Times*, 28 de enero de 2000, disponible en: <https://www.nytimes.com/2000/01/28/us/state-union-president-clinton-state-union-strongest-it-has-ever-been.html>, consultado el 14 de julio de 2020.

45. O'Mara, *The Code*, y Fred Turner, *From Counterculture to Cyberculture: Stewart Brand, The Whole Earth Network, and the Rise of Digital Utopianism* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2008).

46. Alvin y Heidi Toffler habían esbozado su teoría de las tres olas en su libro superventas de 1980 *Third Wave* (Nueva York: Bantam Books, 1980). Alvin Toffler se había hecho célebre con su libro anterior *El shock del futuro* (trad. de J. Ferrer Aleu; Barcelona: Plaza & Janés, 1990).

47. Esther Dyson, George Gilder, George Keyworth y Alvin Toffler, «Cyberspace and the American Dream: A Magna Carta for the Knowledge Age», disponible en: <http:/www.pff.org/issues-pubs/futureinsights/fi1.2magnacarta.html>, consultado el 29 de julio de 2021.

48. Dyson *et al.*, «Cyberspace and the American Dream».

49. *Ibid*. Alvin Toffler había nacido en el seno de una familia judía emigrada a Nueva York en 1928 y durante toda su infancia y juventud estuvo expuesto a las ideas de izquierdas que circulaban en su extenso entorno familiar. Conoció a su futura esposa, Heidi (Adelaide Elizabeth Farrell), siendo ambos activistas de los derechos civiles y el movimiento obrero en la década de 1940. Véanse Jill Leovy, «Alvin Toffler, Author of 1970 Bestseller 'Future Shock,' Dies at 87», *Los Angeles Times*, 29 de junio de 2016, disponible en: <https://www.latimes.com/local/obituaries/la-me-alvin-toffler-20160629-snap-story.html>, consultado el 29 de julio de 2021; Kenneth Schneider, «Alvin Toffler, Author of "Future Shock", Dies at 87», *New York Times*, 29 de junio de 2021, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/06/30/books/alvin-toffler-author-of-future-shock-dies-at-87.html>, consultado el 29 de julio de 2021; David Henry, «Alvin Toffler, Author of Best-Selling "Future Shock" and "The Third Wave", Dies at 87», *Washington Post*, 29 de junio de 2016, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/business/alvin-toffler-author-of-best-selling-future-shock-and-the-third-wave-dies-at-87/2016/06/29/0d63748c-3e09-11e6-80bc-d06711fd2125_story.html>, consultado el 10 de agosto de 2021. Véase también la entrevista a Toffler de Kevin Kelly, «Anticipatory Democracy», *Wired*, 1 de julio de 1996, disponible en: <https://kk.org/wp-content/uploads/2010/06/Alvin-Toffier.pdf>, consultado el 10 de agosto de 2021.

50. Dyson *et al.*, «Cyberspace and the American Dream». Véase también Jill Lepore, *These Truths: A History of the United States* (Nueva York: W. W. Norton, 2019), parte IV.

51. Dyson *et al.*, «Cyberspace and the American Dream».

52. Gilder, *Riqueza y pobreza* (trad. de César Armando Gómez Martínez; Madrid: Instituto de Estudios Económicos, 1985). Sobre Dyson véase Paulina Borsook, «Release», *Wired*, 1 de mayo de 1993, disponible en: <https://www.wired.com/1993/05/dyson-3>, consultado el 12 de agosto de 2021, y Claudia Dreifus, «The Cyber-Maxims of Esther Dyson», *New York Times*, 7 de julio de 1996, disponible en: <https://www.nytimes.com/1996/07/07/magazine/the-cyber-maxims-of-esther-dyson.html?searchResultPosition=2>, consultado el 10 de agosto de 2021.

53. O'Mara, *The Code*, p. 325.

54. Esther Dyson, «Friend and Foe», *Wired*, 1 de agosto de 1995, disponible en: <https://www.wired.com/1995/08/newt/>, consultado el 10 de agosto de 2021.

55. Steve Gillon ha analizado los puntos de convergencia del pensamiento de los dos adversarios, Clinton y Gingrich. Véase Gillon, *The Pact*.

56. Sobre Silicon Valley y sus ideas acerca de la libertad personal, véanse O'Mara, *The Code*, y Turner, *From Counterculture to Cyberculture*.

57. Vicepresidente Al Gore, *Crear una administración pública que funcione major y cueste menos* (Guipúzcoa: IVAP, 1994); Stephen Barr, «Reinventing Government is an Idea Whose Time Has Come–Again», *Washington Post*, 22 de octubre de 2000, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/local/2000/10/22/reinventing-government-is-an-idea-whose-time-has-come-again/b52a1e17-d18a-438e-ab48-a9e5eabad6c8/>, consultado el 9 de agosto de 2021; Ronald C. Moe, «The "Reinventing Government" Exercise: Misinterpreting the Problem, Misjudging the Consequences», *Public Administration Review* 54 (marzo-abril, 1994), pp. 111-122; William A. Galston y Geoffrey L. Tibbetts, «Reinventing Federalism: The Clinton/Gore Program for a New Partnership Among the Federal, State, Local and Tribal Governments», *Publius: The Journal of Federalism* 24 (verano de 1994), pp. 23-48; Jonathan D. Breul y John M. Kamensky, «Federal Government Reform: Lessons from Clinton's "Reinventing Government" and Bush's "Management Agenda" Initiatives», *Public Administration Review* 68 (noviembre-diciembre de 2008) pp. 1009-1026; Charles C. Clark, «Reinventing Government – Two Decades Later», *Government Executive*, 26 de abril de 2013, disponible en: <https://www.govexec.com/management/2013/04/what-reinvention-wrought/62836/>, consultado el 9 de agosto de 2021, y Nelson Lichtenstein, *A Fabulous Failure: Bill Clinton and American Capitalism* (de próxima publicación). Sobre la presidencia de Clinton en términos más generales, véanse William C. Berman, *From the Center to the Edge: The Politics and Policies of the Clinton Presidency* (Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield, 2001); Haynes Johnson, *The Best of Times: America in the Clinton Years* (Nueva York: Harcourt, 2001); Joe Klein, *Bill Clinton: una presidencia incomprendida* (trad. de Vicente Campos González; Barcelona: Tusquets, 2004); Alex Waddan, *Clinton's Legacy? A New Democrat in Governance* (Nueva York: Palgrave, 2002); Nigel Hamilton, *Bill Clinton* (trad. de Ramón Sala Gili; Barcelona: Ediciones Folio, 2003); John F. Harris, *The Survivor: Bill Clinton in the White House* (Nueva York: Random House, 2005); Nigel Hamilton, *Bill Clinton: Mastering the Presidency* (Nueva York: Public Affairs, 2007); Jack Godwin, *Clintonomics: How Bill Clinton Reengineered the Reagan Revolution* (Nueva York: American Management Association, 2009).

58. Sobre el aparato regulador del sector de las comunicaciones establecido en la década de 1930 y cómo evolucionó en el transcurso del siglo XX, véanse Patricia Aufderheide, *Communications Policy and the Public Interest: The Telecommunications Act of 1996* (Nueva York: Guildford Press, 1999); Erik Barnouw, *A Tower in Babel: A History of Broadcasting in the United States to 1933* (Nueva York: Oxford University Press, 1966); Erik Barnouw, *The Golden Web: A History of American Broadcasting, 1933-1953* (Nueva York: Oxford University Press, 1968); Erik Barnouw, *The Image Empire: A History of American Broadcasting from 1953* (Nueva York: Oxford University Press, 1970); Susan Douglas, *Inventing American Broadcasting, 1899-1922* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 1989); Robert McChesney, *Telecommunications, Mass Media, and Democracy: The Battle for Control of U.S. Media, 1928-1935* (Nueva York: Oxford University Press, 1995); James A. Baughman, *Same Time, Same Station: Creating American Television, 1948-1961* (Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press, 2007); Julian E. Zelizer, «How Washington Helped Create the Contemporary Media: Ending the Fairness Doctrine in 1987», en Bruce J. Schulman y Julian E. Zelizer (eds.), *Media Nation: The Political History of News in Modern America* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2017), pp. 176-189, y Anna Cardoso, «The Rise of the Right-Wing Media and the Repeal of the Fairness Doctrine in the USA» (tesis de licenciatura, University of Cambridge, 2019).

59. Véanse, in en concreto, Walter Lippmann, *La opinion pública* (trad. de José Luis Palomares Arribas y Blanca Guinea Zubimendi; San Lorenzo del Escorial: C. de Langre, 2003) y *El público fantasma* (Navarra: Genueve Ediciones, 2011).

60. Sobre la Doctrina de la Imparcialidad, véanse Zelizer, «How Washington Helped Create the Contemporary Media», y Cardoso, «The Rise of the Right-Wing Media and the Repeal of the Fairness Doctrine in the USA».

61. Uno de los principales promotores de este planteamiento fue el ciberutópico (y compositor durante mucho tiempo de las letras de las canciones de Grateful Dead) John Perry Barlow. Véase su «A Declaration of the Independence of Cyberspace», publicada por Electronic Frontier Foundation, 8 de febrero de 1996, disponible en: <https://www.eff.org/cyberspace-independence>, consultado el 29 de julio de 2021. Barlow escribió con frecuencia para *Wired* en aquella época: «Jack In?», *Wired*, 1 de mayo de 1993, disponible en: <https://www.wired.com/1993/02/jack-in/>, consultado el 9 de agosto de 2021; «The Economy of Ideas», *Wired*, 1 de febrero de 1994, disponible en: <https://www.wired.com/1994/03/economy-ideas/>, consultado el 9 de agosto de 2021; «Jackboots on the Infobahn», *Wired*, 1 de abril de 1994, disponible en: <https://www.wired.com/1994/04/privacy-barlow/>, consultado el 9 de agosto de 2021; «Declaring Independence», *Wired*, 1 de junio de 1996, disponible en: <https://www.wired.com/1996/06/independence/>, consultado el 9 de agosto de 2021; «The Powers That Were», *Wired*, 1 de septiembre de 1996, disponible en: <https://www.wired.com/1996/09/netizen-10/>, consultado el 9 de agosto de 2021, y «The Next Economy of Ideas», *Wired*, 1 de octubre de 2000, disponible en: <https://www.wired.com/2000/10/download/>, consultado el 9 de agosto de 2021.

62. Aufderheide, *Communications Policy and the Public Interest*.

63. Sobre el desarrollo de la legislación y su ambición, véase Stiglitz, *Los felices noventa*, capítulo 4; entrevista telefónica del autor con Stiglitz, 19 de mayo de 2020.

64. En una columna, Kitman escribió: «Mientras contemplaba el avance de la nueva Ley de las Telecomunicaciones a través del Congreso del “Démosles Todo Lo Que Pidan”, en 1995, me sentía como la periodista de investigación Ida Tarbell indagando para escribir su artículo sobre la Standard Oil Company a mediados de la década de 1890». Marvin Kitman, «The New Robber Barons Telecommunications Act Plays Monopoly with Our Money», *Newsday*, ediciones combinadas; Long Island, Nueva York, 10 de agosto de 1995, B.65.

65. Kitman, «The New Robber Barons». Este punto de vista es la base de Fraser, *Age of Acquiescence,* y Richard White, *The Republic for Which It Stands: The United States During Reconstruction and the Gilded Age 1865-1896* (Nueva York: Oxford University Press, 2017).

66. Marvin Kitman, «Telecom “Competition”?», *Newsday*, 18 de febrero de 1996, p. 19.

67. Otros artículos de Kitman en *Newsday* sobre este tema son: «How to Block This Highway?», *Newsday*, 18 de octubre de 1993; «Telecom Act: No Contest Law's Passage May End Competition for Phone, Cable Firms», *Newsday*, 14 de agosto de 1995; «The Great Cable Caper», *Newsday*, 20 de agosto de 1995; «The Big Get Bigger», *Newsday*, 3 de septiembre de 1995; Kitman, «A Cable-Merger Monster», *Newsday*, 1 de octubre de 1995; «Octopus Inc. "NewsHour"», *Newsday*, 15 de octubre de 1995; «Dole's Tilting at TV Titans», *Newsday*, 21 de enero de 1996; «Telecom "Competition"», *Newsday*, 18 de febrero de 1996; «Ratings Schmatings: It's a Hoax», *Newsday*, 12 de enero de 1997; «Hold the Phone, Mr. Gore/ Ever Hear of the Vice President in Hollywood?», *Newsday,* 27 de octubre de 1997, y «Phone and Cable Sharks Merge in a Feeding Frenzy», *Newsday*, 29 de junio de 1998. Sobre la evolución de esta legislación véanse «Telecommunication Talks», *New York Times*, 6 de enero de 1994, D9; Mary Lu Carnevale, «Commerce Secretary Proposes Changes for Telecommunications Bill in Senate», *Wall Street Journal*, 23 de febrero de 1994, A2; «Toward a Free Market in Telecommunications», *Wall Street Journal*, 19 de abril de 1994, A20; Edmund L. Andrews, «House Set to Pass Changes in Telecommunications Rules», *New York Times*, 27 de junio de 1994, D1; Jube Shiver Jr., «Telecommunications Bill Faces Extinction in Senate», *Los Angeles Times*, 5 de agosto de 1994, D1; Mike Mills, «Meeting of the Media Giants: Executives and Republicans Trade Views on Telecommunications Law», *Washington Post*, 21 de enero de 1995, C1; Daniel Pearl, «Telecom Deregulation Spawns Rival Bills», *Wall Street Journal*, 3 de mayo de 1995, B6; Daniel Pearl, «House Is Expected to Push for Radical Deregulation of Telecommunications», *Wall Street Journal*, 19 de junio de 1995, B1; Jon Van, «Devil in Details' Visits Deregulation», *Chicago Tribune*, 8 de agosto de 1995, C1; Edmund L. Andrews, «For Telecommunications Bill, Time for Some Horse Trading», *New York Times*, 4 de diciembre de 1995, D1, y Mike Mills, «From the Hill's Telecom Tales, a Few Holiday Honors», *Washington Post*, 24 de diciembre de 1995, p. 81.

68. Citado en O'Mara, *The Code*, pp. 332-333.

69. Sobre la iniciativa por introducir controles a la pornografía en la legislación, véase Pearl, «House Is Expected to Push for Radical Deregulation of Telecommunications»; Andrews, «For Telecommunications Bill, Time for Some Horse Trading», y Mike Godwin, *Cyber Rights: Defending Free Speech in the Digital Age* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 2003), capítulo 10. Sobre los esfuerzos por reforzar la FCC y permitirle crear un marco regulador efectivo para la nueva ley, véanse Leslie Cauley, «Telecom Law Faces Challenge in Court», *Wall Street Journal*, 29 de agosto de 1996, A3; Mike Mills y Paul Fahri, «This Is a Free Market?», *Washington Post*, 19 de enero de 1997, H1; Mark Rockwell, «Gore, Hundt: Telecom Competition Will Take Time», *CommunicationsWeek*, Manhasset 652, 3 de marzo de 1997, T21; John Rendleman y Salvatore Salamone, «Hundt Leaves Office – FCC Chairman Feels Satisfied with Telecom Rulings», *Communications Week*, Manhasset 666, 2 de junio de 1997, p. 8, y Bill Frezza, «Reed Hundt Leaves Mixed Legacy at FCC», *Network Computing*, 1 de agosto de 1997, p. 35.

70. *The Communications Act of 1934*, 47 U.S.C. § 151, Pub. L. 73-416, 48 Stat. 1064, disponible en: <https://transition.fcc.gov/Reports/1934new.pdf>, consultado el 10 de agosto de 2021, y Jeff Kosseff, *The Twenty-Six Words That Created the Internet* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2019).

71. Stiglitz, *Los felices noventa,* capítulo 4; entrevista del autor a Stiglitz.

72. O'Mara, *The Code*, pp. 329-338.

73. Citado en O'Mara, *The Code*, p. 336.

74. Lepore, *These Truths*, pp. 729-738.

75. *Ibid.*, p. 737.

76. Nicholas Lemann, *Transaction Man: The Rise of the Deal and the Decline of the American Dream* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2019).

77. Ron Suskind, *Confidence Men: Wall Street, Washington, and the Education of a President* (Nueva York: HarperCollins, 2011), p. 60.

78. Adam Tooze, *Crash: cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo* (trad. de Yolanda Fontal Rueda, Efrén del Valle Peñamil y Gonzalo García; Barcelona: Editorial Crítica, 2018), y Dylan Gottlieb, «Yuppies: Young Urban Professionals and the Making of Postindustrial New York» (tesis doctoral, Princeton University, 2020).

79. Véase, por ejemplo, Greta R. Krippner, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2011).

80. Stiglitz, *Los felices noventa*, capítulo 6; Lemann, *Transaction Man*; Binyamin Appelbaum, *The Economists' Hour: False Prophets, Free Markets, and the Fracture of Society* (Nueva York: Little Brown, 2019), capítulo 10, y Zachary D. Carter, *The Price of Peace: Money, Democracy, and the Life of John Maynard Keynes* (Nueva York: Random House, 2020), capítulo 17.

81. Poco después del deceso de Margaret Thatcher, Conor Burns, un parlamentario conservador, relató la siguiente conversación mantenida por Thatcher con un invitado a una cena de campaña en honor de Conor: «Ante la pregunta de un invitado en la recepción previa a la cena de cuál era su mayor logro, la primera ministra respondió categóricamente: "Tony Blair y el Nuevo Laborismo: obligamos a nuestros rivales a cambiar"». Conor Burns, «Conor Burns MP: My Fondest Farewell to Margaret Thatcher», *The Telegraph*, 14 de abril de 2013, disponible en: <https://www.telegraph.co.uk/news/politics/margaret-thatcher/9991815/Conor-Burns-MP-My-fondest-farewell-to-Margaret-Thatcher.html>, consultado el 10 de agosto de 2021. El propio Blair lo admitió en sus comentarios tras la muerte de Thatcher: «Siempre consideré que mi trabajo era desarrollar algunas de las cosas que ella había hecho, en lugar de revertirlas». «Tony Blair: "My Job Was to Build on Some Thatcher Policies"», *BBC News*, 8 de abril de 2013, disponible en: <https://www.bbc.co.uk/news/av/uk-politics-22073434>, consultado el 11 de agosto de 2021. En un artículo publicado en 2002 en el *Times* (de Londres), la destacada figura del Nuevo Laborismo Peter Mandelson proclamó: «Ahora todos somos thatcheristas». Recogido en Matthew Tempest, «Mandelson: We Are All Thatcherites Now», *The Guardian*, 10 de junio de 2002, disponible en: <https://www.theguardian.com/politics/2002/jun/10/labour.uk1>, consultado el 10 de agosto de 2021.

82. Joseph Stiglitz, *El euro: cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa* (trad. de María Luisa Rodríguez Tapia; Barcelona: Punto de Lectura, 2017).

83. Tooze, *Crash*, capítulo 3, III.

84. *Ibid.* III.

85. Robert B. Reich, *Locked in the Cabinet* (Nueva York: Knopf, 1997), p. 282.

86. *Ibid.*, pp. 80-83.

87. Véase, por ejemplo, Robert B. Reich, *Business class. El trabajo de las naciones* (Villaviciosa de Odón: Javier Vergara Editor, 1993).

88. Reich, *Locked in the Cabinet*, p. 95.

89. Lichtenstein, *State of the Union*, pp. 212-276.

90. Sobre la historia de la reforma del estado del bienestar, véase Michael D. Katz, *The Price of Citizenship: Redefining the American Welfare State* (Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 2001).

91. Reich, *Locked in the Cabinet*, pp. 211-212.

92. *Ibid.*, pp. 211-218.

93. *Ibid.*, pp. 303-306.

94. Antes de marcharse, Reich le pidió al presidente que hiciera algo más en su segundo mandato por ayudar a los pobres de Estados Unidos. Clinton se limitó a responderle: «Tengo que lidiar con los republicanos». Clinton tenía que lidiar con el orden neoliberal que los republicanos habían establecido y que, a lo largo de sus dos mandatos, se sintió obligado a afianzar. Reich, *Locked in the Cabinet*, p. 347.

95. «Testimonio de Ralph Nader ante la Comisión de Presupuestos en la Cámara de los Representantes de Estados Unidos», 30 de junio de 1999, disponible en: <https://web.archive.org/web/20120204172344/http://www.nader.org/releases/63099.html>, consulta-do el 27 de abril de 2020. La protesta de Nader ante el Congreso dio forma a las masivas manifestaciones antiglobalización en Seattle en 1999. Sobre Seattle, véase Richard Saich, «Social Movements and Resistance to Neoliberalism, 1979-2000» (tesis doctoral, University of Cambridge, 2022).

96. Sobre la adopción de la multiculturalidad por parte de Clinton en términos más generales, véase Gary Gerstle, *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century* (2001; Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017), capítulo 9.

97. Clinton consideraba los Acuerdos de Oslo de 1993 entre el Gobierno israelí y la Organización para la Liberación de Palestina y los Acuerdos de Viernes Santo de 1998 entre protestantes y católicos en Irlanda del Norte dos de sus grandes logros. Y consideraba que el colapso en el último momento en 2000 de las ambiciosas negociaciones de paz que había moderado entre Israel y la OLP era una de sus mayores decepciones. Véase Clinton, *Mi vida*.

98. Clinton, «Discurso ante la sesión conjunta del Congreso sobre el estado de la Unión», 27 de enero de 2000, disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-before-joint-session-the-congress-the-state-the-union-7>, consultado el 12 de agosto de 2021; véase Gerstle, *American Crucible*, capítulo 9.

99. En el capítulo 7 se abunda en el tema de esos patrones espaciales y sus ramificaciones políticas.

100. James Q. Wilson, *Thinking About Crime* (1975; Nueva York: Basic Books, 2013). Sobre la contratación de más policías y su militarización en la década de 1990, véanse Michelle Alexander, *El color de la justicia: la nueva segregación racial en Estados Unidos* (trad. de Carmen Valle y Ethel Odriozola; Madrid: Capitán Swing, 2020); «Cops or Soldiers?», *The Economist*, 20 de marzo de 2014, disponible en: <https://www.economist.com/united-states/2014/03/20/cops-or-soldiers>, consultado el 14 de septiembre de 2021; «How America's Police Became So Heavily Armed», *The Economist*, 18 de mayo de 2015, disponible en: <http://www.economist.com/blogs/economist-explains/2015/05/economist-explains-22>, consultado el 14 de septiembre de 2021, y Joshua Holland, «Cops, Gun Culture and Anti-Government Extremism», *Bill Moyers & Company*, 26 de agosto de 2014, disponible en: <http://billmoyers.com/2014/08/26/cops-gun-culture-and-anti-government-extremism/>, consultado el 14 de septiembre de 2021.

101. Alexander, *El color de la justicia*. Para un análisis más completo de la encarcelación masiva y sus consecuencias, véanse los capítulos 4 y 7.

102. Gottlieb, «Yuppies».

103. Puede leerse un relato compasivo de la alcaldía y el ascenso al poder de Giuliani en Fred Siegel, *The Prince of the City: Giuliani, New York, and the Genius of American Life* (Nueva York: Encounter Books, 2006). Sobre el despliegue de la teoría de las ventanas rotas por parte del comisario de policía de Nueva York, William Bratton, véase William Bratton y Peter Knobler, *Turnaround: How America's Top Cop Reversed the Crime Epidemic* (Nueva York: Random House, 1998).

104. Puede consultarse un influyente retrato temprano (en tono de sorna) de los *yuppies* en David Brooks, *Bobos en el paraíso: ni hippies, ni yuppies: un retrato de la nueva clase triunfadora* (trad. de Bettina Blanch Tyroller; Barcelona: Debolsillo, 2002).

105. Puede consultarse una muestra de estos ataques a Bill y Hillary Clinton en David Brock, *The Seduction of Hillary Rodham* (Nueva York: The Free Press, 1996). Posteriormente, Brock se retractó de sus ataques y desvió su furia partidista hacia antiguos aliados suyos del Partido Republicano. Véase David Brock, *Blinded by the Right: The Conscience of an Ex-Conservative* (Nueva York: Crown, 2002). En la década de 1990, no obstante, contribuyó a agrandar las fisuras culturales entre ambos partidos.

106. El escándalo Whitewater ocurrió en Estados Unidos durante la década de 1990. Bill y Hillary Clinton realizaron inversiones inmobiliarias en la constructora Whitewater Development Corporation, constituida en 1979 con el propósito de desarrollar propiedades vacacionales en terrenos a orillas del río White, en Flippin, Arkansas. La empresa quebró y, si bien hubo condenados por delitos relacionados con el negocio de tierras para el proyecto, tres investigaciones separadas no hallaron pruebas suficientes que vincularan ni a Bill ni a Hillary Clinton con este negocio fraudulento y el entonces gobernador y la primera dama de Arkansas ni siquiera fueron procesados. *(N. de la t.)*

107. *Sobre las guerras culturales*, véanse Andrew Hartman, *A War for the Soul of America: A History of the Culture Wars* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2015); Robert Hughes, *La cultura de la queja: trifulcas norteamericanas* (trad. de Ramón de España; Barcelona: Anagrama, 2005). Sobre las divisions políticas que surgieron de dichas guerras, véanse Zelizer y Kruse, *Fault Lines*, y Alan I. Abramowitz, *The Polarized Public: Why American Government Is So Dysfunctional* (1994; Nueva York: Pearson, 2012). La «tesis de la polarización» de Abramowitz se ha convertido en un importante campo de estudio para los estudiosos de la política estadounidense.

1. «Watching for the Y2K Bug», *New York Times*, 30 de diciembre de 1999, p. 26; Andy Beckett, «The Bug That Didn't Bite», *The Guardian*, 24 de abril de 2000, disponible en: <https://www.theguardian.com/technology/2000/apr/24/y2k.g2>, consultado el 12 de agosto de 2021; Francine Uenuma, «20 Years Later, the Y2K Bug Seems Like a Joke–Because Those Behind the Scenes Took It Seriously», *Time*, 30 de diciembre de 2019, disponible en: <https://time.com/5752129/y2k-bug-history/>, consultado el 12 de agosto de 2021. Puede consultarse el archivo de los artículos sobre el efecto 2000 publicados en el *New York Times* en la época en: <https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/library/tech/reference/millennium-index.html>, consultado el 12 de agosto de 2021.

2. Jeffrey Toobin, *Too Close to Call: The Thirty-Six-Day Battle to Decode the 2000 Election* (Nueva York: Random House, 2001); Peter Baker y Susan Glasser, *The Man Who Ran Washington: The Life and Times of James A. Baker III* (Nueva York: Doubleday, 2020); *Bush v. Gore*, 531 U.S. 98 (2000); Howard Gillman, *The Votes That Counted: How the Court Decided the 2000 Presidential Election* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2001).

3. Lawrence Wright, *La torre elevada: Al-Qaeda y los orígenes del* 11-*S* (trad. de Yolanda Fontal Rueda y Carlos Sardiña Galache; Barcelona: Debate, 2009).

4. Sobre la preocupación del Gobierno de Bush con respecto a posibles atentados terroristas futuros, véanse Robert Draper, *Dead Certain: The Presidency of George W. Bush* (Nueva York: Free Press, 2007), y Robert Draper, *To Start a War: How the Bush Administration Took America into Iraq* (Nueva York: Penguin Press, 2020).

5. U.S. House, 107th Congress. 1st Sess. H.R. 3162, *USA Patriot Act*. Primera versión, 23 de octubre de 2001. Fue también en este momento cuando se estableció Guantánamo como centro para la detención de manera indefinida de sospechosos de terrorismo sin acusación formal ni juicio previos. Jonathan M. Hansen, *Guantánamo: An American History* (Nueva York: Hill and Wang, 2011). Véanse también Michael J. Strauss, *The Leasing of Guantanamo Bay* (Westport, Connecticut: Praeger Security International, 2009), y Gary Gerstle y Desmond King, «Spaces of Exception in American History», en Gary Gerstle y Joel Isaac (eds.), *States of Exception in American History* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2020).

6. Carter Malkasian, *The American War in Afghanistan: A History* (Nueva York: Oxford University Press, 2021).

7. Draper, *To Start a War*.

8. Durante un tiempo en la década de 1980, cuando libraba la Guerra contra Irán, Husein de hecho se había aliado con Estados Unidos. Draper, *To Start a War,* y James Mann, *The Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet* (Nueva York: Penguin Press, 2004).

9. Draper, *To Start a War*.

10. George W. Bush, «President Bush Discusses Freedom Iraq and the Middle East: Remarks by the President at the 20th Anniversary of the National Endowment for Democracy», discurso ante la Cámara de Comercio de Estados Unidos, 6 de noviembre de 2003, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2003/11/20031106-2.html>, consultado el 2 de septiembre de 2021; George W. Bush, «President Addresses Nation, Discusses Iraq, War on Terror», 28 de junio de 2005, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2005/06/20050628-7.html>, consultado el 2 de septiembre de 2021. Sobre la lucha más dilatada y amplia de Estados Unidos en Oriente Medio, véase Andrew J. Bacevich, *America's War in the Greater Middle East: A Military History* (Nueva York: Random House, 2016).

11. Bush, «President Bush Discusses Freedom in Iraq and Middle East». Sobre Wolfowitz y otros integrantes del Gobierno que urgieron a Bush a declarar la guerra a Irak, véase Draper, *To Start a War*.

12. Comisión sobre Debates Presidenciales, transcripción del debate mantenido el 3 de octubre de 2000 entre George W. Bush y Albert Gore, disponible en: <https://www.debates.org/voter-education/debate-transcripts/october-3-2000-transcript/>, consultado el 2 de septiembre de 2021.

13. George Packer, *La puerta de los asesinos: la Guerra de Iraq* (trad. de Jaime Collyer; Barcelona: Debate, 2016); Thomas E. Ricks, *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq* (Nueva York: Penguin Press, 2006); Naomi Klein, *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre* (trad. de Isabel Fuentes; Barcelona: Paidós Ibérica, 2007), p. 431; Bob Woodward, *Bush en guerra* (trad. de Inés Belaustegui Trías, Concha Cardeñoso e Isabel Murillo; Barcelona: Ediciones Península, 2003); Bob Woodward, *State of Denial: Bush at War Part II* (Nueva York: Simon and Schuster, 2006); Bush pronunció su discurso en el portaaviones el 1 de mayo de 2003. Ricks, *Fiasco*, p. 145.

14. Packer, *La puerta de los asesinos*.

15. Sean Laughlin, «Rumsfeld on Looting in Iraq: “Stuff Happens”», *CNN*, 12 de abril de 2003, disponible en: <https://edition.cnn.com/2003/US/04/11/sprj.irq.pentagon/>, consultado el 26 de septiembre de 2021.

16. Klein, *La doctrina del shock*, sexta parte, y Lionel Beehner, «Iraq's Faltering Infrastructure», *Council on Foreign Relations*, 22 de junio de 2006, disponible en: <https://www.cfr.org/backgrounder/iraqs-faltering-infrastructure>, consultado el 18 de febrero de 2021.

17. Draper, *To Start a War*.

18. L. Paul Bremer III, *My Year in Iraq: The Struggle to Build a Future of Hope* (Nueva York: Simon and Schuster, 2006), p. 125.

19. *Ibid.*, p. 63.

20. Ricks, *Fiasco*, p. 158, y *passim*.

21. *Ibid.*

22. Klein, *La doctrina del shock,* sexta parte, y *passim*.

23. Muchos de los contratos de Halliburtons se canalizaron a través de su filial, Kellogg, Brown, and Root (KBR). Klein, *La doctrina del shock*, sexta parte, *passim*; Packer, *La puerta de los asesinos.*

24. Klein, *La doctrina del shock*, sexta parte.

25. *Ibid.*

26. Ricks, *Fiasco*, p. 202.

27. Rajiv Chandrasekaran, *Vida imperial en la ciudad esmeralda* (trad. de Josep Sarret; Barcelona: RBA Libros, 2008).

28. Packer, *La puerta de los asesinos*, capítulo 4.

29. Se asignó a otros jóvenes republicanos también sin la formación debida a cargos igual de importantes. A un estudiante de ciencias políticas de Yale de solo veinticuatro años se le pidió que reconstruyera el mercado bursátil de Bagdad. Véase Yochi J. Dreazen, «How a 24-Year-Old Got a Job Rebuilding Iraq's Stock Market», *Wall Street Journal*, 28 de enero de 2004, disponible en: <https://www.wsj.com/articles/SB107524435490013389>, consultado el 16 de septiembre de 2021.

30. Ricks, *Fiasco*.

31. *Ibid.*

32. Packer, *La puerta de los asesinos*, capítulo 4.

33. Sobre los costes de la guerra, véanse Michael B. Kelley y Geoffrey Ingersoll, «By the Numbers: The Staggering Cost of the Iraq War», *Business Insider*, 20 de marzo de 2013, disponible en: <https://www.businessinsider.com/iraq-war-facts-numbers-stats-total-2013-3?r=US&IR=T>, consultado el 2 de septiembre de 2021; Roberta Cohen, «Iraq's Displaced: Where to Turn?», *Brookings Institute Report* (2008), disponible en: <https://www.brookings.edu/articles/iraqs-displaced-where-to-turn/>, consultado el 22 de febrero de 2022; Klein, *La doctrina del shock*, sexta parte, *passim*; Beehner, «Iraq's Faltering Infrastructure»; Mohammed Hayder Sadeq y Sabah al-Anbaki, «Cell Phone Service Spotty, But Reception's Been Great», *USA Today*, 3 de marzo de 2005, disponible en: <https:/usatoday30.usatoday.com/news/world/iraq/2005-03-03-cell-phones_x.htm>, consultado el 6 de septiembre de 2021, y «Lacking Water and Power, Iraqis Run Out of Patience in the Searing Summer Heat», *The Guardian*, 16 de agosto de 2003, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2003/aug/16/iraq>, consultado el 6 de septiembre de 2021.

34. Sobre Abu Ghraib, véanse Mark Danner, *Torture and Truth: America, Abu Ghraib, and the War on Terror* (Nueva York: New York Review of Books, 2004); Seymour M. Hersh, *Chain of Command: The Road From 9/11 to Abu Ghraib* (Nueva York: HarperCollins, 2004); Phillip Gourevitch y Errol Morris, *The Ballad of Abu Ghraib* (Londres: Picador, 2008), y Joshua L. Dratel (ed.), *The Torture Papers: The Road to Abu Ghraib* (Nueva York: Cambridge University Press, 2005). Sobre el recurso a mercenarios y contratistas, véanse Jeremy Scahill, *Blackwater* (trad. de Gemma Andújar Moreno; Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2010), y Jeremy Scahill, *Guerras sucias: el mundo es un campo de batalla* (trad. de Íñigo García Ureta y Albino Santos Mosquera; Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2013).

35. Sobre el cambio a un ejército professional, véase Beth Bailey, *America's Army: Making the All-Volunteer Force* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2009).

36. Sobre las políticas neoliberales de Bush, véanse John Robert Greene, *The Presidency of George W. Bush* (Lawrence: University Press of Kansas, 2021), y Peter Baker, *Days of Fire: Bush and Cheney in the White House* (Nueva York: Doubleday, 2013).

37. Thomas L. Friedman, *La Tierra es plana: breve historia del mundo globalizado del s.* XXI (trad. de Inés Belaustegui Trías; Madrid: Ediciones Martínez Roca, 2006), p. 15; véase también Thomas L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization* (Nueva York: Random House, 1999).

38. Thomas L. Friedman, «Three Cheers for Pluralism over Separatism», *New York Times*, 20 de septiembre de 2014, disponible en: <https://www.nytimes.com/2014/09/21/opinion/sunday/thomas-l-friedman-three-cheers-for-pluralism-over-separatism.html>, consultado el 31 de agosto de 2021.

39. Gary Gerstle, «Minorities, Multiculturalism, and the Presidency of George W. Bush», en Julian Zelizer (ed.), *The Presidency of George W. Bush: A First Historical Assessment* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2010), pp. 252-281; Jacob Weisberg, *La tragedia de Bush* (trad. de Josep Sarret; Barcelona: RBA Libros, 2008). Bush se mantuvo comprometido con el pluralismo como virtud, tal como demuestra su discurso público en el 20.º aniversario de los atentados del 11-S. Véase Amy B. Wang y Caroline Anders, «George W. Bush Compares "Violent Extremists at Home" to 9/11 Terrorists in 20th Anniversary Speech», *Washington Post*, 11 de septiembre de 2021, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/politics/2021/09/11/george-w-bush-compares-violent-extremists-home-911-terrorists-20th-anniversary-speech/>, consultado el 13 de septiembre de 2021.

40. John O'Sullivan, «Bush's Latin Beat: A Vision, but a Faulty One»; *National Review*, 23 de julio de 2001, pp. 35-36.

41. Draper, *Dead Certain*, p. 147.

42. A juicio de Bush, la libre entrada de personas en Estados Unidos y la apertura de las fronteras entre Estados Unidos y México y entre Estados Unidos y Canadá reforzaría a los capitalistas estadounidense de todo el hemisferio alentando el libre comercio, la especialización y una provisión infinita de mano de obra barata. Sobre la idea de Bush de una economía hemisférica liderada por empresas estadounidenses, véase Gerstle, «Minorities, Multiculturalism, and the Presidency of George W. Bush». Las cifras del porcentaje de voto hispano conseguido por Bush en 2004 oscilan entre el 35 y el 45 por ciento, pero la «estadística estándar —escribe un importante grupo de politólogos— la sitúa en el 40 por ciento». Véase David L. Leal, Stephen A. Nuno, Johngo Lee y Rudolfo O. de la Garza, «Latinos, Immigration, and the 2006 Midterm Election», *PS: Political Science and Politics* 41 (abril de 2008), p. 309. Véase también David L. Leal, Matt A. Barreto, Jongho Lee y Rodolfo O. de la Garza, «The Latino Vote in the 2004 Election», *PS: Political Science and Politics 38* (enero de 2005): pp. 41-49; Ruy Teixeira, «44 Percent of Hispanics Voted for Bush?», *AlterNet.org*, 24 de noviembre de 2004, disponible en: <https://www.alternet.org/2004/11/44_percent_of_hispanics_voted_for_bush/>, consultado el 2 de septiembre de 2021; y Roberto Suro, Richard Fry y Jeffrey Passel, «Hispanics and the 2004 Election: Population, Electorate and Voters», *Pew Hispanic Center, A Pew Research Center Project*, 27 de junio de 2005, disponible en: <https://www.pewresearch.org/hispanic/2005/06/27/hispanics-and-the-2004-election/>, consultado el 6 de septiembre de 2021.

43. Bush, «President Bush Discusses Freedom in Iraq and Middle East»; Bush «President Addresses Nation, Discusses Iraq, War on Terror».

44. Philip Weiss, «"I Would Do It Again" — Tom Friedman Stands by Support for Iraq War in "Personal Crusade" to Change Arab World», *Mondoweiss*, 22 de noviembre de 2019, disponible en: <https://mondoweiss.net/2019/11/i-would-do-it-again-tom-friedman-stands-by-support-for-iraq-war-in-personal-crusade-to-change-arab-world/>, consultado el 5 de marzo de 2021. En 2003, poco después de que Estados Unidos declarara su victoria en Irak, Friedman admitió para los lectores del *New York Times* que «lo volvería a hacer». Para Estados Unidos, escribió, había sido importante «golpear a alguien en el mundo musulmán». No tenía por qué ser Irak. Podría haber sido Arabia Saudí o Pakistán. Pero «Afganistán no bastaba». El golpe tenía que ser más contundente. Era la única manera, argumentaba, de quebrar la vinculación del mundo árabe-musulmán con el terrorismo y con su gemelo, una sociedad cerrada, y de comunicar a los habitantes de ese mundo que Occidente se tomaba en serio la protección de su sociedad abierta y plural. Friedman pensó estar haciendo de ventrílocuo de Bush, diciendo algo que Bush no diría, porque «el equipo de Bush nunca se atrevió a expresar la verdadera razón para ir a aquella guerra». Thomas L. Friedman, «Because We Could», *New York Times*, 4 de junio de 2003, disponible en: <https://www.nytimes.com/2003/06/04/opinion/because-we-could.html>, consultado el 28 de julio de 2021.

45. George W. Bush, «President's Remarks at the 2004 Republican National Convention», 2 de septiembre de 2004, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2004/09/20040902-2.html>, consultado el 1 de septiembre de 2021.

46. Thomas J. Sugrue, *Origins of the Urban Crisis: Race and Inequality in Postwar Detroit* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2014); David M. P. Freund, *Colored Property: State Policy and White Racial Politics in Suburban America* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2007); Ira Katznelson, *When Affirmative Action Was White: An Untold History of Racial Inequality in Twentieth-Century America* (Nueva York: W. W. Norton, 2005); Richard Rothstein, *The Color of Law: A Forgotten History of How Our Government Segregated America* (Nueva York: Liveright, 2017); Mechele Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass: Flawed Premises, Broken Promises, New Prescriptions* (Nueva York: Cambridge University Press, 2014), y Keeanga-Yamahtta Taylor, *Race for Profit: How Banks and the Real Estate Industry Undermined Black Homeownership* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2019).

47. George W. Bush, «President Hosts Conference on Minority Homeownership», George Washington University, Washington D. C., 15 de octubre de 2002, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/10/20021015-7.html>, consultado el 10 de septiembre 2021.

48. George H. W. Bush promulgó la Ley Federal para la Seguridad y Solidez Financiera de las Empresas de la Vivienda en 1992. En 1989 había lanzado la llamada iniciativa «de la esperanza» o HOPE (siglas de Homeownership and Opportunity for People Everywhere o Viviendas en Propiedad y Oportunidades para Todas las Personas), que movilizó 2.100 millones de dólares en subvenciones para incentivar la adquisición de viviendas en propiedad entre la población con rentas bajas. «White House Fact Sheet on the HOPE Initiative: Homeownership and Opportunity for People Everywhere», 10 de noviembre de 1989, disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/white-house-fact-sheet-the-hope-initiative-homeownership-and-opportunity-for-people>, consultado el 8 de septiembre de 2021. Véase también Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass*, p. 2, y *passim*. Sobre las GSE (empresas patrocinadas por el Gobierno), véase también Adam Tooze, *Crash: cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo* (trad. de Yolanda Fontal Rueda, Efrén del Valle Peñamil y Gonzalo García; Barcelona: Editorial Crítica, 2018), capítulo 2.

49. En español conviven los términos «hipoteca *subprime*», «hipoteca de alto riesgo», «hipoteca no preferente» e incluso «hipoteca basura» para definir este concepto. *(N. de la t.)*

50. Cerca del 10 por ciento de las hipotecas concedidas durante la Administración Clinton se consideraban de riesgo, o *subprime*. Eran populares entre los inversores porque se aplicaban unos tipos de interés más altos. Muchas de ellas estaban respaldadas por las empresas patrocinadas por el Gobierno (GSE) Fannie Mae y Freddie Mac, lo cual daba a los inversores la tranquilidad de que el Gobierno respaldaba su inversión. Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass*, p. 78, y *passim*.

51. Tooze, *Crash*, capítulo 2, *passim*.

52. Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass*, p. 184; Tooze, *Crash*, capítulo 2; Nicholas Lemann, *Transaction Man: The Rise of the Deal and the Decline of the American Dream* (Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2019), capítulo 4.

53. *American Dream Downpayment Act*, 2003, Pub.L. 108-186, disponible en: <https://www.congress.gov/congressional-report/108th-congress/house-report/164>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Brian Sullivan, «Bush Signs American Dream Downpayment Act», nota de prensa de *HUD*, 16 de diciembre de 2003, disponible en: <https://archives.hud.gov/news/2003/pr03-140.cfm>, consultado el 10 de septiembre de 2021. Puede consultarse una recopilación de los documentos de la Administración Bush relacionados con las viviendas en propiedad en la página web del archivo de la Casa Blanca de George Bush: «Policies in Focus: Homeownership», disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/infocus/homeownership/>, consultado el 9 de septiembre de 2021. Véanse también George W. Bush, «Radio Address by the President to the Nation», 9 de junio de 2001, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2001/06/20010608-7.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «National Homeownership Month, 2002», 4 de junio de 2002, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/06/20020604-23.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «President Focuses on Home-Ownership in Radio Address», 15 de junio de 2002, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/06/20020615.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; «Fact Sheet: President Bush Calls for Expanding Opportunities to Homeownership», disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/06/20020617.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «President Calls for Expanding Opportunities to Home Ownership», St Paul AME Church, Atlanta, Georgia, 17 de junio de 2002, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/06/20020617-2.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «President Reiterates Goal on Homeownership», Departamento de Vivienda y Desarrollo, Washington D. C., 18 de junio de 2002, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/06/20020618-1.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «National Homeownership Month, 2003», 13 de junio de 2003, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2003/06/20030613.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «President's Remarks to the National Association of Home Builders», Greater Columbus Convention Center, Columbus, Ohio, 2 de octubre de 2004, disponible en:

<https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2004/10/20041002-7.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «National Homeownership Month, 2005», 25 de mayo de 2005, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2005/05/20050525-14.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «President Discusses Education, Entrepreneurship & Home Ownership at Indiana Black Expo», RCA Dome, Indianápolis, Indiana, 14 de julio de 2005, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2005/07/20050714-4.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021; Bush, «National Homeownership Month, 2006», 24 de mayo de 2006, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2006/05/20060524-6.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021, y Bush, «President Pleased by House Passage of the "Expanding American Homeownership Act of 2006"», 26 de julio de 2006, disponible en: <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2006/07/20060726.html>, consultado el 10 de septiembre de 2021.

54. El programa de Bush «No Child Left Behind» («Programa para que ningún niño se quede atrás») adoleció de una falta de financiación suficiente, como también ocurrió con su promesa de traspasar el trabajo asistencial del Gobierno a las iglesias. Véase Gerstle, «Minorities, Multiculturalism, and the Presidency of George W. Bush».

55. Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass*, pp. 78, 108.

56. *Ibid.*, p. 184.

57. La tasa de propietarios entre la población blanca seguía siendo más alta (del 76 por ciento), pero la brecha entre los porcentajes de población blanca y de otras razas con bienes raíces se había reducido considerablemente. Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass*, p. 184.

58. Matthew C. Klein y Michael Pettis, *Las guerras comerciales son guerras de clases* (trad. de Michael Pettis y Francisco Herreros; Madrid: Capitán Swing, 2023).

59. Laurence H. Summers, «Speech at IMF Fourteenth Annual Research Conference in Honor of Stanley Fischer», *Larrysummers.com*, 8 de noviembre de 2013, disponible en: <http://larrysummers.com/imf-fourteenth-annual-research-conference-in-honor-of-stanley-fischer/>, consultado el 2 de septiembre de 2021. Para ampliar la información sobre Greenspan, véase Binyamin Appelbaum, *The Economists' Hour: How the False Prophets of Free Markets Fractured Our Society* (Nueva York: Little, Brown, 2019), pp. 298-308.

60. Los hogares, según ha indicado Adam Tooze, «constituían la mayor fuente de demanda para la economía mundial». Tooze, *Crash*, capítulo 2.

61. Sebastian Mallaby, *The Man Who Knew: The Life and Times of Alan Greenspan* (Nueva York: Penguin Press, 2016), y Robert D. Auerbach, *Deception and Abuse at the Fed: Henry B. Gonzalez Battles Alan Greenspan's Bank* (Austin: University of Texas Press, 2008).

62. Gerstle, «Minorities, Multiculturalism, and the Presidency of George W. Bush»; Weisberg, *The Bush Tragedy*, y Draper, *Dead Certain*; Ron Suskind, *The Price of Loyalty: George W. Bush, the White House, and the Education of Paul O'Neil* (Nueva York: Simon and Schuster, 2004).

63. Jo Becker, Sheryl Gay Stolberg y Stephen Labaton, «Bush Drive for Home Ownership Fueled Housing Bubble», *New York Times*, 21 de diciembre de 2008, disponible en: <https://www.nytimes.com/2008/12/21/business/worldbusiness/21iht-admin.4.18853088.html>, consultado el 2 de septiembre de 2021.

64. Kevin M. Kruse y Julian E. Zelizer, *Fault Lines: A History of the United States Since 1974* (Nueva York: W. W. Norton, 2019), p. 292.

65. Tooze, *Crash*, capítulo 6.

66. El representante Ron Paul de Texas fue uno de sus cabecillas. El rescate financiero de Bear Stearns había abierto una fisura en el Partido Republicano entre los auténticos convencidos de la desregulación y la élite empresarial del partido. Esta última aducía que, en ocasiones, había que comprometer los principios neoliberales por el bien de la salud general del sistema financiero. El rescate a Fannie Mae y Freddie Mac ensanchó esa fisura hasta convertirla en un abismo. Tooze, *Crash*, capítulo 7.

67. Hasta la fecha desconocemos por qué el Gobierno de Bush no rescató Lehman. ¿Acaso las bases del Partido Republicano habían intimidado a las máximas autoridades financieras para que no salvaran otro banco privado? ¿Creían acaso que la quiebra de Lehman era soportable, incluso útil para poner límites a su voluntad de rescatar a instituciones financieras? ¿O fue un mero error de cálculo de los asesores de Bush? Fuera cual fuese su motivo, la negación a intervenir fue contraproducente. Sobre los días críticos de septiembre y octubre de 2008, véanse Andrew Ross Sorkin, *Too Big to Fail: Inside the Battle to Save Wall Street* (Londres: Allen Lane, 2009); David Wessel, *In FED We Trust: Ben Bernanke's War on the Great Panic* (Londres: Scribe, 2009); Ron Suskind, *Confidence Men: Wall Street, Washington, and the Education of a President* (Nueva York: HarperCollins, 2011); Jonathan Levy, *Ages of American Capitalism: A History of the United States* (Nueva York: Random House, 2021), pp. 702-732; Lawrence Jacobs y Desmond King, *Fed Power: How Finance Wins* (2016; Nueva York: Oxford University Press, 2021); Ben S. Bernanke, *Mis años en la Reserva Federal: un análisis de la Fed y las crisis financieras* (trad. de Jorge Paredes Soberón; Barcelona: Ediciones Deusto, 2014), y Ben S. Bernanke, Timothy F. Geithner y Henry M. Paulson, Jr., *Firefighting: The Financial Crisis and Its Lessons* (Nueva York: Penguin Press, 2019).

68. Tooze, *Crash,* capítulo 7; Comité de Supervisión del Congreso, «The AIG Rescue, Its Impact on Markets and the Government's Exit Strategy», *June Oversight Report*, 10 de junio de 2010, disponible en: <https://fraser.stlouisfed.org/files/docs/historical/fct/cop_report_20100610.pdf>, consultado el 2 de septiembre de 2021.

69. Para obtener dichos créditos, AIG tuvo que entregar a la Reserva Federal decenas de miles de millones de dólares en títulos de acciones, aceptar una participación pública del Gobierno federal del 80 por ciento (equiparable a una nacionalización temporal) y obligar a sus accionistas a recibir peniques por cada dólar de las acciones de AIG que poseían. Tooze, *Crash*, capítulo 7.

70. Henry M. Paulson Jr., *On the Brink: Inside the Race to Stop the Collapse of the Global Financial System* (Nueva York: Grand Central, 2010); Ben S. Bernanke, *The Courage to Act: A Memoir of a Crisis and Its Aftermath* (Nueva York: W. W. Norton, 2015), y Timothy F. Geithner, *Stress Test: Reflections on Financial Crises* (Nueva York: Crown, 2014).

71. David M. Herszenhorn, «Administration Is Seeking $700 Billion for Wall Street», *New York Times,* 20 de septiembre de 2008, disponible en: <https://www.nytimes.com/2008/09/21/business/21cong.html>, consultado el 6 de septiembre de 2021.

72. Hacia finales de noviembre, el Dow Jones estaba a 7.552,29, casi un tercio por debajo de su nivel de septiembre.

73. Llegados a aquel punto, el mercado bursátil había perdido casi el 20 por ciento de su valor en una semana.

74. Bernanke, *The Courage to Act*, y Bernanke, *Federal Reserve and the Financial Crisis*.

75. «Great Recession», *Encyclopedia Britannica*, disponible en: <https://www.britannica.com/topic/great-recession>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Tooze, *Crash*, capítulo 6.

76. Dickerson, *Home Ownership and America's Financial Underclass*, p. 15, 184, *passim*.

77. Tooze, *Crash*, capítulo 6.

78. El índice de popularidad de Bush se situó a solo un 20 por ciento en su ultimo mes en el cargo, Suskind, *Confidence Men*, p. 124.

79. Tom Leonard, «Barack Obama Inauguration: Two Million Turn Out to Greet Their New President», *Telegraph*, 21 de enero de 2009, disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/barackobama/4300880/Barack-Obama-inauguration-Two-million-turn-out-to-greet-their-new-president.html>, consultado el 10 de junio de 2021. Sobre el ascenso de Obama, véase Barack Obama, *Los sueños de mi padre: una historia de raza y herencia* (trad. de Fernando Miranda y Evaristo Páez Rasmussen; Barcelona: Editorial Debate, 2017); Barack Obama, *La audacia de la esperanza* (trad. de Claudia Casanova; Barcelona: Punto de Lectura, 2022); David Remnick, *The Bridge: The Life and Rise of Barack Obama* (Londres: Pan Macmillan, 2010); James T. Kloppenberg, *Reading Obama: Dreams, Hope, and the American Political Tradition* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2011); Michael Tesler y David O. Sears, *Obama's Race: The 2008 Election and the Dream of a Post-Racial America* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2010); Fredrick Harris, *The Price of the Ticket: Barack Obama and the Rise and Decline of Black Politics* (Nueva York: Oxford University Press, 2012), y Gary Gerstle, «The Age of Obama, 2000-2016», en *American Crucible: Race and Nation in the Twentieth Century* (2001; Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017), pp. 375-426.

80. Barack Obama, discurso de investidura, en: «President Barack Obama's Inaugural Address», *Whitehouse.gov*, 21 de enero de 2009, disponible en: <https://www.whitehouse.gov/blog/2009/01/21/president-barack-obamas-inaugural-address>, consultado el 10 de junio de 2016.

81. Obama, discurso de investidura.

82. En sus memorias, Obama habla de su «temperamento conservador» y de cómo este influyó en su toma de decisiones. Barack Obama, *Una tierra prometida* (trad. de Andrés Barba; Barcelona: Debate, 2020), capítulo 10. Y añadía: «Con la economía mundial en caída libre, mi tarea principal no era construir una nueva versión del orden económico, sino prevenir desastres peores. Para hacerlo, necesitaba gente que hubiese gestionado crisis anteriormente».

83. Suskind, *Confidence Men*.

84. Obama, *Una tierra prometida,* capítulo 10.

85. *Ibid.,* capítulo 12.

86. Suskind, *Confidence Men*, pp. 124-196.

87. Tooze, *Crash*, capítulo 15.

88. En 2013, J. P., Morgan, Goldman Sachs, Bank of America, Citigroup, Wells Fargo y Morgan Stanley eran un 37 por ciento más grandes que en 2008; Tooze, *Crash*, capítulo 15, y Sorkin, *Too Big to Fail*.

89. Tooze, *Crash*, capítulo 15.

90. *Ibid.*

91. Steven Rattner, *Overhaul: An Insider's Account of the Obama Administration's Emergency Rescue of the Auto Industry* (Boston, Massachusetts: Houghton Mifflin Harcourt, 2010).

92. Joseph E. Stiglitz, *Caída libre: el libre mercado y el hundimiento de la economía mundial* (trad. de Alejandro Pradera Sánchez y Núria Petit; Barcelona: Debolsillo, 2015). Obama podría haber formado un equipo de asesores económicos en torno a Paul Volcker, que había roto con la ortodoxia neoliberal y estaba dispuesto a reestructurar el sector financiero de Estados Unidos, desmantelando incluso la maquinaria de la deuda de Wall Street. Otras personas que podrían haber tenido cargos importantes eran Austin Goolsbee, de la Universidad de Chicago, Robert Reich y Laura Tyson de Berkeley, y Gary Gensler, un protegido de Rubin de antaño que había decidido romper con el modelo de gestión económica de Goldman Sachs.

93. Tooze, *Crash*, capítulo 13, III, y Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass*, *passim*.

94. Tooze, *Crash*, capítulo 19.

95. Martin Wolf, «The Rescue of Bear Stearns Marks Liberalisation's Limit», *The Financial Times,* 25 de marzo de 2008, disponible en: <https://www.ft.com/content/8ced5202-fa94-11dc-aa46-000077b07658>, consultado el 31 de agosto de 2021.

1. Movimiento político estadounidense de derecha que defiende una política fiscal conservadora y el originalismo, es decir, la vuelta a los orígenes filosófico-constitucionales de Estados Unidos. Los principales blancos de sus ataques son el Gobierno federal, el endeudamiento público y la clase política en general (tanto demócratas como republicanos). Abogan por reducir el alcance social del Gobierno federal en la sociedad. *(N. de la t.)*

2. Anne Case y Angus Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2020), pp. 160-161. Uno de cada cuatro puestos de trabajo estadounidenses del sector industrial se deslocalizó a China en los años comprendidos entre 1990 y 2015. Marc Levinson, *Outside the Box: How Globalization Changed from Moving Stuff to Spreading Ideas* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2020), p. 173.

3. Sobre las tendencias salariales y el estancamiento, véanse «Real Wage Trends 1979-2019», *Congressional Research Service* (28 de diciembre de 2020), disponible en: <https://fas.org/sgp/crs/misc/R45090.pdf>, consultado el 28 de junio de 2021; Drew Desilva, «For Most U.S Workers, Real Wages Have Barely Budged in Decades», *Pew Research Center Report* (7 de agosto de 2018), disponible en: <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2018/08/07/for-most-us-workers-real-wages-have-barely-budged-for-decades/>, consultado el 28 de junio de 2021.

4. Charles Murray, *Coming Apart: The State of White America, 1960-2010* (Nueva York: Crown Forum, 2012), pp. 153-171.

5. Murray, *Coming Apart*, pp. 153-171.

6. *Ibid.*, pp. 172-229.

7. Esta visión, por supuesto, se fundamenta en una concepción bastante esencializada del carácter masculino y es fácil de rebatir. Me refiero a ella aquí para expresar la idea de Murray de la desintegración social que tuvo lugar en Fishtown tras derribarse la institución del matrimonio. Para conocer la opinión de George Gilder sobre estos asuntos, véanse su *Suicidio sexual* (trad. de María Antonia Menini; Barcelona: Grijalbo, 1976) y *Riqueza y pobreza* (trad. de César Armando Gómez Martínez; Madrid: Instituto de Estudios Económicos, 1985).

8. En 1960, en más del 80 por ciento de los hogares de Fishtown alguno de los miembros de la familia trabajaba más de 40 horas a la semana; en 2010, la cifra no llegaba a la mitad. Murray, *Coming Apart*, pp. 184-185.

9. Murray, *Coming Apart*, pp. 273, 281.

10. *Ibid.*, p. 281. Un poco de contexto acerca de Murray: en la década de 1980, Murray había publicado *Losing Ground*, una contundente denuncia del estado del bienestar por, supuestamente, fomentar todas las conductas erróneas entre los pobres. Escrito desde una perspectiva neoliberal (Murray se convirtió en miembro de la Sociedad Mont Pelerin en 2000), *Losing Ground* pretendía demostrar que los programas de asistencia social alentaban a los pobres a depender de ellos, en lugar de a buscar trabajo; agudizaban su dependencia del Gobierno, en vez de incentivarlos a ser autodependientes, y los mantenían sumidos en la pobreza, en lugar de motivarlos a construirse vidas estables como clase trabajadora. Murray no había hecho distinciones en cuestión de raza. Los comportamientos desagradables que había observado, aseguraba, eran el resultado de las estructuras de incentivos incorporadas en el estado del bienestar estadounidense y no del carácter débil (u otras deficiencias) de las culturas minoritarias. No obstante, *Losing Ground* centraba en gran medida la atención en los problemas de los negros pobres. Entre los muchos lectores de la década de 1980 que habían acabado por convencerse del auge de una «subclase» peligrosa y racializada, el libro abonó el escepticismo en torno a la adecuación de la cultura negra. En 1994, Murray reforzó dicho escepticismo y reveló sus propios prejuicios raciales cuando, junto con Richard J. Hernnstein, publicó *The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life* (Nueva York: Free Press), que aseguraba aportar evidencias «científicas» que avalaban la inferioridad de los negros. Durante todo aquel tiempo, Murray había albergado una creencia pocas veces explicitada en la fortaleza de la cultura blanca y en su capacidad de hacer de sostén de los blancos pobres. De ahí que tener que informar en 2010 de que los blancos depauperados estaban acusando los mismos «fracasos» de la cultura que los negros pobres fuera una píldora amarga para Murray. Charles Murray, *Losing Ground: American Social Policy, 1950-1980* (1984; Nueva York: Basic Books, 2015); Steven Fraser (ed.), *The Bell Curve Wars: Race, Intelligence, and the Future of America* (Nueva York, Basic Books, 1995); Quinn Slobodian y Stuart Schrader, «The White Man Unburdened: How Charles Murray Stopped Worrying and Learned to Love Racism», *The Baffler* 40 (julio de 2018), disponible en: <https://thebaffler.com/salvos/the-white-man-unburdened-slobodian-schrader>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y Quinn Slobodian, «Racial Science Against the Welfare State: Richard Lynn, Charles Murray, Thilo Sarrazin», artículo inédito presentado en el «Modern Europe Colloquium», Yale University, abril de

2018, en posesión del autor.

11. El tono afligido que transmitía *Coming Apart* por la pérdida de un mundo de la América blanca anticipó el de *Hillbilly, una elegía rural: memorias de una familia y una cultura en crisis*, el libro superventas publicado en 2016 por J. D. Vance. Los lectores hallarían en ambos volúmenes explicaciones plausibles sobre por qué legiones de estadounidenses blancos «desposeídos» estaban volcándose en Donald Trump para recuperar un modo de vida del que se los había despojado. J. D. Vance, *Hillbilly, una elegía rural: memorias de una familia y una cultura en crisis* (trad. de Ramón González Férriz; Barcelona: Ediciones Deusto, 2017). En los últimos años ha aparecido una amplia literatura de ciencias sociales sobre este tema. Véase, por ejemplo, Arlie Hochschild, *Extraños en su propia tierra* (trad. de Amelia Pérez de Villar; Madrid: Capitán Swing, 2020); Katherine Cramer, *The Politics of Resentment: Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker* (Chicago, Illinois: University of Chicago Press, 2016); Jonathan M. Metzl, *Dying of Whiteness: How the Politics of Racial Resentment is Killing America's Heartland* (Nueva York: Basic Books, 2019); Joan C. Williams, *White Working Class: Overcoming Class Cluelessness in America* (Boston, Massachusetts: Harvard Business Review Press, 2017); Nancy Isenberg, *White trash = Escoria blanca: los ignorados 400 años de historia de las clases sociales estadounidenses* (trad. de Tomás Fernández Aúz; Madrid: Capitán Swing: 2020), y Jefferson Cowie, *Stayin' Alive: The 1970s and the Last Days of the Working Class* (Nueva York: New Press, 2010).

12. Los incrementos fueron más pronunciados entre las personas con menor nivel educativo y, por consiguiente, afectaron al peldaño inferior de la escala de rentas. Anne Case y Angus Deaton, «Rising Morbidity and Mortality in Midlife Among White Non-Hispanic Americans in the 21st Century», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 112 (diciembre de 2015), disponible en: <https://www.pnas.org/content/pnas/112/49/15078.full.pdf?source=post_page>, consultado el 12 de abril de 2021. Véanse también Case y Deaton, *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*; Metzl, *Dying of Whiteness*, y Patrick Radden Keefe, *Empire of Pain: The Secret History of the Sackler Dynasty* (Nueva York: Doubleday, 2021). Para ampliar la información acerca del declive de las fortunas de los habitantes de Estados Unidos con un nivel educativo de enseñanza secundaria, véanse Raj Chetty, David Grusky, Maximilian Hell, Nathaniel Hendren, Robert Manduca y Jimmy Narang, «The Fading American Dream: Trends in Absolute Income Mobility Since 1940», *Science* 356 (28 de abril de 2017), pp. 398-406. Sobre las tendencias salariales y el estancameinto, véase «Real Wage Trends 1979-2019», *Congressional Research Service*, Desilva, «For Most U.S Workers, Real Wages Have Barely Budged in Decades»; Thomas Piketty y Emmanuel Saez, «Inequality in the Long Run», *Science* 344 (mayo de 2014), pp. 838-843.

13. Murray, *Coming Apart*, pp. 289-299.

14. Esta brecha de la riqueza era significativamente mayor que la brecha de los ingresos, en parte porque a muchas familias negras se les había negado el acceso al mercado inmobiliario de compra durante generaciones. En el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, adquirir una vivienda se convirtió en la inversión más cuantiosa y rentable para muchas familias estadounidenses. La brecha de la riqueza entre las familias blancas y negras se ensanchó a medida que las primeras empezaron a acumular los beneficios transgeneracionales de las propiedades inmobiliarias a las que los negros no habían tenido acceso. La creciente conciencia de esta disparidad había cimentado la iniciativa de Clinton-Bush de aumentar considerablemente el número de propietarios de sus viviendas entre las minorías. Véase el capítulo 6.

15. Tal como se ha indicado en el capítulo 6, el valor de una vivienda familiar negra media cayó un pasmoso 53 por ciento entre 2005 y 2009 mientras que la media de los hogares blancos descendió solo un 16 por ciento. En la estela de la Gran Recesión, las disparidades en los ingresos de los hogares también se ampliaron: los hogares negros perdieron el 11,1 por ciento de su flujo de ingresos mientras que los blancos perdieron el 5,2 por ciento. En parte, esta divergencia estaba provocada por las acusadas diferencias en las tasas de desempleo, que, en 2012, eran del 13,4 por ciento entre los negros, casi tres cuartas partes por encima del índice total del 7,8 por ciento. «Wealth Gap Rises to Record Highs Between Whites, Blacks, Hispanics», *Pew Research Center Report* (26 de julio de 2011), disponible en: <https://www.pewresearch.org/social-trends/2011/07/26/wealth-gaps-rise-to-record-highs-between-whites-blacks-hispanics/>, consultado el 28 de junio de 2021, y Mechele Dickerson, *Homeownership and America's Financial Underclass: Flawed Premises, Broken Promises, New Prescriptions* (Nueva York: Cambridge University Press, 2014). La Oficina de Estadísticas Laborales de Estados Unidos aportó unas cifras ligeramente distintas sobre los índices de desempleo de blancos y negros. Véase «Labor Force Characteristics by Race and Ethnicity, 2012», *U.S Bureau of Statistics Reports*, informe 1044, octubre de 2013, disponible en: <https://www.bls.gov/opub/reports/race-and-ethnicity/archive/race_ethnicity_2012.pdf>, consultado el 28 de junio de 2021. Para ampliar la información sobre la brecha de riqueza racial, véanse Dawn Turner Trice, «Black Middle Class Economically Vulnerable», *Chicago Tribune*, 7 de octubre de 2012, disponible en: <https://www.chicagotribune.com/news/ct-xpm-2012-10-07-ct-met-black-middle-class-austerity-20121007-story.html>, consultado el 28 de junio de 2021; «King's Dream Remains an Elusive Goal; Many Americans See Racial Disparities», *Pew Research Center Report*, 22 de agosto de 2013, disponible en: <https://www.pewresearch.org/social-trends/2013/08/22/kings-dream-remains-an-elusive-goal-many-americans-see-racial-disparities/>, consultado el 28 de junio de 2021; Edward Luce, «The Riddle of Black America's Rising Woes Under Obama», *The Financial Times*, 12 de octubre de 2014, disponible en: <http://www.ft.com/cms/s/2/5455efbe-4fa4-11e4-a0a4-00144feab7de.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Rakesh Kochhar y Richard Fry, «Wealth Inequality Has Widened Along Racial, Ethnic Lines Since End of Great Recession», *Pew Research Center Report*, 12 de diciembre de 2014, disponible en: <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2014/12/12/

racial-wealth-gaps-great-recession/>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Gillian B. White, «The Recession's Racial Slant», *The Atlantic*, 24 de junio de 2015, disponible en: <https://www.theatlantic.com/business/archive/2015/06/black-recession-housing-race/396725/>, consultado el 28 de julio de 2021; Neil Irwin Leonhardt, Claire Cain Miller y Margot Sanger-Katz, «America's Racial Divide, Charted», *New York Times*, 19 de agosto de 2014, disponible en: <http://www.nytimes.com/2014/08/20/upshot/americas-racial-divide-charted.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Annie Lowrey, «Wealth Gap Among Races Has Widened Since Recession», *New York Times*, 28 de abril de 2013, disponible en: <https://www.nytimes.com/2013/04/29/business/racial-wealth-gap-widened-during-recession.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Michael Fletcher, «A Shattered Foundation», *Washington Post*, 24 de enero de 2015, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/sf/investigative/2015/01/24/the-american-dream-shatters-in-prince-georges-county/>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Kimbriell Kelly, John Sullivan y Steven Rich, «Broken by the Bubble», *Washington Post*, 25 de enero de 2015, disponible en: <http://www.washingtonpost.com/sf/investigative/2015/01/25/in-fairwood-dreams-of-black-wealth-foundered-amid-the-mortgage-meltdown/>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y Patricia Cohen, «Public-Sector Jobs Vanish, Hitting Blacks Hard», *New York Times*, 24 de mayo de 2015, disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/05/25/business/public-sector-jobs-vanish-and-blacks-take-blow.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021.

16. Kochhar y Fry, «Wealth Inequality Has Widened Along Racial, Ethnic Lines Since End of Great Recession».

17. Cohen, «Public-Sector Jobs Vanish, Hitting Blacks Hard».

18. Sobre Scott Walker y la política en Wisconsin, véanse Cramer, *The Politics of Resentment*; Dan Kaufman, *The Fall of Wisconsin: The Conservative Conquest of a Progressive Bastion and the Future of American Politics*, (Nueva York: W. W. Norton, 2018); Jason Stein y Patrick Marley, *More Than They Bargained For: Scott Walker, Unions, and the Fight for Wisconsin*, (Madison: University of Wisconsin Press, 2013); Steven Greenhouse, «Scott Walker Woos CPAC Boasting About Crusade Against Wisconsin Unions», *The Guardian*, 27 de febrero de 2015; Dan Kaufman, «Scott Walker and the Fate of the Union», *New York Times Magazine*, 12 de junio de 2015, disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/06/14/magazine/scott-walker-and-the-fate-of-the-union.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y Nicky Woolf, «Scott Walker's "Draconian" Labor Plan to Call for Ending Federal Workers' Unions», *The Guardian*, 14 de septiembre de 2015, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2015/sep/14/scott-walker-union-plan-labor-laws>, consultado el 8 de septiembre de 2021. Para conocer la perspectiva del propio Walker sobre su acción de gobierno, véase Scott Walker y Marc Thiessen, *Unintimidated: A Governor's Story and a Nation's Challenge* (Nueva York: Penguin Press, 2013).

19. Neil Irwin, Claire Cain Miller y Margot Sanger-Katz, «America's Racial Divide: Charted», *New York Times*, 19 de abril de 2014, disponible en: <https://www.nytimes.com/2014/08/20/upshot/americas-racial-divide-charted.html>, consultado el 21 de febrero de 2023; véase también Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades, «Table 29: Death Rates for Homicide, by Sex, Race, Hispanic Origin, and Age: United States, Selected Years, 1950-2016» (Washington D. C.: Departamento de Salud y Servicios Humanos de Estados Unidos, 2017, disponible en: <https://www.cdc.gov/nchs/data/hus/2017/029.pdf>, consultado el 21 de febrero de 2023.

20. «Cops or Soldiers?», *The Economist*, 20 de marzo de 2014, disponible en: <https://www.economist.com/united-states/2014/03/20/cops-or-soldiers>, consultado el 8 de septiembre de 2021; «How America's Police Became So Heavily Armed», *The Economist*, 18 de mayo de 2015, disponible en: <http://www.economist.com/blogs/economist-explains/2015/05/economist-explains-22>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y Joshua Holland, «Cops, Gun Culture and Anti-Government Extremism», *Bill Moyers & Company*, 26 de agosto de 2015, disponible en: <http://billmoyers.com/2014/08/26/cops-gun-culture-and-anti-government-extremism/>, consultado el 8 de septiembre de 2021.

21. Michelle Alexander, *El color de la justicia: la nueva segregación racial en Estados Unidos* (trad. de Carmen Valle y Ethel Odriozola; Madrid: Capitán Swing, 2020).

22. Alexander, *El color de la justicia*. Para ampliar la información sobre la raza, el neoliberalismo y las prisiones, véanse Marie Gottschalk, *Caught: The Prison State and the Lockdown of America's Politics* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2015); Ruth Gilmore Wilson, *Golden Gulag: Prisons, Surplus, Crisis, and Opposition in Globalizing California* (Berkeley: University of California Press, 2007); Heather Ann Thompson, *Blood in the Water: The Attica Prison Uprising of 1971 and Its Legacy* (Nueva York: Pantheon, 2016); Elizabeth Hinton, *From the War on Poverty to the War on Crime: The Making of Mass Incarceration in America* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2016); Julilly Kohler-Hausmann, *Getting Tough: Welfare and Imprisonment in 1970s America* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2017), e Irwin, Miller y Sanger-Katz, *America's Racial Divide: Charted*.

23. Sobre la nueva economía *gig*, véanse Sarah Kessler, *Gigged: The Economy, the End of the Job and the Future of Work* (Londres: Random House Business, 2019); Jia Tolentino, «The Gig Economy Celebrates Working Yourself to Death», *New Yorker*, 22 de marzo de 2017, disponible en: <https://www.newyorker.com/culture/jia-tolentino/the-gig-economy-celebrates-working-yourself-to-death>, consultado el 28 de junio de 2021; Nathan Heller, «Is the Gig Economy Working?», *New Yorker*, 8 de mayo de 2017, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2017/05/15/is-the-gig-economy-working>, consultado el 28 de junio de 2021; Nicole Kobie, «What Is the Gig Economy and Why Is It So Controversial?», *Wired*, 14 de septiembre de 2018, disponible en: <https://www.wired.co.uk/article/what-is-the-gig-economy-meaning-definition-why-is-it-called-gig-economy>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Jill Lepore, «What's Wrong with the Way We Work», *New Yorker*, 11 de enero de 2021, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2021/01/18/whats-wrong-with-the-way-we-work>, consultado el 28 de junio de 2021; E. Tammy Kim, «The Gig Economy Is Coming for Your Job», *New York Times*, 10 de enero de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/01/10/opinion/sunday/gig-economy-unemployment-automation.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y Aarian Marshall, «With $200 Million, Uber and Lyft Write Their Own Labor Law», *Wired*, 11 de abril de 2020, disponible en: <https://www.wired.com/story/200-million-uber-lyft-write-own-labor-law/>, consultado el 8 de septiembre de 2021. Para conocer específicamente los orígenes de Uber y Airbnb, véanse Brad Stone, *Lo que viene: cómo Uber, Airbnb y las nuevas empresas de Silicon Valley están cambiando el mundo* (trad. de Scheherezade Surià López; Barcelona: Ediciones Deusto, 2018); Leigh Gallagher, *The Airbnb Story: How to Disrupt an Industry, Make Billions of Dollars... and Plenty of Enemies* (Londres: Virgin Books, 2018), y Mike Isaac, *La batalla por Uber: una ambición desenfrenada* (Madrid: Los Libros de la Catarata, 2020).

24. La obra clásica histórica sobre los mercados laborales informales es Gareth Stedman Jones, *Outcast London: A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society* (1971; Londres: Verso, 2013). Otras obras más recientes sobre esta materia son: Guy Standing, *El precariado: una nueva clase social* (trad. de Juan María López de Sa y de Madariaga; Barcelona: Editorial Pasado y Presente, 2012); Alexandrea J. Ravenelle, *Hustle and Gig: Struggling and Surviving in the Sharing Economy*, (Oakland: University of California Press, 2019); Ruth Milkman y Ed Ott (eds.), *New Labor in New York: Precarious Workers and the Future of the Labor Movement* (Ithaca, Nueva York: Cornell University Press, 2014).

25. Para más información sobre el origen del término «precariado», véanse <https://www.macmillandictionary.com/buzzword/entries/precariat.html> y Standing, *El precariado* (2011).

26. Véase Steve Fraser y Gary Gerstle, «Introduction», en Steve Fraser y Gary Gerstle (eds.), *Ruling America: A History of Wealth and Power in a Democracy* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2005), pp. 1-26.

27. Puede verse la diatriba de Rick Santelli en: <https://www.cnbc.com/video/2015/02/06/santellis-tea-party-rant-february-19-2009.html>, consultado el 22 de junio de 2021; Phil Rosenthal, «Rant Goes Viral, Raising Profile of CNBC's Rick Santelli», *Chicago Tribune*, 23 de febrero de 2009, disponible en: <https://www.chicagotribune.com/news/ct-xpm-2009-02-23-0902220319-story.html>, consultado el 22 de junio de 2021.

28. El Motín del té o Boston Tea Party tuvo lugar el 16 de diciembre de 1773 en Boston. Un grupo de colonos disfrazados de amerindios arrojaron al mar tres cargamentos de té transportados en buques británicos. Fue un acto de protesta contra Gran Bretaña y se considera un precedente de la guerra de independencia de Estados Unidos. Esta acción de protesta respondía a la aprobación por parte de Gran Bretaña de la Ley del Té, que gravaba la importación a Boston de distintos productos, incluido el té, para beneficiar a la Compañía Británica de las Indias Comerciales. *(N. de la t.)*

29. Sobre los orígenes del Tea Party, véanse Theda Skocpol y Vanessa Williamson, *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism* (Nueva York: Oxford University Press, 2012); Jill Lepore, *The Whites of Their Eyes: The Tea Party's Revolution and the Battle over American History* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2011), y Michael Leahy, *Covenant of Liberty: The Ideological Origins of the Tea Party Movement* (Nueva York: HarperCollins, 2012). Sobre los hermanos Koch y su implicación con el Tea Party, véase Jane Mayer, *Dinero oscuro: la historia oculta de los multimillonarios escondidos detrás del auge de la extrema derecha norteamericana* (Barcelona: Debate, 2018).

30. Sobre el carácter populista del Tea Party, véanse Dick Armey y Matt Kibbe, *Give Us Liberty: A Tea Party Manifesto* (Nueva York: HarperCollins, 2010); Elizabeth Price Foley, *The Tea Party: Three Principles* (Cambridge: Cambridge University Press, 2012); Rachel M. Blum, *How the Tea Party Captured the GOP: Insurgent Factions in American Politics* (Chicago, Illinois: University Chicago Press, 2020); Andrew J. Perrin, Steven J. Tepper, Neal Caren y Sally Morris, «Political and Cultural Dimensions of Tea Party Support, 2009-2012», *Sociological Quarterly* 55 (otoño de 2014), pp. 625-652; Rand Paul, *The Tea Party Goes to Washington* (Nashville, Tennessee: Center Street, 2011); Liz Halloran, «What's Behind the New Populism?», *NPR.org*, 5 de febrero de 2010, disponible en: <https://www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=123137382>, consultado el 28 de junio de 2021, y Walter Russell Mead, «The Tea Party and American Foreign Policy: What Populism Means for Globalism», *Foreign Policy*, marzo-abril de 2011, disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2011-03-01/tea-party-and-american-foreign-policy>, consultado el 8 de septiembre de 2021. Sobre Ron Paul, véase Kelefa Sanneh, «Party Crasher: Ron Paul's Unique Brand of Libertarianism», *New Yorker*, 19 de febrero de 2012, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2012/02/27/party-crasher>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y David Kirby y Emily Ekins, «Ron Paul and the Tea Party Playbook», *Cato.org*, 10 de agosto de 2012, disponible en: <https://www.cato.org/commentary/ron-paul-tea-party-playbook>, consultado el 28 de junio de 2021. Ron Paul ha publicado diversos libros breves explicando sus convicciones políticas, entre ellos: *The Revolution: A Manifesto* (Nueva York: Grand Central, 2008) y *Liberty Defined: 50 Essential Issues That Affect Our Freedom* (Nueva York: Grand Central, 2011).

31. Donald Trump se convertiría en seguidor de *Breitbart* poco después del lanzamiento de la plataforma de noticias y le serviría de amplificador en sus discursos y tuits sobre las «noticias» de este canal. Tras la muerte repentina y prematura de Andrew Breitbart en 2012, Steve Bannon se convirtió en la fuerza orientadora de *Breitbart*. Véanse Breitbart.com, *passim*; Joshua Green, *Devil's Bargain: Steve Bannon, Donald Trump, and the Storming of the Presidency* (Nueva York: Penguin Press, 2017); David Carr, «The Provocateur», *New York Times*, 13 de abril de 2012; Rebecca Mead, «Rage Machine: Andrew Breitbart's Empire of Bluster», *The New Yorker*, 17 de mayo de 2010, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2010/05/24/rage-machine>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y James Rainey, «Breitbart.com Sets Sights on Ruling the Conservative Conversation», *Los Angeles Times*, 1 de agosto de 2012, disponible en: <https://www.latimes.com/entertainment/la-xpm-2012-aug-01-la-et-breitbart-20120801-story.html>, consultado el 28 de junio de 2021. Para ver ejemplos sobre la línea editorial de *Breitbart*, véanse James M. Simpson, «Agenda 21 Part I: A Global Economic Disaster in the Making», Breitbart.com, 17 de enero de 2011, disponible en: <https://www.breitbart.com/politics/2011/01/17/agenda-21-part-i-a-global-economic-disaster-in-the-making/>, consultado el 28 de junio de 2021, y James M. Simpson, «Agenda 21 Part II: Globalist Totalitarian Dictatorship Invading a Town Near You – With Your Permission», Breitbart.com, 23 de enero de 2011, disponible en: <https://www.breitbart.com/politics/2011/01/23/agenda-21-part-ii-globalist-totalitarian-dictatorship-invading-a-town-near-you-with-your-permission/>, consultado el 28 de junio de 2021.

32. Skocpol y Williamson, *The Tea Party and the Remaking of American Conservatism*. Sobre la ira de los simpatizantes del Tea Party contra Obama, véanse los siguientes relatos de irrupciones en ayuntamientos patrocinadas por el Tea Party en agosto de 2009: Jessica Rinaldi, «When Protesters Disrupt Town Hall Healthcare Talks», *Reuters*, 11 de agosto de 2009, disponible en: <http://www.reuters.com/article/us-usa-healthcare-townhalls-idUSTRE5765QH20090808>, consultado el 15 de diciembre de 2021; Kevin Hechtkopf, «Rally Interrupts Dem Rep.'s Health Care Town Hall», CBSNews.com, 3 de agosto de 2009, disponible en: <http://www.cbsnews.com/news/rally-interrupts-dem-reps-health-care-town-hall/>, consultado el 15 de diciembre de 2021; Ian Urbina, «Beyond Beltway, Health Debate Turns Hostile», *New York Times*, 7 de agosto de 2009, disponible en: <http://www.nytimes.com/2009/08/08/us/politics/08townhall.html?_r=0&mtrref=www.google.co.uk&gwh=78FBE4E211C423033E3096984A6D2F17&, consultado el 15 de diciembre de 2021.

33. Sobre la batalla por la atención sanitaria, véanse Lawrence R. Jacobs y Theda Skocpol, *Health Care Reform and American Politics: What Everyone Needs to Know* (Nueva York: Oxford University Press, 2010); Paul Starr, *Remedy and Reaction: The Peculiar American Struggle over Health Care Reform* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 2013), y Steven Brill, *America's Bitter Pill: Money, Politics, Backroom Deals, and the Fight to Fix Our Broken Healthcare System* (Nueva York: Random House, 2015).

34. Amy Hollyfield, «Obama's Birth Certificate: Final Chapter», *PolitiFact*, 27 de junio de 2008, disponible en: <http://www.politifact.com/truth-o-meter/article/2008/jun/27/obamas-birth-certificate-part-ii/>, consultado el 28 de junio de 2021; Jess Henig, «Born in the U.S.A.», *FactCheck.org*, 21 de agosto de 2008, disponible en: <http://www.factcheck.org/2008/08/born-in-the-usa/>, consultado el 28 de junio de 2021; Sheryl Gay Stolberg, «Hawaii's Governor Takes on "Birthers"», 24 de diciembre de 2010, disponible en: <http://www.nytimes.com/2010/12/25/us/25hawaii.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021, y Gabriel Winant, «The Birthers in Congress», *Salon*, 28 de julio de 2009, disponible en: <https://www.salon.com/2009/07/28/birther_enablers/>, consultado el 28 de junio de 2021.

35. Sobre la manifestación del Tea Party en Washington el 12 de septiembre de 2009, véanse Jeff Zeleny, «Thousands Rally in Capital to Protest Big Government», *New York Times*, 12 de septiembre de 2009, disponible en: <http://www.nytimes.com/2009/09/13/us/politics/13protestweb.html>, consultado el 28 de junio de 2021; Asha Beh, «Thousands of Anti-Obama Protestors March in D.C.», *NBCWashington.com*, 12 de septiembre de 2009, disponible en: <http://www.nbcwashington.com/news/local/Taxpayer-Protestors-Get-Party-Started-Early-59126782.html>, consultado el 28 de junio de 2021, y Toby Harnden, «Thousands of "Tea Party" Protestors March Against Barack Obama in Washington», *The Telegraph*, 13 de septiembre de 2009, disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/barackobama/6184800/Thousands-of-tea-party-protesters-march-against-Barack-Obama-in-Washington.html>, consultado el 28 de junio de 2021. Sobre el tema de las pancartas racistas, véanse Ryan Grim y Luke Johnson, «Is the Tea Party Racist? Ask Some Actual, Out-of-the-Closet Racists», *Huffington Post*, 24 de octubre de 2013, disponible en: <http://www.huffingtonpost.com/2013/10/24/tea-party-racist_n_4158262.html>, consultado el 28 de junio de 2021; Justin Berrier y Brooke Obie, «Right-Wing Media Attempt to Erase "Bigoted Statements" from the Tea-Party Movement», *MediaMatters.org*, 15 de julio de 2010, disponible en: <http://mediamatters.org/research/2010/07/15/right-wing-media-attempt-to-erase-bigoted-state/167760>, consultado el 28 de junio de 2021. Véanse también Anti-Defamation League, «Rage Grows in America: Anti-Government Conspiracies», *ADL.org*, noviembre de 2009, disponible en: <http://www.adl.org/combating-hate/domestic-extremism-terrorism/c/rage-grows-in-america.html>, consultado el 28 de junio de 2021, y Shannon Travis, «NAACP Passes Resolution Blasting Tea Party "Racism"», *CNN.com*, 16 de julio de 2010, disponible en: <http://www.cnn.com/2010/POLITICS/07/14/naacp.tea.party/index.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021.

36. Sobre la niñez y juventud cosmopolita de Obama, véanse Barack Obama, *Los sueños de mi padre: una historia de raza y herencia* (trad. de Fernando Miranda y Evaristo Páez Rasmussen; Barcelona: Debate, 2017); Angie Drobnic Holan, «Obama Attended an Indonesian Public School», *PolitiFact*, 20 de diciembre de 2007, disponible en: <http://www.politifact.com/truth-o-meter/statements/2007/dec/20/chain-email/obama-attended-an-indonesian-public-school/>, consultado el 20 de agosto de 2020, y «Growing Numbers of Americans Say Obama Is a Muslim», Pew Research Center, 18 de agosto de 2010, disponible en: <http://www.pewforum.org/2010/08/18/growing-number-of-americans-say-obama-is-a-muslim/>, consultado el 28 de junio de 2021.

37. Sobre la animosidad hacia China entre los populistas, véanse Walter Russell Mead, «The Tea Party and American Foreign Policy: What Populism Means for Globalism», *Foreign Affairs* (marzo-abril de 2011), disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2011-03-01/tea-party-and-american-foreign-policy>, consultado el 8 de septiembre de 2021; «Tea Party on Foreign Policy: Strong on Defense and Israel, Tough on China», *Pew Research Center Report*, 7 de octubre de 2011, disponible en: <https://www.pewresearch.org/politics/2011/10/07/strong-on-defense-and-israel-tough-on-china/>, consultado el 29 de junio de 2021, y Bruce Stokes y Pew Research Center, «The Tea Party's Worldview», *Politico*, 12 de febrero de 2014, disponible en: <https://www.politico.eu/article/the-tea-partys-worldview/>, consultado el 30 de junio de 2021.

38. Sobre Trump, véanse Gwenda Blair, *The Trumps: Three Generations That Built an Empire* (Nueva York: Touchstone, 2000); Wayne Barrett, *Trump: The Greatest Show on Earth: The Deals, the Downfall, the Reinvention* (Nueva York: Simon and Schuster, 2016); Jane Mayer, «Donald Trump's Ghostwriter Tells All», *New Yorker*, 25 de julio de 2016, disponible en: <http://www.newyorker.com/magazine/2016/07/25/donald-trumps-ghostwriter-tells-all>, consultado el 30 de junio de 2021; Michael Wolff, *Fire and Fury: Inside the Trump White House* (Nueva York: Henry Holt, 2018); Bob Woodward, *Miedo: Trump en la Casa Blanca* (trad. de Traducciones Imposibles; Barcelona: Roca Bolsillo, 2019); Mary L. Trump, *Siempre demasiado y nunca suficiente: cómo mi familia creó al hombre más peligroso del mundo* (trad. de Estíbaliz Montero y Patricia Sebastián Hernández; Madrid: Indicios, 2020), y Philip Rucker y Carol Leonnig, *A Very Stable Genius: Donald J. Trump's Testing of America* (Londres: Bloomsbury, 2020).

39. Bill Carter, «"The Apprentice" Scores Ratings Near Top for the Season», *New York Times*, 17 de abril de 2004, disponible en: <https://www.nytimes.com/2004/04/17/us/the-apprentice-scores-ratings-near-top-for-the-season.html>, consultado el 21 de febrero de 2023; James Traub, «Trumpologies», *New York Times Magazine*, 12 de septiembre de 2004, disponible en: <https://www.nytimes.com/2004/09/12/magazine/trumpologies.html>, consultado el 28 de junio de 2021; Patrick Radden Keefe, «How Mark Burnett Resurrected Donald Trump as an Icon of American Success», *New Yorker*, 27 de diciembre de 2018, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2019/01/07/how-mark-burnett-resurrected-donald-trump-as-an-icon-of-american-success>, consultado el 28 de junio de 2021; Emily Nussbaum, «The TV That Created Donald Trump», *New Yorker*, 31 de julio de 2017, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2017/07/31/the-tv-that-created-donald-trump>, consultado el 28 de junio de 2021, y Stuart Heritage, «You're Hired: How the Apprentice Led to President Trump», *The Guardian,* 10 de noviembre de 2016, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/10/trump-the-apprentice-president-elect-reality-tv>, consultado el 28 de junio de 2021.

40. Un año contempló presentarse con Oprah Winfrey por el Partido Demócrata y al siguiente con el populista Partido Reformista de Ross Perot. Su liberalismo en determinados temas sociales, incluida la creencia en que las mujeres tenían derecho al aborto, inclinaban a algunos a pensar que tenía unos planteamientos más cercanos a los demócratas. En 2005 invitó a los reyes del Partido Demócrata, Bill y Hillary Clinton, a su boda con Melania Knauss, y asistieron. Deborah Orin, «Trump Pumped to Hit Stump–Wants to Run with Oprah on his Ticket», *New York Post*, 8 de octubre de 1999), disponible en: <https://nypost.com/1999/10/08/trump-pumped-to-hit-stump-wants-to-run-with-oprah-on-his-ticket/>, consultado el 28 de junio de 2021, y Adam Nagourney, «Reform Bid Said to Be a No-Go For Trump», *New York Times*, 14 de febrero de 2000, disponible en: <https://archive.nytimes.com/www.nytimes.com/library/politics/camp/021400wh-ref-trump.html>, consultado el 28 de junio de 2021.

41. Jacob M. Schlesinger, «Trump Forged His Ideas on Trade in the 1980s—and Never Deviated», *Wall Street Journal*, 15 de noviembre de 2018, disponible en: <https://www.wsj.com/articles/trump-forged-his-ideas-on-trade-in-the-1980sand-never-deviated-1542304508>, consultado el 17 de diciembre de 2020; Beth Reinhard y Peter Grant, «How the 1990s Became Donald Trump's Personal Crucible», *Wall Street Journal*, 20 de julio de 2016, disponible en: <https://www.wsj.com/articles/how-the-1990s-became-donald-trumps-personal-crucible-1469035278>, consultado el 17 de diciembre de 2020; Don Gonyea y Domenico Montanaro, «Donald Trump's Been Saying the Same Thing for 30 Years», *NPR.org*, 20 de enero de 2017, disponible en: <https://www.npr.org/2017/01/20/510680463/donald-trumps-been-saying-the-same-thing-for-30-years?t=1608117553171>, consultado el 17 de diciembre de 2020, y Timothy Noah, «Trump vs. Clinton Is the 1980s vs. the 1990s», *Politico*, 31 de julio de 2016, disponible en: <https://www.politico.com/magazine/story/2016/07/2016-history-hillary-bill-clinton-donald-trump-1990s-1980s-214125>, consultado el 17 de diciembre de 2020. Como haría posteriormente con «Los cinco de Central Park» [en abril de 1989, cinco adolescentes blancos e hispanos fueron arrestados por el brutal asalto y violación de una mujer blanca en Central Park. Fueron obligados a confesar su culpabilidad y condenados. Tras cumplir entre seis y doce años en la cárcel, todos ellos fueron exonerados de todos los cargos], Trump publicó un anuncio a toda página en un diario sobre la política exterior de 1987 expresando su oposición al libre comercio con Japón y China. Aquel anuncio era un intento de incursión en la política. Ilan Ben-Meir, «That Time Trump Spent Nearly $100,000 on an Ad Criticizing U.S. Foreign Policy», *BuzzFeedNews.com*, 10 de julio de 2015, disponible en: <https://www.buzzfeednews.com/article/ilanbenmeir/that-time-trump-spent-nearly-100000-on-an-ad-criticizing-us>, consultado el 28 de junio de 2021; Howard Kurtz, «Between the Lines of a Millionaire's Ad», *Washington Post*, 2 de septiembre de 1987, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/politics/1987/09/02/between-the-lines-of-a-millionaires-ad/9c6db9c3-f7d6-4aa4-9ec4-a312feb2639e/>, consultado el 17 de diciembre de 2020; Michael Kruse, «The True Story of Donald Trump's First Campaign Speech – in 1987», *Politico*, 5 de febrero de 2016, disponible en: <https://www.politico.com/magazine/story/2016/02/donald-trump-first-campaign-speech-new-hampshire-1987-213595>, consultado el 17 de diciembre de 2020.

42. Oliver Laughland, «Donald Trump and the Central Park Five: The Racially Charged Rise of a Demagogue», *The Guardian*, 17 de febrero de 2016, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2016/feb/17/central-park-five-donald-trump-jogger-rape-case-new-york>, consultado el 23 de junio de 2021; el artículo contiene una copia del anuncio de Trump en los tabloides de Nueva York.

43. Para ampliar la información sobre «Los cinco de Central Park», véanse Jim Dwyer, «The True Story of How a City in Fear Brutalized the Central Park Five», *The New York Times*, 30 de mayo de 2019, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/05/30/arts/television/when-they-see-us-real-story.html>, consultado el 24 de junio de 2021, y Ken Burns, Sarah Burns y David McMahon (película), *Los cinco de Central Park* (Sundance Selects/WETA/Florentine Films/PBS/The Central Park Five Film Project, 2012), y Sarah Burns, *The Central Park Five: The Untold Story Behind One of New York's Most Infamous Crimes* (Nueva York: Vintage Books, 2012).

44. Michael Cohen, *Disloyal: A Memoir: The True Story of the Former Personal Attorney to the President of the United States* (Nueva York: Skyhorse Publishing, 2020), pp. 107–110.

45. Trump copó los titulares al anunciar que había enviado a sus propios investigadores a Hawái para esclarecer la verdad y que «les cuesta creer lo que están averiguando». Nunca se presentó ninguna prueba que demostrara que Obama había nacido en el extranjero. Tanto PolitiFact como FactCheck.org verificaron la autenticidad del certificado de nacimiento de Obama, tanto en su forma abreviada como integral. La contundente victoria de Obama frente a Mitt Romney en 2012 pareció acallar para siempre el desafío de los originalistas. Bill Adair, «PolitiFact's Guide to Obama's Birth Certificate», *PolitiFact*, 27 de abril de 2011, disponible en: <http://www.politifact.com/truth-o-meter/article/2011/apr/27/politifacts-guide-obamas-birth-certificate/>, consultado el 23 de junio de 2021; Lori Robinson, «Indeed, Born in the U.S.A.», *FactCheck.org*, 27 de abril de 2011, disponible en: <http://www.factcheck.org/2011/04/indeed-born-in-the-u-s-a/>, consultado el 8 de junio de 2016. Adam Caparell, «Show Me! Donald Trump Wants to See President Obama's Birth Certificate with His Own Eyes», *New York Daily News*, 24 de marzo de 2011), disponible en: <http://www.nydailynews.com/news/politics/show-donald-trump-presidentobama-birth-certificate-eyes-article-1.118369>, consultado el 23 de junio de 2021; «Trump on Obama's Birth Certificate: "Maybe It Says He's a Muslim"», *Fox Nation*, 30 de marzo de 2011, disponible en: <http://nation.foxnews.com/donald-trump/2011/03/30/trump-obama-maybe-hes-muslim>, consultado el 23 de junio de 2021; Sheryl Gay Stolberg, «Hawaii's Governor Takes on 'Birthers'»; «Obama Releases "Long Form" Birth Certificate», *BBC News*, 27 de abril de 2011, disponible en: <http://www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-13212230>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Ta-Nehisi Coates, «Fear of a Black President», *The Atlantic*, septiembre de 2012, disponible en: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2012/09/fear-of-a-black-president/309064/>, consultado el 8 de septiembre de 2021; Jeff Greenfield, «Donald Trump's Birther Strategy», *Politico*, 22 de julio de 2015, disponible en: <http://www.politico.com/magazine/story/2015/07/donald-trumps-birther-strategy-120504>, consultado el 23 de junio de 2021, y Joshua Green, «What Donald Trump's Birther Investigators Will Find in Hawaii», *The Atlantic*, 12 de abril de 2011, disponible en: <http://www.theatlantic.com/politics/archive/2011/04/what-donald-trumps-birther-investigators-willfind-in-hawaii/237198/>, consultado el 8 de septiembre de 2021.

46. «Donald Trump 2015 Presidential Candidacy Announcement Speech», 15 de junio de 2015, disponible en: <https://time.com/3923128/donald-trump-announcement-speech/>, consultado el 26 de mayo de 2021, y Katie Reilly, «Here Are All the Times Donald Trump Insulted Mexico», 31 de agosto de 2016, disponible en: <https://time.com/4473972/donald-trump-mexico-meeting-insult/>, consultado el 26 de mayo de 2021.

47. El papel de Trump en condenar injustamente a los adolescentes de Central Park por «violadores» había sido una noticia destacada en los tabloides en 1989. Su aventura con Marla Maples, que no tardaría en convertirse en su segunda esposa, y su divorcio de Ivana Trump, la primera, fueron noticias de portada en los tabloides en 1990. Véase, por ejemplo, Jamie Ross, «The Real Story Behind Trump's Famous "The Best Sex I Ever Had" Headline», *Daily Beast,* 12 de abril de 2018. El artículo de Ross incluye una reproducción de los célebres portada y titular aparecidos en la edición del 16 de febrero de 1990 de *New York Post*: «Marla Boasts to Her Friends about Donald: Best Sex I Ever Had».

48. Sidney Blumenthal, «A Short History of the Trump Family», *London Review of Books* 39 (16 de febrero de 2017), disponible en: <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v39/n04/sidney-blumenthal/a-short-history-of-the-trump-family>, consultado el 23 de junio de 2021.

49. Blumenthal, «A Short History of the Trump Family».

50. Nick Rogers, «How Wrestling Explains Alex Jones and Donald Trump», *New York Times*, 25 de abril de 2017, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/04/25/opinion/wrestling-explains-alex-jones-and-donald-trump.html>, consultado el 4 de junio de 2021, y Shannon Bow O'Brien, *Donald Trump and the Kayfabe Presidency: Professional Wrestling Rhetoric in the White House* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2020). Véanse también vídeos en YouTube de Donald Trump y Vince McMahon actuando en Wrestlemania 23 de la WWE en 2007, en un evento anunciado como «La batalla de los multimillonarios»; el segundo vídeo contiene metraje de Trump arrojando con violencia a McMahon al suelo justo fuera del cuadrilátero, disponibles en: <https://www.youtube.com/watch?v=5NsrwH9I9vE&t=84s>, 20 de julio de 2011, y <https://www.youtube.com/watch?v= jkghtyxZ6rc>, 3 de febrero de 2016, ambos consultados el 14 de junio de 2021. Quiero dar las gracias a Emily Charnock y Charlie Laderman por darme a conocer los enlaces sobre los combates de lucha libre profesional de Trump.

51. Cohen, *Disloyal*, p. 95. Cohen añadió: «Con su afición a la comida rápida y la telerrealidad y sus miradas lascivas a las mujeres atractivas, Trump conectaba con los obreros blancos porque así era como él veía la vida».

52. Entendía la esencia del sector inmobiliario de alto riesgo de Nueva York, a saber: que las reglas y los contratos estaban hechos para romperse. Había tenido a un magnífico aunque despiadado mentor en Roy Cohn, que durante largo tiempo había sido asesor de Joe McCarthy. Donald J. Trump con Tony Schwartz, *Trump: el arte de la negociación* (trad. de J. A. Bravo; Barcelona: Planeta DeAgostini, 1994). Sobre la asociación de Trump con Roy Cohn, véase Jonathan Mahler y Matt Flegenheimer, «What Donald Trump Learned from Joseph McCarthy's Right-Hand Man», *New York Times*, 20 de junio de 2016, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/06/21/us/politics/donald-trump-roy-cohn.html>, consultado el 8 de septiembre de 2021.

53. Maureen Dowd, «Chickens, Home to Roost», *New York Times*, 5 de marzo de 2016, disponible en: <http://nyti.ms/1U27ZJ5>, consultado el 27 de abril de 2021. Véase también Elizabeth Lunbeck, «The Allure of Trump's Narcissism», *Los Angeles Review of Books*, 1 de agosto de 2017.

54. Peter Oborne, *The Assault on Truth: Boris Johnson, Donald Trump and the Emergence of a New Moral Barbarism* (Nueva York: Simon and Schuster, 2020), y Adam Serwer, *The Cruelty Is the Point: The Past, Present, and Future of Trump's America* (Nueva York: One World, 2021).

55. Mattathias Schwartz, «Pre-Occupied», *New Yorker*, 20 de noviembre de 2011, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2011/11/28/pre-occupied>, consultado el 28 de junio de 2021; Jamie Lalinde, Rebecca Sacks, Mark Guiducci, Elizabeth Nicholas y Max Chafkin, «Revolution Number 99», *Vanity Fair*, 10 de enero de 2012, disponible en: <https://www.vanityfair.com/news/2012/02/occupy-wall-street-201202>, consultado el 28 de junio de 2021.

56. «What Is Our One Demand? #OccupyWallStreet, September 17, Bring Tent», *Adbusters*, póster (2011), <http//upload.wikimedia.org/wikipedia/en/5/57/Wall-Street-1.jpg>, consultado el 28 de junio de 2021; William Yardley, «The Branding of the Occupy Movement», *New York Times*, 27 de noviembre de 2011, disponible en: <https://www.nytimes.com/2011/11/28/business/media/the-branding-of-the-occupy-movement.html>, consultado el 28 de junio de 2021.

57. Schwartz, «Pre-Occupied»; Brian Greene, «How "Occupy Wall Street" Started and Spread», *USNews.com*, 17 de octubre de 2011, disponible en: <https://www.usnews.com/news/washington-whispers/articles/2011/10/17/how-occupy-wall-street-started-and-spread>, consultado el 28 de abril de 2021, David Graeber, «Occupy's Liberation From Liberalism: The Real Meaning of May Day», *The Guardian*, 7 de mayo de 2012, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/cifamerica/2012/may/07/occupy-liberation-from-liberalism>, consultado el 28 de abril de 2021. Sobre la crisis de la deuda estudiantil, véase Elizabeth Tandy Shermer, *Indentured Students: How Government-Guaranteed Loans Left Generations Drowning in College Debt* (Cambridge, Massachusetts: Belknap Press of Harvard University Press, 2021).

58. David Graeber, *En deuda: una historia alternativa de la economía* (trad. de Joan Andreano Weyland; Barcelona: Ariel, 2012); sobre las protestas de los años noventa, véase Richard Saich, «Social Movements and Resistance to Neoliberalism, 1979-2000» (tesis doctoral, University of Cambridge, 2022).

59. Schwartz, «Pre-Occupied»; Mattathias Schwartz, «Map: How Occupy Wall Street Chose Zuccotti Park», *New Yorker*, 21 de noviembre de 2011, disponible en: <https://web.archive.org/web/20140405004551/http://www.newyorker.com/online/blogs/newsdesk/2011/11/occupy-wall-street-map.html>, consultado el 28 de abril de 2021; Brian Greene, «How "Occupy Wall Street" Started and Spread», *USNews.com*, 17 de octubre de 2011, disponible en: <https://www.usnews.com/news/washington-whispers/articles/2011/10/17/how-occupy-wall-street-started-and-spread>, consultado el 9 de septiembre de 2021.

60. Sobre la demografía del movimiento Occupy Wall Street, véase Laura Norén, «Occupy Wall Street Demographics», *Thesocietypages.org*, 17 de noviembre de 2011, disponible en: <https://thesocietypages.org/graphicsociology/2011/11/17/occupy-wall-street-demographics/>, consultado el 28 de junio de 2021; Jillian Berman, «Occupy Wall Street Actually Not at All Representative of the 99 Percent, Report Finds», *The Huffington Post*, 29 de enero de 2021, disponible en: <https://www.huffingtonpost.co.uk/entry/occupy-wall-street-report_n_2574788?ri18n=true>, consultado el 28 de junio de 2021.

61. Megan Gibson, «Solidarity Saturday: Occupy Wall Street Goes Global», *Time*, 17 de octubre de 2011, disponible en: <https://web.archive.org/web/20140331062327/http://newsfeed.time.com/2011/10/17/solidarity-saturday-occupy-wall-street-goes-global/>, consultado el 28 de abril de 2021; Michael Levitin, «The Triumph of Occupy Wall Street», *The Atlantic*, 10 de junio de 2015, disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2015/06/the-triumph-of-occupy-wall-street/395408/>, consultado el 29 de abril de 2021; Emily Stewart, «We Are (Still) the 99 Percent: Occupy Wall Street Was Seen as a Failure When It Ended in 2011. But It's Helped Transform the American Left», *Vox*, 30 de abril de 2019, disponible en: <https://www.vox.com/the-highlight/2019/4/23/18284303/occupy-wall-street-bernie-sanders-dsa-socialism>, consultado el 29 de abril de 2021.

62. *Dissent* (<https://www.dissentmagazine.org>) empezó a publicarse en 1954, *N + 1* (<https://nplusonemag.com>) en 2004, y *Jacobin* (<https://jacobinmag.com>) en 2011. Una revista liberal de izquierdas de mediana edad, *The American Prospect*, también vivió un renacimiento en esta época, evitó la quiebra en 2012 y luego rebrotó con nueva vida a partir de 2014 (https://prospect.org/). Y, por supuesto, *The Nation* continuó siendo la abanderada de la izquierda. Thomas Piketty, *El capital en el siglo xxi* (trad. de Eliane Cazenave-Tapie Iosard; Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 2014); Naomi Klein, *No Logo: el poder de las marcas* (trad. de Alejandro Jocki Rueda; Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2014); David Graeber, *Revolutions in Reverse: Essays on Politics, Violence, Art, and Imagination* (Londres: Minor Compositions, 2011); Katharine Q. Seelye, «Warren Defeats Brown in Massachusetts Senate Contest», *New York Times*, 6 de noviembre de 2012, disponible en: <https://www.nytimes.com/2012/11/07/us/politics/elizabeth-warren-massachusetts-senate-scott-brown.html>, consultado el 29 de abril de 2021; «Bill de Blasio Sworn in as New York Mayor», *The Guardian*, 1 de enero de 2014, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2014/jan/01/bill-de-blasio-sworn-in-as-new-york-mayor>, consultado el 29 de abril de 2021; Alan Rappeport, «Bernie Sanders, Long-Serving Independent, Enters Presidential Race as a Democrat», *New York Times*, 29 de abril de 2015, disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/04/30/us/politics/bernie-sanders-campaign-for-president.html>, consultado el 29 de abril de 2021, y Kate Aronoff, Peter Dreier y Michael Kazin (eds.), *We Own the Future: Democratic Socialism, American Style* (Nueva York: New Press, 2020).

63. Los *kibutz* son comunas agrícolas e industriales en Israel donde el trabajo se hace en común, con una forma de vida colectiva en cuanto a educación, alimentación y servicios; es decir, el *kibutz* asume muchas de las responsabilidades que en la sociedad occidental corresponden al individuo, a la familia o al Estado. La economía del grupo es fundamentalmente agraria e industrial, y constituye una unidad económica autosuficiente e igualitaria. Son organizaciones poco frecuentes surgidas de uno de los movimientos comunales más importantes de la historia. Se fundaron en un momento y en un lugar en que la agricultura independiente no era una práctica habitual; sus miembros se vieron forzados por la necesidad de desarrollar un tipo de vida comunal y estaban inspirados por su ideología socialista sionista. *(N. de la t.)*

64. Formas de vida basadas en la igualdad y justicia social creadas a partir del movimiento nacional judío llamado «sionismo». *(N. de la t.)*

65. Adam Geller, «Bernie Sanders' Early Life in Brooklyn Taught Lessons, Some Tough», *The Times of Israel*, 21 de julio de 2019, disponible en: <https://www.timesofisrael.com/bernie-sanders-early-life-in-brooklyn-taught-lessons-some-tough/>, consultado el 29 de junio de 2021; Jas Chana, «Straight Outta Brooklyn, by Way of Vermont: The Bernie Sanders Story», *Tablet*, 20 de agosto de 2015, disponible en: <https://www.tabletmag.com/sections/news/articles/bernie-sanders-story>, consultado el 29 de junio de 2021; Mark Leibovich, «The Socialist Senator», *New York Times*, 21 de enero de 2007, disponible en: <https://www.nytimes.com/2007/01/21/magazine/21Sanders.t.html>, consultado el 29 de junio de 2021.

66. Leibovich, «The Socialist Senator».

67. Marketwatch, «Text of Bernie Sanders' Wall Street and Economy Speech», 5 de enero de 2016, disponible en: <https://www.marketwatch.com/story/text-of-bernie-sanders-wall-street-and-economy-speech-2016-01-05>, consultado el 19 de julio de 2021. Véase también la transcripción del debate entre Bernie Sanders y Hillary Clinton del 6 de marzo de 2016, *New York Times*, 7 de marzo de 2016, <https://www.nytimes.com/2016/03/07/us/politics/transcript-democratic-presidential-debate.html>, consultado el 31 de mayo de 2021.

68. Marketwatch, «Text of Bernie Sanders' Wall Street and Economy Speech».

69. Bernie Sanders, discurso en los caucus de Iowa, 2 de febrero de 2021, disponible en: <https://www.vox.com/2016/2/2/10892752/bernie-sanders-iowa-speech>, consultado el 28 de junio de 2021.

70. Transcripción del debate entre Bernie Sanders y Hillary Clinton del 6 de marzo de 2016; Bernie Sanders, discurso de campaña en Pittsburgh, *WESA*, 30 de marzo de 2016, disponible en: <http://wesa.fm/post/super-pacs-paid-speeches-living-wages-take-sanders-full-pittsburgh-stump>, consultado el 28 de junio de 2021. Para conocer la opinión de Bernie Sanders sobre el comercio, véanse Amy Chozick y Patrick Healy, «Caustic Sanders Pushes Clinton on Trade and Jobs at Debate in Míchigan», reimpreso en *Anchorage Daily News*, 30 de septiembre de 2016, disponible en: <https://www.adn.com/nation-world/article/caustic-sanders-pushes-clinton-trade-and-jobs-debate-Míchigan/2016/03/07/>, consultado el 9 de septiembre de 2021 (publicado originalmente en *New York Times*, 7 de marzo de 2016); Nick Corasaniti, «Bernie Sanders Hones Anti-Trade Message for Illinois and Ohio», *New York Times*, 12 de marzo de 2016, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/03/12/us/politics/bernie-sanders-hones-anti-trade-message-for-illinois-and-ohio.html>, consultado el 24 de febrero de 2021; editorial, «Jobs and Trade on the Campaign Trail», *New York Times*, 2 de abril de 2016, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/04/03/opinion/sunday/jobs-and-trade-on-the-campaign-trail.html>, consultado el 24 de febrero de 2021; Bernie Sanders, «Bernie Sanders: Democrats Need to Wake Up», *New York Times*, 28 de junio de 2016, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/06/29/opinion/campaign-stops/bernie-sanders-democrats-need-to-wake-up.html?referer=https://t.co/ywq46GeMt4>, consultado el 23 de febrero de 2023; Arnie Seipel, «Sanders Centers Platform Fight on Trans-Pacific Trade Deal», *NPR.org*, 3 de julio de 2016, disponible en: <https://www.npr.org/2016/07/03/484574128/sanders-centers-platform-fight-on-trans-pacific-trade-deal>, consultado el 24 de febrero de 2021, y Jennifer Steinhauer, «Both Parties Used to Back Free Trade. Now They Bash It», *New York Times*, 29 de julio de 2016, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/07/30/us/politics/in-time-of-discord-bashing-trade-pacts-appeals-to-both-parties.html>, consultado el 24 de febrero de 2021.

71. «Read Donald Trump's Speech on Trade», *Time*, 28 de junio de 2016, disponible en: <https://time.com/4386335/donald-trump-trade-speech-transcript/>, consultado el 22 de junio de 2021.

72. Sobre las donaciones a la Fundación Clinton, véanse Paul Lewis y James Ball, «Clinton Foundation Received Up to $81m from Clients of Controversial HSBC Bank», *The Guardian*, 10 de febrero de 2015, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2015/feb/10/hillary-clinton-foundation-donors-hsbc-swiss-bank>, consultado el 28 de junio de 2021; James V. Grimaldi y Rebecca Ballhaus, «Foreign Government Gifts to Clinton Foundation on the Rise», *Wall Street Journal*, 17 de febrero de 2015, disponible en: <https://www.wsj.com/articles/foreign-government-gifts-to-clinton-foundation-on-the-rise-1424223031>, consultado el 28 de junio de 2021; Rosalind S. Helderman y Tom Hamburger, «Foreign Governments Gave Millions to Foundation While Clinton Was at State Dept.», *Washington Post*, 25 de febrero de 2015, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/politics/foreign-governments-gave-millions-to-foundation-while-clinton-was-at-state-dept/2015/02/25/31937c1e-bc3f-11e4-8668-4e7ba8439ca6_story.html>, consultado el 9 de septiembre de 2021; Carlos Barria, «Many Who Met with Clinton as Secretary of State Donated to Foundation», *CNBC.com*, 23 de agosto de 2016, disponible en: <https://www.cnbc.com/2016/08/23/most-of-those-who-met-with-clinton-as-secretary-of-state-donated-to-foundation.html>, consultado el 28 de junio de 2021, y Jonathan Allen, «Clinton's Charity Confirms Qatar's $1 million Gift While She was at State Dept», *Reuters*, 4 de noviembre de 2016, disponible en: <https://www.reuters.com/article/us-usa-election-foundation-idUSKBN12Z2SL>, consultado el 28 de junio de 2021.

73. Sobre los discursos en Wall Street de Clinton y la polémica que suscitaron, véanse Nicholas Confessore y Jason Horowitz, «Hillary Clinton's Paid Speeches to Wall Street Animate Her Opponents», *New York Times*, 21 de enero de 2016, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/01/22/us/politics/in-race-defined-by-income-gap-hillary-clintons-wall-street-ties-incite-rivals.html>, consultado el 28 de junio de 2021; Robert Yoon, «$153 Million in Bill and Hillary Clinton Speaking Fees, Documented», *CNN*, 6 de febrero de 2016, disponible en: <https://edition.cnn.com/2016/02/05/politics/hillary-clinton-bill-clinton-paid-speeches/index.html>, consultado el 28 de junio de 2021; Robert W. Wood, «Hillary's Wall Street Speech Fees: Hers or Clinton Foundation's?», *Forbes*, 9 de febrero de 2016, disponible en: <https://www.forbes.com/sites/robertwood/2016/02/09/hillarys-wall-street-speech-fees-hers-or-clinton-foundations/?sh=86b6cf864407>, consultado el 28 de junio de 2021; Amy Chozick, Nicholas Confessore y Michael Barbaro, «Leaked Speech Excerpts Show a Hillary Clinton at Ease with Wall Street», *New York Times*, 7 de octubre de 2016, disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/10/08/us/politics/hillary-clinton-speeches-wikileaks.html>, consultado el 28 de junio de 2021; «Hillary Clinton's Wall St Speeches Published by Wikileaks», *BBC News*, 8 de octubre de 2016, disponible en: <https://www.bbc.co.uk/news/election-us-2016-37595047>, consultado el 28 de junio de 2021; Tamara Keith, «Wikileaks Claims to Release Hillary Clinton's Goldman Sachs Transcripts», *NPR.org*, 15 de octubre de 2016, disponible en: <https://www.npr.org/2016/10/15/498085611/wikileaks-claims-to-release-hillary-clintons-goldman-sachs-transcripts?t=1625134407257>, consultado el 28 de junio de 2021, y Katie Forster, «Barack Obama: Hillary Clinton's Wall Street Speeches Cast Her as an "Insider" and Helped Her Lose to Donald Trump», *The Independent*, 18 de noviembre de 2016, disponible en: <https://www.independent.co.uk/news/world/americas/barack-obama-hillary-clinton-lost-insider-goldman-sachs-speeches-a7424476.html>, consultado el 28 de junio de 2021.

74. Sobre las ideas políticas de Clinton, véanse Hillary Rodham Clinton, *Historia viva* (trad. de Claudia Casanova; Barcelona: Planeta, 2003); Hillary Rodham Clinton, *Hard Choices* (Nueva York: Simon and Schuster, 2014); Hillary Rodham Clinton y Tim Kaine, *Stronger Together: A Blueprint for America's Future* (Nueva York: Simon and Schuster, 2016); Hillary Rodham Clinton, *What Happened* (Nueva York: Simon and Schuster, 2017); Karen Blumenthal, *Hillary: A Biography of Hillary Rodham Clinton* (Londres: Bloomsbury, 2017); Jonathan Allen y Amie Parnes, *Shattered: Inside Hillary Clinton's Doomed Campaign* (Nueva York: Broadway Books, 2017), e Ivy Cargile, Denise Davis, Jennifer Merolla y Rachel Vansickle-Ward (eds.), *The Hillary Effect: Perspectives on Clinton's Legacy* (Nueva York: I. B. Tauris, 2020).

75. Los afroamericanos constituían el 14 por ciento de consumidores de drogas en Estados Unidos, pero un «45 por ciento de los encarcelados por delitos de narcotráfico». Walter Johnson, *The Broken Heart of America: St. Louis and the Violent History of the United States* (Nueva York: Basic Books, 2020), p. 422.

76. Lizette Alvarez y Michael Cooper, «Prosecutor Files Charge of 2nd-Degree Murder in Shooting of Martin», *New York Times*, 11 de abril de 2012, disponible en: <http://www.nytimes.com/2012/04/12/us/zimmerman-to-be-charged-in-trayvon-martin-shooting.html>, consultado el 29 de junio de 2021; Greg Botelho, «What Happened the Night Trayvon Martin Died», *CNN.com*, 23 de mayo de 2012, disponible en: <http://edition.cnn.com/2012/05/18/justice/florida-teen-shooting-details/>, consultado el 29 de junio de 2021; «The Trayvon Martin case: A Timeline», *The Week*, 17 de julio de 2012, disponible en: <http://theweek.com/articles/476855/trayvon-martin-case-timeline>, consultado el 29 de junio de 2021; David A. Graham, «Quote of the Day: Obama: "If I Had a Son, He'd Look Like Trayvon"», *The Atlantic*, 23 de marzo de 2012, disponible en: <http://www.theatlantic.com/politics/archive/2012/03/quote-of-the-day-obama-if-i-had-a-son-hed-look-like-trayvon/254971/>, consultado el 29 de junio de 2021. Con relación a la muerte de Eric Garner, véase Joseph Goldstein y Nate Schweber, «Man's Death After Chokehold Raises Old Issue for the Police», *New York Times*, 18 de julio de 2014, disponible en: <https://www.nytimes.com/2014/07/19/nyregion/staten-island-man-dies-after-he-is-put-in-chokehold-during-arrest.html>, consultado el 29 de junio de 2021; Ken Murray, Kerry Burke, Chelsia Rose Marcius y Rocco Parascandola, «Staten Island Man Dies after NYPD Cop Puts Him in Chokehold—SEE THE VIDEO», *New York Daily News*, 18 de julio de 2014, disponible en: <http://www.nydailynews.com/new-york/staten-island-man-dies-puts-choke-hold-article-1.1871486>, consultado el 29 de junio de 2021. Para leer el relato de la muerte de Michael Brown, véase «Tracking the Events in the Wake of Michael Brown's Shooting», *New York Times*, 24 de noviembre de 2014, disponible en: < http://www.nytimes.com/interactive/2014/11/09/us/10ferguson-michael-brown-shooting-grand-jury-darren-wilson.html?_r=0#/#time354_10512>, consultado el 29 de junio de 2021. Sobre el homicidio de Laquan McDonald, véase Quinn Ford, «Cops: Boy, 17, Fatally Shot by Officer after Refusing to Drop Knife», *Chicago Tribune*, 21 de octubre de 2014, disponible en: <https://www.chicagotribune.com/news/breaking/chi-chicago-shootings-violence-20141021-story.html>, consultado el 29 de junio de 2021; Monica Davey y Mitch Smith, «Chicago Protests Mostly Peaceful after Video of Police Shooting Is Released», *New York Times*, 24 de noviembre de 2014, disponible en: <https://www.nytimes.com/2015/11/25/us/chicago-officer-charged-in-

death-of-black-teenager-official-says.html>, consultado el 29 de junio de 2021. Sobre el homicidio de Walter Scott, véase Christina Elmore y David MacDougall, «N. Charleston Officer Fatally Shoots Man», *Post and Courier,* 3 de abril de 2015, disponible en: <https://www.postandcourier.com/archives/n-charleston-officer-fatally-shoots-man/article_4480489f-a733-57fc-b326-bdf95032d33c.html>, consultado el 29 de junio de 2021; Michael S. Schmidt y Matt Apuzzo, «South Carolina Officer Is Charged with Murder of Walter Scott», *New York Times,* 7 de abril de 2015, disponible en: <http://www.nytimes.com/2015/04/08/us/south-carolina-officer-is-charged-with-murder-in-black-mans-death.html?_r=0>, consultado el 29 de junio de 2021; Josie Ensor, «New Video Footage Shows Walter Scott Running Away from Police», *The Telegraph*, 10 de abril de 2015, disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/northamerica/usa/11526600/New-videofootage-shows-Walter-Scott-running-away-from-police.html>, consultado el 29 de junio de 2021. Sobre la muerte de Freddie Gray, véase Natalie Sherman, Chris Kaltenbach y Colin Campbell, «Freddie Gray Dies a Week after Being Injured during Arrest», *Baltimore Sun*, 19 de abril de 2015, disponible en: <http://www.baltimoresun.com/news/maryland/freddie-gray/bs-md-freddie-gray-20150419-story.html>, consultado el 29 de junio de 2021; David A. Graham, «The Mysterious Death of Freddie Gray», *The Atlantic*, 22 de abril de 2015, disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2015/04/the-mysterious-death-of-freddie-gray/391119/>, consultado el 29 de junio de 2021; Jon Swaine, «Baltimore Freddie Gray Protests Turn Violent as Police and Crowds Clash», *The Guardian*, 26 de abril de 2015, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2015/apr/25/baltimore-freddie-gray-protests-violence-police-camden-yards>, consultado el 28 de junio de 2021, y Bill Keller, «David Simon Talks About Where the Baltimore Police Went Wrong», *Vice.com*, 29 de abril de 2015, disponible en: <https://www.vice.com/en/article/exq4ep/david-simon-talks-about-where-the-baltimore-police-went-wrong-429>, consultado el 29 de junio de 2021.

77. Keeanga-Yamahtta Taylor, «Why Should We Trust You? Clinton's Big Problem with Young Black Americans», *The Guardian*, 21 de octubre de 2016, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2016/oct/21/hillary-clinton-black-millennial-voters>, consultado el 2 de junio de 2021.

78. Departamento de Justicia de Estados Unidos, División de Derechos Civiles, *Investigation of the Ferguson Police Department*, 4 de marzo de 2015 (Washington D. C.: Government Printing Office, 2015), pp. 1-6; las citas están extraídas de Jelani Cobb, «The Matter of Black Lives», *New Yorker*, 14 de marzo de 2016, disponible en: <http://www.newyorker.com/magazine/2016/03/14/where-is-black-lives-matter-headed>, consultado el 29 de junio de 2021. Véase también Elizabeth Day, «#BlackLivesMatter: The Birth of a New Civil Rights Movement», *The Guardian* y *The Observer*, 19 de julio de 2015, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2015/jul/19/blacklivesmatter-birth-civil-rights-movement>, consultado el 9 de septiembre de 2021.

79. Taylor, «Why Should We Trust You?». Véase también Keeanga-Yamahtta Taylor, *Un destello de libertad: de #blacklivesmatter a la liberación negra* (trad. de Ezequiel Guillermo Gatto; Madrid: Traficantes de Sueños, 2017).

80. Tyler Tynes, «Black Lives Matter Activists Interrupt Hillary Clinton at Private Event in South Carolina», *Huffington Post*, 25 de febrero de 2016, disponible en: <https://www.huffingtonpost.co.uk/entry/clinton-black-lives-matter-south-carolinan_56ce53b1e4b03260bf7580ca?ri18n=true>, consultado el 1 de junio de 2021.

81. Taylor, «Why Should We Trust You?».

82. En comparación con Trump, Jackson se consideraría más un miembro interno que externo. Había luchado como soldado y luego como general de Estados Unidos desde que era joven, en los años de la Revolución de las Trece Colonias. Y durante largo tiempo había ejercido como senador por Tennessee en Washington D. C. Era un firme defensor de los ideales fundadores del país y conocía y suscribía los principios de gobierno recogidos en la Constitución estadounidense. Trump nunca había servido en el ejército ni en el Congreso ni en ningún puesto gubernamental. Y tenía un conocimiento escaso de la Constitución de Estados Unidos y de los ideales democráticos sobre los cuales se había fundado el país.

83. John Cassidy, «James Comey's October Surprise», *New Yorker*, 28 de octubre de 2016, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/john-cassidy/james-comeys-october-surprise>, consultado el 28 de junio de 2021, y Sarah N. Lynch y Mark Hosenball, «Report Rebukes Comey, but Says No Bias in Clinton Email Case», *Reuters*, 14 de junio de 2018, disponible en: <https://www.reuters.com/article/us-usa-congress-fbi-idUSKBN1JA0D4>, consultado el 28 de junio de 2021. Véase también James B. Comey, «Statement by FBI Director James B. Comey on the Investigation of Secretary Hillary Clinton's Use of a Personal E-Mail System», *FBI National Press Office* (Washington D. C.), 5 de julio de 2016, disponible en: <https://www.fbi.gov/news/pressrel/press-releases/statement-by-fbi-director-james-b-comey-on-the-investigation-of-secretary-hillary-clinton2019s-use-of-a-personal-e-mail-system>, consultado el 28 de junio de 2021.

84. Sobre la campaña de 2016 y, en especial, sobre el último mes, véase Allen y Parnes, *Shattered*.

1. Este retrato de Trump se basa en mis lecturas de diversos diarios, revistas y páginas web relevantes tanto de Estados Unidos como del Reino Unido durante un período de cinco años, así como en lo que he asimilado de la lectura de múltiples libros que han aparecido en el mercado sobre Trump, incluidos entre ellos: Michael Wolff, *Fuego y furia: en las entrañas de la Casa Blanca de Trump* (trad. de Julio Ignacio Hermoso Oliveras, Barcelona: Ediciones Península, 2018); Bob Woodward, *Miedo: Trump en la Casa Blanca* (trad. de Traducciones Imposibles; Barcelona: Roca Bolsillo, 2019); Philip Rucker y Carol D. Leonnig, *A Very Stable Genius: Donald J. Trump's Testing of America* (Nueva York: Penguin Press, 2020); Mary L. Trump, *Siempre demasiado y nunca suficiente: cómo mi familia creó al hombre más peligroso del mundo* (trad. de Estíbaliz Montero y Patricia Sebastián Hernández; Madrid: Indicios, 2020); Michael Cohen, *Disloyal: A Memoir: The True Story of the Former Personal Attorney to the President of the United States* (Nueva York: Skyhorse Publishing, 2020); Adam Serwer, *The Cruelty is the Point: The Past, Present, and Future of Trump's America* (Nueva York: One World, 2021), y Corey Robin, *La mente reaccionaria: el conservadurismo desde Edmund Burke hasta Donald Trump* (trad. de Daniel Gascón; Madrid: Capitán Swing, 2020). Quienes quieran conocer mi opinión de Trump pueden hacerlo consultando los muchos episodios sobre Trump y la política estadounidense que grabé con David Runciman en su *podcast Talking Politics*. Véase la web de *Talking Politics*, disponible en: <https://www.talkingpoliticspodcast.com>; mediante el motor de búsqueda pueden localizarse los episodios en los que participé.

2. Scott Shane, «The Fake Americans Russia Created to Influence the Election», *New York Times*, 7 de septiembre de 2017, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/09/07/us/politics/russia-facebook-twitter-election.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Sharon LaFraniere, Mark Mazzetti y Matt Apuzzo, «How the Russia Inquiry Began: A Campaign Aide, Drinks and Talk of Political Dirt», *New York Times*, 30 de diciembre de 2017, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/12/30/us/politics/how-fbi-russia-investigation-began-george-papadopoulos.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021. Para consultar la recopilación completa de artículos publicados por el *New York Times* sobre el tema de Rusia, véase «Trump and the Russians», <https://www.nytimes.com/spotlight/trump-russia>. Véanse también Jane Mayer, «How Russia Helped Swing the Election for Trump», *New Yorker*, 24 de septiembre de 2018, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2018/10/01/how-russia-helped-to-swing-the-election-for-trump>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Marik von Rennenkampff, «There Was Trump-Russia Collusion and Trump Pardoned the Colluder», *TheHill.com*, 17 de abril de 2021, disponible en: <https://thehill.com/opinion/white-house/548794-there-was-trump-russia-collusion-and-trump-pardoned-the-colluder>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

3. Sharon LaFraniere, Andrew E. Kramer y Danny Hakim, «Trump, Ukraine and Impeachment: The Inside Story of How We Got Here», *New York Times*, 11 de noviembre de 2019, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/11/11/us/ukraine-trump.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Lauren Gambino y Tom McCarthy, «The Inside Story of Trump's Alleged Bribery of Ukraine», *The Guardian*, 30 de noviembre de 2019, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2019/nov/30/trump-ukraine-alleged-bribery-impeachment-inquiry>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

4. Fiscal especial Robert S. Mueller, III, «Report on the Investigation into Russian Interference in the 2016 Presidential Election», 2 vols, publicado por el Departamento de Justicia, marzo de 2019 (Cambridge, Massachusetts: Harvard Bookstore, 2019).

5. Jane Mayer, «The Danger of President Pence», *New Yorker*, 16 de octubre de 2017, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2017/10/23/the-danger-of-president-pence>, consultado el 23 de septiembre de 2021.

6. Steve Bannon se apropió de la expresión «*deep state*» («cloacas del Estado») cuando escribía para *Breitbart*. Alana Abramson, «President Trump's Allies Keep Talking about the "Deep State". What's That?», *Time*, 8 de marzo de 2017, disponible en: <https://time.com/4692178/donald-trump-deep-state-breitbart-barack-obama/>, consultado el 23 de septiembre de 2021; Daniel Benjamin y Steven Simon, «Why Steve Bannon Wants You to Believe in the Deep State», *Politico*, 21 de marzo de 2017, disponible en: <https://www.politico.com/magazine/story/2017/03/steve-bannon-deep-state-214935/>, consultado el 23 de septiembre de 2021. Véase también Joshua Green, *Devil's Bargain: Steve Bannon, Donald Trump, and the Nationalist Uprising* (Nueva York: Penguin Press, 2017).

7. La Sociedad Federalista de Estudios Legales y Políticas Públicas, conocida simplemente como Sociedad Federalista, es una organización de conservadores y libertarios que aboga por una interpretación textualista y originalista de la Constitución de Estados Unidos. La Sociedad Federalista tiene presencia en más de 200 facultades de Derecho estadounidenses, con más de 70.000 abogados en ejercicio en noventa ciudades. Es una de las organizaciones legales más influyentes de Estados Unidos. Fue fundada en 1982 por un grupo de estudiantes de las facultades de Derecho de Yale, Harvard y la Universidad de Chicago que querían desafiar la ideología liberal y de izquierda que percibían que dominaba la mayoría de las facultades de Derecho y universidades de élite del país. Los ideales de la organización incluyen «controlar el poder federal, proteger la libertad individual e interpretar la Constitución de acuerdo con su significado original». Esta influyente organización republicana de ideología conservadora lleva cuarenta años escorando hacia la derecha el poder judicial. *(N. de la t.)*

8. Tom McCarthy, «Why Has Trump Appointed So Many Judges – And How Did He Do It?», *The Guardian*, 28 de abril de 2020, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2020/apr/28/explainer-why-has-trump-appointed-so-many-judges>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Kadhim Shubber, «How Trump Has Already Transformed America's Courts», *Financial Times*, 25 de septiembre de 2020, disponible en: <https://www.ft.com/content/032b3101-9b8b-4566-ace4-67b86f42370b>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Anita Kumar, «Trump's Legacy Is Now the Supreme Court», *Politico*, 26 de septiembre de 2020, disponible en: <https://www.politico.com/news/2020/09/26/trump-legacy-supreme-court-422058>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Sara Reynolds, «Trump Has Appointed Second-Most Federal Judges Through November 1 of a President's Fourth Year», *Ballotpedia News*, 3 de noviembre de 2020, disponible en: <https://news.ballotpedia.org/2020/11/03/trump-has-appointed-second-most-federal-judges-through-november-1-of-a-presidents-fourth-year/>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Mark Sherman, Kevin Freking y Matthew Daly, «Trump's Court Appointments Will Leave Decades-Long Imprint», *AP News*, 26 de diciembre de 2020, disponible en: <https://apnews.com/article/joe-biden-donald-trump-judiciary-coronavirus-pandemic-us-supreme-court-c37607c9987888058d3d0650eea125cd>, consultado el 28 de septiembre de 2021; John Gramlich, «How Trump Compares With Other Recent Presidents in Appointing Federal Judges», *Pew Research Center*, 13 de enero de 2021, disponible en: <https://www.pewresearch.org/fact-tank/2021/01/13/how-trump-compares-with-other-recent-presidents-in-appointing-federal-judges/>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

9. Sobre la posición de Trump con respecto a la OTAN, véase Julie Hirschfeld Davis, «Trump Warns NATO Allies to Spend More on Defense, or Else», *New York Times*, 2 de julio de 2018, disponible en: <https://www.nytimes.com/2018/07/02/world/europe/trump-nato.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Julian E. Barnes y Helene Cooper, «Trump Discussed Pulling U.S. from NATO, Aides Say Amid New Concerns Over Russia», *New York Times*, 14 de enero de 2019, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/01/14/us/politics/nato-president-trump.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Ryan Browne, «Trump Administration to Cut Its Financial Contribution to NATO», *CNN.com*, 28 de noviembre de 2019, disponible en: <https://edition.cnn.com/2019/11/27/politics/trump-nato-contribution-nato/index.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021. Sobre Trump y el Brexit, véase «EU Referendum: Donald Trump Backs Brexit», *BBC News*, 6 de mayo de 2016, disponible en: <https://www.bbc.co.uk/news/uk-politics-eu-referendum-36219612>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Justin Wise, «Trump Says He Supports UK Leaving EU Without a Brexit Deal», *TheHill.com,* 2 de junio de 2019, disponible en: <https://thehill.com/policy/international/446504-trump-says-he-supports-uk-leaving-eu-without-a-brexit-deal>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

10. Una ley de 1962 permitía tales acciones. Apartado 232 de la Ley de Expansión Comercial de 1962. Emily Loftis, «Who Has the Authority to Impose Tariffs and How Does This Affect International Trade?», *Yeutter Institute, Institute of Agriculture and Natural Resources, University of Nebraska*, 20 de mayo de 2019, disponible en: <https://yeutter-institute.unl.edu/who-has-authority-impose-tariffs-and-how-does-affect-international-trade>, consultado el 16 de agosto de 2021.

11. Peter S. Goodman, «Global Trade Is Deteriorating Fast, Sapping the World's Economy», *New York Times*, 1 de octubre de 2019, disponible en: <https://www.nytimes.com/2019/10/01/business/wto-global-trade.html>, consultado el 16 de agosto de 2021.

12. «Trump's 15% Tariffs on $112 Billion in Chinese Goods Take Effect», *CNBC*, 1 de septiembre de 2019, disponible en: <https://www.cnbc.com/2019/09/01/trumps-15percent-tariffs-on-112-billion-in-chinese-goods-take-effect.html>, consultado del 28 de septiembre de 2021.

13. Véase, por ejemplo, «New Data Show the Failures of Donald Trump's China Trade Strategy», *The Economist*, 10 de febrero de 2021, disponible en: <https://www.economist.com/graphic-detail/2021/02/10/new-data-show-the-failures-of-donald-trumps-china-trade-strategy>, consultado el 16 de agosto de 2021.

14. Felix Richter, «Has Globalization Passed Its Peak?», *Statista*, 26 de mayo de 2020, disponible en: <https://www.statista.com/chart/21821/global-trade-volume-as-a-percentage-of-gdp/>, consultado el 16 de agosto de 2021, e Institute of Chartered Accountants in England and Wales, «Global Trade in Decline Long Before the Pandemic», 2021, disponible en: <https://www.icaew.com/technical/economy/economic-insight/global-trade-in-decline-long-before-the-pandemic>, consultado el 16 de agosto de 2021.

15. Marc Levinson, *Outside the Box: How Globalization Changed from Moving Stuff to Spreading Ideas* (Princeton, Nueva Jersey: Princeton University Press, 2020), p. 210 y *passim*, e Institute of Chartered Economists in England and Wales, «Global Trade in Decline Long Before the Pandemic».

16. Citado en Green, *Devil's Bargain*, p. 9.

17. James Politi, «The Rise and Fall of the Trump Economy in Charts», *Financial Times*, 4 de noviembre de 2020, disponible en: <https://www.ft.com/content/8126446c-4959-4e87-8c78-3546bbf2ebc2>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Jeffrey Kucik, «How Trump Fueled Economic Inequality in America», *TheHill. com*, 21 de enero de 2021, disponible en: <https://thehill.com/opinion/finance/535239-how-trump-fueled-economic-inequality-in-america>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

18. Josh Dawsey, «Trump Attacs Protections for Immigrants from "Shithole" Countries», *Washington Post*, 11 de enero de 2018, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/politics/trump-attacks-protections-for-immigrants-from-shithole-countries-in-oval-office-meeting/2018/01/11/bfc0725c-f711-11e7-91af-31ac729add94_story.html>, consultado el 22 de febrero de 2023.

19. Immigration and Ethnic History Society, Immigration History, «Muslim Travel Ban», Departamento de Historia de la Universidad de Texas, Austin, disponible en: <https://immigrationhistory.org/item/muslim-travel-ban/>, consultado el 17 de agosto de 2021.

20. Southern Poverty Law Center, «Family Separation Under the Trump Administration—A Timeline», 17 de junio de 2020, disponible en: <https://www.splcenter.org/news/2020/06/17/family-separation-under-trump-administration-timeline>, consultado el 17 de agosto de 2021.

21. Véase Gary Gerstle, «Becoming Americans—U.S. Immigrant Integration», testimonio ante la Cámara de Representantes de Estados Unidos sobre el Subcomité Judicial de Inmigración, Ciudadanía, Refugiados, Seguridad Fronteriza y Legislación Internacional, 110.º Congreso, Primera Sesión, 16 de mayo de 2007, disponible en: <https://www.aila.org/File/Related/07072061b.pdf>, consultado el 28 de septiembre de 2021; véase también Gary Gerstle, «Minorities, Multiculturalism, and the Presidency of George W. Bush», en Julian E. Zelizer (ed.), *The Presidency of George W. Bush: A First Historical Assessment* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010), pp. 252-281.

22. Gerstle, «Minorities, Multiculturalism, and the Presidency of George W. Bush».

23. «Full Text: Trump's Comments on White Supremacists, "Alt-Left" in Charlottesville», *Politico*, 15 de agosto de 2017, disponible en: <https://www.politico.com/story/2017/08/15/full-text-trump-comments-white-supremacists-alt-left-transcript-241662>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Michael D. Shear y Maggie Haberman, «Trump Defends Initial Remarks on Charlottesville; Again Blames "Both Sides"», *New York Times*, 15 de agosto de 2017, disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/08/15/us/politics/trump-press-conference-charlottesville.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

24. Rodrigo Duterte, «Donald Trump, Vladimir Putin and the Lure of the Strongman», *Financial Times*, 16 de mayo de 2016, disponible en: <https://www.ft.com/content/1c6ff2ce-1939-11e6-b197-a4af20d5575e>, consultado el 28 de septiembre de 2021; John Gray, «How We Entered the Age of the Strongman», *New Statesman*, 23 de mayo de 2018, disponible en: <https://www.newstatesman.com/uncategorized/2018/05/how-we-entered-age-strongman>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Gideon Rachman, «Donald Trump Leads a Global Revival of Nationalism», *Financial Times*, 25 de junio de 2018, disponible en: <https://www.ft.com/content/59a37a38-7857-11e8-8e67-1e1a0846c475>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Tom Parfitt, «Strongmen Flex Their Muscles As Faith in Democracy Withers», *The Times*, 31 de diciembre de 2019, disponible en: <https://www.thetimes.co.uk/article/strongmen-flex-their-muscles-as-faith-in-democracy-withers-02xzc9swt>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

25. Trump, a diferencia de Bush, no tenía ningún interés en difundir el evangelio del mercado libre y los valores de la democracia liberal que llevaba asociados a los rincones más remotos de la Tierra. Trump era mucho más escéptico de lo que habían sido Reagan o Bush acerca de la utilidad de desplegar el ejército estadounidense en el mundo. Quería poner fin a la participación de Estados Unidos en las guerras en curso en el extranjero, tanto en Siria como en Afganistán, cerrar las bases en territorio foráneo (o exigir a los países anfitriones que pagaran por ellas) y devolver a los soldados estadounidenses a sus hogares. El hecho de que Trump estuviera menos dispuesto a librar guerras que su predecesor republicano, George W. Bush, es un aspecto de su presidencia que suele pasarse por alto, cosa entendible a tenor de la fascinación del mandatario por el ejército y por la violencia.

26. Regular o fragmentar las empresas de las redes sociales fue una consigna que fue extendiéndose entre sectores del Partido Republicano que se consideraban la vanguardia de un partido populista. Véase, por ejemplo, Josh Hawley, *The Tyranny of Big Tech* (Washington D. C.: Regnery, 2021). Para ampliar la información sobre la erosion de la naturaleza abierta e internacional de internet y el auge de la «cibersoberanía», véase James Griffiths, *The Great Firewall of China: How to Build and Control an Alternative Version of the Internet* (Londres: Bloomsbury, 2019); Elizabeth C. Economy, «The Great Firewall of China: Xi Jinping's Internet Shutdown», *The Guardian*, 29 de junio de 2018, disponible en: <https://www.theguardian.com/news/2018/jun/29/the-great-firewall-of-china-xi-jinpings-internet-shutdown>, consultado el 27 de septiembre de 2021; «China Internet: Xi Jinping Calls for "Cyber Sovereignty"», *BBC News*, 16 de diciembre de 2015, disponible en: <https://www.bbc.co.uk/news/world-asia-china-35109453>, consultado el 27 de septiembre de 2021; Justin Sherman, «Russia and Iran Plan to Fundamentally Isolate the Internet», *Wired*, 6 de junio de 2019, disponible en: <https://www.wired.com/story/russia-and-iran-plan-to-fundamentally-isolate-the-internet/>, consultado el 27 de septiembre de 2021; Matt Burgess, «Iran's Total Internet Shutdown Is a Blueprint for Breaking the Web», *Wired*, 7 de octubre de 2020, disponible en: <https://www.wired.co.uk/article/iran-news-internet-shutdown>, consultado el 27 de septiembre de 2021, y Paul Bischoff, «Internet Censorship 2021: A Global Map of Internet Restrictions», *Comparitech.com*, 3 de agosto de 2021, disponible en: <https://www.comparitech.com/blog/vpn-privacy/internet-censorship-map/>, consultado el 27 de septiembre de 2021.

27. Sobre Justice Democrats y el Sunrise Movement, véase Andrew Marantz, «Are We Entering a New Political Era?», *New Yorker*, 31 de mayo de 2021, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2021/05/31/are-we-entering-a-new-political-era>, consultado el 30 de agosto de 2021. Sobre Momentum, véase Tyler Kingkade, «These Activists Are Training Every Movement That Matters», *Vice*, disponible en: <https://www.vice.com/en/article/8xw3ba/these-activists-are-training-every-movement-that-matters-v26n4>, consultado el 30 de agosto de 2021. Véase también Mark Schmitt, «The American Left Is a Historical Success Story», *Democracy*, 15 de julio de 2021, disponible en: <https://democracyjournal.org/arguments/the-american-left-is-a-historical-success-story/>, consultado el 30 de agosto de 2021. Para ampliar la información sobre estos movimientos, visítense estas páginas web: <https://equitablegrowth.org/> y <https://newconsensus.com/>, ambas consultadas el 30 de agosto de 2021.

28. Sobre las políticas de Warren, véanse Elizabeth Warren, «Here's How We Can Break Up Big Tech», *Medium*, 8 de marzo de 2019, disponible en: <https://medium.com/@teamwarren/heres-how-we-can-break-up-big-tech-9ad9e0da324c>, consultado el 24 de septiembre de 2021, y Sheelah Kolhatkar, «How Elizabeth Warren Came Up with a Plan to Break Up Big Tech», *New Yorker*, 20 de agosto de 2019, disponible en: <https://www.newyorker.com/business/currency/how-elizabeth-warren-came-up-with-a-plan-to-break-up-big-tech>, consultado el 24 de septiembre de 2021. En la agenda de reformas de Sanders figuraba la promoción de programas gubernamentales para proporcionar educación universitaria gratuita a todos los estadounidenses, ofrecer asistencia sanitaria a todos los ciudadanos («Cuidados médicos para todos») y condonar los billones de dólares de deuda estudiantil, así como establecer un salario mínimo federal de 15 dólares/hora. Bernie Sanders, «It's Time to Complete the Revolution We Started», *The Guardian*, 25 de febrero de 2019, disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2019/feb/25/its-time-to-complete-the-revolution-we-started>, y Bernie Sanders, «The Foundations of American Society Are Failing Us», *New York Times*, 19 de abril de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/04/19/opinion/coronavirus-inequality-bernie-sanders.html>, consultado el 24 de septiembre de 2021.

29. Emily Cochrane y Sheryl Ann Stolberg, «$2 Trillion Coronavirus Stimulus Bill Is Signed into Law», *New York Times*, 27 de marzo de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/03/27/us/politics/coronavirus-house-voting.html>, consultado el 30 de agosto de 2021.

30. Martin Crutsinger. «A New $2.3 Trillion Fed Plan to Aid Localities and Companies», *AP News,* 9 de abril de 2020, disponible en: <http://apnews.com/article/municipal-bonds-jerome-powell-financial-markets-virus-outbreak-business-8508af5848939f715622a71a44d3af20>, consultado el 20 de diciembre de 2021.

31. Rachel Cohrs, «The Trump Administration Quietly Spent Billions in Hospital Funds on Operation Warp Speed», *Stat News*, 2 de marzo de 2021, disponible en: <https://www.statnews.com/2021/03/02/trump-administration-quietly-spent-billions-in-hospital-funds-on-operation-warp-speed/>, consultado el 30 de agosto de 2021.

32. Gary Gerstle, «The New Federalism», *The Atlantic*, 6 de mayo de 2020, disponible en: <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2020/05/new-federalism/611077/>, consultado el 27 de septiembre de 2021.

33. De joven, Biden había perdido a su esposa y a su hija en un accidente de tráfico. Posteriormente, uno de sus dos hijos que sobrevivieron a la colisión, Beau, falleció de cáncer. Y el único hijo biológico de Biden aún en vida, Hunter, luchaba, y había estado a punto de sucumbir, con la drogadicción.

34. Fintan O'Toole, «The Designated Mourner», *New York Review of Books*, 16 de enero de 2020, disponible en: <https://nybooks.com/articles/2020/01/16/joe-biden-designated-mourner/>, consultado el 27 de septiembre de 2021.

35. En este aspecto, recordaba a otro presidente demócrata, Franklin Roosevelt, a quien Biden admiraba. Roosevelt nunca habló en público de la agonía, física y mental, que había tenido que soportar cuando a principios de la década de 1920 contrajo polio, a resultas de lo cual quedó paralizado de cintura para abajo de por vida. Tampoco se oyó nunca a aquel descendiente de ingleses y holandeses con una profunda fe protestante recitar versos de poetas católicos irlandeses. Pero, como Biden, su encuentro con la tragedia y su resistencia a la tentación de sucumbir a la ira y la desesperanza, convirtieron a Roosevelt en una persona mucho más empática de lo que había sido hasta entonces y mucho más capaz de entender y de hablar de las pérdidas que habían sufrido otras personas, así como de diseñar políticas para abordar su dolor. Sobre esta faceta de Roosevelt, véase Geoffrey C. Ward, *A First-Class Temperament: The Emergence of Franklin Roosevelt, 1905-1928* (Nueva York: HarperPerennial, 1989).

36. El propio Biden utilizó repetidas veces la expresión «punto de inflexión». Véase, por ejemplo, su discurso ante las Naciones Unidas en septiembre de 2021. Kathryn Watson y Melissia Quinn, «Biden Says the World Stands at an “Inflection Point” in First Address to U.N.», *CBS News*, 21 de septiembre de 2021, disponible en: <https://www.cbsnews.com/live-updates/biden-united-nations-general-assembly-speech-inflection-point/>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

37. «Fact Sheet: President Biden to Announce All Americans to be Eligible for Vaccinations by May 1, Puts the Nation on a Path to Get Closer to Normal by July 4th», *White House Press Release*, 11 de marzo de 2021, disponible en: <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/statements-releases/2021/03/11/fact-sheet-president-biden-to-announce-all-americans-to-be-eligible-for-vaccinations-by-may-1-puts-the-nation-on-a-path-to-get-closer-to-normal-by-july-4th/>, consultado el 28 de septiembre de 2021; «President Biden Announces American Rescue Plan», *White House Press Release*, 20 de enero de 2021, disponible en: <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/legislation/2021/01/20/president-biden-announces-american-rescue-plan/>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Jim Tankersley, «Biden Details $2 Trillion Plan to Rebuild Infrastructure and Reshape the Economy», *New York Times*, 31 de marzo de 2021, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/03/31/business/economy/biden-infrastructure-plan.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Maegan Vazquez, Kate Sullivan, Tami Luhby y Katie Lobosco, «Biden's Forst 100 Days: What He's Gotten Done», *CNN.com*, 28 de abril de 2021, disponible en: <https://edition.cnn.com/2021/04/28/politics/president-biden-first-100-days/index.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Desiree Ibekwe, «The Daily: Biden's First 100 Days», *The New York Times*, 28 de abril de 2021, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/04/28/podcasts/joe-biden-infrastructure-stimulus-congress.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

38. Bill Dupor, «How Recent Fiscal Interventions Compare with the New Deal», *Regional Economist* (publicación del Federal Reserve Bank de St. Louis), 13 de julio de 2021, disponible en: <https://www.stlouisfed.org/publications/regional-economist/third-quarter-2021/how-recent-fiscal-interventions-compare-new-deal>, consultado el 2 de septiembre de 2021, y Michael Schuyler, «A Short History of Government Taxing and Spending in the United States», *taxfoundation.org*, 19 de febrero de 2014, disponible en: <https://taxfoundation.org/short-history-government-taxing-and-spending-united-states/>, consultado el 2 de septiembre de 2021.

39. Esta colaboración estaba a un mundo de distancia del antagonismo con que los equipos de Clinton y Sanders se habían aproximado en 2016. Marantz, «Are We Entering a New Political Era?».

40. Marantz, «Are We Entering a New Political Era?»; Schmitt, «The American Left Is a Historical Success Story»; J. W. Mason, «The American Rescue Plan as Economic Theory», *Slackwire*, 15 de marzo de 2021, disponible en: <https://jwmason.org/slackwire/the-american-rescue-plan-as-economic-theory/>, consultado el 2 de septiembre de 2021; Saahil Desai, «Joe Biden's Man on the Left», *The Atlantic*, 29 de octubre de 2020, disponible en: <https://www.theatlantic.com/politics/archive/2020/10/jared-bernstein-joe-biden-progressive-personnel/616861/>, consultado el 2 de septiembre de 2021; Zachary Warmbrodt, «"Radical" Biden Nominee Faces Backlash from Banks», *Politico*, 24 de septiembre de 2021, disponible en: <https://www.politico.com/news/2021/09/24/radical-biden-nominee-faces-backlash-from-banks-514189>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Stephanie Kelton, *The Deficit Myth: Modern Monetary Theory and the Birth of the People's Economy* (Nueva York: Public Affairs, 2021); Lina M. Khan, «The Amazon Anti-Trust Paradox», *Yale Law Review* 126 (2017), pp. 710-805, disponible en: <https://www.yalelawjournal.org/pdf/e.710.Khan.805zuvfyyeh.pdf>, consultado el 17 de diciembre de 2021; Saule T. Omarova, «The People's Ledger: How to Democratize Money and Finance the Economy», 20 de octubre de 2020, Cornell Legal Studies Research Paper No. 20-45, *Vanderbilt Law Review* (de próxima publicación), disponible en SSRN: <https://ssrn.com/abstr o >, consultado el 27 de septiembre de 2021. Véanse también K. Sabeel Rahman, *Democracy Against Domination* (Nueva York: Oxford University Press, 2017), y Ganesh Sitaraman, *The Great Democracy: How to Fix Our Politics, Unrig the Economy, and Unite America* (Nueva York: Basic Books, 2019).

41. Evan Osnos, «Can Biden's Center Hold?», *New Yorker*, 23 de agosto de 2020, disponible en: <https://www.newyorker.com/magazine/2020/08/31/can-bidens-center-hold>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Daniel Strauss, «Biden Bids to Placate the Left as He Builds Centrist Transition Team», *The Guardian*, 29 de noviembre de 2020, disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2020/nov/29/joe-biden-transition-left-centrists-democrats>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Lisa Lerer y Reid J. Epstein, «How Biden United a Fractious Party Under One Tent», *New York Times*, 9 de febrero de 2021, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/02/09/us/politics/joe-biden-democratic-party.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

42. Sobre la centralidad de la estrategia de los combustibles fósiles baratos en el New Deal, véase Matthew Owen, «“For the Progress of Man”: The TVA, Electric Power, and the Environment» (tesis doctoral, Vanderbilt University, 2014). Sobre el tema de la política energética más en general, véanse Helen Thompson, *Oil and the Western Economic Crisis* (Londres: Palgrave MacMillan, 2017), y Helen Thompson, *Disorder: Hard Times in the 21st Century* (Oxford: Oxford University Press, 2022).

43. Evan Hill, Ainara Tiefenthäler, Christiaan Triebert, Drew Jordan, Haley Willis y Robin Stein, «How George Floyd Was Killed in Police Custody», *New York Times*, 31 de mayo de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/05/31/us/george-floyd-investigation.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

44. Derrick Bryson Taylor, «George Floyd Protests: A Timeline», *New York Times*, 2 de junio de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/article/george-floyd-protests-timeline.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Audra D. S. Burch, Amy Harmon, Sabrina Tavernise y Emily Badger, «The Death of George Floyd Reignited a Movement. What Happens Now?», *New York Times*, 20 de abril de 2021, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/04/20/us/george-floyd-protests-police-reform.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Larry Buchanan, Quoctrung Bui y Jugal K. Patel, «Black Lives Matter May Be the Largest Movement in U.S. History», *New York Times*, 3 de julio de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/interactive/2020/07/03/us/george-floyd-protests-crowd-size.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021; Mariame Kaba, «Yes, We Mean Literally Abolish the Police», *New York Times*, 12 de junio de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/06/12/opinion/sunday/floyd-abolish-defund-police.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

45. Jonathan Martin, Alexander Burns y Thomas Kaplan, «Biden Walks a Cautious Line as He Opposes Defunding the Police», *New York Times*, 8 de junio de 2020, disponible en: <https://www.nytimes.com/2020/06/08/us/politics/biden-defund-the-police.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

46. Ta-Nehisi Coates, «The Case for Reparations», *The Atlantic*, 15 de junio de 2014, disponible en: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2014/06/the-case-for-reparations/361631/>, consultado el 27 de septiembre de 2021, y Ta-Nehisi Coates, «Ta-Nehisi Coates Revisits the Case for Reparations», *New Yorker*, 10 de junio de 2019, disponible en: <https://www.newyorker.com/news/the-new-yorker-interview/ta-nehisi-coates-revisits-the-case-for-reparations>, consultado el 27 de septiembre de 2021.

47. Marantz, «Are We Entering a New Political Era?».

48. Pete Williams y Nicole Via y Rada, «Trump's Election Fight Includes Over 50 Lawsuits. It's Not Going Well», *CNBC*, 23 de noviembre de 2020, disponible en: <https://www.nbcnews.com/politics/2020-election/trump-s-election-fight-includes-over-30-lawsuits-it-s-n1248289>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Kadhim Shubber, «Lawsuit Tracker: Donald Trump's Legal Battle Runs Into Repeated Dead Ends», *Financial Times*, 11 de diciembre de 2020, disponible en: <https://www.ft.com/content/20b114b5-5419-493b-9923-a918a2527931>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

49. Michael Wolff ofrece un interesante relato periodístico (y panorámico) de estos meses en su libro *Landslide: The Final Days of the Trump Presidency* (Nueva York: Henry Holt, 2021). Véase también, Dan Barry y Sheera Frenkel, «"Be There, Will Be Wild!": Trump All but Circled the Date», *New York Times*, 6 de enero de 2021, actualizado el 27 de julio de 2021, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/01/06/us/politics/capitol-mob-trump-supporters.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021, y Dan Barry, Mike McIntire y Matthew Rosenberg, «"Our President Wants Us Here": The Mob That Stormed the Capitol», *New York Times*, 9 de enero de 2021, actualizado el 25 de septiembre de 2021, disponible en: <https://www.nytimes.com/2021/01/09/us/capitol-rioters.html>, consultado el 28 de septiembre de 2021.

50. Sobre el sentido de la crisis democrática que asedia a Estados Unidos y el mundo, véase David Runciman, *How Democracy Ends* (Londres: Profile, 2018); Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las democracias* (trad. de Gemma Deza Guil; Barcelona: Ariel, 2018), y Nadia T. Urbinati, *Democracy Disfigured: Opinion, Truth and the People* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2014); Helen Thompson, *Disorder*; véase también Eugenio T. Biagini y Gary Gerstle (eds.), *A Cultural History of Democracy in the Modern Age* (Londres: Bloomsbury Academic, 2021).

51. Biden y el Partido Demócrata deberán conseguir estas victorias en un sistema electoral que infravalora sistemáticamente los votos de la población urbana entre la cual los demócratas, por tradición, cuentan con más apoyo y frente a un Partido Republicano que en muchos estados parece estar haciendo todo cuanto está en su mano para recabar los votos de los ciudadanos proclives a los demócratas.

52. La expresión «ruinas del orden neoliberal» está tomada de Wendy Brown, si bien yo detecto posibilidades tanto progresistas como reaccionarias entre esas ruinas neoliberales. Wendy Brown, *In the Ruins of Neoliberalism: The Rise of Antidemocratic Politics in the West* (Nueva York: Columbia University Press, 2019).

53. Katie Johnson, «Earnings Rising Faster for Lower-Wage Workers», *Boston Globe,* 10 de diciembre de 2021, disponible en: <https://www.bostonglobe.com/2021/12/09/business/first-time-decades-earnings-are-rising-faster-lower-wage-workers/>, consultado el 15 de marzo de 2023; Dee-Ann Durbin y Carolyn Thompson, «In a First for Starbucks, Workers Agree to Form Union», *Boston Globe,* 9 de diciembre de 2021, disponible en: <https://www.bostonglobe.com/2021/12/09/business/first-starbucks-workers-agree-union-buffalo/>, consultado el 10 de diciembre de 2021.

54. Véase, por ejemplo, la propuesta de Saule Omarova de traspasar las cuentas de depósitos de los consumidores de los bancos privados a la Reserva Federal como una manera de democratizar las finanzas. Saule T. Omarova, «The People's Ledger». Véase también Charles Lane, «Joe Biden Isn't a Socialist But His Nominee to Regulate Banks Has Pretty Radical Ideas about the Fed», *Washington Post*, 13 de octubre de 2021, disponible en: <https://www.washingtonpost.com/opinions/2021/10/13/joe-biden-isnt-socialist-his-nominee-regulate-banks-has-pretty-radical-ideas-about-fed/>, consultado el 13 de octubre de 2021. Pueden consultarse otros análisis interesantes de la Reserva Federal y de cómo ejerce (o no) su poder en Greta R. Krippner, *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2012), y Lawrence R. Jacobs y Desmond King, *Fed Power: How Finance Wins* (2016; Nueva York: Oxford University Press, 2021).

Auge y caída del orden neoliberal. La historia del mundo en la era del libre mercado
Gary Gerstle

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Rise and Fall of the Neoliberal Order. America and the World in the Free Market Era*

© Gary Gerstle, 2022

© de la traducción del inglés, Gemma Deza Guil, 2023

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2023

ISBN: 978-84-1100-184-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!